

SERGIO ALEJO GÓMEZ



LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA · II

EL ENEMIGO INTERIOR

Las aventuras de Tito Valerio Nerva y sus compañeros de centuria por tierras hispanas no han hecho más que comenzar. La saga continúa y, en esta segunda entrega, los legionarios, que ya están metidos de lleno en la trama, tendrán que emplearse a fondo para desbaratar el plan de los conspiradores y salvar a Augusto de su funesto destino. Pero Apio Flavio, implacable y frío asesino, ha aceptado el encargo de deshacerse de todos los que están al corriente de la trama, y para ello se infiltrará en el campamento de la IV legión Macedónica. ¿Podrán Valerio y sus camaradas hacer frente a semejante amenaza? ¿Será capaz un solo hombre de acabar con los valerosos soldados de Roma? Si quieres saberlo, no te pierdas la continuación de esta saga, que mezcla el género histórico, el bélico y la novela negra.

EL ENEMIGO INTERIOR

Sergio Alejo Gómez

Las crónicas de Tito Valerio Nerva

II



© Sergio Alejo Gómez, 2017
Edición digital revisada, 2019
Diseño de cubierta: Ander G.
Todos los derechos reservados

AGRADECIMIENTOS

Tras el primero siempre viene el segundo, como suele decirse. Yo no quería ser menos, así que he optado por no haceros esperar demasiado. Imagino que os habréis quedado con las ganas de saber cómo continua la historia. Pues sois afortunados, o por lo menos más que los que tuvieron que esperar un año entero entre la publicación del primer y del segundo libro. Y es que en menos de un mes habéis podido disfrutar de la versión digital de *El enemigo interior*, todo un privilegio.

De nuevo todo esto ha sido posible gracias al esfuerzo y al trabajo titánico realizado por mis dos grandes amigos: Ander y Almudena, que se han encargado de revisar la novela y sobre todo de maquetarla para que los lectores podáis disfrutar de la continuación de la saga. Me siento en deuda con ellos y considero que es de ley ser agradecido, y aunque ya se lo he dicho a ellos por activa y por pasiva, quiero dejar constancia para que cuando leáis esta novela, sepáis quiénes tienen la culpa de que lo podáis leer.

Por supuesto, *El enemigo interior* también va dedicada a vosotros, los lectores, que al fin y al cabo sois los principales protagonistas de esta gran aventura que es leer. De igual manera quiero agradecer a todos los que han formado parte de este proyecto de una manera u otra, a los que han contribuido a la difusión, a los que me han dado la oportunidad de promocionarla cuando soy un recién llegado al mundo de la escritura, a los que han confiado en un autor novel y han adquirido cualquiera de los ejemplares que componen la saga, o a los que la han adquirido completa. En fin, tan sólo quiero dedicaros unas líneas de agradecimiento a todos los que formáis parte de esta aventura. Sin más, os dejo con los verdaderos protagonistas de esta historia, ya que imagino que estaréis deseando continuar la aventura desde el mismo punto en el que quedaron las cosas con *Misiva de sangre*.

¡Por Augusto! ¡Por la República! Y por supuesto ¡Por la IV Macedónica!

A mi compañera de vida, Laia, por estar a mi lado durante la gestación de este proyecto y, por supuesto, a los maestros Ander y Almudena, que han sido los encargados de hacer posible la edición digital de la obra.

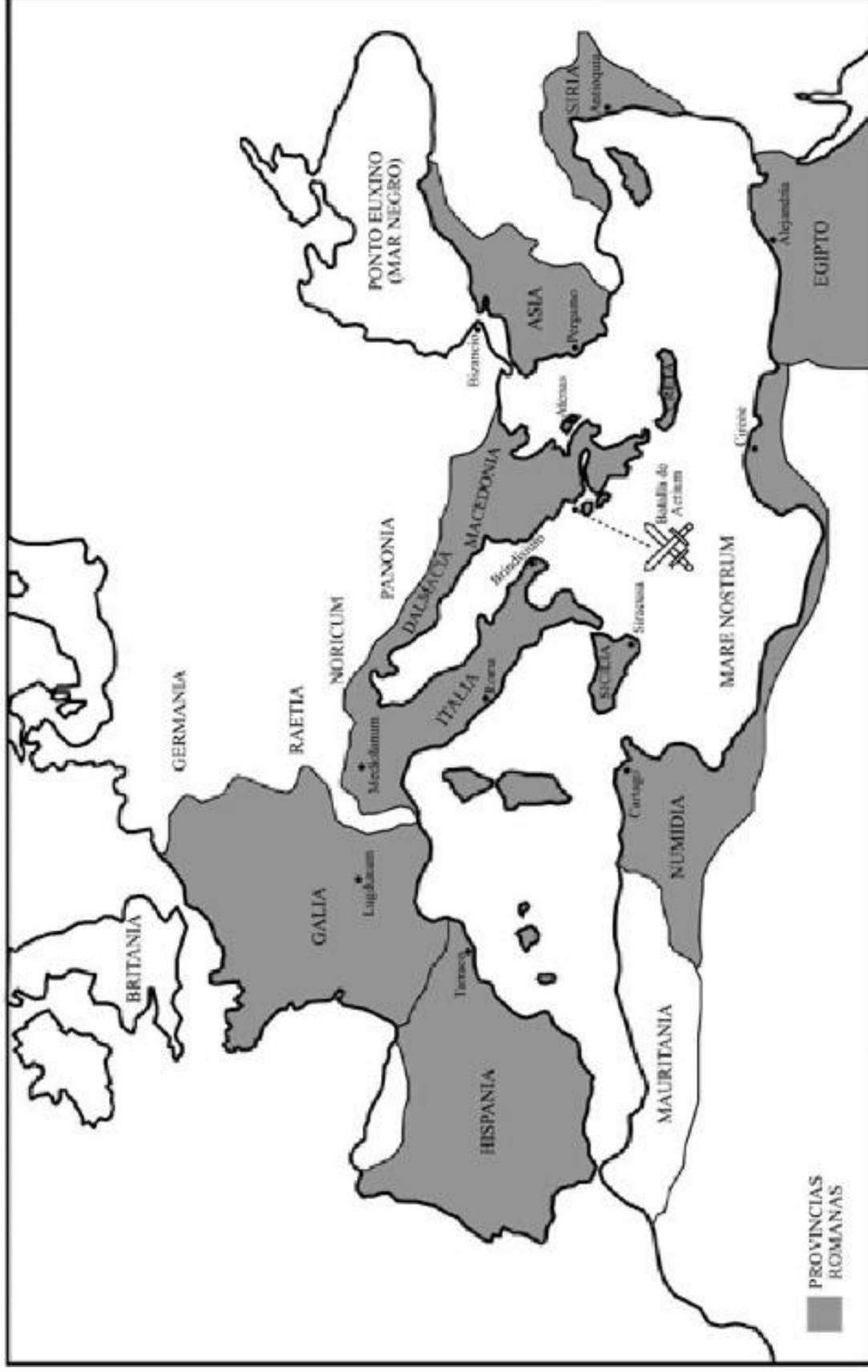
Non semper ea sunt quae videntur

(No siempre las cosas son como se ven)

FEDRO, *Fábulas*, 4.2.5

MAPAS

DIVISIÓN PROVINCIAL DE LA REPÚBLICA ROMANA: AÑO 27 a.C.



HISPANIA AÑO 27 a.C.

(ANTES DE LAS GUERRAS CÁNTABRAS)



PREÁMBULO

No le gustaba demasiado la idea de hacerse pasar por otra persona, aunque había que reconocer que ello le permitiría acceder al campamento de la legión de manera mucho más fácil y discreta. Cuando Sexto se puso en contacto con él tan solo un día después de que se encontraran en la taberna del ya desaparecido Saturnino, no se imaginó que le iba a proponer semejante absurdidad. El funcionario le dijo que confiase en él, que se trataba de un excelente plan y que ello le facilitaría en gran medida la posibilidad de estar cerca de sus nuevos objetivos sin levantar sospechas. Al principio no se mostró muy convencido con lo que le explicaba, mostró cierto recelo, aunque a medida que su interlocutor le explicaba más detalles su parecer cambió. En cierto modo ese hombre tenía razón. Esa posición le iba a otorgar movilidad total, se podría desplazar por el fuerte con libertad y además contaría con el beneplácito de trabajar para uno de los funcionarios más importantes del recinto. Visto de esa manera no le pareció tan mala idea, por lo que invitó al hombre a que le acabase de relatar el plan completo.

Tras explicarle brevemente y en términos generales lo que se proponía, Sexto le hizo entrega de un pase de personal civil. Se trataba de un pergamino en el cual figuraban sus datos personales y la función que debería desempeñar desde aquel momento. Le dijo que con ese papel podría entrar y salir del campamento con total libertad, pero le advirtió de que lo guardase a buen recaudo, que no lo extraviase, ya que hacer un duplicado era muy complicado, y mucho más cuando la legión estaba en movimiento. Según le explicó, en caso de pérdida, la copia se debía solicitar a Roma y ya se sabía lo diligentes que eran los temas relacionados con la burocracia. Si además se le añadía el inconveniente de que la legión estaba en marcha, como previamente le había explicado, eso dificultaba mucho más la gestión.

Aulo Caelio Pullo. No sonaba mal. Ese iba a ser su nuevo nombre. Aunque no le agradaba la idea de hacerse pasar por otra persona. Era la primera vez que debía hacer algo así, pero intuía que no iba a ser la última. Tampoco le gustó el cargo que iba a desempeñar, o al menos, el que reflejaba el pase:

ayudante de cámara. Levantó la mirada del documento y le dijo a su contertulio:

—Estoy de acuerdo con el nombre que has elegido, aunque en lo relativo a mi nuevo trabajo...

—Tranquilo, hombre —dijo Sexto—. Es un mero trámite. Que ponga eso en el documento no significa que tengas que realizar dichas tareas...

—Me quitas un peso de encima, pues no me veía siendo tu asistente —respiró aliviado.

—Eso te permitirá estar cerca de mí en todo momento —explicó el funcionario—. Ya lo he preparado todo, no te preocupes. Te harás pasar por el hijo de mi hermana —continuó diciéndole—. Tras la fatídica muerte de su marido, tu padre y por ende el *pater familias*, ella contactó conmigo para ver si te podía buscar un puesto en la legión. Es importante que tengas claro que para llegar hasta aquí debes haber servido en la administración, por lo que esto no es más que un traslado... A ojos de los demás, claro está.

—Interesante historia —dijo el asesino.

—Creo que lo importante es que se trate de una historia sencilla. Si la complicamos demasiado costará mucho más de creer, hazme caso, sé de lo que hablo —comentó de nuevo Sexto.

—Muy bien, nada que objetar. Tú eres el que pagas, tú eres el que mandas —dijo con cierto tono de frialdad Flavio.

—Por supuesto. Aunque deberás cambiar ciertos hábitos para hacerte pasar por pariente mío, se supone que perteneces a una buena familia de Roma —apuntó el hombre.

—Por supuesto —respondió este haciéndole una reverencia con aire burlesco.

—Es importante que te tomes esto en serio, Flavio —dijo Sexto un poco molesto—. He dado la cara por ti ante mis superiores, y lo que hay en juego va más allá de lo que puedas imaginar.

—Tranquilo, tan solo era una broma, me esforzaré por parecer lo que no soy —dijo el hombre un poco avergonzado.

—Eso espero —dijo de nuevo el funcionario.

—Hablemos ahora de cómo voy a deshacerme de todos esos legionarios —dijo Flavio cambiando de tema—. No va a ser tan fácil. Supongo que

contaré con ayuda, ¿no?

—Debes hacerlo sin llamar la atención —dijo Sexto—. Si quisiéramos acabar con ellos de una sola vez podríamos hacerlo nosotros, créeme. Queremos que seas sutil y discreto, no nos interesa montar un espectáculo. Creo que estás suficientemente capacitado para hacerlo sin necesidad de ayuda externa. De todas maneras, cuento con varios socios dentro del campamento, si llegado el momento no tenemos otra alternativa podremos contar con ellos para lo que haga falta. Aunque preferiría que te ocupases tú solo, creo que eres capaz de hacerlo.

—Como desees —dijo de nuevo Flavio.

El trabajo iba a ser más complicado de lo que creía en un principio. El día anterior, la primera vez que se habían reunido tras el encuentro en el viejo molino, no habían hablado sobre cómo debía deshacerse de los incómodos soldados. Pensó que tal vez Sexto y los que estaban por encima de él le darían unos cuantos hombres para realizar el encargo, en el mejor de los casos también legionarios. Así se encargarían de Valerio y sus camaradas en igualdad de condiciones. Pero la cosa iba a ser diferente, no contaría con apoyo extra, debería de apanárselas solo haciendo uso de su ingenio y de sus habilidades. El funcionario se lo había dejado bien claro, sus jefes le habían pedido discreción y tenía sentido. Las palabras de Sexto le hicieron volver de nuevo a la realidad:

—¿Ha quedado claro, Flavio?

—Muy claro —respondió el aludido.

—Bien. La legión emprenderá la marcha pasado mañana con las primeras luces del alba —dijo el hombre.

—¿Han retrasado la partida? —preguntó un poco intrigado.

—Eso parece... —contestó el hombre.

—¿Y se puede saber el motivo? —volvió a preguntar.

—Problemas de intendencia —respondió—. Marco era el encargado del avituallamiento de la legión. Llevaba las cosas a su manera, y al morir han tenido que colocar a otra persona en su puesto. Eso lo ralentizará todo.

—Creí que te harías cargo tú de sus tareas —preguntó Flavio.

—En un principio iba a ser así, aunque sugerí a los altos cargos que pusiesen a un hombre que sabía hacer muy bien ese trabajo —dijo el

funcionario—. En cierto modo no tener que ocuparme de ello era un alivio para mí. Ya tengo bastante lío con mis tareas como para tener que encargarme de llevar la cuenta de las provisiones para más de diez mil hombres. Me comprometí a supervisar su trabajo y echarle una mano cuando fuese menester. El elegido es un hombre capaz, aunque me da a mí que una vez comprobada la manera en que Marco llevaba las cosas, tendré que echarle una mano más a menudo de lo que en un principio me imaginaba.

—¿Tantos hombres hay en una legión? —preguntó incrédulo Flavio.

—¡Por los dioses! —exclamó el hombre mirando al cielo—. Te queda mucho por aprender aún...

—Perdona, pero no estoy muy familiarizado con la vida castrense —contestó el asesino un poco ofendido.

—En una legión no solo hay que contar con los soldados romanos —empezó a explicar Sexto—. Aparte de ellos, también se encuentran los *auxilia*, que son los destacamentos de aliados de Roma. Generalmente su número suele ser el mismo que el de legionarios, lo que duplica el número de bocas que alimentar, a los que hay que añadir los caballos en caso de que esas tropas incluyan destacamentos de jinetes.

—Vaya, sí que es complejo el entramado de una legión —dijo Flavio estupefacto por la información que estaba recibiendo.

—Y la cosa no acaba ahí. No solo hay que tener en cuenta al personal militar, sino también a los civiles que acompaña a cada legión, como es mi caso —apuntó el funcionario—. El número varía según las necesidades de cada una. Pero puedes añadir una media de quinientas bocas más que alimentar, entre esclavos, administrativos... ¿Te imaginas lo complicado que puede llegar a ser tener que gestionar todo ello?

—Pues si te soy sincero no —dijo el hombre—. Pero tampoco creo que sea una tarea demasiado compleja para un hombre como tú.

—No creas. Estaría demasiado ocupado para estar pendiente de lo más importante —dijo el hombre—. Pero dejemos eso de lado y centrémonos en lo que a ti te concierne.

—Mejor. Dime entonces, ¿cuándo debo entrar al campamento? —preguntó.

—Lo antes posible —contestó secamente Sexto.

—Está bien. Para qué demorarlo más, cuanto antes me ponga en marcha,

antes acabaré el trabajo —dijo Flavio.

—Así me gusta. Te he traído esto —dijo el funcionario a la vez que le entregaba un paquete de grandes dimensiones—. Te ayudará a meterte más en el papel.

El asesino cogió lo que el hombre le entregó. Abrió el paquete y se quedó sorprendido al ver que se trataba de ropa. Era ropa limpia, una túnica, unas sandalias de cuero y una capa de lana. Eran prendas de buena calidad, aunque para su gusto demasiado refinadas. Los colores eran llamativos y presentaban adornos y florituras. Sabía que era el tipo de ropajes que llevaba la gente adinerada y de clase alta, y pese a que no eran de su agrado, prefirió guardarse sus comentarios ya que sabía que era lo que debía ponerse para no llamar la atención en el sitio al cual se dirigía. Tras echarle un vistazo con detenimiento, le dijo a Sexto:

—Gratitud...

—Creo que te servirán. Si no te van bien, te buscaré otros más adecuados cuando estés en el campamento —dijo el hombre.

—A simple vista creo que no habrá problema —contestó cortésmente este.

—Muy bien. Arregla lo que tengas pendiente aquí y cuando acabes, vístete con esas ropas y dirígete al fuerte —empezó a decirle—. Cuando llegues a la puerta, deberás decir a los guardias que eres el hijo de Servio Caelio, y que deseas ver a Cayo Sexto Apuleyo. Te harán esperar allí hasta que me encuentren, y cuando lo hagan les daré autorización para que te dejen entrar. Te indicarán cómo llegar a mi tienda... —continuó explicando el hombre—. Lo demás ya lo sabes.

—De acuerdo, parece fácil —sonrió el asesino.

—Lo es. Aunque te sugiero que guardes tus maneras, así todo será mucho más creíble —insistió Sexto mientras se levantaba de la mesa y se daba la vuelta para marcharse.

—No te preocupes —dijo Flavio—. Nos veremos está tarde en tu tienda. Por cierto, una cosa más.

—Lo sé —dijo Sexto, dándose la vuelta y lanzándole una pequeña bolsa de cuero sobre la mesa.

—Vaya, ¿tan previsible soy? —dijo recogiendo la bolsa y abriéndola para comprobar su contenido.

El funcionario asintió con la cabeza y se encaminó hacia la salida de la taberna sin decir una sola palabra. A los pocos instantes desapareció de su vista. Desde que se había deshecho del chivato de Saturnino, creía que era más prudente reunirse con su contacto en otro punto de la ciudad. Por ello creyó oportuno buscar un lugar más resguardado, un lugar donde nadie le pudiese reconocer. Eligió una taberna que estaba situada en los alrededores del foro provincial de la ciudad, cerca de donde estaba el mercado. Para ser más exactos, a un *gradus*^[1] de distancia de la casa del artesano al que visitó el legionario Valerio pocos días atrás. Era un lugar discreto, alejado de las miradas de los curiosos, por lo que le gustó. Cuando el funcionario fue a buscarlo a la taberna del puerto aquella misma mañana, él ya le estaba esperando en las puertas de acceso a la ciudad. Le hizo saber que se había producido un problema con el punto de reunión. Le explicó que había surgido un ligero contratiempo con la taberna y que era más prudente para ellos marcar otro lugar para futuros encuentros, en caso de que estos fuesen necesarios. Cuando Sexto le preguntó qué había sucedido, no le quedó más remedio que explicárselo, aunque de manera breve y escueta, sin dar más información de la necesaria.

Le relató que cuando regresó a la taberna, no le hizo falta apretar demasiado a Saturnino. Este le reconoció casi al instante que se había ido de la lengua. El local estaba hecho un desastre, parecía que hubiese pasado por allí una *turma*^[2] de caballería a la carga. Sin tener que decirle nada, el viejo le relató con sumo detalle todo lo sucedido. Prueba de que decía la verdad era la sangre reseca que había en el suelo, que era prueba fehaciente de que se había librado un combate a muerte en aquel antro. Había mandado que vinieran a recoger los cuerpos de los hombres que habían muerto durante la refriega, ya que era una mancha para la reputación de su negocio. Sus contactos fueron rápidos y efectivos a la hora de ocultar el rastro de todo lo que había pasado en su taberna, y el precio por llevar a cabo semejante tareas no había sido barato precisamente. Le explicó entre balbuceos cómo los legionarios, una vez se hubieron deshecho de sus rivales, se ensañaron con él. Le habían torturado a conciencia, y le habían amenazado con que si no les decía donde se encontraba su escondrijo le matarían lentamente y entre terribles sufrimientos.

En ese instante el viejo, conocedor del mal carácter que tenía el asesino, se echó a llorar y le pidió disculpas por haber hablado más de la cuenta. En un primer momento el asesino pareció no darle importancia, es más, incluso se acercó a la barra y le pidió que le sirviera una copa de su mejor vino. Eso sorprendió a Saturnino, que se dio la vuelta y se dirigió hacia el barril más cercano. En ese preciso momento, por la espalda y de manera inesperada, una hoja atravesó su garganta, matándolo de manera rápida. El tronco superior del cuerpo se desplomó en el interior del barril, y el color del líquido ocultó la sangre que manaba de la herida. Tras acabar con el anciano, se sirvió una copa de vino del barril en el que no había caído el cuerpo del posadero, el que estaba justo al lado. Un soplón menos del que preocuparse.

Tan solo le quedaba un traidor del que deshacerse, la rata infame de Quinto. Ya llegaría su hora, tarde o temprano los dioses volverían a cruzar sus caminos y sin duda aprovecharía la oportunidad para enviarlo al Tártaro a rendir cuentas por la vida que había llevado. Prefirió no mencionar nada respecto a ese hombre al funcionario, eso se lo guardaba para él. Tan solo se vio obligado a poner en su conocimiento el hecho de que el viejo había puesto en peligro la misión y que se había encargado de hacerle pagar su error.

Se puso a contar las monedas delante de él. Le había dado un generoso adelanto, doscientos cincuenta denarios, la mitad del precio que tenían por separado cada una de sus víctimas. Eso significaba que tenía plena confianza en él y en cierto modo eso le tranquilizaba. En el fondo ese Sexto parecía ser un buen tipo y lo que era más importante, cumplía su palabra. Al menos esa era la impresión que se había llevado de él. Desde el principio había demostrado, pese a la objeción de sus socios, que estaba dispuesto a asumir el riesgo de encargarle esa tarea a un hombre como él, al que apenas conocía. Quizás tenía referencias previas sobre cómo trabajaba, o simplemente se estaba dejando llevar por una corazonada. Era igual, no le quedaba más remedio que cumplir sus órdenes, no decepcionarle, porque en su fuero interno sabía que aparte de la succulenta recompensa, si fallaba en su cometido se desharían de él con suma presteza y con la misma discreción que le pedían a él. Intuía, por lo poco que le había dicho, que detrás de ese tipo había gente muy poderosa y no estaba dispuesto a jugarse el pellejo, tenía que hacer un trabajo impecable. No estaba al corriente de la situación política actual, pero

si querían deshacerse de Augusto debía de ser porque no estaba haciendo las cosas como era debido. A él le traía sin cuidado la vida de ese político y en general de todos los que dirigían la República, nunca había creído en ningún sistema de gobierno, le daba igual quién mandase mientras no se metiesen en su vida. Cuando acabó de contar los denarios, volvió a cerrar la bolsa y la introdujo en uno de sus bolsillos guardándose un par de monedas en la mano. Volvió a mirar las prendas de vestir que le había dado su nuevo protector y esbozó una leve sonrisa mientras alzaba la mano y hacía un gesto en dirección al hombre que servía las mesas, diciéndole:

—Ponme una jarra de tu mejor vino y una ración de la carne de venado más tierna que tengas. Hoy estoy de celebración...

CAPÍTULO I

Salonio acaba de recibir las nuevas órdenes. Le han comunicado que la legión no partirá hasta pasado mañana, al despuntar el alba...

—¿Y se puede saber cuál es el motivo del retraso? —dijo el legionario Valerio a su superior inmediato.

—Parece ser que hay algunos problemas con el avituallamiento —dijo Cornelio—. El hombre que ocupa el puesto de Marco ha tenido que empezar de cero, y le está costando bastante trabajo entender el sistema que este usaba. Parece ser que no tiene muy claro el sistema organizativo que tenía nuestro amigo.

—Vaya —se lamentó Aurelio—. Es una lástima. Aunque eso juega a nuestro favor, nos da un poco más de tiempo para intentar encontrar a Flavio.

—Tienes razón, parece que Marco nos está ayudando desde dondequiera que esté —dijo Valerio cambiando el tono triste que se había dibujado en su rostro—. Deberíamos usar a conciencia ese tiempo y volver a la ciudad, a la taberna de aquel hombre. Si mal no recuerdo se llamaba Saturnino. Quizás él nos pueda dar alguna información más sobre ese miserable.

—Sí, vayamos a verle de nuevo y dejadme interrogarlo a mí —dijo riendo el *optio*—. La última vez que mantuvimos una conversación se mostró muy colaborador, y no le costó demasiado delatar a su amigo.

—Ya sabemos que puedes llegar a ser muy persuasivo cuando quieres —dijo Terencio desde su camastro.

Aunque el centurión había ordenado tajantemente que los soldados no explicasen nada de lo sucedido al resto de sus compañeros de *contubernium*, estos se sintieron en la obligación de decírselo a los que quedaban. De hecho, los únicos que todavía no estaban al corriente de los acontecimientos hasta aquel momento eran el veterano gruñón Emilio y el joven Fabio. El primero porque se había quedado montando guardia en la puerta de la tienda de Sexto cuando los demás partieron en ayuda de sus compañeros, y el segundo porque ni siquiera había estado allí la noche en que todo sucedió, Salonio lo había dejado esperando en el *contubernium*. Cuando sus camaradas les explicaron

todo, los dos hombres se quedaron boquiabiertos y sorprendidos por lo rocambolesco de la historia, aunque no tardaron mucho en reaccionar y ponerse a su disposición para lo que fuese necesario. La camaradería era una parte vital en las filas legionarias y no solo se aplicaba al campo de batalla, donde era muy importante, sino también al día a día del campamento y sobre todo en asuntos tan serios como el que les afectaba en ese momento. Ahora todos estaban metidos hasta el cuello, pero catorce ojos vigilaban mucho mejor. Más bien dicho dieciséis, si se tenían en cuenta también los de Salonio. Aurelio tomó la palabra y les dijo a los demás:

—No tenemos tiempo que perder, deberíamos ponernos en marcha cuanto antes y pedirle un permiso a Salonio para ir inmediatamente a Tarraco.

—Y así de paso aprovechas para volver a ver a tu familia, ¿no? —dijo Emilio con un tono irónico.

—No te voy a engañar, si puedo claro que lo haré. Aunque lo primero es encontrar al asesino de Marco, por nuestro bien —dijo el legionario hispano un poco molesto.

—Vale, muchachos, tranquilos —dijo Cornelio—. Centrémonos en lo que es prioritario. Aurelio tiene toda la razón. Valerio, acompáñame a la tienda del centurión, debemos explicárselo.

—Claro —respondió el soldado mientras recogía su equipo y se dirigía a la puerta—. Supongo que Salonio no tendrá ninguna objeción a la hora de concedernos el permiso. Esta vez no se lo tendrá que pensar tanto como la anterior, su pellejo también está en juego.

Los legionarios se rieron tímidamente al unísono al escuchar las palabras de su compañero. Se respiraba tensión en el ambiente, aunque sabían que las palabras del soldado eran totalmente ciertas. Con toda seguridad el oficial no se opondría a la idea que le proponían sus hombres, era lo más sensato que se podía hacer si se tenía en cuenta lo complicada que era la situación. Sabían lo de la conjura, pero desde que la habían descubierto no tenían ninguna pista de quién o quienes podían formar parte de ella y si estaban o no en el interior del campamento de la IV. En cambio, era muy probable que los conspiradores sí supieran que ellos tenían información, por lo que el peligro era real. Debían ponerse en marcha sin más dilación, y la única pista de la que disponían hasta el momento era que el asesino que trabajaba para ellos se llamaba Flavio y

que era de la ciudad. Debían hacer todo lo que estuviese en sus manos para dar con él y hacerle hablar cuanto antes.

El *optio* y el legionario abandonaron la tienda ataviados con el equipo de campaña y se dirigieron con paso ligero hacia la tienda de su superior, que estaba situada en la zona de oficiales, justamente al final de la hilera de tiendas que ocupaba la centuria, no demasiado lejos. Era la hora de comer, por lo que debían ir con cuidado de no interrumpir. A diferencia de la tropa, los oficiales, a contar desde el rango de centurión, disponían de un comedor conjunto y de un cocinero que les preparaba los alimentos y se los servía. Por ello, a la hora de entrar al edificio debían ser prudentes y no hablar demasiado para no llamar la atención. En todo caso desconocían si alguno de los oficiales que compartía mesa con su centurión podía estar implicado en la oscura trama, por lo que lo más prudente sería poder conversar en privado con él. No se debía forzar la situación, porque de por sí ya era poco habitual que algún legionario interrumpiese la comida de sus superiores. Aunque no les quedaba más remedio, la situación requería presteza y no podían permitirse el lujo de perder tiempo, contaban con que Salonio lo entendiese.

Tal y como esperaban, cuando llegaron al comedor todos los oficiales estaban ya en la mesa. En el exterior del edificio había dos legionarios que estaban montando guardia, eran los encargados de velar por la tranquilidad de sus superiores mientras llenaban sus panzas. Cornelio se adelantó a su camarada y dijo a los centinelas:

—¡Salve, legionarios! Soy el *optio* Gneo Cornelio Paulo, segundo oficial al mando de la primera centuria, segunda cohorte. Querría ver a mi centurión, Publio Salonio Varo.

Los dos legionarios se miraron entre sí, y el que estaba a la izquierda le contestó:

—¡Salve, *optio*! Creo que eso no va a ser posible. Tenemos órdenes estrictas de que no se puede molestar a ningún oficial durante la comida.

—Claro, soldado, lo entiendo, pero es urgente —insistió Cornelio mientras daba un paso adelante con intención de entrar en el edificio de madera.

En ese preciso instante, y de manera coordinada, las *pila* de ambos hombres bajaron frente el rostro del oficial quedándose cruzadas y bloqueando

el acceso. Cornelio se detuvo bruscamente, dio un paso atrás y se quedó mirando a los legionarios con el semblante serio. Entonces les dijo en voz alta:

—¿Qué diantre estáis haciendo, soldados? ¿Es que no sabéis lo que es un orden de un superior?

—Claro que lo sabemos, *optio*. Es por eso que no le podemos dejar acceder al interior de la tienda —dijo el otro soldado en tono conciliador.

—Por los dioses del Averno —maldijo el oficial de nuevo—. ¿Qué es lo que no habéis entendido de la palabra urgente?

—Lo siento, señor, las órdenes son claras. Deberá esperar hasta que acaben —volvió a repetir el soldado.

Cornelio se enfadó aún más, lo que hizo que se pusiese hecho una furia. Valerio se dio cuenta de que tenía que intervenir porque si no las cosas se podían complicar bastante. Se acercó hasta su superior y le cogió por el brazo derecho mientras le decía con tono calmado:

—Tranquilo, Cornelio. Esperaremos lo que haga falta, no es necesario que te enfades, ellos simplemente obedecen órdenes.

—¡Por supuesto que obedecen órdenes! ¡Todas menos las mías! —dijo el oficial gritando en un tono cada vez más alto—. ¡Legionarios, nombres y número de centuria en la que servís inmediatamente! ¡Ya me encargaré de que os enseñen vuestros superiores algo de disciplina!

Los dos legionarios se miraron entre ellos con cara de sorpresa, pero sin abrir la boca. Valerio volvió a decirle en un tono más agresivo a su compañero:

—Ya está bien, Cornelio. Estás yendo demasiado lejos con todo esto. Por favor contrólate un poco, recuerda lo que hemos hablado mientras veníamos hacia aquí...

En ese mismo instante se escucharon unos pasos que se dirigían a la puerta, se abrió la cortina y apareció la figura de un hombre vestido con la túnica militar, aunque sin la *lorica*. Dijo en voz alta:

—Por los dioses, legionario Minucio, ¿puedes explicarme a qué se debe este alboroto?

—Lo siento, centurión, se trata de estos dos hombres. Dicen que quieren ver a su oficial al mando —respondió el hombre manteniéndose firme.

—¿Quiénes sois vosotros dos? —inquirió el centurión.

—¡Salve! Se presentan el *optio* Gneo Cornelio Paulo y el legionario Tito Valerio Nerva, primera centuria, segunda cohorte, señor —dijo el oficial llevándose su mano derecha al pecho y extendiéndola posteriormente en señal de saludo.

—Te conozco, Gneo Cornelio, sois hombres de Salonio, ¿no? ¿Y qué es lo que queréis? ¿Es que no os habéis dado cuenta de que estamos comiendo? —volvió a decir el oficial un poco molesto.

—Lo sé, señor, y le pido disculpas, pero el asunto es muy urgente, o no se me habría pasado por la cabeza interrumpir la comida —dijo Cornelio—. Es lo que estaba tratando de explicarles a estos legionarios, pero parece ser que no entienden lo que les estoy diciendo...

—Está bien, *optio*, veré lo que puedo hacer. Esperad aquí, y no quiero ni un solo grito más. ¿Habéis entendido? —dijo claramente el oficial.

—Por supuesto, señor —dijo el oficial ya más tranquilo.

El hombre se dio media vuelta y volvió a entrar. Cornelio y Valerio se alejaron unos pasos bajo la mirada inquisitiva de ambos centinelas. El soldado le dijo a su superior:

—Creo que no era necesario ese numerito.

—Lo importante es que ha servido, ¿no? —dijo el oficial esbozando una leve sonrisa.

—Podríamos haber esperado a que terminasen de comer —dijo Valerio.

—No podemos perder ni un solo instante, cuanto antes tengamos el permiso, antes nos podremos poner en marcha, soldado —respondió Cornelio.

No pasó mucho rato hasta que se volvió a abrir la cortina y apareció Salonio con la boca llena todavía y una copa en su mano derecha. Lanzó una mirada a sus hombres y tras un momento de duda, se limpió las comisuras de los labios con su antebrazo y se acercó caminando lentamente hacia ellos. Una vez estuvo frente a ambos, les dijo:

—¿Qué era tan urgente como para interrumpir la comida? He tenido que disculparme ante los demás centuriones por vuestro comportamiento.

—Señor, necesitamos un permiso para salir del campamento —empezó a decir el *optio*.

—¿Un permiso? ¿Para qué? —dijo Salonio.

—Debemos aprovechar que la marcha se ha retrasado para intentar dar con Flavio —dijo de nuevo Cornelio.

—¿Y eso era tan urgente como para montar un espectáculo en la puerta del comedor? ¿No podíais haber esperado a que acabase? —dijo un poco malhumorado el centurión.

—Sí, señor, lo era —volvió a decir su segundo—. No podemos perder esta oportunidad. Valerio, explícale tu plan —dijo señalando al legionario que se había quedado hasta entonces en un segundo plano.

—Esperad —dijo Salonio—. No creo que este sea un buen lugar para hablar del tema. Vayamos a mi tienda.

Los dos soldados le hicieron caso y le siguieron hasta donde les había indicado. Una vez allí, pasaron al interior. Salonio tomó asiento en su butaca mientras que los otros dos se quedaron de pie. Entonces dijo:

—Habla, legionario, dime cuál es tu plan.

—Verá, señor, creo que un buen punto para empezar a buscar a Flavio sería la taberna en la que estuvimos hace unos días. Si recuerda, el hombre que la regentaba, ese tal Saturnino, fue el que nos dijo dónde estaba escondido ese bastardo —explicó el legionario—. Creo que deberíamos ir allí y probar de sacarle más información a ese viejo.

—Sí, me parece una buena idea —dijo el centurión.

—Es lo mismo que le he dicho yo, señor —dijo Cornelio.

—Está bien, os concederé ese permiso —empezó a decir el oficial mientras cogía un pergamino y empezaba a escribir algo en él—. Pero esta vez yo mismo iré con vosotros.

—Muy bien, señor, gran idea —dijo el *optio* mirando de soslayo a su subordinado.

—Tal como están las cosas será mejor que además de nosotros tres, nos acompañe algún hombre más que esté al corriente del asunto —sugirió el centurión.

—Por supuesto, señor —dijo Cornelio—. ¿Qué le parece si aviso a Aurelio y a Terencio?

—Muy bien, cinco seremos suficientes. Un buen número, el justo para no llamar demasiado la atención y podernos proteger en el caso de que produzca un eventual ataque —dijo Salonio—. Id a la tienda y decidles que se preparen

inmediatamente. No os pongáis las túnicas de legionario, coged atuendos discretos y los *gladius*. Cuando termine de redactar el documento pasará por vuestra tienda e iremos a la ciudad —dijo el oficial.

—De acuerdo —dijeron ambos hombres mientras abandonaban la tienda de su superior y se encaminaban de nuevo hacia la suya.

Salieron con paso ligero y se dirigieron de nuevo hacia el *contubernium* para transmitir las indicaciones a los que habían sido seleccionados para acompañarles a la ciudad. Tan pronto entraron a la tienda, Cornelio dijo a los allí presentes:

—¡Aurelio, Terencio! ¡Poneos una túnica en condiciones y coged vuestro *gladius*! Vendréis con nosotros a la ciudad.

—Sí, señor —dijeron ambos legionarios mientras se ponían en marcha para dar cumplimiento a las indicaciones de su superior.

—Veo que Salonio no ha tardado demasiado en aceptar —dijo burlescamente Emilio.

—No ha hecho falta darle demasiadas explicaciones —dijo Valerio—. Es consciente de lo que está en juego. Además, nos ha dicho que viene con nosotros.

—Por Júpiter —exclamó de nuevo el veterano—. ¿Y si se van los dos oficiales de la centuria a la ciudad de permiso, quién se queda al mando?

—Pues el legionario con más experiencia —contestó Cornelio mirándole.

—Discrepo en eso... —empezó a decir Emilio.

—Eso está fuera de lugar, soldado. Son órdenes directas de Salonio —respondió el *optio*, al que se le había dibujado una sonrisa en el rostro.

—Sí, señor —contestó a regañadientes el veterano—. Pero no os entretengáis demasiado en Tarraco...

—Lo justo y necesario únicamente... —dijo entre risas el oficial a la vez que guiñaba un ojo a los demás allí presentes.

Una vez los legionarios estuvieron a punto, abandonaron la tienda y esperaron en el exterior la llegada del centurión. Este no tardó demasiado en aparecer, vestido a imagen y semejanza de sus hombres. Se acercó hasta donde estaban esperándole y les dijo:

—Bien, soldados. ¿Estáis todos listos?

—¡Sí, señor! —contestaron todos a una sola voz.

—Pues en marcha, no tenemos tiempo que perder.

El grupo abandonó el recinto sin ninguna dificultad y se encaminó dirección a la *urbe*. Por la posición del sol en el cielo debían de estar ya en la *octava hora*^[3] del día, disponían aún de varias horas de luz para poder llevar a cabo las pesquisas necesarias para hallar a la sabandija de Flavio y hacerle hablar. El trayecto desde el campamento hasta la ciudad se podía recorrer en poco menos de una hora, aunque acostumbrados como estaban los hombres a marchas que duraban casi todo el día lo hicieron en menos tiempo del previsto. Accedieron por la misma puerta que la anterior ocasión y tras eso, el centurión dirigió unas palabras a los suyos:

—Bien, legionarios. Ahora ya no estamos en el fuerte, hemos dejado la seguridad que este nos brindaba. Aquí somos como cualquier ciudadano, quiero que estéis atentos a todo lo que se mueva, no quiero sorpresas.

—Ya habéis oído al centurión —indicó Cornelio—. Valerio y Aurelio, vosotros delante con él, ya que conocéis mejor el camino. Terencio y yo iremos unos pasos por detrás para cubrir las espaldas.

—Muy bien, señor —dijo el hispano a la vez que se colocaba a la derecha de su superior.

Valerio hizo lo mismo que su camarada y amigo, pero al otro lado. Ambos flanquearon a Salonio mientras los otros dos legionarios dejaban una distancia prudente respecto a los que iban en cabeza.

Aquella tarde hacía bastante calor, parecía ser que el mes de *maius*, y por ende el verano que se aproximaba, iban a ser cálidos. Eso era sin duda de agradecer cara a la campaña que se avecinaba, pues era mucho más grato combatir con calor que con frío y más si el territorio en el cual se desarrollaría la contienda era montañoso y caracterizado por un clima cuyas temperaturas en verano eran frescas, pero que en invierno se tornaban gélidas. A esa hora del día las calles de Tarraco estaban prácticamente desiertas, la gente después de haber comido prefería estarse en el interior de sus viviendas esperando que la temperatura bajase ligeramente para salir. Eso les benefició, ya que les permitió caminar a un paso más bien ligero y no encontrarse con ninguna aglomeración que les entorpeciese la marcha hacia su destino. El haber accedido por la puerta más cercana al campamento les obligaba a tener que cruzar casi toda la ciudad para llegar a la zona del puerto, aunque Aurelio

les hizo callejear para acortar el camino. Al llegar a la zona de los muelles, reconocieron el puesto donde unos días antes habían charlado con aquel pescador fabricante de *garum* que antaño había servido en las legiones y que les había indicado dónde podían encontrar la taberna de Saturnino. Al reconocer el lugar, Valerio le dijo a su amigo:

—Ya me sitúo, Aurelio, estamos cerca...

—Veo que reconoces el lugar —sonrió su camarada.

—Sí, allí está el puesto del hombre que nos ayudó a dar con la taberna —le dijo haciendo un gesto con su dedo índice derecho, a la vez que comprobaba que el puesto parecía estar cerrado a esa hora.

—Bien, ahora vayamos hasta el puesto de guardia y giremos por aquella calle —indicó de nuevo el guía.

—Cuando encontremos la plaza con la fuente que tiene esculpida la estatua de Envidia estaremos cerca —recordó Valerio a su amigo.

—Vaya, soldado, parece que te conoces esta zona. Ni que fueses de aquí —bromeó Salonio.

Los dos legionarios se miraron un poco extrañados, pues no era demasiado habitual que su superior dijera algo con ese tono de humor. En los años que llevaban sirviendo bajo sus órdenes rara vez había dado muestras de poseer tal sentido, más bien se caracterizaba por todo lo contrario. Era un tipo frío y hermético, distante con sus subordinados y que había demostrado más bien carecer de sentimientos. En lo que acaecía al ingenio, cabía destacar que era la primera vez que le escuchaban usar ese tono, por lo que les dejó ciertamente descolocados, sin saber cómo reaccionar. Prefirieron guardar silencio y no decir nada que pudiese incomodarlos a ellos o a Salonio. Era tal la inexpresividad que mostraba aquel hombre que cuando le había tocado la ardua tarea de hacer recuento de los legionarios caídos tras algún combate, su rostro ni se inmutaba, se mantenía serio e insensible al dolor. Era por eso por lo que los soldados que habían servido bajo su mando habían hecho correr el mito de que era un ser que carecía de alma. Esas leyendas seguramente llegaron a sus oídos, aunque nunca tomó cartas en el asunto, no desmintió lo que se decía, ni castigó a aquellos que se encargaron de propagar ese rumor. Más bien al contrario, parecía ser que le iba bien poseer esa fama, incluso daba la sensación que él mismo se encargaba de que todos creyesen que era

así.

Valerio sabía que tras esa coraza de hielo había un ser humano. Se lo había demostrado aquella noche en el bosque, cuando habló con él, alejados ambos de sus compañeros y le dijo que admiraba el coraje que había demostrado al hacer todo lo posible por salvar la vida de Marco. Era consciente que el miedo y el temor era una buena manera de ganarse el respeto de la gente, y más tratándose de legionarios. Si esa era la táctica que estaba usando Salonio, él no era nadie para criticarla, aunque no estuviese de acuerdo con ella. Tal vez era eso mismo lo que le había permitido llegar hasta la posición que ahora ocupaba, quién sabe, si hubiese actuado de otra manera quizás no habría conseguido obtener el cargo de centurión. Fuese cual fuese la manera de ser de ese hombre, la verdad es que tenerlo de su parte le hacía sentirse mucho más seguro. Aunque la mayoría de los legionarios de la primera centuria pensaban que su centurión era un hombre duro, exigente e incluso carente de sentimientos, ninguno de ellos lo cambiaría por otro. El respeto se lo había ganado con creces, y no solo el de sus subordinados, sino también el de sus iguales y superiores jerárquicos.

Solo había que tener presente que el rango de centurión se otorgaba en algunas ocasiones a los legionarios que habían demostrado un valor excepcional en el campo de batalla, ya que la mayoría de veces se les concedía a hombres que no habían demostrado ese valor, pero que procedían de familias adineradas capaces de comprar ese cargo. Era pues un honor servir bajo las órdenes de un auténtico oficial, un militar de carrera que se había ganado su ascenso en el campo de batalla según decían los más veteranos. Ese era el perfil de Salonio, un hombre que llevaba la guerra en la sangre y que además poseía otras virtudes, tales como el honor, la disciplina o la disposición a cumplir las órdenes recibidas. Era un cargo que no estaba hecho para cualquiera, era necesario cumplir varios requisitos importantes. Además, dentro del rango de centurión había varias categorías. El más importante de ellos era sin duda el *Primus Pilus*^[4], el centurión con más rango de toda la legión, que estaba al mando de la primera centuria de la primera cohorte. Tras él, estaban los llamados *Primi Ordenes*^[5] que servían también en la primera cohorte y se encargaban de dirigir el resto de centurias de la misma. El resto de centuriones eran colocados a cargo de las diferentes

unidades según su importancia, y esta iba relacionada con el número de centuria que dirigían. Así pues, Salonio era uno de los oficiales más relevantes, pues estaba al mando de la primera centuria de la segunda cohorte, detrás únicamente de los centuriones de la primera cohorte.

La inflexibilidad y disciplina extrema que mostraba hacían que los hombres a su cargo tuvieran que trabajar muy duro. Aunque si una cosa había que destacar, pese a que algunos en ocasiones le maldijeran por todo lo que les hacía sufrir, era que a la hora de entrar en combate y poner en práctica todo lo aprendido durante los entrenamientos, la primera centuria de la segunda cohorte era una de las más preparadas y duras. Eso se lo tenían que agradecer a Salonio, quien elevando el nivel de exigencia a sus legionarios en realidad les estaba convirtiendo en máquinas de combatir, tal vez sin que muchos de ellos se diesen cuenta. Valerio había escuchado a muchos de sus compañeros quejarse en ocasiones de su superior, sobre todo tras las largas marchas a las que les sometía, o tras las jornadas de entrenamiento en tácticas de combate, sin duda las más pesadas por efectuarse con todo el equipo puesto.

Pero estaba claro, y a las pruebas se remitía, que, a la hora de la verdad, a la hora de entablar combate con un enemigo real y no de madera, como eran los *palus*^[6], todo lo que habían aprendido durante la instrucción ayudaba a los hombres a desenvolverse con presteza y lo que era más importante, a sobrevivir. Todos los que se quejaban del centurión y de su férrea dureza, en el fondo, al concluir la batalla y continuar con vida agradecían todo lo que ese hombre les había enseñado, y tenerlo cerca combatiendo era una garantía. Otorgaba seguridad a la formación a la vez que estaba pendiente de todos sus hombres, así mientras las líneas se iban relevando, él solía permanecer en la primera durante todo el combate y eso no provocaba otra cosa más que admiración y respeto. Algunos hombres habían llegado a pensar que lo hacía porque buscaba la muerte, porque no tenía nada en esta vida que le hiciese querer vivir, aunque nada más lejos de la realidad ya que si hubiese querido morir habría tenido muchas ocasiones de lanzarse él solo contra el enemigo. En cambio, mantenía un orden estricto en la formación y velaba para que esta no se quebrara, intentando evitar que se rompieran filas, ya que eso era lo peor que le podía suceder a una centuria. Si la primera línea se rompía había muchas posibilidades de que la segunda también lo hiciese y era entonces

cuando el resto, que seguramente no veían casi nada de lo que sucedía, entraban en pánico al ver flaquear a los suyos y rompían la formación para emprender la huida. Ese era el momento en el que una formación era más débil y se convertía en un blanco fácil. El enemigo únicamente tenía que iniciar una persecución y rematar por la espalda a los pobres infelices que huían.

Todo buen oficial que se preciase, ya fuese centurión, decurión, tribuno o general, sabía que mantener la formación ordenada y compacta era clave para ganar una batalla. Así, cuando las formaciones rivales chocaban y se mantenían firmes, el número de bajas en ambas solía ser bastante bajo y estas solo se disparaban cuando una de las dos se rompía y emprendía la huida, exponiéndose de esa manera a sucumbir bajo el filo de sus perseguidores. Era por ello y no por otra cosa por lo que Salonio dedicaba muchas horas de entrenamiento a potenciar y fortalecer ese aspecto. La moral de los hombres era fundamental para vencer, aunque las tropas del enemigo les duplicasen o triplicasen en número, una formación bien compactada y disciplinada tenía muchas posibilidades de salir indemne de un combate, e incluso tenía opción de salir victoriosa.

Sí, así era Salonio. Un hombre duro y exigente, tal vez no demasiado dado a la comunicación e interacción con sus hombres o en general con otros miembros de su misma especie, pero en definitiva de los que uno querría tener a su lado en un momento complicado.

No les costó demasiado encontrar la fuente de lo que otrora fuera una representación escultórica de la diosa. Poco después entraron al callejón en el cual se hallaba la posada y prosiguieron la marcha en dirección al antro. Mientras caminaban Cornelio, que iba unos pasos por atrás de los demás junto con Terencio, le dijo a su camarada:

—Espero que esta visita a la posada sea menos movida que la última.

—¿Acaso crees que encontraremos a ese tal Flavio ahí dentro? —preguntó el veterano a su superior.

—Si es así honraré a los dioses con algún sacrificio, aunque creo que esa rata ya no está en la ciudad —respondió el *optio* con un tono de resignación—. En el mejor de los casos habrá cobrado por el trabajo infame que llevó a cabo y se habrá marchado de la ciudad. Por lo menos eso es lo que yo haría en su lugar.

—¿Por qué dices en el mejor de los casos? —volvió a inquirir el legionario.

—Tal vez los que le tenían que pagar hayan preferido deshacerse de él, así se aseguran que no abra la boca —respondió de nuevo Cornelio.

—Quizás tengas razón —dijo el soldado—. Aunque me pregunto cómo vamos a reconocer a ese tipo si ninguno lo hemos visto.

—Esta taberna la regenta el que nos dio la información del escondrijo de ese bastardo. Quizás también sepa qué planes tenía después de cobrar su recompensa —explicó de nuevo el oficial—. La otra vez habló bastante rápido, no hizo falta ni tocarle un pelo —continuó diciendo mientras en su cara se dibujaba una sonrisa recordando aquel momento.

Justo en ese momento, los que iban más adelante se detuvieron. Salonio se dio la vuelta para esperar a los que faltaban y cuando estuvieron todos reunidos, les dijo:

—Bien, soldados. No sabemos a quién nos vamos a encontrar ahí adentro, ni tampoco qué cara tiene ese Flavio. Él en cambio sí que os podría reconocer. Cuando entremos nos desplegamos en abanico para cubrir más espacio. Tal como me ha explicado Valerio, el local no es demasiado grande y solo dispone de un acceso. Aurelio, tú te quedarás cubriendo la puerta para que nadie pueda escapar.

—Sí, señor —respondió el hispano.

—Los demás barreremos el local en busca de cualquier indicio que delate la presencia de ese miserable —explicó el centurión.

—Muy bien —respondieron los otros tres.

—Tened las armas preparadas para usar, no quiero que nos cojan por sorpresa. Esto no es un campo de batalla, por lo que el enemigo no avisará antes de atacar —advirtió de nuevo Salonio a sus hombres.

—Señor, ¿qué hago si alguien intenta salir del local? —preguntó Aurelio.

—Lo retienes, muchacho, lo retienes —respondió este—. Aunque extremando las medidas de seguridad, podría tratarse de nuestro hombre.

—¿Y si no está allí? —inquirió Terencio.

—Trataremos de que alguien de los presentes, ya sea el anciano o cualquier cliente, nos facilite información sobre su paradero —contestó.

—Estoy convencido de que el tabernero estará encantado de colaborar de

nuevo con nosotros —dijo riendo Cornelio.

—Muy bien, en marcha —dijo Salonio a la vez que entraba en el edificio colocando su mano firmemente sobre la empuñadura de su *gladius*.

Los demás no dijeron nada más y le siguieron hacia el interior.

CAPÍTULO II

Al oír los pasos, Quinto se levantó de detrás de la barra e indicó a dos de sus hombres que se acercasen hasta la puerta para ver quién había entrado al local. Estos obedecieron inmediatamente las órdenes de su jefe. Se colocaron rápidamente junto a la mesa más cercana al acceso, la que quedaba más lejos de la barra. Los otros tres que estaban a su derecha se levantaron cuando él lo hizo y se encararon hacia la puerta del local. Entonces les dijo:

—Estad atentos, no sabemos quién puede ser. Quizás el que ha matado a Saturnino se haya olvidado algo y regrese. Si es así le daremos una cálida bienvenida y le haremos pagar por esto.

Cada vez se escuchaban más cerca los pasos que descendían por la escalera. Quinto y los hombres que tenía más cerca se dirigieron lentamente hacia la puerta, dejando una distancia prudencial respecto a los otros dos que estaban apostados frente a esta. No tardaron demasiado en ver cómo se descorría la cortina y aparecía un hombre de detrás de esta. Se pusieron en guardia, y más cuando observaron que tras el recién llegado aparecieron dos más. Estos se detuvieron bruscamente al darse cuenta de la presencia de gente. Quinto se quedó mirando fijamente a los que iban detrás del primero, y exclamó en voz alta con un tono de sorpresa:

—¿Vosotros?

Los aludidos se quedaron a su vez mirándole fijamente. No había duda de que también le habían reconocido, por lo que inmediatamente se llevaron las manos a sus armas, gesto que hizo también el hombre que había entrado primero. A ese no lo había visto antes, aunque dedujo que si acompañaba a los otros debía de ser uno de los suyos. Cuando salió de su asombro, dijo a sus hombres en tono claro y autoritario:

—¡Atentos, muchachos! ¡Son legionarios!

Los suyos, al percatarse de la información, empuñaron sus armas inmediatamente y se pusieron en guardia. En ese momento, de detrás de la cortina salieron dos hombres más. Quinto reconoció a uno de ellos, era el hombre que le persiguió el día en que se produjo el enfrentamiento en ese

mismo lugar. No daba crédito a la situación, de nuevo se encontraba cara a cara con los legionarios que casi acaban con él en dos ocasiones. No podía ser, Fortuna volvía a estar en su contra. Creía que esos hombres no volverían a aparecer de nuevo por la taberna. Entonces se le pasó por la cabeza la idea de que hubiesen sido ellos los causantes de la muerte de Saturnino. Dada las anteriores experiencias que había tenido con los soldados decidió usar la palabra antes que combatir, por lo que les dijo:

—¿Qué hacéis vosotros aquí otra vez?

El hombre que iba en primera posición giró la vista hacia la derecha y le preguntó a uno de los que había reconocido:

—¿Quién es este tipo? ¿Le conoces?

Entonces el legionario le contestó a su acompañante:

—Por desgracia sí. Participó en el asalto en el callejón, señor.

—Y más tarde tuvimos otro encuentro con él aquí mismo —respondió otro de los legionarios, el bajito y corpulento que acabó con varios de sus hombres en los anteriores enfrentamientos.

—Soy Quinto Pomponio —respondió el aludido—. ¿Y tú quién eres? —preguntó a su vez.

—Publio Salonio Varo, centurión de la primera centuria, segunda cohorte de la IV legión —respondió el soldado.

—Encantado, Salonio —dijo con cierto sarcasmo el hombre—. ¿Y se puede saber qué has venido a hacer a esta humilde posada? Estás muy lejos de tu campamento.

—Estamos buscando a alguien, quizás tú puedas decirnos dónde encontrarlo —volvió a decir el soldado.

—Quizás, aunque me pregunto por qué motivo debería ayudarte —volvió a decir el hombre.

—Creo que sería mejor para ti y para tus hombres que colaborases —dijo el legionario a la derecha del centurión—. ¿O es que ya no recuerdas lo que pasó la última vez que nuestros caminos se cruzaron? Quizás deberíamos hacer que pagues por tus acciones del pasado.

—Tranquilo, Valerio, déjame hablar a mí —dijo Salonio mientras daba un paso al frente y enfundaba su espada.

Los dos hombres apostados junto a la puerta miraron con sorpresa a su

jefe, y este les hizo una indicación para que se apartasen un poco hacia los lados de la sala. Estos obedecieron inmediatamente y la situación de tensión pareció rebajarse un poco. El centurión se plantó a unos quince *passi* de distancia de él y empezó a hablar:

—Mis hombres ya me han contado lo que sucedió el otro día. Creo que todos hemos perdido demasiado por este asunto, creo que no será necesario verter más sangre, Quinto Pomponio, ¿estás de acuerdo?

—¿Y qué propones, Publio Salonio? —respondió el hombre.

—Tú nos ayudas dándonos la información que buscamos y nosotros hacemos como si nunca nos hubiésemos visto antes —dijo el soldado—. Incluso mis hombres están dispuestos a olvidar las anteriores afrentas que les hayas podido ocasionar. ¿No es así, muchachos? —les dijo a los suyos.

—Sí, señor —respondieron todos a la vez.

—¿Ves? Es sencillo, creo que es un trato justo en el que todos salimos ganando —insistió el centurión.

—¿Y si me niego a aceptar tu propuesta? —dijo el hombre arriesgándose un poco.

—Entonces tal vez no veas ningún otro amanecer. Habrá otros que estén más dispuestos a hablar que tú, no te quepa la menor duda —dijo Salonio cambiando el gesto de su cara.

Las palabras que dijo el soldado, acompañadas con el tono y la frialdad con que se pronunciaron, fueron lo que más asustaron a Quinto. Si no habían podido deshacerse tan solo unos días antes de aquellos tres, la cosa se complicaba si se añadían dos más y con el agravante de que uno de ellos era un centurión. No quería demostrar cobardía ante los suyos, aunque algo en su interior le decía que lo más sensato era aceptar la oferta que le proponía el militar y tratar de evitar de esa manera un enfrentamiento directo. En los últimos días ya había perdido demasiados hombres, y él mismo había flirteado con las Parcas más de lo necesario. Decidió enfundar él también su arma y dijo a su contertulio en un tono mucho más cordial:

—De acuerdo. Acepto tu oferta, aunque si lo dices por Saturnino creo que llegas tarde. Lo han matado.

—¿Quién es Saturnino? —pregunto Salonio.

—El viejo tabernero que regenta este lugar —respondió Quinto—.

Supongo que cuando decías que buscarías a alguien que te facilitase esa información, te referías a él.

—Quizás me refiriese a él —respondió el oficial—. ¿Lo has enviado tú al Inframundo?

—No, cuando hemos llegado hace tan solo un rato la posada estaba extrañamente vacía. Hemos hallado el cuerpo sin vida del viejo detrás de la barra, en el interior de un gran barril de vino —dijo el hombre.

Uno de los legionarios se acercó hasta la posición de su centurión, guardó su arma y dijo:

—Tras tu repentina huida el otro día tuvimos una charla con el viejo.

—¿Entonces fuisteis vosotros los que lo matasteis? —preguntó el hombre.

—Claro que no —dijo el soldado—. Se mostró muy colaborador con nosotros, no hizo falta insistirle demasiado para que hablara y cuando nos marchamos del local aún estaba vivo.

—Pues si no habéis sido vosotros, ¿quién le ha matado? —dijo para sí mismo Quinto.

—El viejo nos dijo dónde se escondía el hombre al que estamos buscando —dijo el mismo legionario—. Me refiero a ese que estaba contigo en el callejón, Flavio. Supongo que, si estabas con él, te habría contado cuáles eran sus planes, ¿no? —preguntó.

—Algo me dijo —respondió el hombre—. Vamos a sentarnos en una mesa para hablar con más calma si os parece —dijo de nuevo apartando una de las sillas más cercanas.

Los dos soldados se miraron, dudando por un instante si aceptar el ofrecimiento de Quinto. Este tomó asiento y les dijo:

—Tranquilos, tenemos un trato. Yo os ayudo con lo vuestro, sea lo que sea, y vosotros no tenéis en cuenta el pasado, ¿no era eso?

—Por supuesto —dijo Salonio a la vez que cogía otra silla y tomaba asiento.

—Un trato es un trato, y la palabra de un oficial romano vale su peso en oro —dijo sonriendo el hombre—. ¡Livio, trae unas copas y una jarra de vino! —ordenó—. ¡Y enfundad las armas!

El aludido obedeció rápidamente, se dirigió hasta la barra y al momento regresó hacia la mesa. Entregó unas copas a los dos soldados y a su jefe, y

posteriormente les sirvió el vino en ellas. Tras eso, se dio media vuelta y se apartó unos pasos. La situación estaba totalmente calmada y eso le permitió a Quinto relajarse un poco, más cuando Salonio dio la indicación a los suyos para que guardasen también sus espadas. Los tres dieron un sorbo a la copa y se miraron entre sí. Fue él quien rompió el hielo:

—Vaya, entonces tú eres Tito Valerio —dijo dirigiéndose al soldado que estaba situado a la derecha de su superior.

—Sí —respondió secamente el legionario.

—Espero que entiendas que lo del otro día en el callejón no era nada personal, tan solo era trabajo —dijo Quinto.

—Claro, lo entiendo —respondió el soldado dando otro sorbo a la copa mientras le atravesaba con la mirada.

—Ya sé que no es de los mejores vinos del viejo, pero últimamente se estaba volviendo un tacaño, y la calidad de sus licores había bajado sustancialmente —dijo de nuevo cambiando de tema e intentando suavizar un poco la situación.

—Tenemos prisa —dijo de nuevo Valerio.

—Claro, claro. ¿En qué puedo ayudaros pues? —dijo el hombre.

—Como ya te hemos dicho hace un momento, estamos buscando a Flavio y creo que tú puedes decirnos dónde encontrarlo —dijo secamente el legionario.

—Si te soy sincero hace días que no le veo, desde el día en que nos conocimos —dijo Quinto—. Y espero por mi bien que los dioses hayan acabado con él.

—Pues yo creo que está muy vivo —dijo Valerio—. Si no, ¿quién crees que ha matado a Saturnino? Él fue el que nos dijo dónde podíamos encontrarle, estoy convencido de que volvió para ajustarle las cuentas.

—Os juro por Júpiter y por todo el panteón de dioses que no le veo desde la mañana del asalto en el callejón —dijo el hombre—. Flavio es un tipo muy rencoroso, no me perdonará nunca por haberme marchado de allí...

—Querrás decir por haber huido de allí —corrigió el soldado, que parecía bastante molesto con él.

—Tranquilo, Valerio —intercedió Salonio—. Seguro que Quinto Pomponio dice la verdad...

—Sí que la digo —dijo el hombre—. Os aseguro que si supiese algo

acerca de su paradero os lo diría. Soy el primer interesado en que Flavio abandone cuanto antes este mundo. Le conozco desde hace mucho y estoy convencido de que me buscará para matarme, de la misma manera que ha hecho con el viejo.

—Pues si nos dices dónde está, nosotros nos encargaremos de que no sea una molestia para ti —insistió el centurión—. Piensa que haremos el trabajo sucio por ti.

—¿Y se puede saber el motivo por el cual estáis tan interesados en encontrarle? —preguntó Quinto.

—Digamos que tiene que pagar por algo que ha hecho —dijo Salonio fríamente.

—Entiendo que, si dais con él, ¿le mataréis? —volvió a insistir Quinto, que estaba cada vez más tenso.

—Es bastante probable... —respondió el oficial.

—Muy bien, veo que compartimos un interés común. Todos queremos ver muerta a esa sabandija —empezó a decir el hombre—. De momento lo único que os puedo decir es que pondré a mi gente a trabajar inmediatamente. Ellos se encargarán de preguntar por ahí, y creedme, son muy eficaces y convincentes haciendo su trabajo. Cuando sepa algo me encargaré de informaros. Eso es lo que os puedo ofrecer.

—No lo veo claro, señor —dijo Valerio dirigiéndose a su superior.

—Lo sé —respondió el centurión—. Lo que no entiendo es qué esperas sacar a cambio de ofrecernos tu ayuda —dijo dirigiéndose a Quinto.

—Como he dicho antes, lo mismo que vosotros. También salgo ganando si os digo dónde se esconde. Creo que es un trato justo para las dos partes —respondió el hombre.

—Está bien —dijo Salonio—. Pero pon a tus hombres a trabajar sin perder ni un solo instante, no disponemos de mucho tiempo. Partimos pasado mañana hacia Segisamo, y queremos dejar resuelto el asunto antes de irnos.

—Por supuesto —dijo Quinto—. Si le encuentro, ¿cómo puedo ponerme en contacto con vosotros? —preguntó al oficial.

—Envía a alguno de tus hombres al campamento de la legión y pregunta por mí. Que diga que se trata de un tema urgente y que solicite mi presencia en el puesto de guardia —indicó Salonio.

—Entendido —respondió Quinto mientras observaba cómo el centurión se bebía lo que quedaba en la copa de un solo trago, se ponía en pie, acompañado de Valerio y se dirigían ambos hacia la puerta de salida.

Los cinco legionarios abandonaron el recinto sin decir nada más y después de que estos se hubiesen marchado, Quinto respiró aliviado. Había salido indemne del tercer encuentro en pocos días con los legionarios de la IV. En esta ocasión se había tenido que comprometer a colaborar con esos hombres y sin recibir ni un denario a cambio. Pese a eso se sentía un poco más tranquilo, las cosas no habían ido tan mal, quizás pudiese sacar provecho de la situación y servirse de ellos para que le sacaran de encima una preocupación. Si algo habían demostrado esos soldados era que estaban hechos de otra pasta, eran tipos muy duros y si daban con Flavio, este no tendría la más mínima posibilidad de escapar con vida. Tampoco sabía exactamente qué les había hecho para que estuvieran tan interesados en dar con él, aunque tampoco le importaba demasiado. Pensó que más le valía tenerlos a su favor que en su contra. Se encargarían de Flavio sin que él tuviera que mover un dedo y por los dioses que eso a él le iba bien, pues el maldito bastardo era un tipo muy peligroso. Cuando en el pasado trabajó con él había demostrado ser un animal sin escrúpulos. Recordaba que en más de una ocasión había hecho cosas para las que hacía falta tener muchas agallas, o muy poco sentido de la moralidad.

Mientras se servía otra copa, le vino a la cabeza la primera ocasión en la que colaboraron en un tema de trabajo. Este les había llegado a través del difunto Saturnino, quien a su vez había recibido el encargo de un adinerado comerciante de aceites que residía en la parte alta de la ciudad...

Tarraco, marzo del año 29 a. C.

—Bienvenido, Quinto. ¿Qué te sirvo? ¿Un poco de vino? —preguntó amablemente el viejo tabernero.

—Ponme una copa, pero que no sea demasiado fuerte, todavía me dura la resaca de anoche —dijo el hombre.

—No hay mejor remedio para la resaca que tomarse otra copa de vino. Al menos eso era lo que decía mi abuelo —respondió Saturnino, sonriendo a la vez que le llenaba la copa hasta arriba.

—¿Y bien? Tú dirás de qué se trata... —dijo Quinto intrigado.

—Tranquilo, no tengas tanta prisa. Estamos esperando a alguien —dijo el viejo—. Prefiero explicarlo cuando estéis ambos, así me ahorro tener que repetirlo.

—¿Y de quién se trata esta vez? Espero que sea más profesional que mi último socio —preguntó de nuevo este mientras bebía un buen sorbo de la copa.

—De Apio Flavio, ¿no le conoces? —preguntó el viejo.

—He oído hablar de él, pero no tengo el placer de conocerle en persona —dijo Quinto—. ¿Y va a tardar mucho en aparecer? —preguntó.

—No creo... —dijo el anciano—. Ah, mira, por allí viene —dijo haciéndole una indicación con un leve movimiento de la cabeza.

Quinto se dio la vuelta y miró en dirección hacia donde señalaba Saturnino. Vio cómo un hombre se acercaba hacia la barra; era un tipo alto y delgado, vestía una túnica oscura de lana, unos calzones de la misma tela también oscuros, y llevaba puesta sobre sus hombros una capa del mismo color. A medida que se fue acercando observó que tenía la tez pálida, muy blanquecina, el cabello corto y del color del oro. Sus ojos eran de color gris, y su mirada era profunda, le recordaba a la de un animal salvaje, tal vez de algún felino, de esos que a veces traían de tierras lejanas para luchar en la arena contra gladiadores o para acabar con prisioneros cuando había sobrepoblación de estos. Se acercó hasta su posición y tomó asiento en el taburete de su derecha. Saturnino dijo entonces:

—Bienvenido, amigo, ¿te sirvo una copa de vino?

—Sí, por supuesto. Y algo de comer, no he probado bocado desde ayer noche —contestó el hombre.

—Ahora mismo —dijo el viejo mientras le acercaba una copa y se la llenaba.

Quinto se lo quedó mirando durante un momento. Sintió una extraña sensación al verlo más de cerca. Ese hombre transmitía algo, no sabía bien qué era, pero le hacía sentirse un poco incómodo. Desde que se había sentado a su lado ni siquiera se había molestado en mirarle, esperó a que el tabernero le llenase la copa y se la bebió prácticamente toda de un solo trago. Entonces el viejo dijo:

—Flavio, te presento a Quinto Pomponio. Colaboraréis en este trabajo.

Se giró hacia Quinto, se lo quedó mirando durante un instante y entonces le dijo al anciano:

—Ya sabes que prefiero trabajar solo.

—Sí, lo sé —dijo este—. Aunque en esta ocasión creo que te irá bien algo de ayuda. Quinto es bueno en su trabajo, os entenderéis a la perfección.

Flavio no dijo nada, se limitó a coger la jarra de vino y servirse otra copa. El tabernero se fijó en la cara de perplejidad que había puesto Quinto y decidió intervenir rápidamente para que la situación no fuese a más:

—Muy bien, creo que ha llegado la hora de ponerlos en antecedentes. Ayer vino a verme Servio Domicio Calvino, no sé si sabéis de quién os estoy hablando —dijo el hombre, que al ver la cara de incredulidad de ambos decidió ser un poco más explícito— Es uno de los mayores comerciantes de aceite de la ciudad. Me explicó que tenía un problemilla con un antiguo socio que había trabajado con él y que ahora iba por libre.

—Entiendo —dijo Flavio.

—Parece ser que cuando ese exsocio dejó de colaborar con él, se llevó a alguno de sus clientes más importantes —continuó diciendo el hombre—. Y eso no le ha gustado nada, ya que le ha hecho perder varios miles de denarios. Ahora teme que otros clientes fijos que tiene hagan lo mismo y claro, ya os podéis imaginar lo que eso supondría para su negocio...

—Por supuesto —dijo Quinto adelantándose al otro hombre—. Quiere que le hagamos una visita a su exsocio y le dejemos las cosas claras, ¿no?

—Lo de la visita es correcto —dijo Saturnino—. Aunque más que explicarle las cosas, quiere que le mandéis directamente a visitar el reino de Plutón —dijo el viejo.

—¿Y cuánto está dispuesto a pagar? —preguntó Flavio sin levantar la mirada de la copa.

—Me ha dado mil denarios por adelantado, y tres mil al final del trabajo —dijo el tabernero—. Cuatro mil en total, yo me quedo quinientos de comisión y el resto a repartir entre vosotros dos.

—Me parece justo —dijo Quinto.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —preguntó Flavio a Saturnino.

—Por supuesto —dijo este.

Ambos se dirigieron a una mesa cercana y tomaron asiento ante la impávida mirada de Quinto, a quien nadie le había preguntado si estaba de acuerdo o no con esa charla privada. Prefirió no decir nada, pues aún no conocía al recién llegado y no le pareció prudente enfrentarse a un hombre del cual no sabía nada. Pensó en la recompensa que recibiría por el trabajo y no quiso arriesgarse a perder esos mil setecientos cincuenta denarios, que por cierto le iban a ir de perlas para cubrir unas deudas de juego que había contraído recientemente. Esperó unos instantes hasta que los hombres se levantaron de la mesa y volvieron a ocupar sus posiciones. Entonces Flavio dijo de nuevo:

—Explícanos los detalles del trabajo.

—Bien, Domicio me ha dicho que su exsocio se llama Cayo Ulpiano Floro. Vive cerca del foro provincial, en una opulenta *domus*^[7]. Vive con su esposa y sus tres hijos, dos muchachas, una de dieciséis años y otra de doce, y un niño de siete años —explicó el anciano—. Además, desde que se ha convertido en un importante hombre de negocios se ha hecho con los servicios de un grupo de mercenarios que le hacen las veces de guardaespaldas. Le acompañan allá donde vaya.

—¿De cuántos hombres estamos hablando? —preguntó Flavio.

—Al menos siete —dijo el anciano—. Durante el día le protegen cinco de ellos y no le dejan solo nunca. El contratante me ha confirmado que son *celtíberos*^[8], fieros y brutos, su cabecilla es un tal Turino.

—Mmm, siete hombres para dos —dijo pensativo Quinto—. Son demasiados...

Flavio le lanzó una mirada que le dejó petrificado, aunque no le dijo nada. Bebió otro sorbo de vino y le dijo a Saturnino:

—¿Te ha dado algún dato más que debemos tener en cuenta ese tal Domicio?

—Sí, claro, a eso iba —dijo el anciano—. Me ha comentado que sus informadores le han confirmado que por la noche los guardaespaldas se turnan por parejas para montar guardia en la casa, tanto por el exterior como por dentro de esta. El resto duermen en una pequeña edificación exterior que hay junto a la *domus*. Me ha proporcionado este plano de la casa y sus alrededores para que os podáis ubicar mejor —y entregó el documento a los hombres.

—Bien, pues aprovecharemos el amparo de la oscuridad para acceder a la casa —dijo Flavio mirando de soslayo a Quinto, mientras agarraba lo que le había entregado el viejo.

—Parece un buen plan —dijo este—. Será sencillo deshacernos de los guardias del perímetro y colarnos dentro de la casa. Si le sorprendemos mientras duerme no costará demasiado acabar con el objetivo.

—Por cierto, se me olvidaba un detalle —dijo el viejo—. Domicio me ha pedido que le llevéis la cabeza de Ulpiano, la conservará para mostrarla a aquellos que intenten salir de su órbita.

—No hay problema. La tendrá —dijo Flavio con tono sereno.

—Sin duda —apuntó Quinto.

—Os dejo solos para que acabéis de definir los detalles del trabajo —dijo Saturnino—. Aprovecharé para prepararte algo de comer.

—De acuerdo —dijo el hombre.

Cuando el anciano se dio media vuelta y entró en la trastienda, Flavio se acabó el contenido de la copa y se giró hacia su nuevo socio. Se lo quedó mirando fijamente durante un corto período de tiempo, que al otro hombre se le hizo eterno. Se aclaró la garganta y empezó a hablar:

—Según este dibujo, la casa está bastante aislada. El edificio donde duermen los guardias está junto al muro oriental, pared con pared con la zona de dormitorios. Debemos acceder por el muro opuesto, el occidental.

—De acuerdo —dijo Quinto—. Eso nos llevará directamente a la zona de la cocina, deberemos atravesar el atrio y llegar hasta las habitaciones.

—Eso es —contestó su socio.

—Esperemos que el muro no sea demasiado alto —dijo Quinto—. Quizás sería conveniente hacernos con un garfio y una cuerda para poder trepar.

—Encárgate tú de conseguirlo —ordenó Flavio.

—Muy bien —contestó el hombre—. Entiendo que haremos el trabajo esta misma noche, ¿no?

—Por supuesto que sí, aunque creo que primero deberíamos ir a echar una ojeada, el dibujo que nos ha dado Saturnino es bastante sencillo. No quiero encontrarme ninguna sorpresa —comentó—. A veces la realidad no se plasma en un documento con tanta sencillez...

—Tienes razón —dijo de nuevo Quinto.

—Entonces nos vemos en el foro provincial, a las puertas de la Curia un poco antes de la *tertia vigilia*^[9] —dijo Flavio de manera tajante—. Y acuérdate de traer lo que te he pedido.

Tras decir eso, se levantó del taburete y se dirigió a la mesa en la que había estado momentos antes charlando con el tabernero; tomó asiento y esperó que este le trajera la comida que le había pedido. Quinto entendió perfectamente el contenido del mensaje, bebió el vino que le quedaba en la copa, se levantó y se dirigió hacia la puerta de salida. Mientras salía al exterior reflexionó sobre la clase de hombre que debía de ser Flavio, nunca antes le había visto y tampoco había escuchado su nombre, por lo que llegó a la conclusión de que o bien era un recién llegado a la ciudad y a la profesión, o era bastante discreto a la hora de hacer los trabajos y le gustaba pasar desapercibido. Pensó que cuando finalizasen la tarea iría a hablar con el viejo Saturnino y le pediría más información sobre su nuevo socio.

CAPÍTULO III

Era casi la *tertia vigilia* cuando llegó a la Curia. No había nadie por las calles a esa hora, hacía frío, la noche era gélida por lo que llevaba la capucha puesta y un pañuelo que le cubría hasta la nariz, dejando destapados únicamente sus ojos. Se había vestido con ropajes oscuros, ya que estos le servirían para ocultarse a la perfección. Llevaba enroscada en un hombro una cuerda larga, y dentro de una alforja, el gancho de acero que usaría para escalar el muro de la casa. No le había costado demasiado trabajo hacerse con él, un viejo amigo se lo había prestado sin hacerle ni una sola pregunta sobre el uso que le quería dar al objeto. Se acercó lentamente, con todos sus sentidos alerta, hacia la puerta del edificio gubernamental. No había nadie allí, todo estaba muy solitario. Tal vez su socio se hubiese olvidado de la hora o del punto de encuentro, aunque con lo meticuloso que le pareció a primera vista lo dudaba bastante. Decidió refugiarse en el porche, entre las columnas que flanqueaban la puerta de acceso, y aguardar allí la llegada de su compinche.

Tan pronto como se apoyó contra una de las paredes escuchó un leve sonido que procedía de la columna de su derecha. Se puso en guardia inmediatamente llevándose la mano a la empuñadura de su *gladius*. Agudizó más su vista intentando ver algo en la oscuridad. Esperó un rato, aunque no vio nada, por lo que soltó la mano de la espada y pensó que tal vez se tratase de algún animal callejero, tal vez un perro o un gato. De repente notó cómo una mano se posaba sobre su hombro derecho. Se llevó un buen sobresalto, y casi de manera innata se separó de la pared y desenfundó su arma para hacer frente a una posible agresión. Frente a él había un hombre vestido de manera similar, en pie, inmóvil. Se quitó la capucha y le reconoció. Tras el susto inicial volvió a enfundar el arma y se quedó en silencio, recuperando la respiración. Era Flavio, que se quitó el pañuelo de la boca y dejó ver una tímida sonrisa dibujada en su rostro. Entonces comenzó a hablar:

—Supongo que has traído lo que acordamos.

—Qué susto me has dado. Podría haberte matado —dijo Quinto con la respiración entrecortada aún.

—Tal vez, aunque yo podría haberte matado mucho antes —respondió Flavio con frialdad.

Quinto hizo caso omiso a esa última frase, se limitó a sacar el gancho de la alforja y a mostrárselo junto a la cuerda.

—Aquí está todo. Era esto lo que pediste, ¿no?

—Muy bien —dijo el hombre—. No perdamos más tiempo. La casa de Ulpiano no está muy lejos de aquí.

Los dos hombres emprendieron la marcha en dirección al lugar donde vivía su objetivo. No hablaron durante el trayecto, Quinto porque no sabía qué decir y Flavio porque no tenía nada que decir. No tuvieron que caminar demasiado hasta vislumbrar la *domus* del hombre al que tenían que enviar al Inframundo. Se quedaron a una distancia prudencial, la suficiente como para poder observar y trazar un plan de entrada sin ser vistos. Se situaron a unos cien *passi* de distancia del muro occidental, agazapados detrás de unos setos que había en un pequeño jardín cercano a la casa. Aguardaron durante un buen rato, esperando a que pasasen los guardias que estaban de ronda. Cuando estos aparecieron a lo lejos, Flavio le dijo a su compinche en voz baja:

—Cuando finalicen la ronda de vigilancia, nos acercaremos e iniciaremos la maniobra de acceso. Tardarán un buen rato en hacer la siguiente, eso nos concederá tiempo de sobra para colarnos sin problema alguno.

—¿Pero no dijiste que antes de hacer nada querías venir a echar un vistazo? —dijo Quinto asintiendo con la cabeza.

—Sí, eso fue lo que dije antes, pero ahora he cambiado de opinión, creo que debemos aprovechar este momento. La luna está oculta tras esas nubes, por lo que será más fácil pasar inadvertidos —le dijo señalando al cielo.

—Como desees —dijo Quinto un poco confundido.

—Una vez que estemos dentro, nos moveremos con sigilo. No sabemos a quién podemos encontrarnos en el interior —repitió el hombre a su socio.

—Descuida —volvió a decirle este.

Al cabo de unos instantes, escucharon voces que se acercaban hasta la zona del muro que estaban vigilando. No tardaron en ver de nuevo a los mismos hombres caminando por el perímetro, aunque esta vez en sentido contrario de la marcha. Parecía que habían finalizado de hacer la ronda y regresaban.

Estos iban armados con lanzas y escudos, y de la cintura les colgaba a ambos una enorme espada. Vestían ropajes gruesos, y sobre estos llevaban sendas capas de piel de animal. Los dos llevaban puesto un casco que les cubría también las orejas. Eran de complexión fuerte y sin duda se trataba de celtíberos, solo había que ver las largas melenas que lucían y sus pobladas barbas. Se pararon unos instantes y se pusieron a hablar. Ni Flavio ni Quinto entendieron nada de lo que decían, pues desconocían el lenguaje de esos pueblos, para ellos no eran más que ruidos guturales que se asemejaban más a los sonidos que emitían los animales que a las palabras que pudiesen articular los seres humanos. Cuando acabaron la conversación, los dos guardias continuaron su marcha hasta desaparecer de su campo de visión. Flavio dio la orden de moverse:

—Vamos, en marcha. Debemos aprovechar que han finalizado la ronda, no sabemos cuándo tendrá lugar la próxima.

Quinto le siguió rápidamente con el mayor sigilo posible hasta la base del muro. Allí sacó el garfio de la alforja, ató la cuerda a este y se lo pasó a su socio que ya se lo estaba solicitando con las manos abiertas. Flavio se apartó unos pasos de la base de la pared, volteó la cuerda a la altura de la base del gancho unas cuantas veces de manera circular y la lanzó hacia arriba. La pieza metálica se enganchó a la parte superior a la primera, aunque al hacerlo provocó un pequeño estruendo. Los dos hombres se mantuvieron quietos y en silencio durante unos instantes, a la espera. No sucedió nada, por lo que Quinto asió la cuerda y tiró hacia abajo para asegurarse de que había quedado bien anclada. Parecía segura, por lo que sin decir nada al otro hombre inició la escalada del muro. Este debía de medir unos diez *pedes*^[10] de altura aproximadamente. No le costó mucho llegar hasta la parte alta, y una vez allí se sentó lo más agazapado que pudo para no ser visto. Echó un vistazo hacia abajo para intentar ubicarse mientras esperaba que Flavio llegara hasta su posición. Una vez los dos estuvieron arriba, recogieron la cuerda y la dejaron caer por el otro lado de la pared para iniciar el descenso, que sin duda fue mucho más sencillo. Tal como figuraba en el plano que les habían proporcionado, aterrizaron en la zona del patio que daba a la cocina, en la que a esas horas no había nadie. Flavio le dijo entonces:

—Muy bien. La primera parte del plan ha sido sencilla, busquemos el

dormitorio de ese tipo y acabemos cuanto antes.

—Te sigo —dijo Quinto.

Accedieron al interior de éste por una ventana que estaba abierta. Cuando se disponían a salir de la estancia por la puerta que daba al atrio, escucharon unas voces que les obligaron a detenerse y ocultarse. Flavio asomó la cabeza ligeramente por el marco de la puerta e hizo un barrido visual de la zona. Al momento se escondió de nuevo y le dijo a Quinto:

—Mierda. Hay dos guardias en el atrio.

—Por Júpiter —maldijo Quinto—. No contábamos con ello, eso nos lo pone mucho más difícil. Debemos esperar a que se marchen.

—No podemos quedarnos quietos aquí esperando, ¿y si se quedan en esa posición toda la noche? —dijo Flavio—. Debemos deshacernos de ellos cuanto antes.

—De acuerdo, hagámoslo. ¿En qué has pensado? —preguntó el hombre.

—Están demasiado lejos de la cocina. Debemos crear una distracción y atraerlos hasta aquí. Si somos nosotros los que salimos primero y cargamos contra ellos, quedaremos al descubierto y dispondrán del tiempo suficiente para dar la alarma —dijo Flavio pensativo.

—Claro —respondió el otro.

—Muy bien, escóndete detrás de la puerta y estate preparado. Dejaré caer algún objeto al suelo para llamar su atención —explicó—. En el mejor de los casos se acercarán solamente ellos dos para comprobarlo. Yo me esconderé tras esos sacos que hay junto a la entrada. Déjalos que lleguen hasta dentro, les sorprenderemos por la espalda y acabaremos con ellos sin hacer ruido, ¿has entendido? —preguntó con tono serio.

—Perfectamente —respondió Quinto mientras se situaba en la posición que le había indicado su socio.

Acto seguido, vio cómo Flavio se ocultaba tras los sacos de grano. Llevaba en sus manos un pequeño plato de cerámica. Instantes después lo dejó caer al suelo provocando un sonido estrepitoso. Quinto sacó su *pugio* de la funda y lo empuñó con todas sus fuerzas, dispuesto a acabar con la vida de quien entrase. Se escucharon pasos y dos voces que hablaban entre sí. Como ya les había pasado anteriormente no entendieron lo que decían, pues usaban ese lenguaje que no comprendían. Desde detrás de la puerta vio cómo accedía

en primer lugar un hombre que empuñaba una espada enorme en sus manos. Se mantuvo quieto y esperó a que entrase el segundo de ellos, que empuñaba una lanza corta de madera. Cuando pasó este, salió lentamente de su escondite esgrimiendo el puñal y se acercó agazapado por su espalda. Vio de soslayo cómo Flavio salía también de su escondrijo y se acercaba por detrás al otro guardia.

Quinto se abalanzó rápidamente sobre su presa, le tapó la boca con su mano izquierda muy fuerte a la vez que con su arma rebanaba el cuello a aquel pobre infeliz que no se esperaba eso. El hombre se desplomó inerte en el suelo ya sin vida. Se giró inmediatamente hacia la posición de su compinche para ver cómo este dejaba caer al suelo de la misma manera el cuerpo también degollado del otro celtíbero. Qué manera más trágica de morir, pensó Quinto. Esos desgraciados no habían tenido ni la más mínima posibilidad de defenderse. Se agachó hacia el cuerpo sin vida de su víctima y limpió la hoja de su puñal en la capa de este. Acto seguido lo registró para ver si llevaba algo de valor. Encontró una pequeña bolsa de cuero que contenía algunas monedas, las sacó de su interior y se las guardó en su alforja. Flavio estaba haciendo lo mismo, pues cualquier oportunidad era buena para hacerse con algún objeto de valor. Cuando hubieron acabado el cacheo de los cuerpos, se levantaron y se dirigieron hacia la puerta. Flavio se asomó de nuevo para asegurarse de que no había nadie más y le dijo a su socio:

—Vamos, tenemos vía libre hasta los dormitorios.

—Voy detrás de ti —dijo Quinto.

Ambos hombres cruzaron el atrio, no por el centro sino por los laterales, así las propias columnas que adornaban el patio les servirían de protección en el caso de que tuvieran que esconderse de nuevo. Al llegar al otro lado observaron que había cuatro puertas distintas. Se miraron, y Quinto fue el primero en hablar:

—En el plano no pone nada sobre cuál es la habitación de Ulpiano. ¿Qué hacemos?

—Probemos en esta primero —dijo Flavio haciendo referencia a la más cercana a ellos.

—De acuerdo —dijo su socio sacando su *gladius* del interior de la funda.

Quinto se acercó a la puerta, la abrió con sumo cuidado y entró poco a

poco en el interior. Estaba totalmente oscura y sus ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la opacidad. Se dio cuenta de que había dos camastros, sobre los que estaban durmiendo dos figuras inertes. Ambos hombres se acercaron con sumo sigilo y se dieron cuenta de que eran dos muchachas jóvenes. Supuso que se trataba de las hijas de Ulpiano. Tras comprobarlo se dispuso a salir de la estancia, aunque al girarse se percató de que Flavio se estaba acercando a una de las camas. Se quedó extrañado y se mantuvo a la espera hasta que su compinche le hizo una señal para que se acercase él también. Le dijo en voz muy baja, casi imperceptible:

—Cojamos a las muchachas. Nos servirán de escudo si fuese necesario.

—Pero eso no forma parte del trabajo —replicó el hombre—. Nuestro objetivo es el padre de las muchachas, no ellas.

—En ocasiones es necesario improvisar —dijo Flavio—. Este gesto hará que Ulpiano se muestre más colaborador en caso de necesidad.

Prefirió no replicar más, por lo que se acercó a uno de los camastros. Cuando ambos hombres estuvieron justamente sobre las jóvenes, con un gesto rápido les taparon la boca y las levantaron del lecho. Las muchachas, que se llevaron un sobresalto, intentaron gritar de miedo, pero les fue imposible pues tenían las manos de los hombres sobre sus labios. Flavio le dijo a la que sujetaba en voz muy baja:

—Tranquila, jovencita. Si haces lo que te ordenamos no te pasará nada, pero si intentas hacer ruido te rebano el cuello aquí mismo y te dejo desangrarte como un pollo. ¿Has entendido?

La muchacha, que estaba temblando y llorando a causa del susto que se había llevado, asintió levemente con la cabeza. Quinto sujetaba de la misma manera a la otra joven, que por altura debía de ser la menor. Esta sollozaba igual que su hermana. Flavio volvió a decirle a la joven que tenía sujeta:

—Está bien, ahora indícame cuál es la habitación de tus padres. Si te portas bien, esto no habrá sido más que una pesadilla para ti.

Salieron lentamente de la habitación, y una vez en el exterior la joven alzó levemente su mano derecha para indicar la puerta de al lado. El hombre que la sujetaba le preguntó:

—¿Esta es la habitación de papá y mamá? Como me engañes te mato a ti y a tu hermanita.

La joven asintió con la cabeza. Entonces el hombre se acercó hasta la puerta y la abrió con mucho cuidado. Accedió a su interior seguido por Quinto, que sujetaba fuertemente a la otra muchacha. Ambos se plantaron delante del lecho y observaron que únicamente había una figura estirada sobre este. Se miraron entre ellos y dudaron si era Ulpiano o su mujer quien estaba allí durmiendo. Flavio le hizo un gesto a su socio para que se acercase hasta él. Cuando estuvo a su lado le indicó que se hiciese cargo también de la muchacha que él sujetaba. Quinto envainó con extrema precaución su espada para poder liberar su mano derecha. Una vez la tuvo disponible, sujetó a la presa de Flavio de igual manera, tapándole la boca con fuerza. Tras quedar libre, el hombre se acercó con su puñal en la mano hasta el borde del camastro. Allí comprobó que se trataba de un hombre, por lo que dedujo que se trataba del objetivo. Con un gesto casi imperceptible le tapó la boca y le colocó el *pugio* muy cerca del cuello, tan cerca que rasgó ligeramente la carne haciéndole sangrar. El hombre abrió los ojos inmediatamente, y fue en ese instante cuando el asesino le obligó a sentarse en la cama y le dijo en voz baja:

—¿Cayo Ulpiano Floro? ¿Eres tú?

El hombre, aterrorizado por la escena que se dibujó ante sus ojos, asintió levemente con la cabeza. Cuando vio que sus hijas estaban en pie frente a él y tras ellas había un hombre que las tenía sujetas con sus bocas tapadas, unas lágrimas empezaron a caer de sus ojos. Ni en la peor de sus pesadillas se había imaginado vivir semejante situación. El hombre que le mantenía tapada la boca le susurró al oído:

—Está bien, amigo, si no quieres que les pase nada malo a tus hijas haz todo lo que te diga. ¿Has entendido?

El hombre volvió a gesticular moviendo su cabeza, dejando claro que lo había entendido a la perfección.

—Te voy a quitar la mano de la boca, al mínimo ruido que hagas, mi socio se encargará de matar a tus pequeñas.

Flavio retiró poco a poco la mano, aunque mantuvo la punta de su afilado *pugio* en el cuello del hombre. Una vez hecho esto, le sujetó por debajo de la axila y le ayudó a incorporarse del lecho hasta que estuvo en pie. Entonces le dijo:

—¿Dónde se encuentra tu mujer?

—Está en la habitación de mi hijo pequeño, lleva unos días que duerme con él porque tiene pesadillas —dijo el hombre entre sollozos sin dejar de mirar hacia sus hijas.

—De acuerdo, espero por tu bien que me estés diciendo la verdad, porque si no es así ya sabes lo que les espera a ellas.

—¿Qué es lo que queréis? Tengo mucho dinero, os puedo pagar bien —dijo Ulpiano.

—Eso ya lo sabemos, amigo —dijo en tono sarcástico Flavio—. Aunque no nos has dicho dónde lo guardas.

—Está en mi despacho, justo en la habitación de aquí al lado —insistió el hombre—. Decidme una suma y os la entregaré.

—Mmm, ¿qué te parecen cinco mil denarios? —dijo Flavio.

—Son vuestros, pero no les hagáis daño a mis hijas —repitió el hombre sollozando.

—Me refiero a cinco mil para mí y cinco mil más para mi socio —insistió el secuestrador.

—Lo siento, no tengo tanto dinero en casa. Pero puedo conseguirlo en un par de días —dijo el hombre.

—Vaya, eso no es lo que quería oír —dijo Flavio—. Socio, mata a una de las niñas —ordenó tajantemente.

Quinto se quedó dubitativo un instante, no sabía si se lo estaba diciendo en serio o si se trataba de una medida de presión hacia el hombre. No pasó mucho tiempo hasta que Ulpiano intervino:

—Por favor, no, te lo suplico. Tengo ocho mil denarios, el resto te lo puedo dar en joyas. Mi mujer tiene muchas en esta habitación, puedes llevártelas todas, valen mucho más de lo que me has pedido. Pero no les hagas daño a las niñas —suplicó el hombre llorando y sacando espuma por la boca fruto de la desesperación.

—Veamos esas joyas. Luego decidiré si las acepto a cambio de la vida de tus hijas —dijo de nuevo Flavio.

Condujo al hombre hasta el tocador que estaba al lado del camastro. Este abrió los cajones y empezó a sacar todas las joyas que estaban allí. Había gran cantidad de colgantes, anillos, pendientes y pulseras, de diferentes metales, de

oro, plata e incluso algunos con enormes piedras de colores en su interior. Parecía que el hombre había dicho la verdad, el valor de todo eso superaba con creces los diez mil denarios que le habían pedido al principio. Quinto respiró aliviado, pues ciertamente no entraba en sus planes tener que matar a dos muchachas. En un principio pensó que las amenazas de Flavio eran reales, aunque luego se dio cuenta de que habían sido un farol para que ese hombre, desesperado como estaba, cayese en la trampa. Entonces le pidió que fuese poniendo las joyas en el interior de una alforja que había a los pies de la cama. Ulpiano obedeció de manera inmediata y fue colocando las joyas donde le había indicado su captor, el cual mantenía el cuchillo en su garganta. Cuando hubo acabado la tarea, este le volvió a decir:

—Buen trabajo, amigo, ¿ves como no era tan difícil? Ahora vamos a tu despacho y nos entregas ese dinero que nos habías dicho que tenías.

—Pero con las joyas tenéis más que suficiente... —dijo el hombre.

—¿Crees que la vida de tus hijas no vale esos ocho mil denarios? —preguntó el hombre apretando un poco más el puñal contra la garganta de este—. Aparte se rumorea que tienes mucho dinero, que has firmado unos buenos contratos comerciales con clientes muy importantes...

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó el hombre extrañado.

—Deberías ser más discreto a la hora de hablar con tus amigos, la información puede llegar a oídos de quien no debe —dijo esbozando una sonrisa Flavio, mientras le empujaba hasta sacarlo de la habitación.

Entraron todos en el despacho que estaba justo al lado. El hombre condujo al secuestrador hasta su escritorio de madera, donde abrió uno de los cajones inferiores y sacó un cofre. Lo abrió con una pequeña llave que llevaba colgada al cuello. Estaba repleto de monedas, tal y como les había asegurado. Sin duda, aparte del dinero que iban a sacar por cumplir el trabajo, se llevarían un gran botín de allí, entre las joyas y las monedas. Podrían estar un largo tiempo sin tener que trabajar. Ese tal Flavio era un profesional de la extorsión, había sabido jugar bien las cartas. Solo quedaba ver como resolvía la situación, pues el objetivo debía ser eliminado. Después de que el hombre volviese a alejarse del escritorio empujado por su raptor, este le dijo al oído:

—Saludos de Servio Domicio Calvino...

Y le rebanó la garganta con su puñal de lado a lado. El hombre cayó al

suelo llevándose sus manos a la herida, tratando de contener la hemorragia de sangre que le brotaba de esta. Durante los estertores, abría la boca como si quisiese gritar, aunque lo único que le salía de ella era sangre. Tanto Quinto como las dos muchachas se llevaron un sobresalto, pues no se esperaban que eso fuese a suceder. El hombre agonizó en el suelo durante unos momentos, hasta que se quedó inmóvil sin vida. Flavio cogió el cofre y se dirigió hacia donde estaba su socio, que aún estaba estupefacto por la escena que había vivido. Al pasar por su lado, le puso la mano sobre el hombro y le dijo al oído:

—Encárgate de que las muchachas se reúnan con su progenitor, no podemos dejar testigos de lo sucedido. Ahora vuelvo...

Quinto estaba un poco descolocado, aunque entendió perfectamente lo que Flavio le había dicho. El objetivo era Ulpiano, no sus hijas, eso no formaba parte del encargo. No supo que hacer en ese momento. Notó que las palmas de sus manos se humedecían por las lágrimas que brotaban de los ojos de las jóvenes. No sabía qué hacer, las niñas no se merecían acabar sus días de esa manera tan infame, aunque si no lo hacía sería él quien acompañaría a Ulpiano al Inframundo, Flavio se encargaría de ello. Tomó aire y apretó fuertemente las manos tapando la boca y la nariz de las dos pequeñas. Estas intentaron zafarse de la presa inútilmente, pues eran débiles y no tenían fuerza suficiente. Entre lágrimas, Quinto se dio cuenta de que poco a poco los cuerpos de las jóvenes se iban relajando, hasta que se quedaron completamente inmóviles. Entonces las soltó poco a poco y las dejó caer en el suelo con sumo cuidado. Se puso de rodillas al lado de los cuerpos inertes, les cerró los ojos y rezó una oración a los dioses para que sus almas fueran acogidas en el seno de los dioses celestiales, y para que la suya fuese perdonada el día que tuviera que rendir cuenta ante el dios de los muertos.

Justo cuando se levantó y se dio la vuelta para salir del despacho, entró su socio, limpiando la sangre de la hoja de su puñal. Se acercó a él y le dijo:

—Buen trabajo, el linaje de Ulpiano ha sido eliminado de este mundo...

Quinto entendió que su compinche había ido a la habitación donde se encontraban la mujer y el hijo pequeño del objetivo y había hecho lo mismo que él con las hijas. Mientras Flavio recogía el cofre de las monedas, Quinto se acercó hasta él y le preguntó:

—¿Era necesario acabar con su familia?

—Lo era. Formaba parte del trabajo —dijo tajantemente.

—Pero Saturnino dijo que...

—Saturnino te dijo lo que necesitabas saber...

En ese instante entendió de qué hablaron los dos hombres en la taberna cuando se apartaron de la barra dejándole allí solo. Salieron del despacho y se pasaron por la habitación de Ulpiano para recoger la alforja llena de joyas que otrora pertenecieron a su esposa. Flavio acarreaba un saco de grandes dimensiones. Lo desplegó sobre el suelo y se acercó hasta el cuerpo sin vida del hombre. Asió su espada con ambas manos y propinó varias estocadas sobre el cuello del cadáver hasta que consiguió que la cabeza se desprendiese del resto del cuerpo. Sin perder ni un instante, la cogió por los pelos y la introdujo en el interior del saco. Esa era la prueba que les había dicho Saturnino que requería el hombre que les había contratado. La naturalidad con la que había llevado a cabo tal acción, fue lo que más asustó a Quinto, pues significaba que no era la primera vez que hacía semejante tarea. Cerró los ojos y se dio media vuelta, abrió la puerta de la habitación y salió al exterior. El aire fresco pareció sentarle bien, aunque notó que su estomago estaba revuelto, y de repente unas arcadas. Solo le dio tiempo a abrir la boca y a arrojar lo que había cenado al lado mismo del acceso al recinto en el que se encontraba su socio ultimando los detalles del trabajo. Después de eso regresaron hasta la cocina, volvieron a escalar el muro y escaparon del lugar. Quinto se quedó con las joyas y Flavio con las monedas. Acordaron que al día siguiente se encontrarían a mediodía en la taberna y repartirían las ganancias.

Aquella noche le costó conciliar el sueño, su mente no paraba de reproducir la imagen de la muerte de las muchachas. Cuando conseguía dormir, al rato se despertaba empapado en sudor después de haber sufrido alguna pesadilla relacionada con ese momento. Cuando amaneció apenas había podido descansar, se lavó la cara y decidió que saldría más pronto de lo que tenía previsto inicialmente, necesitaba que le diera el aire fresco en la cara, se sentía culpable por la muerte de esas niñas inocentes. Si Saturnino o el mismo Flavio le hubiesen explicado todos los detalles del plan, quizás no habría participado. Una cosa era matar a hombres armados, o incluso a Ulpiano por haber traicionado a su anterior socio, pero otra muy diferente era ejecutar de

esa manera a su esposa e hijos, que no tenían ninguna responsabilidad sobre lo que este hubiese hecho. Era la *tertia hora*^[11] de la mañana, muy pronto, pero decidió que tenía que ir a ver a Saturnino y hablar con él. Se merecía algún tipo de explicación por lo que había pasado, hacía años que se conocían, había hecho muchos encargos para él y nunca antes había sucedido nada similar.

Cogió la alforja con las joyas, salió a la calle y se encaminó hacia la taberna del viejo. No tardó demasiado en llegar, pues vivía bastante cerca. Accedió al local, que a esas horas estaba prácticamente vacío, y se encaminó hacia la barra, tras la cual estaba el anciano. Al verlo venir le saludó:

—Salve, Quinto, ¿qué haces aquí tan pronto? Te esperaba hacia el mediodía...

—Buenos días —respondió secamente—. Ponme una copa de vino...

—Vaya, por la cara que traes diría que no has dormido demasiado bien —dijo el viejo mientras colocaba una copa frente al hombre.

—La verdad es que no he pegado ojo —empezó a decir este—. Anoche las cosas no salieron como esperaba...

—¿A qué te refieres? —dijo Saturnino mientras servía el vino—. Cumplisteis el encargo, ¿no?

—Se podría decir que sí —respondió de nuevo entre sorbo y sorbo.

—¿Cómo que se podría decir que sí? Trata de ser más concreto —inquirió el viejo en un tono de preocupación.

—Quizás el que no fue demasiado explícito ayer fuiste tú —dijo con cierta sorna—. Creo que no me explicaste todos los detalles del trabajo.

—No sé qué quieres decir, amigo —dijo el anciano.

—Vamos, Saturnino. Hace años que nos conocemos... —empezó a decirle—. Creo que tengo derecho a ser informado de que tengo que matar a unos niños inocentes...

—Lo siento... —dijo el viejo tabernero—. Tienes razón, solo que pensé que si te lo contaba no aceptarías el trabajo...

—Pues estás en lo cierto, una cosa era matar a Ulpiano y otra acabar con toda su familia —dijo Quinto bastante indignado.

—Lo sé, pero yo no decido —dijo excusándose el anciano—. Solo proporciono la mano de obra. Aparte, creo que la recompensa que habéis

sacado ha sido suculenta.

—Sin duda —dijo el hombre—. Aunque hay cosas que las monedas no pueden comprar...

—Así son las reglas del juego, Quinto —dijo el anciano apoyando la mano en su hombro—. Yo no las he creado, pero si participas en él las debes cumplir.

—Lo sé... —respondió con resignación.

—Si no lo hubieses hecho tú, otro lo habría hecho en tu lugar. El destino de esos niños era morir y el único responsable de lo que les ha sucedido ha sido su padre, y su codicia —explicó Saturnino—. No cargues tú con esa responsabilidad...

—Supongo que con el tiempo todo se olvida —dijo el hombre con resignación.

—Con el tiempo y con un buen vino —dijo el tabernero llenándole otra vez la copa hasta arriba.

El viejo se sirvió también una copa para él, la alzó para brindar y dijo:

—Por que los dioses acojan a esos pobres niños en su seno.

—Sí, por eso —dijo Quinto mientras chocaba su copa con la del viejo y se la bebía de un solo trago, pensando en la frialdad con la que había actuado su socio la noche anterior.

CAPÍTULO IV

—¿De verdad confía en ese hombre, señor? —preguntó Valerio mientras subían las escaleras que daban a la calle.

—Si algo he aprendido a lo largo de estos años es que cuando un hombre tiene miedo de algo es capaz de dejar atrás todos sus principios y aceptar tratos que en otras condiciones nunca consentiría —respondió el centurión.

—No sé a qué se refiere con eso —insistió el legionario.

—He visto el miedo reflejado en los ojos de ese tal Quinto. Creo que está asustado, teme que Flavio le mate, por eso colaborará con nosotros —dijo el oficial.

—Pero si es otra maldita rata, señor —dijo Cornelio desde detrás.

—Lo sé, pero incluso las ratas a veces se comportan con astucia e inteligencia, y es de eso de lo que nos vamos a aprovechar —explicó Salonio—. Ninguno de nosotros le ha visto la cara a ese Flavio, en cambio él lo conoce desde hace mucho tiempo, y lo que es más importante para nosotros, le teme. Por eso moverá cielo y tierra para dar con él.

—Si nos describiese a Flavio, podríamos encargarnos de buscarle nosotros —apuntó de nuevo el segundo al mando.

—Eso no bastaría. Nos costaría demasiado trabajo dar con él —respondió el centurión—. Ese hombre, por muy miserable que sea, sabrá dónde encontrarlo. Aunque no nos guste, debemos dejar que otros hagan ese trabajo por nosotros.

—¿Y cree que cuando le encuentre nos lo dirá? —intervino de nuevo Valerio—. ¿No sería más sencillo que él mismo lo matase?

—Tal vez. Pero no es capaz de hacerlo, si se hubiese atrevido a hacerlo no habríamos tenido que mantener esta pequeña reunión —dijo de nuevo el centurión—. El hecho de que le tema nos favorece. Creo que lo más inteligente por nuestra parte es dejar que él haga el trabajo difícil. Cuando le tenga localizado vendrá a buscarnos para que nos deshagamos de su problema.

—El centurión tiene toda la razón, legionarios —dijo de nuevo Cornelio—. ¿Por qué preocuparnos por algo que no está a nuestro alcance?

—Parece lo más lógico —apuntó Terencio—. Aún es pronto, podríamos parar en alguna taberna a tomar un trago, ¿no cree, señor?

—Mmm, por una vez estoy de acuerdo contigo —contestó el oficial contra todo pronóstico—. Aurelio, llévanos a algún lugar decente donde sirvan un buen vino, no el vinagre ese que hemos tomado en ese antro.

—Sí, señor, cómo no —contestó el hispano—. Conozco un buen lugar...

Todos los integrantes del grupo parecieron relajarse, la jornada se preveía más dura y parecía que los dioses les favorecían. Valerio, como tal vez el resto de sus camaradas, quedaron francamente sorprendidos por la reacción del centurión. Quién les iba a decir que estaría de acuerdo con la proposición que había hecho Terencio. Solo un veterano como él se atrevería a decirle algo semejante a un hombre con ese carácter, de hecho, le había comentado en más de una ocasión que estuvo sirviendo junto al centurión desde el primer día que entró en la legión, y eso en cierto modo le otorgaba más confianza que al resto de sus camaradas. En el fondo el legionario se alegraba por ese repentino cambio en la actitud de su superior jerárquico, aunque no estaba seguro si se debía a la situación excepcional que estaban viviendo en ese momento, o si realmente era un cambio en su carácter que iba a perdurar en el tiempo. Prefirió no darle demasiadas vueltas al asunto y centrarse en disfrutar del momento, como bien había dicho Cornelio tan solo unos instantes antes, no debía preocuparse por las cosas que escapaban a su control. Ralentizó un poco la marcha hasta ponerse a la altura del *optio*, que era el que cerraba el grupo. Una vez estuvo a su lado, este le sonrió y le dijo:

—¿Qué te sucede, Valerio? Te noto un poco raro esta mañana.

—Estoy bien —contestó este poniéndole su mano sobre el hombro—. Lo que debería parecerle más raro es el cambio en el carácter de Salonio.

—¿Por qué? —inquirió el oficial.

—¿Qué ha sucedido con su distancia y frialdad en el trato con la tropa? ¿O con su ínfima capacidad comunicativa? Parece que lo han cambiado por otro —dijo el legionario bromeando.

—Eso es porque tú no le conoces... —respondió Cornelio.

—Y tú sí, ¿verdad? —preguntó de nuevo el soldado.

—Supongo que un poco más que tú... —dijo este sonriendo.

—Estoy un poco descolocado, aunque este Salonio me gusta más que el

otro —comentó Valerio—. Espero que este cambio no sea temporal.

—Quizás no se trate de un cambio —dijo su superior—. Yo diría más bien que se trata de un descubrimiento.

—¿A qué te refieres? —volvió a preguntar un poco desconcertado.

—Es muy sencillo, amigo. ¿No te has parado a pensar que tal vez esta sea la manera de ser real de Salonio? —empezó a explicarle bajando un poco el tono de voz—. Vosotros veis lo que él quiere que veáis, por decirlo de una manera comprensible.

—Ya veo por dónde vas —acertó a decir el soldado—. Con ello me estás diciendo que interpreta un papel...

—Si quieres llamarlo así... —dijo Cornelio sonriendo de nuevo.

—Comprendo —dijo el legionario—. Cuando volvamos a la rutina del campamento volveremos a encontrarnos con el Salonio de ayer.

—Eso solo lo saben los dioses, amigo —dijo el *optio* dándole un suave y cálido golpe en la espalda—. Pero pensemos en el presente, dejemos el futuro para cuando toque vivirlo.

El grupo estuvo caminando durante un buen rato. Dejaron atrás la zona baja de la ciudad y atravesaron el mercado del foro provincial, donde habían estado tan solo unos días antes. El recorrido que siguieron fue parecido al que hicieron el día que fueron a visitar a la familia de Aurelio. Valerio recordó que aquel día su camarada les había dicho a Cornelio y a él que si disponían de tiempo libre por la tarde les llevaría a la taberna de un conocido suyo, o tal vez dijese un familiar. Quizás era el sitio al que se dirigían. En aquel momento le vino a la cabeza un nombre: Servilia... La joven y hermosa Servilia, vestida con su fina túnica, que remarcaba su silueta de esa manera tan sensual. Su cabello dorado, su bello rostro, sus carnosos labios, aquel beso que le había despertado una extraña sensación. Con los acontecimientos tan intensos que le había tocado vivir en los últimos días casi se había olvidado de aquel cálido y placentero momento. Pagaría lo que fuese por poder pasar un solo instante con la hermana de Aurelio. Le inspiraba calma y sosiego, por un momento pensar en ella le había permitido evadirse de todas las preocupaciones que le asaltaban. De repente algo le hizo volver a la realidad y abandonar aquel agradable pensamiento. Era Aurelio, que se había puesto justo a su lado y le acababa de dar un pequeño toque en las costillas:

—¿En qué estabas pensando, hermano? Se te ha dibujado una sonrisa en la cara, cosa poco habitual en estos últimos días.

—En nada, Aurelio —respondió un poco avergonzado.

—Estamos cerca de la taberna de mi primo Didio. No es un antro como los que hemos visitado los últimos días —dijo el hispano—. Es un lugar que goza de buena reputación, no solo por sus vinos sino también por la comida que allí se sirve. Era el sitio al que os quería llevar a ti y a Cornelio el otro día, antes de que todo se complicara...

—Si el local pertenece a un miembro de tu familia estoy seguro de que nos gustará —dijo Valerio—. Además, ya empiezo a tener un poco de hambre.

—Ya verás qué bien nos trata Didio. Es un buen hombre —sonrió Aurelio.

—No lo dudo —sonrió el legionario.

—Además, hay otro detalle que deberías tener en cuenta y que resultará de tu agrado —dijo su camarada.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es si se puede saber? —preguntó intrigado.

—Resulta que Servilia trabaja allí por las tardes ayudando a mi primo y a su esposa con las cenas —dijo sonriéndole pícaramente—. Me lo dijo mi madre el otro día durante nuestra estancia en mi casa.

—Vaya... —acertó a decir el soldado a la vez que su tez se sonrojaba ligeramente.

—Sabía que la noticia te gustaría —dijo Aurelio—. Supongo que a ella también le gustará volver a verte.

—Estará más contenta de volver a ver a su hermano —dijo Valerio—. Después de la despedida del otro día no contará con volver a verte otra vez...

—Ni a ti amigo, ni a ti —dijo el hispano a su camarada pasándole el brazo por detrás de la nuca y dándole un amistoso achuchón.

No tardaron mucho más en llegar a la taberna de Didio, y tal y como les había prometido Aurelio el ambiente del lugar era mucho más agradable y acogedor que en la zona baja de la ciudad. Se dispusieron a entrar al edificio en fila, aunque dejando que el hispano entrase en primer lugar, abriendo la comitiva. A diferencia del tugurio de Saturnino, ese lugar disponía de ventanas, por lo que la luz entraba intensamente e iluminaba el interior a esas horas sin necesidad de tener que usar velas o candelabros. Era un local mucho más grande que el del viejo, con espacio suficiente entre las mesas para que la

gente pudiera preservar la intimidad en sus conversaciones. Al final del todo estaba situada la barra, que estaba tallada en madera de roble, sujeta por varios pilares de mármol que hacían las veces de soporte. En ese momento el local estaba bastante lleno de gente, no del tipo de gente que se veía por el puerto y los muelles. Era gente más pudiente, no eran ni mucho menos de clase alta, pues los nobles rara vez salían de sus acomodadas *domus* y se mezclaban con la gente más humilde. Aurelio se dirigió directamente hacia la barra, mientras sus compañeros se detuvieron unos pasos por detrás de él. Entonces, cuando estuvo a escasa distancia de esta, profirió un grito mientras abría sus brazos hacia el hombre que estaba de espaldas tras el mostrador:

—¡Didio! ¡A mis brazos, primo!

El hombre que estaba atareado y dando órdenes, al escuchar su nombre, se giró repentinamente y al ver el origen de la llamada esbozó una enorme sonrisa en su rostro a la vez que dejaba caer el trapo que tenía en las manos. Salió de detrás de la barra a toda velocidad y se dirigió hacia Aurelio con sus brazos también extendidos mientras gritaba en un tono de voz alto:

—¡Por los dioses del Averno! ¿Eres tú, Aurelio?

—¿Quién voy a ser si no? ¿Es que ya no te acuerdas de mí?

—Claro que eres tú, eres la viva imagen de tu padre —le dijo mientras le daba un fuerte abrazo y lo alzaba del suelo.

—Está bien, primo, me haces daño —dijo el soldado—. Veo que sigues siendo tan fuerte como siempre.

—Hay cosas que no cambian —dijo Didio soltando a su primo con suavidad—. La naturaleza y los dioses fueron benévolos conmigo, no me puedo quejar.

—Aunque les faltó otorgarte una dosis un poco más elevada de humildad... —dijo Aurelio riendo.

—No creas, primo, de eso también tengo un poco. Aunque a veces no sé dónde la guardo —respondió Didio soltando una gran carcajada—. Y dime, ¿qué te trae por aquí? Ayer tu hermana me dijo que partías en breve para el norte de la provincia.

—Sí, así es, primo. Partimos pasado mañana —dijo el legionario—. Nos dirigimos a Segisamo. El cónsul ha decidido que ya es hora de poner fin a la sublevación de los pueblos de las montañas. Parece ser que tras dos años de

campana las cosas no van tan bien como debieran...

—Algo he oído, aunque eso a nosotros no nos afecta. Estamos demasiado lejos —dijo el tabernero—. Cuando Servilia me explicó que irías a verles lamenté profundamente no poder estar presente. Sabes que te tengo en muy alta estima, primito —dijo de nuevo el hombre abrazándolo suavemente esta vez—. Pero el negocio es el negocio, y no puedo permitirme cerrar ni un día, además andamos justos de personal, y hasta tu hermana tiene que venir a ayudarnos por las tardes.

—Lo sé, mi madre me lo dijo el otro día —respondió—. Y no debes preocuparte por no venir a comer el día que vinimos, la idea era pasar por aquí antes de retornar al campamento. Quería despedirme de vosotros antes de partir y de paso tomar una buena jarra de vino con dos camaradas que me acompañaban —explicó el soldado—. Pero al final las cosas se complicaron y tuvimos que regresar al fuerte antes de lo previsto.

—Eso ahora no importa, toma asiento donde desees. Voy a avisar a mi mujer de que estás aquí —dijo Didio—. Se alegrará mucho de verte...

—Un momento, primo. No vengo solo —apuntó Aurelio señalando al grupo de hombres que estaba de pie unos pasos por detrás de él.

—Disculpad, amigos, no os había visto —dijo el tabernero dirigiéndose a los compañeros de Aurelio—. Supongo que sois compañeros de armas de mi primo. Sed bienvenidos a mi humilde negocio. Sentaos donde deseéis, en seguida os traigo varias jarras del mejor vino de la provincia.

El grupo de soldados siguió a Aurelio, que ya estaba tomando asiento en una mesa grande que estaba situada a la derecha de la barra. Cuando todos ocuparon sus taburetes, Valerio dijo a su amigo hispano:

—Esta sí que es una buena taberna...

—Sin duda —apuntó Terencio—. Quizás un poco elegante para mí gusto. Le falta un poco de ambiente...

—Claro, soldado, quizás te refieres a algunas prostitutas —dijo riendo el *optio*.

—Sí, efectivamente. A eso me refería, señor, y debo decir que también se echa en falta a algún borracho —contestó sin tapujos el legionario mientras los demás empezaban a reír.

El ambiente tenso vivido durante los últimos días parecía haber

desaparecido y eso tranquilizaba un poco a Valerio. Los acontecimientos a los que se habían enfrentado recientemente no les habían permitido tomarse ni un solo respiro. Había demasiado en juego, eso lo sabían todos, pero quizás en ese instante tocaba relajarse un poco, ya tendrían tiempo de centrarse en sus problemas cuando llegasen al campamento. Justo en ese momento una voz le hizo volver de nuevo al mundo real:

—Aurelio, ¿eres tú de verdad?

Los soldados se giraron hacia la voz y observaron a Didio que se acercaba portando varias jarras de vino sobre una bandeja. A su lado estaba una mujer, que fue la que había hablado. En ese momento el aludido se alzó del taburete y se acercó hacia la mujer. La abrazó cálidamente y le dijo:

—Claro que soy yo, Livia.

—Cuánto me alegra verte —dijo la mujer con lágrimas en los ojos—. Nos entristeció mucho no poder ir a verte a casa de tus padres. Ya sabes, hay que sacar adelante el negocio...

—Lo sé, no hace falta que te excuses —dijo Aurelio cogiéndole la mano—. Mira, te presento a algunos camaradas. Este es mi centurión, y el hombre de su derecha es su segundo al mando.

Los aludidos se levantaron de los taburetes e hicieron una reverencia inclinándose hacia delante ligeramente. El centurión dijo:

—Publio Salonio Varo, para servirle, señora. Y él es mi *optio*. Gneo Cornelio Paulo.

—Encantada, señores —respondió Livia.

—Y ellos son Tito Valerio Nerva y Sexto Terencio Piso, dos compañeros de *contubernium*.

—Para servirla —dijo Terencio a la vez que hacía una reverencia junto a su compañero.

—A diferencia de lo que dicen las malas lenguas, los legionarios sí que son hombres educados —dijo la mujer sonriendo.

—No se equivoque, señora, solo en la centuria de Salonio nos enseñan modales —dijo Terencio burlonamente.

Los hombres empezaron a reír ante la ocurrencia del veterano, que había dicho las cosas tal y como le habían venido a la cabeza, como era habitual en él. Valerio se fijó en la cara de su centurión, el cual pese a haber sonreído por

la broma parecía que no le había hecho tanta gracia como al resto. En ese momento Didio posó la bandeja sobre la mesa, repartió una copa para cada uno de los presentes y empezó a servir el vino. Entonces dijo:

—El mejor vino para los hermanos de armas de mi primo. La ocasión lo merece.

—Gracias, Didio —dijo Aurelio cogiendo la suya.

El tabernero se había servido también una copa para él y otra para su esposa. Cuando todos la tuvieron llena, dijo:

—Brindemos por la familia, señores —alzó su copa—. ¡Por la de sangre y por la de armas!

Todos los presentes alzaron sus copas y las chocaron. Tras ese gesto dieron un trago saboreando el gustoso licor. Cornelio dijo:

—Delicioso, sí señor. Uno de los mejores vinos que he probado nunca. Tal vez Didio tenga razón cuando dice que es uno de los mejores de toda la provincia...

—Creo haber dicho que era el mejor, aunque gracias, este concretamente pertenece a mi reserva personal. No todos los días hay algo bueno que celebrar —respondió el hombre.

El tabernero volvió a servir las copas de los hombres a la vez que les decía:

—Si me disculpáis, caballeros, tengo un negocio que atender y hasta que entre la hermana de Aurelio mi obligación es ayudar a mi esposa.

—Estás disculpado, Didio —dijo bromeando Terencio.

—Pero continuad bebiendo. En seguida os traigo algo para comer —dijo el hombre.

—No será necesario, amigo —respondió Salonio—. No nos podemos entretener mucho más, debemos regresar al campamento, nosotros también tenemos unas obligaciones que cumplir.

—Insisto, centurión —dijo el tabernero posando su mano en el brazo derecho del oficial—. No todos los días tenemos invitados de tal magnitud. Además, no debéis preocuparos por el dinero, invita la casa.

Los legionarios se quedaron callados, esperando la respuesta de su oficial al mando. Conociéndole, seguro que no aceptaba la invitación y sacaba unas monedas de su bolsa para pagar por la bebida y la comida. No tardó mucho en

responder y lo que dijo sorprendió un poco a los presentes:

—Está bien, Didio. Esta vez haremos una excepción porque eres familia de uno de mis hombres...

—Pues que así sea —respondió el hombre—. Voy a por otra jarra de vino y de paso le digo a mi esposa que prepare algo de comida.

Los hombres respiraron aliviados, no esperaban que la respuesta del centurión fuera esa. Al igual que sus camaradas Valerio estaba estupefacto, aunque en cierto modo contento con el nuevo Salonio. A decir verdad, echaba en falta aquel temperamento fuerte, aquella manera de decir las cosas tan dura, que incluso rozaba la falta de respeto. Quizás era simplemente por la falta de costumbre. Seguro que a la larga le acabaría gustando mucho más el nuevo centurión que el viejo, aunque si hacía caso a lo que le había dicho Cornelio un rato antes, tal vez esa era la verdadera cara de su oficial y no la que demostraba en su día a día. Eso ahora no importaba, por poco que durase, lo importante era disfrutar del momento y eso era lo que había que hacer. Aparte de esa buena noticia, parecía que los dioses le deparaban otro gesto de la fortuna ese día: la oportunidad de volver a ver a Servilia. Según acababa de decir Didio, la muchacha no tardaría demasiado en llegar a la taberna. Tenía muchas ganas de verla de nuevo, y al pensar en ella empezó a notar un cosquilleo en su estómago. Era la tensión y los nervios, una sensación similar a la que experimentaba momentos antes del combate, solo que aquella vez lo que la causaba era infinitamente mejor. Se reenganchó a la conversación justo cuando Aurelio decía:

—Yo no confío en esa rata de Quinto, está hecho de la misma pasta que Flavio. Habría sido mejor deshacernos de él cuando tuvimos la ocasión...

—Tienes toda la razón, soldado —dijo Salonio pausadamente—. Habría sido lo más lógico, aunque creo que sacaremos más beneficio si lo dejamos vivo.

—Lo sé, señor —admitió el legionario—. Pero debe tener en cuenta que existe la posibilidad de que en lugar de avisarnos a nosotros sobre el paradero de Flavio, le diga a él que le estamos buscando. Solo es necesario que le interese más en ese momento para vendernos, la palabra de ese hombre no tiene ningún valor.

—Sin duda es una posibilidad —dijo de nuevo Salonio—. Valerio me ha

dicho lo mismo que tú al salir de aquel antro. Y te digo lo mismo que le he comentado antes a él. A Quinto le conviene más estar de nuestro lado, sabe que, si hay alguien que puede quitarle de en medio a Flavio, esos somos nosotros.

—Estoy con el centurión —intervino de súbito Cornelio—. Flavio es en estos momentos un obstáculo incómodo para Quinto. Además, parece ser que le tiene miedo, porque si no fuese así ya se habría encargado de él.

Justo en ese momento, Valerio decidió intervenir:

—Creo que deberíamos dejar ese tema apartado por el momento. Que una rata nos lleve hasta otra. Centrémonos en buscar otras vías para poder llegar a Flavio en caso de que este camino no nos conduzca a ningún sitio.

—De acuerdo —dijo el centurión—. Continúa...

—Señor, creo que deberíamos buscar dentro del campamento. Allí nos podemos mover con mayor facilidad, sin levantar sospechas —siguió explicando el soldado.

—¿Y qué sugieres pues? —inquirió Cornelio mientras se servía otra copa de vino.

—Creo que lo más sensato sería intentar averiguar algo más acerca de cómo lograron entrar en el campamento Flavio y sus compinches el día que secuestraron a Marco —dijo Valerio a sus camaradas.

—Está claro, saltaron la empalizada —dijo Terencio—. Cómo lo iban a hacer si no.

—Podría ser una posibilidad, aunque, ¿cómo crees que lo hicieron luego para sacar el cuerpo? ¿También le hicieron saltar pese a que estaba seguramente inconsciente por el golpe que le habían propinado? —respondió irónicamente el legionario a su compañero.

—Hombre, visto de esa manera parece que ya no está tan claro —dijo Terencio un poco avergonzado por no darse cuenta de ese pequeño detalle.

—Ya sé por dónde vas, soldado, y tienes toda la razón —apuntó Salonio—. Deberíamos averiguar qué centuria estaba de guardia ese día y quiénes eran los oficiales al mando. De eso me puedo encargar cuando lleguemos al campamento.

—Entonces, si alguien de la legión les franqueó el paso, debemos tener presente que están más cerca de lo que nos pensamos —dijo Aurelio.

—Sin duda, aunque no tienen por qué ser los mismos legionarios que sirven con nosotros. Y quizás tampoco sus oficiales —explicó Salonio a sus hombres para tranquilizarlos.

—Es por todos sabido que más de un oficial se saca algún sobresueldo aceptando sobornos, y eso no quiere decir que estén implicados personalmente en los asuntos turbios —sugirió el *optio*—. Tan solo aceptan el dinero a cambio de hacer la vista gorda y ni siquiera preguntan el porqué. A veces es mucho mejor coger el dinero y no hacer preguntas a nadie, esa puede ser la diferencia entre la vida y la muerte.

—Dejémonos de conjeturas —dijo Valerio un poco molesto—. Cuando el centurión disponga de esa información sabremos más.

—Valerio tiene razón —dijo Salonio mirándolo y asintiendo con la cabeza en señal de aprobación—. Debéis estar tranquilos, comportaos con absoluta normalidad, no hagáis nada extraño que haga levantar sospechas. Cuando tenga la información volveremos a reunirnos y decidiremos cuál es el siguiente paso —continuó diciendo el oficial mientras Didio se acercaba hacia la mesa acarreando varias bandejas cargadas de comida—. Y ahora relajaos un poco y disfrutad de la comida. Es una orden.

CAPÍTULO V

Los soldados estaban comiendo y charlando animadamente cuando una voz interrumpió la conversación:

—¿Alguien ha pedido más vino?

Los legionarios se giraron todos a la vez, dejando la comida que tenían entre las manos al escuchar esa cálida voz. El primero en reaccionar fue Aurelio, que fue quien la reconoció en primera instancia:

—Servilia, hermanita. Parece que los dioses van a permitir que nos volvamos a ver otra vez antes de marcharme.

—Sí, eso parece —dijo esta mientras dejaba la jarra de vino sobre la mesa y se lanzaba a los brazos de su hermano.

Los allí presentes se quedaron un poco sorprendidos ante tal efusividad, y sobre todo ante la belleza que desbordaba la hermana de su compañero. En ese momento, el gusano empezó a moverse en el estómago de Valerio, provocándole un cosquilleo que se transformó en una subida de la temperatura corporal. Casi instintivamente se levantó del taburete esperando que sucediese algo.

La muchacha, tras deshacerse del abrazo de su hermano, dirigió su mirada hacia el legionario que estaba en pie. Se acercó lentamente hasta él y le dijo en un tono de voz muy sensual:

—Legionario Tito Valerio. Me alegra mucho volver a verte.

Este hizo una reverencia con la cabeza en señal de saludo y cuando la alzó de nuevo, se encontró de manera inesperada con los labios de la muchacha pegados a los suyos. Al principio se quedó paralizado, dejando que la joven llevase la iniciativa, tal vez fruto de la sorpresa o tal vez debido a la vergüenza de sentirse observado por sus camaradas. El calor que le transmitió el beso fue tal, que al instante se dejó llevar, olvidándose de todo lo que tenía a su alrededor, llegando a posar suavemente y con delicadeza sus manos en las caderas de la muchacha. Por dentro lanzó una plegaria al dios *Saturno*^[12] para que aquel momento no cesase jamás. De repente una voz le hizo volver a la realidad:

—Pero Servilia, ¿se puede saber qué estás haciendo?

Era Aurelio, que estaba llamándole la atención a su joven hermana. Esta, al escucharlo, separó sus labios de los de Valerio y dio un paso atrás. La muchacha en lugar de ruborizarse se encaró hacia su hermano y en un tono de voz elevado le dijo:

—¿Tú qué crees?

—No son maneras —repuso el soldado un poco sorprendido por la reacción de la joven.

—¿No son maneras de qué? —respondió esta a su vez frunciendo el ceño—. No me trates como una niña, soy adulta y puedo hacer lo que me venga en gana. Todos los hombres sois iguales, os creéis que mandáis sobre nosotras por el simple hecho de ser mujeres. Ya estoy cansada —continuó exponiendo la muchacha.

—Pero Servilia, ¿por qué me hablas así? —dijo el Aurelio con cara de sorpresa y ruborizándose.

—Eres igual que padre. ¿Qué sabréis vosotros de las mujeres? ¿Nos habéis preguntado alguna vez qué es lo que nos gusta? ¿O si estamos de acuerdo con todo lo que se nos exige hacer? —dijo la muchacha cada vez más indignada, señalando con el dedo a su hermano.

—Vaya carácter tiene tu hermana, amigo —le dijo burlonamente Terencio a Aurelio—. No sé de dónde lo habrá sacado...

Este se giró hacia su compañero y le lanzó una mirada inquisitiva que hizo que se callase inmediatamente. Acto seguido se giró de nuevo hacia su hermana, que mantenía cogida la mano del perplejo y asombrado Valerio y le dijo:

—Me estás poniendo en evidencia delante de mis compañeros. Rogaría que depusieras esa actitud, yo tan solo preguntaba el motivo de ese comportamiento.

—Tal vez seas tú el que te estás poniendo solito en evidencia —contestó la joven bruscamente—. Mi actitud es correcta, simplemente me he alegrado mucho de volver a ver a Valerio...

—Parece que él también se ha alegrado de verte a ti, jovencita —dijo Cornelio entre risas—. Solo hay que fijarse en la cara de bobo que se le ha quedado.

—Ya basta, Cornelio —dijo de nuevo Aurelio en tono autoritario.

—Quizás el interesado quiera hablar —sugirió de nuevo el *optio*.

Todos los presentes callaron y miraron en dirección a Valerio, que se había mantenido en silencio hasta ese momento. El legionario se puso algo tenso por la situación, no sabía bien qué decir. Tragó saliva y entonces pronunció las siguientes palabras:

—Verás, Aurelio. Como ya debes de haberte dado cuenta, tu hermana me gusta...

—¡Bravo, soldado! —aplaudió Cornelio entre risas—. Eres capaz de enfrentarte a una horda de bárbaros armados hasta los dientes, y en cambio tienes serias dificultades para afrontar este momento...

—Ya basta, Cornelio —intervino Salonio—. Deja que el muchacho hable, ahora no estamos en el campo de batalla...

Todos se quedaron sorprendidos por la intervención inesperada del centurión, que se había mantenido callado hasta entonces. El primer sorprendido fue Valerio, que en cierto modo agradeció la ayuda de su oficial al mando, ya que parecía que se había convertido en objeto de burla de sus camaradas. El legionario prosiguió diciendo:

—Servilia es una joven bellísima y muy inteligente...

—Eso ya lo sé —dijo Aurelio un poco malhumorado.

—No me cabe duda. El otro día en casa de tu familia, cuando me estuvo curando las heridas de la refriega, sentí algo que no había experimentado antes —continuó explicando el soldado—. Ya sé que soy un simple soldado y que tal vez no cumpla las expectativas del modelo de marido que quieres para tu hermana. Pero la quiero y juro por todos los dioses que daría lo que fuera por estar con ella.

Aurelio se mantuvo en silencio durante un rato, agachó la mirada hacia el suelo y se quedó pensativo. Nadie movió un músculo, y ninguno de los compañeros abrió la boca para decir nada. Entonces el soldado alzó de nuevo la vista hacia la pareja que se había mantenido inmóvil en el mismo lugar y dijo:

—De acuerdo. Está bien, ¿quién soy yo para contradecir los designios de los dioses?

La muchacha aflojó un poco la mano de Valerio, cosa que significaba que

estaba un poco más tranquila. Miró a su hermano con cariño y le dijo:

—Gracias, hermanito. Eres un buen hombre...

—Claro —respondió este con cierta resignación—. Pero aún no le digas nada a padre ni a madre. Deja que acabe esta campaña y a mi regreso seré yo quien hable con ellos. Es lo único que te pido.

Servilia soltó de súbito la mano de Valerio y se acercó un poco más hacia su hermano. Le abrazó fuertemente y le dio un cálido beso en la mejilla derecha, que hizo que se le dibujase al soldado una tímida y leve sonrisa. Fue entonces cuando Terencio, que había estado muy atento al devenir de los acontecimientos, llenó su copa, vertiendo el vino que hacía tan solo unos instantes había traído la muchacha, la alzó y gritó de manera ruda:

—¡Brindemos por el amor! ¡Por un sentimiento que se escapa al control y a la razón, por algo que nos convierte en seres capaces de cometer actos de locura e insensatez! ¡Por el amor!

Los demás alzaron sus copas, todos, incluso los protagonistas del momento y el mismo Aurelio. Las chocaron y tomaron un gran trago. Al acabar, este último se acercó hasta la pareja, se colocó entre ambos y los abrazó mientras decía:

—Os doy mi bendición —y besó a ambos en las mejillas en señal de aprobación.

—Sin duda es la mejor opción —dijo Terencio—. Por lo menos conoces a Valerio y sabes que es un buen hombre. Tiene el sentido del deber y del honor muy marcados, y eso debería hacerte sentir mejor. Además, lo tienes la mayor parte del día a tu lado, lo puedes tener controlado.

—Eso es algo bueno —dijo el *optio*—. Piensa que más vale malo conocido...

Todos volvieron a reír de nuevo. Parecía que la tensión en el ambiente había disminuido con creces. Todos tomaron asiento de nuevo y Servilia lo hizo en un taburete junto a Valerio, a la vez que cogía de nuevo la mano al soldado. En ese preciso instante apareció de nuevo Didio, que se acercó hasta la mesa y dijo:

—¿Ha sido de vuestro agrado la comida?

—Se podría decir que es mejor que la que comemos en el campamento. De eso no hay duda —bromeó de nuevo Terencio.

El tabernero se quedó sorprendido ante la respuesta, aunque más al ver que Servilia estaba sentada en la mesa y que cogía la mano de uno de los compañeros de su primo. Por lo que dijo lo primero que le vino a la cabeza:

—¿Me he perdido algo?

—Podría decirse que sí, primo —respondió Aurelio—. Aunque rogaría que no le dijeras nada a mis padres ni a mis hermanos. Yo me encargaré del asunto a su debido tiempo.

—Faltaría más, Aurelio —respondió el hombre mientras observaba la cara de felicidad que tenía la muchacha—. Lamento interrumpir este momento de felicidad, Servilia, pero se nos está acumulando el trabajo...

La joven se dio cuenta de que la taberna se estaba llenando de gente, se alzó mientras mantenía sujeta la mano de Valerio y dijo:

—Claro, primo, disculpa...

—Deberíamos volver al campamento —apuntó Salonio—. Se nos está haciendo tarde y debemos preparar la marcha.

Los legionarios se alzaron al unísono de la mesa y se dispusieron a marcharse. El centurión se acercó hasta Didio y le estrechó el brazo mientras le decía:

—Ha sido un placer conocerte. Muchas gracias por el banquete que nos has ofrecido.

—El placer ha sido mío. Si volvéis algún día por la ciudad, sabed que aquí seréis bien recibidos —dijo el tabernero satisfecho.

—Lo tendremos en cuenta, amigo —dijo Cornelio estrechándole el brazo después de que lo hubiera hecho el centurión.

—Si me entero de que pasáis por Tarraco y no os acercáis a visitarme haré llegar una queja al mismísimo *Princeps* —bromeó el tabernero.

—Estate tranquilo. Si nos cruzamos con él en el transcurso de esta campaña le recomendaremos que se acerque hasta aquí para comer y tomar una jarra de tu excelente vino —afirmó Terencio mientras le daba un cálido abrazo al primo de su compañero.

—Esa sí que es una buena propaganda, amigos —dijo entre risas Didio mientras les acompañaba hasta la salida.

Los hombres fueron desfilando hacia la salida. Primero salieron Cornelio y Terencio, conversando animadamente entre ellos. Les seguía de cerca el

centurión, que antes de abandonar el local se giró para echar un vistazo. Vio que Aurelio se estaba despidiendo con un cálido abrazo de su primo, y unos pasos por detrás de ellos se encontraba Valerio junto a la muchacha. Se detuvo un instante y dijo:

—Aurelio, te esperamos fuera.

El soldado miró a su superior y asintió con un gesto de la cabeza mientras decía:

—No tardo nada, señor.

Posteriormente centró su mirada en la pareja, buscó la mirada de su subordinado y cuando la encontró dijo en tono afable:

—Soldado, cuando acabes reúnete con nosotros. Te estaremos esperando fuera.

—Sí, señor —respondió Valerio asintiendo con su cabeza.

Entonces Salonio abrió la cortina del establecimiento y se dirigió hacia el exterior del local, donde le estaban esperando su segundo y el legionario Terencio. Aurelio se reunió con ellos poco después, tras haberse despedido de su primo, la mujer de este y de su hermana pequeña. Cuando llegó hasta la posición de sus camaradas, el *optio* le dijo:

—¿No me digas que te ha sorprendido lo que ha sucedido ahí dentro?

—Un poco sí, no lo voy a negar —respondió el legionario.

—No es por nada, pero el día que estuvimos en casa de tu familia algo sucedió dentro de la habitación entre Valerio y tu hermana —apuntó el oficial.

—Supongo que sí —confirmó el soldado.

—No debes preocuparte, soldado —intervino Salonio—. Valerio es un buen hombre, íntegro y leal a los suyos, cuidará de tu hermana.

—Lo sé, señor, de eso estoy seguro —respondió el legionario un poco extrañado ante el repentino cambio de actitud de su superior, que parecía interesarse más por el estado de sus hombres.

—Lo que me preocupa más ahora es tener que estar más pendiente de salvarle el pellejo a ese. Hasta ahora lo hacía porque era mi deber, como con cualquier otro camarada, pero ahora que sé lo que siente mi hermana por él, deberé estar mucho más pendiente. Si le sucediese algo, Servilia no me lo perdonaría —explicó el hombre.

—Tampoco debes dramatizar tanto, Aurelio —dijo Cornelio quitándole

importancia al asunto.

—Eso lo dices porque no conoces a mi hermana —dijo sonriendo el legionario—. Señor, le pido que a partir de ahora haga formar a Valerio en las últimas filas de la centuria. No quisiera que se arriesgase más de lo necesario —apuntó dirigiéndose a Salonio.

—Ya hablaremos de eso llegado el momento —respondió el oficial—. Creo que por ahora la batalla no es la principal de nuestras preocupaciones. Hay cosas más inminentes que deberían ocupar toda nuestra atención.

—De eso no hay duda —dijo Terencio.

Todavía dentro de la taberna Valerio la miró a los ojos tiernamente y le dijo con un tono de voz más bien bajo:

—No me esperaba esto, Servilia, me has dejado de piedra. Supongo que igual que a tu hermano y a los demás.

—Disculpa por haberte hecho pasar un mal rato, no era mi intención —dijo la muchacha esbozando una cálida pero picarona sonrisa—. Simplemente ha surgido y no he podido reprimirlo, cuando te he visto allí sentado junto a mi hermano...

—Menos mal que Aurelio se lo ha tomado bien —dijo Valerio mientras la besaba de nuevo.

Después de que todos los legionarios hubieron salido del local, Didio le dijo a la pareja que podían dirigirse al almacén que había detrás de la cocina. Allí estarían mucho más tranquilos y podrían despedirse sin que nadie les molestase. Los jóvenes aceptaron la propuesta del tabernero sin pensárselo demasiado, antes de que este cambiase de opinión. Se abrazaron y besaron durante un buen rato. La joven se mostró muy cariñosa, no paraba de besar a Valerio y este le respondía de igual manera. Tras el último beso, el legionario acarició suavemente la mejilla de la muchacha, con mucha delicadeza, recogió con su mano un mechón de su áureo cabello y se lo llevó cerca de su nariz. Posteriormente lo olió y cerró los ojos relajándose por un instante. Cuando los abrió, ella le estaba mirando fijamente esbozando una sonrisa. Entonces le dijo:

—Qué bien huele tu cabello, Servilia. Es un perfume suave y afrutado, me recuerda a mi infancia...

—Es *crocimus*^[13], lo he comprado a un *unguentarii*^[14] que tiene un puesto

en el mercado del foro provincial. Me ha dicho que es el que más usan las damas de clase alta —dijo la muchacha sonriendo.

—Debe de haberte costado caro —comentó Valerio.

—Digamos que me lo deja a buen precio. Alguna vez le he proporcionado alguna fórmula de plantas que le ha servido a la hora de crear sus esencias —respondió Servilia con una risilla pícara.

—Eres una mujer impresionante. Creo que escondes más talento y habilidades de las que muestras —dijo el soldado oliendo de nuevo su cabello.

—Si algo he aprendido en mi corta vida, es que no debes revelar todos tus secretos a la gente —volvió a decir la muchacha.

—Qué bella eres, Servilia —dijo Valerio de nuevo mientras le acariciaba la mejilla.

—No seas tan exagerado, que al final me lo voy a creer —respondió la muchacha abrazándole con fuerza.

—Me extraña que tu padre no te haya buscado algún marido ya —bromeó Valerio.

—No digas eso ni en broma —dijo la joven dándole un suave golpe en el pecho—. No aceptaría por esposo a nadie más que a ti —continuó diciendo Servilia.

—Yo tampoco —dijo el soldado besándola de nuevo.

Los jóvenes continuaron dándose besos y prefiriéndose caricias durante un rato más. Entonces Valerio la cogió por las manos con suavidad y le dijo:

—Creo que es hora de marcharme, no quiero hacer esperar a Salonio. Es un hombre impaciente y prefiero no abusar de su benevolencia.

—Parece un buen hombre, un poco serio, pero correcto —respondió la muchacha.

—No creas, las apariencias engañan —respondió el soldado mientras le daba un cálido abrazo.

—Antes de marcharte prométeme una cosa, Tito Valerio Nerva —dijo la joven.

—Dime, Servilia —dijo este un poco intrigado.

—Que tendrás mucho cuidado. Que volverás a mis brazos sano y salvo, y que cuidarás de mi hermano —dijo con un tono más serio.

—Ya te lo prometí el otro día, pero me reitero en lo que dije —contestó el legionario—. No debes temer por mí, ni tampoco por tu hermano, te juro por Marte y por todos los dioses del panteón que volveremos los dos —la tranquilizó—. Y cuando esté aquí iré a ver a tus padres para pedirles tu mano.

—Te quiero, Valerio —dijo la joven.

—Y yo, Servilia, puedes estar segura de ello —le dijo mientras le daba un beso en la frente, para seguidamente soltarle con suavidad las manos y darse media vuelta en dirección a la salida.

El legionario, muy feliz por cómo había sucedido todo, se giró de manera instintiva para buscar con su mirada el rostro de la muchacha. Lo encontró rápidamente, y desde lejos pudo percibir cómo unas lágrimas brotaban de los ojos de la joven y le resbalaban por las mejillas. Aunque sintió la tentación de parar y acudir a consolarla, prefirió no hacerlo, se había demorado ya un buen rato y debía cumplir en primer lugar con sus obligaciones como soldado. Antes de cruzar el umbral de la puerta, que tenía la cortina descorrida para que entrase la luz del día, se volvió a girar y respondió levemente con un gesto de su cabeza a la despedida con la mano que le dirigía su amada. Cuando estuvo fuera, lo primero que le vino a su cabeza fue recitar mentalmente una plegaria de agradecimiento a los dioses, ya que, si días atrás parecieron no acordarse de él a la hora de ayudarlo a rescatar a Marco, en ese momento le habían sido propicios, sobre todo *Venus*, ya que le había hecho pasar uno de los mejores momentos de su vida. De repente un grito le hizo regresar al mundo de los mortales:

—¡Valerio, muchacho, estamos aquí!

Era Cornelio, que desde el otro lado de la calle le estaba llamando para que se acercase hasta donde estaban todos esperando. Cuando llegó a la posición de sus camaradas, se fijó en los rostros de todos ellos uno a uno, aunque sin duda el que vio primero fue el de su compañero y amigo Aurelio, que estaba más serio que el resto, exceptuando claro está el de Salonio, que mantenía el mismo rictus que tenía antes de entrar a la taberna. Al verlo llegar, Terencio le dijo mientras le daba un golpe brusco en la espalda:

—Vaya, vaya, bribón. Cómo te lo tenías callado, quién iba a decir que nuestro Valerio estaba hecho un rompecorazones.

—Y que lo digas, Terencio —dijo riendo el *optio*—. Aunque el otro día ya

creí intuir algo de todo esto en casa de la familia de Aurelio, ¿verdad que te lo dije? —exclamó el oficial señalando al hispano.

—La verdad es que es un joven apuesto —siguió bromeando Terencio mientras le acariciaba la cara a Valerio, que apartó la mano en un gesto de incomodidad.

—¡Ya basta, soldados! —interrumpió Salonio—. Volvamos al campamento, tenemos cosas más urgentes de las que preocuparnos en estos momentos aparte de las dotes amatorias de Valerio. ¡Y dejad de molestarle ya, es una orden!

Los legionarios obedecieron sin rechistar y se cuadraron al unísono, dejando de esa manera en paz al aludido. Se pusieron en marcha inmediatamente, y sin perder más tiempo enfilaron la vía principal, que se dirigía hacia la puerta occidental de la ciudad, la misma que describía el sendero que iba de la *urbe* al campamento.

CAPÍTULO VI

Lo tenía ya listo casi todo. No quería ir demasiado cargado de enseres, pues le habían dicho que en el lugar al que iba le proporcionarían todo lo necesario. Siguiendo las instrucciones que le había dado su nuevo valedor, debía presentarse en la puerta occidental del campamento justo al mediodía. Allí le conducirían hasta la tienda del funcionario. Se vistió con una de las túnicas que le dio durante su último encuentro, recogió las alforjas y salió del edificio. La distancia que tenía que recorrer era bastante larga, por lo que paró en el mercado y compró algo de comida para hacer más llevadero el camino. Si las cosas salían bien se embolsaría una cantidad importante de dinero, que sumada a la que ya tenía ahorrada le facilitaría la vida en adelante. El trabajo que le habían encargado era complejo, aunque prefirió no darle demasiadas vueltas al asunto, cuando llegase a destino ya hablaría de los pormenores con Sexto.

No tardó mucho en abandonar los muros de la ciudad, la dejó atrás sin tan siquiera girarse. Al fin y al cabo, no era más que eso, una simple ciudad, como otras muchas que debían de existir, de mayor o menor tamaño que esta, más antiguas o más modernas, más sucias o más limpias, aunque tan solo eran eso: ciudades. Por su cabeza pasaron muchas cosas, del pasado, del presente e incluso tuvo tiempo para pensar en el futuro. Revivió de nuevo los acontecimientos sucedidos durante los últimos días, le vinieron a la mente los rostros de todas las personas a las que había enviado a rendir cuentas con Plutón. El grandullón, pero tontorrón de Manlio, el sirio, el pobre desgraciado de Marco y también su viejo amigo Saturnino, que le había traicionado de aquella manera tan vil. También apareció el rostro de Quinto, el cual no sabía que sus días entre los vivos estaban tocando a su fin; y en último lugar hicieron acto de presencia en su mente los rostros de los tres legionarios que tantas molestias le habían ocasionado: el maldito Tito Valerio Nerva y sus dos camaradas. A ellos tampoco les quedaba mucho tiempo de vida. En ese momento una siniestra sonrisa se dibujó en sus labios, pensando en que la desventura de ellos sería la fortuna para él.

Tal y como le había indicado Sexto durante su último encuentro, Flavio había tenido que cambiar un poco su imagen. Debía parecer un romano de buena familia, por lo que aparte de los molestos ropajes que se había visto obligado a vestir, tuvo que cortarse su melena y arreglarse la descuidada barba y bigote que lucía. Eso le dio un aspecto diferente, que no le gustaba, pese a que seguramente era mucho más adecuado para el lugar al que se dirigía. Le gustaba llevar el cabello largo y suelto, y tan solo cuando tenía que trabajar se lo recogía en una coleta alta o en un moño que le daba un aspecto similar al de un bárbaro galo o germano. En cuanto a la barba y al bigote, también le gustaba llevarlo largo y poblado y solo lo rasuraba cuando su longitud alcanzaba la boca o cuando le molestaba al cubrirsélo con algún pañuelo para no ser reconocido. Por ello cuando acabó de acicalarse parecía una persona diferente, cualquiera que le conociera de antes y estuviera acostumbrado a verle con su aspecto normal no le habría reconocido, o sin duda le hubiese costado hacerlo.

Faltaba poco para que el sol alcanzase el cenit de mediodía cuando divisó a lo lejos el campamento de la IV legión Macedónica. El recinto estaba ubicado en una planicie de grandes dimensiones, a escasos dos *pedes* de distancia de un pequeño río cuyo caudal era bastante abundante en aquella época del año, pese a que en los veranos más calurosos acostumbraba a estar casi seco. Al otro lado del campamento se hallaba un frondoso bosque de pinos, de una gran extensión, ideal para que los legionarios usasen su madera en el proceso de construcción del cercado perimetral del fuerte. No cabía duda de que los ingenieros militares y los agrimensores eran muy meticulosos a la hora de elegir los terrenos en los cuales se tenía que alzar un campamento. No escogían el lugar al azar, sino que buscaban una ubicación que tuviese recursos básicos al alcance, sobre todo agua, madera y pastos para los animales. En aquella ocasión el terreno circundante a la ciudad ofrecía todo lo necesario, por lo que no les costó demasiado elegir ese lugar. Se dirigió hasta la puerta que le había indicado Sexto, y cuando llegó hasta allí uno de los legionarios que estaba de guardia le dijo:

—Alto, ciudadano, ¿qué quieres?

Flavio se detuvo inmediatamente ante la indicación del soldado, mientras observaba cómo dos compañeros de este se acercaban hasta la posición que

ocupaba. El hombre se metió la mano derecha en uno de los bolsillos de la túnica y sacó un documento. Dio unos pasos hacia el legionario y le hizo entrega de este a la vez que le decía:

—Buenos días. Soy el sobrino de Cayo Sexto Apuleyo, funcionario de la administración que sirve en esta legión. Tengo órdenes de presentarme en el campamento para ponerme a su servicio.

—¿Te está esperando tu tío? —pregunto el soldado.

—Supongo que sí —dijo Flavio sin saber muy bien qué responder.

—Muy bien, espera aquí un momento. Voy a informar al *optio* de guardia, él es quien gestiona el listado de visitas —ordenó el soldado.

El soldado se dirigió hacia el interior del fuerte, giró a la derecha y desapareció de la vista de los allí presentes. Al cabo de un instante volvió acompañado por otro soldado, que debía de ser sin duda el oficial al mando del puesto. Este último se acercó hasta Flavio con el documento en la mano derecha y le dijo:

—Bienvenido al campamento de la IV Legión, Aulo Caelio Pullo. Soy el *optio* Apio Hostilio Lépido, oficial de la quinta centuria, tercera cohorte. Tu tío me ha dejado instrucciones para que te lleve hasta su tienda, acompáñame.

—Mucho gusto, *optio* —dijo el hombre mientras emprendía la marcha tras el soldado y franqueaba de esa manera el acceso al fuerte.

Se situó a la derecha de su *cicerone*, que caminaba a paso ligero y miraba hacia el frente. Al rato el oficial le dijo:

—¿Es tu primera vez en un campamento militar?

—No, ya había estado previamente en algún otro. De hecho, visto uno, vistos todos —respondió.

—Tienes razón —dijo sonriendo el soldado—. Pero por qué tocar las cosas cuando funcionan, ¿no?

—Sin duda, *optio*, sin duda —volvió a decir el hombre a su contertulio.

—¿Y qué tal están las cosas por Roma? Porque vienes de allí, ¿no?

Flavio se quedó un poco descolocado ante la pregunta del soldado. No sabía qué responder, nunca había estado en Roma y ni mucho menos tenía noticias de cómo estaban las cosas por allí. Decidió improvisar:

—Supongo que como siempre, revueltas. Al fin y al cabo, es la capital de la República, ya sabes...

—Sí, supongo —dijo Hostilio.

—¿Eres de allí por casualidad? —preguntó Flavio para salir del paso.

—No, qué va. Soy de Capua^[15]. Pero como tú venías de allí y servías en el cuerpo de funcionarios, pensaba que tendrías información fresca —dijo el soldado.

—De hecho, la información relevante se la guardan los que ostentan el poder. Los que estamos en mi posición no tenemos acceso a ella. Me entiendes, ¿no? —volvió a decir el hombre para salir del paso.

—Perfectamente, amigo —respondió el oficial sonriendo en un tono de complicidad—. En el ejército pasa lo mismo, no te enteras de nada hasta que llega el momento de actuar. Pienso que a veces es mejor obedecer y callar, las preguntas pueden ocasionar problemas.

—Estoy de acuerdo con esa premisa —respondió Flavio, ya más aliviado.

No se había dado cuenta del tiempo que llevaban caminando, ya que había estado más pendiente de buscar las respuestas adecuadas. De repente el oficial se detuvo, le devolvió el documento otra vez y le dijo a la vez que señalaba en una dirección con su dedo índice derecho:

—Aquella es la tienda de tu tío. Un placer haber charlado contigo. Salúdale de mi parte.

—Así lo haré, y gratitud, *optio* —respondió Flavio haciendo una leve reverencia con la cabeza.

—Que tengas una buena estancia en el campamento, y que los dioses sean contigo —dijo el soldado mientras se daba la vuelta y emprendía el camino de regreso a su puesto.

No le había costado tanto adaptarse al papel de ciudadano ejemplar. Al principio pensó que le costaría más interpretarlo, pero ahora empezaba a sentirse un poco más cómodo. Había seguido los consejos que le dio Sexto y hasta el momento parecía ser que funcionaban a la perfección. Había engañado a un oficial romano, y eso ya era mucho, le había permitido darse cuenta de las posibilidades que le ofrecía ser Aulo Caelio Pullo. Se encaminó hacia la tienda que le había indicado el soldado. Al llegar a la entrada, dijo:

—Buenos días, ¿hay alguien?

—¿Quién es? —respondió una voz desde el interior.

—Soy Aulo Caelio Pullo, vengo a ver a mi tío Sexto —dijo en un tono de

voz moderado.

—Puedes pasar, sobrino, te estaba esperando —respondió la voz del hombre.

Flavio accedió al interior de la tienda descorriendo suavemente la fina cortina que cubría la entrada. Al entrar él, lo hizo también la luz del día, que iluminó el interior de la estancia. Esta era amplia, de grandes dimensiones, y estaba ricamente adornada. En el centro estaba situada una gran mesa de madera con varias sillas a su alrededor. Unos pasos detrás de la mesa había un precioso escritorio de madera de roble, y sentado tras este se encontraba un hombre, que al ver cómo Flavio se acercaba se levantó ágilmente y se dirigió hacia él caminando con los brazos abiertos mientras le decía:

—Bienvenido, sobrino, ¿qué tal el viaje?

Flavio se acercó hasta él y respondió tímidamente al gesto de su interlocutor. Echó un vistazo a su alrededor esperando ver a alguien, pues no entendía por qué Sexto fingía ser su tío. Escudriñó todos y cada uno de los rincones de la estancia antes de separarse de él y decir:

—Bien, tío, bien.

—Me alegra, muchacho. ¿Y tu madre, cómo se encuentra? —volvió a preguntar el funcionario.

—Ya sabes, tan gruñona como siempre —respondió Flavio un poco descolocado aún por la extraña situación que estaba viviendo.

—Pero no te quedes ahí de pie, toma asiento que te serviré algo de vino y un poco de comida —indicó Sexto.

Flavio tomó asiento en la silla más cercana, y se quedó mirando al funcionario mientras este se acercaba hasta un pequeño mueble que estaba a la izquierda del escritorio. De allí sacó una jarra de vino y dos copas, y las llevó hasta la mesa. Se dio media vuelta y del interior del mismo mueble sacó una bandeja con algo de queso y pan. Lo dejó sobre la mesa y tomó asiento en la silla que estaba justo enfrente de la que ocupaba su invitado. Entonces empezó a hablar:

—Me alegra que hayas sido tan puntual, dice mucho de ti.

—¿Ya hemos acabado? —preguntó el hombre comprobando que no había nadie más en el interior del recinto.

—¿A qué te refieres? —contestó este a la vez.

—Quisiera saber cómo debo responder. ¿Debo seguir siendo tu sobrino, o ya puedo volver a ser yo mismo? —dijo Flavio un poco molesto.

—Tranquilo, no hace falta que te enfades —dijo en tono conciliador Sexto—. Simplemente quería saber cómo llevabas el hecho de tener que interpretar un papel.

—Simplemente lo llevo —dijo aún malhumorado el asesino.

—Por lo que veo has accedido al campamento sin ninguna dificultad —empezó a decir Sexto.

—Eso parece, aunque según la conversación que tuvimos durante nuestro último encuentro pensé que habría alguien esperándome para que todo fuera más fácil. En cambio, me encuentro con un oficial que no ha parado de hacerme preguntas comprometidas —volvió a decir el hombre.

—Vaya, parece que hoy no estás de buen humor —dijo sonriendo Sexto.

—No estoy para bromas —respondió Flavio secamente.

—Muy bien, tranquilo —le calmó—. Si has sido capaz de llegar hasta aquí sin problemas debe ser porque te defiendes bien.

—Llámame superviviente si quieres —dijo el asesino—. La recompensa bien se merece el esfuerzo.

—Claro, la recompensa. A cada uno le mueven sus propios ideales —dijo el funcionario en un tono de voz más bajo—. Pero bueno, hombre, toma un trago de vino y come algo, el viaje habrá sido un poco largo —dijo mientras le acercaba la bandeja con los manjares y le servía una copa.

—No tengo hambre, ya he comido algo por el camino. Aunque el vino sí que calmará mi sed —dijo Flavio cogiendo la copa.

—Como desees —dijo resignado Sexto.

El asesino se bebió la copa de vino de un solo trago. Cuando acabó se secó los labios con su antebrazo, y acto seguido le acercó de nuevo la copa a su contertulio indicándole que le sirviese otra. El hombre la rellenó de nuevo y le dijo:

—De ahora en adelante procura mejorar tus modales en la mesa. Los únicos aquí que beben el vino así y se limpian la boca con lo primero que tienen a mano son los legionarios. Recuerda a quién interpretas, no me gustaría que te descubrieran a las primeras de cambio por no prestar atención a los pequeños detalles.

—Claro, tienes razón —dijo Flavio un poco avergonzado mientras cogía una de las servilletas de lino que estaban junto a la bandeja de comida y se acababa de limpiar la boca.

Una vez que acabó de limpiarse, bebió de nuevo de la copa, aunque en esa ocasión no lo hizo de un solo sorbo. Dio pequeños tragos, imitando la manera en la que lo estaba haciendo el funcionario. Entonces le dijo a Sexto:

—Creo que deberíamos empezar a hablar de cómo voy a deshacerme de seis legionarios sin levantar sospechas.

—Todo a su debido tiempo, no tengas tanta prisa que acabas de llegar —respondió el hombre—. Además, estamos esperando a alguien, no creo que tarde demasiado en llegar.

—¿Se puede saber a quién? —preguntó de nuevo Flavio.

—Es una sorpresa...

CAPÍTULO VII

Los dos hombres llevaban un buen rato sentados sin hablar. Ninguno de ellos abrió la boca para decir nada, simplemente se limitaron a beber de sus copas de vino y a ir picando algo de la bandeja de comida que estaba situada entre ambos. Al final el asesino se había decidido a comer algo. No era un silencio incómodo, ambos lo respetaban, como si se tratase de un juego, y por el rato que llevaban así parecía que se encontraban a gusto con esa situación. De vez en cuando se escuchaba alguna voz fuera de la tienda, o incluso alguna conversación, aunque al poco rato el sonido desaparecía y volvía a reinar el silencio. Si no hubiese sido por el sonido exterior que les llegaba, podría parecer que el tiempo se había detenido. Cada uno de los hombres estaba absorto en sus propios pensamientos, y era evidente que no quería compartirlos con el otro.

De repente escucharon unas voces que se acercaban hacia la tienda. El tono de la conversación que mantenían iba en aumento, por lo que pronto ambos salieron de su retiro de silencio para adoptar una postura más formal. Sexto se levantó de la mesa, se acercó hasta el armario de madera donde guardaba las copas y sacó tres de ellas. Las llevó hasta la mesa y las colocó frente a tres de las sillas que estaban vacías. Al ver eso, Flavio se terminó de un trago la suya y le dijo:

—¿Se puede saber a quién esperamos?

—Ahora lo verás, no seas tan impaciente, amigo —respondió este con un tono sosegado.

—No me gustan las sorpresas —refunfuñó el asesino.

—Estoy seguro de que esta te va a encantar —respondió de nuevo el funcionario a la vez que las voces se acercaban más a la tienda—. Ah, y recuerda quién eres desde hoy, es importante que no se te olvide...

—¿Por qué dices eso ahora? —preguntó intrigado.

—En seguida lo comprobarás —respondió Sexto estirándose ligeramente la túnica, que se le había quedado un poco arrugada de estar sentado tanto rato.

De repente las voces se callaron, pero ambos hombres escucharon pasos que se detenían justo delante de la entrada. Entonces alguien desde fuera preguntó:

—¿Podemos pasar, Sexto?

—Adelante, amigos, os estábamos esperando —respondió el anfitrión.

Se descorrieron las cortinas y tres hombres corpulentos accedieron al interior del recinto. En ese momento, Flavio se puso en pie y su rostro se desencajó ligeramente al comprobar que conocía a dos de los tres invitados que acababan de entrar. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, el instinto de supervivencia hizo que su mano derecha fuese a buscar su arma al cinto. Aunque en esa ocasión no la encontró, pues no la llevaba, Sexto le había recalcado que no debía portar ninguna, pues en su nuevo papel estas no tendrían cabida. Miró de reojo al funcionario, y este de soslayo le sonrió a la vez que abría sus brazos para recibir a sus invitados:

—Pasad, amigos, sed bienvenidos.

—Buenas tardes, Sexto —dijo el legionario Valerio haciendo una reverencia con su cabeza—. Y compañía.

—Buenas tardes, Valerio —dijo el funcionario acercándose hasta él y dándole un cálido abrazo—. *Optio* Cornelio, encantado de volver a saludarte —dijo haciendo lo mismo con el segundo hombre.

—Un placer verte de nuevo, Sexto —dijo el oficial cortésmente.

—Vaya, qué sorpresa, si os acompaña el centurión Salonio. Bienvenido, pensaba que estaría usted ocupado con algún asunto relacionado con la marcha —dijo el hombre manteniendo un poco más la distancia, cosa que denotaba que tenía menos confianza con este último.

—Trabajo siempre hay, amigo, aunque hay cosas que en este momento son más urgentes que la planificación de la marcha —respondió el hombre en tono serio.

Una vez los hubo saludado a todos, Sexto se hizo a un lado y les dijo:

—Sed de nuevo bienvenidos, y gracias por aceptar mi invitación. Casi me olvido, os presento a mi sobrino Aulo Caelio Pullo, acaba de llegar esta misma mañana desde Roma.

Los soldados le miraron con más normalidad de la que este esperaba. Eso le hizo sentirse un poco más tranquilo. Pese al sobresalto inicial, respiró al

darse cuenta de que no le habían reconocido. Pensó para sus adentros que cómo le iban a conocer, si ninguno de ellos le había visto nunca el rostro, y aunque lo hubiesen hecho, quizás con su nuevo aspecto tampoco le hubiesen reconocido plenamente. Tras ello, el aludido dijo lo primero que le vino a la cabeza:

—Mucho gusto...

—Lo mismo digo —respondió Valerio a la vez que lanzaba una mirada a Sexto.

—Tranquilos, es de confianza. Es de mi propia sangre —dijo el funcionario para tranquilizarlos—. Le he puesto en antecedentes y se ha quedado sorprendido, es el hijo de mi hermana.

—No sé si es lo más adecuado —interrumpió Salonio—. ¿Cuánto tiempo hacía que no le veías?

—Está con nosotros, centurión, aparte acaba de llegar de Roma y puede sernos de mucha utilidad —volvió a decir Sexto.

—No es por ser grosero, amigo, pero, ¿en qué nos puede ayudar si se puede saber? —inquirió Cornelio esbozando una tímida sonrisa.

—Conoce a algunos de los miembros del Senado —dijo de nuevo el hombre—. Hasta hace poco trabajaba bajo las órdenes de Cayo, el primo de Marco.

—¿Conoces al primo de Marco? —preguntó Valerio.

—Sí —respondió el hombre casi sin darse cuenta.

—¿Te dijo algo sobre lo que había descubierto? —volvió a repetir el soldado un poco más interesado.

—Bueno, si te soy sincero, Cayo no era demasiado hablador, era más bien un hombre reservado y solitario. No muy amigo de la palabra —dijo para salir del paso improvisando, pues apenas sabía nada sobre ese hombre.

—Cuando mi sobrino partió de Roma quizás Cayo aún no hubiese descubierto la conjura —interrumpió Sexto para echarle un cable—. Si tenemos en cuenta la fecha en la que le envió la carta a Marco. Abandonaste Roma hacia mediados del mes de *martius*, ¿no, Caelio? —le preguntó entonces.

—Así es, tío —respondió este con cara de circunstancia.

—Tienes razón, Sexto —dijo el legionario—. Seguramente Cayo aún no

sabía nada del asunto. Según me dijo Marco en el bosque, la carta de su primo tenía fecha de mediados del mes de *aprilis*.

—Tranquilo, amigo —dijo el funcionario poniendo su mano sobre el hombro del soldado—. Caelio ha trabajado en la cámara durante seis años, conoce las caras de casi todos los senadores, puede sernos de utilidad.

—Tienes razón —dijo resignado el legionario—. Agradeceremos cualquier tipo de ayuda, Caelio, y disculpa que hayamos sido tan desconfiados, como ya sabrás, la situación es sumamente delicada —se disculpó.

—Tranquilo, lo entiendo perfectamente. Cualquiera en vuestra situación habría actuado de la misma manera —dijo el hombre cordialmente—. Estoy a vuestra entera disposición para lo que necesitéis.

—En todo caso me parece justo que se lo haya explicado a su sobrino —comentó Valerio a sus compañeros—. Sexto no sabe que Emilio y Fabio han sido informados a su vez de todo —añadió.

—¿Y se puede saber quiénes son esos hombres? —preguntó el funcionario.

—No te preocupes, amigo —dijo el soldado—. Son los otros dos compañeros que faltaban de nuestro *contubernium*, uno es el que estuvo de guardia fuera de tu tienda el día que te asaltó Flavio, y el otro no estuvo presente.

—Vaya, pues ya son dos más que están al corriente. Bueno, tres si tenemos en cuenta a mi sobrino —dijo el hombre resignado y mirando de reojo al asesino, que pareció entender a la perfección lo que le estaba sugiriendo.

—En cualquier caso, supongo que no teníais más remedio que explicárselo. Tomad asiento y comed y bebed lo que gustéis —sugirió Sexto.

Los legionarios tomaron asiento al igual que los dos hombres que ya estaban previamente en la tienda. Sexto acercó una de las botellas de vino a los recién llegados y les invitó a que se sirvieran las copas. Por la hora que era, no haría demasiado rato que los soldados habrían acabado de comer. Por eso era por lo que ninguno de ellos se llevó nada a la boca. Curiosa hora la de comer, aunque sabiendo que se levantaban con la primera luz del alba, era normal que a media mañana y después de un intenso ejercicio físico estuviesen famélicos. El primero en hablar fue el centurión:

—Valerio me ha dicho esta mañana que nos habías invitado a venir a tu

tienda después de la hora de comer.

—Sí, centurión. Quería saber cómo había ido todo por Tarraco, Valerio me comentó que habíais ido allí para intentar averiguar algo más sobre ese infame de Flavio —dijo el funcionario mientras miraba al aludido, que se mantuvo firme en su sitio sin mover ni una pestaña.

—Si te soy sincero, no hemos avanzado demasiado —empezó a decir el oficial—. Parece que se lo ha tragado la tierra.

—Ojalá Plutón lo haya arrastrado de los pies hacia su reino y allí le dé su merecido —masculló entre dientes Cornelio.

—Era una tarea muy difícil, amigos —dijo con calma Sexto—. Lo más probable es que haya puesto tierra o mar de por medio. Si cobró una suculenta recompensa habrá preferido no tentar más al destino, sobre todo después de salir indemne de varios encuentros con vosotros. Habrá preferido no tentar a Fortuna de nuevo.

—Es lo más probable —dijo Valerio—. Aunque no todo salió tan mal ayer...

—Ah, ¿sí? ¿A qué te refieres? —preguntó de nuevo el funcionario.

—La hermana de Aurelio le besó —dijo sonriendo Cornelio.

—No me refiero a eso —dijo molesto el legionario.

—Vaya, qué afortunado, será una chica bonita por lo menos, ¿no? —preguntó el hombre.

—Sí que lo es —respondió Valerio un poco ruborizado—. Aunque eso es un tema personal. Yo me refería a otro asunto.

—Te escucho —dijo Sexto mirando de soslayo a Flavio, que se mostraba muy atento a la conversación.

—Verás, en nuestra búsqueda por la ciudad creímos que el mejor punto de partida para buscar información sería la taberna de Saturnino, ya que fue el viejo quien nos informó sobre el escondrijo de Flavio —comentó el soldado.

—Qué gran idea tuviste —interrumpió el hombre—. Pero disculpa, continúa con tu relato.

—Para evitar encontrarnos con ninguna sorpresa desagradable, como la primera vez que visitamos aquel antro, el centurión decidió que debíamos ir varios, por lo que, junto a Cornelio, Aurelio y yo vino otro de los camaradas de *contubernium*, Terencio. Salonio también decidió acompañarnos por si las

cosas se torcían. Eso nos daba cierta ventaja numérica, al ser cinco e ir debidamente armados nos permitiría hacer frente a cualquier imprevisto — continuó diciendo Valerio.

—Sin duda más vale prevenir —apuntó Flavio interviniendo en la conversación—. Además, mi tío me ha explicado que ese asesino se solía mover por la zona más inmunda de la ciudad y que se rodeaba de personajes infames.

—Sí, es cierto —apuntó Cornelio—. Aunque debo decirte, muchacho, que el más ruin y traidor es él. Por muy malos que fueran todos sus demás compinches.

Tras esas palabras, Sexto se fijó un poco más en la cara de Flavio, que tras escuchar los insultos por parte del *optio* se mantuvo firme. En ese mismo instante detectó cómo una mueca de rabia se estaba empezando a dibujar en su rostro, por lo que decidió intervenir para evitar que la cosa fuera a más:

—Bien, Valerio, continúa con tu relato, nos hemos desviado del tema que estábamos tratando...

—Claro, Sexto, disculpa —dijo el legionario mientras daba un sorbo a la copa de vino y se aclaraba la garganta—. Como decía, fuimos a la taberna de aquel hombre, pero para nuestra sorpresa, el anciano yacía muerto en su local.

—Lástima, os hubiese ido bien poder hablar con él —lamentó el funcionario—. Era quizás la única pista que teníais para dar con el asesino de Marco —insistió mirando de reojo a Flavio, que parecía haberse calmado de nuevo.

—Eso pensamos —dijo Valerio—. Aunque los dioses se pusieron de nuestro lado en esa ocasión —dijo el soldado esbozando una sonrisa—. Ya que al acceder a aquel antro comprobamos que junto a su cuerpo se encontraba un grupo de hombres —explicó—. Uno de ellos, al que ya conocíamos de antes, pues se enfrentó a nosotros en dos ocasiones, la primera en el callejón cuando nos asaltaron y la segunda en esa misma taberna, antes de que el pobre Saturnino nos indicase dónde se escondía Flavio.

—Por Júpiter, no creo recordar que me hablaseis de ese hombre con anterioridad —dijo el funcionario.

—No recuerdo si te hablé de él o no, pero tengo que decir que su presencia allí nos vino muy bien —dijo Valerio.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó de nuevo intrigado el hombre.

—Al principio nos culpó a nosotros de la muerte del tabernero, y sinceramente pensaba que volveríamos a tener un tercer enfrentamiento armado con ese tipo. Aunque el centurión se encargó de que eso no fuera necesario —explicó el legionario.

—Debo admitir que no soy de hablar demasiado —empezó a decir Salonio mientras miraba taxativamente a sus hombres, que desviaron su mirada de forma poco disimulada—. Pero creí oportuno agotar todas las vías posibles para intentar obtener información, si los hubiésemos matado allí mismo habríamos perdido la oportunidad de averiguar si sabían algo.

—Gran decisión, centurión —aplaudió Sexto—. ¿Y obtuvisteis lo que buscabais?

—En cierto modo sí —explicó el oficial—. Ese hombre afirmó conocer muy bien a Flavio, y se ofreció a ayudarnos a encontrarlo.

Sexto se puso un poco tenso, pues no contaba con ese imprevisto. Mantuvo la calma y no habló, sino que dio un corto sorbo de vino. Cuando acabó, miró a Flavio, que parecía estar también alterado y entonces habló:

—¿Llegasteis a un acuerdo, entonces?

—Podría decirse que sí —respondió Salonio—. Creo que ambas partes tenemos intereses comunes.

—¿Necesitáis monedas para pagar ese servicio? —preguntó el funcionario mirando a Valerio—. Os las puedo proporcionar si es necesario.

—No será necesario, amigo, creo que ese hombre sale ganando si sacamos de en medio a Flavio —dijo el soldado.

—Entonces, ¿entiendo que él os dice dónde encontrarlo y vosotros os encargáis de mandarlo al Inframundo? —preguntó un poco desubicado Sexto.

—Podría decirse que ese es el acuerdo al que hemos llegado —respondió satisfecho Valerio.

—Vaya, parece que el permiso ha sido fructífero —dijo el hombre resignado y tomando otra copa de vino.

—Si no es mucha indiscreción, ¿cómo se llama ese hombre? —preguntó de repente Flavio.

Los legionarios, que estaban atareados rebañando sus copas, se miraron entre sí durante un instante. Salonio dejó la copa vacía sobre la mesa y dijo:

—No es indiscreción, muchacho. Se llama Quinto Pomponio, aunque no creo que te sirva de mucho su nombre.

—Por supuesto que no, era simple curiosidad. A decir verdad, es la primera vez que lo escucho —dijo mintiendo vilmente Flavio—. ¿Y os fiáis de su palabra? Creo que habéis dicho que se había enfrentado a vosotros en dos ocasiones con anterioridad.

—No tenemos muchas más opciones, Caelio —intervino el legionario Valerio—. En este momento es la única colaboración con la que podemos contar.

—En eso tenéis razón, vosotros tenéis sin duda más experiencia que yo en estos temas —respondió educadamente.

Cuando los soldados estaban explicando lo sucedido en la taberna, Flavio dedujo que se trataba de él. Pese a que estos habían manifestado que el hombre había participado en el asalto del callejón, prefirió asegurarse de que se trataba de esa rata miserable y traidora. Parecía que la estratagema de Sexto era buena, haberle metido en el campamento iba a facilitar mucho las cosas y más ahora que sabía que sus objetivos no le podían reconocer. Quién iba a decir que ese hombrecillo tuviese una mente tan brillante. De todas maneras, había algo en él que no le cuadraba, era imposible que fuese un simple funcionario, había comprobado en primera persona el carisma y liderazgo que tenía, y cómo el tal Tiberio le había mostrado total sumisión días atrás en el viejo molino. Aparte, según le había explicado él mismo el día que le contrató y le explicó el plan, su opinión había sido decisiva a la hora de hacerse de nuevo con sus servicios, a pesar de la oposición de sus socios. Pero ahora eso no importaba, tampoco era necesario profundizar más en el tema, lo importante era que las cosas estaban saliendo bien y que, sin darse cuenta, los legionarios estaban dándoles a sus enemigos una información fundamental. Si Sexto era más de lo que decía ser era irrelevante, mientras al final pagase lo que se había pactado. Volvió a la realidad de nuevo tras ese breve período de reflexión, y centró todos sus pensamientos en el maldito desgraciado de Quinto. Si lograba dar con él, se encargaría de mandarlo a rendir cuentas con Plutón de la manera más cruel y dolorosa posible. Entonces el centurión dijo:

—Bueno, señores, la compañía y el vino son agradables, pero nosotros

debemos volver a nuestras ocupaciones. Tenemos muchas cosas que preparar para la marcha.

Se levantó de la silla, y sus dos subordinados le imitaron de manera casi inmediata. Se dirigieron hacia la salida de la tienda, y una vez allí se dieron la vuelta para saludar a su anfitrión:

—Ha sido un placer venir a verte, Sexto —dijo Salonio estrechándole el brazo.

—El placer ha sido mío —respondió este cortésmente—. Ya sabéis que podéis venir todas las veces que deseéis, eso sí, avisadme con un poco de antelación para que pueda conseguir más de este vino.

—Sin duda lo haremos —dijo Cornelio saludándole de la misma manera en que lo había hecho su superior—. Adiós, muchacho —dijo refiriéndose a Flavio, que se había quedado unos pasos por detrás.

—Adiós, *optio*, un placer haberle conocido —respondió.

—Puedes llamarme Cornelio, eres de la familia de Sexto —dijo mientras salía de la tienda.

Valerio se acercó y saludó al funcionario amistosamente, no solo le estrechó el brazo, sino que le dio un cálido abrazo. Cuando se separaron, el legionario le dijo:

—Te mantendremos informado, amigo. Debes estar alerta, si los implicados en la conjura están en el campamento podrías estar en peligro.

—Agradezco tu preocupación. Puedes irte tranquilo, si me entero de cualquier cosa que os pueda servir mandaré a mi sobrino para que os haga venir —dijo poniéndole su mano derecha sobre el hombro.

—Gracias por todo —dijo el soldado mientras se daba la vuelta y salía de la tienda.

Los dos hombres se quedaron en pie durante un rato y guardaron silencio. Flavio dio unos pasos y se dirigió hacia la lona de la entrada de la tienda, la abrió ligeramente y echó un vistazo al exterior. Al momento la cerró otra vez y se giró hacia Sexto. Entonces le dijo en tono de enfado:

—Podrías haberme avisado de que esos tres eran los invitados a los que esperabas.

—¿Por qué? ¿Habrías actuado de diferente manera? —preguntó.

—No lo sé, aunque podría haberme preparado algo —dijo un poco

molesto.

—Si te hubieses preparado algo, quizás no te habría salido tan natural —le dijo mientras se servía otra copa de vino—. Me has demostrado que sabes adaptarte a las situaciones adversas, y eso dice mucho de ti, ¿no crees?

—Si tú lo dices... —respondió el asesino encogiéndose de hombros.

—Cada vez estoy más convencido de que he hecho bien en contratarte. Posees un talento natural para sobreponerte a las situaciones adversas —dijo Sexto.

—Podría decirse que tienes razón, aunque no sé si tus socios estarán de acuerdo con tus elogios... —apuntó Flavio.

—Lo que piensen mis socios no debe preocuparte —recalcó el funcionario dando otro sorbo a su copa.

Sexto tomó asiento y Flavio se quedó de pie dando vueltas por la tienda.

Estaba un poco preocupado por lo que los legionarios habían explicado. Al darse cuenta de ello, el funcionario les dijo:

—¿Debo inquietarme por ese Quinto Pomponio?

—No. Puedes estar tranquilo —respondió el asesino—. Husmeará por toda la ciudad, aunque no me encontrará. Y, además, la legión emprende la marcha en breve, por mucho que se empeñe en buscarme...

—Tu rostro denota cierta intranquilidad —dijo Sexto secamente.

—No es eso. Esa sucia rata se está convirtiendo en un incordio —dijo apretando los dientes.

—¿A qué te refieres? —preguntó el hombre.

—Primero se larga del callejón y me deja solo con los legionarios. Y ahora me entero de que se pone a su servicio para buscarme y luego entregarme para que me maten —dijo iracundo el asesino.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó otra vez Sexto.

—Primero me encargaré de acabar con tus legionarios... Cuando haya cumplido con el trabajo ya me encargaré de darle su merecido a ese bastardo hijo de ramera —dijo mientras golpeaba su puño cerrado contra la palma de su otra mano.

—Cuando acabes este trabajo serás un hombre rico, quizás puedas hacer lo mismo que mis superiores —dijo el funcionario dando otro sorbo a su copa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó descolocado Flavio.

—Me refiero a que podrás contratar a alguien para que haga el trabajo sucio en tu nombre —respondió el hombre.

—Yo no soy de esa clase de hombres —dijo enojado—. Yo me encargo de solucionar mis problemas en persona, no delego en otros...

—Así me gusta, un hombre de principios firmes —dijo riendo Sexto.

—No se trata de tener principios —dijo Flavio un poco molesto—. Quizás tus superiores prefieran hacerlo de esa otra manera, pero yo soy de los que piensan que cada uno tiene que saber solucionar sus problemas...

—Quizás tengas razón, pero si no hubiese hombres como ellos, tú no tendrías trabajo. Y sin trabajo, dime, ¿qué estarías haciendo? —dijo el funcionario—. Pero no te enojas, entiendo muy bien a qué te refieres, sinceramente. No espero que entiendas o compartas la manera de hacer que tienen los que están por encima de mí, Flavio. Cada uno es como es y cumple el papel que los dioses le han encomendado.

El asesino se quedó mirándole fijamente, sin decir nada. Parecía estar un poco descolocado ante las palabras que acababa de decirle. Sexto continuó hablando:

—Veo que no me entiendes, ¿verdad? No debes preocuparte, es por eso por lo que mis superiores no se manchan las manos, porque su papel es otro...

—Muy bien, lo que tú digas —dijo Flavio sin entender del todo lo que le estaba explicando ese hombre—. ¿Y se puede saber quién o quiénes son esos superiores tuyos?

—No necesitas saber sus nombres —respondió tajantemente.

—Tienes razón, tampoco te los he preguntado —dijo ofendido por la respuesta recibida—. Solo quería saber algo más de aquellos que no dudan en intentar acabar con el hombre más poderoso del mundo conocido...

—Entiendo tu curiosidad, aunque su identidad es irrelevante para la misión —dijo Sexto intentando ser un poco más conciliador—. Lo importante ahora es hallar la manera de deshacernos de esos legionarios. En este momento son los únicos que tienen conocimiento de la conjura.

—Te has sabido ganar su confianza, de eso no hay duda —dijo el asesino.

—Puede que Fortuna haya influido en ello. Fue ella la que hizo que mi camino se cruzase con el de Valerio la noche en la que Marco desapareció —comentó el funcionario—. En principio el trabajo tenía que ser limpio y nadie

debía entorpecer el secuestro. Cuando apareció ese legionario en mi tienda preguntando por la tienda de Marco tuve que improvisar.

—Pues parece que se te dio bien —dijo alabándole el asesino—. Si no hubieses conseguido entretenerle astutamente nos habría sorprendido y las cosas hubiesen sido muy diferentes, quizás no estaríamos conversando en este momento plácidamente en tu tienda.

—Eso seguro —dijo Sexto de nuevo—. Volviendo al presente, creo que tras lo que ha pasado hoy en esta tienda, parece que Valerio y sus compañeros también confían en ti. Eso te da margen para poderte mover por el campamento con cierta libertad y tranquilidad —apuntó Sexto.

—Tienes razón, aunque creo que debería saber si hay más gente en este campamento que esté al corriente de lo que tenemos entre manos —sugirió Flavio—. Me refiero a los que están de nuestra parte. Lo digo porque el otro día en el molino no estabas solo. Aparte de ese tal Tiberio que te acompañaba, ibas con una escolta armada, y por sus movimientos deduzco que eran legionarios.

—Sin duda eres un hombre sagaz —dijo el hombre esbozando una tímida sonrisa—. Claro que hay más gente al corriente...

—¿Y por qué no los usas a ellos para acabar con Valerio y sus camaradas? —preguntó.

—Como bien te he explicado antes, hay diferentes tipos de hombres, y cada uno juega el papel que los dioses le designan —explicó de nuevo el funcionario—. ¿No crees que usar a legionarios para deshacerse de otros legionarios llamaría un poco la atención? Los soldados sirven para luchar en campo abierto y en formaciones, no son asesinos. En cambio, tú posees virtudes y habilidades que ellos no tienen, y lo que es más importante, las sabes utilizar.

—Sigo pensando que hacer desaparecer a ese grupo de soldados no sería tan difícil... Quiero decir, usando un grupo de hombres bien armados y entrenados —dijo Flavio pensando en voz alta.

—¿En un campamento militar? ¿Crees que no llamaría la atención? —preguntó Sexto sarcásticamente.

—Quizás, pero se podría atribuir a una emboscada —sugirió el asesino.

—¿Una emboscada? ¿De quién? Si este territorio está pacificado desde

hace muchísimos años. ¿O es que piensas que alguien iba a creerse que un grupo de vulgares asaltantes iba a atacar a unos legionarios? —preguntó de nuevo con ironía el hombre—. No sé si has tenido en cuenta que cuando los soldados salen del campamento de patrulla lo hacen en grupos grandes...

—Tienes razón, disculpa mi ignorancia —dijo un poco avergonzado Flavio—. Es que no veo de qué manera podré deshacerme de seis legionarios, solo y sin llamar la atención.

—Querrás decir más bien de ocho, ¿no? —sugirió el hombre—. ¿O es que no has estado atento a la conversación?

—Disculpa, ocho. Ya no recordaba que se lo habían explicado a dos más. Si con seis la tarea era difícil, no quiero ni imaginarme cómo será si añadimos dos —maldijo Flavio—. Supongo que no habrá inconveniente en añadir mil *denarios* más al precio pactado.

—Por supuesto que no, puedes contar con ese suplemento —dijo Sexto casi sin inmutarse.

—Otro detalle que se me olvidaba —dijo el asesino.

¿Qué más necesitas? —preguntó su contertulio.

—Me iría bien disponer de un arma. Una que no destaque demasiado, quizás un *pugio* que pueda llevar oculto bajo mi túnica —sugirió el hombre.

—No sé —respondió el funcionario un poco dubitativo—. No creo que sea conveniente que vayas armado por el campamento, si te descubren quizás sospechen de ti.

—No me descubrirán —exhortó el asesino un poco molesto—. Es simplemente para defenderme, por si las cosas se complican...

—No soy demasiado partidario de ello, pero tú eres el experto en la materia —dijo Sexto resignado—. No dispongo de ningún cuchillo en esta tienda —entonces se levantó de la silla y se dirigió hacia la salida de la estancia—. Vamos, acompáñame, iremos a ver a alguien que te dará lo que tanto ansias.

CAPÍTULO VIII

Vamos, holgazanes, ya habéis oído al centurión, no os quiero ver parados! ¡Debemos dejar todo listo para mañana! ¡Saldremos a primera hora, y no quisiera tener que castigar a nadie por no haber cumplido las órdenes! —ordenó a viva voz el *optio* Cornelio.

—¡Sí, señor! —gritaron los soldados de la centuria mientras rompían filas y se dirigían a sus tiendas a paso ligero.

Estaba oscureciendo, casi ya no se veía el sol en el horizonte, y eso había provocado que la temperatura descendiese considerablemente. Pese al calor que hacía durante el día, al esconderse el sol refrescaba un poco, por lo que no estaba de más ponerse el manto sobre la túnica para abrigarse. Salonio había ordenado a sus hombres que tuvieran listo el equipo completo a primera hora de la mañana, ya que la marcha se iniciaría con las primeras luces del alba. Por delante tenían más de veinte jornadas de marcha, que sin duda iban a ser duras. Daba la sensación de que los hombres habían empezado a acomodarse, se habían adaptado a la perfección al lugar y a la tranquilidad que este les ofrecía. Casi parecía que habían olvidado el motivo por el cual habían sido trasladados a Hispania: la guerra.

El centurión era un hombre precavido y pese a la superioridad manifiesta de las legiones frente a los pueblos de las montañas, que no eran más que pastores salvajes, prefirió no confiarse, por lo que quería tener a los hombres entrenados y listos para entrar en combate cuando llegase el momento. Otros oficiales quizás estuviesen más confiados acerca de la supremacía militar romana sobre el enemigo, por lo que no mantenían la disciplina tan a rajatabla como él. Pero no iba a caer en la misma trampa en la que habían caído los anteriores generales que habían dirigido las primeras campañas en la zona. El hecho de que el mismo Augusto se hubiese trasladado hasta la zona de conflicto denotaba cierta desconfianza e intranquilidad, ¿por qué si no iba a perder el tiempo en desplazarse hasta allí si tenía asuntos más apremiantes que tratar en Roma? ¿O por qué se iba a tomar la molestia de movilizar tres legiones más y añadirlas a las otras que llevaban varios años

combatiendo en la zona? Quizás los pastores de las montañas eran más aguerridos de lo que en un principio se esperaba, o tal vez la ineficacia de los generales había llevado al cónsul a tener que dirigir en persona la campaña y poner orden a una situación que podría llegar a generarle problemas si se alargaba demasiado en el tiempo.

Fuese por un motivo o por otro, la cuestión era que la legión se pondría en marcha al día siguiente con la intención de cubrir una larga distancia en el menor tiempo posible. Augusto era de la clase de hombres a los que no se debía hacer esperar, tampoco le agradaban demasiado los fracasos y eso lo sabían los legados de las tres legiones que debían desplazarse hasta Segisamo. Por ello se encargaron de transmitir las órdenes de manera clara y contundente a sus tribunos, y estos a su vez hicieron lo mismo con los centuriones de todas las cohortes. Era importante que todo saliese a la perfección, el cónsul llevaba ya unos días en la ciudad y contaba con ese margen de tiempo para recibir el apoyo de las tres legiones. La llegada de las tropas era lo único que faltaba para que la operación de sometimiento se iniciase.

Salonio esperó hasta que todos sus hombres hubieron abandonado el patio de armas. Estaba solo, de pie y con la mirada fija en el infinito, inmóvil. Casi de manera instintiva se rascó la barba, le picaba ligeramente, pues hacía tres días que no se la afeitaba. Los acontecimientos recientes le habían impedido llevar a cabo la tarea. No era habitual que descuidase su imagen, pues si se dejaba barba acostumbraba a llevarla bien arreglada, precisamente para dar ejemplo. Eso era lo que le pedía él a sus hombres. Pensó que se levantaría antes de que amaneciese, así dispondría de tiempo suficiente para poder afeitarse y afeitarse debidamente. Era importante en un oficial predicar con el ejemplo, sobre todo si quería que sus subordinados hicieran lo que él les ordenaba, por ello procuraba ser cauteloso y no exigir a sus hombres cosas que él mismo no podía hacer. Al rascarse la zona del cuello detuvo sus manos en la vieja cicatriz, la frotó con suavidad, en varias ocasiones, pasando sus dedos por el relieve de esta. Siguió el recorrido que dibujaba en su cuerpo con suma delicadeza, desde donde empezaba, en la parte media del cuello, hasta donde terminaba, justo en la mejilla, debajo de su ojo. No le dolía ni le molestaba, tan solo en algunas ocasiones le picaba. Allí de pie, solo y en silencio, sus pensamientos le trasladaron al momento en que recibió la

estocada que le supuso su ascenso al rango de centurión, pero que a la vez casi le cuesta la vida...

ILIRIA, PRIMAVERA DEL AÑO 35 A. C.

Los hombres estaban nerviosos, el momento del asalto se acercaba. La fortaleza de Metulo se alzaba imponente a poca distancia de donde se encontraban formadas las tropas romanas. Era un emplazamiento pequeño, aunque fácilmente defendible para los hombres que se encontraban en su interior. Los muros de piedra eran altos, y eso había dificultado desde el principio del asedio que la infantería se pudiese acercar con garantías a los pies de estos para posicionar las escalas. Los defensores no habían permitido hasta ese momento que los asaltantes se aproximaran lo suficiente como para llevar a cabo tal acción. Se habían encargado de arrojarles todo lo que tenían a mano, desde saetas, hasta piedras o cualquier objeto contundente que fuera susceptible de herir o matar a un romano.

Parecía pues que la maquinaria de guerra romana se había quedado atascada en ese punto, y se estaba perdiendo demasiado tiempo y hombres en aquel pequeño fortín. Tras varios intentos infructuosos, en los cuales se había perdido un elevado número de soldados, Octaviano decidió reunirse con sus generales y con el jefe de ingenieros de las dos legiones que estaban allí desplegadas para intentar buscar una solución inmediata al problema. Nadie supo jamás qué fue lo que sucedió en la tienda del general, aunque algo les debió de decir a esos hombres para que ingeniasen aquel plan con tanta inmediatez. En muy poco tiempo, los ingenieros, ayudados por la mano de obra legionaria, construyeron una enorme rampa frente al muro principal de la fortaleza. Se aprovecharon todos los materiales de la zona, e incluso se trajeron piedras y arena de zonas un poco más alejadas para poder llevar a cabo tal empresa. Aunque la enorme obra de ingeniería pareció ser insuficiente, pues esta quedó bastante alejada del objetivo. Nadie cuestionó al general ni a los ingenieros que plasmaron sobre el terreno la construcción, ese dato, por lo que quedó la duda entre los hombres de si los cálculos de los responsables habían fallado a la hora de medir la distancia hasta las murallas, o si el resultado obtenido formaba parte del plan establecido. El caso fue que

para completar la obra se cubrió la distancia hasta alcanzar las defensas ilirias con cuatro puentes levadizos de madera, que franquearían el paso de las tropas hasta la parte alta del muro.

El legionario Publio Salonio Varo formaba en la primera línea. Estaba tenso e inquieto al igual que el resto de sus compañeros. Cuando aquella mañana su oficial al mando les había informado del plan de ataque, los soldados mostraron su descontento, se volvieron a escuchar murmullos de indignación. Incluso alguno de los veteranos llegó a insinuar al centurión si valía la pena perder tantos hombres en la conquista de aquel insignificante baluarte que tantas vidas romanas había costado hasta el momento.

El oficial, un hombre llamado Quinto Cecilio Glabro, que había ascendido al cargo directamente al ingresar en la legión y que carecía tanto de experiencia militar como de habilidades de mando, no supo qué decirles a sus hombres. ¿Qué se podía esperar de alguien que había comprado ese puesto? No llevaba ni un año de carrera militar y ya ostentaba un cargo que debería ocupar algún veterano que hubiese hecho méritos suficientes. Era más frecuente de lo que la gente pensaba encontrar esa clase de hombres en las legiones, y por desgracia para el estamento, últimamente parecían proliferar.

En los últimos años los conflictos bélicos se habían recrudecido entre los mismos triunviros, sobre todo entre Octaviano y Marco Antonio y en alguna que otra campaña militar contra algún enemigo exterior, como los Partos. Eso había obligado a crear nuevas legiones, algunas de ellas financiadas con el erario público y otras creadas con las fortunas privadas de sus comandantes. El caso era que los tres triunviros, pese a sus diferencias y a estar constantemente en guardia y vigilándose mutuamente con cierto recelo, debieron unir sus fuerzas contra un enemigo común: Sexto Pompeyo, el último hijo vivo de Pompeyo el Grande, quien era el encargado de dirigir el último foco de resistencia del viejo orden republicano que había acabado con la vida de Cayo Julio César.

El conflicto se había alargado demasiado en el tiempo, y el rebelde Sexto había puesto en jaque a la República llegando a bloquear el suministro de trigo que abastecía a la capital. Eso fue lo que provocó que Octaviano iniciase la guerra contra él y para ello solicitó la colaboración de sus socios de gobierno. Durante los casi tres años que duró el conflicto, los tres hombres

más poderosos de Roma tuvieron sus más y sus menos, aunque al final consiguieron acabar con el enemigo común, en Nauloco^[16]. El que salió más beneficiado fue el que más tarde sería llamado Augusto, ya que se hizo con los restos del ejército del derrotado Pompeyo (el cual huiría hacia Oriente tras la batalla y posteriormente sería capturado y ejecutado por Marco Antonio) y de paso con las legiones de Lépido, que no tuvo más remedio que rendirse ante las circunstancias y retirarse del panorama político. Así pues, en septiembre de ese año 36 a. C., el triunvirato perdió a uno de sus pilares y fueron dos hombres los que quedaron al frente de la política romana. Sus diferencias se resolverían unos años después en Actium.

El hecho de que hubiese tantas legiones hacía necesaria la presencia entre sus filas de oficiales para dirigir las. Eso provocaba que no todos los que ocupaban esos puestos de mando lo hiciesen por méritos de guerra, sino que fueron muchos los que se encargaron de comprar un cargo que les eximiese de ciertas penurias que de otro modo deberían haber soportado como simples *miles gregarius*^[17]. En todo caso, ese tipo de hombres como norma general solía carecer de liderazgo y su única intención era cobrar una paga mejor que el resto de soldados teniendo que trabajar menos. Eso les llevaba a ser impopulares entre la tropa, llegando incluso en alguna ocasión a ser ajusticiados por sus propios subordinados por haber tomado decisiones erróneas.

El caso de Cecilio era uno de esos, todos los hombres de la centuria sabían cómo había obtenido el cargo. Procedía de una familia plebeya adinerada y al no ser de origen noble, no podía aspirar a ocupar un cargo de tribuno o de legado en el ejército, por lo que tuvo que conformarse con el rango de centurión. No era un mal tipo, aunque carecía de las habilidades necesarias para dirigir a un grupo de soldados, su carisma era nulo y él mismo lo sabía, por lo que no acostumbraba a exigir demasiado a sus hombres. Tampoco era estúpido, no estaba dispuesto a arriesgarse a que sus propios hombres lo matasen por dar alguna orden equivocada o impopular. Se había incorporado a la centuria hacía menos de un año, ocupando el puesto del anterior oficial que había caído en combate en la batalla de Taormina^[18]. Desde el principio los hombres desconfiaron de él, aunque con el tiempo la situación fue cambiando, básicamente por el hecho de que compensaba su

poca destreza militar con el respeto hacia los soldados, pues era consciente de que era la única manera de sobrevivir en ese entorno ya de por sí hostil.

Por eso cuando los legionarios protestaron ante la decisión del comandante de asaltar la fortaleza, Cecilio se limitó a encogerse de hombros y decir que era una orden directa que venía del mismo Octaviano y que no quedaba más remedio que obedecer. Los hombres charlaron entre ellos cuando el oficial abandonó la formación para ir a reunirse con los demás centuriones y los tribunos que iban a encabezar el asalto.

Salonio llevaba más de tres años sirviendo en la legión, por lo que podía considerarse de los más veteranos. Pese a esa experiencia, era hombre de pocas palabras, siempre se había caracterizado por ser un hombre disciplinado y dispuesto a cumplir con lo que se le encomendaba, le gustase más o menos, sabía que las órdenes se daban para cumplirlas. Los camaradas que le conocían sabían con creces que no acostumbraba a opinar sobre si las indicaciones eran justas o injustas, él simplemente las obedecía a rajatabla. Fue por ello que mientras algunos soldados se quejaban y protestaban sobre el poco criterio que estaba mostrando tener el cónsul al exigirles asaltar el fortín, él prefirió abstenerse y se mantuvo firme y en silencio, sin hablar con ninguno de sus compañeros.

Los legionarios se habían alistado para cumplir, se debían a Roma y si su general les pedía esa fortaleza, ellos se la debían entregar costase lo que costase. Esa era la opinión de Salonio y por muchas vueltas que le diesen sus camaradas, por mucho que criticasen la decisión de su comandante, el resultado iba a ser llevar a cabo lo que se les había mandado. En todo el tiempo que llevaba sirviendo bajo las órdenes de Octaviano, se había dado cuenta de que este era un hombre poco paciente, al que no le gustaba que le llevasen la contraria o que cuestionasen sus decisiones. A las malas podía ser cruel, aunque si sus tropas cumplían lo que se les mandaba de manera exitosa, era un hombre muy generoso al que le gustaba recompensar a los que estaban de su parte. No era la primera vez que alguna cohorte o incluso alguna legión entera se había intentado amotinar contra sus generales, aunque para que ello tuviera éxito era necesario que todos los hombres estuvieran de acuerdo y actuasen conjuntamente, porque si no el resultado era de sobra conocido: la *decimatio*^[19]. Conociendo al comandante, si no se llegaban a cumplir las

órdenes indicadas existía la posibilidad de que recurriese a esa vieja costumbre que, aunque no era de uso común, algunos generales habían usado eficazmente en algún momento de la historia militar de la República.

Cuando sonó la llamada a filas, la discusión entre los soldados aún no había concluido, aunque casi de manera innata todos ellos recogieron su equipo y se dirigieron hacia la posición marcada por los oficiales. Al iniciar la campaña de conquista de esos territorios, Octaviano disponía únicamente de dos legiones y media, las cuales estuvieron acuarteladas durante el invierno cerca de la conquistada ciudad de Siscia^[20]. Para el asalto y sometimiento del territorio, optó por movilizar a solo dos legiones, dejando al resto de hombres en el cuartel. Por aquel entonces la región de Iliria no era una unidad, sino más bien una conglomeración de tribus diferentes que no luchaban juntas, por lo que el cónsul decidió que tal y como estaban las cosas no era necesario movilizar muchas más tropas. Con las dos legiones de las que disponía, podría someter a todos sus enemigos por separado y dispondría de esa manera de mucha más velocidad de movimiento y maniobra, sobre todo si se tenía en cuenta que el terreno por el que se debían desplazarse era difícil, por lo abrupto y montañoso que era.

La estrategia a seguir fue la de ir controlando todos los pasos elevados que daban acceso a los valles por los que se trasladaban las legiones. De esa forma si los enemigos decidían atacar a la columna principal que se movía por los caminos, estos recibirían una carga desde arriba de las tropas romanas que se habían destacado en la parte alta para proteger a sus camaradas que estaban en marcha. El enemigo no inició una guerra en campo abierto, en primer lugar, porque no disponía del suficiente número de guerreros para enfrentarse a dos legiones, y en segundo lugar porque era conocedor de las estrategias de lucha de estas, por lo que optó por una guerra de guerrillas, a la vez que se atrincheraba en el interior de sus fortalezas a la espera de recibir los asedios e intentar aguantarlos a toda costa. Ese fue el caso de la fortaleza de Metulo, que se había convertido en un obstáculo en el avance de las legiones hacia su objetivo. Por ello Octaviano decidió que no se podía demorar más en aquel lugar, aunque tampoco se iba a marchar de allí sin someter a sus ocupantes, no podía permitirse dejarlos con vida, pues era contraproducente que las demás tribus se enterasen de la noticia de que los implacables y todopoderosos

romanos no habían sido capaces de someter un pequeño bastión.

En ese punto se hallaba Salonio, situado junto a su centuria en el centro de la formación. Su cohorte había sido seleccionada para encabezar el asalto inicial, y estaba situada en la primera línea. El objetivo era dirigirse hacia la rampa, subirla a la carga, recibiendo la lluvia de proyectiles del enemigo, y soltar los puentes levadizos para cruzarlos y poder acceder hasta las murallas para asaltar la fortaleza. A priori parecía sencillo, simplemente debían llegar vivos hasta las pasarelas de madera y cruzarlas para caer sobre los defensores. Aunque los que estaban allí en pie, formados frente a la ciudadela, eran conscientes de que los defensores venderían cara su piel. El terreno sobre el que estaban formadas las tropas romanas era bastante abrupto, por lo que formar una línea era bastante complicado. La amplitud no era demasiada, así que se formó más en profundidad que en anchura. En primera instancia únicamente formó una de las legiones, situando tres cohortes completas por cada una de las tres líneas de la manera habitual, formando la *tripex acies*^[21]. Por cuestión de espacio la primera, que era el doble de grande que el resto, quedó en reserva junto a la segunda legión completa por si el primer asalto resultaba fallido. Las cohortes de *auxilia* quedaron en el campamento vigilándolas ante un posible ataque del enemigo por la retaguardia.

Los hombres estaban nerviosos, miraban hacia las almenas de la fortaleza, en las que ya hacía rato que estaban parapetados los defensores. Estos no paraban de gritar y alzar los brazos, señalando hacia la posición de los romanos que en seguida comprendieron que se estaban burlando de ellos pese a no entender su lengua. Alguno de esos hombres incluso se había situado en lo alto del muro y se había bajado los calzones hasta los tobillos mostrando sus partes íntimas al enemigo en señal de mofa. Los legionarios ni se inmutaron al observar esos actos obscenos, pese a que tras hacerlo estallaron las risas y los gritos de júbilo entre los indígenas. Salonio se mantuvo firme, con la mirada clavada en el enemigo, sin ni siquiera abrir la boca, se centró en observar la rampa y los puentes que se alzaban al final de esta. A causa de las prisas con las que se había construido la pendiente, no era lo suficientemente ancha como para que pasasen las tres cohortes juntas sin romper la formación. Por eso, la última orden que habían recibido por parte de los oficiales al mando indicaba que avanzasen manteniendo la línea hasta estar a poca distancia de la subida, y

que, al primer toque de silbato, algunos hombres de la cohorte central avanzasen hasta las poleas para hacer bajar las pasarelas. Una vez que los puentes estuviesen desplegados y listos, la cohorte entera debería iniciar el asedio de la fortaleza. En caso de necesidad la seguiría la que formaba a su derecha y a continuación, siempre y cuando fuese menester su intervención, las apoyaría la tercera, la que quedaba. Cecilio y los demás centuriones de la cohorte se encargaron de impartir las últimas indicaciones:

—¡Atención, soldados! ¡Cuando estemos a punto de llegar al inicio de la rampa escucharéis un toque de silbato, será entonces cuando adelantaremos a las otras dos cohortes y subiremos la rampa! ¡Una vez allí seremos nosotros los encargados de manipular los mecanismos que deben soltar los cuatro puentes levadizos! ¡Cuando estos estén desplegados correctamente, iniciaremos el asalto accediendo por todas las pasarelas!

Las caras de los hombres no eran demasiado halagüeñas, algunos maldecían tener que estar allí. Salonio, que estaba atento a lo que hablaban sus camaradas más cercanos, escuchó cómo un soldado que estaba formado una fila detrás de él lanzaba una maldición a los dioses en la que protestaba por la mala suerte que habían tenido al ser la legión que se encargaría de iniciar el ataque en lugar de ser la que se quedaba en la reserva. Escuchó cómo otro hombre comentaba con el que tenía al lado que el general se estaba equivocando, pues en lugar de enviarles a ellos a tomar la fortaleza debería haber usado a las tropas auxiliares, al fin y al cabo, no eran ciudadanos romanos y eran más prescindibles que ellos. En ese momento, varios de los centuriones marcaron con su vara a los hombres que deberían abandonar la protección de sus escudos para acercarse hasta las poleas y encargarse de hacer descender los puentes, a la vez que marcaban también a los que deberían situarse delante de ellos para protegerlos de los proyectiles una vez los puentes empezasen a bajar. Salonio recibió un golpe de la vara de Cecilio en su escudo mientras le decía:

—¡Puente dos, protección!

La distancia que había desde los puentes hasta la muralla de la ciudadela era de entre setenta y ochenta *passi*^[22] aproximadamente. Era lo máximo que los ingenieros se habían podido acercar, tanto por el breve tiempo del cual dispusieron, como por la escasez de la materia prima para construir la rampa.

Conseguir la tierra y la piedra necesarias requería demasiado tiempo y esfuerzo y cada vez costaba más trabajo dar con ella, por lo que se debía ir a buscar más lejos. Eso implicaba no tan solo tiempo, sino demasiados recursos en el trabajo de extracción y de transporte hasta la zona de construcción. Fue necesaria la implicación de más de cinco cohortes de legionarios y las mismas de *auxilia*, pues los esclavos de los que disponían las legiones eran más bien escasos y aún no se habían sometido suficientes enclaves enemigos como para conseguir la mano de obra necesaria. Salonio sabía que, a esa distancia, los proyectiles que lanzasen los defensores apenas causarían daño a los legionarios que protegían a sus camaradas encargados de bajar los puentes. Pero también era conocedor de los peligros que entrañaba dejar a esos hombres sin protección alguna, por lo que creyó que la decisión que habían tomado sus superiores era acertada. Mientras estaba sumido en sus pensamientos, el legionario que estaba formado a su derecha le dijo en un tono de voz bajo:

—Salonio, ¿crees que conseguiremos asaltar esas murallas?

El soldado se quedó callado durante unos instantes, pensativo y con la mirada clavada en el objetivo que su compañero le había indicado. Sin duda sería una tarea bastante compleja, no tanto por el número de defensores que protegían la fortaleza, sino más bien por el riesgo que entrañaba hacer pasar a tantos hombres por unos puentes tan frágiles y de madera. Según su punto de vista, suponía una amenaza más seria la estabilidad y aguante de las pasarelas de madera que lo que los enemigos lanzasen desde sus parapetos. Una cohorte eran muchos hombres, por lo que, si se sumaba en segunda instancia otra más al completo, quizás la estabilidad de las pasarelas se viese mermada por el sobrepeso. Al cabo de un instante se giró hacia su camarada y le dijo en tono seco:

—No lo sé, Terencio, solo los dioses conocen el resultado de esta contienda.

El legionario se quedó mirándolo con cierta incredulidad, pues no debía de ser esa la respuesta que esperaba escuchar. Sexto Terencio Piso era apenas un recluta, llevaba solo tres meses en la centuria de Cecilio. Había sido reclutado cerca de su Herculano^[23] natal, siendo apenas un muchacho de dieciséis años, aunque eso no se lo había dicho a nadie pues sabía que la edad

mínima para enrolarse en la legión era superior. Su aspecto físico le hacía parecer mayor, aunque en el fondo su personalidad aún estaba forjándose, por lo que no dejaba de ser un muchacho. Pese a que Salonio nunca se había mostrado especialmente hablador ni simpático con ninguno de sus camaradas a lo largo de los años que llevaba en la legión, parecía que el muchacho le había caído en gracia y trataba de estar pendiente de él a la vez que procuraba que ninguno de los veteranos se aprovechase de su ingenuidad y desconocimiento. Como era conocedor del carácter de su compañero y protector, Terencio no insistió más en preguntarle acerca de lo que se avecinaba. En cambio, este le volvió a decir:

—Tú no te separes de mí en ningún momento. Cuando escuches el silbato de Cecilio mantén la posición, mientras yo voy a dar cobertura a los compañeros que bajarán el puente. Una vez esté bajado, regresaré a mi posición y tú te quedarás en todo momento a mi lado. ¿Ha quedado claro, muchacho?

—Muy claro, Salonio —respondió el joven legionario.

—Mucho mejor para ti si lo has entendido —dijo el soldado mientras giraba de nuevo la vista hacia el objetivo—. Espero que esos malditos puentes aguanten, no me gustaría morir aplastado si se derrumban.

Pese a que las pasarelas habían sido reforzadas a conciencia, muchos de los soldados con más años de servicio a sus espaldas no acababan de ver claro ese plan. Si el asalto fluía con presteza no habría problema, pero si los defensores aguantaban el empuje, quizás la concentración de hombres en los puentes los hiciese ceder y romperse. La altura hasta el suelo era demasiada, pensó para sí mismo el legionario, cerca de treinta *pedes*. La caída de por sí seguramente fuese mortal, aunque si se conseguía sobrevivir a la misma habría que sumarle los daños ocasionados por aplastamiento de los que cayesen encima. Esa era la parte del plan que no convencía a Salonio. En todo caso confiaba en que el asalto fuese rápido y no requiriese el uso de más tropas de las que ya estaban formadas, si su cohorte conseguía llegar hasta las murallas y tomarlas en poco tiempo, cuando la siguiente cruzase las pasarelas habría menos hombres en ellas y facilitarían el aguante. En ese instante el legionario se giró de manera instintiva y oteó a su derecha, mirando fijamente hacia lo alto de un pequeño montículo. Allí estaba el mismo Octaviano, en pie,

encaramado a una torre defensiva, acompañado de su estado mayor al completo, incluido el general Agripa. Todos ellos observando desde una posición privilegiada lo que estaba por venir. Fue el sonido de los *cornu*^[24] lo que devolvió a Salonio a la realidad. Las notas que salieron de estas señalaban el inicio del asalto, y los hombres empezaron la marcha a un ritmo lento pero firme hacia el inicio de la rampa.

Pareció entonces que los defensores comprendieron lo que se les venía encima, ya que dejaron de burlarse y de proferir gritos e insultos y empezaron a tomar posiciones en las almenas y torres de defensa de la fortaleza. Se pertrecharon con todo lo que tenían a mano, cogiendo hasta el último proyectil para sus arcos, lanzas y largas picas, incluso piedras y cualquier otro tipo de objeto apto para ser lanzado contra los invasores. A medida que la formación avanzaba, Salonio apreciaba que eran más las personas que se parapetaban tras el muro, pudo ver incluso alguna mujer y algún anciano que portaban armas con la intención de defender su hogar. Decidió que sería mucho mejor para su concentración no ponerles caras a sus enemigos, porque si una cosa había aprendido desde que servía bajo las águilas era que uno no se debía fiar de su rival, por muy débil que pareciese a simple vista. No se debía mostrar ni una pizca de clemencia. Nadie podía estar seguro de lo que sucedería si las tornas cambiaban, esas mujeres y esos ancianos que parecían inofensivos podían ser tan o más crueles que cualquier legionario o guerrero ilirio.

Lo importante era pelear, luchar y nunca retroceder ni dar la espalda al enemigo, era más digno morir con el *gladius* en la mano frente a un buen puñado de enemigos, que hacerlo atravesado por una lanza o alcanzado por un proyectil por la espalda mientras huías del combate. La experiencia militar que poseía le había enseñado que una formación en desbandada sufría mayor número de bajas mientras escapaba rompiendo la línea, que una que pese a verse superada y rodeada aguantaba firmemente. Un buen muro sólido de escudos podía ser una muy buena defensa, y eso era lo que los instructores de las legiones (algunos de ellos antiguos y veteranos gladiadores que se habían jubilado con honor tras una larga carrera en la arena) enseñaban a las tropas.

Cuando la línea estaba cerca de la rampa, quedó oculta a la vista de la muralla de la fortaleza, por lo que los legionarios quedaron resguardados y a cubierto de los posibles ataques enemigos. De la misma manera, ellos

tampoco podían ver a sus rivales.

Las tres primeras cohortes habían avanzado con firmeza y a un ritmo relativamente rápido, provocando un fuerte estruendo cada vez que pisaban el suelo con las *caligae* claveteadas. Iban seguidas por las otras seis que formaban de la misma manera, en dos líneas. El que estuviese en lo alto de la muralla, observando y escuchando lo que se le venía encima, debía de estar sin duda muy asustado, o eso era lo que pensaba Salonio mientras se preparaba para escuchar el silbato de los oficiales que daría inicio a la primera parte del plan. No tardó demasiado en oírse la señal, y de manera automática las tres cohortes se colocaron en fila una detrás de la otra. Los hombres de la unidad central, que en aquel momento ocupaba la primera posición, y que habían sido seleccionados para bajar los puentes, y a su vez los que habían sido elegidos para proteger a los primeros, abandonaron la formación dirigiéndose a paso ligero a los puntos previamente indicados. Cuando los legionarios salieron de la formación, sus compañeros cerraron filas y ocuparon los puestos que habían quedado vacantes a la vez que se mantenían a la espera de que la operación tuviese éxito. Las cohortes que venían detrás pararon en seco imitando a sus camaradas, al igual que las que se mantenían tras estas. El ejército invasor se detuvo por completo y aguardó la maniobra que llevarían a cabo los elegidos.

Salonio se dirigió con presteza hacia el segundo puente y se colocó junto a cuatro de sus compañeros, justo delante de los mecanismos que controlaban la estructura. Su tarea era bien sencilla, dar cobertura a los dos legionarios que se encargarían de hacer caer el puente. Una vez estuvieran en posición era imposible ver nada de lo que sucedía en las murallas, pues los puentes tapaban completamente la visión. Cuando estos cayesen sobre el muro sería cuando quedarían totalmente expuestos al lanzamiento de proyectiles por parte del enemigo. Tenía claro que ellos iban a ser los primeros en recibir el ataque, por lo que debían estar preparados y atentos. Una vez las enormes y pesadas pasarelas de madera cayesen solo era cuestión de tiempo llegar hasta las defensas de la fortaleza y tomarla. Habían recibido la orden de no lanzarse al asalto hasta que la cohorte entera estuviese en posición, por lo que eso les expondría durante más tiempo a los ataques del enemigo. Una vez los puentes estuviesen disponibles, la cohorte debía dividirse en cuatro grupos, uno por

cada pasarela. Así pues, a cada una de las centurias le correspondía un puente, excepto para los dos de más a la izquierda (es decir el tercero y el cuarto), por los cuales pasaría un *manípulo*^[25], es decir el doble de hombres. Por fortuna no era el suyo, pensó Salonio, porque esas dos pasarelas deberían soportar el doble de peso que las otras y eso suponía muchas más posibilidades de que esta se acabase quebrando. En ese instante el legionario que formaba a su derecha dijo en voz alta:

—¡No lo veo claro, muchachos! ¡Algo me dice que esto no va a salir tan bien como Octaviano cree! ¡Él lo ve muy fácil desde su posición privilegiada, pero si estuviese aquí abajo, luchando con nosotros, creo que dudaría!

—¡Por los dioses, Druso! ¡Tú siempre llamando a la mala Fortuna! —respondió el que estaba a la izquierda de Salonio mientras el puente empezaba a descender lentamente.

—¡Guardad silencio! —gritó un poco enojado Salonio—. ¡Centraos en lo que tenemos delante, no debéis distraeros! ¡Si dejamos algún hueco entre los escudos podrían abatir a nuestros compañeros! —dijo haciendo un gesto con la cabeza y señalando hacia detrás, donde estaban los dos camaradas manipulando el mecanismo.

—¡Tienes razón! —dijo uno de los aludidos.

—¡Ya tendréis tiempo de opinar sobre la idoneidad del plan del cónsul cuando esto haya terminado! —dijo de nuevo el legionario como reprimenda a sus camaradas.

Los puentes empezaron su descenso lentamente, aunque al unísono. El chirriar de las cuerdas hacía evidente el trabajo que acarreaba semejante tarea, incluso para los fuertes y fornidos brazos de los legionarios que manipulaban los engranajes. Los soldados que estaban formando la pantalla de protección, al percatarse de que los puentes estaban casi a la mitad de su recorrido, aferraron con más fuerza y tensión sus enormes escudos y los alzaron un poco más hasta que les cubrieron casi todo el rostro, dejando únicamente desprotegidos sus ojos, necesarios para observar la muralla. Fue entonces cuando se empezaron a escuchar los primeros impactos de proyectiles en la superficie del puente. Salonio advirtió a sus camaradas con un grito:

—¡Compañeros, mantened firmes los escudos! ¡Estad preparados para lo

que se nos viene encima! ¡Cubríos el rostro, no ofrezcáis a los defensores ningún blanco sobre el cual disparar!

Tras escuchar sus palabras, los legionarios se apretaron un poco más unos contra otros, y sujetaron los escudos con el brazo izquierdo flexionando ligeramente sus rodillas para mantenerse más firmes en el suelo a la vez que se protegían mejor las piernas. Cuando el puente estuvo a unos cuarenta y cinco grados aproximadamente, los legionarios tuvieron a la vista los muros de la fortaleza. De la misma manera que ellos vieron a los defensores parapetados, estos les vieron a ellos. Fue en ese instante cuando se escuchó un grito feroz que no entendieron, pero que, con toda seguridad, por lo que sucedió inmediatamente después, ordenaba que empezase la lluvia de proyectiles contra los pequeños grupos de legionarios que protegían las construcciones. Salonio gritó entonces a pleno pulmón:

—¡A cubierto, muchachos!

No había acabado de gritar cuando el cielo se cubrió de flechas, todas ellas dirigidas hacia la posición que ocupaban. El impacto fue feroz, el estruendo que provocaron las saetas al chocar contra los escudos de metal fue ensordecedor. Los soldados que estaban aguantándolos tuvieron que emplearse a fondo para mantenerse firmes, pues el gran número de proyectiles lanzados hacía que este pesase más de lo normal cuando se quedaban adheridos al elemento defensivo. A diferencia de lo que había pensado en un primer momento, la lluvia de proyectiles había sido intensa. Creyó que no estarían tan cerca, tan al alcance de las flechas, aunque se equivocó. La primera andanada había concluido sin ninguna baja entre los romanos, que ya se estaban preparando otra vez para soportar el segundo lanzamiento. Salonio alzó ligeramente la mirada sobre el borde superior de su *scutum* con intención de observar qué tramaban los defensores. Vio que los arqueros que estaban situados en primera línea estaban cargando de nuevo sus armas, por lo que era fácil deducir cuál iba a ser el siguiente paso. Se giró ligeramente y vio que sus compañeros seguían girando el mecanismo del puente, que ya estaba casi a unos treinta grados, y quedaba poco para que la plataforma se posase sobre el muro de la fortaleza. Miró a su derecha y a su izquierda, cruzando la vista con sus camaradas. Al ver sus rostros, pronunció las siguientes palabras:

—¡Un poco más, muchachos, ya queda poco para que el puente esté listo!

¡No temáis, detrás de los escudos estamos a salvo, los que tendrían que estar muertos de miedo son esos salvajes, porque cuando los puentes caigan sobre su muralla no tendrán escapatoria! ¡Les enviaremos al Inframundo!

Los soldados, al escuchar las palabras de ánimo de Salonio, sonrieron y gritaron todos al unísono para motivarse. Uno de ellos dijo entonces:

—¡Por Marte y por Belona, que no habrá clemencia para esos bárbaros! En ese momento se escuchó de nuevo el silbido proferido por las flechas que surcaban el aire en dirección al muro de escudos. Los soldados se parapetaron de nuevo tras sus murallas de metal a la espera de que la lluvia de proyectiles concluyese. En el momento en que Salonio se ocultó tras su rodela escuchó un grito aterrador que provenía de su derecha. Giró la vista a tiempo para ver cómo su camarada Druso se desplomaba hacia atrás con una saeta clavada en su ojo izquierdo. El legionario continuó moviéndose durante unos instantes hasta que se quedó inmóvil en el suelo sin vida. Entonces Salonio, fríamente, gritó al legionario que estaba a la derecha del caído:

—¡Domicio, a mí! ¡Cubre el hueco!

El soldado obedeció inmediatamente y ocupó la posición del fallecido sin ni siquiera mirarle. La barrera de escudos volvió a completarse rápidamente. Entonces Salonio se giró levemente y echó un vistazo al hombre que yacía inerte en el suelo. Pobre Druso, no merecía haber acabado sus días de esa manera, los dioses habían sido crueles con él y no le habían concedido el honor de batirse por su vida. Esa manera de morir carecía de honor, si le hubiese hecho caso cuando les ordenó que se mantuviesen escondidos tras los escudos, tal vez aún estaría vivo... De repente un grito le hizo volver a la realidad:

—¡El puente ya está sobre la muralla!

Era el legionario Domicio, que le avisaba de que la operación había concluido. Salonio asintió con la cabeza, mientras observaba cómo los dos legionarios que hasta entonces habían estado manipulando el engranaje recogían su escudo de nuevo y se unían a la fila a la cabeza del puente. Entonces alzó ligeramente la vista sobre el borde de su rodela de nuevo, e hizo un barrido de lado a lado para verificar que los cuatro puentes estaban en su posición. Cuando se cercioró de que todos lo estaban, comprobó si el resto de grupos de legionarios que habían protegido la maniobra estaban a salvo. Esta

acción no la hizo alzando la vista, sino que salió de la formación dando un paso atrás. Su lugar fue ocupado de nuevo por otro legionario que se encargó de cerrar filas de nuevo. Se deslizó un paso más hacia atrás y oteó las otras tres formaciones de escudos. Se dio cuenta de que en la que estaba a su izquierda, la del primer puente, había un legionario herido, con una flecha clavada en su pie. Estaba resguardado tras la formación que mantenían sus camaradas y se arrastraba como podía para abandonar la rampa y ponerse a cubierto. Por lo demás la primera parte del plan había sido un éxito, los puentes estaban trabados sobre los muros y dispuestos para ser cruzados por las tropas. Se giró y buscó con la mirada a Cecilio, que se encontraba en la primera línea de la formación, a una distancia de seguridad justo al final de la subida de la rampa. Cuando las miradas se encontraron, Salonio asintió con la cabeza dibujándose una leve sonrisa en su rostro. Entonces el oficial gritó a pleno pulmón:

—*¡In agmen quadruplex!*^[26] ¡Por Roma y por Octaviano! ¡Démosles su merecido a esos bastardos!

Al unísono se produjo un griterío en las filas romanas, que iniciaron la maniobra de despliegue hacia las pasarelas. Cada centuria se dirigió hacia su destino, espoleada por sus oficiales al mando que no paraban de proferir órdenes e indicaciones a sus subordinados, muchas de ellas acompañadas de insultos. Cuando la centuria de Salonio estuvo justo detrás de él, esta se abrió para dejar hueco a sus compañeros que habían hecho de avanzadilla. La anchura de los puentes no era demasiado grande, por lo que la formación se había tenido que adaptar al espacio en el cual debería combatir. Para que todos pudieran pasar con garantías y espacio suficiente, los cálculos iniciales habían concluido que la línea se compondría de cuatro hombres a lo largo por veinte filas de profundidad. Salonio quedó en la primera, con Terencio a su derecha y el centurión Cecilio a su izquierda. Avanzaron con paso firme en dirección a la muralla, con sus escudos en alto mientras otra lluvia de proyectiles se aproximaba a su posición. Entonces Cecilio gritó a sus hombres:

—¡Soldados, escudos en alto!

De manera mecánica, todos los hombres de la formación obedecieron la orden y los proyectiles se estrellaron contra el muro de metal sin causar

ninguna baja. Tras lanzar varias andanadas y al percatarse de que los romanos no sufrían daños con los proyectiles, los defensores decidieron cambiar de táctica y optaron por enfrentarse a los atacantes sobre las pasarelas en una lucha cuerpo a cuerpo. La única manera de frenarlos era atacarles de esa manera, pues los escudos y armaduras que estos vestían hacían prácticamente imposible acabar con ellos desde la distancia. Las formaciones de guerreros ilirios salieron de detrás del muro, pasando por delante de sus propios arqueros, y se lanzaron a la carga contra las filas de los romanos que avanzaban hacia su hogar.

Salonio echó un vistazo por encima de su escudo y vio que sus enemigos no iban tan bien pertrechados como ellos, pocos eran los que vestían algún tipo de armadura, la mayoría combatía con el torso descubierto y los escudos que portaban eran de madera casi todos y mucho más pequeños que los romanos. Esos bárbaros no debían de apreciar mucho su vida, pues luchando así ofrecían innumerables huecos por los que asestar estocadas. Los tenían casi encima, por lo que no les dio tiempo a sacar sus *pila* y arrojarlas, la distancia era muy corta y el espacio entre legionarios insuficiente. Cecilio ordenó con un fuerte grito a sus hombres que desenvainaran sus espadas y se preparasen para recibir la carga. Antes de que esta llegase, Salonio miró hacia el joven Terencio y vio que su cara reflejaba el miedo. Estaba sudando, rígido y tenso a causa de los nervios. Antes de sacar su *gladius* de la funda, el veterano posó su mano derecha sobre el hombro del joven recluta y le dijo:

—¡Tranquilo, muchacho, acabaremos con ellos antes de lo que te imaginas! ¡Mantente a mi lado y no salgas de la formación! ¡No van bien protegidos, por lo que no nos costará demasiado matarlos! ¡Busca cualquier hueco en su armadura y apuñala sin piedad! ¡Recuerda todo lo que has aprendido durante estos meses, eres un soldado de Roma, no es tarea fácil acabar contigo!

El joven legionario asintió y pareció animarse ante las palabras de su camarada. Aferró con más fuerza el escudo y sacó su espada de la vaina respirando profundamente mientras observaba cómo los primeros enemigos estaban a menos de diez *pedes* de su posición. Lanzó una última y breve plegaria a los dioses, pidiendo que por favor le permitiesen ver el siguiente amanecer.

CAPÍTULO IX

Su espada se clavó en el costado derecho de aquel hombre con suma facilidad. Tras proferir un fuerte grito de dolor, el gigantón se desplomó hacia un lado y cayó al suelo, reuniéndose con alguno de sus compañeros que había recibido una estocada semejante. Sin duda el *gladius* era un arma letal, no estaba hecho para cortar, aunque si era menester también cumplía esa función ya que su filo estaba debidamente afilado. Era su punta lo que lo convertía en un instrumento tremendamente mortífero, penetraba en la carne como si esta fuese mantequilla, traspasaba el músculo sin problema alguno, e incluso si la estocada era propinada con la fuerza suficiente podía llegar a quebrar algún hueso. Terencio comprobó cuán efectiva era ese arma mientras acababa con su primer enemigo. Fue rápido y casi no le dio tiempo a pensar. En ese instante agradeció la dura disciplina y los entrenamientos diarios a los que los legionarios eran sometidos, quedaba claro que era gracias a todo ello en conjunto por lo que un soldado romano era considerado como una auténtica máquina de combate. Era el primer hombre al que daba muerte y no iba a ser el último de ese día, ni tampoco de su carrera militar, que esperaba que fuese larga.

Cuando los bárbaros chocaron contra la fila de escudos, la línea apenas se movió, se mantuvo firme y estática. No fue debido solo a la fuerza con la que los soldados de la primera sujetaban sus escudos. Había que tener en cuenta la presión y el empuje que ejercían las filas posteriores de legionarios, que mantenían a la vez sus escudos apoyados contra las espaldas de sus compañeros de delante y ofrecían de esa manera una resistencia y estabilidad muy superior. No era de extrañar pues que los primeros ilirios que chocaron contra el muro de escudos rebotasen y cayesen de espaldas al suelo. Alguno de ellos, al ver cómo sus camaradas caían sin obtener resultado alguno, trataron de saltar por encima de los elementos defensivos de los romanos, aunque casi ninguno consiguió lo que se proponía. Los pocos que lograron su cometido apenas tuvieron tiempo de celebrar su hazaña, pues inmediatamente fueron atravesados por las espadas legionarias de las filas posteriores, que se dieron

un festín de sangre.

Al darse cuenta de que su maniobra no había servido para nada, los siguientes hombres fueron más prudentes y se organizaron en una formación cerrada y compacta al igual que los invasores, situando a los que portaban escudos en primera línea. Entonces chocaron contra la centuria y empujaron todo lo que pudieron. Trataron de dar estocadas a los romanos, aunque casi no había hueco para clavar las espadas y lanzas que portaban. En cambio, ellos, con sus rudimentarios escudos y armaduras, ofrecían demasiados huecos. Ante la presión ejercida por esos indígenas, Cecilio gritó:

—¡Ahora empujad! ¡Todos al unísono!

La primera fila se encogió tras el enorme escudo y con fuerza presionó sobre la primera línea de ilirios, que sorprendidos no pudieron hacer más que abrir sus escudos para no perder el equilibrio. Fue entonces cuando, tras la primera arremetida, los legionarios que formaban en la primera fila aprovecharon para ensartar los cuerpos desprotegidos de sus rivales sin piedad alguna. En esas estaba el joven Terencio, habiendo despachado a su primer enemigo, cuando de repente se encontró frente a otro, que dirigió su enorme espada contra el brazo que sujetaba el *gladius* y que había quedado desprotegido por un breve momento. El joven lamentó no haber sido más rápido, no se había recuperado aún de la euforia que había experimentado al matar a su primer adversario y había descuidado recoger el brazo tras la estocada. Se preparó para recibir el impacto, aunque los dioses parecieron otorgarle otra oportunidad para hacer las cosas bien. En todo caso, no medió la intervención divina, sino que más bien fue humana, concretamente de Salonio, que viendo en peligro al muchacho desvió su ataque hacia el rival de Terencio y le propinó una estocada justo en la base del cuello que lo fulminó inmediatamente, justo unos instantes antes de que su espada golpease el brazo de su compañero. Esa maniobra evitó que el joven recibiese un impacto en su brazo. Sin girar la mirada, gritó al joven:

—¿Es que quieres morir joven, Terencio? ¡Haz el favor de estar atento al combate, no puedes permitirte ningún error, ellos no te lo perdonarán!

El muchacho, sin perder de vista a sus rivales, acertó a decir:

—¡Gracias, Salonio, te debo una!

—¡Ya me darás las gracias cuando esto acabe! —dijo mientras propinaba

una nueva estocada al enemigo que estaba frente a él.

Los legionarios avanzaban lentamente por la pasarela, que cada vez estaba más cubierta por los cuerpos de los defensores. Por eso los soldados de las últimas filas se encargaban de irlos arrojando al vacío a medida que los iban encontrando, ya que en caso de tener que retirarse sería mejor contar con un espacio limpio de obstáculos a sus espaldas. Parecía que tras el envite inicial los salvajes se estaban percatando de que no tenían nada que hacer cuerpo a cuerpo contra los poderosos legionarios romanos, por lo que empezaron a retroceder lentamente en dirección hacia los muros de la fortaleza sin dejar de combatir. Esa acción permitió que los legionarios de la primera fila pudiesen recuperar el aliento tras el breve, pero intenso enfrentamiento. Cecilio, que había recibido una herida leve en su antebrazo derecho, gritó:

—*¡Mutatio!*^[27]

En ese preciso instante los que formaban en la primera línea se separaron levemente, mientras los que estaban en la segunda avanzaban para ocupar sus puestos. A su vez, los que fueron relevados pasaron a la segunda fila y así sucesivamente hasta quedar en la de atrás, a resguardo. Cuando llegaron a esa posición, el combate proseguía, los salvajes parecía que habían enviado más hombres de refresco para continuar luchando. En ese instante parecía que el ritmo de avance era más lento. El centurión se giró levemente hacia Salonio, que formaba a su diestra, y le dijo:

—La cosa va bien, les hemos dado una buena paliza a esos bárbaros. Creían que al salir de sus murallas serían capaces de derrotarnos.

—Sí, eso parece, aunque yo no me fiaría mucho —sugirió el legionario mientras lanzaba una mirada hacia el puente de su derecha.

—Parece que los de la primera centuria lo están pasando un poco mal —comentó de nuevo el oficial al dirigir su mirada hacia el punto en el que estaban clavados los ojos de Salonio.

—Se han quedado trabados, parece que los salvajes disponen de más hombres en ese puente —apuntó el soldado—. Quizás deberíamos enviarles refuerzos, este puente parece estar bajo control.

—No me parece buena idea, Salonio —dijo tajantemente Cecilio—. Nos han ordenado tomar los muros a toda costa, no debemos abandonar nuestro asalto, ya casi los tenemos.

—Tienes razón, aunque para que la operación sea un éxito debemos tomar la muralla desde todos los puntos, si no los hombres que accedan a la fortaleza no tendrán apoyo y serán rechazados fácilmente —volvió a insistir Salonio.

—¡He dicho que no! —gritó el oficial mientras se tocaba la herida del antebrazo, que le sangraba levemente.

—Muy bien, como tú ordenes, por eso eres el oficial al mando —dijo resignado el soldado—. Aunque si yo fuera tú, no querría ser el responsable del fracaso de este asalto...

—Tú lo has dicho, soldado, si fueras yo, pero como no lo eres te sugiero que mantengas la boca cerrada —respondió de malas maneras el centurión ante la insistencia.

Salonio cerró la boca y maldijo a ese hombre para sus adentros. Era un inútil, no tenía ni idea de estrategia, simplemente se limitaba a obedecer las órdenes que le venían de arriba, en ningún momento se había planteado la posibilidad de improvisar. Un buen oficial debía poseer la capacidad de anticiparse, debía ser previsor y ver más allá del presente. Y lo que estaba pasando en el primer puente tenía pinta de convertirse en un desastre. El legionario aguzó un poco más la vista y observó cómo la centuria se había quedado trabada en mitad del puente, enzarzada en una dura contienda con sus feroces enemigos, que no cedían ni un palmo de terreno.

Los salvajes estaban empleando una nueva estratagema para frenar el avance de los romanos; mientras un numeroso grupo de guerreros mantenía a raya a los invasores, otro grupo menor, justo detrás del amparo de los suyos, se estaba dedicando a impregnar la superficie del puente con algún tipo de mejunje viscoso de color oscuro. A Salonio no le gustó lo que estaba viendo, por lo que dio un codazo al joven Terencio que estaba sumido en sus pensamientos, analizando con toda seguridad el que había sido su primer combate sirviendo bajo los estandartes de la República. El muchacho, sorprendido por el golpe, exclamó:

—¿Qué sucede, Salonio?

—Mira hacia allí —le dijo, señalando hacia el primer puente—. ¿Qué ves?

—A la primera centuria combatiendo contra esos bárbaros —respondió el joven soldado.

—Sí, eso ya lo veo, pero ¿ves algo que se salga de la normalidad? Agudiza un poco más la vista —siguió preguntando el veterano.

—¡Por los dioses! —exclamó el legionario—. ¿Qué están haciendo esos detrás de los suyos? ¿No estarán pensando hacer lo que me imagino? —preguntó asombrado Terencio.

—¿Y qué es lo que te imaginas, muchacho? —volvió a preguntar Salonio con cierta picardía.

—Si no voy desencaminado, creo que están impregnando la superficie del puente con algún tipo de sustancia inflamable... —dijo incrédulamente el joven soldado—. Debemos avisar inmediatamente a los de la primera centuria antes de que sea demasiado tarde. Si le prenden fuego a la pasarela mientras ellos pasan por encima los quemarán vivos a todos.

Mientras mantenían la conversación, la formación seguía su lento avance hacia el objetivo. Cecilio no dejaba de dar indicaciones y órdenes a los legionarios que formaban en las últimas filas, para que estos las hiciesen llegar hasta los que estaban combatiendo en vanguardia. Aunque no tenía ganas de volver a entablar conversación con semejante zoquete, Salonio sintió el deber moral de avisar de nuevo a su superior sobre lo que ocurría en el primer puente. Lo asió del brazo derecho y le dijo con cara de pocos amigos:

—La primera centuria se dirige hacia una emboscada. ¿Vas a hacer algo para ayudarles, o te vas a quedar aquí escondido como una sucia rata?

El centurión, sorprendido aún por el gesto que había hecho el legionario, hizo ademán de soltarse, aunque no lo consiguió pues este lo sujetaba con mucha fuerza. En lugar de reaccionar ante lo evidente, únicamente acertó a decir:

—Suéltame el brazo inmediatamente, soldado, y vuelve a ocupar tu posición o si no... —no terminó de decir la frase.

—¿O si no qué? —replicó fuera de sí Salonio en un tono más que desafiante—. ¿Se lo vas a decir al primer centurión para que me castigue o me retenga la paga de un mes? Mientras nos dirijan oficiales tan ineptos como tú, las cosas no saldrán bien...

Entonces Salonio, ante la atónita mirada de su superior y del joven Terencio, que había sido testigo de toda la conversación, se dio media vuelta y abandonó la formación, corriendo a toda prisa en dirección al primer puente.

Mientras lo hacía era totalmente consciente de lo que acababa de hacer, su acto sería castigado severamente. Desobedecer una orden directa de un superior en plena contienda podía significar algo más que unos simples azotes o dejar de cobrar el *stipendium* durante algunos meses, se arriesgaba a ser ejecutado. En ese momento, lo único que importaba era poder avisar a esa centuria de lo que se les venía encima y dejó en segundo plano lo que le pudiese ocurrir a él tras el combate, si es que sobrevivía al asalto.

Mientras se acercaba a la cabeza del puente echó un vistazo a las tropas que estaban situadas bajo la rampa, a la espera de que la primera cohorte reclamase su presencia. Estas estaban preparadas, aunque resguardadas. No se entretuvo, pues la situación no era tan adversa como para reclamar que se sumasen al ataque, si se añadía peso a las plataformas se multiplicaban las posibilidades de que se derrumbasen. Volvió la vista hacia su objetivo y observó cómo los ilirios que habían mantenido a raya a la centuria empezaban a retroceder de manera ordenada y regresaban sobre sus pasos sin dar la espalda a sus enemigos. Los soldados romanos, al ver que estos se replegaban, lanzaron vítores y creyéndose vencedores empezaron a golpear sus escudos con las *gladii*, provocando un sonoro estruendo. Salonio aceleró más la carrera, no disponía de mucho tiempo antes de que los legionarios romanos de las primeras filas llegasen hasta el lugar por donde se había extendido la brea. Presas de la euforia por la retirada del enemigo, se lanzarían a la carga irremediabilmente sin tener en cuenta el terreno que pisaban. Sacó todas las fuerzas que le quedaban y se vio obligado a deshacerse del pesado escudo para ganar velocidad, de hecho este era un impedimento pues pesaba cerca de nueve kilos y eso se notaba, sobre todo cuando era necesario ir más deprisa. Entró a toda velocidad en el puente y en poco tiempo se plantó en la última fila. Entonces comenzó a gritar a pleno pulmón:

—¡Detened el avance, muchachos! ¡Es una trampa!

Los legionarios de las últimas filas no entendían lo que estaba diciendo el recién llegado, entre el ruido de los gritos de sus camaradas, el repiqueteo de las espadas en los escudos y la euforia de verse ganadores no comprendieron del todo a lo que se refería. Salonio se dio cuenta de lo que estaba pasando y decidió actuar con presteza y decisión, ya que si dudaba sería el final de la primera centuria. Se abrió paso entre las filas de soldados, los agarraba por

los hombros y los escudos para apartarlos de su camino. No podía detenerse hasta llegar a la primera fila, esa era la clave, debía detener el avance él mismo antes de que fuera demasiado tarde. A medida que iba avanzando, los legionarios le increpaban y alguno que otro le propinó algún golpe y empujón, aunque ninguno sirvió para frenar su impetuoso avance. En un breve período de tiempo alcanzó la primera fila y sujetó por el hombro al oficial que estaba allí formado, mientras le decía a pleno pulmón:

—¡Debes detener el avance, centurión! ¡Os dirigís a una trampa!

El oficial, entre sorprendido y ofendido por la manera en la que le habían sujetado por la espalda, se zafó de la presa con un rápido movimiento y se giró levemente, mientras decía:

—¡Por Júpiter y Juno! ¿Qué crees que estás haciendo, maldito idiota?

—¡Centurión, frena la línea, los salvajes han impregnado el puente con brea y lo van a prender cuando paséis por encima!

Al escuchar esa información, el oficial pareció reaccionar timidamente, se giró de nuevo hacia delante y se fijó detalladamente en el suelo de la pasarela. Observó que a apenas cinco *pedes* de distancia de su posición, un líquido viscoso chorreaba por los laterales del puente y percibió un olor extraño. Comprendió que la información que le había dado ese legionario era cierta, y al instante alzó su brazo derecho y gritó:

—*¡Legionarii state!*^[28]

Al unísono los hombres se detuvieron, una fila tras otra, hasta que la centuria completa se quedó estática, manteniendo la posición. El centurión se giró de nuevo e indicó a un soldado de la segunda fila que ocupase su posición mientras él se colocaba al lado del recién llegado. Respiró hondo, y luego colocó su mano sobre el hombro de Salonio y le dijo:

—¡Soldado, nombre y centuria!

—¡Publio Salonio Varo, segunda centuria, señor! —dijo inmediatamente.

—Gracias, Publio Salonio, yo soy Cayo Minucio Plauto, centurión de la primera, y debo felicitarte porque hoy has salvado la vida de muchos soldados romanos. Estamos en deuda contigo —dijo el oficial.

De repente, uno de los legionarios de la primera fila gritó:

—¡Flechas de fuego! ¡A cubierto!

Los hombres alzaron sus escudos y se cubrieron de la lluvia de

proyectiles. Salonio, que se había desprendido del suyo hacía tan solo unos instantes, se cubrió tras el del oficial hasta que finalizó el ataque. Justo cuando alzaron las cabezas sobre los escudos pudieron comprobar cómo la pasarela estaba en llamas, justo delante de la formación. Cuando esta empezó a arder, todos los legionarios se sorprendieron. Muchos de los que en un principio habían insultado o golpeado al recién llegado le mostraban ahora gratitud, bien con gestos de aprobación, los que estaban más lejos, bien con palabras y abrazos los que tenía más cerca.

Las cosas le habían salido bien y eso le reconfortaba, había logrado salvar a la centuria de una muerte segura. Si hubiesen avanzado un poco más la columna de fuego les habría engullido por completo, quemando vivos a la gran mayoría de los soldados. Los hombres se habían dado cuenta de la gran gesta que había protagonizado aquel legionario de otra unidad, y en aquella ocasión cabía destacar que no había intercedido ninguna fuerza divina para evitar la tragedia. A una orden del centurión la formación empezó a retroceder lentamente, sin perder en ningún momento la línea, con los escudos en alto por si el enemigo volvía a lanzar otra andanada de proyectiles. La columna de fuego era alta, casi tanto como un hombre, y el humo que generó hizo que los legionarios perdieran de vista la muralla de la fortaleza. Se empezaban a escuchar los primeros crujidos de la madera quebrándose. La estructura no iba a aguantar mucho más el peso de tantos hombres, por lo que era vital abandonarla inmediatamente. Minucio gritó de nuevo a sus soldados:

—*¡Legionarii, vade retro! ¡Pedem referte!*^[29] ¡Replegaos hasta la cabeza del puente ya! ¡Esto se viene abajo!

Los legionarios obedecieron con presteza, y cuando el último de los que formaban en la primera fila puso el pie en terreno seguro el puente se desplomó cayendo al vacío. En ese preciso instante, desde las murallas se escuchó un tremendo grito de júbilo y celebración. Los que lo articulaban eran los bárbaros, satisfechos por la correcta ejecución del plan. Uno de los legionarios que formaba en la primera línea gritó alzando su espada:

—¡Malditos salvajes! ¡Fortuna ha estado de vuestra parte hoy!

—¿No crees que también ha puesto sus ojos en nosotros? —le preguntó uno de sus compañeros más cercanos.

—Tienes razón, Batiato —dijo el soldado un poco consternado—. Aunque

yo diría que quien nos ha salvado no ha sido Fortuna, sino ese legionario — dijo señalando a Salonio.

Entonces el griterío de júbilo estalló entre los componentes de la primera centuria, que al verse a salvo empezaron a ser conscientes de lo que les podía haber sucedido si no hubiese aparecido ese hombre. El centurión tomó la palabra y dijo en voz alta:

—¡Salve, Publio Salonio Varo, héroe de Metulo!

Los hombres gritaron a pleno pulmón:

—¡Salve!

En ese momento el susodicho, tras recuperar la calma y la respiración después del tremendo esfuerzo físico, cayó en cuenta de que estaba lejos de su centuria y que ya era el momento de dirigirse de nuevo a su puesto. Entre abrazo y abrazo de sus camaradas, logró decirle al centurión mientras señalaba en dirección a donde estaba su unidad con el dedo índice de su mano derecha:

—¡Disculpa, pero ahora que los hombres están a salvo, creo que debería regresar con los míos al segundo puente!

—Claro, Salonio —dijo Minucio—. ¡Cecilio puede estar orgulloso de tener hombres como tú sirviendo bajo sus órdenes! —apuntó.

—¡No creo que esté muy de acuerdo con lo que dices! —respondió con resignación—. ¡Las últimas palabras que escuché al abandonar mi unidad presagiaban que mi futuro en la legión iba a ser poco halagüeño!

—¡Tranquilo, muchacho! ¡Has obrado correctamente! —le tranquilizó el centurión poniéndole su mano derecha sobre el hombro—. ¡Eres un héroe, no un subordinado, Cecilio no podrá acusarte de nada! ¡Hacen falta más hombres como tú en esta legión!

Las palabras del centurión le tranquilizaron en cierto modo, aunque no lo tenía del todo claro pues sabía cómo era Cecilio. No era mala persona, pero sí que era un cretino y si su orgullo o su capacidad de mando se habían visto heridos, como era el caso, no cesaría en su empeño de acabar con la carrera de un legionario, y si era menester con su vida. Echó un vistazo hacia el segundo puente para analizar la situación en la que se encontraban los suyos. La centuria se había quedado trabada a poca distancia de la muralla defensiva. El número de ilirios estaba aumentando y ejercían cada vez más presión sobre

la primera línea. Dedujo que los refuerzos salvajes que se habían incorporado a la lucha provendrían de los que hasta hacía poco habían estado defendiendo el primer puente. Ahora que este ya no existía, las tropas romanas no suponían un peligro en ese punto, por lo que se destinaron más hombres a la defensa de la segunda pasarela. Volvió a tomar la palabra, y le dijo al oficial algo a la vez que señalaba con su dedo índice:

—¡Mira allí, centurión! ¡Mi unidad está teniendo dificultades para avanzar!

—Ya veo —dijo este mirando hacía el lugar señalado—. Nosotros ya no podemos hacer nada en este punto. Iremos contigo y reforzaremos a tu centuria, no os irá nada mal un empujón.

—Sería de agradecer —dijo esbozando una leve sonrisa Salonio—. Aunque creo que la segunda y la tercera cohorte están listas para entrar en acción también. Deberíamos darles aviso y hacerles conocedores de cómo está la situación en este momento. Creo que desde su posición no han podido ver lo que pasaba aquí.

—Es cierto, soldado —dijo el centurión—. Tienes madera de oficial, ¿nunca te lo habían dicho?

—No... —respondió el aludido sin entender muy bien a qué se refería.

—Ya hablaremos de ello más adelante, centrémonos ahora en lo más apremiante —dijo cambiando de tema—. ¡Lúculo! —gritó tan fuerte como pudo.

—¡Sí, señor! —respondió un soldado que estaba una fila por detrás.

—¡Dirígete inmediatamente a la retaguardia y contacta con los oficiales de las cohortes que están en reserva! —empezó a decir el centurión—. ¡Debes explicarles que el primer puente se ha desplomado! ¡Que los salvajes le han prendido fuego rociándolo con brea!

—¡A sus órdenes, señor! —dijo el legionario mientras se daba la vuelta para marcharse.

—¡Espera, soldado! —gritó de nuevo Minucio—. ¡Infórmales también de que la primera centuria se dirigirá al segundo puente a prestar ayuda a los camaradas que están combatiendo allí!

—¿Algo más señor? —preguntó el soldado.

—¡Creo que sería conveniente informar a las demás centurias, las que

están en el tercer y cuarto puente, de la estratagema que han empleado los salvajes! ¡Para que puedan anticiparse a sus movimientos y no les coja por sorpresa! —interrumpió Salonio, que se había mantenido callado hasta ese instante.

—¡Perfecto, una gran idea! ¡Posees un talento que muchos oficiales no tendrán nunca! ¡Previsión, Salonio, previsión! —dijo el oficial halagándolo a la vez que se giraba de nuevo hacia el mensajero—. ¿Has oído, soldado? —le preguntó mientras el legionario Lúculo asentía con un gesto de su cabeza—. ¿Pues a qué estás esperando? ¡No quiero que corras, sino que vuelas! —añadió mientras el mensajero salía a toda prisa de la formación apartando a golpes a los que estaban en su camino.

Mientras el soldado abandonaba la posición y se dirigía hacia donde estaban las cohortes de reserva, el centurión volvió a tomar la palabra:

—¡Primera centuria! ¡En formación ya, vamos a ayudar a nuestros camaradas en el segundo puente!

Los hombres gritaron con entusiasmo y formaron de nuevo rápidamente. El oficial se giró de nuevo hacia Salonio y le dijo:

—¡Ve con los tuyos a toda prisa e informa a Cecilio que vamos para allá! ¡Dile que aguante la posición a toda costa, que ya he enviado un mensajero para que informe a los refuerzos! Debe mantener ese puente intacto, no debe permitir que el enemigo lo destruya.

—¡Inmediatamente! —dijo Salonio a la vez que salía de entre las filas a toda prisa y se encaminaba hacia el puente en el que combatía su unidad.

No tardó demasiado en llegar, su ritmo de carrera fue veloz y cuando pasó por el lugar en el que había lanzado anteriormente su escudo, se agachó casi sin detenerse para recuperarlo. Una vez lo tuvo cogido, se lo aseguró fuertemente a su antebrazo y lo alzó a media altura mientras se acercaba a las últimas filas de su centuria. Al pasar por la parte alta de la rampa aprovechó para observar a las cohortes que estaban en reserva, una situada a media rampa y la otra al principio de esta, en la parte inferior de la misma. No se detuvo, aunque fue consciente de que desde la posición que estas ocupaban era imposible ver lo que estaba sucediendo en el combate.

Volvió a lamentar la poca visión estratégica que poseían algunos de los oficiales, incluidos los de alto rango que habían diseñado ese plan de ataque.

Habían obviado una cosa fundamental, la comunicación entre las diferentes unidades que participaban en la operación. No entendía el motivo por el cual las que estaban en reserva se habían posicionado en un punto en el que no tenían una visión clara de lo que sucedía. Así les era imposible saber si las unidades que habían iniciado el asalto necesitaban apoyo o no. Ahora eso ya no importaba, vio cómo el legionario Lúculo ya había llegado hasta los oficiales de la cohorte que estaba más cerca, y eso le hizo respirar aliviado. No tardarían demasiado en movilizar los refuerzos, pero por el momento debía acudir a ayudar a sus compañeros para asegurar la pasarela.

Cuando entró en contacto con la última fila de su centuria, empezó a abrirse paso entre los legionarios mientras preguntaba a gritos:

—¿Dónde está el centurión? ¡Traigo noticias!

—¡En primera línea, Salonio, dirigiendo el ataque otra vez! —respondió uno de los legionarios—. ¡Esos malditos bastardos están apretando, parece que han recibido refuerzos, no estamos avanzando!

—¡Dejadme pasar, debo llegar hasta su posición! —insistió el soldado empujando a sus camaradas, tratando de buscar espacios por los que pasar.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó otro de los soldados—. Creíamos que te habías asustado, Cecilio dijo que le habías desobedecido y habías abandonado la formación. Aunque no le creímos —continuó diciendo.

—¿Crees que me iba a perder esta fiesta, amigo? —respondió Salonio esbozando una leve sonrisa.

No se entretuvo demasiado en la conversación con sus camaradas, los que le conocían sabían de sobra que podía ser cualquier cosa menos un cobarde. Tampoco es que le preocupase demasiado lo que pensasen de él, pero no iba a tolerar bajo ningún concepto que ese inútil de Cecilio le tachase de cagón. Mucho menos después de haber salvado la vida a toda una centuria, pese a haberse enfrentado a un superior jerárquico, eso sí, que no había sido capaz de tomar una decisión en un momento crítico. A medida que avanzaba entre las filas empezaba a escuchar más griterío, por lo que dedujo que se debía de encontrar ya cerca de la primera línea. Apartó a otro de sus camaradas y por fin vio la primera fila. Justo cuando estaba llegando hasta la segunda, divisó la espalda de Cecilio y a su derecha vislumbró al joven Terencio. Ambos estaban aguantando como podían la acometida de los enemigos. La presión era tan

fuerte que los romanos apenas podían dar estocadas a sus enemigos. Todos los integrantes de esa fila estaban cubiertos de sangre, las armaduras eran ya de color rojizo y apenas se percibían los adornos de estas. No se sabía si la sangre era de sus heridas o de las que habían infligido a sus enemigos. Salonio se colocó a la espalda de Terencio, haciendo retroceder al soldado que ocupaba esa posición. Puso su escudo contra la espalda del muchacho y la otra mano la colocó sobre su hombro mientras le decía en voz alta:

—¡Ya estoy aquí, muchacho! ¡He regresado!

El joven reconoció la voz de inmediato y recuperó las fuerzas que le empezaban a faltar. Sin girarse gritó:

—¡Salonio, estás vivo! ¡Cuando vimos arder el puente no sabíamos si habías llegado a tiempo de avisar a nuestros camaradas!

—¡Pues ya ves, lo conseguí! ¡Y la primera centuria está a salvo! ¡De hecho están viniendo hacia nuestra posición para darnos apoyo, así que aguanta un poco más, Terencio! —dijo animándole.

En ese mismo instante, se giró para explicarle a Cecilio lo sucedido y transmitirle las indicaciones que le había dado el centurión Minucio. Para ello se cambió con el legionario que tenía a su izquierda para colocarse justo a la espalda de su superior. Cuando alzó la mano para avisarlo, escuchó un golpe metálico en su escudo, algún objeto contundente había impactado en él, y tras el impacto un desgarrador grito de dolor.

No podía provenir de la espalda de Cecilio, por lo que dedujo que este había sido alcanzado y atravesado por algún arma. Casi de inmediato, el grito se apagó y el centurión se desplomó en el suelo. Mientras caía, Salonio pudo comprobar que una lanza sobresalía por la parte derecha de la espalda del romano. La trayectoria de esta provenía de debajo de la axila del mismo lado, una parte que apenas quedaba cubierta por la *lorica hamata*. Seguramente lo habrían alcanzado en el momento en que alargó el brazo para asestar alguna estocada. Por la posición final de la lanza, el que lo ensartó no fue el adversario que tenía delante, sino el que estaba situado justo a la izquierda de este.

Sin apenas tiempo para pensar, Salonio se vio obligado a avanzar una posición y ocupar la vacante que había dejado el hombre abatido, no podía perder ni un instante, si no la brecha podría resultar fatal. Pisó el cuerpo ya sin

vida de Cecilio para colocarse en la posición que el caído ocupaba tan solo un momento antes. Pobre infeliz, por lo menos había muerto en combate, estando en primera línea. Los dioses le habían otorgado la posibilidad de morir con honor, eso no se le podía negar, por muy inepto que hubiese demostrado ser en el mando de la centuria. Había combatido junto a sus hombres y había dado su vida por ellos y por la gloria de Roma.

Encajó su escudo en el hueco que había dejado el oficial, tocando con el borde del de Terencio por un lado y con el borde del que portaba el legionario de su izquierda por otro. Los hombres se habían dado cuenta de que el centurión había sido abatido, aunque se mantuvieron firmes en la posición. Salonio, al ver que nadie decía nada, alzó la voz y gritó:

—¡Aguantad la posición, muchachos! ¡No debemos ceder ni un palmo de este puente al enemigo o las cosas se pondrán muy feas! ¡La primera centuria viene de camino ya para darnos apoyo, y las otras dos cohortes ya están avisadas! ¡Empujad, por los dioses, empujad!

Esas palabras provocaron que los hombres recobrasen fuerzas, o las sacaran de donde no las tenían. Pareció entonces que algún dios estaba combatiendo entre las filas romanas, pues las líneas de atrás empezaron a empujar con más fuerza, hasta que los hombres que formaban en la primera notaron que daban pequeños pasos hacia delante ganando terreno poco a poco. Al grito de Salonio, los legionarios que formaban al frente de la unidad dieron un fuerte empujón a sus enemigos haciendo uso de sus escudos, echándolos hacia atrás, provocando que alguno de ellos cayese de espaldas sobre sus compañeros. Al verlo, el oficial en funciones gritó de nuevo a los suyos:

—¡Ahora!

Los integrantes de la primera fila dieron varias estocadas a sus enemigos, que estaban desprotegidos. Despacharon a varios bárbaros, enviándolos a la otra vida con rápidos golpes contra los que los pobres infelices no pudieron hacer nada para defenderse. Algunos de los abatidos cayeron sin remedio al foso, cosa que facilitó bastante el lento avance de los romanos, que poco a poco se acercaban más al muro defensivo. Otra fila de guerreros ilirios salió al paso de la centuria para intentar contenerlos, lanzándose de nuevo a la carga y chocando otra vez contra los grandes escudos que portaban los legionarios. Salonio seguía animando a los suyos gritando sin cesar:

—¡Ánimo, muchachos, continuad empujando, ya queda menos para alcanzar la muralla!

—¡Es lo mismo que has dicho hace ya un rato! —protestó el soldado que formaba a su izquierda.

—¡Nadie dijo que esta iba a ser una tarea sencilla! —replicó de nuevo con una leve sonrisa.

De repente escuchó un fuerte impacto en el escudo de su derecha, giró la cabeza levemente y vio cómo el joven Terencio caía al suelo derribado por un fuerte golpe que un enemigo le había propinado con un gran garrote que esgrimía con ambas manos. El legionario al caer al suelo había quedado atrapado bajo el peso de su propio escudo, aunque la cabeza había quedado al descubierto, ofreciéndose como un blanco perfecto para el gigante ilirio, que se dio cuenta de inmediato. Salonio propinó un fuerte empujón al adversario que tenía delante y lo desequilibró, aprovechando ese instante para desplazarse un paso hacia su derecha e interponer su escudo en la trayectoria de la enorme arma que se dirigía hacia el desprotegido rostro del aturdido Terencio. La maniobra de bloqueo fue de complicada ejecución, ya que la posición de su cuerpo no le permitió agarrar el escudo con suficiente fuerza. Por ello cuando recibió el brutal impacto del garrote, pese a que lo paró, su brazo se torció a la altura del codo provocándole un fuerte dolor en la articulación, que sin duda parecía haberse roto o dislocado.

Sin perder ni un momento gritando, aprovechó que el enemigo le había ofrecido su derecha descubierta para hundirle el *gladius* en las costillas. El golpe fue duro, el soldado notó cómo se quebraban huesos en el recorrido del arma, y al sacarla del cuerpo de su rival le salpicó sangre en su rostro, que había quedado bastante cerca del punto de entrada de la hoja. El gigante ilirio bramó a los cielos con un tremendo aullido de dolor y se desplomó hacia atrás cayendo sobre los hombres que estaban situados tras él. Salonio aprovechó ese momento de confusión en el enemigo para ayudar a alzarse a su camarada caído con la mano que sostenía la espada. Justo cuando el joven Terencio se estaba incorporando se dio cuenta de que a poca distancia de ellos había un nuevo enemigo, aunque solo le dio tiempo de gritar:

—¡Salonio, a tu izquierda!

El legionario se giró bruscamente mientras soltaba el brazo de su

compañero, que ya estaba casi en pie. Al hacerlo únicamente le dio tiempo de ver la hoja de una espada que iba en dirección a su rostro. No pudo hacer más que intentar esquivar la estocada echándose ligeramente hacia atrás. Pese a que salió ligeramente de la trayectoria que dibujó el arma de su enemigo, no fue suficiente para esquivar completamente la estocada. Sintió una punzada de dolor en su cuello y cara, notó cómo la hoja metálica desgarraba su carne y de repente empezó a perder la noción de espacio y tiempo. Sus piernas flojearon y empezó a percatarse de que algo no iba bien, comenzaba a ser consciente de que la herida había sido fatal.

Quedó tan desorientado que ni siquiera vio cómo ese mismo enemigo se disponía a darle el golpe de gracia mientras bramaba un grito de euforia. Si no hubiese sido por la rápida intervención del legionario que formaba justo detrás de él, en la segunda fila, aquel golpe hubiese sido el definitivo. Ese soldado, al ver todo lo que había sucedido, se coló por la derecha de Salonio y medio agachado propinó una estocada al bárbaro justo en la parte baja del estómago. Tras ensartarlo y sacar su espada de la barriga de aquel infeliz, el hombre gritó a pleno pulmón:

—¡Legionarii mutate!

Casi de manera mecánica, los legionarios de la segunda fila ocuparon la posición de sus compañeros entrando por la derecha de estos y alzando de nuevo sus pesados escudos para proteger a sus camaradas y a sí mismos.

Salonio notó cómo alguien le sujetaba de los brazos, no sentía dolor alguno, simplemente tenía la visión nublada y las voces de su alrededor las escuchaba lejanas, con un ligero eco. Se dejó llevar por los que tenía alrededor y en lo que le pareció una eternidad se encontró al final de la formación. De repente advirtió que sus sentidos volvían a recuperarse y que su mente se aclaraba algo. Fue entonces cuando se encontró sentado en el suelo. Justo delante de él estaban Terencio y otro de sus compañeros, Arriano. Los dos hombres le estaban hablando, aunque al principio le costó entender sus palabras:

—¡Salonio, tranquilo, estás a salvo! —dijo el más veterano de los dos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó tímidamente este a su vez a ambos hombres.

—¿No lo recuerdas? —interpeló el joven soldado.

—Solo recuerdo haber acabado con un gigantón y estar agachado ayudándote —dijo el soldado un poco confuso.

—¡Te avisé, amigo, pero no tuviste tiempo suficiente para esquivar el golpe! —empezó a explicar Terencio—. La hoja te alcanzó en la cara y el cuello, y tras ello quedaste aturdido y a merced de tu rival —continuó diciéndole el joven.

—¡Graciano te salvó de una muerte segura, amigo, se encargó de enviar a ese salvaje directo al reino de Plutón! —dijo Arriano, que le estaba aplicando un trozo de tela en la zona baja de la cara y el cuello.

Salonio notó una punzada de dolor cuando el tejido rozó con su piel, aunque no profirió grito de dolor alguno. Se quedó mirando a su camarada mientras le hacía presión con su mano en la herida para evitar más pérdida de sangre. El soldado le dijo:

—¡Haz presión con tu mano sobre la herida!

Obedeció sin rechistar y casi sin darse cuenta. Entonces Arriano se giró hacia el joven Terencio y le dijo:

—¡Legionario, encárgate de llevar a Salonio hasta el *valetudinaria* del campamento! ¡La herida del cuello es fea y debe ser tratada con presteza!

—¡Inmediatamente! —dijo el aludido.

—¡Ten cuidado al sujetarlo, tiene el brazo izquierdo fracturado! —advirtió Arriano de nuevo—. ¡Quitémosle el escudo con cuidado! —volvió a decir el legionario a su compañero.

Ambos hombres, con suma precaución para no provocarle más lesiones a su camarada, cortaron la sujeción interior del *scutum* de Salonio para liberarle el brazo. Pese a que le dolió bastante, no emitió ningún grito de dolor ni siquiera gesticuló, simplemente se dejó hacer. Comenzaba a ser consciente de lo que había pasado, le venían flashes de lo que sus camaradas le habían explicado. Había estado a punto de dejar la piel en aquel maldito puente, aunque había salido indemne, más bien vivo, ya que había pagado lo suyo por salir de una sola pieza. Terencio y Arriano lo alzaron poco a poco. Tras eso, el joven soldado lo cogió por debajo del hombro derecho, cargándolo ligeramente sobre su hombro izquierdo y empezó a caminar en dirección a la retaguardia. Notaba que la herida bajo el trapo le ardía, le quemaba como si fuera lava, pero no dijo nada, se limitó a mantener la pieza de ropa sujeta

contra su piel tal y como le había indicado anteriormente el otro soldado. No sentía el brazo izquierdo, si no fuese porque sus camaradas le habían informado de su estado, habría pensado que se lo habían cortado de una estocada. Cuando abandonaron a paso lento la cabeza del puente, los hombres se encaminaron hacia la rampa. Al principio de esta se cruzaron con una centuria completa que se dirigía hacia ellos a paso ligero. Al pasar a su lado el centurión, que formaba en la primera fila, gritó:

—¡Salve, héroe de Metulo!

Y todos los hombres de la unidad gritaron como una sola voz:

—¡Salve!

Terencio y Salonio se quedaron quietos y sin decir nada. Mientras pasaba la columna de soldados, el mismo centurión gritó desde lejos:

—¡Muchacho, cuida a ese hombre, que no le ocurra nada! ¡Dile al cirujano del *valetudinaria* que vas de parte de Minucio, oficial al mando de la primera centuria, de la primera cohorte! —vociferó desde lejos—. ¡Le dará un trato especial!

Ambos hombres se quedaron quietos durante un instante, se miraron a los ojos, y continuaron su lenta marcha hacia el campamento sin cruzar más palabras en lo que duró el trayecto.

CAPÍTULO X

Estuvo en el *valetudinaria* casi tres semanas recuperándose de sus heridas.

El asedio a Metulo había finalizado hacía ya algún tiempo. Costó mucho más de lo que en un principio se imaginaron los generales. La resistencia de los bárbaros había sido épica. Con los pocos efectivos de los que disponían, habían conseguido poner en jaque al ejército más poderoso sobre la tierra. Tras haberlo dejado con el cirujano, Terencio había regresado de nuevo a la lucha, era necesario disponer de todos los efectivos para tomar la fortaleza. A Salonio le habían llegado algunas noticias sobre la caída de la ciudadela, aunque hasta que Terencio no vino a verlo tras la conclusión del asedio no supo cómo se habían desarrollado los acontecimientos. El muchacho se presentó una tarde en la tienda y le explicó con sumo detalle los pormenores del asalto.

Le empezó explicando que cuando regresó de nuevo a la centuria, la primera estaba ya situada en el puente dando apoyo a sus compañeros. En los otros dos puentes que aún quedaban en pie sucedió lo mismo, varias centurias de la segunda cohorte estaban prestando ayuda a sus compañeros. El asalto se había intensificado, aunque el mayor número de tropas sobre los puentes no dio el resultado esperado, pues el tercer y cuarto puente cedieron a causa del exceso de peso que tuvieron que soportar al añadirse las centurias de refuerzo. Cientos de hombres, romanos y bárbaros, cayeron al profundo foso. Fueron muchos los heridos y muertos, algunos por la caída y otros aplastados por amigos o enemigos. El joven soldado le relató que, tras el desplome de las pasarelas, los que estaban combatiendo en la única que se mantuvo en pie, la segunda, cesaron la lucha y empezaron a retroceder hacia ambos lados por miedo a que les sucediese lo mismo. Las centurias se quedaron inmóviles y estáticas en la cabeza del puente, sin dar ni un paso, pese al esfuerzo de los oficiales para que retomaran el asedio.

Salonio se quedó de piedra tras el relato que le estaba explicando el muchacho. Lo único que acertó a decir fue:

—Qué tragedia, cuántas vidas de buenos soldados se habrán perdido de esa forma tan inútil por una mala planificación. Esa no es una manera digna de morir para un soldado. Pero continúa con el relato, por favor. ¿Qué sucedió después?

—Cuando estábamos a salvo, fuera del puente, y los bárbaros a buen recaudo tras sus muros, sucedió algo inesperado —empezó a narrar Terencio—. Aún se podían escuchar los lamentos y quejidos de los heridos y moribundos que yacían en el foso. Algunos pedían ayuda a gritos, otros oraban a los dioses o llamaban a sus camaradas o a sus familias. Fue horrible, Salonio, sobre todo por la impotencia que sentimos al no poder hacer nada por ellos. Fue el peor momento de mi vida, no podíamos socorrerlos...

—Me lo imagino, muchacho —respondió éste—. Malditos comandantes, supe desde el principio que no era un buen plan, los puentes se construyeron demasiado de prisa y con un material que no ofrecía garantías suficientes. Seguro que mientras muchos valientes sacrificaban su vida, los de arriba lo miraban desde su posición privilegiada —espetó Salonio golpeando la mesa que tenía a un lado de su camastro.

—Pues en eso te equivocas, amigo —interrumpió Terencio—. Lo que pasó después fue algo con lo que nadie contaba. El mismísimo Octaviano descendió de su puesto de observación y se dirigió hacia donde estaban las tropas. Arengó a los hombres con un discurso sobre el honor y la gloria de la República...

—Más bien habría que decir sobre su gloria —apuntó el herido.

—Sí, claro —dijo con cierta resignación el legionario—. La cuestión es que al ver que los soldados estaban asustados y que tenían auténtico pavor a cruzar la pasarela de nuevo, él mismo pidió a uno de sus guardaespaldas que le entregase un escudo. Sacó su *gladius* y se dirigió hasta la cabeza del puente seguido de cerca por Agripa y su guardia personal.

—Entiendo que no lo cruzó, ¿verdad? —preguntó con cierta curiosidad Salonio.

—Se lanzó a la carga formando en la primera fila, tal y como lo habíamos hecho nosotros antes —corrigió Terencio.

—Cuesta creer, aunque sin duda eso le honra y seguro que hizo que su popularidad subiese. Pero sigue, ¿qué sucedió entonces? ¿Tomó él solo la

fortaleza? —dijo mientras sonreía ligeramente.

—Cuando los hombres vieron a su comandante en jefe cruzando la pasarela acompañado tan solo por unos pocos soldados, se sintieron avergonzados. Fueron muchos los que sin pensárselo alzaron de nuevo sus escudos y sus espadas, y se lanzaron a la carrera para ayudar a Octaviano y redimir así su sentimiento de deshonor por haber retrocedido —continuó diciendo el soldado—. El puente se convirtió en un hervidero de hombres, y como comprenderás no pudo soportar tanto peso, por lo que la estructura cedió y también cayó.

—¿Octaviano está herido? —preguntó sorprendido Salonio.

—Levemente en lo que se refiere a su físico, aunque su orgullo no tanto —sonrió el joven—. Tuvo más suerte que otros que si perecieron en la nueva acometida. Él tan solo sufrió algún que otro rasguño leve y un golpe en su pierna derecha que le dejó cojo durante unos pocos días.

—Algunos cuentan con el beneplácito y la protección de los dioses —apuntó el legionario.

—Eso decían los hombres, que el mismísimo Júpiter había bajado de los cielos para salvar a Octaviano, incluso algunos afirmaron haber visto un destello de luz que descendía desde la bóveda celeste en el momento en que el puente se desplomó. Sin duda su hazaña, por muy mal que le saliese, cumplió su cometido, los hombres se dieron cuenta de que el mismo que les dirigía estaba dispuesto a arriesgar su vida luchando codo con codo con ellos —añadió Terencio.

—Yo prefiero creer más en la intervención de Fortuna —dijo de nuevo el veterano—. ¿Y qué pasó después? Supongo que los ingenieros que construyeron esos malditos puentes estarán encerrados y condenados a muerte. Es lo menos, después de haber provocado semejante desastre.

—Fueron muchos los supervivientes que se dirigieron hasta la zona del campo donde están situadas las tiendas de los ingenieros. Buscaban a los responsables de la construcción de esas pasarelas —dijo el muchacho—. Aunque Octaviano en persona, tras ser rescatado del foso, se encargó de apaciguar los ánimos de la tropa.

—Me hubiese gustado ver la cara de los salvajes mirando desde la seguridad de sus murallas tal espectáculo, como si fueran el público de un

anfiteatro o de un circo —dijo burlonamente de nuevo Salonio.

—La cuestión es que, a los pocos días, no pasaron ni tres desde el desastre, en lugar de cuatro, había ocho puentes construidos. Esta vez más resistentes y de mejor calidad —dijo Terencio—. No me preguntes cómo lo hicieron, pero ahí estaban...

—Conociendo a Octaviano, seguro que se encargó de los ingenieros que habían fracasado y puso otros nuevos a trabajar en su lugar. A estos no les quedaría más remedio que ser más escrupulosos que sus desafortunados predecesores en su trabajo —dijo riendo de nuevo el soldado.

—El hecho es que no fue necesario pasar sobre ellos, el enemigo al ver la insistencia y la tenacidad del cónsul decidió rendir la fortaleza sin ofrecer más resistencia —explicó el joven—. Quizás se les habían acabado las provisiones o pensaron que así tendrían alguna posibilidad de continuar con vida. La cuestión es que se ha sacado un buen botín del asalto, cerca de dos mil quinientos esclavos, entre hombres, mujeres y niños. A los ancianos y a alguno de los heridos más graves se les ha dado muerte.

—¿Y cuántas bajas hemos sufrido? —preguntó el legionario.

—Aún no han recuperado todos los cuerpos de los fallecidos, aunque se dice que unos quinientos muertos y cerca de doscientos sesenta heridos, entre los cuales estás tú —añadió el soldado.

—Un precio demasiado elevado para tan poca recompensa —dijo Salonio—. ¿Cuántos de nuestra centuria?

—Aparte de Cecilio, al que ya viste caer tú mismo ante tus ojos, también han muerto el *optio* Mario, y los legionarios Póstumo, Ovidio, Fulvio...

—¿Cayo Fulvio? —preguntó el veterano.

—No, Cayo está bien, Tito Fulvio, el de Capua —aclaró el joven.

—Ah, sí —dijo el soldado—. Un gran legionario... ¿Y Arriano? ¿Se encuentra bien?

—Sí, con alguna magulladura, pero sin importancia —dijo Terencio—. Me ha dicho que vendrá a verte cuando le sea posible. Ahora está haciendo las funciones de centurión hasta que nos asignen uno nuevo, como el *optio* también ha caído, la centuria no dispone de ningún oficial...

—Entiendo... —dijo el hombre—. ¿En total cuántas bajas, pues?

—Contando a los que ya he nombrado antes, doce muertos y siete heridos,

de los cuales tres serán licenciados a causa de la gravedad de sus heridas — apuntó de nuevo el soldado.

—En breve me reincorporaré a la unidad —informó Salonio.

—Veo que la herida de la cara y el cuello está cicatrizando bien. ¿Qué hay de ese brazo? —preguntó interesado el soldado.

—Cada día va mejor, estoy recuperando la movilidad, el cirujano me ha dicho que ha soldado bien y que en un par de semanas podré volver a cargar peso de nuevo —dijo el veterano sonriendo.

—Bueno, pues te dejo descansar, no quiero molestarte más —dijo Terencio levantándose del taburete en el que estaba sentado y dirigiéndose a la salida.

—La verdad es que estoy un poco cansado, ha sido un día de malas noticias —dijo el veterano—. Diles a los muchachos que en breve estaré de nuevo listo.

—Así lo haré. Se alegrarán de saber que estás mejor —dijo el joven recorriendo la cortina de la habitación—. Ah, una cosa más, Salonio...

—Dime.

—Gracias por salvarme la vida en el puente —dijo el muchacho.

—Para eso están los camaradas. Seguro que tú habrías hecho lo mismo por mí —dijo el hombre acomodándose en la cama.

—No lo dudes —dijo el soldado justo cuando salía de la habitación.

Aunque estaba cansado, le costó bastante conciliar el sueño. No solo por las molestias de las heridas, las cuales ya estaban mucho mejor, sino por las noticias que le acababa de transmitir su compañero. Aún no entendía por qué Octaviano había insistido en tomar ese pequeño reducto, no era un punto estratégico, ni poseía tantas riquezas como para haber pagado ese alto precio en vidas humanas, tanto romanas como de los defensores. Al fin y al cabo, dos mil quinientos esclavos suponían un botín considerable, aunque algunos de los que se capturaron estaban heridos y tal vez no llegarían a los mercados para ser vendidos. Pero ese era un mal menor que no tenía mayor importancia, porque se sacaría una cuantiosa cantidad por los que estaban sanos y en condiciones. Era más preocupante el número de bajas sufridas en las filas amigas. Se habían quedado en el camino muchos hombres valientes, como el *optio* Mario o el ya veterano Ovidio, soldados que llevaban muchos años

sirviendo bajo las águilas y que merecían algo mejor que morir en ese rincón olvidado del mundo. A otros, como Cecilio, no se les echaría tanto de menos, aunque no dejaba de ser una baja que se debía reponer. Si se sumaban todas las bajas de todas las centurias, eran demasiadas para la recompensa obtenida. Estaba dándole vueltas al tema cuando entró alguien por la puerta. Era uno de los esclavos que servía en la enfermería, traía la cena. Era un muchacho joven, no tendría más de quince años y por su aspecto debía de ser germano. Se quedó inmóvil en la puerta hasta que Salonio le hizo un gesto con la mano para que se acercase hasta el camastro. Mientras el muchacho preparaba el caldo y lo vertía en el cuenco, el soldado se incorporó hasta quedarse sentado. Entonces el esclavo le sirvió y acto seguido se lo entregó. El romano dijo entonces:

—A ver qué porquería nos dan de comer esta noche.

—Es sopa de mijo aderezada con zanahoria y cebolla, *domine* —respondió el joven.

—Vaya, así que entiendes de cocina —dijo el soldado dando un primer tiento al alimento.

—Sí, *domine*, he ayudado al cocinero a prepararlo —respondió el muchacho con la cabeza gacha.

—Pues no está mal, quizás sea el mejor plato que he comido desde que estoy en este sitio —dijo el soldado tomando otra cucharada del caldo, esbozando una sonrisa que pareció gustarle al esclavo—. Puedes servirme otro plato y retirarte —le indicó Salonio.

—Sí, *domine* —volvió a decir el muchacho mientras obedecía.

El esclavo abandonó la habitación, y Salonio se quedó sentado en la cama saboreando la exquisita sopa. No se podía quejar del trato recibido, estaba muy bien atendido en el *valetudinaria*. Comía tres veces al día, lo lavaban y aseaban cada dos o tres días e incluso le cambiaban las sábanas y sus ropas un par de veces por semana. Si no fuese porque debía estar todo el día estirado o por el dolor y las molestias que de vez en cuando sufría, podía llegar a acostumbrarse a ese lugar. En todo caso echaba de menos el día a día del campamento, la disciplina y el entrenamiento, y estaba deseando estar recuperado para poder reincorporarse a sus tareas como legionario. Estaba dando los últimos sorbos al cuenco cuando una voz le interrumpió:

—¿Interrumpo al héroe de Metulo?

Levantó entonces la vista del cuenco y reconoció al hombre que se dirigía a él. Era el centurión Minucio, el oficial al mando de la primera centuria de la primera cohorte, aquél al que salvó junto a sus hombres de las llamas del primer puente el día del asalto. Dejó el cuenco vacío sobre la mesa de madera, se limpió la boca con la manga de su túnica y respondió:

—Adelante, centurión. Pasa y ponte cómodo —dijo señalando al único taburete que había en el recinto.

—¿Te ha tratado bien Demetrio? —preguntó mientras tomaba asiento.

—¿Entiendo que te refieres al cirujano? —preguntó descolocado el legionario.

—Sí —respondió sonriente el oficial.

—No me puedo quejar, ha estado muy pendiente de mis heridas. Me ha dicho que en unas dos semanas estaré apto para regresar al servicio. Mi brazo está recuperándose a la perfección —dijo mientras lo movía.

—Ya lo veo, y me alegro mucho. Aunque no debes forzar, tómate tu tiempo, Metulo ya ha caído y de momento no nos vamos a mover en unas semanas. Octaviano está aún planeando el siguiente movimiento —dijo Minucio.

—Tengo ganas de volver a la rutina, mi cuerpo me pide ejercicio, si me quedo mucho más tiempo estirado en esta cama, temo olvidarme de cómo se camina —dijo bromeando Salonio.

—Todo a su debido tiempo, amigo, no seas impaciente. Debes estar completamente recuperado antes de reincorporarte a tu unidad. Tus hombres requerirán de toda tu atención cuando vuelvas —dijo el centurión.

—¿Mis hombres? ¿A qué te refieres? —dijo sorprendido el soldado.

—Aún no se ha hecho oficial, pero has sido ascendido a centurión. Por méritos de guerra, además, si los rumores son ciertos el mismísimo Octaviano te quiere hacer entrega en persona de varias *faleras ob virtutes*^[30] —dijo Minucio—. Tu centuria perdió a los dos oficiales al mando durante el asalto, y alguien debe ocupar su puesto.

—Pero hay hombres más veteranos y con más experiencia que yo. ¿Qué hay de Arriano? Lleva mucho más en la legión... Y Vitrubio es aún más veterano que él —continuó diciendo Salonio.

—¿Qué pasa, que no aceptas el cargo, soldado? —preguntó el oficial acercándose más al camastro.

—No es eso... Simplemente es que creo que no lo merezco, tan solo llevo tres años sirviendo bajo los estandartes... —dijo de nuevo.

—A veces las recompensas no se otorgan a los que más años llevan sirviendo. Hay otras virtudes que hay que poseer para desarrollar el mando, y como ya te dije el otro día sobre el puente, los dioses te han otorgado el don del liderazgo, de la visión estratégica, de la resolución, y lo que es más importante, la valentía... ¿Quieres que continúe enumerando tus capacidades? —preguntó con cierto tono irónico el centurión.

—No será necesario —respondió resignado.

—Hacen falta más hombres como tú para dirigir a la tropa, Salonio —apuntó Minucio—. Los hombres deben verse reflejados en sus mandos, no se les puede pedir que hagan cosas que sus oficiales no estén dispuestos a hacer también, ¿no crees?

—Supongo que sí. ¿Saben algo mis compañeros? —preguntó.

—De momento no se ha dicho nada a los legionarios. De aquí a dos o tres días está previsto que se celebre una ceremonia en homenaje a los caídos en el asalto, que servirá a su vez para nombrar a los nuevos oficiales —dijo Minucio—. Espero verte allí, aunque no estés totalmente recuperado. Como ya te he comentado antes, el mismo Octaviano presidirá el acto y será el encargado de hacer la entrega de las condecoraciones a los soldados más destacados en esta operación, entre los cuales estas tú, amigo —le dijo mientras le ponía su mano sobre el hombro.

—Será un placer asistir —dijo tumbándose en el camastro.

—No quiero molestarte más, Salonio —dijo mientras se levantaba del taburete y se dirigía a la salida—. Mi enhorabuena por el ascenso, centurión —y abandonó la estancia sin esperar respuesta.

Se quedó petrificado durante un buen rato, pensando en todo lo que le había dicho Minucio. La verdad es que le satisfacía mucho la idea de un ascenso, no era algo con lo que contase y mucho menos a corto plazo, pues como ya le había comentado antes al centurión llevaba pocos años de servicio. Sabía que promocionar hasta ese cargo no era una tarea sencilla, excepto para hombres como Cecilio, que ya habían entrado al ejército ostentando dicha

categoría debido a acuerdos y condiciones de rango. Para un hombre sin contactos, como lo eran la mayoría de los que formaban en las legiones, un ascenso eran palabras mayores, y mucho más si se subía desde soldado raso a centurión directamente, sin pasar por los cargos intermedios como el de *optio* o el de *signifer*.^[31] Quedó muy sorprendido por lo que le había comentado el centurión de la primera, aunque no tardó demasiado tiempo en deducir que seguramente él había tenido algo que ver, ¿por qué si no habría ido a verlo al *valetudinaria* para comunicarle la noticia? Podría haber esperado a que se lo anunciaran por la vía oficial. Por otra parte, pensó que no todo serían beneficios, también supondría asumir muchas más responsabilidades y dolores de cabeza. No estaba seguro de que el aumento salarial del cargo supusiese ventaja alguna.

La vida del legionario era más sencilla, simplemente tenía que obedecer las órdenes, cumplir con lo que se le mandaba y no asumir ningún tipo de tarea que no se le hubiese indicado. En cambio, el cargo de oficial implicaba muchas más obligaciones, como gestionar los entrenamientos y la formación de los hombres, las guardias del campamento, las tareas a desarrollar por cada legionario a nivel individual, asistir a las reuniones de mando, y lo que era más impopular, impartir los castigos por las malas conductas. En ese momento, repasando todo aquello, Salonio se agobió al pensar en todo lo que se le venía encima, aunque si el inepto de Cecilio había sido capaz de hacerlo él no iba a ser menos. Ahora solo faltaba saber cómo se iban a tomar la noticia sus compañeros de centuria, pues había hombres más veteranos y mucho más populares entre la tropa que merecían ocupar esa posición más que él. Aunque la decisión parecía que ya estaba tomada, y tanto él como sus compañeros no tenían nada que decir, simplemente debían conformarse. Decidió no preocuparse más por el asunto, estaba cansado y quería dormir un rato, ya se preocuparía de aquel asunto cuando llegase el momento...

CAPÍTULO XI

Aún no tenía muy claro cómo se desharía de tantos legionarios sin levantar sospechas. Tenía aproximadamente veinte días de camino para llevar a cabo la tarea, eran muchos, y sin duda ocasiones para hacerlo no le faltarían. Durante la marcha diaria sería muy difícil intentar encargarse de ellos, pues los soldados iban juntos y en formación todo el tiempo que duraba la marcha y rara vez se les permitía abandonar la columna. La noche y el campamento serían el momento y el lugar ideales para llevar a cabo su tarea.

Tras el encuentro mantenido con los legionarios en la tienda, acompañó a Sexto a lo que le dijo que sería una reunión con sus socios, los que también estaban en el campamento de la legión. Mientras caminaban, este le dijo que uno de sus colegas ostentaba el cargo de *tribunus augusticlavius*, estando solo por encima de él el *tribunus laticlavius*, el general de la legión, el *legatus* y el prefecto del campamento. Se dirigieron a la zona donde los oficiales tenían sus tiendas, cosa que en un primer momento le pareció un poco extraña, y se acercaron hasta una que tenía dos legionarios en la entrada montando guardia. Sexto les dijo algo, y estos se apartaron inmediatamente dejándoles acceder hasta el interior.

Una vez dentro, Flavio echó un rápido vistazo a los hombres se encontraban allí dentro. Reconoció de inmediato al hombre que había dado la cara durante la primera reunión en el viejo molino, el día en que le contrataron para secuestrar a Marco y hacerse con la carta. Recordó que se llamaba Tiberio. El mismo que después, una vez concluido el encargo, ordenó a sus secuaces que acabasen con su vida, justo unos momentos antes de la crucial intervención de Sexto para evitarlo. No era un hombre cualquiera, pues iba vestido con una reluciente y magnífica *lorica*, por lo que dedujo que debía de ser el oficial de alta graduación del que le había hablado el funcionario anteriormente. Era el único de los presentes que estaba en pie. El funcionario, mientras se dirigían al lugar de encuentro, le había indicado que la reunión se llevaría en el más absoluto secreto, de hecho, no había ningún esclavo sirviendo en el recinto por precaución. En cuanto a los otros cuatro hombres

que estaban sentados en la mesa, no los había visto antes. Dos de ellos iban vestidos con la túnica militar, aunque a diferencia de Tiberio ninguno de ellos llevaba puesta la armadura, aunque podrían ser perfectamente dos de los hombres que acompañaban a Tiberio en el viejo molino, el día que casi pierde la vida. Recordaba que los matones eran soldados, pero en ese momento no fue capaz de reconocerlos. Los otros dos debían de ser civiles, pues vestían de manera similar a Sexto. Al verlos en la puerta, Tiberio tomó la palabra y dijo:

—Pensaba que no ibais a venir, llevamos un buen rato esperando.

—Nos ha surgido un pequeño contratiempo con el que no contábamos, aunque nos ha servido para obtener información fresca —respondió secamente Sexto mientras se acercaba hasta la mesa y tomaba asiento—. Acércate, sobrino, toma asiento —le dijo indicándole la silla de su derecha.

Flavio obedeció sin rechistar, se sentó en ella y se quedó en silencio, observando detenidamente a todos los presentes. Sexto cogió la jarra de vino y se sirvió un poco en su copa, tras eso, hizo lo mismo con la copa que tenía delante su acompañante. Ambos bebieron un largo sorbo de la copa mientras los presentes se mantenían en silencio. Al cabo de un rato, Tiberio volvió a tomar la palabra:

—Aquí no será necesario que finjas que es tu sobrino. Sabemos cual es su verdadera identidad.

La mirada de ese hombre era de desprecio y odio, se veía claramente en sus ojos. Supuso que no le tenía en demasiada estima tras lo sucedido durante su último encuentro. Aquel día ese hombre ordenó a sus secuaces que acabasen con él, y si no llega a ser por la intervención de Sexto *in extremis* ahora no se encontraría en esa tienda frente a él. Recordaba otras cosas de aquel encuentro, cómo el funcionario le había hecho callar en varias ocasiones. Entonces no sabía qué cargo ostentaba ninguno de los dos, pero ahora se quedó sorprendido por el hecho de que un civil tuviese más poder que un alto cargo de una legión. Pensó que quizás su nuevo tío era alguien más importante de lo que aparentaba, y a los hechos se remitía. La respuesta de Sexto le hizo centrarse de nuevo en la conversación:

—Lo sé, aunque cuanto más finjamos más creíble será esta tapadera. Eso le permitirá a nuestro amigo moverse con más tranquilidad por el campamento.

—Tú sabrás lo que haces Sexto, al fin y al cabo, eres el que está al frente

de esto, supongo que los de arriba estarán al corriente de todo —añadió Tiberio mientras tomaba asiento.

—La decisión ya está tomada y no debo rendirte cuentas a ti, en todo caso. Tampoco es de tu interés saber si cuenta con el beneplácito de la cúpula. No hay más que discutir —recriminó Sexto al tribuno—. Y ahora, si no hay más interrupciones, empecemos con la reunión.

Los demás hombres que estaban sentados en la mesa se miraron sin decir nada. Sabían que estaba todo decidido, que el plan seguiría adelante tal y como había decidido Sexto, y que de nada serviría quejarse u oponerse a ello, pues este contaba con la confianza y el apoyo de sus superiores. Como nadie decía nada, el funcionario volvió a tomar la palabra:

—Parece ser que Valerio y sus amigos siguen husmeando.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó uno de los civiles que estaba sentado en la mesa, un hombre de unos cincuenta y largos años de edad, bajito y regordete, sin apenas cabello y de tez blanquecina.

—Ya os dije que de momento confían en mí. De hecho, han sido ellos mismo los que me lo han contado, han estado en mi tienda hace tan solo un rato. Ese era el asunto que nos ha hecho demorarnos. Él estaba allí conmigo y ha sido testigo de la conversación, ¿no es así? —preguntó a Flavio, que estaba bebiendo otro sorbo de su copa.

—Sí, así es —respondió secamente el aludido.

—¿Y qué te han contado si se puede saber? —preguntó el mismo hombre.

—Verás, Sempronio, lo único que saben es que Flavio mató a su amigo, andan tras él con el propósito de interrogarle para que les dé información sobre las personas que forman parte de lo que ellos denominan conspiración o conjura —explicó Sexto.

—¿Y qué es esto? —preguntó el segundo civil que estaba en la mesa, un tipo más joven, de unos treinta y pocos años, alto y delgado, de cabello oscuro y que llevaba una fina y arreglada barba.

—Yo preferiría llamarlo justicia, Fulvio. Se trata de quitarle el poder a una persona y devolverlo a la institución que debe ostentarlo por derecho —añadió de nuevo el hombre—. No debemos olvidar el trabajo y esfuerzo que costó a nuestros antepasados acabar con los reyes. No podemos y no debemos permitir que un solo hombre se haga con el control de la República, por mucho

que nos llene los oídos con música celestial. ¿O es que ya habéis olvidado lo que pretendió hacer en su momento su padre adoptivo? ¿Queréis otro Cayo Julio César?

—No, por supuesto —dijo el hombre un poco avergonzado por haber dudado—. Yo no quería decir eso...

—Lo sé, Fulvio —dijo de nuevo Sexto para tranquilizar a su socio.

—Por lo que estás contando, ¿no crees que es un poco arriesgado traer a este hombre al campamento? —preguntó Tiberio señalando en dirección a Flavio.

—Tranquilo, ninguno de los legionarios le ha visto la cara antes. Es más, como ya te he comentado ha estado presente durante toda la conversación que he mantenido con ellos en mi tienda —dijo el funcionario—. Le he presentado como mi sobrino, recién llegado de Roma, y se lo han creído.

—Espero que así sea —dijo de nuevo el tribuno.

—Es la única manera, aparte de la más discreta para nosotros —volvió a decir Sexto—. Flavio se encargará de ellos, de todos. Nosotros no debemos implicarnos, sería demasiado peligroso. Debe hacerlo alguien al que no puedan relacionar con ninguno de los presentes.

—Claro, ¿y si descubren a tu sobrino haciendo algo que no debe? ¿No crees que lo relacionarán contigo? —preguntó de nuevo Tiberio.

—En un principio tal vez sí, pero siempre podré decir que él llegó al campamento días después de la muerte de Marco y que yo no sabía cuáles eran sus intenciones. Simplemente di acogida al hijo de mi hermana tal y como le había prometido a ella y a su difunto esposo —explicó el hombre.

—Puedes estar tranquilo, tribuno —interrumpió el asesino—. En el hipotético caso de que me descubran, no diré nada sobre vosotros. Tu reputación se mantendrá intacta, la recompensa que me han ofrecido tus jefes bien vale asumir tal riesgo. Ante todo, me debo a quien me paga, no me tomes por un vulgar matón a sueldo —dijo tajantemente el hombre.

—Espero que así sea, porque si te descubren, negaré haberte visto antes, y si es necesario yo mismo me encargaré de mandarte a rendir cuentas con Plutón.

—Me ha quedado bien claro —dijo Flavio mientras mantenía la mirada fija sobre ese hombre.

—Está bien, amigos —dijo Sexto intentando suavizar un poco a situación—. Ya pensaremos en ello, si es que se da el caso. No debemos preocuparnos por cosas que no han sucedido aún. Confío plenamente en este hombre, sé qué hará las cosas como debe y no se hable más del tema.

—Está bien —dijo uno de los militares que se había mantenido en silencio hasta entonces—. ¿Y cuál será nuestro siguiente paso?

—Veamos, hasta que llegemos a nuestro destino, poca cosa podremos hacer. Nuestro cometido inicial era hacernos con la misiva y encargarnos de su receptor. Esa parte ya está hecha, aunque ahora debemos deshacernos de todos los que conocen el contenido de dicho documento. Para llevar a cabo tal cometido, antes de alcanzar Segisamo por supuesto, Flavio se habrá encargado de solventar ese contratiempo, eliminará a todos los legionarios —dijo el funcionario—. Una vez estemos en la ciudad nos reuniremos con los demás, que ya nos pondrán al día sobre cómo se llevará a cabo el acto. Esa parte no debe preocuparnos por ahora, hay otros que se están encargando de ello. Ahora tenemos que encargarnos de algo con lo que al principio no contábamos, pero que es crucial para que todo esto llegue a buen puerto.

—¿Y quién puede asegurarnos que no hay nadie más que esté al corriente del asunto? —preguntó de nuevo el soldado.

—Tranquilo, centurión —dijo Sexto—. Valerio me ha dicho quiénes son los que están al corriente, y otra cosa no, pero esos hombres han demostrado ser listos, saben que no pueden ir pregonando todo lo que saben, es por ello que lo mantienen en secreto. No confían en nadie, ni en los altos cargos de la legión, y creo que hacen bien —continuó diciendo el hombre mirando a los oficiales que estaban allí presentes.

—Dentro de la legión podemos estar tranquilos según dices, pero ¿quién dice que el primo de Marco no le envió alguna otra carta a alguien? —sugirió Tiberio de nuevo.

Sexto se quedó en silencio durante un rato, pensativo. Daba la sensación que no sabía qué responder, o que la pregunta le había cogido por sorpresa. Flavio, que estaba comiendo algo en ese momento, dejó de masticar y se quedó en silencio como todos los presentes. Entonces el funcionario dijo:

—Creo que ya hemos tratado este tema, Tiberio, pero si necesitas que te lo repita para que estés más tranquilo...

—Sí, por favor. No todos los que están sentados en esta mesa conocen los detalles —dijo el hombre con un tono ligeramente sarcástico.

—Muy bien, como desees —dijo este esbozando una leve sonrisa—. Como todos sabréis, el primo de Marco, Cayo, trabajaba de escriba en el Senado de Roma. Tras una de las sesiones se enteró casualmente de la conjura, escuchó cómo algunos de los cerebros de la trama hablaban sobre el tema en los pasillos de la cámara, gran error por parte de ellos, pues estaréis de acuerdo conmigo en que hay temas que no deben hablarse en lugares públicos. Aunque ese es otro tema. En todo caso, no se dieron cuenta de que ese hombre había escuchado lo que planeaban, pues si así hubiese sido se habrían encargado de él en ese preciso instante y no se habría escrito ninguna carta al respecto —explicó el hombre—. El caso es que la diosa Fortuna estuvo de nuestro lado y quiso que ese pobre desgraciado acudiese a explicar los hechos a alguien de su confianza, que resultó ser uno de los nuestros. Si no hubiese sido así, no nos habríamos enterado del asunto de la carta y con toda seguridad Marco habría podido contactar con Augusto y ponerle al corriente de todo. La cuestión es que no costó demasiado capturar a ese infeliz, como tampoco supuso mucho esfuerzo hacerle confesar todo. Por lo que me explicaron, creo que incluso se meó y cagó encima del susto después del primer puñetazo que le dieron...

Todos los allí presentes rieron ante lo que acababa de explicar Sexto. Por un momento, Flavio trató de ponerse en la piel de aquel pobre infeliz, un hombre corriente, que sin querer se había visto implicado en un asunto demasiado complejo y peligroso. En ese momento le vinieron a la mente varios episodios parecidos que él mismo había vivido, claro está que no desde la misma posición que ocupase el pobre Cayo. Sin duda era normal que los desafortunados se orinasen y defecasen encima, hacía falta ser muy valiente o muy inconsciente para aguantar una tortura. Tampoco se acostumbraba a perdonar la vida de nadie, por lo que era muy común que costase sacar la información, ya que el que la debía dar sabía que no salvaría el pellejo. Lo habitual era que acabasen cediendo simplemente para evitar seguir sufriendo, siempre era mejor una muerte rápida, pues había auténticos profesionales en el arte de la tortura que eran capaces de infundir los más terribles sufrimientos al desdichado y aguantarlo con vida durante días.

Para conseguir la información era necesario emplearse a fondo, se buscaba provocar tal sufrimiento a la víctima que ésta prefiriese hablar para que el verdugo acabase cuanto antes con él, de la manera menos dolorosa. Se decía que no cualquiera servía para torturar, que la persona encargada de llevar a cabo semejante trabajo debía ser alguien sin ningún tipo de moral ni principios, pues si no estaba acostumbrada a hacer tales cosas la carga psicológica posterior le perseguiría hasta el fin de sus días. Él no había sido verdugo en demasiadas ocasiones, y en las pocas que había necesitado obtener información, la verdad es que su víctima se había derrumbado al poco rato de empezar, por lo que nunca tuvo que ir muy lejos.

Pese a ello, trató de hacerse a la idea del calvario y sufrimiento que habría tenido que soportar aquel hombre, que, aunque no hubiese sido demasiado, habría sido el peor momento de su vida. En el fondo sintió lástima por él, un pequeño atisbo, similar al que sintió momentos después de haber matado a Marco, seguro que era como él. Trató de imaginárselo, un hombre normal, de clase media alta, con su trabajo, su mujer, sus hijos, que por error se había visto implicado en un asunto turbio. En el fondo Marco y Cayo eran primos, y a ambos les tocó vivir situaciones similares. Estaban en el lugar y en el momento equivocados, pero los dioses así quisieron que sucediese, y ¿quiénes eran los hombres para interponerse en los asuntos divinos? Volvió a retomar entonces el hilo de la explicación que estaba dando Sexto.

—No hizo falta pegarle mucho para que confesase todo. Dijo que únicamente había escrito a un primo suyo que servía como funcionario en una de las legiones que Augusto había trasladado a Hispania para la guerra contra los salvajes. Los que le interrogaron dieron por verídica su confesión, en cierto modo, ese pobre desdichado creyó que si decía toda la verdad salvaría su vida. Nada más lejos de la realidad. Dio todos los datos sobre su primo, cosa que nos facilitó bastante el trabajo, y dio la casualidad de que ese hombre formaba parte de esta legión, en la que yo había sido posicionado desde hacía algún tiempo para poder acercarme a Augusto llegado el momento —continuó explicando el hombre—. La verdad que cuando me llegó la carta en la que se me informaba de lo sucedido en Roma, lamenté mucho que se tratase de Marco. En el tiempo que llevaba en la IV le traté bastante y pese a ser un funcionario de avituallamiento, la verdad es que coincidí muchas veces

con él. Sinceramente era un buen hombre, creo que los dioses le castigaron severamente.

—Ahora ya no se puede hacer nada por ese hombre —dijo Sempronio—. Sin duda comparto contigo lo que has dicho, era un buen hombre.

—Aunque tarde o temprano tendríamos que haberlo matado, estaba metido hasta el cuello en el asunto —intervino Tiberio.

—Lo que está en juego es mucho más importante que la vida de un solo hombre, el futuro de la República depende de que esto salga bien —añadió el otro hombre, Fulvio.

—Sin duda —dijo Sexto—. Flavio nos ahorró tener que matarlo más adelante, pues el destino de ese hombre ya estaba escrito. Ahora que ya os he puesto en antecedentes, ¿estáis más tranquilos? —preguntó mirando inquisitivamente a Tiberio.

Todos los presentes asintieron con la cabeza sin decir ni una sola palabra. Flavio los repasó con detenimiento uno a uno. Los dos civiles serían tal vez funcionarios al igual que Sexto, aunque no sabía qué cargo desempeñaban dentro de la legión, como tampoco sabía cuál era el que ocupaba su tío y valedor. En todo caso eso tampoco era relevante para lo que él tenía que hacer, lo importante era que llegado el momento le pagase por los servicios prestados, y por lo que parecía era el que mandaba. Por la conversación dedujo que el militar que había hablado era un centurión, aunque desconocía en qué unidad servía y cómo se llamaba. Del otro, el que se había mantenido en silencio, aún no sabía nada, aunque por su aspecto debía de ser un veterano, su cabello plateado indicaba una cierta edad, aunque sus facciones no eran de anciano. Rondaría los cuarenta y cinco años, y por las cicatrices que tenía en la cara y en su brazo derecho, tenía experiencia sobrada en batalla. Tiberio volvió a tomar la palabra y preguntó:

—¿Se puede saber de qué manera va a deshacerse un solo hombre de tantos legionarios sin llamar la atención?

—No va a ser una tarea fácil, pero no debes preocuparte, tenemos algunas ideas en mente —respondió Sexto mirando al asesino—. Cuanto menos sepáis sobre ello, mejor, porque así reaccionaréis con más naturalidad.

—Como deseéis —dijo el soldado.

—Aunque necesitaría un último favor, tribuno —dijo el funcionario.

—Tú dirás.

—Flavio me ha pedido un arma, discreta, tal vez un *pugio*. No sé si le podrías conseguir una —sugirió Sexto.

—Por supuesto, aunque preferiría que no fuese por ahí apuñalando legionarios por la espalda, creo que eso llamaría demasiado la atención, y eso no es lo que queremos, ¿no? —dijo burlonamente Tiberio.

—No lo quiero para eso —respondió el asesino—. Es para defenderme, solo lo usaré si es estrictamente necesario. No hace falta apuñalar por la espalda a un hombre para acabar con él, hay maneras más limpias y discretas de hacerlo.

—Confío en que así sea —dijo el tribuno—. Entrégale tu puñal, centurión —dijo de nuevo al oficial que estaba a su lado.

Este se quedó un poco sorprendido por la orden que había recibido, aunque bastó con una mirada de Tiberio para que el hombre empezase a desabrochar el arma enfundada de su cinto y se lo entregase al asesino. Cuando lo tuvo en sus manos, procedió a atárselo en su cinturón y ocultarlo bajo la capa. Después de hacerlo dijo, haciendo una reverencia con la cabeza:

—Gratitud.

—Entonces ya está todo dicho —concluyó Sexto—. Tenemos un largo camino por delante, descansad y procurad no llamar la atención. De la parte más difícil se encargará nuestro amigo —dijo señalando a Flavio—. Si hubiese cualquier novedad os avisaré para volver a reunirnos. ¿Ha quedado claro?

Todos los presentes respondieron afirmativamente y se empezaron a levantar de sus sillas dispuestos a abandonar la tienda del tribuno. Salieron poco a poco, dejando pasar un tiempo prudencial entre la salida de uno y de otro para no llamar demasiado la atención. Primero se marchó Fulvio, al poco rato lo hizo el otro civil, Sempronio. Los siguientes en marchar fueron los dos oficiales, que al ser militares y encontrarse en su zona, podían salir a la vez sin levantar sospechas. Se quedaron únicamente Tiberio, Sexto y Flavio en la tienda. Pasó un breve momento y el funcionario le dijo al sicario:

—Ya puedes marcharte. Espérame en mi tienda, iré en un rato, Tiberio y yo debemos hablar de un tema en privado.

Flavio asintió con la cabeza, se dio media vuelta y sin mirar ni siquiera al

tribuno salió de la tienda. No se giró en ningún momento, sino que caminó en dirección al otro lado del campamento, donde estaba alojado el personal civil. Al pasar cerca de uno de los accesos al campamento algo llamó su atención, por lo que se detuvo para observar con más detalle. Por los dioses, no podía ser cierto lo que sus ojos veían, era la sucia rata de Quinto, estaba allí, en la mismísima puerta del campamento, de pie junto a uno de los soldados que estaba montando guardia en la puerta. Casi de manera instintiva, se apartó un poco y se escondió ligeramente para evitar que este le viera. Se ocultó detrás de unos barriles y desde allí se quedó observando a una distancia prudencial, aunque no suficiente como para escuchar lo que hablaban. Se mantuvo agazapado durante un largo rato mientras Quinto permanecía inmóvil, en pie, alejado tan solo unos pasos del soldado con el que había hablado momentos antes.

Decidió arriesgarse un poco más, y abandonó su escondrijo y con suma precaución se acercó aún más hasta el cuerpo de guardia. Hizo un barrido con la vista para cerciorarse de que no había nadie cerca y rápidamente se movió hasta situarse tras unos sacos de grano que había apilados justo al lado de la caseta del oficial del puesto. Se libró por poco de que no le descubriesen, pues en ese preciso instante un soldado salió del interior del recinto a toda prisa. De repente un grito le hizo detenerse y darse media vuelta:

—¡Legionario, cuando entres a la tienda de oficiales en busca del centurión Salonio no olvides traerme una jarra de vino bien fresco! ¡Dile al cocinero que te la he pedido yo, te la dará sin problemas!

—¡Sí, señor! —respondió el soldado dando de nuevo media vuelta y saliendo a toda prisa en dirección al patio de armas del fuerte.

No hacía falta ser demasiado inteligente para saber qué era lo que estaba sucediendo allí. El maldito traidor de Quinto tenía intención de ver a Salonio, y si estaba allí era porque tenía alguna noticia urgente que darle al oficial romano, si no, para qué iba a acercarse hasta un campamento militar. Parecía que de nuevo Fortuna le había brindado la ocasión de estar en el lugar y en el momento adecuados para poder ser testigo de aquella escena. Tenía cierta ventaja en ese momento, pues sabía cómo habían ido las cosas en la taberna de Saturnino, los propios soldados se lo habían explicado, aunque claro está, sin saber quién era en realidad.

Decidió esperar un rato más y comprobar si el centurión acudía al encuentro. Si lo hacía, se quedaría escondido allí, intentando escuchar qué era lo que había motivado su visita. El oficial no tardó mucho en aparecer por la calle que venía desde el patio de armas. Iba acompañado por el soldado que había ido a buscarlo, que caminaba justo a su derecha, y por Valerio, que iba al otro lado. Al no estar de guardia, los recién llegados no vestían armadura, simplemente llevaban puesta su túnica de color crudo. Pasaron cerca de donde Flavio estaba escondido, aunque no llegaron a verle, pues este se había agazapado un poco más detrás de los sacos. Los tres soldados se pararon frente a la puerta del puesto de guardia. En ese momento Salonio gritó hacia el interior del habitáculo:

—¡Sabino, ya estamos aquí!

Al cabo de un instante, un oficial se asomó al dintel de la puerta y desde allí dijo:

—¡Salve, Salonio, me alegra verte de nuevo!

Este se acercó hasta él y ambos hombres estrecharon sus brazos agarrándose por las muñecas de manera cordial. Entonces el centurión le dijo:

—Yo también me alegro de verte, vieja comadreja.

—Veo que sigues teniendo la fuerza de un toro. Por ti no pasan los años —dijo de nuevo Sabino poniendo su mano sobre el hombro de su camarada.

—Es importante mantenerse en forma en nuestra profesión, ¿no crees? —dijo este.

—Sabias palabras, hermano, no se debe descuidar el entrenamiento, tienes toda la razón. Supongo que nos veremos esta noche en la cena, ¿no? El *Primus Pilus* dará las últimas instrucciones antes de iniciar la marcha —preguntó Sabino.

—Qué remedio, de esa reunión no podemos escabullimos —respondió—. Por cierto, ¿dónde está el hombre que quería verme?

—Allí, esperando en la puerta. No quería dejarlo pasar hasta confirmar que le conocías —dijo de nuevo.

—Sí que le conozco, puedes ordenar que le dejen entrar —dijo Salonio.

—¡Legionario, deja entrar a ese hombre! —ordenó al guardia—. Si queréis podéis usar el despacho para hablar, de todas maneras, ahora iba a salir a hacer una ronda de inspección.

—Gratitud, Sabino. Así lo haremos —dijo mientras el oficial de guardia se dirigía hacia donde estaba el soldado que les había acompañado.

—¡Soldado, deja la jarra de vino en el interior y vuelve a tu puesto! —ordenó a su subordinado—. Volveré de aquí a un rato, voy a ver si sorprendo a algún legionario durmiendo durante la guardia.

—Que haya suerte —dijo Salonio.

En ese momento, Quinto llegó hasta la posición de los legionarios. Éstos, sin decir ni una palabra, le indicaron que les acompañase hasta el interior del recinto con un gesto de la cabeza. El hombre les obedeció sin abrir la boca y accedió a la habitación tras ellos. Flavio perdió de vista a los tres hombres, por lo que tuvo que moverse de su escondrijo, desplazándose hasta la parte posterior de la caseta, colocándose justo debajo de la ventana. Se quedó agachado bajo el marco de la misma, ya que de esa manera quedaba menos expuesto a las miradas de los que por allí pasasen. Al momento empezó a escuchar la conversación, pues la ventana estaba totalmente abierta. El primero en hablar fue el legionario Valerio:

—¿Ya has encontrado a ese maldito bastardo?

—Lo siento, es como si se lo hubiese tragado la tierra —dijo el hombre—. Mis hombres lo han estado buscando por toda la ciudad, han preguntado por todos los rincones y nadie lo ha visto en estos últimos días.

—¡Maldita sea! —dijo Valerio de nuevo—. ¡No puede ser que haya desaparecido!

—Lo siento, los míos se han esmerado en la tarea que les he encomendado. Yo soy el primer interesado en encontrarlo y decirlos dónde se esconde —volvió a decir el hombre.

—Quizás haya puesto tierra de por medio —intervino Salonio—. Si la recompensa era buena...

—Es una posibilidad —dijo Quinto—. Mató a Saturnino, uno de los pocos hombres, por no decir el único, que podía darle trabajo, su fama y reputación habían caído en picado desde hacía un tiempo. Le costaba bastante encontrar trabajo y después de lo ocurrido, no creo que nadie quiera volver a contratar sus servicios —continuó diciendo—. Es de ser desagradecido morder la mano del que te da de comer...

Al escuchar esas palabras, Flavio se mordió el labio con tanta rabia que se

hizo daño y empezó a sangrar. Maldito hijo de Plutón, ¿cómo se atrevía a llamarle desagradecido? Precisamente él, que le había dejado vendido en aquel callejón unos días atrás. Respiró hondo y trató de relajarse, no debía hacer caso de las palabras de ese desgraciado. Total, le quedaba poco tiempo en el mundo de los vivos. Se iba a encargar de él en breve, le daría una muerte lenta y dolorosa. Tras serenarse un poco, continuó escuchando la conversación:

—Alguno de los socios de *collegium* de Saturnino habrá puesto precio a su cabeza —añadió Quinto—. Quién sabe si ya se han encargado de él...

—De todas formas, tampoco disponíamos de tiempo para hacer mucho más. Mañana a primera hora partimos —dijo Salonio con cierto tono de resignación.

—Pero hemos perdido la única pista que teníamos —dijo el legionario Valerio—. Si ya era complicado, creo que ahora va a ser imposible.

—Tranquilo, Valerio, ya encontraremos otro camino —dijo el centurión.

—Creo que no hay más caminos, señor —respondió el soldado—. Flavio era el único que podía darnos información. Y ya no está al alcance de nuestras manos...

—En el caso de que hubiéramos conseguido encontrarle, tampoco sabemos si hubiese hablado —dijo de nuevo el oficial.

—Si me disculpáis debo regresar a la ciudad, tengo asuntos urgentes de los que ocuparme. Mis hombres seguirán buscando pistas sobre el paradero de ese miserable, si me entero de algo que os pueda servir antes de vuestra partida, mandaré a uno de los míos para que os avise. Si no es así, deseo que tengáis suerte —dijo Quinto.

—Muy bien, puedes marcharte, si no hemos dado ya con Flavio, dudo mucho que en el tiempo que nos queda hasta partir tengamos noticias de él —añadió el oficial.

—Ha sido un placer hacer tratos contigo, centurión Publio Salonio Varo, que los dioses estén contigo. Si alguna vez regresas a Tarraco, pregunta por mí, nos tomaremos una jarra de vino de más calidad que el que tomamos en nuestro último encuentro —dijo el hombre mientras salía por la puerta.

Cuando los ojos de Valerio se cruzaron con los de ese hombre, este percibió que había rencor aún en ellos. Supuso que fruto de los dos encuentros

que habían tenido días atrás en la ciudad, y que por poco le cuestan el pellejo a ese malhechor. Quinto respondió a la mirada del legionario diciendo:

—Por supuesto, tú también estás invitado a una jarra de vino, legionario. Los enemigos de Flavio son mis amigos —dijo mientras soltaba una carcajada y salía por la puerta.

Cuando hacía un rato que había salido por la puerta, Valerio se dio media vuelta y se quedó mirando a Salonio. Este parecía preocupado, estaba frotándose la barba, justo en la zona en la que tenía la gran y misteriosa cicatriz. Guardó silencio un instante, hasta que el oficial abrió la boca para decir algo:

—Lo siento, muchacho, creí que Quinto nos traería alguna buena noticia.

—Yo también, señor —dijo el soldado con resignación—. Creo que ahora no tenemos nada, vamos a ciegas, sin saber a quién debemos buscar y de quién nos tenemos que guardar.

—Sin duda, Valerio —dijo resoplando Salonio—. Creo que van a ser los veinte días más largos y complicados de nuestras vidas, sin contar los que tardemos en poder hablar con Augusto, siempre y cuando nos conceda audiencia. Estará demasiado ocupado con la planificación de la campaña como para recibir a unos soldados que le traen noticias sobre una conjura...

—Supongo que estará acostumbrado a ese tipo de noticias —dijo el legionario—. Quizás deberíamos explicárselo a alguien que esté más arriba, no sé si deberíamos arriesgarnos, señor.

—Si algo he aprendido en estos años, es que no te puedes fiar de nadie y mucho menos de los que ostentan más poder —dijo Salonio—. Debemos mantener todo esto en secreto y esperar a que Flavio, ya sea porque haya puesto tierra de por medio o porque se halle en el Tártaro, no les explicase a los que le contrataron que nosotros estábamos al corriente de lo sucedido.

—Yo no contaría con ello, señor. Creo que lo más sensato sería pensar que somos una seria amenaza para la conjura —dijo el soldado—. Lo más lógico es que no tarden mucho en venir a por nosotros.

—Lo sé, pero, ¿quiénes pueden ser? —preguntó de nuevo el centurión.

—No tengo ni la menor idea. Aunque debemos estar preparados para cuando eso ocurra, somos soldados de Roma, señor, no se lo vamos a poner fácil —dijo orgulloso Valerio.

—De eso puedes estar seguro, soldado —dijo Salonio levantándose de la silla y dándole un golpe al legionario en el pecho—. No se acaba con un legionario, así como así, y mucho menos con ocho...

—¿Ha podido averiguar algo más sobre la centuria que estuvo de guardia el día que raptaron a Marco? Quizás eso nos pueda ser de utilidad —cuestionó el soldado a su superior jerárquico.

—Lo siento, Valerio, todavía no he podido hacerlo. En cuanto llegue a mi tienda me pondré con ello, o tal vez envíe a Calpurnio para que trate de averiguarlo —respondió el oficial a modo de disculpa.

Tan pronto como escuchó que Quinto se despedía de los legionarios e invitaba al centurión a tomar un trago con él si regresaba alguna vez a la ciudad, Flavio retrocedió hasta donde estaban los sacos de trigo. Priorizó deshacerse de ese traidor, por lo que no escuchó la consiguiente conversación que mantuvieron los dos militares. Se quedó allí escondido, observando desde lejos cómo esa sucia rata salía tranquilamente a pie por la puerta del campamento. Pensó que ese era un buen momento para encargarse de él, iba solo y el camino hasta la ciudad era largo, por lo que podría deshacerse de él sin que nadie le viese. Esperó pacientemente hasta que el hombre estuvo a unos cientos de *passi* de la entrada del fuerte, entonces salió de su escondite y se dirigió hacia la salida. Estaba a punto de llegar hasta la posición del legionario que se encargaba de la vigilancia del acceso cuando escuchó una voz detrás de él:

—¡Caelio!

Aunque no reconoció el nombre como suyo, se giró de manera instintiva. Se quedó sorprendido al ver quién le había llamado, se trataba del legionario Valerio, que le estaba saludando con el brazo alzado:

—¿Qué tal, amigo? ¿Qué haces por aquí?

No le quedó más remedio que pararse. Maldito Valerio, ¿es que no le iba a dejar de incordiar nunca? Debía darle largas inmediatamente o Quinto se alejaría demasiado. Entonces dijo:

—Estaba dando un paseo, y al ver la puerta del campamento he pensado en salir fuera. Necesito que me dé un poco el aire.

—Buena idea, ¿aunque no deberías estar con tu tío? —preguntó el soldado.

—Está reunido con uno de los tribunos. Me ha dicho que le tenía que

comentar algo relacionado con el viaje hasta Segisamo, y que aprovecharse para dar una vuelta por el campamento y sus alrededores —acertó a decir Flavio un poco nervioso.

—Sí me hubieses venido a ver te habría hecho yo de *cicerone* —dijo Valerio.

—No quería molestar. Los soldados siempre tenéis cosas que hacer, y mucho más hoy que estaréis atareados preparando la larga marcha —insistió el hombre.

—Qué va, no hubiese sido una molestia, más bien lo contrario. Lo que sea por el sobrino de un amigo —dijo de nuevo el soldado.

—Gracias, Valerio, si lo hubiese sabido antes... Aunque no te preocupes por mí, me las arreglo bastante bien, en seguida me adapto a los lugares y situaciones nuevas. Mi tío siempre me ha dicho que poseo una habilidad innata para hacerlo —dijo sonriendo.

—Tu tío es un hombre sabio. Déjate guiar por él y sigue sus consejos —añadió el legionario.

—Ya lo hago, amigo, aunque en esta ocasión seguiré el tuyo. No quiero entretenerme más, creo que tu centurión te está esperando —dijo señalando hacia Salonio, que estaba esperando en la puerta del puesto de guardia.

—Tienes razón, es mejor no hacerle esperar. Para lo que necesites pregunta por la primera centuria, segunda cohorte, cualquier legionario te sabrá indicar dónde estamos —dijo el soldado.

—Gratitud, Valerio, así lo haré. Que tengas un buen día —dijo Flavio alzando la mano y despidiéndose del soldado.

—Igualmente —dijo este dándose la vuelta y dirigiéndose hasta la posición en la que le estaba esperando su superior.

Maldito soldado, tenía el don de la oportunidad. Miró a lo lejos y vio que Quinto se había alejado bastante, por lo menos le sacaba tres veces más distancia que antes de que le interrumpiera Valerio. Debía darse prisa para alcanzarlo, o se le escaparía. Pasó por el control de la puerta y saludó al legionario que montaba guardia mientras le mostraba el documento que acreditaba quién era. Éste le dijo:

—Los permisos de salida está denegados.

—Lo sé, soldado, no voy a la ciudad, simplemente salgo a dar una vuelta.

—Muy bien, aunque debe estar de vuelta antes de que anochezca. Nadie está autorizado a entrar en el recinto una vez se cierren las puertas.

—Descuida, no tardaré demasiado —respondió Flavio guardando el documento en el interior de su túnica.

Abandonó el campamento a un paso normal, no quería ir demasiado rápido para no levantar sospechas, por lo que a medida que se iba alejando fue incrementando el ritmo y haciendo las zancadas cada vez más largas. Debía recuperar el terreno perdido cuanto antes, incluso si podía debía adelantarse a Quinto para poder emboscarlo si era preciso. Mientras caminaba pensó en algo que le había dicho Valerio. Sin darse cuenta le había dado la ubicación donde se encontraba su unidad acampada, y eso le iba a ir muy bien para sus planes futuros. Con toda seguridad Sexto ya lo sabía, y si le hubiese preguntado se lo habría dicho sin ningún problema, aunque prefería no depender en exceso de nadie, él solo se bastaba para hacer el trabajo.

Casi sin darse cuenta, ya que estaba sumido en sus pensamientos, vio a lo lejos a Quinto. Estaba parado, sentado en lo que parecía ser una roca. Le pareció extraño, por lo que disminuyó el ritmo de marcha y se adentró en la espesura que bordeaba el camino, quería acercarse un poco más, aunque manteniéndose fuera del alcance de la vista de este. Cuando estuvo a unos cincuenta *passi* de su objetivo, sacó el puñal de su cinturón y lo aferró fuertemente con su mano derecha. En ese preciso instante vio que su objetivo se puso en pie mientras decía en voz alta:

—¿Dónde os habíais metido, mendrugos?

De repente, de entre la maleza aparecieron dos hombres. Los reconoció sin ninguna duda...

CAPÍTULO XII

La cosa se complicaba por momentos. Esos dos eran secuaces de Quinto, ya los había visto en alguna ocasión por la taberna de Saturnino. Maldijo de nuevo a Valerio, si no le hubiese entretenido a la salida del campamento, ya se habría encargado de ese maldito desgraciado y estaría de regreso. Aquella situación era mucho más compleja, ya que para acabar con su objetivo ahora debía matar también a sus dos guardaespaldas. De poco servía lamentarse ahora, no siempre se podía contar con el favor de los dioses, en ocasiones parecía que estos ponían obstáculos y dificultades en el camino. Trató de pensar con claridad y trazar un plan. Eran tres objetivos, pero él partía con la ventaja del factor sorpresa. Le encantaba perseguir a sus presas y darles caza, le hacía sentirse como un depredador, tal y como ya había hecho anteriormente cuando Marco escapó de su cautiverio ayudado por Valerio y su camarada. En esta ocasión tan solo disponía de un *pugio*, aunque era más que suficiente para acabar con esos tipos. Se acercó un poco más hasta reducir la distancia hasta la mitad, arriesgando un poco, pero dispuesto a escuchar con más claridad la conversación. El primero en hablar fue el cabecilla, que les dijo a sus hombres:

—Os dije que no tardaría demasiado, ¿tanto cuesta obedecer las órdenes?

—Lo siento, Quinto, creímos que te demorarías un rato aún —contestó uno de los aludidos.

—Creímos, creímos, no os pago para pensar, sino para obedecer. ¿Ha quedado claro? —preguntó el hombre de muy mal humor.

—Muy claro —dijo el otro hombre agachando ligeramente la cabeza.

—Pues en marcha, tengo asuntos urgentes que atender en la ciudad, ya he perdido demasiado tiempo con el asunto de Flavio —refunfuñó mientras reanudaba la marcha.

—Parece que se lo ha tragado la tierra —dijo al rato uno de los secuaces—. Nadie sabe nada de su paradero desde hace varios días...

—Eso es lo que me preocupa —añadió Quinto—. No me fío de ese bastardo, si fue capaz de darle muerte de esa manera a Saturnino, no creo que

se olvide tan fácilmente de lo que le hice.

—Si aún sigue con vida, no creo que se atreva a aparecer por aquí —dijo de nuevo el primer hombre—. Todos los miembros del *collegium* saben lo que le hizo al viejo, la recompensa por su cabeza debe ser suculenta. Si yo fuese él, pondría tierra de por medio, y cuanta más mejor —añadió el hombre soltando una carcajada.

Tras escuchar la conversación, Flavio apretó los dientes con fuerza, con mucha rabia. Malditos bastardos todos los miembros del *collegium*, ¿qué diantre sabían ellos? Saturnino se había ido de la lengua, había violado uno de los preceptos más importantes, había traicionado a uno de los que trabajaban para él, poniéndole en grave riesgo, y todo por evitar que le dieran una paliza. Los hombres que le habían interrogado eran legionarios, no le habrían matado, quizás le habrían roto un brazo o alguna costilla, pero no habrían sido capaces de quitarle la vida. Él en cambio les había dado la ubicación exacta de su escondrijo, y le había puesto en grave riesgo. ¿No se merecía entonces lo que le había pasado?

En el caso de que hubiesen puesto precio a su cabeza cualquiera hubiera hecho lo mismo de verse en su misma situación. Eso ahora ya daba igual, porque si el trabajo le salía bien, evidentemente pondría tierra de por medio y jamás regresaría a esa maldita ciudad, por lo que tampoco tendría que preocuparse de que le matasen. Al infierno el maldito *collegium*, sus miembros y sus malditas leyes. Había aprendido la lección, trabajar solo era infinitamente más rentable que hacerlo para otros. Cuando su trabajo concluyese quizás no tendría que hacer ninguno más el resto de sus días. Se centró de nuevo en el presente y en acabar con el traidor y los que le acompañaban, aunque no obtuviese recompensa económica a cambio por ello, sí que haría justicia.

Conocía de sobra el camino que iba hasta la ciudad, por lo que decidió que aceleraría el paso y los adelantaría para poder tenderles una emboscada. La idea era deshacerse en primer lugar de los dos hombres que acompañaban a Quinto y posteriormente acabar con él lentamente, provocándole todo el sufrimiento posible, para hacerle pagar lo que había hecho. Hacía años que conocía a ese rufián y habían colaborado en varias ocasiones, pero cuando sucedió lo del callejón, la decepción fue tremenda, no esperaba que huyese y

le dejase allí solo contra tres soldados. Debía pagar cara su acción, nadie traicionaba a Apio Flavio y salía indemne.

No le costó demasiado adelantar al grupo, pues estos caminaban a un ritmo bastante más lento que él, iban charlando, lo que les mantenía distraídos, y esa iba a ser su perdición. Les adelantó por el margen del camino, entre la espesura del bosque, y estudió el terreno por el que caminaban buscando una posición ideal desde la cual iniciar el asalto. Escogió un punto del camino en el que la senda se estrechaba, a causa de la maleza. Allí se podría esconder sin ser visto, y cuando el grupo pasase, saldría como un rayo y se encargaría del primer objetivo. Los otros dos no tendrían tiempo de reaccionar, y así podría acabar con el segundo rápidamente. Conociendo a Quinto, intentaría ponerse a salvo corriendo, no buscaría un enfrentamiento directo, pues pese a ser hábil con la espada, no lo era tanto como para enfrentarse a él. Atraparle sería sencillo. Lo que le haría después aún no lo tenía demasiado claro, dependería del momento, el lugar y las circunstancias.

Buscó un buen escondrijo, se colocó detrás de un enorme tronco, de rodillas, quedando cubierto por la maleza que crecía alrededor de éste. Entonces sacó el *pugio* de debajo de la túnica, lo esgrimió con fuerza y esperó a que sus objetivos se acercasen. Pasó muy poco hasta que escuchó las primeras voces, lejanas, pero sin duda eran claramente la de Quinto y sus esbirros. Alzó la vista un poco para ver el camino y comprobó que sus objetivos estaban ya a una distancia de unos sesenta *passi*. Repasó entonces el plan, lo recreó en su mente y respiró hondo un par de veces. Se colocó de cuclillas detrás del tronco, encarado a la parte derecha del mismo, la que le ofrecía la mejor perspectiva, y esperó a que el grupo pasase. Tardaron muy poco, aunque a él le pareció casi una eternidad.

En cabeza iba Quinto, un poco adelantado a sus guardaespaldas, tranquilo y confiado, incluso parecía un poco distraído. Mejor, pensó Flavio, así dispondría de más tiempo para acabar con los secuaces. Al instante pasaron los dos hombres, caminaban casi en paralelo y también parecían estar poco atentos. Sin pensárselo, esgrimió el cuchillo con su mano derecha y salió lentamente del escondrijo, sin hacer ruido. Se dirigió directamente hacia el que estaba más cercano al linde del camino. Iba agazapado y en el último instante, cuando estaba a tan solo dos *passi* de su objetivo se incorporó

ligeramente, sujetó con un hábil movimiento al hombre por la boca, tapándosela con la mano izquierda y simultáneamente, con la derecha, hundió el puñal en la zona de los riñones, empujando fuertemente hasta que la empuñadura tocó con la ropa.

En ese preciso instante el hombre que estaba a su izquierda se giró y observó la escena, su socio cayó desplomado al suelo mientras de su espalda emergía una figura humana que empuñaba un arma en su mano. Sin casi tiempo a reaccionar, vio cómo el asesino se abalanzaba contra él con el arma en alto y con la mirada salvaje de una fiera. Buscó la empuñadura de su *gladius*, aunque tan solo tuvo tiempo de lanzar un aullido tremendo de dolor mientras notaba cómo el frío acero de la hoja del puñal de su enemigo penetraba en su estómago. El asesino, tras asestar la fiera estocada, hizo un rápido movimiento de muñeca y alzó el arma hacia el pecho del desdichado sin sacarlo del interior del cuerpo. Le abrió en canal desde la barriga hasta el esternón, matándolo en el acto.

Quinto, que se había girado al escuchar el terrible grito del hombre que iba detrás de él, se quedó petrificado al ver la escena. Observó cómo en el suelo yacían los dos hombres de su escolta, y cómo de pie, justo al lado del que tenía más cerca, había un hombre completamente cubierto de sangre. Tenía el rostro manchado, al igual que las manos, una de las cuales sujetaba un puñal. Aunque estuviese sucio, lo reconoció rápidamente. No podía ser, ¿qué hacía ese hombre ahí? ¿De dónde había salido? ¿Cómo había podido acabar con sus hombres tan rápida y sigilosamente? Se quedó mirándole sin mover ni un solo músculo de su cuerpo, el instinto le decía que debía darse la vuelta y huir de allí inmediatamente, aunque el sentido común le decía que, si lo hacía, moriría en un abrir y cerrar de ojos, de la misma manera que aquel par de infelices que yacían desangrados en el suelo. Lo que hizo fue hablar, y le dijo:

—Flavio, amigo. Por los dioses, estás vivo...

Aunque no recibió respuesta alguna por parte del aludido. Éste le estaba mirando fijamente a los ojos. Los suyos estaban inyectados en sangre, y no precisamente de la de sus víctimas. Pasó un rato, el silencio se adueñó de la situación y en parte nervioso, en parte sorprendido, Quinto volvió a tomar la palabra:

—No sabes cuánto lamento lo que sucedió el otro día en aquel callejón.

Pensé que tú harías lo mismo que yo, si nos hubiésemos quedado allí, habrían acabado con nosotros. Era la única salida, créeme...

Tampoco le contestó esta vez, simplemente se limitó a limpiar la hoja del puñal con la falda de su túnica. A la vez, se pasó la mano izquierda por su rostro para limpiarlo de la sangre de su última víctima. Se agachó sin perder de vista a su objetivo, recogió el arma de la funda del cuerpo sin vida y la empuñó con la mano libre. Entonces, mientras Quinto retrocedía lentamente, él empezó a caminar hacia su posición con las dos armas en las manos, aunque en posición de descanso, a la altura de su cintura. Entonces dijo:

—Creías que había muerto, ¿no? ¿O quizás que me había marchado lejos?

—He estado buscándote por la ciudad —dijo con la voz entrecortada el hombre—. Quería dar contigo para explicarte de manera civilizada lo que había sucedido.

—Claro, Quinto. Estoy seguro de ello —dijo Flavio sin dejar de caminar hacia él.

—Créeme, amigo. Estaba preocupado por ti, desapareciste sin dejar rastro... —continuó diciendo el hombre cada vez más atemorizado.

—Eso no es lo que ha llegado hasta mis oídos —dijo el asesino con un tono un poco burlesco—. He escuchado que me buscabas por otro motivo...

—¿Por otro motivo? —dijo retrocediendo más todavía—. ¿Qué motivo?

—No lo sé, dímelo tú mismo —añadió Flavio.

En ese preciso instante, Quinto tropezó con la raíz de un árbol que sobresalía y cayó de espaldas al suelo. Flavio aprovechó ese momento para abalanzarse sobre él. Colocó su pie derecho sobre el pecho del hombre, sujetándolo con fuerza e impidiendo que este se pudiese levantar. Le miró a los ojos y vio que en ellos había miedo, terror, y entonces una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. Desde su posición dominante le dijo en un tono muy suave:

—¿Tienes miedo, amigo?

En el rostro de la víctima se dibujó una mueca, en la que se mezclaba la sorpresa y el terror. El asesino sonrió victorioso, tenía a la sucia rata que le había traicionado donde quería, ahora tan solo quedaba acabar con él. No se había planteado cómo iba a hacerlo, lo único que estaba claro era que no le daría la oportunidad de irse a la otra vida tan rápido como a sus esbirros. En

ese instante vio cómo el infeliz se estaba orinando encima, un charco de líquido empezó a emerger por los laterales de su cuerpo, mientras sollozaba ligeramente. Vaya un miserable, no iba a tener dignidad ni en el momento de su muerte, cobarde hasta el final. Ni siquiera había intentado huir, ni mucho menos zafarse de la presa, se había rendido, tan solo estaba esperando que le rematase. Entonces, entre sollozos dijo:

—Por Júpiter, ten piedad de mí, Flavio. No me mates, tengo mucho dinero, te puedo convertir en un hombre rico, no necesitarás trabajar nunca más. Por favor...

—Cállate, miserable —dijo el verdugo escupiendo al suelo—. Sé valiente por una vez en tu vida, aunque sea tan solo a la hora de morir.

Por un momento sintió lástima de ese desgraciado, al verle llorar y orinarse encima pensó que ya le había hecho sufrir bastante. Al fin y al cabo, era un miserable al que nadie iba a echar en falta, y el mundo estaría mucho mejor sin gente de esa calaña. Decidió no dilatar mucho más la ejecución, en el campamento le esperaba una ardua tarea y no quería perder más tiempo con ese asunto. Además, debía regresar antes del anochecer tal y como le había informado el legionario que estaba de guardia en la puerta. Como ya no quedaba mucho rato para que el sol se ocultase, decidió no demorarse más, por lo que se inclinó un poco más y miró fijamente a los ojos a Quinto mientras le decía:

—Dale recuerdos al viejo de mi parte...

Entonces, con la mano izquierda, hundió el *gladius* en el pecho del infeliz lentamente sin dejar de mirarle a los ojos. Observó cómo, poco a poco, la vida se escapaba de estos, hasta que al final la cabeza del hombre cayó ladeada hacia su derecha. Se quedó mirando el cuerpo sin vida durante un rato, hasta que decidió sacar el *gladius* de su pecho. Al fin había enviado al Inframundo a aquéllos que le habían traicionado. Decidió que cogería las monedas que llevasen esos desgraciados, no iba ni a molestarse en enterrar los cuerpos, los dejaría allí mismo. Parecería que les habían asaltado para robarles. Se dio cuenta entonces de que tenía ambas manos manchadas de sangre, y la parte superior de su túnica también. No podía regresar así al campamento militar, por lo que echó un vistazo a los cuerpos de los fallecidos para ver si podía usar sus ropajes.

La túnica que vestía Quinto estaba completamente manchada de sangre en el torso, por lo que iba a ser imposible ponérsela y pasar desapercibido. Miró al siguiente hombre, al que tenía más cerca, pero sus ropajes estaban aún peor, pues tras haberlo rajado en canal, la túnica había quedado totalmente destrozada y manchada. La única opción que le quedaba era usar la del primer objetivo, que también estaba impregnada de sangre, aunque en la parte de la espalda. Se quitó sus ropajes y luego hizo lo mismo con los del muerto, que más o menos era de su talla. Se colocó la túnica de ese hombre, y posteriormente se puso sobre esta la capa fina de lino que llevaba y que estaba impoluta. Volvió a vestir al muerto con sus ropajes, de esa manera si alguien lo encontraba no llamaría la atención ese detalle. Sacó la espada del pecho de Quinto con sumo cuidado, la limpió y la colocó en el interior de la funda del secuaz que yacía cerca. Cuando hubo acabado la tarea, recogió las bolsas de monedas de los cintos de los tres desgraciados, pues en el lugar al que se dirigían no las iban a necesitar, y se puso de nuevo en marcha. Todavía quedaba un rato de luz, por lo que dedujo que llegaría al campamento antes de que se hiciese de noche y podría acceder de nuevo a este sin levantar sospechas.

El legionario que estaba montando guardia en la puerta era todavía el mismo que cuando se marchó. Le reconoció cuando le dio el alto, por lo que no fue necesario mostrar el documento oficial. Tan solo le miró a la cara y muy de refilón, por lo que ni tan siquiera se percató de que llevaba puestos otros ropajes. Una vez estuvo de nuevo en el interior del fuerte se encaminó directamente hacia la zona donde Sexto tenía su tienda. Apenas se cruzó con nadie, seguramente los soldados estarían ya preparando su festín nocturno, pues a la mañana siguiente se levantarían con las primeras luces del alba para emprender la larga marcha. Al acercarse a la tienda del funcionario se dio cuenta de que había luz en su interior y que la cortina de la entrada estaba levemente abierta. Se acercó con cierta cautela, más aún cuando le pareció oír varias voces que provenían del interior. Una sin duda era la de Sexto, la reconoció inmediatamente, en cambio la otra no. Estuvo tentado de quedarse un rato fuera para escuchar la conversación, aunque prefirió entrar directamente, ese día ya había estado oculto en demasiadas ocasiones y ciertamente no le apetecía hacerlo de nuevo. Al acceder al interior del recinto

Sexto, que estaba encarado hacia la entrada, le vio y exclamó:

—Bienvenido. ¿Dónde te habías metido? Te estábamos esperando.

—He salido un rato a dar un paseo, tío. El aire fresco me ayuda a pensar con claridad —dijo el asesino siguiendo el juego.

—No hace falta que finjas, Flavio, estamos entre amigos —dijo el funcionario.

En ese instante el hombre que estaba de espaldas se dio media vuelta y se quedó mirándole fijamente. Le reconoció inmediatamente, se trataba de uno de los dos militares que estuvieron presentes durante la reunión que se llevó a cabo en la tienda de Tiberio tan solo unas horas antes. No era el que ostentaba el rango de centurión, sino el otro, el del pelo canoso y las cicatrices en la cara y el brazo derecho. El hombre fijó su mirada en él y se la aguantó fijamente, cosa que no le gustó nada a Flavio. En ese preciso instante Sexto tomó la palabra y le dijo:

—Te presento a Lucio Gémino Falco, centurión de la quinta centuria, tercera cohorte de la IV Macedónica.

—Me acuerdo de él, estaba en la reunión —dijo con el rostro serio el asesino—. ¿Se puede saber qué hace aquí?

—He pensado que te vendría bien un poco de ayuda para llevar a cabo tu trabajo. Gémino conoce a la perfección este campamento y a muchos de los legionarios, lleva casi veinte años sirviendo en el ejército —explicó Sexto.

—No necesito a nadie, me valgo por mí mismo. Creí que te lo había dejado bien claro —dijo un poco molesto Flavio.

—Si lo que te preocupa es el dinero, puedes estar tranquilo, el precio se mantiene. Considera a Gémino como un regalo del que te hago entrega —dijo el funcionario—. Él no te pedirá un porcentaje de la recompensa, porque a diferencia de ti, se mueve por sus ideales. Es un fiel servidor de la República, ha derramado la sangre de sus enemigos y ha arriesgado su vida por innumerables campos de batalla, créeme cuando te digo que el dinero es lo que menos le interesa —añadió el hombre.

—¿Y qué pasa, que no sabe hablar y debes hacerlo tú en su nombre? —preguntó Flavio haciendo un gesto con la cabeza.

—Solo hablo cuando la ocasión lo requiere... —interrumpió el soldado al darse por aludido.

—¿Y esta lo requiere? —dijo el asesino en tono burlón.

—Dejemos que los dioses decidan —respondió Gémino llevando su mano hacia la empuñadura de su *gladius*.

—¡Ya basta! —dijo dando un grito Sexto— ¡Esto no es un maldito juego! —continuó diciendo señalando con el dedo a Flavio—. ¡Si yo digo que este hombre te ayudará, lo aceptas! ¡Yo soy el que paga y tú aceptaste este trabajo! ¿No es así?

Flavio se quedó en silencio durante un rato. La cara de Sexto reflejaba su enfado, no le había gustado la reacción que había tenido hacia el soldado. A él también le había cogido por sorpresa, no estaba acostumbrado a trabajar en equipo, prefería hacerlo solo si era posible, y sin duda a los acontecimientos más recientes se remitía: Manlio, el sirio, Quinto... La lista de desengaños era demasiado larga como para confiar en alguien que no conocía. Aunque si era cierto lo que el funcionario le había contado, que ese soldado se movía por un sentimiento de deber y fidelidad y no por una recompensa pecuniaria, quizás le sirviese de ayuda. Al fin y al cabo, si llevaba tantos años sirviendo en la IV, conocería a muchos de los soldados que la formaban, y lo cierto era que el rango de centurión le abría muchas puertas. Pensándolo fríamente le vendría bien algo de ayuda en la tarea, que se presentaba ardua. Tras serenarse, dijo:

—Está bien, tú pagas, tú mandas.

—Así me gusta. Hay mucho en juego, Flavio —añadió—. Mucho más de lo que puedas imaginar... ¿Quién crees que te flanqueó el paso la noche que entraste al campamento para secuestrar a Marco?

—Supongo que si sacas ahora el tema debe ser porque fue él —respondió el asesino señalando con un movimiento de cabeza al centurión.

—Efectivamente, él era el oficial al mando de la guardia, creo que podrías demostrarle algo más de gratitud. Se arriesgó para darte cobertura esa noche —indicó el funcionario aún enfadado—. Tomad ahora asiento, debemos discutir el siguiente paso —dijo el funcionario mientras se acercaba él también hasta la mesa.

Cuando estuvieron los tres sentados, se sirvieron una copa de vino y se prepararon para cenar. Al poco rato de estar sentados, se abrió la cortina de la tienda y alguien dijo desde fuera:

—Permiso, *domine*.

—Adelante, puedes pasar, Flavio, te estábamos esperando —respondió el funcionario.

De repente aparecieron tres hombres que acarreaban varias bandejas con comida. Flavio dedujo que serían esclavos y que traían la cena. La verdad es que estaba hambriento, lo acontecido en el bosque le había abierto el apetito. Los tres hombres empezaron a depositar las bandejas con las viandas sobre la mesa y sirvieron los platos de los comensales. Sexto dijo al que parecía que dirigía:

—Este es mi sobrino Caelio —dijo señalando hacia Flavio—. Y mi otro invitado es Gémino, un oficial de la legión.

—Un placer —dijo el sirviente haciendo un gesto de reverencia con la cabeza.

—Es mi hombre de confianza. Sin él viviría rodeado por el *Caos*^[32] y el desorden —añadió—. Fue mi esclavo durante algunos años, y tras demostrarme su valía decidí manumitirlo y convertirlo en mi *liberatus*^[33]. Ahora que es un hombre libre, lo traje conmigo cuando me destinaron a esta legión. Es un magnífico cocinero, por ello se ha convertido en muy poco tiempo en el responsable de la cocina de los oficiales de alta graduación. Como estuvo muchos años a mi servicio, y somos buenos amigos, suele reservarme siempre algo de lo que comen el legado y los tribunos. Él mismo me lo trae personalmente a mi tienda. Hoy le dije que si podía trajese algo más de comida, pues tenía invitados —dijo de nuevo el hombre sonriendo.

Flavio y Gémino se quedaron mirando al *liberatus* con cierta desconfianza mientras este acababa de servir los platos. Tras finalizar, hizo un leve gesto con la cabeza, casi imperceptible, y los dos esclavos abandonaron la tienda portando alguna de las bandejas que habían quedado vacías. Entonces se colocó a la derecha del que había sido antaño su señor y le dijo:

—Espero que sea todo de tu agrado, *domine*.

—Cuántas veces tengo que repetirte que eres un hombre libre, ya no debes llamarme de esa manera —le dijo el funcionario con una leve sonrisa.

—Lo siento, han sido tantos años... —se excusó el liberto.

—Tranquilo, amigo —dijo de nuevo el hombre—. Gratitud por habernos traído tan exquisitos manjares.

—Es un placer —dijo haciendo una leve reverencia—. De aquí a un rato

enviaré a los mismos esclavos para retirar los platos —se dio media vuelta y abandonó el recinto.

Sexto hizo un gesto con las manos a sus invitados para que comiesen de los platos que les acababan de servir. Francamente la comida tenía un aspecto magnífico y el olor que desprendía era embriagador. La mesa era digna de un banquete preparado para los dioses, si alguien entrase en ese momento y viese todo lo que había allí expuesto, seguramente no pensaría que se hallaba en un campamento militar. La opulencia contrastaba con la humilde comida que estarían comiendo los legionarios en sus tiendas, pensó Flavio. En su vida no había tenido delante tanta variedad ni cantidad de comida, por lo que decidió comenzar por lo que tenía más a mano, unas codornices guisadas, acompañadas de una salsa hecha a base de pasas y alguna hierba aromática. Cuando dio el primer bocado, la carne se deshizo en su paladar, provocando una explosión de sabor. Nunca había probado algo tan delicioso, sin duda Sexto debía de ser alguien muy importante, si no qué hacía en su tienda tanta comida, seguro que ni el legado y sus tribunos comían tan bien por mucho que lo hubiese dicho anteriormente.

Cogió varios trozos más de la deliciosa carne de ave y se sirvió en el mismo plato unas lentejas cocidas mezcladas con varias verduras frescas, sin duda otro bocado digno de los dioses. Se dio cuenta de que los otros dos comensales estaban usando la *cochlea*^[34] para servirse y comer. Él no estaba familiarizado con su uso, pues prefería comer con sus manos, y si tenía que beber algún caldo lo sorbía directamente del plato. Esas herramientas estaban hechas para la gente de más noble cuna y que debía guardar las apariencias. Al verlo, Sexto le dijo mientras le alargaba uno de esos utensilios:

—Creo que a partir de ahora deberías usar esto para comer, un joven de buena familia no come con las manos. Comprobarás que es muy práctica.

El hombre la cogió con cierta reticencia y le echó un vistazo. Había visto que la gente solía usarlas, aunque normalmente eran de madera, en cambio la que le ofreció Sexto era de metal, parecía mucho más elaborada y fina. Tras entregársela, el funcionario le ofreció un plato hondo que contenía algún tipo de caldo de verduras. Flavio la cogió y sumergió el artilugio en él, lo sacó y lo llevó hasta su boca, vertiendo casi todo sobre la mesa. Gémino, que estaba saboreando en ese momento un huevo duro y un puñado de frutos secos, se

quedó mirándole con cierta incredulidad, aunque no dijo nada al respecto. Sexto sonrió levemente mientras le sugería:

—Es mejor que mantengas el brazo en posición horizontal hasta que este llegue a tu boca, así evitarás que caiga. Es muy sencillo, ya verás como cuando lo tengas interiorizado te saldrá de manera natural.

—Si tú lo dices... —dijo resignado el hombre probando de nuevo.

—Creo que ya vale por hoy de clases de modales —intervino el centurión—. Tenemos cosas más importantes que tratar.

—Por supuesto, centurión —suavizó el anfitrión—. Aunque no seas tan impaciente, creo que podemos dejar la charla para después de la cena, disfrutemos de lo que el cocinero nos ha traído.

Tras decir esa frase, el funcionario se llevó a la boca un trozo de filete de carne de vacuno que había cortado con un cuchillo. El soldado hizo caso a la indicación del hombre y continuó comiendo en silencio. Tardaron un buen rato en concluir el ágape, y poco después aparecieron los dos esclavos que habían servido la mesa y procedieron a retirar tanto los platos como las bandejas con la comida que había sobrado. Traían dos bandejas más que depositaron sobre la mesa, una llevaba un surtido de pastelillos, y la otra varias piezas de fruta y algunos frutos secos más. También portaban una gran jarra de vino que sirvieron en las copas vacías de los comensales. Cuando los sirvientes abandonaron el recinto, Sexto tomó la palabra:

—Hablemos ahora de esas cosas tan importantes, amigos.

—Creo que deberíamos trazar un plan —sugirió Gémino—. ¿Habéis pensado ya en cómo nos vamos a deshacer de todos esos legionarios sin llamar la atención?

—Tranquilo, no hay que precipitarse, disponemos de tiempo suficiente para encargarnos de ellos —dijo el anfitrión.

—He estado pensando y sería poco discreto ir acabando con ellos poco a poco —sugirió de nuevo el centurión.

—¿Y tú qué opinas? Eres el experto, al fin y al cabo, para eso te contratamos —dijo Sexto mirando a Flavio, que estaba saboreando en ese momento un delicioso pastelillo de miel y futas.

—Comparto la preocupación del centurión. Creo que si los eliminamos poco a poco llamará demasiado la atención —dijo con calma mientras daba un

sorbo a la copa para acompañar el paso del dulce—. Soy más partidario de asestar un solo golpe que nos permita acabar con tantos como podamos.

—Buena idea —aplaudó Sexto—. ¿Y has pensado en cómo lo vas a hacer? —preguntó el hombre intrigado.

—Tengo algo en mente, es complejo, pero si sale bien puede facilitarnos mucho el trabajo.

—Pues brindemos por ello, y por que los dioses estén de nuestro lado —dijo el hombre alzando su copa de vino, mientras los otros dos hacían el mismo gesto.

CAPÍTULO XIII

La columna se puso en marcha con las primeras luces del alba. Mientras las primeras ocho cohortes salían del campamento, las dos últimas se encargaron de desmontar todo el perímetro del fuerte y cargar el material en las carretas. Los legionarios únicamente habían tenido que desarmar sus tiendas y cargarlas con sus pertrechos, del resto del equipamiento, el de uso común de la legión, se harían cargo los soldados de la novena y la décima cohorte. La IV Macedónica se uniría a las otras dos legiones justo a los pies del majestuoso y colosal acueducto cuya obra se había empezado hacía escasos meses por orden de Augusto, y que poco a poco estaba empezando a coger forma.

La construcción del canal se hizo para poder cubrir las necesidades de abastecimiento de la nueva capital de la provincia, que había sufrido una reciente crecida demográfica. Se englobó dentro del programa de reformas y de embellecimiento de la *urbs* que había llevado a cabo el cónsul. Desde ese punto las tres legiones, acompañadas por todo su séquito, tomarían el camino hasta la ciudad de Ilerda^[35], desde allí se encaminarían dirección a la ciudad de Osca^[36] para posteriormente coger la vía que les llevaría hasta Calagurris^[37]. Ésa sería su última gran parada, ya que desde allí afrontarían la última etapa del camino hasta llegar a Segisamo. El itinerario elegido por los generales era el más largo, pero a su vez el más cómodo, sobre todo por la calidad de las calzadas y los caminos, que eran lo suficientemente buenos como para que hombres y animales anduviesen sin dificultades durante tantas jornadas.

Al llegar al punto de reunión acordado, la IV tuvo que esperar durante un rato la llegada de las otras dos legiones, que estaban acampadas un poco más lejos del lugar elegido para el encuentro. Los oficiales mandaron descansar a sus hombres, aunque sin acomodarse demasiado ya que no querían demorarse mucho. Salonio y Cornelio dijeron a sus hombres que aprovecharan para comer algo y para hacer sus necesidades, ya que no estaba previsto hacer ninguna parada más hasta el mediodía. Todos los soldados iban pertrechados

con el equipo de combate completo, por lo que cuando les ofrecieron la oportunidad de descansar un poco no la quisieron desaprovechar. Aunque era pronto aún, el calor empezaba ya a notarse y presagiaba una larga y dura jornada por delante. Valerio se sentó sobre la fina capa de hierba y se quedó mirando ensimismado en dirección al acueducto con la boca medio abierta. Al verlo, Aurelio le dijo:

—Cualquiera diría que es el primer acueducto que ves en tu vida.

—No es el primero que veo, pero este será sin duda colosal, y eso que aún no está terminado del todo, apenas están empezando —contestó el legionario a su compañero.

—La verdad es que cuando lo acaben de construir será magnífico —añadió Vitelio, que también se había quedado ensimismado con la obra.

—Sin duda debe serlo para que levantes la vista de tus documentos —dijo bromeando Terencio, que estaba comiendo parte de su ración.

—Supongo que al Estado le costará una fortuna llevar a cabo esta edificación —añadió Fabio, que al igual que sus camaradas estaba mirando el puente.

—¿Por qué crees que vamos a someter a esos pueblos salvajes de las montañas? —preguntó Terencio—. Pues para conseguir oro y plata, y así poder acuñar las monedas necesarias para sufragar los gastos de este acueducto y de muchos más edificios públicos. ¿O piensas que el dinero se cultiva, o llueve del cielo?

—Ya lo sabe, Terencio, no hace falta que le hables así al muchacho —intervino Valerio para suavizar—. Además, ¿quién te ha dicho a ti que los salvajes tienen oro y plata? Yo diría que más bien son pastores y agricultores, no he oído que vivan en majestuosos palacios ni en ciudades ostentosas.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué vamos a ir hasta allí si no tienen algo que le interese a Augusto? —preguntó el veterano un poco molesto por lo que le había dicho su compañero—. ¿O acaso crees que el cónsul iba a movilizar tantas legiones y desplazarse tan lejos si no hubiese riquezas y botines que saquear?

—Eso nadie lo sabe con certeza —añadió Aurelio—. Aunque comparto la visión de Terencio, si no para qué tantas molestias. Después de tres años de campaña, algo debe de haber allí que le interese a Augusto como para tener que insistir tanto.

—Quizás, aunque creo que por mucho botín que encontremos, nosotros más bien veremos poco de él —dijo de nuevo Valerio—. Podría ser que el cónsul haya decidido acabar con esta guerra por un tema de orgullo o de limpieza de imagen. Es la primera campaña militar contra un enemigo que no es romano tras largos años de guerras civiles.

—¿Y tú desde cuándo sabes tanto de política? —preguntó Emilio, que se había mantenido al margen de la conversación hasta ese momento.

—Desde que nos va la vida en ello... —contestó secamente Valerio.

Entonces todos los soldados del *contubernium* se quedaron callados y en silencio, sin decir nada más. Estuvieron así durante un buen rato, cada uno pensando en sus cosas, hasta que Valerio, dándose cuenta de las palabras que había pronunciado, les dijo:

—Disculpad, amigos, no era mi intención ser tan brusco...

—No pasa nada, tranquilo —dijo Aurelio—. Tienes toda la razón, no debemos olvidar lo que está en juego, y tampoco debemos relajarnos.

—Tenéis razón, muchachos, debemos estar alerta —añadió Terencio—. Tened presente que durante los próximos días viajaremos junto con las otras dos legiones y acamparemos muy cerca de ellas. Quién sabe si los que ya sabemos están entre esos hombres.

—Quizás estén en la IV más cerca de lo que creemos —dijo Emilio.

—Ya hemos hablado de esto. Debemos estar atentos, aunque tampoco es bueno obsesionarse con el tema —apuntó de nuevo Valerio.

En ese momento se escuchó el sonido de las trompetas procedentes del camino. Los hombres que dirigieron hacia allí sus miradas pudieron observar la llegada en perfecta formación de los primeros legionarios de la VI Victrix^[38]. Ahora solo faltaba la II Augusta y estaría todo listo para empezar el largo viaje que les debía llevar hasta el territorio de los salvajes e indomables pueblos cántabro y astur. Segisamo y Augusto estaban ahora a tan solo veinte días de marcha, no quedaba mucho para poder explicarle al cónsul todo lo acaecido y que así el alma de Marco pudiese descansar en paz.

Los primeros días de marcha transcurrieron con cierta calma y normalidad. La IV abría la marcha, la seguían en orden la VI y tras ésta la II, que iba cerrando la comitiva. La columna era inmensamente larga, parecía que no tenía fin. A las tropas de infantería había que sumarles los carros que transportaban

el avituallamiento y el resto del bagaje. Tras las filas compuestas estrictamente por militares viajaba el séquito de rigor que acompañaba a las legiones en sus largas marchas y que formaba parte del paisaje habitual. Éste estaba integrado por toda clase de personas, artesanos, mercaderes y comerciantes que veían la oportunidad de hacerse ricos siguiendo a la interminable soldadesca, prostitutas que a cambio de sus servicios se hacían con parte de la ínfima paga que recibían los soldados cuando tenían permiso para poder salir del fuerte a aliviarse... Como toda buena comitiva que se preciase, incluía también a las familias de los propios militares, que, aunque no les estaba permitido casarse hasta finalizar sus años de servicio, podían tener concubinas e hijos con estas, pese a que no les estaba permitido alojarse en el interior del recinto militar y debían hacerlo en la parte exterior.

Era sabido y aceptado por todos que las familias de los oficiales eran una excepción, y a algunos de ellos se les permitía estar dentro del recinto acompañando a los suyos. Al ser una norma no escrita y pese a estar también estrictamente prohibido por decreto senatorial, los altos mandos de la legión hacían la vista gorda en esos casos. Por ello, cuando la legión se detenía y acampaba, se creaba a su vez otro pequeño campamento integrado por todos esos seguidores. Cada una de esas personas seguía al ejército por motivos diferentes, había quienes lo hacían por amor, otros se movían simple y llanamente por intereses económicos, y quizás algunos porque no tenían otro lugar donde estar. La cuestión era que cuando se debía decidir el lugar para pernoctar, se debía tener en cuenta también que fuese suficientemente extenso como para dar cabida a tantas personas.

Después de tres largas jornadas de marcha, la comitiva llegó hasta la ciudad de Ilerda, donde establecerían el campamento por unos pocos días, los necesarios para poder reponer las provisiones que se habían gastado hasta ese momento. Esas jornadas de parón iban a ser intensas para todo el personal no militar que servía en la legión, sobre todo para los que tenían la ardua tarea de organizar el sustento de tan magna concentración de gente. Aunque la legión parase temporalmente, los soldados no iban a poder descansar, el entrenamiento continuaría igualmente y el hecho de llevar tres días seguidos marchando sin descanso no iba a evitar que los superiores les dejasen relajarse. Por otra parte, se dirigían a una zona beligerante, en la que las

tropas llevaban varios años luchando en un cruento conflicto que hasta ese momento ya había costado la vida a muchos romanos, por lo que la relajación no era una opción válida, y eso los hombres lo sabían. Se montaron tres campamentos diferentes, uno por cada una de las legiones, tal y como se había hecho a las afueras de Tarraco tan solo unos días antes. Una vez estuvo todo listo, y pese a no estar en territorio hostil, los tribunos se reunieron con los responsables de las centurias, para cuadrar las tareas específicas para cada unidad y los turnos de guardia del recinto. Cuando eso hubo finalizado, era ya casi mediodía y Salonio mandó formar a los suyos para informarles. En el momento en el que todos estaban en posición, empezó a hablar:

—Muy bien, soldados, ya he recibido las instrucciones por parte del tribuno. Hasta pasado mañana no reemprenderemos la marcha, por lo que aparte del entrenamiento diario, que consistirá en marcha a primera hora y posteriormente formación táctica, se nos han encomendado diferentes tareas de apoyo logístico. El *optio* os explicará a continuación en qué consistirán estas y asignará a los hombres necesarios para efectuar cada una de ellas. Cuando quieras, Cornelio.

El segundo al mando dio un paso al frente y sacó un rollo de pergamino, a continuación, empezó a distribuir tareas y hombres por igual. A una parte de los hombres se le asignaron tareas sencillas y próximas al recinto castrense, tales como ir a buscar leña a los bosques más cercanos, tanto para la cocina como para otros menesteres, recoger agua en los ríos o pozos de la zona, mientras que a otros se les encomendaron tareas más complejas, como acompañar al personal civil hasta la ciudad y villas colindantes para proceder a la recolecta del avituallamiento necesario para las siguientes jornadas de marcha. La centuria quedó dividida por *contubernia*, cosa que facilitaba mucho las cosas a los oficiales a la hora de montar los grupos, y cada uno se dispuso a cumplir con las órdenes. Cuando se acabaron de dar todas las indicaciones, se concedió permiso a los legionarios para que fuesen a sus tiendas para preparar el *prandium*^[39]. Una vez tuviesen el estómago lleno harían mejor las tareas asignadas. Cuando la formación rompió filas, Salonio se quedó hablando con Cornelio unos instantes mientras los legionarios se fueron hacia la tienda charlando animadamente. Los hombres se pusieron manos a la obra inmediatamente, hacía muchas horas que habían desayunado y

el cuerpo pedía sustento. Mientras preparaban el fuego para cocinar, Aurelio dijo a sus camaradas:

—Espero que cuando lleguemos a Segisamo nos dejen descansar por lo menos un par de días.

—Yo no contaría con ello —dijo Terencio—. Lo más probable es que cuando lleguemos, Augusto ya tenga todo preparado, por lo que nos enviarán directamente al frente a combatir. Es por todos sabido que la paciencia no es una de sus mayores virtudes, lleva demasiado tiempo allí esperando nuestra llegada. No dudes en que ha tenido tiempo de sobra para planificar todo con sumo detalle.

—Mejor así, mientras estemos ocupados luchando, menos posibilidades tendrán los conspiradores de intentar hacernos daño —sugirió Vitelio.

—Te equivocas, amigo —interrumpió Valerio—. Creo que si nos envían al combate tan pronto como lleguemos, no tendremos ninguna posibilidad de avisar al cónsul de lo que se le viene encima. Además, creo que no hay lugar más discreto para acabar con un grupo de soldados que en pleno combate, siempre se puede decir que las bajas han sido producto de la guerra, ¿no creéis?

—Valerio tiene razón, muchachos —dijo el veterano Emilio con resignación—. Si queremos avisar a Augusto, cosa que será de por sí muy complicada, es preciso que no nos envíen a luchar inmediatamente.

—Si hacemos caso a lo que me explicó Marco sobre los planes de los conjurados, su intención es atentar contra la vida del cónsul en plena campaña. Si lo hacen con él, también lo pueden hacer con nosotros —explicó Valerio a sus compañeros mientras avivaba el fuego.

—¿Entonces qué sugieres que hagamos? —preguntó Fabio un poco confundido por lo que estaban diciendo sus camaradas a la vez que troceaba las verduras que añadirían al caldo.

—No lo sé, debemos encontrar la manera de avisar a Augusto antes de nuestra llegada —dijo pensativo Valerio.

—¿Y si le hacemos llegar una carta? —sugirió Aurelio.

—Es muy arriesgado, amigo —dijo Valerio poniéndole una mano sobre el hombro—. ¿A quién se la entregamos para que se la haga llegar? No sabemos de quién podemos fiarnos, el conducto oficial quizás no sea el adecuado,

desconocemos quién puede estar implicado en este asunto —explicó el soldado.

—Tienes razón, pero si no buscamos una alternativa quizás no tengamos la oportunidad de acercarnos hasta él en persona —respondió con resignación el hispano.

—¿Y tu amigo Sexto? —sugirió Terencio.

—¿Qué pasa con Sexto? —preguntó Valerio.

—¿Podría ser el mensajero? —siguió diciendo el veterano—. Es más, como ya está al corriente de todo no sería necesario que se redactara ningún escrito, él mismo en persona podría avisar al cónsul. Así no nos arriesgaríamos a que alguien pudiese interceptar ninguna misiva.

—Vaya, es la primera vez en muchos años que estoy de acuerdo con este —dijo Emilio—. No sé qué haces sirviendo en la legión, si posees ese talento natural... —dijo en tono de burla el soldado.

Los demás rieron ante el comentario oportuno y cómico de su compañero. El aludido por supuesto se mantuvo serio, quizás molesto por lo que acababa de decir su camarada. Cuando las risas cesaron, Valerio dijo:

—No es mala idea, aunque creo que primero deberíamos saber qué piensa Sexto. Tenemos que asegurarnos de que puede llegar hasta Augusto sin poner en peligro su vida. No quiero que mueran más inocentes a causa de este asunto.

En ese preciso instante Cornelio entró en la tienda. Los legionarios guardaron silencio mientras continuaban con las tareas culinarias. Valerio se acercó hasta su superior y le preguntó:

—¿Va todo bien, amigo?

—Sí, Valerio, todo bien —contestó el hombre esbozando una leve sonrisa—. ¿Se puede saber de qué estabais hablando?

—Hablábamos sobre cómo podríamos avisar al cónsul cuando llegásemos a nuestro destino —dijo Aurelio—. Si nos envían al combate nada más llegar será muy complicado podernos acercar a él.

—Aunque no nos enviaran al frente a combatir inmediatamente, también sería muy complicado acceder hasta Augusto en persona —apuntó Valerio—. No creo que sea sencillo pedir una audiencia con él.

—Quizás para nosotros sea complicado, pero seguro que Salonio puede

mover algunos hilos. Lleva muchos años sirviendo en esta legión, y conoce a muchos hombres importantes que quizás le deban algún favor —dijo de nuevo el *optio*.

—¿Y qué te parecería poner en preaviso al cónsul antes de nuestra llegada? —preguntó Valerio a su superior.

—Es una opción, aunque enviar a un mensajero con una carta me parece un poco arriesgado —dijo de nuevo el oficial.

—Terencio ha tenido una idea —dijo Valerio señalando hacia su camarada—. Ha pensado que una alternativa sería que Sexto le hiciese llegar el mensaje en persona.

—No es mala idea —respondió Cornelio—. Aunque existe un problema...

—¿Cuál? —preguntó el legionario.

—¿Cómo se va a ausentar del campamento en plena marcha? ¿Qué excusa va a poner para partir hacia Segisamo? —apuntó de nuevo el oficial.

—Tienes razón, no habíamos pensado en ello —dijo de nuevo el soldado—. Igualmente deberíamos hablar con él y explicárselo, quizás pueda ayudarnos.

—Sin duda —dijo de nuevo Cornelio.

—Cuando regresemos de las tareas de avituallamiento, tras la cena, me acercaré hasta su tienda y le consultaré —dijo Valerio a sus camaradas—. Así aprovecharé para explicarle lo que Quinto nos dijo sobre el asesino de Marco.

—Buena idea, te acompañaré —dijo Aurelio.

—De acuerdo, aunque te dijese lo contrario vendrías igual, ¿no? —dijo sonriendo Valerio.

—Por supuesto, amigo, me quedo más tranquilo si voy contigo —añadió el hispano—. Es mejor que no nos movamos solos por el fuerte, quién sabe dónde puede estar la amenaza, y además, si te pasase algo Servilia no me lo perdonaría —dijo el soldado poniéndose un poco más serio al nombrar a su joven hermana—. Y yo tampoco...

—Veo que no acabas de asimilar lo que pasó en la taberna de tu primo —dijo Cornelio—. No debes entorpecer el trabajo de Cupido.

—Por supuesto que lo asimilo y lo acepto de buen grado —dijo Aurelio—. Sobre todo porque mi hermana ha elegido a este y no a ti —dijo señalando a su amigo.

Fue entonces cuando el resto de legionarios guardaron silencio durante un instante, esperando la reacción de su superior que se quedó en silencio mirando fijamente a Aurelio. Nadie osó decir nada, no sabían cuál iba a ser la reacción del *optio*. El oficial se levantó de su camastro y se acercó hasta el hispano, que por un momento se arrepintió de las palabras que habían salido de su boca. Al verlo venir, instintivamente dio unos pasos hacia atrás esperando recibir algún golpe o insulto por parte de su superior. Pero en cambio, se dibujó una sonrisa en el rostro de Cornelio y seguidamente dijo:

—Maldito hijo de Plutón, ¿quién te ha dicho que me gusta tu hermana?

Entonces lo cogió por el cuello con su enorme brazo derecho y cuando lo tuvo inmovilizado empezó a despeinarlo con la otra. Los demás soldados, al ver la escena, empezaron a reírse a carcajadas, la respuesta de su camarada había sido buena, aunque lo más inteligente era esperar la reacción del *optio* antes de desternillarse. Pese a que Cornelio era uno más del grupo, no dejaba de ser un superior y eso significaba que podía imponer castigos a sus subordinados, o lo que era sin duda peor, hacérselo saber al centurión para que éste fuese el encargado de implantarlos. La cosa quedó ahí y tras unos fuertes achuchones del oficial cada cual volvió a sus ocupaciones.

Al observar aquella escena de camaradería, Valerio se sintió feliz y contento de estar rodeado por esos hombres. Lamentó en cierto modo haberlos implicado en un asunto tan turbio, pero pensó que eran los más adecuados para tener a su lado. Eran unos valientes, lo habían demostrado en muchas ocasiones, algunos en el campo de batalla, los más veteranos, y los que llevaban menos tiempo en la legión poseían otras virtudes que les hacían ser igual de buenos. Sentía orgullo de servir junto a ellos y sabía que se esforzarían al máximo para ayudarle en su tarea, y que si era necesario darían su vida por ello. Lo sabía porque él haría lo mismo por ellos, sin dudarlo ni un solo instante. Lanzó una silenciosa plegaria a los dioses para agradecer su fortuna y se quedó observando por un instante a sus compañeros. La siguiente plegaria que hizo fue para pedir protección para él y los suyos, y para que el asunto se resolviese de la mejor manera para los presentes, y sin duda también para el cónsul.

No era habitual que un oficial se llevase tan bien con sus subordinados, pese a que fuera de la graduación más baja. Normalmente los hombres que

recibían algo de poder, por insignificante que fuese, solían crecerse. Pero ese no era el caso de Cornelio, que en todo caso había perdido parte de ese poder, pues antes de ser *optio* había ostentado un rango superior. Otros en su situación habrían reaccionado de una manera diferente, pero él lo había aceptado sin problema. Valerio trató de imaginarse cómo habría sido servir bajo sus órdenes. Desconocía si cuando era centurión de la V legión *Alaudae*^[40] tenía ese carácter tan próximo y cordial con sus hombres, o si su personalidad era más parecida a la de Salonio.

Fue entonces cuando recordó la primera vez que le vio, durante la batalla de Actium, en el momento de rendirse sobre la cubierta del navío que estaban asaltando. En aquella ocasión había demostrado ser un hombre de honor, supo aceptar la derrota para salvar las vidas de los hombres que servían bajo su mando. La reacción que tuvo en las celdas fue también loable, pidió agua para los suyos y les sirvió primero a ellos antes de beber él. Eso no lo hacía cualquiera, sin duda prefería pensar que Cornelio había sido un gran centurión y que llegado el momento quizás tendría la oportunidad de recuperar su honor, siendo ascendido de nuevo. Estaba absorto en sus pensamientos cuando una voz le devolvió al mundo real:

—¡El *prandium* ya está!

Era la voz de Fabio, que invitaba a los comensales a servirse lo que se había cocinado. El día había sido caluroso y el caldo de verduras con alubias estaba caliente, aunque el hambre apremiaba, por lo que entró de maravilla. Los hombres comieron con ganas y tras acabar con el primer plato algunos comieron un poco de pan de centeno y algo de queso que aún les quedaba de las raciones que se habían repartido antes de iniciar la marcha. Todo ello acompañado de un buen vaso de *acetum*^[41] o dos.

Cuando estuvieron saciados, Cornelio se dirigió a Aurelio diciéndole:

—No ha estado mal el refrigerio. Todavía recuerdo lo que tu madre y tus hermanas nos prepararon, aquello sí que fue un banquete digno de los dioses. ¿Recuerdas, Valerio?

—Cómo iba a olvidarlo —respondió este.

—Sí, claro, cómo ibas a olvidarlo —dijo riendo Terencio—. ¿No fue esa la primera vez que viste a la hermana de este? —añadió señalando a Aurelio.

—¿Por qué tienes que hacer referencia ahora a mi hermana? ¿Qué pasa,

que no sabéis hablar de otro tema? —dijo un poco molesto el legionario hispano.

—Disculpa, no he dicho nada malo sobre ella —respondió el veterano a su camarada.

—Lo sé, pero es que parece que sea el único que tenga hermana aquí —dijo de nuevo Aurelio.

—Yo también tengo una hermana —dijo Vitelio—. Pero es más fea que Medusa^[42], la pobre...

En ese momento todos los presentes empezaron a reír por la broma que había hecho el joven legionario. Lo que les hizo más gracia fue que de entre todos los presentes, fuera precisamente él quien bromease. O quizás el muchacho lo había dicho en serio, pues no era muy habitual escucharle decir algo gracioso, sobre todo porque era un tipo muy serio. Al ver que sus camaradas no paraban de reír, él hizo lo mismo. Sin duda había tenido gracia, había servido para romper la tensión del momento y aliviar en cierto modo los nervios y estrés que estaban viviendo los últimos días. Cuando todos los hombres dejaron de reír, y mientras alguno se estaba enjuagando aún las lágrimas que habían brotado de sus ojos, el *optio* dijo:

—Bueno muchachos, ya está bien de holgazanear, pongámonos en marcha, tenemos cosas que hacer antes de la hora de la *cena*.

Los legionarios ordenaron un poco la tienda y recogieron los enseres que habían utilizado para comer. Acto seguido se pusieron las *loricas* y prepararon su equipo y armamento para cumplir la tarea que se les había encomendado.

Tal como les había informado anteriormente su superior durante la asignación de las labores que se tenían que llevar a cabo, a ellos les tocó acompañar a un grupo de funcionarios y recaudadores de la legión hasta alguna de las villas colindantes a la ciudad para hacer acopio de provisiones para las siguientes jornadas de marcha. No era un trabajo demasiado gratificante, pues la función de los soldados sería la de escoltar a esos civiles durante el recorrido. Irían acompañados por otro *contubernium*, lo que ayudaría un poco más a los recaudadores, que pese a llevar monedas para pagar los productos, era por todos sabido que en el momento en que se presentaban en un *latifundium*^[43], el precio que se pagaba por el avituallamiento era bastante inferior al oficial. Eso generaba malestar entre los

productores, que ya de por sí vivían subyugados a todo tipo de cargas fiscales e impuestos, como para tener que contribuir también al abastecimiento de las tropas. Era por ello que los mandos de las legiones enviaban a sus soldados armados para convencer a los agricultores de que debían colaborar de manera pacífica. No solía generarse ningún conflicto, aunque en alguna ocasión se tenía que hacer uso de la fuerza. Cuando ésta era necesaria, bastaba con un par de golpes bien dados para convencerles de lo importante que era aunar esfuerzos para contribuir a la expansión de la República.

La tarea se llevó a cabo con normalidad y sin ningún incidente que se tuviese que destacar, nada más allá que algún leve insulto hacia los hombres que se encargaban de efectuarla. Todos los propietarios acabaron aceptando el precio que se pagó por las provisiones, a unos les costó más que a otros, pero al final todos fueron convencidos. Así pues, la formación estuvo de regreso en el fuerte un rato antes de la cena. Como había indicado el centurión, a medida que los grupos fuesen llegando al campamento podían dirigirse a sus tiendas sin necesidad de formar para pasar revista. Ya se encargarían de hacerlo a la mañana siguiente. Pese a que el trabajo no había requerido demasiado esfuerzo, los hombres estaban cansados de caminar y sobre todo de estar de pie durante horas portando el pesado equipo. No estaban en territorio hostil, por lo que muchos creían que no habría sido necesario portar el *scutum*. Se lo habían comentado a Cornelio antes de abandonar la tienda, aunque éste fue claro y explícito cuando les dijo que eran órdenes de Salonio y que se debían cumplir a rajatabla.

Prepararon la *cena* en poco rato, pues había sobrado un poco de caldo del refrigerio anterior. Simplemente añadieron unas gachas y un poco de pan y queso para complementar el ágape. Cuando hubieron acabado de cenar era ya de noche, y varios de los hombres se acomodaron en sus camastros, estaban cansados, por lo que optaron por dejarse llevar por Somnus^[44]. El cansancio no se debía únicamente a la tarea que habían llevado a cabo por la tarde, sino en general por la larga marcha diaria que estaban llevando a cabo. Valerio, que estaba ordenando sus cosas, se levantó del camastro y se dirigió hacia la puerta de la tienda. Al verlo, su camarada Aurelio le preguntó:

—¿Se puede saber adónde vas ahora?

—A ver a Sexto —respondió el soldado.

—¿Y no puedes esperar a mañana? ¿Tan urgente es? —volvió a interrogarle.

—Ya lo hemos hablado antes —dijo Valerio—. Debemos explicarle lo del mensaje, necesitamos saber si está dispuesto a ayudarnos, y lo que es más importante, si tiene la posibilidad de hacerlo.

—Valerio tiene razón —intervino el *optio*—. No podemos perder ni un solo instante. Por eso yo también te acompaño a verle.

—Está bien. Iré contigo, te prometí que lo haría —dijo el hispano levantándose de la cama y acercándose hasta su camarada.

—Si viene Aurelio no será necesario que vengas tú —dijo dirigiéndose a su superior, que ya estaba caminando hacia ellos.

—¿Y perderme esos exquisitos manjares que tiene nuestro amigo en su tienda? ¿Y ese magnífico vino que nos sirvió la última vez que estuvimos allí? —dijo riendo el oficial.

—Ya decía yo que había algo detrás de ese interés —dijo Emilio mientras se tumbaba sobre su cama—. Será que no has comido suficiente ya...

—Soldado, si una cosa me ha enseñado la experiencia es que debes aprovechar para comer todo lo que puedas cuando se presente la ocasión. Quién sabe cuándo será la siguiente ocasión en la que puedas probar bocado, si es que hay una siguiente... —dijo Cornelio mientras se abrochaba el cinturón.

—Pues que así sea —dijo el veterano dándose la vuelta—. Eso sí, rogaría que cuando regresarais no hicieseis ruido, últimamente tengo el sueño muy ligero.

—Será la edad, amigo, te estás haciendo viejo —dijo riendo el *optio* mientras salía de la tienda acompañado de sus camaradas.

No tardaron demasiado en llegar hasta la tienda del funcionario, que estaba iluminada. Al acercarse hasta la cortina de acceso, Valerio dijo en un tono de voz fuerte:

—¿Se puede pasar?

Al momento se escuchó una voz desde dentro que respondía:

—¿Quién es?

—Soy yo, Valerio —dijo el soldado.

—Por supuesto, adelante.

Los tres soldados accedieron al interior del habitáculo y vieron cómo el funcionario estaba sentado en la mesa. Estaba cenando aún, se limpió la boca con una servilleta de lino mientras se levantaba de la mesa y se acercaba hasta los hombres. Entonces les dijo:

—¿Qué tal estáis, amigos? Pasad, no os quedéis ahí de pie, sentaos y comed lo que queráis.

—Gratitud, Sexto, pero ya hemos cenado —dijo Valerio tomando la iniciativa—. No te entretendremos demasiado.

Mientras acababa la frase, Cornelio ya estaba al lado de una silla dispuesto a sentarse. Al verlo, el anfitrión le preguntó:

—¿Una copa de vino, *optio*?

—Si no es mucha molestia —dijo mientras alcanzaba una de las copas vacías que había sobre la mesa—. Si pudiese ser, del mismo que el otro día.

Tanto Valerio como Aurelio pusieron cara de circunstancia ante la respuesta que dio su superior, aunque se mantuvieron en silencio, sobre todo para no desacreditarle en público. Ya le regañarían más tarde, cuando regresaran a su tienda. El funcionario respondió:

—Lo siento, pero aquel vino se acabó justo ayer. Desde que mi sobrino está conmigo, bebemos más.

—Por cierto, ¿dónde está ahora Caelio? —preguntó Valerio.

—Pues me ha dicho que le habían invitado a cenar y que regresaría un poco tarde. Ha entablado amistad con varias personas del campamento con relativa rapidez. Es un muchacho muy extrovertido, se hace pronto con la gente —dijo el hombre.

—Qué buena noticia. Me alegro mucho por él, la vida en un campamento militar no es muy agradable para los que no son soldados —inquirió el legionario.

—Te doy toda la razón, Valerio, aunque mi sobrino posee algunas habilidades innatas muy buenas —respondió mientras acercaba una jarra de vino a la mesa e invitaba a tomar asiento con un gesto a los dos soldados que estaban aún en pie.

Acto seguido sirvió la copa del oficial, que de un trago engulló el líquido, y les ofreció a los otros dos hombres. Ninguno de los dos aceptó, poniendo como excusa el hecho de que acababan de cenar y estaban saciados de comer y

beber. En cambio, Cornelio le pidió que por favor le sirviera otra copa del exquisito jugo de uva. Sexto lo hizo, y tras eso les ofreció una bandeja con varios pastelillos y alguna pieza de fruta. El único que comió fue el oficial, que cogió cuatro dulces y los engulló casi sin masticar, como si hiciese días que no comiese nada. Al verlo, Sexto sonrió y los dos legionarios sintieron un poco de vergüenza por la actitud de su superior. Para no incomodarlos más, el funcionario preguntó:

—¿En qué puedo ayudaros?

—Verás, no hemos podido venir a verte antes. Ya sabes, las exigencias de la marcha —dijo disculpándose el soldado.

—Tranquilo, no te preocupes, yo también he estado bastante ocupado estos últimos días. Al no estar Marco entre nosotros, he tenido que dedicarle más horas al trabajo para continuar con lo que él estaba haciendo y ponerlo todo al día. Aunque se designó a otro funcionario para cumplir con las tareas de avituallamiento, la verdad es que he tenido que ayudarle en más de una ocasión. Marco era muy meticuloso en sus labores y nos está costando un poco asimilar su modelo de trabajo —dijo el hombre.

—Entiendo... La cuestión es que el día antes de partir de Tarraco, vino a vernos Quinto, ¿recuerdas que te hablamos de él? —preguntó Valerio.

—Sí, me dijisteis que habíais llegado a un acuerdo con él o algo así —dijo Sexto.

—Algo así. Él se encargaría de dar con Flavio y luego nos lo haría saber para que le pudiéramos capturar y sacarle algo de información —añadió el soldado.

—¿Y qué os dijo? —preguntó intrigado.

—La verdad es que las noticias no fueron muy halagüeñas —dijo el *optio* mientras se secaba la boca con la manga de la túnica—. Pese a que le buscó por todos los rincones de la ciudad, no consiguió dar con él.

—Quizás se marchó tras cobrar la recompensa —sugirió el hombre.

—Es una posibilidad que barajamos desde el principio —añadió Valerio.

—Gracias por facilitarme la información. Si ha puesto tierra de por medio, mejor para nosotros. Una cosa menos de la que preocuparnos —dijo el funcionario.

—Ese traidor... —apuntó Valerio—. Era el único que nos podría haber

facilitado alguna información sobre los que le contrataron. Quizás esos mismos hombres en lugar de pagarle por sus servicios decidieron que era mejor acabar con él.

—Si pasó eso, mejor para todos, no deberemos preocuparnos por ese malhechor, y Marco habrá sido vengado —dijo de nuevo el hombre.

—Eso seguro, aunque preferiría haberlo capturado, así le habríamos podido sonsacar algo de información. Ahora la cosa se complica más. Volvemos al punto inicial, seguimos sin saber quiénes están implicados —volvió a decir el legionario—. No tenemos ni una sola pista, no sabemos ni por dónde empezar.

—Tranquilo, amigo, ya se nos ocurrirá algo, aún disponemos de algo de tiempo... —le calmó Sexto.

—De eso era de lo que queríamos hablar contigo —dijo Aurelio—. Hemos pensado que la opción más viable que tenemos en estos momentos pasa por avisar cuanto antes a Augusto de lo que se le viene encima. Así podrá estar atento ante cualquier intento de atentar contra su persona, debemos alertarle de lo que se está fraguando.

—¿Y cómo habéis pensado hacer tal cosa? —sugirió el hombre un poco intrigado.

—Ahí es donde entras en juego tú —dijo Valerio—. Necesitamos que nos ayudes.

—¿Yo? ¿Y cómo creéis que puedo seros útil? —dijo el hombre.

—Para nosotros será muy difícil acceder al cónsul o a su entorno más cercano, ya que seguramente nos enviarán al combate tan pronto como llegemos a Segisamo —empezó a explicarle—. Pero para ti será más sencillo, tienes contactos en las altas esferas y creemos que podrías hacerle llegar un mensaje advirtiéndole de la conspiración. Aunque no sepamos quiénes están implicados aún, le pondremos en guardia inmediatamente.

—No es mala idea, aunque le veo un pequeño inconveniente a vuestro plan, amigos —dijo Sexto frunciendo el ceño.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es ese inconveniente? —dijo Cornelio mientras devoraba otro de los pastelillos, esta vez eligió uno que estaba hecho de frambuesas, limón y miel, y por la cara que puso el hombre al saborearlo debía de estar delicioso.

—Es muy sencillo, *optio*, estamos a muchos días de camino de Segisamo y yo tengo mucho trabajo que hacer aquí, por lo que espero que comprendas que no puedo desaparecer de la noche a la mañana sin dejar rastro —explicó el funcionario—. ¿Quién crees que es el responsable de que los hombres y bestias de esta legión tengan comida que llevarse a la boca a diario? —añadió con cierto tono de enfado.

—Eso era lo que queríamos preguntarte, amigo —dijo Valerio—. Pero no te enfades, nosotros no estamos hechos para pensar demasiado, somos simples soldados, obedecemos órdenes.

—Lo siento, perdonadme, amigos —se excusó Sexto—. No quería ser tan brusco, os entiendo perfectamente y sé que vuestras intenciones son las mejores, pero hay cosas que van más allá de nuestro control. Somos simples hombres, quizás ni los dioses puedan hacer lo que estáis sugiriendo.

—No pasa nada, todos estamos nerviosos e inquietos —dijo Aurelio—. Quizás lo mejor sea ir haciendo las cosas sobre la marcha, esperar a ver qué pasa cuando lleguemos a nuestro destino.

—Sí, en definitiva, creo que será lo mejor —dijo el hombre sirviéndose una copa de vino—. Tan pronto como lleguemos a nuestro destino moveré los hilos necesarios para pedir una audiencia con el cónsul o con alguno de los miembros de su estado mayor. Eso sí que está al alcance de mis posibilidades, o por lo menos eso creo —dijo el hombre poniéndose en pie seguidamente.

—Te lo agradecemos mucho, Sexto —dijo Valerio—. Si nos mandan directamente al combate tú serás el único que podrá avisar a Augusto, nadie más que no sea legionario está al corriente del asunto.

—Confío en que dispongáis de unos días de descanso tras la larga marcha, y así podréis hablar vosotros en persona con él, o con sus hombres de confianza —dijo el funcionario mientras se acercaba hasta la puerta de la tienda.

—Que los dioses te escuchen, amigo —dijo Valerio, haciendo un gesto con la cabeza a sus compañeros para que se levantasen de la mesa—. Ahora, si nos disculpas, debemos regresar a la tienda, mañana nos espera otra dura jornada de trabajo y no queremos robarte más tiempo, supongo que tu día también será movido.

—Lamento no haber podido ser de más ayuda —dijo el hombre.

—Sí que nos has ayudado —dijo Cornelio—. Nos has hecho tocar de pies en el suelo, nos has aconsejado sobre cómo hacer las cosas con criterio y en todo caso te has ofrecido a mover ficha para avisar a Augusto. Creo que es más de lo que te habíamos venido a pedir.

—Os ayudaré en todo lo que pueda. Ya sé que soy un simple funcionario y no os puedo servir para la lucha, pero cualquier cosa que necesitéis podéis venir a verme —dijo el hombre dándole un cálido abrazo a Valerio.

—Gratitud, Sexto, eres un buen hombre. Ahora entiendo por qué eras amigo de Marco —dijo de nuevo el legionario devolviéndole el abrazo.

Sus dos compañeros estrecharon el brazo al funcionario, que se quedó unos instantes en el exterior de la tienda observando cómo los tres soldados desaparecían en la oscuridad de la noche a la vez que alzaba la vista al cielo, emitía un ruido con la boca, como una especie de maldición, y volvía de nuevo al interior del recinto.

CAPÍTULO XIV

Era ya noche cerrada y tal y como habían quedado, Gémino le estaba esperando dentro de su tienda. La intención era pasar desapercibidos, hacer el trabajo y desaparecer lo antes posible, era bastante sencillo de llevar a cabo, por lo que pensó que no debería explicarle con demasiado detalle el plan. Además, ese hombre no era como el inútil de Manlio, desprendía veteranía y experiencia, sus ojos lo reflejaban. Pensó que, ya que tenía que colaborar con él forzosamente, el hecho de que fuese un oficial curtido era de agradecer, dudaba mucho que le fuese peor que con sus últimos socios. Cuando al principio Sexto le propuso la idea de que el centurión le echase una mano con el plan, no estuvo de acuerdo, le dijo que era una tarea sencilla y que prefería hacerlo solo, por no proporcionar a alguien al que no conocía información sobre su manera de proceder. Pero el funcionario insistió, alegando que ese hombre se conocía el campamento como la palma de su mano y que le ayudaría a moverse en la oscuridad con mucha más seguridad que si lo hacía en solitario.

Entonces decidió que quizás era un buen momento para sacar provecho de las circunstancias. Ese hombre le llevaría hasta el punto elegido sin dificultad alguna y sin llamar la atención, ya que era una cara conocida para muchos de los legionarios de la IV. Por otro lado, el centurión no se movía por el interés económico, sino por un principio de moralidad, así que tampoco supondría ningún riesgo a la hora de cobrar la recompensa tal y como le había aclarado su valedor desde el primer momento. Nunca entendería a esa clase de hombres que hacían cosas infames, que arriesgaban sus vidas y sus carreras por un tema meramente de valores personales, si por lo menos hubiese una buena cantidad de denarios de por medio... No importaba, no iba a dedicarle más tiempo a ese pensamiento, que cada uno hiciese lo que su corazón le dictase. Él tenía claro que todo en esta vida tenía un valor económico. Entró a la tienda y se quedó inmóvil observando al soldado que también estaba en pie. Tras unos instantes de silencio, Flavio dijo:

—Voy a ponerme más cómodo —y empezó a sacar unos ropajes oscuros

de la alforja que llevaba sobre su hombro derecho.

—Como prefieras —respondió Gémino mientras el asesino se cambiaba de ropa.

—¿Vas a ir así vestido? —preguntó Flavio, observando al soldado que iba vestido únicamente con su túnica militar y el *cignulum* bien ajustado.

—¿Cómo quieres que vaya? —preguntó el hombre.

—Tendrás que ponerte algo más oscuro si quieres pasar un poco más desapercibido —añadió Flavio mientras se colocaba la parte de arriba y se ajustaba las dos muñequeras de cuero.

—¿Para qué? Estamos en mi campamento, creo que no será necesario que pase desapercibido, ¿no crees? —apuntó el centurión—. Si hago lo que me estás sugiriendo quizás llame más la atención.

El asesino se quedó sorprendido ante la respuesta del soldado, no se esperaba que le contestase tal cosa, aunque tras pensar brevemente en ello se dio cuenta de que tenía toda la razón. Sería mucho mejor que Gémino le condujera hasta el objetivo con normalidad, él ya se encargaría de seguirle desde lejos, oculto entre las sombras si era preciso. Parecía pues que no era un estúpido, tal y como esperaba. Si no hubiese sido soldado de la República quizás ambos se habrían llegado a entender. Así pues, le respondió:

—Tienes toda la razón, creo que es mejor que lo hagamos como tú dices.

—Te conduciré hasta la tienda de esos legionarios. Te la indicaré para que lleves a cabo el plan, tras lo cual me marcharé para no levantar sospechas —explicó el oficial—. Del resto te encargas tú...

—Es más que suficiente... —respondió secamente el asesino.

—Solo te pido una cosa —dijo el oficial romano.

—Dime —respondió con cierto interés Flavio.

—Elimina solo a los soldados que están implicados en este asunto. No deseo que haya víctimas inocentes y que no tengan nada que ver con el tema, al fin y al cabo soy un soldado de Roma —dijo Gémino.

—Tienes mi palabra, centurión —respondió el hombre al ver el rostro serio del oficial.

Tras acabar de apretarse los brazaletes, se cubrió la cabeza con la capucha oscura y se tapó el rostro con el pañuelo, dejando solo visibles los ojos. El hombre que tenía delante ni se inmutó, no cambió su rictus facial ni por asomo

y únicamente le hizo un gesto con la mano derecha indicándole que le siguiera. Primero abandonó la tienda el soldado, mientras que Flavio se quedó detrás de la cortina a la espera de que éste le hiciese la señal acordada para seguirle. Cuando Gémino se cercioró de que el paso estaba libre, le hizo la señal al asesino, que salió como una sombra del recinto y se colocó en uno de los laterales de la calle improvisada que formaban las tiendas de los soldados. No tuvieron mucha dificultad en el trayecto, ya que a esa hora la mayoría de los hombres estaban ya durmiendo, si una cosa había comprobado Flavio era que a según qué horas de la noche el campamento parecía un desierto, pues no se movía ni un alma.

La formación diaria de esos hombres debía de ser tan dura y exigente que provocaba que llegasen rendidos a la noche, y lo único que les pedía el cuerpo era comer algo y dormir. El hecho de que estuvieran acampados en un territorio no hostil ayudaba más a la hora de franquearle el paso. Las guardias se hacían hacia fuera y no hacia el interior del campamento. Lo que sí le había advertido Gémino era que cabía la posibilidad de que se cruzasen con alguna patrulla de legionarios que estuviese de ronda, aunque no solían ser muy habituales. Que se hiciesen o no esas patrullas por el interior del recinto dependía más bien de los oficiales que estaban de guardia, pues no existía un protocolo específico a seguir en las zonas ya pacificadas.

Pero aquella noche parecía que Fortuna estaba de su parte, pues no se cruzaron con ninguna de esas patrullas, y por ende tampoco con ningún legionario. Parecía ser que los altos mandos de la legión habían sometido a sus hombres a tareas muy duras, pues no había ni un solo hombre en el exterior de las tiendas, estarían ya todos dentro de estas descansando. Eso facilitó mucho las cosas a los dos hombres, que en muy poco rato llegaron hasta su destino. Cuando Gémino se detuvo, buscó en la oscuridad a Flavio. Cuando vislumbró su posición se acercó hasta él y le dijo en voz baja, señalando hacia una de las tiendas:

—Tus objetivos están ahí dentro. Ya he cumplido mi parte del trato, ahora recuerda lo que has prometido.

—Descuida, se hará como hemos acordado —respondió el asesino calmando los ánimos del centurión.

—Eso espero, por tu bien, claro está... —añadió mientras se daba media

vuelta y desaparecía, deshaciendo el camino por el que habían llegado.

Flavio se quedó ligeramente inquieto tras escuchar la última frase de ese hombre. No fue miedo lo que sintió, sino más bien duda, su sexto sentido se había activado de manera inmediata. No había respondido nada, prefirió centrarse en lo que tenía entre manos y dejar para más tarde ese pequeño intercambio de opiniones. Lo que sí que estaba claro era el hecho de que uno no se podía tomar a la ligera las palabras de hombres como Gémino, no era una simple amenaza, debía tener claro que si se ponía a ese hombre en contra tendría serias dificultades.

No había contado con ese extra a la hora de trazar el plan. Se había mostrado cauto y no le había explicado a nadie cuál iba a ser su siguiente paso. No le había contado nada ni a Sexto, no por desconfianza, sino por mera y simple precaución. Ni siquiera el propio funcionario le preguntó nada acerca de cuáles eran sus intenciones, cosa que le hizo pensar que tenía plena confianza en él. Decidió que ya se preocuparía más adelante del veterano centurión, si es que era necesario hacerlo. Ahora debía centrarse en lo que tenía entre manos, si el movimiento le salía tal y como había previsto era probable que eliminase a todos los legionarios de un solo golpe. El plan era bastante sencillo, aunque a su vez, si no se llevaba a cabo con suficiente precisión podía irsele de las manos.

Tras haber estado meditando durante días sobre la manera en la que podía deshacerse de tantos hombres, había llegado a la conclusión de que hacerlo de manera individual era muy arriesgado, en primer lugar, porque se la jugaba con cada acción que tuviese que efectuar, ya que se tendría que exponer tantas veces como víctimas tenía en su lista. En segundo lugar, los soldados estaban solos en raras y contadas ocasiones, ya que la mayor parte del tiempo estaban acompañados por sus camaradas, cosa que aumentaba las posibilidades de ser descubierto, y para finalizar, como tercera variable, ir eliminando legionarios de uno en uno llamaría demasiado la atención, no se trataba de ir dejando un reguero de cadáveres. Mucho más si se tenía en cuenta que se trataba de hombres pertenecientes todos a un mismo *contubernium*. Eso sin tener en cuenta que además de los soldados rasos, debía deshacerse de un oficial, ni más ni menos que de un centurión. Por ello creyó que debía cambiar la estrategia, en lugar de acabar con ellos individualmente la clave era hacerlo a

la vez, y si lo conseguía seguro que no llamaría tanto la atención.

Repasó de nuevo el plan. Ahora que estaba frente a la tienda de sus víctimas, el siguiente paso era hacerse con una antorcha o algo similar, llenar bien de paja los alrededores del habitáculo y dejar que el fuego hiciese el resto. No se debería manchar las manos de sangre ya que las llamas harían las veces de verdugo, enviando de esa manera a los legionarios al Averno o adonde quisiesen los dioses que tuvieran que rendir cuentas. De un solo golpe magistral se desharía de siete legionarios, que al estar profundamente dormidos no tendrían tiempo de reaccionar. Como por las noches refrescaba, era habitual que los soldados encendiesen algunas hogueras, la mayoría situadas en las puertas de las tiendas. Eso serviría como excusa para justificar el incendio, se trataría de un accidente, de un simple y banal descuido de los hombres que tras un día largo y duro de trabajo se habían acostado sin acordarse de apagar el fuego. No haría falta abrir ninguna investigación, ya que la cosa estaría clara, se alegraría en todo caso que el viento había sido el causante del fatídico accidente.

El plan era bueno, aunque lo único que le hacía dudar era el hecho de que el fuego se extendiese más allá del lugar elegido. Aquella noche no soplaba casi viento, por lo que las posibilidades de que afectase a otras tiendas eran bastante bajas, aunque seguía existiendo una pequeña probabilidad de que pasase, la voluntad de los dioses estaba fuera del alcance de los hombres. Ahí es donde entraba lo que Gémino le había dicho justo antes de marcharse, si algún legionario inocente moría o era herido en la acción se las tendría que ver con él, y sinceramente no le apetecía demasiado eso. Estaba decidido a correr ese riesgo, sin duda valía la pena si se quitaba de en medio a siete legionarios de una tacada. Si alguien más resultaba herido no sería responsabilidad suya, le habían pagado por acabar con esos hombres y él pensaba hacerlo sin exponer su vida más de lo necesario. Como diría Sexto, había intereses muy importantes en juego y sin duda llegado el momento el funcionario intercedería por él, estaba completamente seguro. Los dos tenían un objetivo común y eso primaba más que la vida de cualquier inocente, simplemente había que ver cómo apenas le importó que hubiese matado a Marco hacía tan solo unos días.

Desde la tienda que pretendía incendiar hasta la más próxima había casi

tres *passi*, suficiente como para que ésta no ardiera. Decidió colocar algo de paja en la parte trasera del habitáculo y hacer que el fuego prendiese desde esa zona. No le fue difícil conseguir el material inflamable, ya que por el suelo había restos suficientes. Se acercó con suma cautela a la zona posterior y amontonó los restos de forraje justo donde empezaba la tela. Acto seguido se movió con el sigilo de un animal que acecha a su presa en busca de una antorcha o un tronco de alguna de las hogueras más cercanas. No vio presencia de ningún soldado al pasar entre las tiendas, aunque de vez en cuando oía algún ronquido o algunas palabras de alguien que debía estar hablando en sueños. En una ocasión, dos tiendas más a la derecha de la que ocupaban sus objetivos le pareció escuchar una conversación entre dos hombres, por eso procuró rodearla para no cometer ningún error que pudiera delatar su posición.

Cuando encontró la primera pira, estaba casi exigua, por lo que casi no quedaba llama, únicamente quedaban las ascuas. Se agachó y sopló un poco en un tronco que estaba aún a medio quemar, y consiguió reavivarlo haciendo que éste empezase a arder de nuevo poco a poco. Ya tenía todo lo necesario para emprender la acción, ahora solo debía volver a la posición inicial y prender la paja que había dejado preparada. Se colocó detrás de la tienda de nuevo y acercó el palo ardiente hasta los rastrojos. Éstos prendieron inmediatamente, a continuación, la lona empezó a arder de abajo arriba. Flavio se apartó unos pocos pasos y se quedó observando cómo el fuego iba consumiendo el tejido vorazmente, hasta el punto que en poco rato el fuego consumió casi toda la cobertura del recinto. Se quedó ensimismado, contemplando con orgullo su obra, hasta que los primeros gritos procedentes del interior le devolvieron al mundo real. Entonces se alejó unos cuantos pasos más hasta quedar bien a cubierto. Lo que sus ojos vieron a continuación fue estremecedor.

Del interior de la tienda empezaron a escucharse más gritos, esta vez de diferentes personas. Unos eran de dolor y otros de alerta. La curiosidad pudo más que él y decidió quedarse a ver cómo acababa todo, quería estar seguro de que los siete ocupantes morían esa misma noche. La parte de la entrada estaba en llamas, todavía no había acabado de prender cuando vio que una masa en llamas la atravesaba gritando como una antorcha humana. Sin duda se trataba de uno de los legionarios, estaba intentando salir de aquel infierno y al

hacerlo seguramente sus ropajes habían prendido y se había transformado en una bola incandescente. El hombre gritaba de dolor, eran unos gritos espantosos. En su vida había escuchado ese tipo de alaridos, ese infeliz debía de estar sufriendo mucho. Al momento vio que en las tiendas cercanas empezaba a haber movimiento, sin duda el griterío había despertado a los legionarios que estaban durmiendo. Los primeros hombres empezaban a salir de sus tiendas a toda prisa, la mayoría de ellos medio dormidos y aún un poco desorientados.

En ese instante algo llamó su atención, a casi treinta *passi* de la tienda en llamas, observó cómo tres figuras corrían apresuradamente en dirección al fuego. Aguzó un poco la vista y cuando sus ojos reconocieron los rostros de esos tres hombres, sintió una punzada en su corazón. No podía ser, era el legionario Valerio, acompañado de nuevo por Aurelio y el *optio*, el maldito Cornelio. Se quedó sorprendido al verlos. Por los dioses, esperaba que estuvieran dentro de la tienda, debían estarlo. ¿Qué diantre hacían corriendo a toda velocidad en dirección al incendio?... Fortuna volvía a reírse de nuevo de él, ¿qué le había hecho a la diosa para que le castigase de esa manera? Era el momento de desaparecer de allí, no podía entretenerse más, cada vez había más soldados fuera de las tiendas y eso jugaba en su contra. Tenía a menos de diez *passi* de distancia a los tres legionarios, que estaban tratando de apagar con sus capas al hombre que había salido hacía tan solo un instante de la tienda envuelto en llamas. Entonces salió de su escondrijo rápidamente, dispuesto a abandonar aquel lugar. En ese mismo instante, miró por última vez a los tres soldados. Se quedó helado al ver cómo Valerio se había fijado en él. No sabía si le había visto bien, aunque sus miradas se cruzaron por unos instantes. Tampoco se quedó más tiempo para comprobarlo, se dio media vuelta y desapareció rápidamente entre las sombras de la noche con la duda sembrándole el ánimo.

CAPÍTULO XV

—¿Qué es aquel resplandor? —preguntó Aurelio alertando a sus camaradas.

—Parece un incendio —apuntó el *optio*—. Y viene de la zona de tiendas donde está acampada nuestra centuria.

—¡Maldición! —bramó Valerio mientras arrancaba a correr a toda prisa—
¡Por Júpiter! ¿A qué esperáis? —gritó alentando a sus camaradas.

No había acabado de completar la frase cuando el legionario ya estaba corriendo a toda velocidad hacia el lugar. Sus dos compañeros reaccionaron de inmediato y al unísono tras escuchar sus palabras, e iniciaron la carrera tras él. Enfilaron la avenida que iba a parar hasta su tienda a toda velocidad, y ya de lejos comprobaron que los presagios eran desfavorables, la que estaba en llamas era la suya. Los tres hombres cruzaron sus miradas y sin articular palabra alguna aceleraron la carrera hasta el límite con intención de llegar cuanto antes hasta su destino.

Cuando estaban a escasos veinte *passi* de ésta, presenciaron una terrible escena. Una figura envuelta en llamas salió del habitáculo y pese a que no reconocieron al hombre que estaba ardiendo, dedujeron que se trataba de alguno de sus compañeros de *contubernium*. Valerio se sacó a toda prisa la capa que llevaba a las espaldas y se lanzó hacia ese hombre para interceptarlo e intentar sofocar las llamas que lo envolvían. Sus dos compañeros hicieron lo mismo con lo que tenían a mano. El hombre se desplomó en el suelo cuando éstos estaban muy cerca. Sin pensárselo dos veces Valerio, que fue el primero en llegar, lanzó su capa sobre la espalda de su compañero para intentar salvarle. Al momento aparecieron Aurelio y Cornelio sujetando unas mantas que habían encontrado cerca del lugar. Tardaron unos instantes en apagar el cuerpo en llamas de su amigo, y cuando hubieron concluido le dieron la vuelta a toda prisa.

Aunque la víctima tenía el rostro ennegrecido le reconocieron sin duda alguna, era Fabio, y parecía que no respiraba. En ese instante Valerio, casi de manera instintiva, alzó la mirada y la dirigió hacia la tienda que todavía ardía.

Se quedó paralizado cuando vio emerger de la parte posterior de ésta una figura. Al darse cuenta de que el legionario la estaba mirando, ésta se mantuvo inmóvil unos instantes e inmediatamente desapareció en la oscuridad de la noche. Pese a haberlo visto fugazmente, fue tiempo suficiente como para poder reconocerle. No podía ser, era imposible... Se trataba de Flavio. No había duda, era esa sucia e infame rata. Allí estaba, vestido igual que la última vez que se cruzaron en el bosque, el día que acabó con la vida de Marco.

Estaba dentro del campamento de la IV legión, justo al lado del fuego que estaba consumiendo su tienda y la de sus camaradas de *contubernium*. Simplemente le vio un momento, pero supo que se trataba de él. Tanto tiempo buscándolo y resultaba que estaba más cerca de lo que se imaginaba, demasiado cerca de ellos. Habían perdido mucho tiempo en buscarle por fuera y habían olvidado hacerlo dentro, Flavio se había convertido en el enemigo interior. Ellos que creían que había puesto tierra de por medio, creyeron que tal vez tras cobrar la recompensa se había esfumado o que quizás los que le habían contratado se habían deshecho de él. Nada más lejos de la realidad, les había seguido la pista y si estaba tan cerca de la tienda, seguro que tenía algo que ver con el incendio que la estaba consumiendo. Estuvo tentado de levantarse y salir tras él cuando éste huyó a toda prisa en la oscuridad. Pero era inútil, no lograría alcanzarle y en ese momento lo más importante era socorrer a sus camaradas. Exceptuando a Fabio, que yacía sin vida entre sus brazos, el resto estarían dentro de aquel horrible infierno, por lo que tuvo que priorizar. Justo entonces Aurelio le gritó a su amigo:

—¡Valerio, te has quemado las manos!

El soldado, aún estupefacto por lo que acababa de ocurrir, no se había percatado de que lo que le decía su camarada era cierto. Al intentar apagar las llamas que consumían el cuerpo de Fabio había sufrido quemaduras en ambas manos. Las tenía enrojecidas y sangrando, aunque eso era lo que menos le preocupaba en ese momento, ni siquiera notaba el dolor. Se giró hacia Cornelio y vio cómo éste le hacía un gesto con la cabeza confirmándole que el pobre muchacho había fallecido. Justo entonces, mientras se cubría las manos con unos trozos de tela que había arrancado de la parte baja de su túnica, vio cómo del interior de la tienda en llamas emergía otra figura envuelta en lo que parecía ser una manta. Cuando se deshizo de la cobertura lo reconoció, era

Terencio. El veterano se deshizo de los ropajes a toda prisa, pero pese a ello empezó a arder de la misma manera en la que lo había hecho en su momento Fabio. Los tres soldados se alzaron rápidamente y se dirigieron hacia su camarada, que ya estaba empezando a gritar fruto del dolor que le provocaban las quemaduras. Lo derribaron de un fuerte impacto ya que no paraba de moverse de un lado a otro, y rápidamente le hicieron rodar sobre sí mismo mientras le tiraban arena por encima para intentar sofocar el incendio. No tardaron demasiado en finalizar la tarea y el legionario, aún maltrecho y dolorido por las heridas, dijo como pudo entre sollozos y terribles lamentos:

—¡Emilio y Vitelio! ¡Están todavía ahí dentro! ¡Debéis sacarlos inmediatamente!

Entonces el herido perdió el conocimiento y quedó estirado en el suelo. Cornelio le tomó el pulso y se cercioró de que aún estaba vivo. Entonces el oficial, al ver que había varios legionarios fuera de sus tiendas que habían salido al escuchar los gritos, ordenó:

—¡Vosotros cuatro, id inmediatamente a por agua!

Los aludidos, que pertenecían al *contubernium* más cercano, obedecieron a toda prisa y fueron en busca de lo que les había ordenado el *optio*. A otros dos hombres que se habían acercado hasta la posición en la que estaban los recién llegados les ordenó:

—¡Tú ve a buscar al *medicus*^[45]! ¡Infórmale de lo que ha pasado y dile que tenemos un hombre malherido que requiere sus servicios! ¡Y tú corre a la tienda de Salonio, le necesitamos aquí ahora!

Los dos legionarios obedecieron de igual manera las órdenes de su superior, ya que también pertenecían a la primera centuria. Uno de ellos salió corriendo en dirección a la tienda de oficiales, que no estaba demasiado lejos, y el otro cogió el camino opuesto, en dirección a la zona donde se alojaba el personal no militar de la legión, justo donde se hallaba la tienda del cirujano. Mientras los hombres cumplían las órdenes, Valerio se puso en pie y se acercó hacia la tienda, que aún estaba en llamas. Justo entonces Aurelio le sujetó fuertemente por la muñeca derecha y le gritó:

—¿Adónde crees que vas?

—Debemos rescatar a Emilio y Vitelio —respondió el soldado, zafándose con un golpe seco del agarre de su compañero.

—Es demasiado tarde, Valerio, ya no podemos hacer nada por ellos —dijo el hispano rogándole—. ¿No ves que las llamas están demasiado altas?

—¡Pero no podemos dejarles ahí dentro, quizás aún sigan con vida, se habrán desmayado y estarán inconscientes! —dijo el soldado sollozando, mientras reanudaba la marcha hacia la tienda!

—No podemos hacer nada por ellos. ¿Es que quieres morir tú también? —le dijo cogiéndolo de nuevo por el brazo, esta vez más fuerte.

El soldado, al sentirse de nuevo atrapado, empezó a hacer fuerza para intentar escaparse de la presa a la que le tenía sometido su compañero. Los dos hombres cayeron al suelo y empezaron a luchar, uno por escabullirse y el otro por evitar que su camarada llevase a buen término esa acción. Cornelio, que se acababa de levantar tras dejar a dos legionarios más al cuidado de Terencio, los vio en plena lucha y se acercó a toda prisa hasta la posición de los dos hombres. Entendió rápidamente qué era lo que estaba sucediendo allí y se echó al suelo para ayudar a inmovilizar a Valerio, que estaba fuera de sí, sacando espuma por la boca. Menos mal que llegó en ese momento, porque a Aurelio ya casi no le quedaba fuerza, y el otro legionario era bastante más alto y corpulento que él.

Entre los dos lograron sujetar al soldado, que poco a poco fue cediendo ante la presión que ejercían sus compañeros, hasta que se quedó sin fuerzas para continuar luchando y cesó toda resistencia activa. Entonces se derrumbó anímicamente, hasta el punto que las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Sus compañeros aflojaron la presa y ésta se convirtió más en un abrazo cálido y de comprensión. Los tres se quedaron observando cómo lo poco que quedaba de la tienda se iba consumiendo, y entonces las lágrimas también afloraron en los ojos de los otros dos soldados, cuando comprendieron que sus camaradas habían perecido en el interior. La diosa Fatum^[46] había sido muy cruel con ellos, el precio que estaban pagando era demasiado alto. Al poco rato llegó Salonio corriendo, acompañado por el legionario que lo había ido a buscar. Cuando vio a los tres soldados en el suelo se acercó rápidamente hasta la posición en la que estaban y preguntó:

—Por los dioses, ¿qué es lo que ha sucedido aquí?

Los tres soldados, al escuchar la voz de su superior, se soltaron rápidamente y se alzaron, cuadrándose y limpiándose las lágrimas que aún

caían de sus ojos. El *optio* tomó la palabra y con voz entrecortada, respondió:

—Se ha quemado la tienda, señor...

—Eso ya lo veo, Cornelio, ¿o acaso crees que estoy ciego? —dijo un poco enojado el centurión a su segundo—. Me refiero a si sabéis qué ha sido lo que lo ha provocado.

—No lo sabemos, señor. Nosotros no estábamos aquí cuando todo sucedió —dijo de nuevo Cornelio.

—Ah, ¿no? ¿Y se puede saber dónde estabais a estas horas de la noche? —preguntó de nuevo inquisitorialmente Salonio.

—Veníamos de ver a Sexto en su tienda —apuntó Aurelio, que ya estaba más tranquilo.

—Ya veo, de ver a Sexto... —repitió el centurión con cara de pocos amigos.

—No ha sido un accidente... —apuntó en voz baja Valerio enjuagándose las lágrimas con su antebrazo.

—¿Qué has dicho, soldado? Repite eso otra vez, pero más alto para que todos te podamos escuchar —ordenó el oficial acercándose un poco más a sus hombres.

—He dicho que no ha sido un accidente —dijo de nuevo el legionario.

—¿Entonces qué ha sido? —inquirió de nuevo Salonio.

—Le he visto, estaba al lado de la tienda. Estoy seguro de que él también me ha visto a mí —dijo de nuevo Valerio.

Sus compañeros se quedaron perplejos ante lo que acababa de decir el soldado, no entendían muy bien a qué o a quién se estaba refiriendo. Por un momento, tras haber vivido la situación previa, pensaron que estaba delirando como consecuencia del impacto emocional que acababa de experimentar. Salonio, que no había estado en ese preciso instante, se acercó un poco más al soldado y le dijo:

—¿A quién has visto, Valerio?

—A Flavio, señor —dijo en un tono casi imperceptible—. Justo después de apagar las llamas que envolvían el cuerpo de Fabio, he levantado la vista en dirección a la tienda. En ese momento le he visto allí, plantado en uno de los laterales de la misma, estaba agazapado.

—¡Imposible! —bramó Cornelio—. ¡No puede ser cierto, Valerio! ¿Estás

seguro de que no es producto de tu imaginación? —preguntó el *optio* aún con cara de sorpresa.

—Estoy seguro de que era él, Cornelio. Se me ha quedado mirando. Iba vestido igual que la última vez que nos lo cruzamos en el bosque, con su capucha oscura y el pañuelo que le cubría el rostro —describió el soldado.

—¿Y cómo estás tan seguro de que era él? —preguntó Salonio—. ¿No dices que iba con el rostro cubierto?

—Lo sé, señor, debe creerme, era él —afirmó con rotundidad Valerio—. Hemos perdido el tiempo buscándolo fuera del campamento y resulta que ha estado todo este tiempo aquí, más cerca de nosotros de lo que creíamos.

—Está bien, muchacho, tu palabra es suficiente —dijo el centurión—. Creo que debemos empezar a preocuparnos.

—Quería matarnos a todos —dijo Aurelio analizando lo ocurrido—. Está loco, no ha dudado en prender fuego a la tienda.

—Sí, pero ahora ya sabe que nosotros tres no estábamos dentro —dijo el legionario de nuevo—. Sabe que estamos vivos y eso tan solo significa una cosa...

—Que volverá a intentarlo —matizó Cornelio dando un golpe con su puño derecho sobre la palma de su otra mano.

—Por Júpiter y la Tríada Capitolina, sabía que intentarían acabar con nosotros, aunque nunca pensé que de esta manera —dijo Aurelio aún horrorizado.

—Es una buena manera —dijo Valerio ante la atónita mirada de los demás—. A ver si me explico. Si le hubiese salido bien, es decir si no le hubiese visto por la zona, lo más seguro es que hubiéramos creído que se trataba de un accidente. Además, si no hubiésemos ido a ver a Sexto, con toda seguridad nosotros también estaríamos muertos ahora... Fortuna nos ha concedido más tiempo.

Aurelio, Cornelio y Salonio se miraron entre ellos e hicieron un gesto de afirmación con la cabeza tras escuchar lo que les acababa de decir su camarada. Tenía razón, era un plan magistral, que si hubiese salido bien no habría levantado sospechas. En ese momento algo les hizo volver a la realidad, era el grito de uno de los legionarios que se había quedado con Terencio:

—¡Señor, está volviendo en sí!

Se acercaron corriendo hasta la posición del herido, y cuando llegaron a su altura se arrodillaron junto al cuerpo malherido del soldado. El primero en hablar fue el centurión, que le dijo mientras le sujetaba la mano derecha:

—Aguanta, Terencio, el cirujano ya está de camino. De peores te has librado, amigo.

—¡Duele mucho, señor! —gimió el hombre apretando con más fuerza la mano de su superior.

—Lo sé, Terencio, lo sé, pero debes aguantar. Eres un soldado de Roma y no se te puede tumbar tan fácilmente —insistió el centurión.

—¡Esto es peor que una de sus largas marchas, señor! —dijo esbozando una leve sonrisa el herido.

En la cara de Salonio se dibujó también una sonrisa. Terencio era un buen militar, había servido con él muchos años y siempre había demostrado valentía, una de las virtudes que más valoraba en un soldado. Esa no era la manera en la que debía morir un legionario, se merecía caer con honor en un campo de batalla rodeado por sus enemigos. Maldijo por dentro a la rata traicionera de Flavio, y prometió a los dioses que si daba con él le haría pagar lo que había hecho. Miró un poco más allá y vio cómo inerte en el suelo yacía un cuerpo quemado. Al principio no lo reconoció, pero fijándose con más detalle, por la envergadura y corpulencia dedujo que se trataba del legionario Fabio. Pobre muchacho, apenas llevaba unos meses en la legión, no había participado en ningún combate y había perecido de aquella terrible forma. Apretó los dientes con fuerza y se giró hasta encontrarse con la mirada de sus hombres. Entonces les dijo:

—¿Qué hay de los demás?

Ninguno de ellos contestó, se limitaron a bajar la cabeza. Entendió perfectamente el significado de ese gesto. Había perdido tres legionarios y otro estaba malherido. La cosa se complicaba, los conjurados habían contratado a Flavio para que les diera caza y acabase con ellos. Estaba claro que esos traidores estaban al corriente de que sus hombres y él conocían los planes para atentar contra la vida de Augusto. Por un momento maldijo su ineptitud a la hora de poder dar con ese miserable asesino. Aunque tras la ira inicial se controló, pues en realidad no eran más que simples legionarios y

como tales tenían sus limitaciones. No habían sido capaces de localizar a ese hombre pese a que habían removido cielo y tierra. Ahora era él quien les estaba dando caza a ellos y de momento iba ganando. Justo en ese preciso instante llegó el cirujano, y tras él venían los cuatro legionarios que habían sido mandados a por algo de agua. Al llegar a la posición de los hombres, el médico preguntó:

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí?

—Ha habido un accidente, la tienda se ha quemado y tres hombres han perecido —dijo el centurión tomando la palabra antes de que alguno de los demás dijera nada—. Este hombre ha podido escapar a tiempo de dentro, pero ha sufrido graves quemaduras por todo el cuerpo.

Valerio entendió perfectamente las intenciones de su superior y asintió levemente con la cabeza, dando por hecho que había comprendido que no era prudente hacer referencia a la presencia de Flavio cerca de la tienda. El médico abrió su alforja y sacó paños de tela, los depositó extendidos sobre su antebrazo y posteriormente sacó un frasco de cristal del interior de su bolsa. Se giró y ordenó a los soldados que traían el cubo con agua:

—¡A ver, vosotros, empapad bien estos apósitos en agua! ¿Es fresca?

—Sí, señor —respondió uno de los legionarios—. Recién sacada del pozo que se ha cavado esta misma mañana.

—Muy bien, cuanto más fría esté más aliviará el dolor —añadió.

—¿Puedo ayudarle en algo, *medicus*? —dijo Valerio, que se había arrodillado junto al hombre.

—¿Sabes algo de medicina, muchacho? —le preguntó mientras estaba abriendo el bote de cristal.

—Sé que eso que hay en el tarro es miel y que tiene propiedades muy beneficiosas, desinfecta las heridas —apuntó Valerio recordando lo que le había explicado Servilia la primera vez que se vieron y esta le curó sus rasguños.

—Muy bien, pues coge más paños de mi alforja, los que estén secos, y úntalos en la miel. Los aplicaremos después de lavar las heridas con agua —indicó el médico.

Se pusieron manos a la obra, y cada uno cumplió con su cometido con diligencia, pero a la vez con cuidado de no hacer daño a Terencio. Cuando el

medicus le aplicó el agua sobre las heridas, notó cierto alivio tras el escozor inicial y abrió ligeramente los ojos mirando a sus camaradas que le rodeaban. Entonces, entre una mueca de dolor consiguió decirle a Valerio:

—Valerio, muchacho. ¿Habéis podido sacar a Emilio y Vitelio de la tienda?

—Lo siento, amigo, ha sido imposible... No había manera de poder acceder al interior —respondió con el rostro sombrío.

—Que Júpiter les acoja en su seno... —dijo el veterano mientras gemía de nuevo de dolor al notar el agua fría sobre sus heridas.

—Sé fuerte, fratre^[47], ahora lo primero es que te curen esas heridas —añadió Valerio mientras miraba con complicidad a su amigo.

El médico acabó de limpiar con agua las heridas del soldado, y seguidamente le dijo a Valerio que fuese aplicando la miel con suavidad sobre las mismas. Le indicó que no parase, aunque su amigo se lo pidiese, que era por el bien de este. Dos legionarios más sujetaban por las muñecas al veterano para que no se tocara el unguento siguiendo las indicaciones del cirujano. Mientras tanto este se levantó y se acercó hasta Salonio, que se había alejado unos pocos pasos junto a Cornelio y Aurelio para dejarlos trabajar cómodamente. Entonces le dijo:

—Centurión, necesito que alguien me prepare una camilla, debemos transportar a este hombre hasta el *valetudinaria* a toda prisa. Allí dispongo de más espacio y utensilios para curarle.

—En seguida. ¡Aurelio, Cornelio, coged a dos hombres más y encargaos de hacer lo que pide el *medicus*! —ordenó inmediatamente con un tono imperativo.

El cirujano se giró para acercarse de nuevo hasta el herido, cuando Salonio le agarró por el hombro. Se dio la vuelta y entonces el oficial le preguntó:

—Saldrá de esta, ¿no?

—No lo sé, centurión, es pronto para vaticinar nada —contestó el *medicus*—. Las quemaduras son graves. Prefiero no dar ningún pronóstico hasta que no vea cómo responde al tratamiento.

—Pero está consciente y habla, eso es bueno, ¿no? —preguntó de nuevo.

—Supongo... —dijo el *medicus* mientras se daba la vuelta y se

arrodillaba de nuevo junto a Valerio, que ya estaba aplicando el remedio sobre la piel de su camarada.

—Muy bien, soldado, veo que conoces las propiedades de la miel sobre las heridas. ¿Quién te lo ha enseñado? —preguntó el cirujano con cierta curiosidad, ya que no era muy habitual que un soldado raso poseyese ese tipo de conocimiento.

—Una joven de Tarraco. Me curó unas heridas y me habló sobre los beneficios de esta —dijo el soldado mientras revivía aquel momento en casa de Aurelio.

—Pues sin duda esa joven es una erudita de la medicina, ya que no todo el mundo conoce sus propiedades más allá de su uso en el ámbito culinario. Aunque me parece bastante raro que a una mujer se le permita dedicarse a esta materia —dijo el médico.

—No ejerce de manera profesional como usted. Digamos que son conocimientos que pasan de generación en generación... —añadió Valerio mientras continuaba aplicando apósitos sobre las heridas.

Parecía que Terencio soportaba bien el dolor y apenas se quejaba, aunque de vez en cuando aguantaba la respiración para no alarmar a los que le estaban curando. Debía de ser consciente que lo que le estaban haciendo era para ayudarlo y mitigarle el dolor que padecía. El *medicus* volvió a decirle a Valerio:

—Es una suerte que no llevase ropa para dormir, si lo hubiese hecho, esta se habría adherido a la piel y tendríamos muchas más dificultades para sacarla. Con toda seguridad el tejido hubiese provocado la infección al no poder sacarlo, y la cicatrización de las heridas hubiese sido mucho más compleja.

—Los dioses han querido que llegáramos justo en ese preciso instante. Le tiramos al suelo y le hicimos rodar, eso facilitó bastante la tarea —añadió el soldado.

—Buen trabajo, legionario, si está vivo sin duda es gracias a vuestra rápida intervención —dijo el *medicus* felicitándole a la vez que se fijaba en los trozos de tela que cubrían las manos del soldado y le preguntaba—. Por cierto, esas heridas de las manos, entiendo que te las has hecho al intentar ayudar a tu compañero, ¿no? —inquirió el hombre al soldado.

—Sí, señor, así es. Pero no debe preocuparse por mí, lo prioritario es ocuparse de Terencio —dijo Valerio, que ya ni se acordaba de sus manos.

—Ahora que hemos acabado de aplicar los apósitos de miel sobre sus heridas ya no podemos hacer nada más. Déjame que les eche un vistazo a tus manos —ordenó el *medicus*

Valerio se las mostró al cirujano, que con sumo cuidado retiró los vendajes provisionales dejando al descubierto las heridas. No eran graves, pero por si acaso, cogió algunos apósitos que le habían sobrado, los untó en la miel y se los puso suavemente sobre las llagas que se le habían formado. Entonces se rasgó un par de trozos de su túnica y los usó para cubrirlos en forma de vendaje provisional. Cuando terminó le dijo al soldado:

—Esto te servirá por ahora. A primera hora de la mañana acércate hasta el *valetudinaria*, te cambiaré las gasas por otras nuevas y valoraré la evolución de las heridas.

—Gratitud, señor —respondió Valerio inclinando levemente la cabeza.

En ese instante llegaron Cornelio y Aurelio llevando consigo una improvisada camilla, hecha con dos *pila* y con parte de la lona de una de las tiendas cercanas. Se colocaron al lado del *medicus* y le mostraron el transporte. Al verlo, este ordenó a los presentes:

—Ahora ya podemos subirlo a la camilla. La idea es hacerlo con delicadeza, debemos moverlo a la vez, como si fuera un bloque, así impediremos que las heridas se vuelvan a abrir.

Los hombres asintieron con la cabeza y se colocaron en posición. Dos se encargarían de sujetar los brazos, dos más las piernas y otro la cabeza. Cuando todo estuvo listo, el médico indicó con más detalle cómo debían llevar a cabo la maniobra. A una orden de este los hombres asieron por las articulaciones y la cabeza a su camarada, y lo levantaron para depositarlo sobre la lona. Una vez estuvo colocado en el sitio correcto, otros cuatro legionarios cogieron las jabalinas por los extremos y al unísono las alzaron. Entonces se dirigieron hacia el hospital de campaña tras los pasos del cirujano, que era el que abría la comitiva. Sus camaradas de *contubernium*, acompañados de Salonio, les siguieron a unos pocos pasos de distancia. Justo cuando se marchaban, el centurión dio unas instrucciones a los soldados que estaban alrededor de la tienda que ya se estaba empezando a apagar:

—¡Aelio, te quedas al mando de esto! ¡Esperad a que se apague el fuego por completo! ¡Mientras tanto cubrid el cadáver de Fabio con algo, no quiero que esto se convierta en un espectáculo!

—¡Sí, señor! —respondió Gayo Aelio Barbato, el veterano *signifer* de la centuria que era el siguiente oficial en la escala de mando tras el *optio* Cornelio.

—¡Cuando se extinga el incendio y con precaución, haced lo mismo con los cuerpos de Emilio y Vitelio! —añadió Salonio.

—¡Descuide, señor, les trataremos con todos los honores que se merecen! —dijo el soldado con rostro serio.

—¡Ah, y una cosa más! —volvió a decir Salonio.

—¿Qué más necesita, señor? —inquirió el legionario.

—¡No quiero que nadie se acerque al lugar de los hechos! ¡Escoge a dos hombres y que se queden montando guardia hasta nueva orden! —indicó el centurión—. ¡Y haz llamar al prefecto Antonio, que venga cuando pueda al *valetudinaria*! ¡Dile que es urgente!

—¡A sus órdenes señor! —dijo el soldado dándose media vuelta mientras gritaba al grupo de legionarios que tenía más cerca—. ¡Tú y tú, buscad algo para cubrir el cuerpo de nuestro camarada! ¡Vosotros dos, os quiero equipados inmediatamente, montaréis guardia en este lugar! ¡Y tú, dirígete a la tienda del prefecto a toda prisa y dile que el centurión Salonio le espera en el hospital, hazle un breve resumen de lo que ha ocurrido aquí!

Salonio escuchó de fondo cómo el legionario Aelio daba las instrucciones a sus compañeros. Respiró tranquilo, pues sabía que después de Cornelio, ese hombre era una garantía. Se adelantó y se puso a la altura de los demás soldados, que caminaban en silencio detrás de la comitiva médica. Estuvieron en silencio durante un breve lapso de tiempo hasta que Cornelio dijo:

—He escuchado que mandaba avisar al prefecto Antonio, ¿se puede saber para qué quiere verle?

—Creo que ha llegado la hora de que pongamos en conocimiento de un oficial superior lo que está sucediendo —respondió tajantemente el centurión.

—¿Cree que es buena idea, señor? —preguntó Aurelio con cierta incredulidad—. ¿Y si él también está implicado en esto?

—Tal vez lo esté, pero la situación es crítica. Esta noche hemos perdido a

tres valientes, y podrían haber sido más si hubieseis estado en la tienda — explicó Salonio—. Creo que si esto se hace público, por lo menos entre los estratos más altos de la legión, nos será más beneficioso que perjudicial.

—Quizás esté en lo cierto, señor —apuntó Valerio—. Pero también nos exponemos más.

—Eso seguro, pero «la fortuna sonríe a los audaces»^[48] —apuntó el oficial—. Lo que ha sucedido esta noche requiere que emprendamos medidas urgentes, y necesitamos colaboración de gente más influyente.

—Bien dicho —dijo Cornelio—. Ahora que sabemos que Flavio anda por aquí, debemos dar con él y hacerle pagar por los crímenes...

—Sí, pero creo que sería más sensato intentar sacarle algo de información antes de enviarlo a la otra vida —dijo Valerio—. Aunque nuestros instintos nos empujen a acabar con él.

—En primer lugar, debemos preocuparnos de que Terencio se recupere — sugirió Salonio—. Una vez el prefecto sepa lo que está pasando, y si resulta que no está implicado en este turbio asunto, lo primero que hará será actuar con mano dura para averiguar quiénes son los implicados y castigarlos severamente.

—Siempre y cuando no forme parte de la conjura —añadió Valerio.

—Podría ser, soldado, no tardaremos demasiado en salir de dudas —dijo el centurión mientras entraban en el *valetudinaria*.

CAPÍTULO XVI

Hacía tan solo un instante que se había metido en la cama cuando el ruido de pasos le hizo incorporarse. Alguien acababa de entrar en su tienda, encendió tan rápido como pudo el candelabro y esgrimió con la otra mano el *pugio* que guardaba bajo su almohada. Se acercó hasta la zona principal del habitáculo, que de repente se iluminó con la luz que emitían las velas, mostrándole una figura sentada en una de las sillas. Respiró aliviado al ver de quién se trataba. Sin decir nada se acercó hasta donde estaba sentado el hombre, y al llegar a su altura le dijo:

—¿Qué tal ha ido?

El hombre se quedó en silencio mientras se servía una copa de vino. Se la bebió de un solo trago y seguidamente se sirvió otra. Se echó para atrás apoyándose en el respaldo de la silla, mientras se aflojaba los brazales de cuero y desabrochaba poco a poco la capa oscura. Resopló ligeramente y entonces miró a su interlocutor. Tras eso empezó a hablar:

—Podríamos decir que bien, aunque no tanto como esperaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sexto.

—No estaban todos los legionarios en la tienda cuando le prendí fuego —dijo mientras daba otro sorbo a la copa.

—Claro, Valerio, Aurelio y el *optio* Cornelio vinieron a verme poco después de que te marcharas —dijo el hombre mientras ponía cara de asombro al empezar a percatarse sobre cuál había sido la táctica utilizada por Flavio para acabar con los legionarios—. Intenté por todos los medios despacharlos con presteza para ver si regresaban a la tienda antes de que actuases. Aunque no me especificaste cuáles iban a ser tus planes deduje que te interesaba tenerlos a todos juntos en el mismo lugar.

—Preferí no comentarte nada acerca de la manera en la que iba a proceder. Cuando llevé a cabo mi plan pensé que estarían todos durmiendo, aunque me equivoqué —dijo el asesino—. Y cuando les vi aparecer era demasiado tarde, ya había llevado a cabo la acción.

—Disculpa, no tuve tiempo de avisarte, aunque se hubiesen marchado

inmediatamente habría sido difícil por no decir imposible encontrarte. No contaba con que viniesen a verme —apuntó de nuevo el funcionario.

—Lo sé, no te preocupes —dijo con calma Flavio mientras daba otro sorbo al vino—. Por lo menos sus otros compañeros han pasado a mejor vida.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo has hecho? —preguntó de nuevo.

—Decidí que una manera rápida y efectiva de acabar con todos de un solo golpe era prender fuego a la tienda mientras dormían —relató Flavio.

—Sin duda, una buena manera de acabar con todos —dijo Sexto.

—Dos de ellos salieron de la tienda. Uno murió en brazos de Valerio y sus compañeros, que llegaron justo en ese instante —dijo el asesino satisfecho.

—Has dicho dos, ¿qué fue del segundo? —inquirió el hombre.

—Estaba envuelto en llamas, aunque consiguieron apagarlo haciéndole rodar por el suelo. Supongo que también moriría como el otro —dijo Flavio encogiéndose de hombros y tomando otro trago de vino—. No vi salir a nadie más del interior, por lo que deduzco que, si en el interior estaban todos menos los tres que te visitaron, los dos restantes perecieron entre las llamas —añadió el hombre.

—Algo es algo, por lo menos nos hemos sacado de encima a la mitad de ellos de un solo golpe —dijo Sexto—. Cuatro legionarios muertos en un solo movimiento es un buen resultado.

—Sí, es cierto. Aunque debo comentarte algo más... —dijo el asesino.

—¿Qué? —dijo el funcionario frunciendo el ceño.

—Creo que me han visto —expuso tímidamente.

—¿Qué quieres decir con que te han visto? —inquirió el hombre.

Flavio le dio otro trago a la copa de vino y se quitó el pañuelo de su cuello. Se quedó mirando fijamente al funcionario y le dijo:

—Me oculté a poca distancia de la tienda. Quería asegurarme de que todo salía según lo previsto. Fue entonces cuando vi llegar a tus invitados, se dirigieron hasta sus compañeros que habían logrado salir de la tienda —comenzó a explicar—. Entonces maldije a Fortuna por haber sido tan caprichosa. Decidí aprovechar ese momento para escapar del lugar, pero al levantarme Valerio me vio, o por lo menos eso creo.

—¿Eso crees o estás completamente seguro? —interrogó Sexto un poco tenso.

—Me miró durante un breve lapso de tiempo —apuntó el asesino—. Entiendo que, si yo le pude ver, él también hizo lo mismo.

—Por los dioses, Flavio —maldijo el funcionario dando un puñetazo en la mesa—. Te dije que no debías llamar la atención, debías haber sido más cauto con tu plan.

—No debes preocuparte, me encargaré de los que quedan antes de llegar a nuestro destino —dijo el hombre con serenidad.

—Eso espero, por el bien de todos —apuntó Sexto—. Aunque hasta ahora teníamos cierta ventaja sobre ellos, ya que no sabían que estabas aquí. Al verte Valerio, ya no contamos con ella.

—Supongo que tienes razón, aunque iba con la cara tapada por lo que continúan sin saber cuál es mi aspecto, y eso nos concede cierta ventaja aún —señaló el hombre mientras se quitaba la parte de arriba de sus ropajes.

—Quizás tengas razón, aunque tras lo sucedido esta noche la vigilancia en el campamento aumentará —dijo el funcionario.

—Siempre y cuando no piensen que se ha tratado de un infortunio producto del descuido de los legionarios —dijo de nuevo el asesino.

—Sí dices que Valerio te ha reconocido, es posible que ponga en alerta a sus superiores, ¿no has pensado en esa posibilidad? —preguntó con cierto tono sarcástico.

—Ahora que lo dices, sería un buen momento para que informases a tu amigo Tiberio. Él podría sacar algo más de información —le sugirió.

—Lo haré, aunque todo a su debido tiempo. Dejemos que pase la noche, descansemos ahora y mañana será otro día. Ya veremos qué nos depara la diosa *Fatum*.

—Tienes razón, me retiraré a descansar, estoy fatigado, ha sido una noche muy intensa —dijo el asesino levantándose de la mesa y guardando sus oscuros ropajes en el arcón que había a los pies de su camastro—. Buenas noches.

Sexto no contestó, ni tampoco se levantó de la silla. Se había desvelado, por lo que se sirvió una copa de vino y se llevó a la boca uno de los pocos pastelillos que Cornelio no había devorado. Estaba hecho a base de *triticum spelta*^[49], manzana e higos, era dulce y muy sabroso y sin duda le despertó el apetito. No quedaba ninguno igual, por lo que maldijo al *optio* por haber

acabado con el resto. Le supo a poco, y por eso se lamió los dedos hasta que no quedó indicio alguno del exquisito sabor del manjar. Acto seguido tomó un largo sorbo de vino y continuó sumido en sus pensamientos. Había preferido no preguntarle a Flavio cuál era la manera en la que acabaría con sus objetivos, prefirió que él mismo se lo relatase una vez hubiese concluido el trabajo. Ahora que conocía de qué manera había llevado a cabo su plan, pensó que ese hombre era bueno.

Demostraba poseer un ingenio poco común, no era un matarife cualquiera, otro en su lugar hubiese intentado deshacerse de los soldados uno a uno, pero él, en cambio, había optado por un movimiento estratégico genial. Si las cosas hubiesen salido como esperaba, habría eliminado a todos sus objetivos de un solo golpe, exceptuando claro está al centurión Salonio, aunque sin duda se habría encargado de él rápidamente. Pero los dioses no habían estado de su parte, por lo menos no del todo, pese a que se había deshecho de la mitad de sus objetivos, aunque quedaban los más importantes, y en todo caso los más peligrosos.

Flavio tenía razón en una cosa, y era que pese a que le habían visto no sabían qué aspecto tenía y eso aún suponía una ventaja a tener en cuenta. Le permitiría efectuar otro ataque e intentar deshacerse de los que quedaban aún con vida. Todavía quedaba un largo camino hasta Segisamo, lo que le otorgaba al asesino tiempo y opciones para cumplir con su trabajo. La última carta que había enviado a sus jefes era del día antes de abandonar Tarraco. En ella les había indicado que Marco había muerto, tal y como se había ordenado, pero a su vez les hacía conocedores de que un grupo de legionarios estaba al corriente de la conjura.

Les explicaba que de momento todo estaba bajo control y que no se debían preocupar por nada, pues ya había contratado a alguien para deshacerse de esos hombres. Sabía que se estaba jugando mucho, ya que sus superiores eran hombres muy poderosos y si eran descubiertos y caían, si es que lo hacían en algún momento, él sufriría el mismo destino. No estaba dispuesto a acabar de esa manera. Cuando se pusieron en contacto con él para contratar sus servicios, aceptó no solo por la cantidad de dinero que le ofrecían sino también porque creía en la causa. Siempre había servido al Senado romano, desde muy joven, y creía ciegamente en él. Roma debía ser dirigida por un

grupo de aristócratas, miembros de las familias más antiguas y adineradas, era imposible imaginarse que el poder lo ostentase un solo hombre.

Habían pasado casi dieciocho años desde que el infame Cayo Julio César intentase hacerse con el poder y derrocar el régimen republicano, y no estaba dispuesto a que su sobrino nieto hiciese lo mismo. Creía firmemente en el órgano senatorial, por eso desde muy joven sirvió a sus propósitos y se decantó por la fidelidad a las familias más pudientes. Si él fracasaba, el Senado también fracasaría, y con ello la República se esfumaría junto con su reputación como espía. Si los senadores que le habían contratado no acababan con él, el tiempo y la memoria sí que lo harían. Esos hombres confiaban en sus habilidades, por ese motivo se habían hecho con sus servicios, tenía que hacer las cosas bien. Si lograba que la conjura se llevase a cabo, le colmarían de monedas y se convertiría en el salvador del régimen, no públicamente pero sí *de facto*. Era mucho lo que estaba en juego, por lo que la operación debía llevarse a cabo con cuidado. Cogió un pergamino del cajón de su escritorio y mojó la pluma con tinta. Empezó a escribir una carta:

Salve

Pese a los contratiempos que te expliqué en la última misiva, quiero informarte de que las cosas van bien. Te hago conocedor que de los ocho legionarios que estaban al corriente de nuestros planes, cuatro ya han sido eliminados. El hombre que contraté para llevar a cabo la tarea está cumpliendo las expectativas. Tan solo llevamos tres días de viaje y ya ha conseguido semejante éxito, por lo que estoy seguro de que no tardará demasiado en deshacerse de los que faltan.

No debes preocuparte por nada, tan pronto como el riesgo haya sido eliminado volveré a ponerme en contacto contigo para informarte. Puedes hacerles llegar el mensaje al resto, infórmales de que la República está a salvo y de que al tirano le queda poco de vida. Los planes deben seguir su curso, por lo que de momento no será necesario que nadie más se entere de este ligero percance.

Como es habitual en nuestras comunicaciones, cuando recibas este escrito deshazte del documento y encárgate del mensajero, no debemos dejar testigos.

No firmó para no dejar pistas. El receptor de la misiva ya sabría que era suya, por lo que no era necesario nombrar a nadie. Cuando hubo acabado, enrolló el pergamino y lo depositó en un arcón que tenía a los pies de su camastro y que estaba cerrado con llave. Cuando terminó, se colocó la capa sobre su túnica de dormir y salió con cuidado de la tienda. Se encaminó hacia la zona donde estaban las tiendas de los oficiales, en busca de la de Tiberio. Cuando llegó hasta ella, observó que como de costumbre había dos legionarios que montaban guardia en el acceso. Al acercarse a los hombres, estos le dieron el alto, aunque le reconocieron de inmediato. Uno de los soldados dijo:

—El tribuno está descansando, ha dado instrucciones precisas de que no le molestase nadie.

—Sabes quién soy, ¿no, muchacho? —preguntó lacónicamente el funcionario.

—Por supuesto —respondió el guardia.

—Tengo que verle en seguida, es urgente —insistió Sexto.

—Disculpa, pero debo insistir en que tendrás que esperar hasta mañana —volvió a decir el soldado esta vez en un tono más imperativo.

—No puedo esperar —repitió el hombre un poco más nervioso—. Si no me dejas verle ahora mismo, quizás mañana él mismo te envíe a las canteras a picar piedra el resto de tus días —amenazó.

El legionario miró a su compañero, que le hizo un gesto encogiéndose de hombros. Tras meditarlo unos instantes, le dijo:

—Está bien, veré lo que puedo hacer. Espera aquí, ahora vuelvo.

—Sabia decisión... —musitó el funcionario mientras se quedaba quieto frente a la puerta de la tienda, bajo la atenta mirada del otro centinela.

Al cabo de un momento el soldado volvió a salir de la tienda, y con un gesto en su cara entre de vergüenza y de disculpa le dijo a Sexto:

—El tribuno ha ordenado que te deje pasar.

—Gratitud —dijo el hombre esbozando una leve sonrisa que indicaba su victoria moral.

Entró en el habitáculo apresuradamente y encontró a Tiberio levantado,

lavándose la cara en un recipiente con agua. Al verle llegar, el oficial se dio media vuelta y le dijo:

—¿A qué viene tanta prisa, Sexto? Es tarde y mañana me espera un día muy ajetreado.

—Mis disculpas, amigo —dijo el hombre—. Pero creo que debes saber lo que ha sucedido esta noche antes de que te llegue por otra vía.

—Pues adelante, explícate —sugirió el tribuno mientras tomaba asiento y le ofrecía otro a su contertulio.

—Es probable que en breve te lleguen noticias por el conducto reglamentario, aunque prefiero explicártelo antes para que no te coja por sorpresa —empezó a relatar el funcionario.

—Vamos, Sexto, podrías ser un poco más concreto, tengo sueño y quiero dormir —dijo impaciente.

—Está bien, a ver por dónde empiezo... —dijo—. Flavio ha empezado su trabajo esta misma noche, tal y como nos comentó la última vez que nos reunimos.

—Muy bien, ya iba siendo hora, porque cada vez queda menos para llegar a nuestro destino y veo que las cosas siguen igual —apuntó el tribuno—. ¿Y cómo ha ido? Si estás aquí a estas horas, me da la sensación de que no ha ido tan bien como esperábamos.

—No creas, amigo, ha ido relativamente bien —dijo Sexto mientras notaba cómo Tiberio respiraba aliviado—. De los siete legionarios de los que tenía que deshacerse, cuatro ya no están entre nosotros...

—No está mal —sonrió el oficial—. ¿Y cómo se las ha ingeniado para acabar con cuatro legionarios él solo? Estoy intrigado.

—Ya te dije que Flavio era un diamante en bruto, que podíamos confiar en él y que nos ahorraría muchas molestias —dijo Sexto.

—Parece ser que como siempre, tienes buen ojo —apuntó mientras se servía una copa de vino—. ¿Te apetece una copa?

—Claro, aunque redúcelo con una tercera parte de agua, si no luego me costará conciliar el sueño —dijo mientras le alargaba su copa.

—Entonces lo que me traes son buenas noticias —continuó diciendo mientras le llenaba la copa—. No veo la necesidad de haberme despertado, me lo podrías haber explicado mañana con más tranquilidad.

—Creo que debías estar al corriente de cómo se ha llevado a cabo el trabajo. Antes me has preguntado por la manera en que se había encargado de ellos —dijo Sexto retomando el hilo de la conversación—. Verás, aprovechando la oscuridad se ha acercado hasta la tienda donde dormía el grupo de legionarios y le ha prendido fuego. Como los soldados estaban profundamente dormidos, el fuego les ha sorprendido y les ha sido imposible escapar.

—Brillante —dijo el tribuno aplaudiendo—. Aunque no me cuadran los números, los *contubernia* suelen estar formados por más hombres, corrígeme si me equivoco.

—Tienes razón —dijo Sexto—. Faltaban tres hombres, en realidad estaban conmigo en ese momento...

—¿Contigo? —preguntó un poco sorprendido Tiberio.

—Sí, vinieron a verme para sugerirme que les ayudase en la tarea de avisar cuanto antes a Augusto mediante un mensaje acerca de la conjura contra él.

—Vaya, la casualidad se puso de su lado —lamentó el hombre—. Supongo que les dijiste que eso era imposible, ¿no?

—Por supuesto, me excusé diciendo que me era imposible eludir mis obligaciones aquí y les sugerí que cuando llegásemos a nuestro destino haría todo lo posible para ayudarles —explicó Sexto.

—Buena respuesta, de todas formas, el objetivo es que esos hombres no lleguen a Segisamo —dijo de nuevo Tiberio.

—Cierto —apuntó su contertulio—. Básicamente es por eso por lo que he venido a verte con tanta celeridad.

—Muy bien, entiendo —sugirió de nuevo el oficial mientras daba un sorbo de vino—. ¿Y quiénes son entonces los afortunados que han sobrevivido?

—Se trata del legionario Valerio y sus dos camaradas que estuvieron junto a él en Tarraco, Aurelio y el *optio* Cornelio —especificó el funcionario—. Sin contar al centurión Salonio, que duerme como bien sabes en una tienda separada de sus soldados.

—Bien, tomo nota de ello —dijo Tiberio mientras se levantaba de la mesa—. Gratitud por la información que me has traído. En solo tres días de marcha, tu asesino se ha encargado de cuatro de los ocho objetivos, no está mal, parece

que los dioses te están dando la razón.

—Debo decirte algo más... —dijo de nuevo el hombre mientras se levantaba de la mesa.

—Tú dirás —invitó Tiberio.

—Verás, Flavio me explicó que mientras abandonaba el lugar del incendio uno de los soldados, concretamente Valerio, le descubrió.

—Ya decía yo que las cosas no podían haber salido tan bien —dijo el oficial volviendo a tomar asiento y arrugando la frente en señal de disgusto—. ¿Crees que le reconoció?

—Flavio me dijo que sí, aunque no está del todo seguro. Lo que está claro es que eso hará menos aceptable la versión de que el incendio fue una negligencia o un mero accidente —apuntó Sexto.

—Eso seguro. Parece que ese asesino no es tan preciso y metódico como decías.

—Hasta hace un momento loabas su actuación, y ahora ya no te parece tan admirable —dijo el funcionario mientras paseaba por la tienda—. No te entiendo, Tiberio, desde mi punto de vista cuatro muertos de ocho de un solo golpe es una buena estadística.

—Hazme caso cuando te digo que tu hombre nos traerá problemas, si no, tiempo al tiempo —apuntó el tribuno con cierto desaire.

—Ahora resulta que eres el *augur*^[50] de la legión y yo no lo sabía —dijo sarcásticamente—. No ha sido más que un contratiempo sin importancia. Lo resolverá, no te preocupes. Aunque sepan que está aquí ninguno de los que queda con vida le ha visto la cara jamás, sigue siendo un desconocido para esos soldados.

—Eso espero, por su bien, por el nuestro y por el de la República —comentó Tiberio—. Durante la reunión matutina de mañana a primera hora, supongo que el legado Suetonio comentará algo de lo sucedido. Si tengo nuevas importantes te haré llamar para vernos. Es tarde, deberíamos ir a descansar —dijo el oficial mientras se levantaba y recogía la jarra y las copas de vino de encima de la mesa.

—Sí, creo que es lo mejor que podemos hacer. Esperaré a que contactes conmigo, infórmame de lo que suceda en la reunión —dijo el funcionario dirigiéndose hacia la salida—. Ah, y una última cosa, mándame a primera hora

a dos de tus mensajeros, que sean de tu confianza. Necesito enviar unos documentos de manera urgente.

—Descuida, para eso me pagas —dijo el hombre esbozando una leve sonrisa.

Sexto hizo caso omiso a las últimas palabras que había pronunciado el tribuno y salió de la tienda sin más. Encaró de nuevo el camino directo hasta su tienda mientras ponía sus ideas en orden. Las cosas no habían salido perfectas, aunque tampoco habían ido tan mal. Quizás si Flavio le hubiese explicado cuáles eran sus intenciones habría podido despachar a Valerio y a sus compañeros con un poco más de presteza cuando fueron a verle, y así podrían haber sufrido el mismo destino que sus compañeros. Miró al cielo mientras sonreía, qué caprichosos podían ser los dioses en algunas ocasiones. La próxima vez que el asesino tuviese un plan se preocuparía de preguntarle en qué consistía con suficiente antelación, no volvería a cometer el mismo descuido.

Pese a que Valerio le había visto, era cierto que de momento no le podía relacionar con nadie del campamento, aunque también había que tener en cuenta que podía averiguarlo en cualquier momento. El muchacho era listo, ya había demostrado poseer habilidades y capacidades que iban más allá de las de un vulgar legionario. En el fondo lamentó que Flavio tuviera que acabar con él, ese talento natural le habría ido perfecto, era un diamante en bruto y tenía mucho potencial. Si no se hubiese metido por medio la noche en la que todo empezó... Los intereses de la República estaban por encima de todo y de todos, por lo que trató de borrar esos pensamientos rápidamente de su cabeza. Repasó la conversación que había tenido con Tiberio y concluyó que no era necesario darle más vueltas al asunto, había que dejar fluir los acontecimientos ya que de nada servía adelantarse a lo que estaba por venir.

Sus pensamientos se centraron entonces en el tribuno. Era un hombre sin moral ni principios, hijo de un *equites* venido a más, que gracias a sus negocios había conseguido comprar un cargo en el mismísimo senado. A su vez, y gracias a una cuantiosa suma de monedas y a la intervención de algunos de sus nuevos contactos, había conseguido colocar a su primogénito en el cargo de tribuno augusticlavio. No era un cargo para el hijo de un senador, pero a causa de su humilde procedencia, era lo máximo que le habían podido

ofrecer los que intercedieron por él, y de hecho no estaba nada mal para ser el primer cargo militar que ostentaba un joven de tan corta edad.

La avaricia le podía, su ambición era superior a su razón y sentido común, su manera de hablar y su misma mirada así lo denotaban. Sabía que sus aspiraciones para escalar en la vida pública y poder conseguir una magistratura que le diera acceso al Senado pasaban por comprar el cargo o por protagonizar una gran hazaña que le hiciera merecedor de semejante privilegio. Como no era un estúpido, sabía de sobra que la mejor y más fácil opción era la primera, pues su talento y su poca valentía en el campo de batalla hacían prácticamente imposible escalar peldaños por esa vía. Había sido realmente fácil reclutarle para la causa, sus contactos en Roma le facilitaron el nombre y la posición tras incluir a su padre dentro de la conjura, pues el anciano deseaba formar parte de la casta más alta de la sociedad, y de paso dejar colocado a su hijo antes de abandonar este mundo. Desde el primer contacto tuvo que dejarle bien claro quién era el que mandaba, pues la intención del muchacho iba más allá del papel para el que se le había contratado.

Él era el máximo responsable de la operación, por ello sus superiores, que ostentaban mucho poder dentro del aparato estatal, se habían encargado de mover sus hilos para colocarle dentro de la IV legión. Que Tiberio estuviese allí no era más que una simple coincidencia, y eso no debía olvidarlo. En más de una ocasión había estado a punto de sobrepasar los límites, y él se había visto obligado a frenarlo y a recordarle cuáles eran las condiciones del acuerdo y las posiciones de mando. Quizás él no fuese un caballero, ni un senador, pero en el fondo tenía mucho más poder que el militar, y éste lo sabía pese a que a menudo lo cuestionaba e incluso lo ponía a prueba. Sexto llegó a pensar en más de una ocasión que tal vez algún día, cuando toda la trama hubiese finalizado, se encargaría de ajustarle las cuentas al muchacho. Se había percatado de que sus ojos desprendían algo que iba más allá del desprecio o del odio. Prefirió borrar esos pensamientos también, pues ese hipotético desenlace quedaba muy lejos y no se podría llevar a cabo si todo lo que tenían entre manos fracasaba.

Casi sin darse cuenta se plantó en la puerta de su tienda. Accedió a ésta sin hacer mucho ruido para no despertar a Flavio, que estaba roncando como una

bestia. Debía de estar fatigado tras la larga noche que había vivido. Se acercó hasta los pies de su cama y se quedó observándolo durante un rato. Dormido parecía otra cosa, no daba la sensación de ser el animal que luego era. Mirándolo con más calma y detenimiento sintió lástima por aquel desdichado, a saber, qué infancia habría vivido, qué le habría empujado a seguir el camino que le había llevado a convertirse en lo que era. Reflexionó sobre lo injusta que podía ser la vida con muchas personas, no todos tenían acceso a lo que él había poseído, y en ese momento se sintió afortunado de haber nacido en el seno de una familia acomodada.

CAPÍTULO XVII

Se quedaron aguardando en la antecámara del *valetudinaria* tal y como les habían indicado el cirujano y los esclavos que le ayudaban en las tareas médicas. Los otros cuatro legionarios que habían transportado a Terencio en la improvisada camilla regresaron a sus tiendas por orden del centurión, quedándose únicamente ellos en el lugar. Los dos soldados y los dos oficiales estuvieron en silencio durante un buen rato, esperando que alguien les informase sobre el estado de salud de su compañero. En más de una ocasión Valerio estuvo tentado de entrar en la sala en la que estaban atendiendo al veterano, aunque prefirió no interferir en el trabajo de los profesionales, ahorrándose de esa manera la segura reprimenda de Salonio. Pasó un rato hasta que el cirujano que había atendido a Terencio tras el incendio apareció de detrás de la cortina. Llevaba puesto una especie de delantal, manchado de sangre. Al verlo, los soldados se acercaron hasta él y el centurión en representación jerárquica preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Parece ser que los apósitos de miel están ayudando —apuntó el hombre secándose las manos con el mismo delantal—. Podría decirse que es muy fuerte, y no voy mal encaminado al afirmar que la rápida intervención de sus compañeros le ha salvado la vida.

Todos los presentes sonrieron, era la primera buena noticia que recibían aquella trágica noche. El médico continuó hablando:

—He hecho todo lo que estaba en mis manos, ahora los dioses son los que decidirán si se lo llevan o si le permiten vivir.

—Gratitud, señor —dijo Cornelio cogiéndole por las manos y apretándoselas en señal de aprecio y agradecimiento.

—La temperatura de su cuerpo ha aumentado, la fiebre ha aparecido. Le hemos dado a beber un preparado a base de tomillo y manzanilla que le ayudará a combatir la infección. De todos modos, mis ayudantes se encargarán de aplicarle paños de agua fría en la frente e írselos cambiando cuando sea necesario —explicó el cirujano.

—Si podemos ayudar en algo solo tiene que pedirlo —le dijo Valerio.

—No será necesario, ya le habéis ayudado. Si no hubiese sido por vuestra pronta intervención ya no estaría entre nosotros —respondió el médico—. Y ahora, si me disculpáis, debo atender a otros pacientes.

—Por supuesto, señor —dijo Valerio apartándose de su camino.

Los presentes respiraron aliviados, aunque aún había peligro para la vida de su compañero las noticias del cirujano les habían llenado de esperanza. Salonio dijo entonces:

—Es muy fuerte, ha sufrido heridas peores y se ha sobrepuesto a todas y cada una de ellas. Esto no es nada para él.

—Cierto —afirmó Valerio—. Aunque es mejor no ilusionarse, los dioses suelen ser muy crueles.

—Ya has oído al matasanos, muchacho, está vivo gracias a nuestra intervención —sonrió Cornelio—. Cuando se reponga se lo recordaremos para que nos invite a una jarra de buen vino, es lo menos que puede hacer para compensarnos —dijo el *optio* con intención de relajar un poco el ambiente de preocupación que había en la tienda.

—No es momento para bromas, Cornelio —le regañó Salonio—. Hemos perdido a tres hombres y casi perdemos a otro. Creo que por respeto a ellos deberíamos orar a los dioses para que los acojan en su seno.

El hombre entendió perfectamente la reprimenda de su superior, por lo que ni siquiera intentó excusarse, tan solo bajó la cabeza en señal de disculpa. Tras ese gesto los soldados, haciendo caso a la sugerencia de su oficial al mando, cerraron los ojos y se arrodillaron en posición de orante. No llevaban más que un breve momento en silencio cuando de repente se abrió la cortina de acceso a la tienda. Todos abrieron los ojos y vieron a un hombre vestido con túnica militar que se quedó quieto y en silencio en la entrada, justo en frente de ellos. Se arrodilló y juntó las palmas de sus manos, tras lo cual dijo:

—Continuad, soldados, si no os importa me uniré a vuestras plegarias.

Todos se quedaron en silencio durante un corto periodo de tiempo, pero no pronunciaron ni una sola palabra. Valerio lanzó una mirada a Aurelio, como preguntándole si conocía a ese hombre, pero el hispano puso una cara extraña, lo cual significaba que no lo había visto jamás. Salonio y Cornelio ya estaban de nuevo en posición y seguían con sus oraciones. Los dos legionarios

decidieron imitar a sus superiores, por lo que retomaron la plegaría en el último punto donde la habían dejado antes de la interrupción. El tiempo pasó lentamente, hasta que Salonio rompió el silencio:

—Bien, soldados, creo que ya hemos rogado suficiente, ahora espero que los dioses nos escuchen.

Entonces gritó:

—¡Legionarios, firmes!

Los hombres se cuadraron de inmediato. El oficial se adelantó un paso y se llevó la mano derecha al pecho, tras ese gesto la extendió hacia delante con un rápido movimiento mientras decía:

—¡Salve, *praefectus* Antonio!

El oficial, tras escuchar el saludo del centurión, habló:

—Salve, Salonio, y salve, legionarios, podéis descansar.

Era la primera vez que Valerio veía tan de cerca al prefecto de la IV legión y antiguo *Primus Pilus*. Las veces que le había visto había sido desde la distancia, por lo que no fue capaz de memorizar su rostro, en tal caso lo habría reconocido en el mismo instante en que entró al *valetudinaria*. Parecía que su compañero Aurelio tampoco lo había visto con anterioridad, a juzgar por la expresión de sorpresa que se dibujaba en su cara. Entonces Antonio habló de nuevo, dirigiéndose al centurión:

—¿Qué ha sucedido, Salonio? El soldado que me enviaste me ha hecho un breve resumen de lo acaecido, pero querría que me ampliases la información.

—No sé si este es el lugar idóneo para hablar de un tema tan delicado, señor —sugirió el oficial—. Hay ojos y oídos por todas partes.

—Está bien —dijo el prefecto—. Cuando acabéis aquí os espero en mi tienda, allí estaremos más tranquilos. Sabes dónde está, ¿no, centurión?

—Sí, señor, enseguida no reuniremos con usted allí.

Antonio asintió y abandonó el recinto médico. Una vez se hubo marchado, Salonio se dirigió a los suyos y les dijo en un tono de voz un poco más bajo de lo habitual:

—Bien, muchachos, cuando finalicemos aquí iremos a ver al prefecto a su tienda y le explicaremos todo lo que ha sucedido hasta este momento. Estamos acarreado una responsabilidad que nos va demasiado grande, y necesitamos que alguien más poderoso nos ayude, de lo contrario no creo que podamos

conseguirlo.

—No quiero ser un cenizo, señor, pero no tenemos la certeza absoluta de que ese hombre no esté también metido en la conjura —dijo Valerio.

—Puede ser, Valerio, aunque como bien dije antes debemos asumir más riesgos, nosotros solos no tenemos demasiadas posibilidades de salir airosos de esto —dijo de nuevo el centurión—. Creo que debemos implicar a gente más importante, entiendo tu preocupación. A la vez que le hacemos conocedor de ello le estamos colocando en una situación comprometida. Aparte conozco bien a Antonio, es un soldado de pura cepa, leal a su comandante y poco partidario de las conjuras y las conspiraciones. Ha servido muchos años bajo las águilas. Estuvo con Cayo Julio César combatiendo a Pompeyo y a los senadores rebeldes. Luego se mantuvo fiel a Augusto desde el primer momento. Se verá obligado por honor a ayudarnos, ha pasado toda su vida combatiendo en su nombre, por lo que no permitirá que le ocurra nada.

—Si me permite un apunte, señor —interrumpió Aurelio—. Creo que aunque este hombre no esté metido en la trama, quizás alguien que forme parte de su círculo más personal pueda estarlo.

—¿A qué te refieres con eso, soldado? Habla más claro —ordenó Salonio.

—Me refiero a que si alguien que no debe se entera de que hay gente poderosa que conoce los planes para acabar con el cónsul, quizás decidan adelantar el asesinato —apuntó inteligentemente el hispano.

—Existe también esa posibilidad, pero ¿qué debemos hacer entonces? —preguntó el oficial sin dirigirse a nadie en concreto.

—Creo que deberíamos ser cautos a la hora de explicarle todo al prefecto —dijo Valerio—. Rigurosos sobre la forma de actuar, es decir, convencerle de la importancia de no propagar la noticia y sobre todo de no actuar precipitadamente para no provocar el efecto contrario al deseado.

—Buena idea, legionario —dijo el centurión sonriendo—. Aunque no debes preocuparte, te he dicho que es fiel al cónsul y estoy convencido de que entenderá lo que hay en juego. La clave radica en que sea consciente de que él también estará en peligro una vez sepa lo que pasa, por ello cuanto menos gente de su alrededor lo sepa más seguro estará.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —bramó Cornelio—. Vayamos a su tienda sin más dilación.

Los hombres se dispusieron a salir de la tienda, aunque en el último instante el centurión gritó:

—¡Esclavo, ven un momento!

De detrás de la cortina salió un joven muchacho. Era uno de los ayudantes del cirujano, llevaba una bandeja en la mano con material médico. Se acercó tímidamente hasta el grupo de soldados y agachó la cabeza en señal de reverencia mientras decía:

—¿Qué desea, *domine*?

—Nos marchamos a descansar. Cuando veas al *medicus* díselo —indicó Salonio.

—Claro, *domine* —dijo educadamente el esclavo.

—Ah, y una cosa más, cualquier cambio en el estado de nuestro compañero... —apuntó el oficial.

—Descuide, *domine*, le mandaré avisar —dijo de nuevo el joven haciendo otra reverencia y regresando tras las cortinas.

El grupo de soldados salió del recinto y se dirigió hacia la zona donde estaba situada la tienda del prefecto, en la zona del *praetorium*^[51] justo al lado de la del mismo legado. Pasaron por delante de las tiendas donde estaban acantonados los *auxilia*, junto a la zona que ocupaban los legionarios romanos. Estas tropas de aliados se asentaban de la misma manera que las tropas regulares formadas por ciudadanos romanos, es decir mediante *contubernia*, para no romper el dibujo del campo.

Normalmente las unidades auxiliares estaban formadas por tropas oriundas del lugar, aunque las que servían en la IV no eran de origen hispano, sino reclutadas en la zona que daba el nombre a la legión, concretamente de la zona de Tracia. Se trataba de la *IV Cohors Thracium*, compuesta por tropas de infantería y también por caballería. Una vez esas unidades entraban a formar parte de una legión solían quedar vinculadas a ella, e incluso adoptaban nombres relacionados con el que esta ostentaba. Aunque eran de plena confianza, los oficiales que las dirigían eran como norma general romanos, centuriones, decuriones e incluso algún que otro tribuno procedente de la clase ecuestre.

Una vez dejaron atrás la zona de los *auxilia*, cruzaron la zona donde estaban las tiendas de los legionarios. Pasaron de nuevo frente a la zona donde

quedaban los restos de lo que fuese su *contubernium*. Ya no quedaba nada en pie, y algunos soldados se afanaban en mojar las ascuas de lo que fue el incendio para evitar que este prendiese de nuevo. El grupo se detuvo unos instantes para quedarse observando el desolador panorama que había dejado el fuego. En ese momento el legionario Aelio, que se había quedado al mando de la situación en ausencia de los dos oficiales de la centuria, se dio cuenta de que estaban allí y se acercó apresuradamente hasta ellos. Al llegar informó al centurión:

—Señor, hemos recuperado dos cuerpos del interior de la tienda cuando se ha conseguido extinguir.

—Buen trabajo, Aelio —dijo el oficial.

—Como ha ordenado, hemos llevado los cadáveres hasta el *valetudinaria* para que los limpien y preparen para las exequias —añadió el soldado con el rostro serio.

—Encárgate tú mismo de que todo se haga de la forma correcta, y avísame ante cualquier novedad —indicó Salonio.

El legionario movió la cabeza adelante dejando claro que había comprendido la orden, y acto seguido se retiró a supervisar el trabajo que realizaban sus compañeros. El grupo emprendió de nuevo la marcha y se encaminó hacia el destino. No tardaron demasiado en llegar, pues estaban relativamente cerca ya que la tienda del prefecto Antonio se levantaba justamente en el centro del *castrum*. Cuando llegaron al acceso, había dos centinelas montando guardia que les ordenaron detenerse e identificarse. El centurión se avanzó y dijo:

—Soy Publio Salonio Varo, centurión de la primera centuria, segunda cohorte, y estos son mis hombres. El *praefectus castrorum* nos está esperando.

Los guardias franquearon el paso a los hombres y estos pasaron lentamente hacia el interior de la tienda. Sentado en una silla les estaba esperando el segundo oficial más importante de la IV sin tener en cuenta la figura del tribuno laticlavio. Cuando todos estuvieron de pie bien alineados, se alzó de la silla y dijo:

—En primer lugar, quería deciros que lamento mucho la muerte de vuestros compañeros...

—Gratitud, señor —dijo en primer lugar el centurión.

—Ahora explicadme cómo ha ocurrido todo, si es que lo sabéis —dijo de nuevo Antonio.

—Verá, señor, estos hombres que me acompañan formaban parte del *contubernium* que ocupaba esa tienda —empezó a explicar el centurión—. Aunque en el momento del incendio no se encontraban allí...

—Gracias a los dioses —dijo—. Pero disculpa, continúa.

—Verá, señor, es que es una historia muy larga, veamos por dónde empiezo —dijo el oficial.

—No tenemos prisa, tranquilo, con todo lo que ha pasado esta noche va a ser prácticamente imposible conciliar el sueño —añadió el prefecto.

El centurión carraspeó ligeramente e inició el relato. Situó brevemente a su superior sobre el terreno y explicó con pelos y señales todo lo sucedido. En varias ocasiones hizo intervenir a Valerio para que él describiese con más detalle todo lo sucedido en Tarraco, desde su investigación en el mercado para encontrar al artesano del broche, hasta la emboscada que sufrieron en una de las callejuelas de la ciudad y la posterior conversación con el moribundo Manlio. El prefecto escuchó con mucha atención el relato de los hechos, y en alguna ocasión interrumpió brevemente a los que lo explicaban para formular alguna pregunta en relación a lo sucedido. Tras escuchar esa parte, le relataron lo que sucedió posteriormente en la taberna de Saturnino y cómo dieron con Marco y en qué condiciones lo encontraron en el viejo molino abandonado. A su vez, Salonio le explicó cómo un funcionario que servía en el campamento tuvo un encuentro con el secuestrador en su misma tienda. Fue entonces cuando el prefecto interrumpió el relato y dijo:

—Lamento mucho no haber podido averiguar nada más acerca de la desaparición de vuestro amigo. Realmente no disponíamos de pista alguna, los que hicieron el trabajo eran buenos, no dejaron más pistas que la que Valerio halló por casualidad.

Nadie dijo nada al respecto, pero en los ojos de ese hombre se podía ver sinceridad y sobre todo ira por no haber podido hacer nada más para ayudarlos, como prefecto del campamento que era, tenía el deber de velar por la seguridad y el bienestar de todos los que estaban en el interior de este. Entonces quiso saber más sobre el asunto, y se quedó muy sorprendido cuando el centurión le habló de la carta que había recibido Marco, y que parecía ser

la responsable de todo lo que le sucedió. El hombre se quedó descolocado cuando los legionarios le explicaron el contenido de la misiva y los planes que tenían los conspiradores para acabar con la vida de Augusto durante el transcurso de la campaña militar. En un tono de enojo y con una mirada dura dijo:

—¡Por los dioses! ¡Malditos traidores! ¿Cómo pueden ser así? Después de todo lo que ha hecho el cónsul por el bien de la República.

—Supongo que el afán de poder es lo que les mueve —sugirió Salonio—. Algunos senadores pueden ver peligrar su posición o sus intereses.

—Quizás sea eso, centurión. Debemos hacer algo para avisar a Augusto, si no lo evitamos y su plan tiene éxito, corremos el riesgo de repetir los errores del pasado. Roma no soportaría más guerras civiles...

—Sí me permite una sugerencia, señor... —inquirió el legionario Valerio.

—Adelante, soldado, faltaría más —dijo Antonio.

—Creo que deberíamos enviar un mensajero cuanto antes a Segisamo y alertar al cónsul —aconsejó el soldado.

—Tenlo por seguro, muchacho —dijo el oficial—. Me encargaré de que el correo esté preparado con la primera luz del alba. Yo mismo redactaré una carta a Augusto advirtiéndole del peligro que se cierne sobre su persona. No podemos permitir que los conjurados se salgan con la suya. Pero disculpad, por favor, acabad con el relato de lo sucedido.

Entonces Valerio concluyó el relato, explicando de qué manera fue asesinado Marco y cómo de mutuo acuerdo los miembros del *contubernium* y el centurión decidieron continuar investigando para averiguar quién o quiénes podían formar parte de la trama. También le hicieron saber que eran conocedores de que estaban en peligro, ya que existía la posibilidad de que el hombre que mató a Marco les hubiese explicado a los que le habían contratado que ellos estaban al corriente del contenido de la carta. El prefecto quiso saber más detalles sobre ese hombre que trabajaba para los conjurados, pero los soldados le dijeron que nunca le habían podido ver el rostro, ya que en todas las ocasiones en las que se habían enfrentado a él iba encapuchado y con la cara cubierta por un pañuelo oscuro. Fue entonces cuando Salonio les habló de lo acaecido esa misma noche:

—Entonces el legionario Valerio, cuando alzó la vista hacia la tienda, vio

al asesino de Marco, justo al lado de la tienda en llamas, ¿no es así?

—Sí, señor —dijo el aludido—. Era él, estoy completamente seguro. Tras estarlo buscando tantos días fuera del campamento, resulta que lo teníamos más cerca de lo que creíamos.

—Entonces no fue un accidente —dijo Antonio.

—No creo, señor —dijo Salonio—. Iban a por mis hombres, querían cerrar sus bocas y supongo que no cesarán en su empeño ahora que saben que continúan con vida.

—Ya veo —dijo de nuevo el oficial pensativo—. El tema es complejo, pues no sabemos quién de este campamento está implicado. Para empezar, tras lo ocurrido deberíamos reforzar las guardias, no quiero que se repita nada igual.

—Creo que no es buena idea, señor —dijo Valerio—. Si hacemos eso nos arriesgamos a que se oculten y no actúen, y eso sin duda nos dificultará mucho más el trabajo a la hora de saber quiénes son.

—El muchacho tiene razón —dijo el centurión—. Si se dan cuenta de que sabemos que no ha sido un accidente provocaremos que no actúen, por lo que será imposible cazarlos.

—Claro, debemos hacer ver que las causas del incendio han sido fortuitas, por lo menos debemos dar esa versión como oficial —dijo Antonio—. Excelente, Valerio. Buen plan. Aunque al no actuar continuaréis estando en peligro, el asesino seguirá al acecho. Supongo que ese hombre también te vería a ti...

—Si yo le vi, estoy seguro de que él también pudo hacerlo —afirmó el soldado.

—De esa manera, aunque la versión oficial diga que el incendio fue fruto de un accidente, Flavio y los que le contrataron sabrán que estáis con vida, por lo que volverá a intentar algo —dijo pensativo el prefecto.

—Estamos dispuestos a asumir tal riesgo, señor, ya que esa es la única manera de poder atraparlo —dijo el legionario.

—Tiene razón, si conseguimos hacerle creer que nadie más está al corriente de esto, probará de nuevo —dijo Salonio.

—Pero esta vez le estaremos esperando —añadió Cornelio, que se había mantenido raramente callado hasta ese momento.

—Entendido —concluyó el prefecto—. Una última pregunta, ¿hay alguien más que esté al corriente de todo esto?

—Sí —dijo Salonio—. Cayo Sexto Apuleyo.

—¿Y quién es ese hombre? —preguntó.

—Se lo he nombrado antes, señor. Era amigo de Marco, y fue el que me ayudó en todo esto desde el primer momento —dijo Valerio—. Actualmente es uno de los funcionarios responsables del avituallamiento de la legión, se podría decir que está ejerciendo las funciones que hacía Marco antes.

—Ah, sí, ahora le pongo cara. Es un buen hombre, un poco serio pero muy inteligente. Lleva ya un tiempo sirviendo en esta legión —añadió el prefecto.

—No debe preocuparse por él, es de absoluta confianza y tiene tantas ganas o más que nosotros de atrapar a Flavio y darle su merecido.

—De acuerdo, aunque es mejor que no le expliquéis nada de esto a nadie más, por mucha confianza que le tengáis —sugirió Antonio.

—Sí, señor —dijeron los presentes a una sola voz.

—Id con mucho cuidado, legionarios, no quisiera perder más hombres por este asunto —añadió el oficial—. Y menos aún hombres tan capaces y valientes como vosotros. Mañana mismo, tras las exequias que se celebrarán en honor a vuestros camaradas caídos, redactaré la carta para Augusto y mandaré partir al mensajero —añadió—. Ahora id a descansar, estaréis fatigados.

Los cuatro soldados saludaron a su superior y se retiraron de la tienda. Al salir se encaminaron de nuevo hacia la zona de tiendas. No sabían cuánto quedaba para que amaneciese, pero sus cuerpos pedían descanso tras una larga y agitada noche. Mientras caminaban, Aurelio dijo:

—No sé si hemos hecho bien explicándole toda la historia.

—Creo que sí, amigo —dijo Valerio—. Por la expresión de su rostro, no sabía nada del tema, estaba igual o más sorprendido que cuando nosotros lo descubrimos.

—Espero que por los dioses tengas razón, Valerio, porque si no acabamos de cavar nuestras tumbas —dijo Cornelio.

—Opino igual que Valerio —dijo el centurión—. Ahora solo falta esperar a ver si cumple con lo prometido. En todo caso debemos estar más atentos que nunca, Flavio volverá a atacar.

—Y seguro que lo hará por la espalda, es un maldito cobarde —dijo el *optio* apretando los dientes.

—Ahora ya sabemos que está aquí, y eso le hace perder el factor sorpresa. No se arriesgará a atacarnos a todos a la vez —dijo Aurelio—. Debemos mantenernos unidos, así no se acercará.

—Cornelio, encárgate de buscarles a tus hombres un hueco para pasar la noche entre el resto de *contubernia*. Se ha hecho tarde para buscaros otro sitio, me encargaré de ello mañana a primera hora con más clama —dijo Salonio.

—Sí, señor —dijeron todos los presentes mientras llegaban a la zona donde otrora estuvo situada su tienda.

Mientras el centurión se retiraba hacía sus aposentos, el *optio* se dirigió a las tiendas más cercanas para encargarse de ubicar por esa noche a sus hombres tal y como había ordenado su superior.

CAPÍTULO XVIII

—¿A dónde vas tan temprano? —preguntó desperezándose.
—Querrás decir adónde vamos —respondió Sexto formulando otra pregunta a su vez.

—Pues, ¿adónde vamos? —dijo, levantándose de la cama y frotándose ambos ojos con los dedos.

—Asistiremos al funeral de los compañeros de *contubernium* de Valerio —apuntó el hombre.

—¿Es obligatoria nuestra presencia? —inquirió Flavio mientras se dirigía hacia un recipiente que contenía agua y se lavaba la cara para despejarse.

—Por supuesto, si no asistiéramos llamaríamos la atención. Debemos comportarnos con normalidad, como si no supiéramos nada del tema —explicó el funcionario mientras se llevaba a la boca un trozo de queso acompañado de una rebanada de pan de centeno.

—¿Y cómo se supone que nos hemos enterado de lo que pasó anoche? —preguntó de nuevo el asesino sentándose en la mesa.

—Mientras tú dormías plácidamente yo ya estaba en mi puesto, como cada mañana ocupándome de los asuntos más apremiantes, los relativos al abastecimiento de la legión —explicó Sexto—. El legado ha hecho llegar a todos los rincones del campamento un mensaje donde explicaba lo del accidente de ayer por la noche.

—¿Entonces entiendo que la versión oficial confirma que fue un accidente? —preguntó el hombre mientras esbozaba una siniestra sonrisa.

—Eso parece —admitió el funcionario—. Convocaba a todos, personal militar y civil, a asistir a las exequias de los fallecidos. Tendrán lugar a mediodía en la plaza que hay frente al *praetorium* —apuntó.

—Muy bien, pues si nos convoca el legado, ¿qué otra opción nos queda? —dijo en tono burlesco.

—Cuando acabes de desayunar acércate a la tienda de intendencia. Te estaré esperando allí —dijo el hombre sin hacer caso al comentario—. Y no te entretengas demasiado.

—Descuida, seré puntual. ¿Cómo iba a perderme el fruto de mi trabajo? —
apuntó soltando una leve carcajada.

Salió de la tienda y se encaminó hacia el almacén de provisiones. Tenía mucho trabajo, ya que debía revisar las listas de suministros, comprobando que todo estuviese correcto. Pese a no ser el encargado oficial de llevar a cabo esa tarea, desde el primer momento se vio obligado a colaborar con el funcionario que sustituyó al malogrado Marco. La manera en la que aquel infeliz llevaba las cuentas era compleja, demasiado para su sustituto, que en más de una ocasión se había visto superado por la situación, hasta el punto que había solicitado en varias ocasiones a sus superiores la renuncia y el traslado a cualquier otro puesto. Fue él quien le tuvo que convencer para seguir, le ofreció su colaboración en todas las ocasiones en las que se vino abajo, muchas más de las que en un principio pensó. Eso le obligó a tener que dedicarle más horas de las previstas inicialmente a la tarea de intendencia. El sistema de Marco para controlar el avituallamiento era complicado, difícil de descifrar, y si encima se le añadía la caligrafía que usaba, casi ininteligible, la tarea se tornaba mucho más ardua y lenta. No tardó demasiado en llegar a su puesto, y como cada mañana le recibió uno de los esclavos, Severino, que le mostró los documentos actualizados con todo lo que se había recolectado el día anterior. Se detuvo justo en la puerta de acceso y empezó a revisar con detalle los números. A la mitad del segundo rollo, algo le llamó la atención, por lo que repasó la cifra y le dijo al esclavo:

—Por los dioses, Severino, ¿qué significa esto?

Le entregó el documento al esclavo y le señaló con su dedo índice unas palabras y unos números justo en una columna a la derecha. El siervo echó un vistazo al documento y dijo:

—Mis disculpas, *domine*. Cuando los recaudadores llegaron ayer a última hora dijeron que era lo único que habían conseguido.

—No puede ser, necesitamos más cantidad de trigo. No es suficiente para tantos hombres —dijo enojado el funcionario.

—Lo sé, parece ser que los dueños de las propiedades a los que se les solicitó el grano les dijeron a los hombres que trajeron el cargamento que este año no había sido muy bueno. Les explicaron que había llovido demasiado y algunos campos se habían inundado, lo que había hecho que una tercera parte

de la cosecha se perdiese —informó Severino—. Además, antes que ellos han pasado más recaudadores solicitando lo mismo, supongo que de las otras dos legiones.

—Pues eso no nos favorece, para nada —gruñó el hombre—. Dispón un caballo para mí, debo ir al campamento de la VI para comprobar si a ellos les sobra, y negociar.

—Sí, *domine* —dijo el esclavo.

—Y dame esos documentos, me los llevaré también —indicó el funcionario

—Lo que usted mande —dijo Severino entregándoselos todos.

Por fortuna el resto de provisiones que se habían recogido alcanzaba los valores óptimos, aunque para asegurarse prefirió echarle otro vistazo para comprobar que no hubiese nada más que estuviese por debajo de los requisitos necesarios. Se dirigiría a ver al responsable del avituallamiento de la VI legión *Victrix*, que era la que estaba acampada más cerca, para ver si con suerte ellos disponían de más trigo y podía efectuar algún trueque. Eso le permitiría cubrir la escasez de grano. Mientras esperaba que Severino volviese con un caballo, entró al almacén para echar un vistazo y comprobar que lo que había dentro se correspondía con lo que ponía en los documentos. En ese momento alguien habló desde el exterior:

—¿Se puede pasar?

Sin alzar la vista, dijo:

—Un momento, enseguida salgo.

Acabó de repasar varios sacos de arroz y se dio la vuelta. Vio de pie en la puerta al legionario Valerio. Una sonrisa se dibujó en su cara y exclamó:

—¡Adelante, amigo, pasa! No te esperaba esta mañana.

—¿Te molesto? —preguntó el soldado.

—No, tranquilo, tú nunca molestas —dijo el hombre repasando mentalmente todo lo que tenía que hacer antes del mediodía.

El soldado accedió al interior del almacén y volvió a decir.

—Si estás atareado vuelvo más tarde, no me importa.

—Dispongo de un rato aún antes de ir al campamento de la VI —dijo el hombre.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó preocupado.

—Qué va, un leve desajuste de intendencia. Nada que no pueda arreglarse con un pequeño intercambio —sonrió el funcionario—. Por cierto, esta mañana me han comunicado lo del incendio de anoche... Lamento mucho lo de tus amigos —dijo acercándose hasta él y abrazándole.

—Sí, una verdadera tragedia. Gratitud por tus condolencias —respondió el soldado afectado.

—Cuando me comunicaron que habían fallecido cuatro legionarios en el accidente, rogué a los dioses que tanto tú como tus amigos estuviéseris a salvo —dijo Sexto cordialmente.

—¿Cómo sabías que había sido mi *contubernium*? —preguntó el soldado.

—Verás, no lo sabía, y es por eso por lo que cuando me han informado de lo sucedido he mandado rápidamente a Caelio a la tienda de uno de los tribunos con el que mantengo una buena amistad. Quería saber lo antes posible quiénes eran los fallecidos, para descartar que fueseis vosotros —empezó a explicar el hombre inventándose una historia que fuese creíble—. La espera se me ha hecho eterna, aunque ha sido muy poco tiempo. Cuando ha vuelto mi sobrino y me ha confirmado que ni tú, ni Aurelio, ni tampoco el *optio* Cornelio estabais entre las víctimas, he respirado aliviado —concluyó—. Aunque me ha confirmado que la tienda afectada correspondía a la centuria de Salonio... Cuando me ha dado los nombres de los muertos he podido comprobar que se trataba de tus compañeros, por lo que he deducido que se trataba de tu tienda.

—Muchas gracias por tu preocupación —dijo el legionario con el rostro entristecido—. El accidente tuvo lugar justo en el momento en el que estábamos reunidos contigo, eso fue lo que nos salvó... —continuó diciendo el soldado.

—Lo siento, muchacho —dijo Sexto apoyando una mano sobre el hombro del soldado—. Puedes contar conmigo para lo que necesites, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé, Sexto, esos tres hombres eran grandes amigos míos aparte de compañeros de armas —respondió Valerio.

—Disculpa, pero no he entendido algo, ¿has dicho que han muerto tres de tus camaradas? Las noticias de esta mañana hablaban de cuatro fallecidos en el accidente —interrogó el funcionario.

—Creo que se han equivocado a la hora de transmitírtelas —apuntó el

legionario—. En el interior de la tienda perecieron Emilio y Vitelio, que no tuvieron tiempo de salir, y fuera Fabio, que, aunque tratamos de salvarle no pudimos. En cambio, sí que conseguimos salvar la vida a Terencio, que también logró salir por su propio pie de la tienda, aunque quedó gravemente herido a causa de las quemaduras —continuó relatando—. Le trasladamos hasta el *valetudinaria*, después de que el médico le hiciese las primeras curas en el lugar de los hechos. El cirujano nos dijo que su estado revestía gravedad, pero que era un hombre fuerte y que seguramente podría salir adelante. Espero que los dioses sean benevolentes con él, nadie merece morir de esa manera y mucho menos un soldado de Roma.

—Qué noticia más trágica, muchacho. Le tendré presente en mis plegarias —dijo el hombre, arrugando ligera e imperceptiblemente la frente.

—He venido a verte para explicarte esto en persona, además quería comentarte otro asunto —indicó el soldado.

En ese mismo instante apareció frente a la puerta del almacén el esclavo que Sexto había enviado a por un caballo. Al verlo fuera, el funcionario le dijo a Valerio:

—¿Me quieres acompañar hasta el campamento de la VI? ¿O tienes tareas que hacer?

—Por supuesto que te acompaño, así por el camino te acabo de explicar el resto —dijo el soldado—. Tras lo sucedido esta noche Salonio ha creído oportuno suspender el entrenamiento matutino, por lo menos hasta después de los funerales.

—De acuerdo —dijo el hombre—. ¡Severino! Iré acompañado hasta el campo de la VI, trae otro caballo y una carreta por si traigo algo.

El esclavo asintió con la cabeza mientras dejaba atado el animal en la puerta, daba media vuelta y regresaba hasta las caballerizas para cumplir las órdenes que acababa de recibir. Sexto se giró de nuevo hacia Valerio y le dijo:

—En principio pensaba ir en caballo, y si era necesario traer algo pediría que me prestasen un carro. Pero ahora que estas aquí conmigo, mejor vamos directamente en la carreta y nos ahorramos tener que devolverla.

—Por supuesto, amigo.

Esperaron hasta que el esclavo regresó, portando otro equino que tiraba de una pequeña carreta de madera. Ambos hombres se subieron en ella. Una vez

sentados, fue Valerio quien cogió las riendas y las asió para poner en movimiento el vehículo. Al notar el estirón, los dos caballos se pusieron en marcha al trote y se dirigieron hacia la salida del campamento. La distancia que separaba ambos campamentos no era mucha, quizás unos cinco *stadia*, suficiente para que ambos hombres dispusieran de un rato para charlar. Hacía un poco de calor, por lo que ambos iban vestidos con túnicas ligeras, el soldado llevaba la típica militar de color crudo y el funcionario vestía algo más elegante y refinado, una que era de seda, de color rojo con ribetes en los bordes de color dorado. El primero en abrir la boca fue Valerio:

—Tengo varias cosas importantes y urgentes de las que hablarte.

—No me asustes, Valerio, ese tono de preocupación no me gusta nada —dijo el hombre.

—Por dónde puedo empezar —dijo pensativo el soldado—. El incendio que acabó con mis tres compañeros no fue un accidente.

—¿Cómo que no fue un accidente? —inquirió Sexto—. El mensajero que me informó esta misma mañana dijo que la versión oficial era que fue un descuido de los legionarios, que se olvidaron de apagar la hoguera antes de ir a dormir. A su vez el tribuno que habló con mi sobrino le dijo eso mismo —dándose cuenta de que el rostro de su amigo se tornaba más serio añadió—. Disculpa, no me refería a eso.

—Lo sé, no hace falta que te disculpes —dijo Valerio—. Esa es la versión oficial, aunque debes saber que quien lo provocó es alguien que tú y yo conocemos.

Al escuchar lo que el soldado le dijo, el hombre se puso nervioso. Por el tono de voz y el hecho de que estuvieran solos en el carro, en medio de la nada, pensó que el legionario le había descubierto y que aprovecharía la situación para acabar con él. Nada más lejos de la realidad, y como el hombre no respondía fue el soldado el que le dijo:

—¿Estás bien, Sexto? Te has quedado callado, ¿no quieres saber de quién estoy hablando?

—Ah sí, claro, disculpa, es que creía que ibas a continuar hablando... —acertó a decir un poco más tranquilo.

—Se trata de Flavio —afirmó con rotundidad el soldado.

—¿Flavio? No puede ser, si había desaparecido —dijo fingiendo asombro

—. Ese hombre que hizo el trato con vosotros no fue capaz de localizarlo en la ciudad, y eso que disponía de contactos, por lo que imaginé que se había marchado lejos.

—Sí, tienes razón —dijo el soldado encogiéndose de hombros—. Según la información que nos dio Quinto, parecía que se lo había tragado la tierra.

—Entonces, ¿cómo puede haber sido él? —preguntó.

—Porque yo mismo le vi al lado de la tienda ayer noche —dijo tajantemente el soldado.

—¿Que le viste? ¿Estás seguro de que era él? —preguntó de nuevo el funcionario.

—Segurísimo, iba vestido de la misma manera que en el callejón de Tarraco cuando nos asaltó —añadió Valerio—. Igual que cuando acabó con Marco en el bosque. Estoy seguro, y además estoy convencido de que él también me vio a mí.

—Pero, ¿cómo es posible que esté en el campamento? ¿Nos ha seguido? —preguntó con cierta incredulidad Sexto.

—Es evidente que sí. Y alguien de dentro le está ayudando, si no, ¿cómo crees que se coló la primera vez, cuando secuestró a Marco? ¿O la segunda, cuando casi acaba con tu vida? —dijo el soldado recordándole esos episodios.

—Sí, claro. Tienes razón, aunque por lo que me has explicado es un tipo hábil —dijo el funcionario.

—Una cosa no quita la otra. Siempre es más fácil hacer las cosas si alguien te ayuda. Piénsalo, Sexto, mis camaradas y yo nunca dejamos la hoguera encendida, es sabido por todos los soldados que estas tampoco deben hacerse cerca de las tiendas por el riesgo a que la tela prenda —explicó—. ¿O nos crees tan estúpidos como para cometer tal error?

—No, claro. ¿Entonces por qué nos han explicado lo del accidente? —dijo el funcionario.

—Eso es lo siguiente que te quería decir. Tras lo sucedido, y después de exponerle a Salonio y a los demás lo que vi, o más bien dicho a quién vi, el centurión decidió que el peligro era inminente, por lo que era hora de explicarle todo a alguien más poderoso que nos pudiese ayudar —dijo el soldado.

—¿Y a quién se lo habéis explicado, si se puede saber? —preguntó intrigado el funcionario—. Es difícil confiar en alguien en esta situación...

—Tienes razón, al principio no lo vimos demasiado claro, aunque al final estuvimos de acuerdo con Salonio, sus argumentos nos convencieron. Esto nos iba muy grande, si de una tajada habían sido capaces de eliminar a tres de los nuestros, y con suerte porque esa noche Fortuna quiso que estuviéramos en tu tienda, imagínate la magnitud de la amenaza que se cierne sobre nosotros —explicó Valerio—. Sé que la jugada era arriesgada como bien dices, pero o buscábamos ayuda de alguien más influyente o quizás no pudiéramos avisar a Augusto de lo que se le venía encima.

—En eso sí que te doy la razón, bueno, más bien a Salonio, aunque creo que habéis arriesgado demasiado. Antes de explicarle nada a nadie deberíais haberos asegurado.

—El tiempo apremia, amigo, llevamos tan solo tres días de viaje, no es ni una quinta parte del camino que nos queda. Imagínate las posibilidades que tienen de matarnos, necesitamos que alguien más se implique en el asunto —dijo de nuevo.

—Es cierto, disculpa, pero es que el tema es muy delicado —preguntó inocentemente el hombre.

—Te lo explico porque eres de confianza y estás tan metido en esto como nosotros. Por lo que creo que a partir de ahora deberías extremar las precauciones, en serio —dijo de nuevo Valerio.

—No te preocupes, no creo que vengan a por mí —dijo Sexto sonriendo.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Tú también estás al corriente de lo sucedido, y es más, tú sí que le viste la cara a Flavio, y eso te pone en serio riesgo ahora que sabemos que anda suelto por el campamento. Creo que podrías ser su objetivo principal, es por ello que deberías solicitar una escolta para tu tienda —sugirió el legionario.

—Está bien. Tienes razón —dijo el hombre—. Hablaré con mi amigo el tribuno y le solicitaré esa escolta. Aunque cuando me pregunte el motivo, ¿qué debo decirle? No creo que sea buena idea decírselo a nadie más...

—Tranquilo, no hará falta que se lo pidas a tu amigo. Sería meter a otra persona en este asunto turbio, y por mucho que le conozcas tampoco sabes si ya forma parte de la conjura —sugirió el soldado.

—Entonces dime, ¿cómo debo actuar? —preguntó de nuevo.

—Se lo explicaré a Salonio, y él se encargará de conseguirte esos guardias.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo hará si se puede saber? —inquirió Sexto.

—El mismo prefecto en persona te los facilitará —dijo para tranquilizarle.

—¿Antonio? ¿Entonces se lo habéis explicado a él, deduzco? —dijo con cara de sorpresa el funcionario.

—Así es —dijo sonriendo Valerio—. El centurión dijo que era un hombre de fiar y que nos ayudaría, es más, me dijo que servía bajo las órdenes de Augusto desde el principio, y que ya luchó anteriormente bajo el mando de su tío abuelo.

—¿Estás seguro de que podéis confiar en él? —inquirió en tono mucho más serio el funcionario.

—Por supuesto. No te preocupes, confío plenamente en el criterio de Salonio —dijo el soldado.

—Espero por el bien de todos que estés en lo cierto —dijo Sexto—. ¿Y cómo reaccionó al descubrir todo lo que había pasado?

—Pues se quedó muy sorprendido. Aunque más bien diría que la palabra correcta es disgustado, pues afirmó que no supo descubrir a tiempo quién había secuestrado a Marco, y que eso le hacía sentir cierta responsabilidad con lo sucedido, y más siendo él el encargado de la seguridad del fuerte —dijo Valerio—. Mostró mucho interés por la historia y se comprometió a ayudarnos —dijo inocentemente el legionario.

—¿Qué tipo de ayuda si se puede saber? —preguntó con curiosidad el funcionario.

—Dijo que él mismo se encargaría de escribir una misiva dirigida a Augusto, en la que le advertiría de la conjura —dijo el soldado.

—Malditas misivas —dijo Sexto.

—Eso mismo pensé yo, son el detonante de todo esto —añadió Valerio—. Aunque tiene su lógica, es la manera más rápida y eficaz de ponerle al corriente de todo, además nos exime a nosotros de la ardua tarea de tener que hablar con él una vez llegemos a Segisamo.

—Eso es cierto amigo, pero, ¿cómo piensa hacerle llegar ese mensaje? —volvió a preguntarle.

—Dijo en su tienda que enviaría un mensajero de su confianza al galope hasta Segisamo, para que hiciese entrega en mano del documento al cónsul o a alguien de su entorno de confianza —dijo de nuevo.

—Esperemos por los dioses que cumpla con su palabra y que no forme parte de todo esto, o la cosa se va a poner muy fea —dijo Sexto.

Justo acabó de decir esa frase cuando Valerio le avisó:

—Allí está el campamento de la VI legión.

—Sí, lo veo, amigo. Vayamos al almacén de intendencia en primer lugar, debo hablar con el responsable de avituallamiento —dijo el hombre pensativo.

—Por supuesto —dijo el soldado mientras le lanzaba una mirada de soslayo—. ¿Hay algo que te preocupe, Sexto? —preguntó.

—Supongo que todo en sí —dijo el hombre—. Pensaba que ese maldito asesino ya no rondaría por aquí, habiendo cobrado la recompensa por el trabajo...

—Yo también creí que no volveríamos a cruzarnos con él. Aunque tal vez los dioses nos están dando una oportunidad de hacer justicia. Además, ya no es solo culpable de la muerte de Marco —dijo el soldado muy serio—. Deberá pagar también por lo que le ha hecho a mis camaradas. Esto no va a quedar así, lo juro por *Iupiter Optimo Máximo*.

—Es un hombre peligroso por lo que me estás contando, Valerio. Ándate con mucho cuidado, no quisiera tener que enterrar a otro amigo —dijo.

—Lo sé, gracias por tu preocupación, pero ese bastardo debe pagar por sus crímenes —dijo de nuevo el soldado.

—Quién sabe, lo más seguro es que solo esté cumpliendo órdenes...

—Eso seguro, pero no debes preocuparte. Cuando acabe con él, los que le han contratado para esto seguirán sus pasos, lo juro por todos los dioses del *Panteón* —dijo el legionario alzando la mirada al cielo.

En ese mismo instante un escalofrío recorrió la espina dorsal de Sexto, y le erizó todo el vello de sus brazos. Por el tono y la seguridad con la que el soldado había pronunciado esas palabras, más le valía que jamás descubriese que él estaba detrás de todo, o no tendría piedad. Era necesario pues que Flavio completase su trabajo cuanto antes, pues no estaba dispuesto a arriesgarse a que ese soldado cumpliera las amenazas que acababa de

proferir. Justo en ese instante llegaron a la puerta de acceso al campamento. Uno de los dos legionarios que montaban guardia gritó:

—¡Alto! ¡Identificaos!

El funcionario dijo:

—Soy Cayo Sexto Apuleyo, funcionario encargado del avituallamiento de la IV Macedónica, y este es el legionario Tito Valerio Nerva. Venimos a ver a mi homónimo.

—Esperad un momento —dijo el guardia—. ¡Sempronio, acércate al almacén de provisiones y avisa al responsable inmediatamente! ¡Dile que venga, preguntan por él! —ordenó a otro de los hombres que estaba un poco más atrás.

—¡Ahora mismo! —dijo el soldado mientras abandonaba el puesto a paso ligero.

Pasó un rato hasta que ese mismo soldado regresó acompañado de un hombre que apenas podía seguir el ritmo. Este se acercó hasta los centinelas y alzando la mano en señal de saludo a los recién llegados exclamó:

—¡Bienvenidos, amigos míos, soy Publio Gabinio Pisón, responsable de la intendencia de la VI legión *Victrix*! ¿En qué puedo servirlos?

El hombre estaba bastante obeso, sobre todo para lo bajo que era. Estaba completamente sudado y utilizaba muy a menudo un pañuelo que guardaba en uno de los bolsillos de su túnica para secarse la frente y el cuello. Sexto tomó la palabra y respondió:

—¡Salve, Gabinio! Mi nombre es Cayo Sexto Apuleyo, y soy el responsable de la intendencia de la IV Macedónica. Él es mi amigo, el legionario Tito Valerio Nerva.

—¡Salve, amigos, y sed bienvenidos al campamento! —dijo de nuevo el hombre—. ¡Guardia, puedes dejarlos pasar, vienen conmigo!

El centinela que parecía estar al mando movió ligeramente la cabeza e indicó a sus camaradas que se echasen a un lado para dejar pasar el carro. Los hombres obedecieron de inmediato, y Valerio puso en marcha a los animales, que accedieron al interior del recinto a paso lento. Gabinio se puso delante del vehículo y caminó tan rápido como pudo, mostrando a sus invitados el camino que debían seguir hasta el almacén. Una vez llegaron al punto indicado, y mientras se secaba de nuevo el sudor en el empapado trozo de tela, el hombre

dijo:

—¿Qué es lo que me habéis dicho que necesitabais?

—Aún no hemos dicho nada —respondió Sexto un poco confuso.

—Ya, claro —dijo el funcionario—. Pero supongo que no habéis venido hasta aquí solo para hablar conmigo, ¿verdad?

—Vaya, qué hábil que eres, amigo —dijo Valerio.

—Llevo demasiados años haciendo este trabajo, muchacho, quizás desde antes de que tú nacieras incluso —dijo Gabinio esbozando una leve sonrisa mientras accedía al interior del habitáculo, desapareciendo de la vista de los hombres.

—Será mejor que esperes en el carro, Valerio —sugirió Sexto—. Gabinio y yo tenemos que hablar de negocios. Si te necesito te haré llamar.

—Como desees —dijo cortésmente el legionario—. Aprovecharé para dar de beber a los animales, están sedientos con este calor.

—Muy bien, no tardaré demasiado en regresar, no te vayas muy lejos. Debemos regresar a tiempo para el funeral —dijo Sexto mientras el legionario asentía con un leve movimiento de su cabeza.

Casi había acabado de darles agua a las bestias cuando Sexto apareció por la puerta, acompañado de un sonriente Gabinio, que le ponía su pesada y sudada mano derecha sobre la espalda en señal de confraternización. El obeso funcionario le dijo:

—Ha sido un verdadero placer hacer tratos contigo, Cayo Sexto Apuleyo. Si en un futuro necesitas algo más de mí ya sabes dónde encontrarme, estoy a tu entera disposición.

—El placer ha sido mío, Publio Gabinio Pisón. Lo mismo digo, el campamento de la IV es tu casa, solo debes preguntar por mí si alguna vez vas allí.

Justo cuando el funcionario subía de nuevo al carro, un grupo de diez esclavos desfiló desde el interior del almacén hasta la parte trasera del carronato. Los hombres empezaron a depositar sacos de trigo, uno tras otro hasta que no dejaron ni un solo hueco. Entonces se retiraron de nuevo hacia dentro. Fue entonces cuando Sexto le dijo en voz baja a Valerio:

—Vayámonos cuanto antes de aquí, si me quedo mucho más en este lugar no respondo.

—Cualquiera que te viese hace tan solo unos instantes, diría que has cerrado un buen trato con ese hombre —dijo el soldado espoleando las bridas.

—Mejor no te digo a qué precio he pagado ese trigo —dijo el hombre apretando los dientes.

—A veces las cosas se pagan más caras de lo que en realidad cuestan —dijo.

—Cuánta razón tienes, Valerio, cuánta razón...

CAPÍTULO XIX

— ¡Oh Júpiter Capitolino, padre de todos los dioses! ¡Oh Marte, dios de la guerra que compartes trono junto a tu esposa Belona! ¡Oh Jano Quirino^[52], padre y fundador de nuestra ciudad, guardián de todos los que en ella habitan! ¡Os rogamos y suplicamos que acojáis en vuestro regazo a estos tres valientes soldados de Roma! ¡Ellos han sacrificado lo máspreciado para los hombres, sus propias vidas, para honraros a vosotros y a la gloriosa ciudad de la que sois protectores! ¡Guiadles en su camino hacia el Elíseo y no permitáis que sus almas sean arrastradas al infame Tártaro, ya que sus acciones en vida les han hecho merecedores de tal destino! ¡Los compañeros de armas de los difuntos, que han servido junto a ellos durante mucho tiempo, honrarán la memoria de estos valientes!

Cuando el sacerdote, que había sido traído expresamente desde la ciudad por orden del general de la legión para officiar las exequias, acabó su oración en honor a los legionarios fallecidos, Valerio, acompañado de Aurelio y Cornelio, se acercó hasta donde reposaban los cuerpos sin vida de sus compañeros. Estos estaban cubiertos por unas mantas de lana que hacían las veces de sudarios y que los tapaban de las miradas de los asistentes. El estado en el que habían quedado los cuerpos no era muy agradable de ver, sobre todo el de Emilio y Vitelio, a estos apenas se les podía reconocer ya que lo único que se había salvado de las llamas fue el esqueleto, todo lo que era combustible se había consumido.

Aunque la imagen era bastante estremecedora se debía dar cumplimiento a las tradiciones, por lo que haciendo acopio de valor y aguantando la respiración para poder honrar a sus camaradas, los elegidos introdujeron una moneda de plata cada uno en la boca de los muertos para que pudieran de esa manera pagar el salvoconducto al barquero Caronte^[53], que sería el encargado de llevarlos en su último viaje hasta la otra orilla. Cumplida esa tradición, todos los allí presentes entonaron la *conclamatio*^[54] en honor a los difuntos para despedirse de ellos como se merecían. Aunque no era habitual incinerar los cuerpos de los legionarios, en esa ocasión se optó por esa manera de

enterrarlos, pues poco quedaba de ellos. Así pues, se construyeron tres pequeñas y modestas piras, sobre las que se colocaron los restos de los soldados. Ellos mismos fueron también los elegidos para prender las llamas. Sin duda resultaba paradójico que el elemento que les había quitado las vidas fuese el mismo que se encargaría de consumir sus cuerpos e iniciar así el paso hacia el más allá.

Valerio y sus compañeros tomaron una antorcha cada uno y prendieron los troncos que estaban en la base. El fuego prendió poco a poco hasta que las llamas se hicieron más intensas y empezaron a consumir los restos. En ese instante, con todas las tropas formadas ante el lugar escogido, debidamente equipadas y engalanadas para la ocasión, el legado Suetonio gritó:

—¡Salve, *fratri*! ¡Valientes legionarios que habéis dado vuestras vidas por la gloria de Roma y por la IV!

Entonces todos los presentes, al unísono, gritaron a pleno pulmón:

—¡Salve, *fratri*!

En ese momento, mientras miraba fijamente cómo las llamas consumían lo poco que quedaba de los cuerpos de sus amigos, Valerio se emocionó. Las lágrimas de dolor empezaron a brotar de sus ojos, la aflicción y la angustia hicieron acto de presencia, toda la entereza que había mostrado hasta ese momento llegó a su fin. Parecía que era justo en ese momento cuando tomaba conciencia de que no volvería a ver jamás a sus camaradas hasta que muriese y se pudiese reunir con ellos en el más allá. Las gotas descendieron por sus mejillas como un riachuelo y aunque trató de contenerse, fue imposible. La muerte se cernía sobre los que le rodeaban, sobre la gente que más quería. ¿Por qué era tan cruel el *fatum* con él? ¿Acaso no había sido un buen romano? ¿Merecían morir esos hombres por el capricho de otros que no eran más que unos cobardes que se ocultaban en sus oscuras madrigueras? ¿Quiénes eran esos tipos que se creían en el derecho de decidir quién debía vivir y quién morir?

En silencio, juró ante todas las divinidades que no descansaría hasta dar con todos ellos. Les haría sufrir de la misma manera que le habían hecho a él y a los suyos, y cuando estuviese satisfecho y saciado por la venganza, se encargaría de enviarlos a la parte del Inframundo en la que se merecían pasar el resto de la eternidad. Se quedó inmóvil durante un buen rato, con los ojos

cerrados y los brazos cruzados sobre su pecho. De repente notó que una mano se posaba sobre su hombro derecho. Abrió los ojos y se dio la vuelta. Era el centurión Salonio, que tenía sus ojos también húmedos por las lágrimas. El hombre se acercó hasta el oído de Valerio y le dijo en voz baja, casi imperceptible:

—No te preocupes, muchacho, nos encargaremos de los responsables, lo juro...

Seguidamente se dio media vuelta y se dirigió hacia su posición en la vanguardia de la centuria. Fue entonces, con los ojos ya abiertos, cuando Valerio se dio cuenta de que las piras estaban casi exiguas, el ritual estaba a punto de finalizar y tan solo quedaba esperar a que no hubiese nada más que prender. Sería entonces cuando se recogerían las cenizas de los fallecidos, entremezcladas con la madera, y las depositarían en tres pequeñas urnas. A su vez éstas se enterrarían en una pequeña fosa, y si era posible sobre ella se colocaría una lápida de piedra o mármol donde figurarían los nombres y las gestas de los difuntos. Esa última parte estaba por ver, ya que normalmente se usaba el dinero ahorrado por el legionario muerto, y si no llegaba se hacía una recolecta entre los compañeros de la centuria.

Seguramente no habría problema, pues los hombres se mostraban muy generosos a la hora de contribuir, ya que cualquier día les podría tocar a ellos. El problema iba a ser que la legión se pondría en marcha en breve, a lo sumo al día siguiente, por lo que iba a ser complicado elaborar tres estelas funerarias. Lo más seguro era que tuviesen que acarrear las urnas hasta el siguiente punto donde acampasen, otorgándole así tiempo suficiente al artesano para finalizar su trabajo. Buscaría un lugar tranquilo, libre de miradas de curiosos, y cavaría una pequeña tumba para cada uno de sus camaradas para que descansasen por separado. En ese momento, mientras estaba pensando en lo que haría, Aurelio y Cornelio se situaron a ambos lados del legionario. Entonces se acercó hasta ellos el *signifer* Aelio, portando tres urnas de cerámica con él, y les entregó una a cada uno de ellos, mientras decía:

—He hablado con todos los hombres de la centuria. Cubriremos el pago de las lápidas, no debéis preocuparos por ello. Se hará una para cada uno de ellos.

—Gratitud, Aelio —dijo el *optio* mientras recogía uno de los recipientes—. Diles a los hombres que es un bonito gesto por su parte.

—Así lo haré, señor —respondió el legionario—. Conozco a un buen artesano que acampa fuera del *castrum*, trabaja muy bien y nos arreglará el precio para que se ajuste a nuestro presupuesto. Esta misma tarde iré a visitarle y le encargaré el trabajo, así vosotros no tendréis que cargar con esa dura tarea.

—Gracias, hermano —dijo Aurelio extendiéndole el brazo en señal de camaradería.

—Todos los hombres han contribuido generosamente y sin tener que pedirles ni un solo denario. La contribución más alta la ha hecho el centurión, su donación equivale a lo entregado por diez hombres —añadió Aelio.

Los soldados se miraron entre sí, pues para esas cosas Salonio era uno más, siempre lo había demostrado y todos sus hombres lo sabían. Como oficial ya veterano, su sueldo era muy superior al de un legionario, y por lo que se rumoreaba entre los hombres de la centuria no tenía familia, por lo que ahorraba todo el dinero. Nunca le habían visto salir del campamento para disfrutar de un permiso, se debía íntegra y completamente al ejército. Algunos decían que amasaba una gran fortuna tras tantos años combatiendo, otros decían que lo había invertido en alguna granja a la que se pensaba retirar cuando acabasen sus años en la legión. Incluso algunos decían que tenía tanto dinero que podría comprar un cargo público relevante cuando se jubilase. Aunque la verdad era que a todos los que hablaban de ello les costaba trabajo imaginarse a Salonio cultivando unas tierras, o sentado en una curia de alguna ciudad ejerciendo algún cargo público. Realmente era un guerrero de los pies a la cabeza y su destino era servir en el ejército hasta el último de sus días, ya fuese en primera línea de combate o ejerciendo un cargo en retaguardia como el de *Primus Pilus* o de *Praefectus Castrorum*. Sin duda daba el perfil ideal para ello.

Tan solo un rato después el legado dio una orden y las formaciones se rompieron para que cada hombre regresase a sus obligaciones. Solo quedó formada la primera centuria de la segunda cohorte en señal de respeto a sus camaradas fallecidos. Se mantuvieron así hasta que las cenizas fueron recogidas y depositadas en los recipientes. Cuando cada uno de los elegidos

las tuvo en sus manos, se dieron la vuelta y las alzaron. Entonces Salonio gritó:

—¡Salve a los hermanos caídos!

—¡Salve! —gritó la centuria al completo alzando sus *pila* al cielo y golpeando después sus escudos con las jabalinas mientras gritaban tres veces los nombres de cada uno de sus compañeros.

Cuando se dio la orden de romper filas, el centurión se acercó hasta sus tres subordinados y les dijo:

—Para esta noche os he colocado provisionalmente a cada uno de vosotros en una tienda diferente. Con los preparativos del ritual funerario no he podido encargarme de solventar el asunto. Mañana a primera hora, sin más demora me encargaré de redistribuir los *contubernia* para que podáis volver a estar juntos. Estad atentos, no quiero más sorpresas.

—Sí, señor —dijeron los hombres.

—Tened cuidado con lo que decís, el resto de hombres no saben que esto no ha sido un accidente —añadió Salonio.

—Por supuesto. No queremos meter a nadie más en este asunto —dijo Cornelio.

—¿Entonces cómo podía saber Flavio si Emilio, Vitelio y Fabio estaban al corriente de la trama? —preguntó un poco confuso Aurelio.

—No creo que lo supiese —dijo secamente Valerio frotando suavemente la urna que sostenía entre sus manos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el hispano de nuevo.

—Pues que estoy convencido de que no sabía que nuestros amigos estaban enterados de la conjura. ¿Cómo iba a saberlo? —continuó explicando—. Simplemente quiso acabar con nosotros, sin importarle que los que compartían tienda con nosotros muriesen... Para él la vida de tres soldados más no importaba si con ello conseguía deshacerse de nosotros.

—Supongo que será eso, ninguno de los otros se encontró jamás con Flavio, por lo que era imposible que se enterase de que ellos también conocían la trama —dijo Cornelio.

—Tampoco creo que ese bastardo vuelva a arriesgarse —sugirió Aurelio—. Esta vez le ha salido mal, porque no estábamos en la tienda y la versión oficial ha encubierto esto, pero sería un loco si intentase de nuevo algo

similar.

—El dinero es muy poderoso y la recompensa que le ofrecen debe de ser suculenta, te sorprenderías de la cantidad de cosas absurdas que puede hacer la gente por un buen puñado de denarios —dijo el centurión—. Mejor no fiarse, aunque está solo y ha demostrado ser un cobarde, no creo que intente deshacerse de nosotros en un cara a cara, se juega la vida en ello. Sabe de sobra que cualquier legionario le supera en combate...

—Eso está claro —dijo el *optio*—. Si Fortuna permite que algún día se cruce en mi camino...

—En cualquier caso, estad atentos, no quiero que si vuelve a atacar nos coja desprevenidos —ordenó Salonio.

—Una cosa está clara, quiere deshacerse de nosotros antes de llegar a nuestro destino —explicó Valerio—. Y alguien de dentro del campamento le está dando cobijo, si no, ¿cómo ha llegado hasta aquí sin llamar la atención?

—Estoy contigo, soldado. Ahora mismo iré a hablar con el prefecto Antonio, tal como hablamos el día que fuimos a Tarraco, le preguntaré directamente a él si puede averiguar qué centuria estaba de guardia el día que secuestraron a Marco, quizás nos sirva de algo ese dato. Hasta ahora ha sido imposible obtener información sobre ese asunto —dijo de nuevo el centurión.

—Es una buena idea, él seguro que podrá ayudarnos —dijo Valerio a su superior.

—Creo que ha llegado el momento de intentar localizar a ese asesino, ahora ya sabemos que está entre estos muros —volvió a decirles el oficial a los suyos.

—Buena idea, aunque estamos igual que al principio. Ninguno de nosotros le ha visto la cara, ¿cómo vamos a identificarlo? —dijo Aurelio.

—¿Has advertido a Sexto del peligro? —preguntó el centurión a Valerio.

—Sí, señor, esta misma mañana. Como me indicó ayer que hiciera —respondió el soldado.

—¿Y qué tal ha reaccionado cuando le has dicho que Flavio estaba dentro del campamento y que era el responsable de la muerte de tres de nuestros camaradas? —inquirió de nuevo el oficial.

—No me ha parecido demasiado preocupado por su integridad. Es más, le he tenido que sugerir que solicitase escolta para su tienda —dijo el legionario

—. Me ha comentado que hablaría con un tribuno que es amigo suyo, aunque le he recomendado que no lo hiciese por si acaso. Mejor no involucrar a nadie más en este asunto. Le he dicho que usted se lo haría saber al prefecto para que él pusiese un par de centinelas.

—Entonces, ¿le has comentado que está al corriente de todo? —preguntó Aurelio a su amigo.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —dijo Valerio.

—Fue él mismo quien nos ordenó que no contásemos nada de esto a nadie —dijo el hispano.

—Ya lo sé, pero resulta que Sexto no es nadie. Está tan metido en esto como nosotros, su vida también corre peligro y tiene derecho a estar informado de todo —apuntó el legionario.

—Además, si yo fuese ese maldito bastardo me encargaría en primer lugar de él —apuntó Cornelio—. Al fin y al cabo, es el único que le ha podido ver la cara.

—Ya se lo comenté, aunque creo que no es consciente del peligro que corre —dijo Valerio.

—Malditos civiles inconscientes... —dijo Cornelio enfadado.

—Tranquilo, soldado. Hablaré con el prefecto y le pediré que coloque un par de guardias frente a la tienda de Sexto —dijo el centurión tranquilizándolo.

—Gracias, señor. Será mejor que no lo dejemos en sus manos, porque si por él fuese... —dijo encogiendo los hombros el soldado.

—Cierto, muchacho. A veces pienso que hay gente que no es consciente de lo fiero y salvaje que puede ser el mundo que nos rodea —dijo el oficial—. Ahora llevad las cenizas de los caídos a mi tienda y dejadlas allí, yo me encargaré de custodiarlas hasta que les podamos dar sagrada sepultura.

Los hombres obedecieron a su oficial y abandonaron el lugar, encaminándose hacia la tienda de los oficiales. Las tiendas de los centuriones solían ser de mayores dimensiones que las que ocupaban los legionarios, y en ocasiones las compartían con otros oficiales de su mismo rango. Cuando llegaron allí el *optio* Cornelio, que sabía dónde se hallaba el habitáculo de Salonio, recogió las tres urnas, mandó a los soldados que esperasen en el exterior y accedió al interior. Al poco rato salió con las manos vacías y les

dijo a sus compañeros:

—Ya está, muchachos. Volvamos a nuestros quehaceres. Debemos ir al almacén de intendencia a que nos proporcionen el equipo nuevo, después nos instalaremos provisionalmente donde nos ha indicado el centurión.

Los tres se encaminaron hacia la zona de aprovisionamiento, necesitaban que les entregasen casi todo el material, pues nada había quedado a salvo del fuego.

CAPÍTULO XX

Tras obtener toda esa información por parte de Valerio, decidió que debía convocar a todos a una reunión urgente. Pensó que tras los recientes acontecimientos sería adecuado discutir cuál debía ser el siguiente paso, pues las cosas no habían salido tal y como se habían previsto inicialmente, pese a que la versión oficial no les comprometía para nada. Envío a un mensajero para avisar a todos y convocarlos en su tienda aquella misma tarde, no quería dejar pasar demasiado tiempo, había asuntos que apremiaban. Había novedades importantes respecto a la última entrevista que había mantenido con el tribuno Tiberio.

Parecía ser que no había ninguna novedad relevante de la reunión del estado mayor, pues el oficial no le había mandado llamar, tal y como habían acordado en su último encuentro. Seguramente el prefecto Antonio no había comentado nada de su reunión con Valerio y sus camaradas a nadie más. En cierto modo era lógico, el tema era suficientemente complejo y delicado como para ir pregonándolo a los cuatro vientos. Estaba seguro de que Valerio y sus compañeros se lo recomendaron, por peligro a que esa información llegase a oídos de quien no debía. Por suerte, el legionario confiaba plenamente en él y le había contado todo con sumo detalle.

Valerio era un buen hombre, poseía las habilidades de un soldado, pero además tenía otras virtudes. Era un muchacho listo, inteligente y sagaz, aunque aún demasiado joven, la vida no le había dado ninguna lección todavía. Le faltaba experiencia y picardía, y era precisamente de eso de lo que él se estaba aprovechando. De nuevo le vino a la cabeza un pensamiento recurrente que aparecía siempre que pensaba en el legionario. En otras circunstancias habrían podido ser amigos sin problema, pero los intereses primaban por encima de las personas. Era una lástima, pero no podía hacer nada para cambiarlo, si esa noche no hubiese decidido ir hasta la tienda de Marco, no se habría visto envuelto en todo este asunto. Lamentó profundamente los hechos, en cierto modo le había cogido cariño, pero las circunstancias y las responsabilidades se debían anteponer siempre a las emociones, lo había ido

aprendiendo con el paso de los años. Si el muchacho no hubiese aparecido, su vida de legionario habría seguido el curso normal, y quizás habría vivido muchos años más y quién sabe, incluso se habría podido retirar una vez cumplido su contrato... O habría podido hacer carrera como oficial, ya que poseía las habilidades y capacidades para desarrollar un puesto de mando. Aunque eso ya era igual, el destino de ese joven y de los que le rodeaban estaba decidido.

Tal y como había acordado con el tribuno la noche anterior en su tienda, a primera hora de la mañana se habían personado en su tienda dos jinetes para recoger las misivas que había redactado. Era importante mantener informados tanto a sus superiores en Roma, como a sus contactos en Segisamo. Quería que supieran que estaba haciendo todo lo posible por completar su misión con éxito, y llegado el caso, avisarles con suficiente antelación si los planes fracasaban. No tenía noticias de ninguno de ellos desde hacía algún tiempo, aunque ciertamente eso le tranquilizaba, pues significaba que todo iba según lo previsto. Se puso una túnica limpia para recibir a sus invitados, que no tardarían en llegar, e hizo traer algo de comer y unas cuantas jarras de vino. Se sentó en una silla y esperó a que sus invitados fueran llegando. Al cabo de un rato, una voz desde el exterior le devolvió a la realidad:

—¿Se puede?

La reconoció rápidamente, se trataba de Tiberio. Entonces el funcionario contestó:

—Por supuesto, adelante.

La cortina de la tienda se descorrió y Tiberio accedió al interior. Iba vestido con la túnica militar, llevaba puesta la *lorica* y la espada colgada de la cintura. Detrás de él entraron los dos centuriones, Lucio Gémino Falco y Quinto Fabio Carbo, vestidos también con los ropajes militares y sus armaduras. Sexto se quedó sorprendido pues no esperaba que esos dos hombres le acompañasen, no habían sido convocados a la reunión, de la misma manera que él no le había dicho nada tampoco a Flavio. Verlos allí no le gustó demasiado, pero prefirió no decir nada al respecto. Al entrar, el tribuno y los centuriones se acercaron hasta la mesa, mientras se quitaban el casco y lo sujetaban bajo el brazo. Entonces el funcionario se alzó levemente de la silla y les dijo:

—Bienvenidos, amigos. Tomad asiento, aún tienen que llegar Sempronio y Fulvio.

Los tres soldados aceptaron la invitación de su anfitrión y tomaron asiento. Sexto les ofreció entonces a los hombres algo de comer y de beber. Les acercó una copa a cada uno y una jarra de vino que estaba llena hasta arriba. Se sirvieron uno tras otro, y posteriormente bebieron sin articular una sola palabra. Tras un breve silencio, Tiberio dijo:

—¿Para qué nos has convocado con tanta prisa?

—Todo a su debido tiempo —dijo Sexto dando un sorbo a su copa—. Prefiero que esté todo el mundo aquí, no me gusta tener que repetir las cosas.

El oficial pareció quedarse un poco sorprendido por la respuesta tan seca y brusca de su contertulio. Desde el momento en que se conocieron quedó claro que la relación iba a ser más bien tensa. A Sexto no le gustaba nada la actitud de ese hombre, y temía que su ambición excesiva saliese a relucir en algún momento y que entorpeciese la labor que tenían entre manos. Era una cosa que no les convenía, no se trataba de una competición para ver quién mandaba, cada uno debía ceñirse a su papel y el de ese soldado era acatar las indicaciones que él le diera. Tenía que marcar a ese hombre, no podía permitir que pasase por encima de él, por muy hijo de senador que fuese.

Se miraron un buen rato, la tensión se palpaba en el ambiente y por un instante temió que la cosa se les fuese de las manos, aunque decidió guardar silencio y no decir nada más, simplemente limitarse a esperar que los dos hombres que faltaban llegasen. La verdad era que no se sentía nada cómodo estando a solas con esos tres soldados. Cuando apareciesen Sempronio y Fulvio se sentiría más tranquilo. De hecho, no tardaron demasiado en hacer acto de presencia. Cuando entraron a la tienda, les ofreció una silla a cada uno y los dos centuriones les acercaron un par de copas para que se sirviesen. Entonces Tiberio dijo con cierta sorna:

—Ahora ya estamos todos aquí. ¿Podemos empezar?

Sexto le lanzó una mirada inquisitoria, pues notó el tono del comentario y no le gustó nada. Para no empezar con mal pie la reunión decidió hacer caso omiso al comentario, por lo que inició su discurso:

—Muy bien, señores, la razón por la cual os he convocado con carácter urgente es para informaros de que tengo novedades importantes. Esta misma

mañana ha venido a verme Valerio y tras explicarme lo del incendio, me ha advertido de que estaba en peligro.

—¿Y se puede saber el motivo? —dijo Fulvio.

—Me ha dicho que anoche, vio a Flavio al lado de la tienda que se incendió —respondió.

—Eso ya me lo contaste anoche —dijo Tiberio resoplando.

—Cierto, pero los demás no están al corriente de lo que sucedió, creo que deberían conocer todos los detalles —dijo secamente Sexto.

—Como desees... —dijo de nuevo el tribuno.

Sexto se encargó de explicar a los dos funcionarios y a los dos centuriones todo. Les explicó como había procedido el asesino, el resultado de la operación, tres muertos y un herido de gravedad, y el descuido que tuvo. Tomó entonces la palabra Sempronio:

—¿Cómo es que no le has convocado aquí para que nos explique él mismo lo que pasó?

—No era necesario, creo que mis palabras son suficientes —dijo el funcionario.

—Por supuesto —dijo de nuevo el hombre—. En ningún momento estoy dudando de tus palabras, no me refería a eso...

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo Tiberio cortando al funcionario—. Creo que hablo en nombre de todos los presentes cuando digo que ese asesino no ha cumplido con su objetivo. Debería haber acabado con todos los soldados a la vez y no lo ha conseguido. Y si le han reconocido la cosa se puede complicar...

—¿Por qué se va a complicar? Fortuna quiso que esa noche Valerio y dos de sus camaradas decidiesen venir a mi tienda a verme, Flavio no tiene la culpa de que no estuviesen allí —preguntó Sexto.

—Entonces, ¿qué crees que pasaría si le capturasen? ¿No crees que le interrogarían para saber quién le ha contratado? ¿No era esa la intención inicial que tenían esos soldados? —preguntó el tribuno mirando a todos los presentes—. No nos podemos arriesgar a que le cojan, si lo hacen, no dudéis que nos venderá.

—Tiberio tiene razón —dijo Gémينو—. A lo largo de mi vida he conocido a muchos hombres de la misma calaña que ese, se venden por un puñado de

monedas y si ven peligrar su vida no les importa hacer lo que haga falta para salvarla. Además, estoy seguro de que si aparece alguien que le ofrece unas pocas monedas más por hablar lo hará gustosamente. A diferencia de nosotros, no está aquí porque no cree en lo que estamos haciendo. Desde mi punto de vista, no es de fiar.

—¿Pero es que no os dais cuenta de lo que estáis diciendo? —interrumpió Sexto enfadado—. Se ha deshecho de tres soldados de un solo golpe, decidme, ¿cuántos de vosotros hubieseis sido capaces de hacer lo mismo? Ha dejado a otro herido gravemente, y sin poner en riesgo su integridad.

—Olvidas un pequeño detalle, y bastante importante, le han reconocido —añadió Tiberio esbozando una sonrisa—. Es demasiado arriesgado para nosotros, no podemos permitirnos el lujo de que nos delate.

—Estoy con el tribuno —dijo Fulvio—. No podemos exponernos a semejante peligro. Si no se hubiese dejado ver...

—Pero ninguno de los soldados le ha visto la cara jamás. No le pueden reconocer —dijo de nuevo el funcionario.

—A ver, señores, un poco de calma —dijo suavizando los ánimos Sempronio—. Vamos a tranquilizarnos un poco. Hay que reconocer que el trabajo de Flavio ha sido bueno —dijo mirando a Sexto—. Pero hay dos detalles a tener en cuenta, el primero es que uno de los soldados aún está herido, y el otro es que Valerio y los suyos ya saben que está en el campamento.

—Estoy de acuerdo —dijo Sexto—. En relación al primer punto no debemos preocuparnos, Flavio se encargará de ese legionario herido, es un blanco fácil. En cuanto al segundo punto, os repito que no supone ningún problema.

—Yo soy más de la opinión de deshacernos de ese asesino —interrumpió el centurión Fabio—. Creo que no ha cumplido con su cometido, y al no hacerlo nos expone a todos. Es más importante el objetivo que la vida de ese desgraciado.

—Estoy contigo —dijo el otro centurión—. Creo que deberíamos deshacernos de él cuanto antes, así de paso les ahorramos una buena cantidad de denarios a los de arriba.

—¿Y todo lo que ha hecho? —preguntó Sexto—. ¿Es así como le pagamos

por los servicios prestados?

Nadie le respondió, todos los presentes guardaron silencio y se intercambiaron miradas. No podía creer lo que acababa de oír, no era posible que todos los allí presentes estuviesen de acuerdo con lo que proponían los dos centuriones. Le daba la sensación de que lo que estaban exponiendo ya lo habían hablado en privado. Se quedó mirando fijamente a Tiberio, que sonreía levemente. Entonces lo comprendió. Estaba claro, esos dos oficiales estaban a las órdenes de su superior jerárquico militar, simplemente obedecían indicaciones. Cumplían su papel de subordinados y parecía que la jugada estaba clara, todos los allí presentes compartían la idea de acabar con la vida de Flavio, así matarían dos pájaros de un tiro, acabarían con la posibilidad de que el asesino se fuese de la lengua, y de paso ahorrarían un buen puñado de monedas a sus jefes. La única pregunta que se hacía era, ¿por qué tenía tanto interés Tiberio en deshacerse de Flavio a esas alturas? ¿Era simplemente por miedo a que hablase? ¿Por quedarse él la parte de la recompensa? ¿Por desacreditarle a él? ¿O simplemente se trataba de un tema de orgullo? No lo sabía, aunque una cosa estaba clara, si de los allí presentes todos menos él estaban de acuerdo, la decisión estaba ya tomada, y le era imposible oponerse sin que eso pudiera jugar en su contra. Tomó otro sorbo de la copa mientras los demás le observaban. Se limpió las comisuras de los labios con una servilleta suave de lino. Se aclaró la garganta y con resignación dijo:

—Está bien, si todos estáis de acuerdo... Que así sea.

Se fijó entonces en el rostro del tribuno. Se le dibujó una mueca de satisfacción y victoria. Sí, en esa ocasión le había ganado, aunque a partir de ese momento estaría mucho más atento, pues empezaba a vislumbrar cuáles eran las intenciones de ese hombre tan codicioso. Antes de que nadie dijese nada, volvió a hablar:

—Y decidme, ¿quién se encargará de hacer el trabajo de Flavio cuando este haya muerto?

—Mis hombres y yo lo haremos encantados —dijo Tiberio señalando a los dos centuriones que tenía a su lado—. No cometerán los mismos errores que tu asesino, tenlo por seguro.

A Sexto no le gustó nada la manera en la que había pronunciado esas palabras, aunque fue más inteligente y no entró al trapo. Al contrario, se

interesó por saber más detalles de los planes del oficial.

—¿Y cómo pensáis deshaceros de Flavio? No creo que sea una tarea fácil, si piensas que es un vulgar maleante vas mal encaminado.

—No supondrá ningún problema para Gémino y Fabio, son dos veteranos curtidos en más de cien batallas —dijo Tiberio sonriente.

—No lo pongo en duda —dijo el funcionario—. Aunque en esta ocasión no se enfrentan a una batalla. Esto dista mucho de parecerse a lo que ellos están acostumbrados a ver.

—No te preocupes por ellos, han hecho trabajos mucho más complejos que este —dijo de nuevo el tribuno.

—Creo que se me ocurre una manera de hacerlo —dijo el centurión Gémino.

Todos los asistentes se quedaron esperando a que el soldado expusiese su idea, pero este se mantuvo en silencio, pensativo. Tras esperar un rato, Sempronio decidió tomar la palabra y le preguntó al centurión:

—¿Y bien? ¿Nos vas a explicar en qué consiste tu plan?

El veterano oficial miró a Tiberio, que hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Tras ello empezó a hablar:

—Sexto ha expuesto anteriormente que uno de los legionarios de la tienda resultó herido de gravedad y se está recuperando de sus heridas en el *valetudinaria*. ¿No es así?

—Eso fue lo que me dijo Valerio, aunque no lo he podido comprobar todavía. De todas maneras, no creo que me mintiese al respecto —afirmó el aludido.

—Está bien —dijo el veterano—. Pues entonces no resultaría extraño si Flavio recibe el encargo de acabar con ese hombre mientras se encuentra indefenso.

—Continúa... —dijo Sempronio.

—Fabio o yo, o quizás los dos, le acompañaremos con el pretexto de facilitar su acceso a la tienda. Le diremos que mientras él hace el trabajo nosotros nos aseguraremos de facilitarle una vía de escape segura, deshaciéndonos de los posibles obstáculos que le puedan entorpecer —continuó explicando.

—Sí, parece un buen plan —añadió Fulvio.

—Supongo que intentará acceder por la parte de atrás de la tienda, al menos así lo haría yo. Cuando acabe con el legionario, le estaremos esperando fuera, durante la huida nos encargaremos de él de una vez por todas —acabó diciendo el hombre mientras una sonrisa de satisfacción se dibujaba en su cara.

—Brillante —dijo aplaudiendo Tiberio—. Creo que es un plan magnífico, aunque después deberéis deshaceros de su cuerpo. No hay que dejar rastro.

—Por supuesto, tribuno —dijo Gémino.

Sexto se mantuvo en silencio durante un rato mientras los demás brindaban por la decisión que habían tomado. No paraban de halagar el plan del centurión. El plan parecía bueno, no había duda, aunque Flavio no era un asesino de poca monta, lo había demostrado con creces. Pese a no estar de acuerdo con el tema, decidió que también era arriesgado que solo dos hombres se enfrentaran al mercenario, por lo que dijo a los presentes:

—Si me permitís un consejo... Con dos hombres no bastará para acabar con él.

—¿Qué quieres decir con que no bastará? —inquirió Tiberio.

—Ya os he dicho que Flavio es listo y posee más habilidades de las que creéis. Para asegurarnos de que el plan no falla, lo mejor sería tener una ventaja de tres a uno por lo menos —sugirió el funcionario.

—¿Estás dudando de la capacidad de mis hombres? —volvió a decir el tribuno un poco molesto.

—No me estás entendiendo, Tiberio —corrigió el hombre—. Más que dudar de ellos, opino que no deberíais subestimar vosotros a Flavio. Si algo ha demostrado hasta ahora es un elevado instinto de supervivencia. Se sabe adaptar perfectamente a las situaciones adversas, por lo que creo que no se pierde nada si buscáis un poco más de ventaja.

Nadie dijo nada tras sus palabras. Al poco rato, Gémino dijo:

—Quizás Sexto tenga razón. Más vale pecar por exceso que por defecto.

—Gracias por tu sensatez —dijo el funcionario—. Estamos todos juntos en esto, yo he acatado vuestra decisión sin objeciones. Escuchad mi consejo ahora.

—Muy bien —dijo a regañadientes Tiberio—. ¿De cuántos hombres fieles disponemos? —preguntó a Gémino.

—Toda mi centuria me obedecerá sin rechistar, y lo que es más importante, sin hacer preguntas —dijo el oficial orgulloso—. No hace falta que sepan nada del tema, obedecerán mis órdenes sin más.

—No creo que sea necesaria toda una centuria —dijo el tribuno—. Con uno más será más que suficiente, tendréis una ventaja numérica de tres contra uno, cuantos menos sean los que estén al corriente, mejor.

—Entendido, pues me llevaré a mi *optio*, Claudio, es de plena confianza. Con él, Fabio y yo, no tendremos problemas para matarle —dijo satisfecho el centurión.

—Entonces decidido. Que así sea —dijo el tribuno.

—Os dais cuenta de que al deshacernos de Flavio dejaremos incompleto el trabajo, ¿no? —preguntó Sexto un poco contrariado.

—Ya te he dicho antes que no debes preocuparte por eso —dijo Tiberio—. Gémino y Fabio se encargarán de completarlo. Y lo harán sin necesidad de cobrar la exorbitada cantidad de monedas que pide tu asesino. Son patriotas y lo harán por la gloria de la República. ¿Verdad, soldados? —les preguntó el oficial.

—Por supuesto, señor —asintieron a una sola voz los dos centuriones.

—Sea pues así —dijo el funcionario, dándose cuenta de que la decisión ya estaba tomada—. La legión se pondrá en marcha mañana a primera hora, creo que lo conveniente sería esperar hasta la próxima parada larga que hagamos, creo que se habla de que nos detendremos de nuevo un par de días junto a la ciudad de Osca. Así dispondremos de más tiempo para prepararlo todo —sugirió.

—¿Y por qué no hacerlo esta misma noche? —dijo Sempronio.

—Porque tenemos asuntos más urgentes de los que ocuparnos —dijo el funcionario.

—¿A qué asuntos te refieres? —dijo Tiberio un poco sorprendido.

—Solo os he contado una parte de lo que me ha explicado Valerio, ahora viene lo mejor, creo que os interesará saber el resto —dijo Sexto.

—Adelante... —dijeron los allí presentes.

Fue entonces cuando les explicó detalladamente cómo Valerio y sus compañeros habían acudido al prefecto y le habían explicado todo desde el principio, arriesgándose a que también formara parte de la trama para acabar

con el cónsul. Las caras de los allí presentes se fueron transformando, y cuando acabó el relato de los acontecimientos la de la mayoría estaba desencajada. Aún se pusieron más tensos cuando les explicó que la intención de Antonio era enviar un mensajero hasta Segisamo para avisar a Augusto de lo que se le venía encima. Todos se quedaron sin palabras, los rostros eran de preocupación, por lo que el funcionario añadió:

—¿Entendéis ahora por qué decía que había asuntos más urgentes que tratar?

—Maldita sea —dijo Tiberio golpeando con su puño la mesa—. Esos legionarios se la han jugado y les ha salido bien, debemos actuar inmediatamente o nos descubrirán y todo se irá al traste.

—¿Se puede saber cuándo piensa enviar el prefecto a ese mensajero? —preguntó Fulvio secándose el sudor de la frente con un pañuelo.

—No lo sé, Valerio no me dijo nada al respecto, pero si se lo explicaron todo anoche, es probable que la misiva esté redactada y el correo haya partido ya —dijo Sexto.

—Yo me encargaré de interceptarlo —dijo Gémino—. Solo hay una ruta hasta Segisamo y si ha partido ya, no nos llevará mucha ventaja. Me llevaré unos cuantos jinetes y le daremos caza.

—Sí, ponte en marcha —dijo Tiberio—. Y tú acompáñale —dijo a Fabio.

—¡Sí, señor! —respondieron los dos centuriones poniéndose en pie.

—Cuando acabéis con el mensajero, deshacedos del cuerpo. Pero traed la carta, necesitamos saber qué pone en ella —dijo el tribuno.

—¡A sus órdenes! —dijeron los hombres justo antes de abandonar la tienda.

Todos se quedaron en silencio, un poco disgustados por las noticias que Sexto había dado. Entonces Fulvio, aún secándose el sudor de la frente, dijo:

—Por si fuera poco, el mismo *praefectus castrorum* está ahora al corriente de la conjura. Esto cada vez se está complicando más.

—Sí, amigo, nadie dijo jamás que esto iba a ser un *triunfo*^[55] —dijo con cierto tono sarcástico Sexto.

—No te lo tomes a broma —dijo un poco molesto Fulvio—. Cada vez hay más gente al corriente de la trama, eso nos dificultará mucho más la tarea, y si se descubre todo, ya sabes lo que nos harán.

—No me lo tomo a broma, pero no vas a resolver nada preocupándote por algo que no puedes controlar, amigo —dijo Sexto tranquilizando a su colega—. El primer paso es interceptar el mensaje. Cuando Gémino y Fabio se encarguen de ello y regresen con la misiva tendremos más datos. Si el correo no llega a su destinatario no ocurrirá nada.

—Sexto tiene razón, señores —dijo Tiberio—. Vayamos paso a paso. Primero el documento, luego Flavio, y posteriormente nos encargaremos de todos los que saben algo de la conjura.

—¿De Antonio también? No sé, este asunto se está empezando a volver demasiado peligroso —dijo Sempronio.

—No te estarás echando atrás, ¿verdad? —dijo Tiberio mirándolo fijamente.

—No, no, claro que no... —dijo el funcionario, un poco timorato.

—¿Ya sabes que una vez que te metes en un asunto de este cariz solo hay dos maneras de salir? —añadió el tribuno levantándose y acercándose poco a poco al hombre, mientras acariciaba la empuñadura de su *gladius*.

—Nadie se va a echar atrás, Tiberio —dijo Sexto interrumpiendo la sutil pero eficaz amenaza del oficial—. ¿Verdad, Sempronio?

—Verdad, verdad. Solo quería decir que Antonio no es un simple soldado, ocupa un cargo importante en la IV son palabras mayores matar a un prefecto —dijo de nuevo el hombre.

—¿Y qué quieres decir con eso? No será el primer hombre de alto rango que muere por algo similar en la larga historia de nuestra ciudad... Ni tampoco el último —respondió el tribuno riendo y encaminándose hacia la salida de la tienda.

CAPÍTULO XXI

Aunque el sendero discurría por territorio ya pacificado prefirieron no detenerse si no era necesario, no querían tentar a la suerte. El mensaje que llevaban debía de ser muy importante, pues las indicaciones las dio el mismo prefecto en persona, cosa que no era habitual que sucediese. Lo que más le había llamado la atención fue que le hiciera entrar en su tienda para explicarle los pormenores de la misión en persona, pues solían ser oficiales de menor cargo los encargados de hacerle llegar las órdenes. La llamada tuvo lugar justo cuando concluyeron los actos oficiales en memoria de los tres legionarios de la primera centuria de la segunda cohorte, que habían perdido la vida la noche anterior a causa de un fatídico accidente que había provocado un incendio en la tienda en la que dormían.

Cuando el decurión se presentó en los establos, él estaba acabando de dar el forraje a su corcel, tal y como hacía diariamente. Le indicó que se dirigiese urgentemente a la tienda del prefecto Antonio, ya que este había solicitado al mejor jinete de la legión. Eso le sorprendió, pues, aunque él era bueno a lomos de su caballo, había también varios hombres de igual o mejor calidad en su *turma* o en otras. Como la directriz fue clara, prefirió no decir nada e indicó a uno de los esclavos que se hiciera cargo de finalizar la tarea que él había iniciado.

Se encaminó hacia el *praetorium* con paso firme y solicitó permiso a los centinelas para poder pasar. Los hombres le franquearon el paso sin objeción alguna. Una vez dentro pudo ver que el segundo oficial más importante de la legión estaba sentado en su silla, esperándolo. La fama le precedía, todos los legionarios sabían que Antonio era un hombre formidable, valiente y aunque ya entrado en años, fornido y vigoroso. La experiencia en combate le había llevado a ostentar esa privilegiada posición dentro de la legión, y pese a que el tribuno laticlavio era un cargo superior al suyo en rango, todos sabían que él era el segundo al mando *de facto*. Comprobó que estaban solos en el interior del recinto, y acto seguido se acercó lentamente cuando el hombre le hizo un gesto con su mano derecha. Se llevó el brazo derecho al pecho y

posteriormente lo movió hacia delante en señal de saludo, para decir luego:

—¡Salve, prefecto!

El oficial respondió:

—Salve, legionario, acércate.

Ante la indicación, dio varios pasos más al frente hasta situarse a escasos diez *passi* de él. Entonces el prefecto le preguntó:

—¿Eres buen jinete, muchacho?

—Claro, señor, o al menos eso dicen mis compañeros... —respondió sorprendido.

—Bien... ¿Cuánto crees que tardarías en llegar de aquí a Segisamo?

—No lo sé, señor, si el camino está en condiciones y la climatología acompaña, quizás unos ocho días, a lo sumo nueve —dijo el legionario.

El oficial se quedó pensativo y en silencio un instante. Entonces tomó la palabra:

—Bien, hijo, ¿cómo te llamas?

—Servio Curio Escipión —dijo el soldado.

—Bien, Servio Curio Escipión, te he llamado porque me han dicho que eres el mejor jinete que tenemos en la legión —dijo Antonio agasajándole.

—Gracias, señor —dijo el hombre.

—Tengo una misión delicada para ti —dijo mientras le mostraba un pergamino enrollado y cerrado con el sello oficial—. Es confidencial, por lo que te pido que no le comentes nada de esto a ninguno de tus compañeros. Tan pronto salgas de mi tienda, deberás emprender la marcha hacia el destino que te he dicho anteriormente sin demora alguna.

—Sí, señor, entendido —dijo el soldado agarrando el documento e introduciéndolo en el interior de la funda cilíndrica de cuero que llevaba colgada en su cinturón.

—Yo mismo te acompañaré junto a uno de mis ayudantes durante la primera parte del recorrido, hasta la ciudad de Osca. A partir de allí, deberás continuar en solitario —dijo con tono serio.

—Sí, señor —dijo de nuevo Curio.

—Es vital que entregues esta misiva a Augusto en persona cuando llegues a tu destino, que como bien debes suponer no es otro que su cuartel general, en la misma ciudad de Segisamo. No debes abrirla jamás, y si alguien te pregunta

por su contenido ruego que no expliques de dónde procede. ¿Has entendido?
—preguntó de nuevo el oficial.

—Por supuesto, señor —respondió el soldado un poco intrigado.

—Muy bien, ¿tienes alguna pregunta, soldado? —dijo de nuevo el hombre.

—Creo que no, señor, está todo muy claro —respondió el hombre.

—Bien, pues no tenemos tiempo que perder. Cuando tengas listo tu caballo, dirígete a la puerta oeste del campamento, te estaremos esperando allí —indicó el oficial.

—Sí, señor —dijo el soldado dándose la vuelta para salir de la tienda.

—Una cosa más, Curio —dijo el prefecto acercándose a él y poniéndole su mano sobre el hombro—. Hay mucho en juego en esta misión, el futuro de Roma depende de que esa carta llegue a su destinatario.

—Descuide, señor, llegará —dijo el hombre con tono seguro mientras abandonaba el *praetorium*.

Todo se había hecho tal y como se le había ordenado, el prefecto Antonio en persona y uno de sus ayudantes ya estaban esperándole cuando llegó al punto de reunión. Sin duda el mensaje debía ser crucial, pensó el jinete, o no entendía el motivo por el cual el segundo hombre más poderoso de la legión en persona y uno de sus escoltas le acompañaban durante una parte del recorrido.

Sol Invictus^[56] estaba descansado, limpio y recién alimentado, por lo que aguantaría lo que quedaba de jornada sin problema alguno. Era un magnífico corcel, se lo habían regalado sus padres un año antes de enrolarse en el ejército y sin duda el hecho de poseer ese animal le permitió formar parte de la caballería auxiliar. Su unidad hacía ya muchos años que servía como aliada en la IV Macedónica, aunque él se había incorporado un par de años después de que Augusto se proclamase vencedor en Actium. Al haber nacido en la ciudad de Bizancio^[57], no era ciudadano romano de pleno derecho, por lo que al alistarse debía hacerlo en las tropas auxiliares o aliadas que la ciudad tenía la obligación de ceder a las legiones. Si cumplía con todos los años de servicio que Roma le reclamaba obtendría esa recompensa tan preciada que le abriría las puertas de un nuevo estatus social, además de las tierras y las monedas estipuladas.

Las tropas de *auxilia* de la IV estaban formadas en parte por infantería

pesada, de similares características a la propiamente romana, y por caballería. Sin duda la fama precedía a la caballería tracia, una de las mejores, al ser ligera servía tanto para tareas de exploración y de mensajería como para hostigar a las tropas enemigas durante el combate. Gracias a su movilidad, los generales las solían utilizar para envolver a la infantería y atacarla por los flancos. Curio procedía de una familia acomodada de la ciudad, que se había enriquecido gracias al comercio del trigo. Era por ese motivo que disponía de montura, cosa que le facilitó mucho su ingreso en la *alae*^[58] que formaba parte de la *IV Cohors Thracium Equitata*.

Los dos hombres que le acompañaban eran más bien de pocas palabras, apenas conversaron hasta el momento de acampar. El prefecto había ido en cabeza durante todo el trayecto, y su escolta se había quedado en la retaguardia cerrando la comitiva. El ritmo de carrera había sido elevado, por ello cuando se detuvieron poco antes del anochecer los animales estaban exhaustos. Decidieron salirse ligeramente de la vía principal en busca de algún río o riachuelo para poder dar agua a las monturas. Mientras el legionario que hacía de escolta se alejaba un poco en busca de leña para encender una hoguera, él se encargó de llevarse los tres caballos hasta el borde del río, donde estuvo un rato con ellos mientras bebían hasta saciarse. Regresó después hasta donde se había quedado el prefecto. El hombre estaba sentado sobre un grueso tronco de madera, sacando algo de comida del interior de una de las alforjas. Cuando se percató de la llegada del soldado, se levantó y se acercó hasta él. Le ayudó a sujetar a los animales y le dijo:

—Esta noche quizás refresque, deberíamos mantener el fuego encendido.

—Sí, señor —dijo Curio—. ¿Me permite que le haga una sugerencia?

—Por supuesto, muchacho —dijo cordialmente el prefecto.

—El ritmo de galope de hoy ha sido demasiado intenso para los animales. En mi opinión, deberíamos dosificar las energías o no creo que puedan aguantar la jornada de mañana —apuntó el soldado.

—Lo sé, me he dado cuenta de ese detalle —dijo Antonio—. Pero es que no tenemos tiempo que perder, el mensaje debe llegar lo antes posible a su destinatario.

—Sí, señor, lo comprendo, pero aún nos quedan dos días de camino para llegar a la ciudad. Hasta entonces no podremos cambiar las monturas, creo que

deberíamos bajar el ritmo de marcha —insistió el joven.

—Lo siento, soldado, pero debemos apurar al máximo. Comprendo lo que me estás diciendo, pero hay mucho en juego —dijo de nuevo el oficial—. Es más, descansaremos como mucho cinco horas y emprenderemos de nuevo la marcha. El plan establecido es ese.

—Claro, señor —dijo Curio.

—Veo que lo entiendes, muchacho —masculló Antonio mientras se daba la vuelta y se dirigía de nuevo a su tronco.

El legionario hizo lo mismo tras atar al último de los caballos. Se sentó a la derecha del prefecto y sacó algo de comer del interior de su alforja. Al momento, el escolta regresó portando algo de leña en sus brazos. La depositó en el suelo, la apiló formando una pequeña pira y la encendió. Casi de inmediato una llama prendió y los hombres acercaron sus manos al fuego buscando algo de calor. Aunque era casi verano, en esa zona por las noches aún refrescaba y una hoguera era bien recibida. Acordaron que dividirían la vigilancia entre los tres, así cada hombre podría descansar un mínimo que le permitiera estar fresco cuando tuvieran que reemprender la marcha. La primera vigilia la haría el prefecto en persona, pese a que los dos soldados se habían ofrecido a dividir el turno entre ellos y evitar de esa manera que el alto cargo se viese obligado a efectuar esa tarea que no correspondía a su rango. Antonio pareció indignarse cuando los dos legionarios coincidieron en que él no debía hacer la guardia, aunque tras ver la reacción de este, ninguno de los dos puso objeción alguna. Lo dejaron allí sentado frente a la hoguera, mientras ambos se arropaban y se tapaban con sus capas e intentaban conciliar el sueño, pensando en la larga jornada que se les avecinaba.

Curio se sobresaltó cuando el legionario intentó despertarlo. Estaba profundamente dormido, soñaba que estaba entre los brazos de Eirene, su joven amada, a la que había dejado en su tierra cuando se enroló en el ejército. Tras levantarse y relevar a su compañero de viaje, se acercó hasta el fuego y lo avivó con algunas ramas más. Todavía era noche cerrada, aunque calculó que no quedaría mucho para el amanecer. En su mente volvió a dibujarse el rostro y la figura de la muchacha, y una sonrisa se materializó en sus labios. Recordaba el último encuentro que tuvieron antes de que él abandonase la ciudad para alistarse en los *auxilia*.

La joven le insistió en que no era necesario que lo hiciese, ambos pertenecían a familias acomodadas, no entendía el motivo por el cual quería partir al extranjero por un largo período de tiempo, sin tener las suficientes garantías de regresar con vida. Su rostro se entristeció al revivir aquel instante, recordó las lágrimas que brotaban de los ojos de Eirene, y cómo él se las enjuagó con la yema de ambos pulgares mientras la consolaba con cálidas palabras. Le dijo que confiase en él, que regresaría de nuevo a su lado, tan pronto como le fuese posible, y que lo haría como ciudadano romano de pleno derecho. Gozaría de una paga y de unas tierras que les permitirían vivir cómodamente el resto de sus días. La joven le besó apasionadamente en los labios cuando acabó de explicárselo, aunque tras hacerlo se apartó ligeramente para decirle que le esperaría tanto como fuese posible, aunque eran demasiados años. Su padre no tardaría en buscarle algún marido, seguramente un hombre ya mayor, que le asegurase algún tipo de ventaja a nivel económico, político o social.

Fue entonces cuando él le puso su dedo índice en los labios y la obligó a callar. Después la besó y la poseyó. Fue un momento mágico, ya habían yacido juntos antes, pero aquella vez fue especial, quizás se debiera a que los dos pensaron que iba a ser la última en mucho tiempo. Ya habían pasado casi tres años desde aquel momento y nunca había podido regresar a su ciudad natal, cosa que le entristeció mucho. Al principio cuando se alistó todo era ilusión, alegría y emoción por lo que la vida militar podría reportarle, aunque con el paso del tiempo se dio cuenta de que no era todo tan bonito como le habían explicado. El contrato firmado era extenso, y sí, la recompensa final sería magnífica, pero tenía que sobrevivir veinticinco largos años para poder obtenerla, y Eirene no estaba con él...

Curio le escribía casi todos los meses y ella le contestaba. A partir del sexto mes, empezó a dejar de recibir noticias de la joven, por lo que temió que sus padres la hubiesen dado en matrimonio como ella predijo. Él no dejó de escribirle con la esperanza de que le respondiese a alguna de sus cartas, pero no volvió a recibir noticias de su amada. Entonces, tras una larga espera, decidió contactar con sus padres para ver si ellos sabían algo de la muchacha. Le contestaron de manera inmediata, y las noticias que recibió acabaron de hundirlo, ya que en la carta le informaron que medio año después de su partida

una epidemia de fiebre asoló la ciudad y muchos fueron los que perecieron, entre ellos la joven Eirene. Unas lágrimas brotaron de los ojos del soldado cuando recordó el momento en el que recibió tan amarga noticia, el más triste de su vida. Maldijo a los dioses por no haber estado allí cuando su amada enfermó y maldijo a Roma, a sus legiones y a su sed insaciable de conquista que le había llevado a abandonar su tierra natal y dejar allí a todos sus seres queridos.

Ahora todo aquello ya pertenecía al pasado, y él con el tiempo se había recuperado, aunque no del todo. Nunca volvería a ser el mismo, el rostro y la sonrisa de la joven estarían siempre en sus pensamientos y le acompañarían allí adonde sus pasos le llevasen, o más bien adonde los de la legión lo hiciesen. En ese preciso instante, el relincho de los caballos le hizo volver a la realidad. Decidió acercarse hasta donde estos se encontraban para comprobar que todo estuviese bien. Les acarició suave y cariñosamente hasta que parecieron tranquilizarse. *Sol Invictus* le devolvió las caricias dándole un suave golpe con el hocico en un hombro. Era un magnífico corcel, llevaban mucho tiempo juntos, era como un hermano, y quizás el animal pensase lo mismo de él. Era un buen caballo, obediente y agradecido, a la vez que muy dócil. En las pocas ocasiones en las que habían entrado en combate, había demostrado ser eficaz, facilitando mucho la tarea al jinete, y eso era de agradecer, pues en ningún momento había titubeado a la hora de cargar o de realizar cualquier tipo de maniobra que Curio le ordenase.

Tanto él como la mayoría de sus camaradas habían demostrado ser unos excelentes jinetes, y ese era el motivo por el que Roma se servía de ellos. Sus soldados eran excelentes infantes, la legión era una apisonadora, pero en contrapartida no servían como caballería, quizás sí para explorar, pero en ningún caso para entablar combate, y de ello daba buena cuenta la historia. Desde sus orígenes, la República había utilizado como tropas montadas a unidades procedentes de ciudades aliadas o tributarias, y hasta el momento le habían servido de manera excepcional. Era una buena estrategia, pues de esa manera no se debían preocupar de formar a sus propios jinetes y así aprovechaban las cualidades y habilidades de los pueblos o tribus que habían nacido con ellas.

Cuando el sol empezó a aparecer por el horizonte, Curio se acercó hasta

los dos hombres que estaban durmiendo y les despertó. Ambos se incorporaron rápidamente, desperezándose. Comieron algo y apagaron lo que quedaba de la hoguera, mientras llenaban las cantimploras de agua y daban de beber por última vez a las monturas. Se pusieron en marcha sin perder más tiempo, regresando de nuevo al camino principal azuzando a los corceles para que iniciasen el galope cuanto antes. Cabalgaron durante casi toda la jornada, deteniéndose únicamente al mediodía para comer algo y para que los caballos descansasen. Retomaron la marcha hasta casi el anochecer, obligados casi a detenerse por la falta de luz. Acamparon otra noche más fuera del camino principal, cerca de un arroyo donde abundaba el pasto para los animales. Había sido una jornada larga y agotadora y casi al final de esta, Curio empezó a notar que a su caballo le flaqueaban las fuerzas. En varias ocasiones estuvo a punto de sugerir al prefecto que se detuviesen, pero desistió pensando en las palabras que le había dicho la noche anterior.

Para ellos, los animales no eran más que eso, simples bestias que cumplían una función de transporte. En cambio, para él no era así, *Sol Invictus* era más que eso, era su amigo, compañero de batalla, y su vida era tan importante como la de cualquier camarada de la *turma*. Los romanos no eran capaces de entender esa relación entre el jinete y su montura, y en más de una ocasión, tanto él como sus compañeros habían tenido que soportar algún tipo de comentario ridículo que sugería prácticas de carácter sexual entre hombre y animal. Con el tiempo aprendió a no hacer caso de lo que decían, ya que no entendían el lazo de afectividad que se creaba entre ambos. A veces los comentarios provenían de hombres que servían en la misma unidad auxiliar que él, pero en la infantería, incluso de algunos que fueron reclutados en la misma zona que él, o que procedían de la misma Bizancio.

Por ello, cuando Antonio dio la orden de detener la marcha, ambos, jinete y montura, respiraron aliviados y dieron las gracias a los dioses por haber intercedido por ellos. Mientras el escolta del prefecto fue a por algo de leña, como la noche anterior, Curio sacó de su alforja un cepillo y empezó la tarea de limpieza de su montura. Al verlo, el prefecto se acercó hasta su posición comiendo una manzana. Cuando estuvo bastante cerca, sacó otra pieza de fruta de su petate, se la ofreció al auxiliar y le dijo:

—¿Te apetece una, soldado?

Este dejó la tarea que estaba haciendo por un instante y cogió la fruta, mientras agradecía el gesto a su superior con una leve inclinación de cabeza. Sacó entonces su *pugio* de la funda y partió la manzana en dos partes iguales. Le dio una mitad a su caballo y él se llevó la otra a la boca. Inmediatamente después continuó limpiando al animal. Al verlo, el oficial sintió curiosidad, por lo que volvió a hablar:

—Quieres mucho a tu caballo, muchacho, ¿no es así?

—Sí, señor —respondió el soldado.

—Es magnífico, sin duda —dijo el prefecto.

—¿El qué, señor? —preguntó de nuevo el soldado.

—Ese vínculo que tienes con tu animal —respondió Antonio mientras se acercaba hasta *Sol Invictus* y le acariciaba el hocico.

—Gracias, señor —dijo con perplejidad el soldado observando con detalle la escena—. Es como si fuera un miembro más de mi familia.

—Te entiendo, muchacho —dijo el oficial mientras le entregaba otra manzana—. Compartid esta otra, yo me he comido una entera y vosotros habéis compartido la que te he dado antes. Creo que es justo si os doy otra más para que la compartáis también y estemos empatados.

—Gratitud, señor —dijo Curio alargando la mano y recogiendo la pieza de fruta.

—Por cierto, a este ritmo creo que mañana antes de que anochezca llegaremos a nuestro destino —dijo Antonio mientras se daba la vuelta—. Voy a encender el fuego.

—Sí, señor —respondió el soldado.

Estaba claro que no todos los romanos pensaban igual, ese oficial de alto rango parecía valorar con creces a la caballería auxiliar. Comprendía a la perfección el vínculo existente entre jinete y montura, y sin duda era de agradecer. Volvió a cortar la manzana por la mitad y le ofreció a *Sol Invictus* su parte. Al verla, el animal dio rápida cuenta de ella. El soldado sonrió mientras acariciaba tiernamente al animal, que quizás en señal de agradecimiento por el gesto profirió un largo relincho. Cuando hubo acabado de cepillarlo se acercó hasta la hoguera que estaba ya casi lista, sacó de la alforja el *buccellatum*^[59] y comió una ración. Tal y como había sucedido la noche anterior, se dividieron los turnos de guardia para poder descansar de

manera equitativa. La noche transcurrió con total normalidad, y así poco antes de la *hora prima*^[60] emprendieron de nuevo la marcha hacia su destino.

El ritmo de galope fue intenso, al igual que las dos jornadas anteriores, y contra todo pronóstico, un par de horas después de comer vislumbraron a lo lejos la ciudad de Osca, su primera parada importante en el camino. Allí sería donde sus compañeros de viaje le dejarían para que él continuase solo el resto del camino. Se detuvieron en una loma y el prefecto le llamó. Al llegar hasta su posición le dijo:

—Bien, Servio Curio Escipión. Tal y como te informé en su momento, aquí se separan nuestros caminos. Nosotros debemos reunirnos de nuevo con la legión, no puedo ausentarme tanto tiempo, debo cumplir con mis tareas en el campamento. La columna ya se habrá puesto en marcha y estará a mitad de camino, si los dioses son propicios.

—Entiendo, señor —dijo el jinete.

—Recuerda que es de vital importancia que el mensaje llegue a manos de Augusto —dijo mientras le señalaba el tubo que lo contenía—. Guárdalo a buen recaudo, soldado, y sobre todo sé diligente, no te entretengas por el camino y no expliques nada a nadie sobre tu cometido.

—Sí, prefecto, descuide —dijo el hombre posando su mano sobre el cilindro que contenía la misiva—. Pensé que pernoctarían en la ciudad.

—No es posible, muchacho. Debemos regresar de inmediato —dijo el oficial—. Coge este documento, es un salvoconducto que he redactado, te franqueará el paso en todas las *mutatione*^[61] que encuentres en el camino. En cada una de ellas podrás cambiar tu montura por una de refresco a cargo de la legión sin coste alguno —sugirió Antonio mientras le entregaba el documento.

—Gracias, señor, pero tanto *Sol Invictus* como yo tenemos un deber para con Roma y el cónsul, por lo que me acompañará hasta Segisamo —dijo Curio.

—No es posible, señor, el animal no aguantará tanto —interrumpió el escolta, que hasta el momento se había mantenido en silencio.

—Tranquilo, Decio —dijo el prefecto alzando su mano derecha—. Si este hombre confía en su caballo, yo también lo hago.

El jinete sonrió levemente en señal de gratitud hacia su superior, mientras golpeaba con suavidad el cuello de su caballo, que soltó de nuevo un relincho

como si hubiese entendido la conversación entre los humanos. El animal dio un giro de trescientos sesenta grados para colocarse de nuevo frente al oficial y su montura. Entonces este volvió a hablar:

—El futuro de la República está en tus manos, soldado, ve presto, no hay tiempo que perder.

—¡Salve, prefecto! —gritó el jinete llevándose el puño derecho hasta el pecho y adelantándolo.

Emprendió de esa manera el camino que iba hacia la ciudad bajo la mirada de los otros dos jinetes, que se mantuvieron en su posición hasta que le perdieron de vista.

CAPÍTULO XXII

Cuando observaron que el prefecto y el jinete que le acompañaban dieron media vuelta y desaparecieron a lo lejos en el camino, salieron de su escondite. Se dirigieron inmediatamente a la posición en la que estaban ocultos el resto de sus compañeros para informarles con detalle de todo. Al llegar hasta donde estaba Gémino, uno de los soldados empezó a hablar cuando este le hizo una señal:

—El prefecto y uno de los jinetes que le acompañaba, el que parece que es miembro de su guardia personal, han dado media vuelta, señor. Han dejado solo al *auxilia*, que se ha dirigido hacia la ciudad.

—¿Habéis visto el documento? —inquirió el oficial.

—No señor, no hemos visto que ninguno de los dos que se han marchado le haya entregado nada a ese hombre —dijo uno de los aludidos.

—¿Es que no habéis escuchado nada de la conversación? —dijo Fabio, que se había mantenido al margen hasta ese momento.

—No ha sido posible acercarse tanto, señor —dijo el otro explorador—. Si lo hubiésemos hecho nos habrían descubierto.

—Buen trabajo, soldados —dijo pensativo Gémino—. Habéis hecho lo correcto. Lo más lógico es que el documento lo porte ese jinete tracio, no tendría sentido que se lo hubiese quedado Antonio si ha dado media vuelta. Nos centraremos en ese hombre, resultará mucho más fácil eliminar a uno solo.

—Es cierto, hacer desaparecer a un prefecto son palabras mayores —dijo Fabio, que estaba justo al lado de su compañero mientras lanzaba una mirada inquisitoria a los dos exploradores—. Somos seis y él es solo uno, no nos costará demasiado. Por lo menos os habréis fijado en si llevaba algún portadocumentos...

—Sí que lo llevaba, señor, sujeto a su *cingulum* —dijo uno de los hombres.

—Bien. Le daremos caza cuando abandone la ciudad —indicó Gémino a los demás miembros del grupo—. Buscaremos un lugar apartado y le

interceptaremos. Cuando acabemos con él, regresaremos al campamento con la misiva, tenemos otros asuntos urgentes que tratar.

—Por supuesto —dijo Fabio mientras ordenaba a la pequeña unidad—. *¡Legionarii, move*^[62]!

A la orden los hombres, que ya estaban todos a caballo, se encaminaron a ritmo de trote hacía la ciudad. Mientras cabalgaban, Gémino ordenó a los dos exploradores que habían estado espiando al prefecto y a sus hombres:

—Vosotros dos. Adelantaos y buscad a ese jinete, quiero estar al tanto de sus movimientos. Es crucial que no le perdáis de vista.

—Sí, señor —dijeron ambos.

—Cuando haya encontrado un lugar donde alojarse, que uno de los dos se quede vigilándolo y que el otro venga a buscarnos para pasar la información. Estaremos todos listos cuando finalice la *cuarta vigilia*, justo a la salida de la puerta occidental, la que da al camino que va hasta Calagurris. Buscaremos alojamiento en la posada que esté más cerca de la puerta. Quiero estar preparado cuando emprenda de nuevo el camino, debemos anticiparnos a sus movimientos —indicó a los legionarios.

—A sus órdenes —dijo uno de los soldados mientras espoleaba a su montura clavándole los talones de sus *caligae* en las costillas.

Los dos jinetes se perdieron pronto en la lejanía, desapareciendo de la vista de sus camaradas. Entonces el centurión Fabio azuzó a su caballo hasta situarse justo al lado de la de Gémino. Cuando estuvo junto a él le dijo:

—¿Cómo van a encontrar a ese jinete en una ciudad tan grande?

—No te preocupes por eso, son excelentes haciendo su trabajo —dijo el hombre—. Y no creo que un *auxilia* tracio pase desapercibido en una ciudad como esta.

—Eso espero —musitó Fabio—. Deberíamos haberlos interceptado la pasada noche mientras dormían, cuando tuvimos la ocasión. A estas horas ya estaríamos de regreso en el campamento.

—¿Y vernos obligados a matar al prefecto? Creo recordar que antes has dicho que no era una buena idea —apuntó a su camarada.

—Llevamos más de dos días siguiéndolos y hemos tenido más de una oportunidad de asaltarlos —dijo de nuevo Fabio—. Les doblábamos en número.

—Ha valido la pena esperar, ¿no crees? —le preguntó—. Ahora tenemos mucha más ventaja numérica, y hemos evitado tener que enfrentarnos a Antonio.

—Como tú veas, para eso estás al mando —dijo con resignación el oficial.

—Parece que Fortuna está de nuestra parte, aprovechemos la ocasión —dijo mientras se acercaban a la puerta de acceso a la ciudad.

No era una ciudad tan grande como Tarraco, aunque recientemente, unos cuatro años atrás, había recibido el título de *municipium*^[63] pasando a llamarse *Urbs Victrix* Osca. Los cuatro jinetes avanzaron por las calles de la ciudad a paso lento, pues a esa hora había bastante gente por las calles. Todos ellos iban vestidos con largas capas que ocultaban las *loricas* que llevaban puestas. Para no llamar la atención, Gémino les había ordenado a sus hombres que no llevarsen los elementos del equipo que fuesen demasiado llamativos, por lo que únicamente cogieron la espada y el puñal aparte de la armadura. Se trataba de pasar desapercibido, no de llamar la atención allá por donde pasasen.

Se dirigieron directamente a la zona occidental y buscaron alojamiento en la posada más cercana a la puerta de salida, tal y como había mencionado anteriormente el centurión a los dos hombres que iniciaron la búsqueda del jinete. Dejaron los caballos en los establos y accedieron al interior en busca de algo que llevarse al estómago, pues el viaje había sido largo. Llevaban tres largos días de marcha, siguiendo el rastro de Antonio y los otros hombres que le acompañaban. Las dos noches que se habían detenido no habían encendido ninguna hoguera para evitar ser descubiertos, por lo que no habían podido comer nada caliente. Se sentaron en una mesa y pidieron una sopa caliente, algo de venado y unas jarras de vino rebajadas con una parte de agua, a la vez solicitaron alojamiento para una noche. Cuando estaban acabando con el primer plato, uno de los exploradores que se tenían que encargar de seguir al jinete entró en la taberna y buscó con la mirada hasta que los vio sentados en la mesa. Entonces se acercó y tomó asiento en uno de los taburetes que estaban vacíos, a la vez que hacía un gesto al tabernero para que le trajese algo de comer. Gémino se secó la boca con la manga y le preguntó al recién llegado:

—¿Y bien?

—Está alojado cerca de aquí, señor. Casio se ha quedado dentro, para

vigilarlo más de cerca. Ha dejado el caballo en el establo y luego ha solicitado comida y cama.

—Bien, cuando comas algo, te llevarás a dos hombres para relevar a Casio. Que estos se queden allí y vosotros regresáis —dijo Gémino—. Mantendremos la vigilancia por turnos.

—Sí, señor —dijo el hombre mientras volvía a hacer un gesto al tabernero para que le trajese algo de comer.

Disponían de una ventaja numérica que les permitiría acabar con el jinete sin demasiadas dificultades, aunque si algo había aprendido con los años era a no confiarse. No era prudente subestimar a un *auxilia* tracio, era por todos conocida la pericia y habilidad que tenían esos hombres a lomos de sus corceles. No cometería el error de darle ventaja, estaba seguro de que se dejaría la piel por cumplir con la misión, pero él no iba a ser menos. Antes de que los hombres se marchasen a descansar, dio las indicaciones oportunas y les convocó a todos en el establo cuando fuese la *tertia vigilia*. Advirtió a los legionarios que no toleraría que nadie se retrasase. Los hombres, que pertenecían a su centuria, sabían de sobra que era un oficial exigente y que no permitía ningún error. Cuando se marcharon todos los legionarios, Fabio le dijo a su compañero:

—¿Has pensado cómo vamos a deshacernos de ese tracio?

—Creo que sería mejor adelantarnos e interceptarlo en el camino. Si le seguimos y se percata de ello corremos el riesgo de que escape —dijo Gémino.

—Es cierto, mejor emboscarlo a unos cuantos *stadia* de distancia de la ciudad. Le bloquearemos el paso —sugirió.

—Es lo que había pensado. Haremos que dos de los nuestros le sigan a una distancia prudencial. Los otros cuatro buscaremos un lugar idóneo para interceptarlo —dijo de nuevo el centurión.

—Que así sea, pues. Me voy a descansar, mañana será un día duro, quiero estar despejado —dijo despidiéndose de su camarada.

—Que los dioses te protejan y velen por tu descanso.

—Igualmente, *fratre* —respondió mientras se levantaba y se dirigía a las habitaciones.

Se quedó allí sentado un rato más, bebiendo otra copa de vino. Le estuvo

dando vueltas a la manera en la que interceptarían a ese jinete. Debía ser una maniobra rápida y efectiva, y sobre todo suficientemente creíble como para que se detuviese o por lo menos aminorase la marcha. No disponían de armas arrojadas, solo de los *gladius*, por lo que tenían que llegar a una distancia de cuerpo a cuerpo para poder acabar con él. Decidió que buscarían el primer puente en el camino, que fuese lo más estrecho posible para poder dificultar el paso del jinete. Cuando este accediese al mismo, los jinetes que debían ir tras él se encargarían de bloquear su retirada, así de esa manera no tendría escapatoria posible. Sería rápido y sencillo, no estaba dispuesto a dejar ningún cabo suelto. Repasó el plan un par de veces más, y tras ello decidió retirarse a descansar. Estaba tan fatigado que se durmió inmediatamente.

CAPÍTULO XXIII

No era la mejor sopa que había tomado, pero por lo menos le ayudó a entrar en calor. Tras engullirla se centró en el segundo plato, que consistía en unas legumbres guisadas con una salsa de zanahorias, puerros y setas. No estaba mal, aunque la notó un poco sosa. El tabernero le había acercado una bandeja que contenía algunos frutos secos y varias piezas de fruta. Cuando se sintió lleno, cogió una manzana y un par de ciruelas y se las guardó en su alforja. Acto seguido se levantó de la mesa y salió al exterior del recinto, en dirección a las caballerizas. Buscó a su leal amigo *Sol Invictus*, que estaba comiendo el forraje que entraba dentro del precio que había pagado. Se acercó hasta él y cuando el animal se percató de su presencia, alzó la cabeza en busca de una caricia. Volvió a relinchar, como si estuviese comunicándose con su propietario, y le enseñó la dentadura. Curio sonrió al ver el gesto del animal, pues sabía qué quería decir, estaba contento con su presencia allí. Asimismo, parecía que había olido las frutas y estaba esperando con impaciencia a que el hombre se las diera. Las sacó del interior de su alforja y las cortó en trozos más pequeños con su cuchillo para dárselas poco a poco mientras le hablaba:

—Tranquilo, amigo, poco a poco. Son todas para ti, yo ya he cenado. Cuando se las hubo dado todas, le acarició cariñosamente y le volvió a decir mientras centraba su mirada en el tubo cilíndrico que colgaba de su cintura:

—Descansa esta noche, mañana nos espera un largo viaje, amigo. El prefecto ha confiado en nosotros, tenemos una importante misión que cumplir.

Tras decirle esas palabras, se dio media vuelta y salió del establo. Se dirigió de nuevo hacia el interior de la posada, se acercó a la barra y le dijo al tabernero:

—Ponme una copa de vino, amigo.

Este le miró fijamente y le dijo:

—Por supuesto, soldado.

—¿Cómo sabes que soy soldado? —preguntó Curio un poco extrañado.

—Me fijo en los detalles, amigo —dijo esbozando una sonrisa—. Sé

reconocer la forma de una *lorica* debajo de una capa, aunque sin duda es el *focale*^[64] lo que te ha delatado.

Al darse cuenta, el legionario se cerró un poco más su capa para disimular. Al verlo, el tabernero le dijo:

—No quería incomodarte, muchacho. No eres de por aquí, ¿verdad?

—Estoy de paso —dijo el soldado mientras tomaba un sorbo del vino que le acababa de servir el hombre—. ¿Cuánto te debo por la copa de vino?

—Invita la casa —dijo el posadero.

—Gratitud pues —dijo inclinando levemente la cabeza.

Cuando se la terminó, se levantó de la barra y se dirigió hacia la habitación que había alquilado. Tenía que estar más atento a esos pequeños detalles, si un posadero había sido capaz de reconocerlo... Una vez dentro se quitó la armadura y el cinturón, quedándose únicamente con la túnica. Esta era la típica que vestía su unidad, tintada en azul, que les distinguía de los legionarios que la llevaban de color crudo. Acto seguido se estiró sobre el camastro, que, pese a no ser demasiado confortable, era mejor que el suelo en el que había dormido las últimas noches. Había cerrado la puerta a conciencia como precaución, prefería no arriesgarse, pues esa noche estaba solo, no había nadie que vigilase mientras él descansaba.

Se quedó mirando fijamente el tubo cilíndrico que contenía el mensaje del prefecto Antonio. ¿Cuál sería el contenido de la misiva? Debía de ser muy importante, pues el mismísimo *praefectus castrorum* le había acompañado durante una parte del camino. Aún resonaban en su cabeza las últimas palabras que este le dijo antes de que se despidieran: «El futuro de la República está en tus manos, soldado, ve presto, no hay tiempo que perder». No comprendía a qué se refería concretamente, y en más de una ocasión desde que se las dijo había sentido la tentación de romper el sello y desenroscar el pergamino para leer el contenido del documento. Pero siempre, en el último momento desistía, pues sabía que no podía hacerlo, era un acto que estaba castigado duramente, seguro que incluso más de lo que él creía, ya que se trataba de un documento oficial que iba dirigido al cónsul.

Meditó largamente sobre las palabras que el oficial le había dicho en su tienda, y las que le dijo en el momento que se despidieron. Si le había remarcado que debía entregarle la carta en mano al propio Augusto, era

porque había mucho en juego. Nadie le había advertido de la posibilidad de que intentasen interceptar ese documento, pero no era necesario ser demasiado inteligente para darse cuenta de que existía. Pensó que en lugar de salir a la *hora prima* lo haría un poco antes, aprovechando el amparo de la oscuridad, por si acaso. Decidió apagar la *lucerna*^[65] e intentar dormir un poco, el camino hasta Calagurris iba a ser largo, calculó que, si mantenía un buen ritmo de galope y si *Sol Invictus* respondía, en dos jornadas o a lo sumo dos y media estaría en la ciudad, y desde allí hasta Segisamo quizás tardase dos jornadas o tres más. En total más o menos lo que le había dicho al legado durante su encuentro, unos ocho días aproximadamente. Estaba bastante exhausto tras el duro día, por lo que se durmió casi al instante. Antes de hacerlo, casi como cada noche, en su mente se dibujó una vez más el rostro de Eirene, sonriente y dulce.

Había dejado pagado el alojamiento la noche anterior, por ello cuando abandonó el recinto no tuvo que preocuparse de dejar las monedas a nadie. Todo estaba en silencio, no se oía ni un solo ruido. Se acercó a la barra y recogió unas cuantas piezas de fruta y una hogaza de pan que metió en su alforja, así no sería necesario gastar más de su *buccellatum*, lo reservaría para más adelante por si se quedaba sin comida. Se encaminó hacia el establo para recoger a su caballo. Pese a que no había dormido mucho, fue suficiente para reponerse, estaba fresco y listo para emprender otra dura jornada. Se echó el manto por encima al salir al exterior, pues era aún noche cerrada y refrescaba. Abrió la puerta de las caballerizas y entró hasta el compartimento en el que estaba su montura. La preparó con suma delicadeza, y cuando estuvo lista se montó sobre el lomo de su animal^[66] y emprendió la marcha en dirección a la puerta occidental de la ciudad.

Se había retrasado un poco al tener que preparar el caballo, por lo que casi estaba a punto de amanecer. No importaba, alargaría un poco más la jornada de marcha para recuperar ese tiempo perdido. La ciudad estaba muerta a esas horas, no había casi nadie por las calles, a excepción de algún mendigo que dormitaba en un rincón o de algún borracho que había sido incapaz de regresar a su alojamiento y se había quedado tirado en la calzada. Cuando se acercó a la puerta, había dos hombres de guardia que le franquearon el paso sin ni siquiera preguntarle nada. Tomó el camino al trote y

cuando estuvo a casi un *stadium* de distancia de la ciudad, azuzó a su caballo espoleándolo con los talones y se puso al galope mientras el sol comenzaba a despuntar por el horizonte.

Al cabo de un rato de cabalgar se hizo de día, el cielo estaba despejado y pese a que hacía un poco de fresco dedujo que sería una jornada calurosa, no había ni una sola nube en el cielo. Pese a que nunca había estado en esas tierras, Antonio le había explicado de manera clara cuál era el itinerario que debía seguir para llegar a todos los puntos indicados, era bastante sencillo, pues no debía salirse de la calzada principal. Si la seguía, llegaría a Segisamo sin dificultad. El problema lo tendría si abandonaba la vía y decidía ir por algún camino secundario, al no conocer el terreno se acabaría desorientando y perdería tiempo volviendo a la vía principal. La calzada era óptima, estaba en buenas condiciones, se notaba que pese a tener bastantes años se solían hacer tareas de mantenimiento y reparación de la misma. Los *miliarii*^[67] erigidos fechaban la construcción de la vía como antigua, rondaría casi el centenar de años, aunque se conservaba bien, lo que no suponía problema alguno para las herraduras de *Sol Invictus*. Debía de haber pasado casi una hora cuando a lo lejos observó un puente. Frenó poco a poco su montura, pues observó que había gente parada en este, no quería molestarles ya que las dimensiones del paso eran bastante estrechas para pasar junto a ellos. Al llegar a la cabeza del puente vio que se trataba de dos hombres parados en medio de la plataforma. Llevaban consigo dos caballos, aunque estaban apeados, comprobando las pezuñas de estos. Se acercó a paso lento, y cuando estuvo a escasos quince *passi* mandó detenerse a su caballo estirando de las riendas. Los dos hombres, que le habían visto acercarse, se incorporaron. Iban vestidos con mantas de viaje, similares a la que él mismo portaba. Uno de ellos le dijo:

—Salve, viajero.

—Salve —respondió Curio—. ¿Qué os sucede?

—La herradura de mi montura. Parece que no estaba bien anclada y le ha causado una herida en la pezuña. Disculpa que hayamos hecho detenerte —dijo el hombre.

—Tranquilo —respondió el *auxilia*—. ¿Sois de por aquí?

—Sí, de Osca, somos comerciantes y nos dirigimos hacia Calagurris para hacer una transacción. En seguida acabamos con esto, no tardaremos

demasiado en arreglarlo —dijo el otro hombre.

En ese momento, algo llamó la atención del jinete. Esos hombres mentían, no eran quienes decían ser, calzaban *caligae* militares, por lo que no eran comerciantes. Ese detalle le hizo ponerse en guardia, demasiada coincidencia, dos hombres parados en mitad de un estrecho puente, bloqueándolo y alegando que a uno de los caballos se le había salido la herradura. Disimuladamente, hizo un barrido de la zona buscando algún indicio más que le indicase que se trataba de una trampa. Al frente no vio nada, pero de repente escuchó un relincho que procedía de su espalda. Se dio la vuelta justo a tiempo para darse cuenta de que en ese instante dos jinetes estaban a punto de acceder al puente por su retaguardia.

No le gustó nada, por lo que miró de nuevo a esos dos hombres, que ya no estaban pendientes del caballo herido. Se habían puesto firmes y habían apartado los mantos para dejar al descubierto lo que estos tapaban. Curio se quedó atónito al percatarse de que aquellos dos tipos vestían *loricas hamatas*, y que de su cintura colgaban sus respectivos *gladius* y *pugios*. Había caído en una trampa, qué idiota había sido, no debería haberse detenido. Era un error de novato, no se lo perdonaría jamás. Los dos jinetes se acercaban lentamente por detrás, mientras los hombres que estaban en pie sacaron sus espadas de las fundas. Curio desplazó su mano derecha hasta la empuñadura de la suya, justo cuando el que estaba más cerca le dijo:

—Yo de ti no haría eso, muchacho. No tenemos nada contra ti, sabemos que eres simplemente un mensajero, tan solo queremos que nos entregues la carta. Si lo haces te dejaremos marchar.

El *auxilia* no dijo nada, se mantuvo en silencio, analizando la situación. Sabía que si entregaba la carta le acabarían matando igualmente. Si se habían tomado la molestia de enviar a un grupo de soldados a por la misiva, era porque era demasiado importante como para dejar a los testigos con vida. La única salida que tenía era intentar huir. Pronunció una corta plegaría para él mismo y después habló:

—Está bien, os entregaré el documento. Pero a cambio debéis prometer por los dioses que me dejaréis marchar.

—Tienes mi palabra, al fin y al cabo, todos somos soldados —dijo el hombre con un tono serio, mientras hacía un gesto con su mano indicando a los

jinetes que estaban detrás de Curio que se detuviesen.

El jinete se desabrochó el tubo cilíndrico del cinturón y lo lanzó al suelo, justo a los pies de los hombres que estaban frente a él. El que había hablado se agachó para recogerlo, y fue justo en ese preciso instante cuando Curio espoleó a *Sol Invictus* y le dio la orden de ponerse en marcha. La maniobra cogió desprevenidos a los dos hombres, ninguno de ellos se la esperaba, por lo que no tuvieron tiempo de reaccionar. El animal arremetió a toda velocidad contra los dos soldados que estaban a escasa distancia. El que se había agachado a recoger el tubo cilíndrico pudo apartarse en el último instante y evitar de esa manera la embestida, pero su compañero no tuvo tiempo de salir de la trayectoria del equino, que lo golpeó brutalmente lanzándolo hacia un lado de la pasarela. Justo cuando el animal arrolló al legionario, pisó el bote que contenía el mensaje, aplastándolo. Cuando el hombre que se había apartado observó el objeto, comprobó que no había ningún documento en su interior. Se levantó rápidamente mientras observaba cómo el cuerpo de su compañero yacía en el suelo. No sabía si estaba vivo o muerto, aunque pareció no preocuparle demasiado, pues subió sin demora a su corcel mientras gritaba a los dos hombres que estaban en la entrada del puente:

—¡A qué esperáis, inútiles! ¡Id tras él, lleva la carta encima!

Los dos jinetes espolearon sus monturas y se unieron a su camarada en la persecución del fugitivo, que ya estaba casi al final de la pasarela, disfrutando de una amplia ventaja.

Curio echó una última mirada hacia atrás y vio cómo los tres jinetes ya estaban en marcha. Les llevaba ventaja, pero tenía inferioridad numérica, debía despistarlos cuanto antes porque si le daban alcance no tendría posibilidad alguna de salvarse. Se llevó la mano derecha al pecho y notó que el documento seguía estando allí. Menos mal que había sido precavido y lo había guardado en el interior de su túnica, bajo la armadura. No acostumbraba a hacerlo, aunque dada la relevancia de la misiva prefirió colocarlo en un lugar menos vistoso. Sin duda eso le había servido para disponer del tiempo necesario para efectuar la maniobra de distracción.

Justo cuando salía del puente miró hacia la derecha y se dio cuenta de que había dos jinetes más ocultos entre la maleza, que al verlo espolearon a sus animales y se unieron a la persecución. Las cosas no podían ir peor, estaba

solo y le perseguían cinco hombres por lo menos, eso si el que había arrollado *Sol Invictus* estaba fuera de combate. Los dos hombres que estaban escondidos se colocaron entre él y los que iniciaron la persecución, estaban a poca distancia, tan solo a unos treinta *passi*, y si disponían de armas arrojadas podrían acabar con él rápidamente. Debía ganar más distancia, por lo que gritó a su caballo mientras lo espoleaba más aún:

—¡Vamos, amigo, más rápido o no veremos otro amanecer!

El corcel pareció entender la indicación y aceleró la marcha. En un momento dado, Curio hizo un movimiento con su cuerpo para indicarle a su caballo que debía girar hacia la derecha, saliendo de esa manera de la vía principal y accediendo a un camino de tierra secundario. La única opción que tenía era intentar despistarlos, y en la calzada eso iba a ser casi imposible, por lo que optó por entrar en el bosque e intentar llevar a cabo la maniobra evasiva allí. El camino estaba despejado de maleza, por lo que el animal podía galopar sin dificultades. Miró de nuevo hacia atrás para comprobar si sus perseguidores estaban allí. Los vio, un poco más lejos que antes, pero aún al acecho. No le dio tiempo de ver más allá para cerciorarse de si el otro grupo también le seguía, tuvo que volver a mirar hacia delante para dirigir la carrera de *Sol Invictus*. El caballo estaba empezando a resoplar, se estaba cansando, no podría mantener mucho más ese ritmo de carrera tan intenso. Llegó a la conclusión de que los animales que montaban sus perseguidores estarían en las mismas condiciones, por lo que pensó rápidamente en otro plan. Al girar en un recodo del camino vio que cerca del camino principal había una bifurcación con otro pequeño sendero que ascendía por una especie de montículo. Frenó en seco al animal, desmontó a toda prisa, puso su frente junto a la del corcel y en un tono de voz casi imperceptible le musitó:

—Aquí se separan nuestros caminos, hermano, eres libre, ya has cumplido con tu deber... ¡Vete!

Le dio un golpe fuerte en la grupa y el animal emprendió la carrera siguiendo el sendero principal. Curio tragó saliva al ver cómo su fiel amigo se marchaba, se secó las lágrimas con el antebrazo e inició el ascenso a toda prisa entre la frondosa maleza. Si Fortuna estaba de su lado, los perseguidores morderían el anzuelo y hostigarían a la montura, que al haberse liberado de su peso sería mucho más rápida que las de ellos. Eso le otorgaba a él una nueva

oportunidad de escapar, o por lo menos de esconderse. Hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban y corrió tanto como pudo mientras el rostro de Eirene volvía a su mente. La muchacha estaría orgullosa de él, se estaba comportando como un verdadero héroe. Casi sin percatarse llegó a lo alto del montículo, era una pequeña explanada con algunos árboles al final de esta. Se dirigió hacia el extremo opuesto para ver si existía algún otro camino para descender, o si por lo menos hallaba un lugar donde poder esconderse. Al llegar se asomó ligeramente al borde, aunque lo que vio le desconcertó, bajo sus pies se abría paso un profundo acantilado: no tenía escapatoria, estaba atrapado.

Cuando Gémino llegó acompañado de los dos jinetes y observó a Fabio y al otro legionario con un caballo sin jinete respiró aliviado. Aminoró la marcha de su corcel hasta detenerse junto al centurión, para decirle acto seguido:

—¿Le habéis matado?

—No —respondió secamente el hombre.

—Pero ese es su caballo... —dijo con cierta incredulidad.

—Por supuesto que lo es —dijo de nuevo el oficial—. Nos ha engañado, ha desmontado sin que lo viéramos y ha dejado que el corcel galopase solo sin jinete. Hemos tardado un rato en darnos cuenta, y más en poderlo atrapar.

—Y él, ¿dónde está? —preguntó de nuevo.

—No lo sé, nos llevaba cierta ventaja —dijo Fabio—. Aunque no creo que ande muy lejos, estará escondido por aquí.

—Espero que tengas razón, solo es uno y nosotros cinco —dijo Gémino—. ¡En marcha, debemos encontrarle inmediatamente!

El grupo se dividió en dos e iniciaron la búsqueda. No podía ser que ese hombre estuviese aún con vida, había preparado el plan con sumo cuidado, teniendo en cuenta hasta el más mínimo detalle. Para ser un *auxilia* había demostrado inteligencia y habilidad, lo que les había hecho en el puente no era obra de un simple aficionado, había conseguido escapar de la trampa, incluso dejando fuera de combate a uno de sus hombres. La estrategia que había utilizado al desprenderse del caballo también había sido ingeniosa, y le había concedido tiempo suficiente como para poder escabullirse de los perseguidores, aunque no el suficiente como para poder huir definitivamente,

no estaría demasiado lejos. Durante un largo rato los hombres estuvieron buscando por la zona, pero no dieron con él. Gémino volvió tras sus pasos y analizó de nuevo el camino en busca de alguna pista. No era rastreador, pero la experiencia le había enseñado que valía la pena fijarse en los más mínimos detalles, por muy absurdos que pareciesen a simple vista. Al girar un recodo del sendero algo le llamó la atención, observó que oculto entre la maleza se dibujaba lo que parecía ser una pequeña bifurcación, casi invisible a los ojos si no se le prestaba suficiente atención. Mandó a uno de los legionarios en busca del resto y cuando estuvieron todos, dijo:

—Este es el camino que ha tomado.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquirió Fabio.

—Fíjate en esos matorrales de la parte derecha —indicó con su dedo índice.

—Están pisoteados, como si alguien hubiese pasado por aquí recientemente —dijo el centurión.

—Así es —dijo Gémino con cierto orgullo—. Nuestro hombre ha ascendido hacia ese montículo —dijo señalándolo a los presentes—. Acabemos con esto de una vez, está durando demasiado y tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos.

Los hombres desmontaron de sus caballos y los dejaron atados en el tronco de un árbol cercano. Los animales estaban fatigados por la larga carrera, por lo que enseguida se pusieron a pastar. La comitiva encabezada por los dos centuriones inició el ascenso a toda prisa, querían zanjar el asunto cuanto antes. No tardaron demasiado en llegar a lo alto de la elevación. Gémino iba en cabeza y no se sorprendió al ver que justo al otro extremo de la explanada estaba su objetivo, en pie, firme. No llevaba el manto puesto, se podía observar la *lorica* sobre su túnica azulada, que indicaba que pertenecía a las tropas auxiliares. Esgrimía su espada en la mano derecha y les estaba mirando fijamente. El resto de hombres se colocaron a los flancos del oficial y se mantuvieron en guardia con las armas empuñadas, a la espera de recibir las órdenes de su superior. Entonces el oficial dio unos pocos pasos al frente y gritó hacia el hombre:

—¡Te felicito, tracio, has demostrado ser inteligente! ¡Por un momento casi nos engañas, aunque creo que nos has subestimado, no somos tan estúpidos!

—¡Tal vez no seáis unos estúpidos, aunque deduzco que sí sois unos traidores! —dijo a pleno pulmón el auxiliar.

—¡Todo depende del punto de vista! ¡Yo más bien diría que somos unos patriotas y que hacemos esto para proteger a la República! —volvió a decir Gémino.

—¡Ya se lo explicaréis a Plutón cuando os toque rendir cuentas con él! —dijo el soldado tracio.

—¡Basta de cháchara! —dijo el oficial—. ¡Traedme la carta inmediatamente! —ordenó dirigiéndose a los legionarios.

Los tres hombres avanzaron con paso firme hacia el objetivo, que al verlos acercarse se colocó en posición defensiva. Los tres legionarios se pusieron en formación de media luna para rodearle, y fueron cerrándose cada vez un poco más a medida que se aproximaban. Gémino y Fabio se quedaron quietos observando la escena desde la distancia, por muy buen combatiente que fuese aquel tracio no tenía posibilidades de salir con vida de ese enfrentamiento. Casi de inmediato, el legionario que estaba en el centro se abalanzó sobre el *auxilia* dando un golpe lateral con su espada. El tracio lo bloqueó con su arma y seguidamente respondió con agilidad propinando una estocada. El objetivo esquivó el golpe moviéndose ligeramente hacia un lado. Casi simultáneamente, el hombre de la derecha lanzó una nueva estocada que buscaba el brazo del tracio, concretamente el que esgrimía el *gladius*. Este ágilmente lo retiró justo a tiempo, a la vez que giraba a su derecha bloqueando un golpe alto del tercer soldado. Sin casi tiempo para responder, el primer soldado volvió a acometer buscando el pecho. Curio esquivó como pudo esa estocada, a la vez que retrocedía unos cuantos pasos.

Aprovechó la distancia y el desequilibrio del hombre para arremeter contra él. Cuando parecía que le iba a alcanzar, el filo de un *gladius* impactó en su hombro. El dolor que sintió le hizo retroceder un poco más. No se había percatado del ataque del otro hombre, que esbozó una sonrisa al saborear el gusto de la victoria. Se encomendó a los dioses, sabía que no tenía ninguna posibilidad de salir de esa, por lo que decidió arremeter con todas las fuerzas que le quedaban. Hizo un rápido movimiento hacia el legionario de su izquierda, el cual se puso en guardia, aunque en el último instante se desvió a su derecha y propinó una estocada al hombre del centro, que al no esperarla

fue incapaz de bloquearla. La espada perforó la armadura justo debajo de las costillas. El hombre soltó un grito de dolor mientras caía de rodillas escupiendo sangre por la boca.

Mientras Curio sonreía levemente, el legionario al que se había dirigido inicialmente vio un hueco y la oportunidad, y asestó un golpe con su arma bajo la axila derecha del tracio. Este no pudo hacer nada para evitar el ataque. Notó una fuerte punzada de dolor cuando la hoja de la espada entró en su cuerpo. El agresor sacó rápidamente la hoja de su arma y quizás eso fue lo que provocó que la herida no le matase en el acto, ya que esta no llegó a penetrar hasta el fondo. Fue entonces cuando hincó la rodilla en el suelo, alzó la vista un poco y vio cómo los dos hombres que se habían quedado atrás caminaban hacia su posición. Se aguantaba con ambas manos en la empuñadura de su espada, esperando recibir el golpe de gracia. Este no llegó, los dos legionarios que estaban junto a él dieron unos pasos atrás, sin dejar de apuntar con sus armas al malherido *auxilia*, mientras aparecía justo delante el hombre con el que había intercambiado unas palabras hacía tan solo unos instantes.

Estaba perdiendo mucha sangre por la herida, notaba que se le escapaba la vida, su visión empezaba a ser borrosa, aunque todavía pudo escuchar lo que ese hombre le dijo:

—Si me hubieses hecho caso en el puente... ahora no me vería obligado a tener que hacer esto. ¿Dónde está la carta? Entrégamela y prometo darte una muerte rápida y con honor, como cualquier soldado se merece.

Curio alzó la vista y miró fijamente a ese hombre, y no vio odio en su mirada. No era más que un soldado como él, que se limitaba a cumplir órdenes. Alzó con orgullo la cabeza respirando con suma dificultad. En ese preciso instante pudo ver justo detrás del grupo lo que parecía ser una figura femenina que se acercaba lentamente hacia su posición. Al principio estaba borrosa, pero a medida que se acercaba reconoció el rostro de la mujer. No era posible, ¿acaso estaba soñando? Era Eirene, tan joven y hermosa como la última vez que la vio, en Bizancio, justo antes de su partida. Iba vestida con una túnica blanca, larga hasta sus desnudos pies, y llevaba una corona de flores en su cabeza. Se colocó justo detrás del soldado que tenía ante él, y en ese preciso instante notó una suave brisa gélida en una de sus mejillas. Vio cómo la joven le alargaba una de sus manos, pasando a escasa distancia del

legionario, y le sonreía. Sintió paz y sosiego por primera vez en mucho tiempo, se liberó de una pesada carga que le atormentaba. Una sonrisa de felicidad se dibujó en el rostro de Curio, y soltó de repente la empuñadura del arma para alargar su mano derecha en busca de la que le ofrecía su amada.

CAPÍTULO XXIV

La ciudad se alzaba a lo lejos, majestuosa e imponente, la tenue luz del sol del ocaso hacía brillar sus murallas creando un efecto óptico que las hacía parecer áureas. Era la segunda gran parada que debían hacer en su ruta hacia Segisamo para reabastecerse, y eso implicaba que estarían allí durante un par de jornadas a lo sumo. Se había ido fijando en la orografía que rodeaba la *urbe* a medida que se iban acercando, y sin duda pensó que encontraría un buen lugar para enterrar las urnas que contenían las cenizas de sus camaradas asesinados. Aelio le había dicho hacía tan solo un rato que las tres lápidas estaban listas, por lo que ya no había nada que impidiese darles sagrada sepultura. El recuerdo volvió a su mente, y le hizo recrear de nuevo la imagen de Flavio agazapado cerca de la tienda en llamas. Si algún día los dioses le ponían al alcance a ese traidor, se encargaría de hacerle pagar por todos los actos infames que había cometido. En ese momento, alguien que formaba en la fila posterior a la suya dijo en voz alta:

—¡Es una ciudad imponente, con esos muros dorados!

Reconoció la voz del legionario, se trataba de Cneo Domicio Calvino, un veterano de la centuria que había sido trasladado por Salonio al *contubernium* de Valerio para suplir el vacío dejado por los camaradas recientemente fallecidos. Era un buen hombre, serio y un poco reservado, pero dispuesto a ayudar a sus compañeros como el que más. Llevaba sirviendo en la IV casi ocho años, y era natural de Veyes^[68], aunque como él solía decir, era más bien un ciudadano de la República, pues ya hacía demasiados años que había abandonado su ciudad de origen y no sentía ningún vínculo afectivo hacia ella, prefería ser ciudadano de todas las ciudades en las que estaba.

Además de Domicio, se habían incorporado tres legionarios más para completar la unidad mínima, Aulio Furio Bibaculo, otro veterano de la centuria que llevaba sirviendo casi seis años y que procedía de la ciudad portuaria de Ostia, un joven muchacho originario de Roma de apenas diecinueve años, que llevaba menos de un año de servicio y se llamaba Tito Marcio Cátulo, y otro legionario procedente de la cuarta centuria que había

sido trasladado durante la reasignación de efectivos. Este último se llamaba Publio Pompeyo Nerva, y daba la casualidad de que su *cognomen* era el mismo que el de Valerio. Aunque no era más que una casualidad, pues era uno de los más comunes, su significado era vigoroso, ¿y qué podía ser más vigoroso que un soldado de Roma?

Era un buen muchacho, de la misma edad que Valerio, llevaba los mismos años luchando bajo las águilas y también había servido en Actium, aunque en otro navío diferente. Pese a que todos ellos eran buena gente, no podrían llegar a sustituir nunca a los camaradas caídos. Cuando se incorporaron fueron bien recibidos, pues ellos no eran responsables de lo sucedido y quizás tampoco tuvieron opción de elegir a la hora de ser trasladados. Seguro que dejaron atrás a amigos y camaradas de armas. Era una ley no escrita en la legión, cuando los hombres morían, se jubilaban, desertaban o simplemente ascendían de rango, llegaban otros nuevos para ocupar su lugar. El día que Salonio les informó de los cambios, todos, incluido el centurión, decidieron que no explicarían nada a los recién llegados sobre la conjura, ya habían muerto demasiados valientes por ser conocedores de la situación y no estaban dispuestos a permitir que nadie más pagase por ello. Tal vez en parte prefirieron no contárselo por si estaban metidos en el asunto, era poco probable, pero debían actuar con mucha más cautela de ahora en adelante.

—Parece que nunca hayas visto el reflejo del sol en unos muros, Domicio —dijo Aurelio, que estaba a la derecha del hombre.

—Claro que lo he visto, pero no me digas que no es una imagen preciosa, parece obra de los mismísimos dioses —volvió a decir el veterano.

—Comparto tu opinión, amigo —dijo Valerio, apoyando el comentario de su compañero.

Al poco rato el *optio* Cornelio, al ver que el camino se estrechaba, ordenó gritando a pleno pulmón:

—*¡Legionarii! ¡In agmen duplici!*^[69]

Los legionarios de la centuria, que hasta aquel momento formaban en líneas de cuatro hombres de ancho, lo que hacía que marchasen divididos en veinte filas, al escuchar la orden del oficial cambiaron la formación de manera inmediata y natural y pasaron a marchar en filas de a dos. Antes de llegar a las murallas de la ciudad de *Urbs Victrix* Osca se desviaron hacia el este hasta

llegar al lugar que los ingenieros habían elegido para montar el campamento. Todavía quedaban unas cuantas horas de luz y el campamento se montó rápidamente, por lo que los hombres dispusieron de algún tiempo libre antes de regresar a las tiendas y preparar la cena. Según había informado el centurión mientras otras centurias montaban el fuerte, el día siguiente se emplearía en la recaudación de recursos y el reavituallamiento de todo lo que se había gastado en el camino desde Ilerda.

Ya en el *contubernium*, los hombres recibieron la cantidad estipulada de víveres para cubrir las necesidades de comida de los dos siguientes días. Mientras Aurelio y Pompeyo se encargaban de preparar la cena, Valerio se puso una túnica limpia y dijo al *optio* que estaba sacando brillo a su *lorica hamata* anilla por anilla:

—Voy a ver cómo está Terencio.

—¿Ahora? ¿No puedes esperar hasta mañana? —sugirió el oficial.

—Hace un par de días que no le visito, creo que ahora es un buen momento para hacerlo. Se alegrará de verme —contestó el soldado.

—Está bien, te acompaño. No quiero que andes solo por el campamento —dijo de nuevo el oficial, dejando a un lado la armadura y colocándose el cinturón que llevaba sujeta la espada—. Y vosotros, os recomiendo que no empecéis a cenar hasta que hayamos regresado, si no mañana puede ser un día muy duro...

—A sus órdenes, señor —dijo riendo Aurelio.

Los demás también rieron, pues, aunque llevaban poco tiempo en el grupo sabían que Cornelio era un tipo afable y cordial siempre que no se le hicieran bromas relacionadas con la comida. Los dos hombres abandonaron la tienda y se encaminaron hacia la enfermería para visitar a su amigo. No era habitual ver a los legionarios pasear por el interior del campamento armados a no ser que estuvieran en territorio enemigo, cuando era obligatorio llevar por lo menos el *gladius* a mano. En cualquier caso, analizando los últimos acontecimientos y sabiendo que el asesino estaba más cerca de lo que habían imaginado, ninguna precaución era poca. Contaban con el beneplácito de Salonio, aunque no era necesaria la autorización de los oficiales a la hora de portar armas, dependía más bien de cada legionario. Mientras caminaban hacia el *valetudinaria*, Cornelio le dijo a su compañero:

—No sé si solo me sucede a mí, pero estos últimos días no dejo de estar pendiente de todo lo que me rodea, estoy intranquilo...

—Te entiendo, amigo, a mí me pasa lo mismo. No sé si es mi imaginación que me juega malas pasadas o qué, pero tengo la sensación de que me observan —relató el legionario a su superior.

—Creo que debemos relajarnos un poco, Valerio, si no nos volveremos locos. No podemos estar todo el tiempo pendientes de si nos siguen o nos vigilan, no puede ser sano —sugirió el oficial.

—Lo sé, y tienes toda la razón, pero ahora que sabemos que ese miserable anda suelto por dentro del campamento... —dijo el soldado.

—Le maldigo a él y a los traidores que le han permitido acceder al campamento, como averigüe quiénes han sido esos miserables... —masculló el *optio*—. Creo que deberíamos ir a ver a Sexto, quizás recuerde algo más sobre Flavio —dijo cambiando de tema.

—A esos también habrá que ajustarles cuentas en su debido momento. En lo relativo a Sexto, a lo mejor con el paso de los días va recuperando la memoria y nos puede acabar dando una descripción más minuciosa sobre ese bastardo. Creo que debemos anticiparnos a sus movimientos, si no hacemos nada para encontrarlo cada día que pase estará más seguro e intentará volver a atacar —dijo Valerio.

—Y nosotros estaremos cada vez más paranoicos... —dijo de nuevo Cornelio esbozando una sonrisa nerviosa.

—Mañana iré a verle a su tienda —dijo el soldado—. Aunque el día que le acompañé a por grano al campamento de la VI no me dijo que recordase nada nuevo sobre el aspecto de Flavio —apuntó de nuevo.

—No lo comprendo, si le miró a la cara y no llevaba puesta la capucha, es incomprensible que no le recuerde —afirmó de nuevo el oficial—. A cualquiera de nosotros se nos habría quedado grabado su rostro...

—¿Qué quieres decir, Cornelio? —preguntó mosqueado Valerio.

—Pues que todos nos hemos enfrentado cara a cara a la muerte alguna vez. Soy capaz de recordar casi todas las caras de los que han combatido contra mí —dijo el hombre orgulloso.

—Lo sé, pero nosotros somos soldados, y estamos acostumbrados a lidiar con situaciones de esa índole. Sexto no ha esgrimido en su vida un arma,

siempre ha tratado con gente educada y refinada, y seguro que esa fue la primera vez en su vida que vio la muerte tan de cerca —explicó el legionario—. Además, ha estado con nosotros desde el principio, y está metido hasta el cuello en esto...

—Claro, lo siento —se disculpó el oficial—. Mi intención no era poner en duda la lealtad de Sexto. Comprendo que no esté acostumbrado a situaciones tan delicadas, no todo el mundo es capaz de reaccionar igual a una situación como esa.

—No te disculpes, amigo —dijo Valerio poniéndole una mano sobre el hombro—. Estamos todos un poco nerviosos, hemos perdido a nuestros compañeros hace poco y la situación es delicada. Tranquilo, mañana cuando tenga un momento libre iré a su tienda a ver si nos puede ayudar.

—No quiero que vayas solo, díselo a Aurelio para que te acompañe —indicó el oficial—. Si no puede yo mismo lo haré, o incluso Salonio podría hacerlo si las obligaciones se lo permiten.

—Tranquilo, Cornelio, ni se me había pasado por la cabeza ir sin alguno de vosotros —dijo medio bromeando Valerio.

Casi sin darse cuenta llegaron a la puerta del *valetudianaria*, el oficial que iba delante abrió con cuidado la cortina y dijo en un tono de voz alta:

—¿Se puede?

Nadie contestó en primera instancia, por lo que volvió a insistir haciendo la misma pregunta, pero con un tono de voz un poco más alto, casi similar al que utilizaba para dar instrucciones durante la marcha. Al cabo de un momento, de detrás de la siguiente cortina apareció un muchacho, que reconocieron como uno de los esclavos que asistía al cirujano. Se acercó hasta los soldados, e inclinando la cabeza en señal de reverencia preguntó:

—¿En qué puedo servirles?

—Hemos venido a ver a nuestro camarada Terencio, el de las quemaduras —dijo con poca delicadeza Cornelio.

—Por supuesto, *domine*, aunque deberán esperar un instante. El médico le está haciendo unas curas —dijo el esclavo.

—Pues esperaremos aquí hasta que el médico nos autorice a pasar —dijo Valerio cortésmente.

—Cuando él dé permiso volveré a buscarles —indicó el ayudante—. Si

me disculpan, debo regresar para asistirle.

—Claro, faltaría más —dijo el oficial mientras se giraba hacia su compañero y le indicaba que tomase asiento en un taburete que había cerca.

—Gracias, amigo, pero prefiero quedarme de pie, siéntate tú —respondió el legionario.

—Espero que no tarden demasiado en dejarnos pasar a verle, porque empiezo a tener hambre y no quiero que cuando regresemos no quede nada que llevarse al estómago —dijo el *optio*.

—Puedes estar tranquilo, creo que te guardarán una buena ración, con lo que les has dicho antes de abandonar la tienda... —dijo riendo el soldado.

El oficial soltó una carcajada también mientras le decía a su subordinado:

—Tienes toda la razón, muchacho, me he fijado en las caras que han puesto, sobre todo el chaval, y creo que no se arriesgarán a limpiar las letrinas del campamento por un puñado más de gachas.

Justo estaban riéndose cuando la cortina se descorrió y apareció el cirujano. Al verlo, los dos soldados se acercaron hasta él y Valerio, impaciente, le preguntó:

—¿Cómo está hoy Terencio?

—Las heridas están empezando a cauterizar, aunque de manera muy lenta. La miel está cumpliendo su cometido, pero el grado de dolor que sufre es elevado, al más mínimo contacto con el tejido o las mismas compresas con las que le lavamos las ampollas grita —dijo el *medicus*—. Le estamos dando unas infusiones de hierbas para mitigar ese dolor, aunque creo que solo le alivian parcialmente.

—Por los dioses, ¿no hay nada más que le pueda aliviar? —preguntó el soldado.

—A estas alturas no. Si le doy algo más fuerte podría perder la consciencia y quizás no despertase, prefiero no arriesgarme a que eso ocurra —dijo el *medicus*.

—Sí, claro, lo entendemos —dijo el oficial.

—Pero saldrá de esta, ¿no? —preguntó tajantemente Valerio.

—La evolución es buena, como ya os he comentado antes. Soy optimista, el proceso de curación es lento, pero funciona, aunque los dioses son los que tienen la última palabra —dijo el hombre encogiéndose de hombros.

—¿Volverá a ser apto para el servicio? —preguntó Cornelio.

—Lo dudo mucho, las heridas requerirán mucho tiempo para curar completamente. Cuando estas se cierren deberemos comprobar si las articulaciones se han visto afectadas, quizás no pueda volver a tener capacidad para coger un arma, las manos han quedado muy afectadas... —dijo el *medicus* de nuevo—. De hecho, en unas pocas semanas deberé informar a mis superiores sobre su estado, y si no lo ven claro lo licenciarán con toda seguridad.

—Por Júpiter, la legión lo es todo para él —dijo Valerio—. Lleva casi media vida combatiendo por Roma, y cuando necesita ayuda de esta, ¿me dice que le van a dar un puñado de denarios y le van a abandonar? —dijo el legionario indignado—. ¿Es así como la República paga a los que se juegan la vida en su nombre?

—Lo siento, amigos, no depende de mí, yo simplemente rindo cuentas a alguien que está por encima... —dijo el *medicus* un poco asustado por la reacción del legionario.

—Algo podrá hacer, para eso es *medicus*... —dijo de nuevo el soldado más enojado.

—No cargues contra él, Valerio, no tiene la culpa de lo que ha sucedido —dijo Cornelio intentando calmar a su compañero.

El legionario agachó la cabeza y se quedó en silencio un momento. Los otros dos hombres no abrieron la boca, esperaron pacientemente en silencio hasta que el legionario dijo:

—Discúlpeme, señor. No quería responsabilizarle de todo esto, comprendo que usted hace todo lo que está en su mano por ayudar a Terencio, y que debe rendir cuentas a un superior...

—No hace falta que te disculpes, soldado, entiendo perfectamente tu enfado. Aunque vuestro amigo es fuerte, rogad a los dioses para que le ayuden a salir adelante, todavía dispone de tiempo para mejorar. Mis superiores no me pedirán el informe hasta dentro de un tiempo —dijo el *medicus*—. Ahora si queréis, podéis pasar a verle.

—Gracias, señor —dijo Cornelio mientras hacía un leve gesto con la cabeza indicándole a su compañero que le siguiera.

Los dos soldados se dirigieron directamente a la estancia donde estaba su

camarada, ya que sabían dónde estaba ubicada, pues, aunque la enfermería se montase y desmontase día tras día al igual que el resto de tiendas, la distribución era siempre la misma. Cuando se debía marchar, los heridos se transportaban en carretas que se situaban al final de la columna, cerrando la comitiva. Si las ciudades en las que acampaban disponían de un asentamiento militar grande, y si este disponía de *valetudinaria* propio, se acostumbraba a dejar allí a los heridos, dependiendo en todo caso de su estado de gravedad.

Si no, como era el caso de Ilerda, se les llevaba tras las legiones a la espera de encontrar un lugar que sí dispusiese.

Valerio prefería que Terencio estuviese cerca, pues si se tenía que quedar en cualquier otro lugar, les costaría mucho trabajo seguir su evolución. Ellos se dirigían al combate y una vez estuvieran allí, sería muy complicado poder contactar con la retaguardia, y cuanto más atrás se quedase su amigo, más difícil sería la tarea. Esperaba que por lo menos llegase con ellos hasta Segisamo, desde allí quizás les costase menos obtener noticias, porque lo que estaba claro es que una vez la legión entrase en tierra hostil los heridos se quedarían atrás para no dificultar el avance de las tropas, eso lo sabía y no tenía nada que objetar al respecto.

Ambos hombres se detuvieron en la entrada de la estancia, miraron desde fuera de la misma para asegurarse de que no había nadie con su camarada y cuando lo comprobaron, accedieron al interior acercándose hasta el camastro que ocupaba el herido. Se quedaron quietos un instante, pues Terencio estaba con los ojos cerrados, no se movía, y los soldados se miraron con gesto de preocupación. Si el médico no les hubiese dicho que le acababa de atender, habrían creído que estaba muerto. Se colocaron uno a cada lado y se miraron sin decir nada, tras lo que les había comentado el cirujano pensaron que si estaba descansando plácidamente quizás no era buena idea despertarlo.

Su aspecto era casi irreconocible, presentaba quemaduras por todo el cuerpo, no tenía cabello, se había consumido con las llamas, sus cejas y párpados también habían desaparecido. En cierto modo costaba mantener la mirada, y lo que antaño fue un hombre, ahora no era más que un monstruo, lleno de ampollas. Las manos las tenía completamente vendadas, fue una de las partes de su cuerpo más afectada por las llamas, quizás porque trató de agarrar algún objeto mientras huía, o porque intentó ayudar a alguno de sus

camaradas que se quedaron atrás. Solo él sabía lo que había sucedido dentro de la tienda, lo que estaba claro era que se había convertido en un espectro de lo que fue.

Valerio ya le había visitado varias veces, pero no se acostumbraba a verle de aquella manera. Nadie se merecía ese destino, y ahora que sabía que la legión iba a desprenderse de él con toda seguridad, le vinieron a la cabeza pensamientos más sombríos. ¿Qué iba a hacer ese pobre hombre? Había estado casi toda su vida haciendo la guerra, le concederían una mísera paga compensatoria que no le daría más que para unos pocos años, en el caso de que supiese o pudiese administrarla con criterio. ¿Y cuando se le acabase el dinero qué haría? Con las manos así no sería capaz de ejercer ningún oficio, entonces, ¿quién le querría contratar? Se le hizo un nudo en el estómago, sus ojos se humedecieron al recrear una imagen de su amigo mendigando por las calles de cualquier ciudad, durmiendo al raso en la calle mientras la gente le trataba como un despojo humano. Gente por la que él había luchado y sangrado, gente que no sería capaz de reconocerle sus méritos, gente que trataba a sus veteranos heridos como vulgares mendigos... en ese momento una voz le hizo volver:

—Estáis aquí, amigos...

Se había despertado. Abrió ligeramente los ojos y tragó saliva. Al verlo, Valerio tuvo que contener la emoción, le sucedía cada vez que iba a verle. Entonces le dijo:

—Claro, *fratre*, estamos aquí...

—Gracias por venir a verme —dijo con esfuerzo Terencio.

—¿Cómo te encuentras hoy, soldado? —dijo Cornelio esbozando una sonrisa.

—Supongo que un poco mejor, señor —dijo con esfuerzo.

—Vas por buen camino, muchacho, en pocas semanas estarás de nuevo ejercitándote con tus compañeros —dijo el oficial intentando animar al soldado herido.

—Que así sea, *optio*, siempre y cuando los dioses lo permitan —sonrió levemente Terencio haciendo otra mueca de dolor.

—¿Cómo no iban a permitirlo? Aún te queda mucho que hacer en la legión. No te pienses que te vas a escapar tan pronto, te quedan unos cuantos años de

servicio para jubilarte —dijo riéndose.

Terencio trató de reír, aunque le costó, por lo que tuvo que desistir. Giró la cabeza hacia donde estaba su otro compañero y le dijo:

—¿Cómo están los ánimos en la centuria?

—Bien, la calma está regresando poco a poco —dijo el legionario—. Aunque tú no debes preocuparte por eso, lo primero es que te recuperes.

—¿Se sabe algo de lo que ocurrió aquella noche? —preguntó de nuevo.

Valerio lanzó una mirada a su superior. Habían acordado entre todos que no le contarían a Terencio cómo se había producido el incendio, no querían preocuparle en su estado. Si le decían que no había sido un accidente, sino más bien una acción llevada a cabo por Flavio para acabar con todos, no resultaría beneficioso para su recuperación, podría afectarle mucho más a su estado anímico y no querían inquietarle más de lo necesario. En un primer momento le habían dicho que no se sabía nada, pero a medida que el soldado estaba más rato consciente y pasaban los días había mostrado más interés por conocer lo sucedido. Entonces, casi sin pensar le dijo:

—Creen que podría haberse tratado de un accidente desafortunado. Un tizón de alguna hoguera que estuviese demasiado cerca de la tienda, que con el viento hizo que contactase con ella y prendiese.

—Tantos años sirviendo en el frente, luchando en primera línea contra todo tipo de enemigos... —dijo Terencio haciendo algún gesto de dolor—. Para acabar de esta manera por un descuido de principiante... —entonces cerró los ojos y un par de lágrimas brotaron de ellos.

El alma de Valerio se encogió, estuvo tentado de explicarle la verdad, pero en el último momento se refrenó. Se lo contaría todo más adelante cuando hubiese acabado con Flavio, hasta entonces, muy a su pesar, prefería que su amigo no supiese que ese maldito traidor rondaba suelto por el campamento. El herido volvió a hablar y les dijo a sus amigos:

—Preferiría haber muerto junto a los demás antes que verme de esta guisa. Los dioses han sido crueles conmigo, me han castigado terriblemente...

—No es un castigo, hermano —dijo Valerio—. Es una oportunidad de seguir viviendo, piensa que ellos no la han tenido...

—Es fácil decirlo desde tu posición —dijo Terencio—. Pero mírame... ¿de verdad crees que volveré a ser el de antes? Vamos, Valerio, mi cuerpo está

mutilado, mis manos... no las siento, no hace falta que me mintáis. Sé que, si salgo de esta, la legión no me querrá...

Los dos hombres se miraron de nuevo sin saber qué responderle a su camarada. Terencio no era un recluta al que se pudiese engañar. Era un veterano con muchos años de servicio a sus espaldas, había combatido en muchas batallas y también había visto cómo Roma trataba a los hombres cuyas heridas les incapacitaban para seguir combatiendo. Sin duda había estado pensando en el tema, y ahora ellos no tenían legitimidad alguna para negarle las palabras que había pronunciado. Cornelio dijo:

—No debes rendirte tan pronto, Terencio, he visto soldados en peores condiciones que las tuyas salir adelante y reincorporarse de nuevo.

—Tiene razón, hermano, no debes abandonar la lucha. Es cierto que costará sanar, pero saldrás adelante. Hemos hablado con el cirujano y nos ha dicho que las heridas están empezando a cicatrizar —apuntó Valerio.

Terencio cerró los ojos una vez más y se quedó callado. Al poco rato, ante la mirada de sus compañeros, los abrió de nuevo y les dijo:

—Dejadme solo, por favor. Estoy muy cansado, quiero dormir... Cornelio se dio la vuelta y se dispuso a abandonar la estancia con resignación, aunque Valerio se quedó en silencio al lado del camastro mirando a su amigo. Este tenía los ojos cerrados. Giró la cabeza y observó que el *optio* estaba en la puerta ya. Este le hizo un gesto, y el legionario agachó la cabeza y obedeció las indicaciones de su superior. Ambos hombres salieron de la estancia en silencio sin cruzarse ni siquiera una mirada. Las palabras de Terencio fueron angustiosas, pero en cierta manera parecieron haberlas entendido perfectamente. Salieron de la tienda y se encaminaron de nuevo hacia el *contubernium*. Hacia mitad de trayecto, Cornelio le dijo a su subordinado:

—El dolor físico le hace decir cosas que no siente de verdad.

—Creo que es muy consciente de todo lo que ha dicho —objetó el soldado—. Sabe que sus heridas son graves y que no se recuperará del todo, deberíamos estar más pendientes de él y avisar al cirujano...

—¿A qué te refieres, Valerio? ¿No estarás insinuando que pretende quitarse la vida? —inquirió el oficial.

—No estoy seguro del todo, pero pese a que su cuerpo presenta heridas graves, su mente ve las cosas muy claras, y créeme cuando te digo que su

intención no es ser un tullido durante el resto de su vida —apuntó Valerio—. Ha visto cómo la República abandona a los hombres que quedan incapaces para luchar y él no quiere formar parte de ese grupo, tiene el sentido del honor muy pronunciado, deberías saberlo ya, y está dispuesto a hacer lo que sea necesario...

CAPÍTULO XXV

— **A**quí tenéis la misiva —dijo Gémino alargando un trozo de pergamino ensangrentado.

—Buen trabajo —indicó Tiberio recogiendo el documento.

—Habéis tardado más de lo previsto, ¿ha habido alguna complicación? —preguntó Sexto—. Dijiste que tan solo os llevaba media jornada de ventaja, y que eso no supondría ningún problema.

—Digamos que tuvimos que improvisar sobre la marcha, y esperar al momento más adecuado y propicio para poder intervenir —apuntó el centurión con gesto serio.

—Bien, señores, lo importante es que hemos interceptado el mensaje que envió el prefecto —intervino de nuevo el tribuno—. Y eso nos vuelve a dar ventaja y tranquilidad.

—Cierto —apuntó Fulvio—. Aún disponemos de tiempo para cerrar los asuntos pendientes —apuntó de nuevo mirando hacia Flavio, que estaba de pie junto a la puerta de la tienda.

—Estamos a mitad de camino de Segisamo, tenemos margen suficiente para acabar el trabajo —dijo Sexto—. Entiendo que no habéis dejado testigos de esto, ¿verdad, Gémino? —preguntó de nuevo el hombre.

—Por supuesto que no, somos profesionales —dijo mientras lanzaba una mirada a Flavio, que continuaba impertérrito—. Nadie encontrará jamás el cuerpo del mensajero tracio, y cuando se pregunten por qué no ha regresado será ya tarde para Augusto...

—Buen trabajo, centurión —dijo de nuevo Tiberio mientras desplegaba el pergamino.

—Gracias, señor —respondió el hombre inclinando la cabeza—. Por la República.

El oficial repasó mentalmente los acontecimientos. Tan pronto como el grupo de jinetes finalizó la tarea, se encargó de mandar a uno de sus hombres para avisar al tribuno de que tenía en su poder la misiva y que todo había salido según lo previsto. Le indicó al jinete que le informase que él, junto al

resto de sus hombres, aguardarían la llegada de la columna a Osca, allí se reunirían para explicarle con más detalle cómo se había llevado a cabo la misión. Pese a las dificultades iniciales que habían hecho que todo se hubiese tenido que retrasar un poco, y a la resistencia mostrada por el *auxilia* tracio, al final todo había salido a la perfección. No era necesario que todos los hombres regresasen hasta la posición de la legión, a lo sumo en tres días llegarían a la ciudad, y ellos les estarían esperando allí.

Había conseguido la carta, aunque estaba manchada por la sangre de aquel hombre, que había dado su vida por ella. Estaba cerrada, pobre infeliz, ni siquiera sabía cuál era el contenido, e incluso así había sacrificado su vida. En sus largos años al servicio de Roma había conocido a todo tipo de soldados, desde los que se las daban de valientes y a la hora de la verdad se orinaban encima justo antes de entrar en batalla, hasta los que simplemente luchaban a cambio de la paga. Dentro de esos grupos diferenciados, había también toda clase de ideales, desde los que creían en la gloria de Roma y servían a las águilas con dedicación y honor, hasta los que simplemente veían una oportunidad de llenarse los bolsillos cuando se producía algún saqueo. Estaba claro que dentro de la legión se podía encontrar un poco de todo, valientes, cobardes, mercenarios, escaqueados, hombres de honor...

Sin duda aquel jinete auxiliar al que había tenido que quitar la vida era de esa última clase, de los que tenían honor, leales y obedientes con las órdenes de sus superiores. De los que entregaban su vida a cambio si era preciso. Por ello decidió que ese valiente se merecía un funeral digno, y mandó a sus hombres recoger leña para montar una pira funeraria. Aunque Fabio le dijo que con enterrar el cuerpo sería suficiente, él sintió que debía rendirle ese homenaje al tracio, era lo menos que podía hacer. Cuando se encendió el fuego, hizo que todos sus hombres estuvieran presentes y en silencio, exceptuando claro está el que había sido arrollado por el corcel en el puente, que quedó gravemente herido. A su vez se encargaron de incinerar y dar sepultura también al cuerpo sin vida del legionario al que el auxiliar había eliminado con una excelente estocada, para no dejar ningún indicio de lo acontecido en aquella loma. Entonces, en voz alta pronunció una oración destinada a las divinidades en la que solicitaba que acogiesen a ese valiente en su seno y que no permitiesen que su alma fuese enviada al Tártaro.

Tras la ceremonia, ordenó a los suyos que cavasen una pequeña fosa en el mismo montículo y que enterrasen las cenizas entremezcladas de los dos fallecidos dentro de un contenedor improvisado, una de las cantimploras que el hombre posrtaaba entre sus enseres. Tras ello, regresó con los suyos hasta la ciudad y aguardó la llegada de la IV. En ese instante, cuando el tribuno estaba desplegando la misiva ante la atenta mirada de todos los convocados a la reunión, Gémino recordó fugazmente el rostro de aquel valiente que había dado su vida, y oró en silencio por su alma.

—Veamos qué pone el mensaje de Antonio —dijo Tiberio mientras empezaba la lectura en voz alta:

Salve Imperator,

Le escribo esta carta para avisarle de que ha llegado hasta mis oídos una información que alerta sobre una conjura para acabar con su vida. Ruego que se tome en serio este aviso, pues las fuentes son de absoluta confianza. De hecho, varias personas han perdido la vida al tener conocimiento de la conspiración, entre ellos tres valientes soldados que sirven en esta legión. Creo que sería oportuno extremar sus medidas de seguridad, ya que, según el informador, la conjura proviene del mismo Senado de Roma. Desconocemos aún quiénes son los implicados, aunque creemos que algunos de ellos forman parte de la IV Macedónica. Según me ha explicado mi fuente, planean atentar contra su persona al iniciarse la campaña militar, con intención de encubrir la acción con un acto beligerante por parte de las tribus indígenas contra las que marchamos.

Espero disponer de más información cuando arribemos a Segisamo, hasta entonces sea precavido y que Júpiter le proteja. Ruego disponga alojamiento y comida para el mensajero que le ha entregado la misiva hasta nuestra llegada.

Su leal y humilde servidor,

*Lucio Antonio Severo
Praefectus Castrorum de la
IV Legión Macedónica*

Cuando Tiberio finalizó la lectura de la carta, todos los presentes se miraron unos a otros sin decir nada, pero en sus ojos se denotaba cierta

sensación de alivio. Habían recuperado la misiva, ciertamente, aunque ahora aparte de los legionarios y el centurión que habían destapado la conjura, un alto cargo estaba al corriente y por su manera de actuar quedaba claro que tenía intención de sabotear los planes, la cosa se complicaba un poco más todavía. El primero en tomar la palabra fue Sempronio, que se había mantenido callado desde su llegada a la reunión:

—Gémino y sus hombres han hecho un magnífico trabajo, pero deberíamos ir pensando en cuál va a ser nuestro siguiente movimiento. Cuando la legión llegue a Segisamo, el prefecto querrá asegurarse de que el cónsul está al corriente del aviso.

—Cierto, estoy contigo —dijo Sexto—. Creo que deberíamos movernos ya.

—¿Y qué es lo que propones? —preguntó el otro funcionario, Fulvio.

—Ya sé que no entraba en nuestros planes iniciales y que es arriesgar mucho más, pero debemos evitar que Antonio pueda hablar con Augusto —comenzó a explicar Sexto—. No podemos permitirlo bajo ningún concepto, o todo esto se vendrá abajo. Hasta ahora teníamos cierto margen, pues para Valerio y sus compañeros era extremadamente complicado llegar hasta el cónsul y avisarlo, de hecho, me dijeron que llegados a nuestro destino les ayudase a contactar con él o que yo mismo lo intentase hacer en su nombre —continuó diciendo—. Eso jugaba a nuestro favor, pues ellos seguramente irían directamente al frente a combatir.

—Entonces estás sugiriendo que debemos deshacernos de Antonio —interrumpió el tribuno con gesto serio.

—Yo no he dicho que tengamos que matarlo —dijo de nuevo el aludido.

—Pues no veo otra alternativa, es la única opción que nos queda —añadió mientras el resto de los asistentes asentía sin articular palabra alguna—. No podemos permitirle que avise a Augusto.

—Tiberio tiene razón —dijo Sempronio—. Aún tenemos tiempo para actuar...

—Estoy de acuerdo con la sugerencia, aunque matar a un prefecto son palabras mayores —dijo Sexto—. Quizás sería mejor consultarlo antes con los de arriba para ver si aprueban semejante acción...

—No hay tiempo para eso —dijo el tribuno interrumpiéndole—. No

disponemos de margen para solicitar instrucciones, debemos actuar por nuestra cuenta.

—Pero estáis hablando de matar a un oficial de alto rango... —sugirió de nuevo el hombre—. Creo que deberíamos estudiar esa opción con más calma, no es bueno precipitarse.

—No sería el primero en morir por una causa de fuerza mayor —dijo Tiberio—. Estoy convencido de que a los de arriba no les importará, más cuando son sus cabezas las que están en juego, ¿no crees?

—Supongo que tienes razón... —respondió con resignación el funcionario—. Es cierto que las circunstancias son apremiantes, si todo sale bien lo entenderán.

—Eso es —dijo de nuevo el oficial con un cierto aire de autocomplacencia—. ¿Alguien más tiene dudas sobre esto? —preguntó a los presentes.

—Yo no he dudado, simplemente he valorado la dificultad de lo que proponías —dijo Sexto, enojado por la actitud de Tiberio.

—Lo sé, amigo, tranquilo, solo era una manera de hablar —dijo el tribuno con una sonrisa maliciosa.

Flavio se fijó entonces en el tono de voz que había utilizado ese hombre para responder a Sexto, y sobre todo en ese gesto que ciertamente le pareció un poco de burla y de desacato. Tal como le había explicado en su momento el funcionario, era él quien estaba al mando, aunque por los comentarios y por la actitud que había podido observar en ese momento, podría parecer que el militar estaba cuestionando o poniendo en duda la capacidad de liderazgo del funcionario. No sabía si el resto de los presentes se había percatado, pero él sí, y por lo que se desprendía de la parte final de la conversación, Sexto también.

El asesino miró de reojo a los centuriones, que estaban situados a cada lado de su superior. El que estaba a su izquierda, Fabio, se mantenía firme y con la mirada fija en un punto, en cambio el otro, Gémino, sonreía ligeramente, y eso le llamó la atención. Desde la primera vez que coincidió con ese hombre notó algo en él que no le gustaba, y en ese momento, tras la conversación que acababa de presenciar y la reacción facial del hombre, todavía le gustó menos. Aún recordaba las palabras que le había dicho justo antes de iniciar su

maniobra para incendiar la tienda de Valerio y los suyos. Las tenía grabadas en su mente y de nuevo revivió la escena. Recordó cómo los ojos de aquel hombre transmitieron que sus amenazas iban en serio.

Desvió la mirada hacia Sexto y pudo ver en su rostro cierto deje de ira y rabia, comprobó que no le había gustado nada la respuesta recibida por parte del oficial, aunque rápidamente cambió su semblante, se notaba que era un experto en ello. Decidió mantenerse alerta, pero no intervenir por el momento, ya hablaría con el funcionario cuando estuviesen a solas, si es que lo creía necesario. La conversación continuó, y quizás para deshacer un poco la tensión que se palpaba en el ambiente, Fulvio dijo:

—Y bien, ¿qué proponéis hacer? Porque creo que aún tenemos otro flanco abierto, el de los legionarios.

—Sí, lo tenemos abierto, aunque como bien ha dicho Sexto hace un momento para ellos será más difícil, por no decir imposible, acceder a Augusto —apuntó Tiberio—. Aún piensan que él está de su parte, y que si es necesario les podrá ayudar a alertar al cónsul. Creo que deberíamos priorizar. Lo más urgente y lo que más nos puede perjudicar es la intervención del prefecto, tiene mucho más poder y seguro que puede contactar con el cónsul sin problemas. Cuando resolvamos ese asunto, nos encargaremos de Valerio y los suyos, tal y como ya habíamos hablado —continuó diciendo.

—Empezando por el legionario que está en el *valetudinaria* —apuntó Fulvio mirando fijamente al oficial.

—Eso mismo, empezando por ese —recalcó Tiberio esbozando otra sonrisa maliciosa.

—Deberíamos aprovechar que estamos acantonados aquí durante un par de días para actuar, mientras la legión esté en movimiento será más complicado acceder hasta él —sugirió Sempronio.

—Se aceptan sugerencias, señores —dijo el oficial.

Nadie dijo nada, el asunto era complicado, sin duda era más difícil de lo que en un principio parecía. Una cosa era atentar contra un grupo de legionarios, y otra muy diferente intentar deshacerse del prefecto. Las circunstancias variaban, sobre todo por lo complejo que era poder acceder hasta su persona. Viendo que nadie proponía nada, Flavio se aclaró la garganta y dijo:

—¿Habéis valorado la posibilidad de ser un poco más sutiles y buscar una alternativa que no requiera tener que colarse en su tienda y acabar con su vida clavándole una espada?

Los allí presentes se quedaron en silencio, quizás sorprendidos por la intervención del asesino, que hasta entonces se había mantenido completamente callado, o quizás por la sugerencia que acababa de hacer. En todo caso, Sexto se quedó mirándolo y asintió levemente con la cabeza, tras lo cual le preguntó:

—Explícate, ¿cómo lo harías tú?

El asesino dio un paso al frente y se acercó un poco más a la mesa. Cogió una de las sillas, la separó de la mesa y tomó asiento, entonces dijo:

—Es sencillo. Acceder a la tienda sin llamar la atención es difícil. Supongo que dispone de guardias en el exterior, y seguramente también dentro. Eso nos lo puede confirmar el tribuno, que imagino que en alguna ocasión habrá estado en el interior.

—En las ocasiones en las que he estado, lógicamente había guardias, aunque siempre ha sido durante las reuniones del estado mayor, y todos los presentes eran cargos militares importantes e iban armados —respondió este a disgusto.

—Con ello quiero decir que acceder al interior para acabar con él es una tarea francamente compleja —dijo Flavio—. Por lo que creo que la opción más segura pasa por hacerlo de una forma menos llamativa.

—¿Cómo? —preguntó impaciente Fulvio.

—Envenenando su comida, por ejemplo. La comida se la traen desde las cocinas, ¿no es así? —dijo el asesino.

—Sí —dijo Sexto—. Sería una buena opción, sin duda no dejaría rastro.

—Se debe usar un veneno que actúe lentamente, y que sus síntomas se puedan confundir con una enfermedad. Es decir, que sea prácticamente imperceptible y que ningún médico sea capaz de detectar —sugirió de nuevo el hombre.

—¿Y se puede saber de qué veneno hablas? —preguntó de nuevo el funcionario.

—Existen varios tipos de veneno que se pueden mezclar con los alimentos, son imperceptibles al paladar, por lo que la víctima no se percata de que los

está ingiriendo. Deberíamos usar uno que sea de acción lenta, si se utiliza uno que actúe demasiado rápido corremos el riesgo de que el médico pueda dictaminar que se trata de una ponzoña —dijo el asesino—. Quizás una dosis adecuada de *belladonna*^[70] bastaría.

—¿Y dónde podemos encontrar esa *belladonna*? —preguntó Tiberio.

—Yo me encargo de conseguirla —dijo Flavio—. Aunque eso tiene su precio, por supuesto...

—Ya sabes que el dinero no supone ningún problema —dijo tajantemente Sexto—. Aunque el problema no es hacerse con el veneno, sino más bien colocarlo en el plato —sugirió el hombre.

—Esa parte déjamela a mí —dijo Tiberio—. No tendré ningún problema para acceder a las cocinas, tú solo dime la dosis que hay que poner en la comida para que actúe como es debido...

—Muy bien, pues cuando lo tenga te lo haré llegar junto a las instrucciones. El resto dependerá de ti —dijo el asesino—. Si me disculpan, caballeros —dijo levantándose de la silla—. Tengo un asunto del que ocuparme —y abandonó la tienda mientras se giraba antes de salir y miraba a Sexto, que le hacía un gesto de aprobación con la cabeza.

Los presentes mantuvieron el silencio durante un rato. Parecía pues que todo estaba preparado, no había nada que discutir y estaban de acuerdo en el proceder. Entonces tomó la palabra Gémino y dijo:

—Morir envenenado no me parece una forma honrosa para que un soldado abandone este mundo.

—Qué importa aquí el honor —dijo Tiberio haciendo un gesto despectivo con la mano—. Hay cosas más importantes en juego, parece mentira que te lo tenga que decir precisamente a ti.

—Solo digo que el veneno lo usan las mujeres para matar, y por mucho que el prefecto deba ser eliminado creo que la manera de proceder es sucia y rastrera. Es un hombre que ha dado todo por Roma, su fama y su reputación como soldado le preceden —volvió a decir el centurión.

—¡Basta ya, Gémino! —gritó el tribuno—. No tenemos tiempo para hacerlo de otra manera, y me da igual que sea una muerte deshonrosa. ¿Acaso alguien ha propuesto alguna otra manera de hacerlo? ¿Quizás has alzado tu mano para ofrecerte voluntario para matarlo y no me he dado cuenta? ¿Es así?

—preguntó irónicamente el oficial a su subordinado.

—No, señor, disculpe —dijo avergonzado el soldado.

—Pues entonces abstente de decir sandeces, suficientes problemas tenemos entre manos como para que tengamos que preocuparnos por el honor —dijo de nuevo.

Los presentes se quedaron callados tras la reprimenda del tribuno. Tras ello, Sempronio volvió a decir:

—Pese a que haya surgido este pequeño contratiempo, entiendo que los planes siguen siendo los mismos, ¿no?

—Evidentemente —dijo Tiberio—. Cuando nos hayamos deshecho de Antonio, seguiremos con lo acordado.

Entonces Sexto, que entendió perfectamente a lo que se referían, intervino en la conversación:

—Ha sido Flavio quien nos ha dado la idea de usar el veneno. Quizás sea más útil mantenerlo con vida, ¿no creéis?

—¿Otra vez Sexto? —preguntó el tribuno—. ¿Le has cogido cariño a ese desgraciado? Creo que acordamos deshacernos de él, y tú mismo mostraste conformidad. ¿Por qué insistes en dejarlo con vida? No te entiendo.

—Repito que ha demostrado que puede ser de utilidad, deberíamos aprovechar sus cualidades —interpeló el funcionario.

—Cualquiera diría que compartís lecho —dijo riendo burlescamente el oficial.

Sexto se quedó de piedra al escuchar ese comentario del tribuno. Hasta aquel momento le había permitido quedar por encima de él, pero la situación se estaba complicando y casi sin que el resto se hubiesen percatado, parecía que ese vanidoso se había convertido en el que impartía las órdenes y decidía qué pasos se debían seguir. Cambió su gesto y le dijo enojado:

—No juegues conmigo, Tiberio. Estás en el límite, no olvides con quién estás tratando.

—No lo olvido —dijo el oficial—. Descuida...

En ese momento, vista la tensión existente, Fulvio decidió intervenir:

—Señores, un poco de calma. No nos pongamos nerviosos. Tiberio tiene razón, la decisión de acabar con Flavio ya está tomada, ahora no podemos cambiar los planes.

—Gracias por tus palabras, Fulvio —dijo el tribuno esbozando una sonrisa pícara.

—Aunque por otra parte creo que deberías ser más cuidadoso a la hora de dirigirte a Sexto. Estamos todos juntos en esto, debemos dejar las diferencias personales para otro momento —añadió el funcionario—. Cualquier síntoma de desunión, por pequeño que sea, puede hacer que todo esto fracase, y como bien has dicho antes hay demasiado en juego.

Tras las palabras del funcionario, ninguno de los presentes habló. Sexto comprendió a la perfección lo que Fulvio quería decir, y no le faltaba razón, había mucho en juego. No se podía permitir el lujo de que el plan fracasase, sus superiores no se lo permitirían. Pensó en que la muerte de Flavio era un daño colateral, había hecho todo lo posible por evitar que sucediese, pero era cierto que se trataba de una decisión que debían tomar todos los implicados. En el fondo le daba pena, pues en cierto modo le había cogido algo de cariño a ese hombre, era un diamante en bruto y poseía unas habilidades muy buenas, si las cosas hubiesen ido de otra manera lo habría reclutado para que trabajase con él. Entonces dijo:

—Tienes razón, Fulvio. Disculpad que haya insistido en lo de Flavio, es solo que creo que está muriendo demasiada gente por este asunto...

—Lo entiendo, amigo —dijo el funcionario—. Pero debes comprender que es un riesgo dejarlo vivo, sabe demasiado y no tiene más que un interés económico. Quién sabe si no hablaría si le atrapasen o se viese acorralado.

—Lo sé... —dijo Sexto mirando a la cara a Tiberio, que permanecía con el rostro serio.

—¿No tienes nada que añadir, tribuno? —le preguntó Fulvio.

—Ruego que aceptes mis disculpas, Sexto, no era mi intención ofenderte —dijo el oficial a regañadientes.

—Entonces todo arreglado. Continuaremos según el plan —dijo Fulvio—. Cuando Flavio regrese con el veneno nos volveremos a reunir para tratar el tema del prefecto.

Los hombres se levantaron de la mesa lentamente y se dirigieron hacia la salida. Justo antes de abandonar la tienda, Sexto se giró y dijo:

—Se me olvidaba, creo que deberías destruir esa carta, Tiberio, no sería bueno que la encontrasen en nuestro poder.

—Por supuesto, ahora mismo lo hago —dijo el tribuno mientras le prendía fuego poniéndola cerca de una de las llamas del candelabro.

El funcionario se quedó esperando hasta que Tiberio dejó caer la carta al suelo para evitar quemarse los dedos. Todos los presentes vieron cómo se consumía del todo, borrándose así la única prueba que les podía relacionar con el mensaje. Justo cuando Fulvio y Sempronio abandonaron la tienda del tribuno, Sexto se lo quedó mirando y le dijo al hombre que estaba rodeado por Fabio y Gémino:

—Hay otra cosa que no hemos tenido en cuenta...

—¿El qué? —preguntó el tribuno.

—¿Qué pasará cuando el prefecto muera? La legión no tendrá a nadie que ocupe esa posición. ¿Qué ocurrirá entonces? —preguntó el hombre.

—No te preocupes por eso, alguno de los tribunos ocupará su puesto hasta que el legado decida quién es el hombre más adecuado para sustituirle —dijo Tiberio con un gesto serio.

Sexto se quedó en silencio, sin decir nada más, pues comprendió perfectamente las palabras y las intenciones del tribuno. No había duda de que se aprovecharía del fallecimiento de Antonio para intentar hacerse con un cargo militar más alto. Eso confirmaba que era un hombre ambicioso. La repentina desaparición de Antonio le permitiría a él seguir escalando posiciones hasta poder obtener una magistratura superior, como la de legado. En ese momento, mientras salía de la tienda y se encaminaba a la suya, se dio cuenta de la clase de hombre que tenía frente a él. Su sed de poder no tenía fin, era peor que una serpiente, no dudaría en acabar con todos aquellos que se interpusieran en su camino, y eso no era beneficioso para la tarea que tenían entre manos.

Comprendió que debía dar un paso más, ese hombre era muy peligroso, debía deshacerse de él cuanto antes, no podía permitirse el lujo de concederle ventaja, pues ya le había mostrado sus colmillos, tal vez sin darse cuenta le había dejado entrever sus intenciones. Por suerte, él poseía mucha más experiencia, más que ese jovencuelo con aires de supremacía, por ello se anticiparía cuanto antes. Cuando llegó a su tienda estaba cansado, le dolía la cabeza tras la tensión que había tenido que soportar durante la reunión. Notaba la espalda cargada, por lo que decidió tumbarse en la cama un rato para

descansar. Si no se le pasaba el dolor se acercaría hasta el *valetudinaria* para pedirle algún remedio al *medicus*. Le costó un poco dormir, ya que no podía dejar de darle vueltas al asunto. Habían tenido acceso al contenido de la misiva y gracias a los dioses el mensajero había sido interceptado a tiempo. El documento ya no existía, y estaban esperando a que Flavio regresase con el veneno para deshacerse del prefecto.

Eso era... Ya tenía la respuesta. Flavio... Recurriría a él para encargarse de Tiberio, esa era la mejor solución, quizás la única que tenía a mano. Eso implicaba que debería convencerlo para acabar con ese hombre, y seguramente no lo haría gratuitamente, le pediría más dinero por realizar ese trabajo complementario. Estaba dispuesto a asumir ese recargo de su propio bolsillo, merecía la pena gastarse una buena suma de denarios para ello si conseguía hacer desaparecer a ese miserable. Si no lo hacía ahora, quizás no se le presentase otra oportunidad tan buena. Además, si el destino de Flavio era ser asesinado por los centuriones, no haría falta pagarle un solo denario, el plan era perfecto.

Meditó seriamente sobre el asunto mientras seguía dando vueltas en el camastro, estaba claro que el resto de sus socios habían dejado clara su intención de matar al asesino una vez solventado el contratiempo de Antonio. Eso complicaba las cosas, pues para poder envenenar el plato del prefecto era preciso usar al tribuno, el único oficial de alto rango que formaba parte de la trama y que por ende podría acceder a las cocinas sin levantar sospechas. Debería esperar a que el asunto del prefecto estuviese resuelto para llevar a cabo su plan, aunque quizás entonces fuese demasiado justo para usar a Flavio. No habían acordado en qué momento se desharían de Flavio, aunque sospechaba que no sería mucho después de la muerte de Antonio. Siguió barajando las posibilidades durante un rato, hasta que la fatiga y el cansancio le vencieron y se dejó atrapar por Somnus.

CAPÍTULO XXVI

—Solo necesito la dosis suficiente para que un hombre muera. Debe parecer muerte natural.

—Para ello tengo que saber cómo es ese hombre, dependiendo de su complexión necesitarás más cantidad o menos. La *belladonna* no actúa por igual en todas las personas —indicó la mujer.

—Veamos, se trata de un soldado, un poco mayor ya, quizás ronde los sesenta años, aunque físicamente es robusto. Su estatura es más o menos como la mía, aunque es un poco más corpulento —explicó Flavio repasando mentalmente a Antonio, al que había visto unas cuantas veces por el campamento de la legión.

—Espera aquí un momento, ahora vuelvo —dijo de nuevo la mujer. Desapareció tras una cortina y se metió en la trastienda del establecimiento. No le había costado demasiado encontrar esa tienda, en todas las ciudades solía haber alguna, solo se tenía que saber buscar. Si no la sabías encontrar, ya que solían estar bien escondidas, no a la vista de cualquiera, el secreto era preguntar a la gente oriunda que conocía su ubicación con más precisión. ¿Quién no había necesitado en algún momento de su vida un remedio hecho de hierbas o que incluyese una parte de algún animal raro o exótico? Ese tipo de preparados no se utilizaban únicamente para envenenar, sino que en ocasiones los médicos los usaban para sanar, solo se debía tener en cuenta la cantidad que se quería utilizar y el producto concreto. El mismo elemento en proporciones diferentes podía ser tanto un remedio como un veneno. Era por ello que esos pequeños establecimientos tenían cierta fama, pues a ellos acudía toda clase de gente, con buenas y con malas intenciones.

Cuando entró había una dama delante de él, por la manera en la que vestía debía de pertenecer a la aristocracia. Prefirió mantenerse a cierta distancia, pues a la gente que acudía a comprar a esos sitios le gustaba preservar cierta intimidad y no le solía agrandar que los demás clientes escuchasen qué tipo de producto estaban adquiriendo. Se dedicó a echar un vistazo por la tienda, esperando que fuese su turno para ser atendido. Cuando la mujer abandonó el

lugar, la señora que regentaba el comercio, que debería estar entre los treinta y cinco o cuarenta años, le preguntó qué era lo que deseaba. Cuando le pidió el producto, la mujer quizás pensó que lo quería para tratar algún tipo de dolencia, relacionada con el dolor de cabeza, aunque su gesto cambió cuando el hombre le especificó el uso que le quería dar a la sustancia.

Mientras esperaba al otro lado del mostrador de granito, pensó que las cosas le estaban yendo bastante bien hasta el momento, quizás le podrían haber salido mejor, pero de momento en un solo movimiento se había deshecho de tres de los ocho objetivos, y el cuarto estaba malherido y listo para ser enviado a la otra vida en breve. A razón de quinientos denarios por cabeza, ya tenía mil quinientos, y en breve serían dos mil. Pensaba pedir una buena cantidad por haber tenido la idea de cómo deshacerse del prefecto, lo que elevaría más la suma de lo que había ganado hasta entonces. Cuando volviese al campamento le pediría a su valedor que le diera una parte de lo acordado. Una vez cumplido ese encargo tan solo le faltaría deshacerse de Valerio y sus dos compañeros, Aurelio y Cornelio, añadir al saco al centurión, y eso le supondría dos mil monedas más, que sumadas a las anteriores harían una cantidad digna. Añadiéndole lo que ya tenía por haberse encargado de Marco, se podía decir que era rico. No se podía quejar, desde que había entrado en contacto con Sexto los negocios le estaban saliendo redondos. Reunirse con él en aquel destartalado y viejo molino había sido la mejor decisión que había tomado en su vida.

Su suerte estaba cambiando, ya se estaba imaginando en su pequeña propiedad, viviendo del campo, con unos cuantos esclavos trabajado las tierras. Pensó en que plantaría vides, y se dedicaría al floreciente negocio del vino, que según había oído hacía enriquecerse a un hombre en un período relativamente corto de tiempo. El único inconveniente a corto plazo para poder cumplir su sueño era poder finalizar su tarea, y era ahí donde radicaba la dificultad, pues ese incordio de Valerio le había visto merodear cerca de la tienda. Eso era un contratiempo, ya que hasta entonces había tenido una clara ventaja, había podido actuar sin que supiera que estaba tan cerca.

La coartada que le había montado Sexto, aquella que al principio le pareció ridícula, le había funcionado muy bien hasta ese momento, y le había permitido poder moverse a su antojo por el interior del fuerte. Aunque el

legionario no le viese el rostro, había perdido el factor sorpresa y eso le iba a acarrear más dificultades de las previstas, pese a ello todavía podía seguirla usando. La exprimiría al máximo, pues el resultado obtenido hasta entonces no podía ser mejor. Si los dioses le hubiesen sido propicios, Valerio y sus dos amigos habrían estado también en el interior de su tienda la noche del incendio, y ahora tan solo debería preocuparse de eliminar al centurión. Pero desgraciadamente a los dioses les gustaba jugar con los hombres, y esa vez él había sido el elegido, no se lo iban a poner tan fácil. En ese preciso instante la mujer salió de la trastienda con un pequeño bote en su mano derecha. Se lo ofreció a Flavio mientras le decía:

—Aquí tienes. La dosis que he preparado es la suficiente como para acabar con un buey.

—Muchas gracias —dijo Flavio recogiendo el bote y guardándolo en el interior de su alforja de cuero.

—El preparado es líquido, lo he diluido para que puedas mezclarlo con la bebida. Será mucho más eficaz y más rápido en actuar, aunque si quieres puedes mezclarlo también con comida, pues es prácticamente insípido —añadió la mujer.

—¿Entonces debo verter todo el contenido de una sola vez? —volvió a preguntar el hombre.

—Sí, si deseas que no se dilate demasiado en el tiempo —sugirió ella—. Con esa dosis tardará un par de días como mucho en morir.

—Entiendo. ¿Cuánto te debo, mujer? —dijo el asesino abriendo la bolsa de monedas que tenía atada al cinto.

—Cinco denarios... —dijo ella.

—Un precio un poco elevado para un tarro tan pequeño —sugirió el hombre sacando las monedas y alargándoselas.

—¿Por quitarle la vida a alguien sin dejar rastro? Creo que el producto bien se merece ese precio —dijo la mujer cogiendo las monedas.

—Mmm... espero que cumpla su cometido —respondió mientras se daba la vuelta y se dirigía a la salida.

—Todos mis clientes quedan satisfechos por el resultado de mis productos. Si lo que te he preparado no cumple su cometido, te invito a que vuelvas y te devolveré las monedas que me has pagado —dijo la señora.

—Te tomo la palabra —dijo el asesino justo en el momento en el que salía por la puerta.

Tras abandonar el comercio, se encaminó hacia la puerta de la ciudad. Era media tarde, si tenía suerte llegaría al campamento antes de la hora de la cena y le entregaría el preparado a Sexto para que se lo hiciese llegar al tribuno lo antes posible. Quizás tuviese tiempo suficiente como para verterlo en el interior de la jarra de vino que el prefecto tomase esa misma noche. No tardó demasiado en divisar el fuerte, que se había instalado a escasa distancia de la ciudad, cerca de un río que transcurría paralelo a la misma, y que era el que la abastecía de agua. Accedió por la puerta mostrando el documento que le dio Sexto el día que prepararon todo, y se encaminó en dirección a la tienda de su valedor. Estaba sumido en sus pensamientos cuando de repente escuchó un grito a su espalda:

—¡Caelio! ¡Espera un momento!

Al principio pensó que iba dirigido a otra persona, aunque al momento recordó que ese era su falso nombre, por lo que se giró rápidamente. Maldición, no podía creer quién le estaba llamando. Era Tito Valerio Nerva, otra vez él, ¿es que no iba a dejarlo nunca en paz? Intentó disimular cuando lo vio dirigirse a paso ligero hacia su posición con el brazo alzado en forma de saludo. Esbozó una sonrisa forzada, procurando que el legionario no se diese cuenta de que era la última persona en el mundo con la que quería conversar en ese momento. El soldado iba solo, vestido con la túnica militar y con la espada colgada de su hombro, cosa poco habitual en un legionario que estaba en el interior del campamento, pensó Flavio. Cuando estuvo a corta distancia, se detuvo y le alargó el brazo para saludarlo mientras decía:

—¿Qué tal estás, amigo?

—Bien, gracias —respondió el asesino correspondiendo el saludo—. ¿Y tú?

—Bueno, he estado mejor si te soy sincero —respondió el soldado.

—Mi tío me explicó lo que sucedió la otra noche. Lamento mucho lo que les sucedió a tus compañeros. Quería pasarme por tu tienda a presentarte mis condolencias, aunque creí que era demasiado reciente y no quería molestar —mintió el asesino.

—Gratitud por tus palabras, Caelio —dijo—. La verdad es que tanto mis

camaradas como yo estamos pasando por una situación dura. Ahora volvemos de enterrar las cenizas de nuestros caídos en el campo, hemos encontrado un lugar muy bonito para que descansen en paz toda la eternidad.

—Me alegra escuchar eso. El tiempo ayuda a sobreponerse. Si me disculpas, mi tío quería verme con urgencia, nos vemos en otro momento, Valerio —dijo excusándose el hombre.

—Te acompaño, ahora iba precisamente a verle. Quería comentarle un asunto —dijo mientras sonreía el soldado.

—Como quieras, aunque, ¿no te estarán esperando para cenar tus compañeros? —añadió un poco disgustado Flavio.

—Ya les he avisado de que tenía un asunto urgente que atender. Tampoco es que tenga mucha hambre —añadió.

—Como desees, entonces —dijo resignado, viendo que no iba a poder deshacerse de él.

Al principio se mantuvieron los dos en silencio, sin saber muy bien de qué hablar. Flavio decidió que tenía que decirle algo para poder guardar las apariencias. Debía mostrarse cordial con el soldado, pues era una fuente de información importante. Entonces habló:

—¿Y cómo es que llevas la espada dentro del campamento? Pensaba que no estaba permitido hacer eso.

—No hay ninguna norma que lo prohíba. Es discrecional llevarla o no, aunque verás que en zona no conflictiva ningún soldado suele llevarla encima —apuntó el soldado.

—Sí, por eso te lo preguntaba, es que desde que llegué no había visto a nadie que la llevase, excepto a los que montan guardia, claro —dijo disimulando y aparentando ignorancia.

—De hecho, Cornelio, el *optio* de mi centuria, le recuerdas, ¿no? —preguntó.

—Sí, le recuerdo, el hombre bajito que no paraba de comer... —dijo el asesino.

—Ese mismo —rio Valerio—. Ha sido él quien nos ha recomendado ir armados si vamos solos por el campamento. Ya le he desobedecido saliendo sin compañía de la tienda —apuntó—. Espero que no se moleste cuando regrese.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó el hombre.

—Supongo que ya te lo habrá comentado tu tío, pero es más que nada por seguridad. Flavio está en el campamento —apuntó el soldado.

—Sí, algo me ha comentado —dijo el hombre un poco nervioso—. Me dijo también que le viste la noche del incendio.

—Cierto, le vi justo al lado de la tienda —confirmó Valerio.

—¿Estás seguro de que era él? La última vez que estuvisteis en la tienda de mi tío, me pareció entender que le habíais perdido el rastro, que quizás había puesto tierra de por medio —añadió el hombre.

—Eso era lo que creíamos en ese momento, pero nada más lejos de la realidad. Pude reconocerlo sin ninguna duda —apuntó el soldado.

—¿Le viste la cara, entonces? —dijo disimulando, pues era consciente de que, si le hubiese reconocido aquella noche, ahora no estarían hablando tranquilamente.

—No, iba encapuchado, pero era él. Me miró a los ojos, yo le miré a los suyos y ambos nos reconocimos. Aparte, llevaba la misma ropa que la noche en la que mató a Marco. Imposible olvidarme de él —dijo de nuevo el legionario.

—Entonces haces bien llevando el arma tan cerca —dijo el hombre desviándose un poco del tema—. Mi tío me dijo que era un tipo muy peligroso y astuto. Mira, allí está su tienda.

Se mantuvieron en silencio durante el corto tramo que les separaba de su destino. Al acercarse comprobaron que en la puerta de la tienda había dos centinelas, seguro que eran los que Salonio había solicitado al prefecto. Estos reconocieron al sobrino del funcionario y les franquearon el paso. Los dos hombres se acercaron a la cortina de la entrada, aunque el primero en hablar fue Flavio, que prefirió adelantarse para advertir a su falso tío de que volvía acompañado:

—¿Podemos pasar, tío?

—Por supuesto, adelante —dijo el funcionario desde el interior.

Los dos hombres entraron en la tienda y vieron a su anfitrión sirviéndose una copa de vino. Al verlos entrar, la dejó sobre la mesa y se dirigió hacia ellos. Le dio un abrazo a cada uno y les invitó a sentarse en la mesa. Miró a Flavio y le hizo un leve gesto con la cabeza, casi imperceptible, en señal de

agradecimiento por el aviso. Entonces se giró hacia el soldado y le dijo:

—¿En qué puedo servirte, Valerio?

—Me alegra ver que Salonio se ha encargado de solicitar al prefecto los guardias —dijo el legionario.

—Sí, cuando veas a tu centurión puedes darle las gracias de mi parte, ahora me siento un poco más tranquilo —dijo el funcionario.

—Se lo diré de tu parte, amigo. Cualquier cosa para mantenerte a salvo. Respondiendo a tu pregunta inicial, verás, ayer estuvimos visitando a Terencio en el *valetudinaria* —empezó a decir este.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se encuentra? —preguntó interesándose.

—Un poco mejor, aunque el médico nos dijo que es muy probable que nunca más pueda volver a esgrimir un arma. Se recuperará, pero quedará incapacitado para volver a combatir —dijo con tristeza el soldado.

—Lamento mucho escuchar tan tristes nuevas, amigo —dijo apoyando su mano en el hombro del legionario.

—Estamos todos consternados. Ha logrado salir con vida de esta, pero el precio que tiene que pagar es muy alto —volvió a decir Valerio.

—¿Hay algo que pueda hacer al respecto? —sugirió el funcionario.

—Muchas gracias, amigo. Lo tendré presente si llega el momento —dijo el soldado emocionado—. Lo más seguro es que la legión prescinda de sus servicios otorgándole una paga... Ya sabes cómo funciona esto.

—Lo sé —respondió con resignación.

—El médico nos dijo que en un plazo de unas cuantas semanas deberá informar del estado de recuperación, y que dependiendo de cómo esté, sus superiores decidirán —añadió el soldado—. Estaba abatido, deberías haberle visto. Sentí lástima, dijo unas palabras que me llamaron la atención. No sé si eran ciertas, pero nos comentó que preferiría haber muerto que acabar así sus días...

—Lo siento, Valerio, espero que los dioses se encarguen de impartir justicia —añadió Sexto mientras miraba de reojo a Flavio, que se mantenía sentado y en silencio.

—Donde no lleguen los dioses, espero que lleguen las espadas de los hombres —dijo apoyando su mano sobre la empuñadura de su *gladius*.

Sexto asintió con un leve gesto de la cabeza mientras miraba de soslayo al

asesino, que se mantenía impasible ante las palabras que acababa de pronunciar el soldado. Entonces el funcionario se levantó de su silla y fue a por dos copas más, que acercó a sus invitados a la vez que les ofrecía la jarra de vino para que se sirviesen. Volvió a sentarse de nuevo y dijo:

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarte? Al final nos hemos desviado un poco del tema.

—Verás, como te estaba diciendo antes, hablando con los muchachos y sabiendo que ahora Flavio anda suelto por el campamento, creímos oportuno acudir a ti para ver si recordabas algo más sobre él —dijo el soldado—. Creo que tal vez te hayas cruzado con él en algún momento. Fuiste el único que le vio, y lo tuviste frente a frente. No quiero presionarte, pero tú también estás en peligro, amigo —añadió, y de repente se giró hacia Flavio que estaba dando un sorbo a su copa—. Y tu sobrino... Ese hombre no tiene escrúpulos ni dignidad, lo ha demostrado con creces en las acciones tan viles que ha llevado a cabo.

—Lo sé, Valerio, no creas que no he pensado en ello. Sobre todo, desde que me advertiste el otro día, cuando íbamos en la carreta al campamento de la VI. Quizás el hecho de tener a esos guardias en la puerta me genera cierta sensación de tranquilidad —dijo Sexto.

—No debes fiarte, ese asesino ha demostrado que no es un aficionado —sugirió el legionario—. Debes tener en cuenta que para hacer todo lo que ha hecho ha necesitado colaboración interna, de alguien que está en este campamento —añadió.

—Sí, no me cabe duda de ello —dijo el hombre con un tono de serenidad.

—Si me permites que te sea sincero, amigo, cuando intento explicarte el peligro que corres, me da la sensación de que no eres consciente del todo de tu situación —dijo el soldado.

—¿Qué quieres decir? —dijo el funcionario poniéndose en alerta.

—No te molestes, simplemente te digo que Flavio es mucho más peligroso de lo que te imaginas. Si yo estuviera en tu situación estaría bastante más nervioso, en cambio te veo tranquilo —dijo Valerio.

—Yo también te lo he dicho varias veces, tío —intercedió Flavio—. Deberías estar más atento a lo que te dice Valerio, él sabe de lo que habla.

—¿Y qué pretendéis que haga? ¿Que me pase el día entero encerrado en

esta tienda sin salir? Si hago eso, él habrá ganado. No podemos permitirlo, si los dioses han decidido que debo morir, ¿quién soy yo para contradecir sus designios? Cuanto antes lo acepte mejor —dijo el hombre haciéndose el enojado.

Valerio se quedó mirando al sobrino del funcionario sin decir nada, parecía que las palabras de Sexto tenían sentido, tampoco era lógico que tuviera que vivir con miedo día tras día. Esa no era la solución, y parecía que no era tan inconsciente como Cornelio le había hecho ver, más bien era un valiente pues no le importaba tener que morir si había llegado su hora. Lo comprendió perfectamente, por lo que le dijo:

—Disculpa, no pretendía ofenderte, amigo, simplemente estoy preocupado por ti.

—Lo sé, muchacho, lo sé. No pretendía que mis palabras fuesen tan bruscas —dijo el funcionario—. Discúlpame tú a mí.

—No te preocupes, no ha sido nada —dijo el soldado.

—De momento lo que puedo decirte es que no le he visto por el campamento —dijo mintiendo—. Si por casualidad se cruzase en mi camino, tal vez lo reconociese, aunque no estoy seguro, ese momento de mi vida parece estar un poco borroso. De hecho, como ya te dije en su momento su rostro era bastante común, no recuerdo nada destacable, fue tan solo un instante y creeme estaba muy asustado. Siento no poder ser de más ayuda.

—Comprendo... —dijo el soldado.

—No debes preocuparte, como ya te dije en su momento, si recordase algo más te lo haría saber inmediatamente, y si le viese merodeando por aquí daría aviso a la guardia para que le capurasen. También soy parte interesada —añadió el hombre.

—Cuento con ello, amigo —dijo el legionario apurando la copa de vino—. Si me disculpáis, debo regresar a la tienda, se está haciendo tarde y no quiero que Cornelio me eche más bronca.

Se levantó de la mesa, a la vez que los otros dos hombres hacían lo mismo. Les saludó a ambos entrechocando sus antebrazos y se dispuso a salir. Justo antes de abandonar el recinto, Sexto le dijo:

—Gratitud por la visita. Espero que tu compañero se recupere del todo y pueda volver a servir bajo los estandartes de esta legión.

—Que los dioses te escuchen —respondió el soldado asintiendo con un gesto de la cabeza.

Acto seguido salió de la tienda, y los otros dos hombres se quedaron solos y en silencio durante unos instantes. Al cabo de un momento, Flavio abrió la boca para decir:

—No he podido evitarlo. Me ha visto al poco de entrar en el campamento y me ha dicho que me acompañaba hasta tu tienda, quería hablar contigo.

—No te preocupes —dijo Sexto—. Habría venido a verme de todas maneras.

—Está siendo un poco insistente con el tema de que le des una descripción mía, ¿no crees? —preguntó el asesino.

—Está desesperado... —respondió.

—Y asustado, y eso sin duda es bueno para nosotros —sonrió Flavio.

—No le subestimes, no es un simple soldado —le advirtió el hombre.

—Lo sé, eso lo hace todavía más divertido —volvió a decir esbozando una sonrisa.

—¿Aún no te has enterado de que esto no es un juego? El futuro de la República pende de un hilo, ¿y a ti te parece divertido? —dijo molesto el hombre.

—Si te soy sincero, el futuro de tu República me trae sin cuidado —dijo el asesino fríamente—. Lo que sí que me preocupa es el oro de esta. El que pagará mis servicios.

Sexto se quedó mirándolo, aunque no dijo nada, era inútil tratar de explicarle a ese hombre los intereses que había en juego. A él solo le preocupaba la recompensa por su trabajo, no sería capaz de entender todo el entramado que se había puesto en marcha para acabar con Augusto. Ambos procedían de mundos muy diferentes, quizás la República nunca hubiese hecho nada por Flavio, por lo que este no le debía nada al régimen. En ese preciso instante pensó en lo que le habían dicho sus socios en relación a si le capturaban, y vio claro el miedo que estos tenían a que pudiese hablar, pues sus intereses no eran los mismo que los de ellos. Vio mucho más claro lo que estos le dijeron, y pensó que tal vez no fuese tan mala idea deshacerse de él antes de que fuese demasiado tarde. Entonces decidió cambiar de tema:

—¿Has conseguido el veneno?

—Aquí lo tienes —dijo el asesino sacándolo de su alforja y mostrándoselo—. Ha salido más caro de lo que creía, pero según la mujer que lo ha preparado, es un precio muy bajo a pagar por el resultado.

—¿Y se puede saber cuánto has tenido que pagar por ello? —inquirió el funcionario.

—Diez denarios —dijo mintiendo Flavio.

—Súmalos a la recompensa que cobrarás cuando todo esto acabe —dijo el hombre alargando el brazo para coger el frasco.

—No lo dudes —dijo el hombre cerrando la mano sobre el frasco—. ¿Hemos hablado del extra que me deberás pagar por daros la idea del veneno?

—Iluso de mí, creí que por lo menos el consejo sería gratuito —dijo el funcionario.

—En esta vida todo tiene un precio —dijo sonriendo Flavio.

—¿Y de cuánto dinero estamos hablando? —preguntó el hombre.

—Doscientos cincuenta denarios me parece una cantidad justa —respondió el asesino.

—Veo que tu codicia no tiene límites. Un poco caro tu consejo, a mi parecer —dijo Sexto.

—Quizás, aunque sin él estaríais todavía discutiendo la manera en la que deshaceros del prefecto —añadió Flavio con cierto tono de burla.

—Muy bien, pues que así sea. Añádelos a lo que ya habíamos acordado —dijo el hombre.

—Creo que sería un detalle por tu parte, y a su vez una muestra de buena voluntad, que me adelantases algunas monedas. Me lo merezco, ¿no crees? Ya he acabado con tres legionarios, y eso son mil quinientos denarios si los cálculos no fallan, a los que debes añadir los doscientos sesenta del consejo y el precio de la ponzoña.

—¿Qué pasa, que no te fías de mí ahora? —dijo Sexto un poco molesto por la actitud del hombre—. Creo que he demostrado que soy un hombre de palabra.

—No es que desconfíe de ti, pero estaría más tranquilo si me dices una parte de la recompensa. Eso sin duda sería un aliciente para continuar adelante con el trabajo —dijo el asesino manteniendo el puño cerrado con el frasco en su interior.

Quizás era el momento idóneo para sacar el tema de Tiberio, eso sí, entregándole algo de dinero para que no pudiese declinar la oferta y para que continuase confiando en él. No suponía riesgo alguno darle una pequeña cantidad de monedas, ya que cuando Gémino se encargase de enviarlo a rendir cuentas con Plutón ya las recuperaría. Era evidente que la única motivación que tenía ese hombre era el dinero, por lo que tenía que ofrecerle una cantidad suculenta para que aceptase. Si salía bien eliminaría al ambicioso tribuno, y al poco el centurión se encargaría de deshacerse de la única persona que podría vincularle con el asunto. Solo debía tener una cosa en cuenta, procurar que el intervalo temporal entre ambos actos fuese lo más corto posible, para evitarse problemas. La legión partiría en breve hacia la ciudad de Calagurris, y todavía quedaba el asunto del prefecto Antonio. Se lo propondría al asesino y acordaría con él esperar el mejor momento para acabar con Tiberio. Intentaría hacerlo coincidir con el mismo día en que planeasen acabar con la vida de Flavio. Sonrió levemente y le dijo a su interlocutor:

—Muy bien, te pagaré ahora mismo. Tienes toda la razón, ante todo quiero que compruebes que soy un hombre de palabra.

El asesino hizo un gesto con la cabeza, asintiendo, mientras Sexto se daba media vuelta y se dirigía al habitáculo donde estaba su cama. Desde allí le dijo:

—¿Te parece si te pago ahora mil denarios? Es todo lo que tengo aquí. Cuando acabes con el cuarto legionario te daré los setecientos sesenta restantes.

—No te voy a decir que no —dijo el asesino—. Este gesto te honra, tenlo por seguro.

—Por cierto, tengo que pedirte otro favor, Flavio —dijo el hombre mientras sacaba del interior del cofre un saco que contenía monedas y empezaba a contar y depositar la cantidad pactada en otro más pequeño.

—Te escucho —dijo el hombre desde el otro lado de la tienda.

—Espera un momento, que ahora salgo y hablamos con más calma —dijo el funcionario mientras contaba mentalmente las monedas que depositaba en el saco.

Tardó un rato en depositarlas todas, de hecho, era una gran suma de dinero

y el primer saco se quedó corto, por lo que tuvo que utilizar otro más para poder colocar las mil piezas. Pese a ser una gran cantidad, en el interior del cofre quedaban muchas más monedas, guardadas debidamente. Cuando finalizó la tarea, cerró el arcón con una llave que tenía guardada en un lugar seguro y regresó hasta la antecámara de la tienda con un saco en cada mano. Flavio estaba sentado bebiendo un poco de vino. Al llegar frente a él, depositó las dos bolsas sobre la mesa y le dijo:

—Aquí tienes tus monedas.

—Gratitud, tío —dijo sonriendo burlescamente y entregándole en su mano el pequeño bote de cristal que contenía la sustancia ponzoñosa.

—¿Es que no vas a contarlas? —preguntó el funcionario sorprendido al ver que las cogía y las depositaba sobre la silla que tenía a su derecha.

—¿Debería hacerlo? —dijo lacónicamente el hombre.

—Está todo, mil denarios. Era eso lo que querías, ¿no? —dijo Sexto guardándose el frasco en uno de los bolsillos ocultos de su túnica.

—Eso era. Las que quedan, tendrás que sumarlas a las quinientas que vale el soldadito herido —dijo el asesino.

—De acuerdo —afirmó el hombre.

—¿Qué era lo que me querías pedir? —preguntó Flavio un poco intrigado mientras se levantaba de la mesa y se dirigía hacia su camastro, donde guardaba unas alforjas de mayor tamaño en las cuales podría depositar ambos sacos.

—Verás —dijo Sexto tomando asiento de nuevo y sirviéndose otra copa de vino—. Necesitaría que te encargases de otro asunto.

—¿De quién quieres que me deshaga? —dijo el asesino dando otro sorbo a la copa.

—Veo que nos empezamos a conocer —dijo sonriendo el hombre—. No te gusta andarte con rodeos...

—¿Para qué perder el tiempo? —respondió.

—Muy bien. Cuando nos hayamos deshecho del prefecto querría que sacases de en medio a Tiberio. Se está convirtiendo en una verdadera molestia. Es demasiado ambicioso, su codicia puede poner en peligro nuestros planes —explicó el funcionario.

—Ya me he dado cuenta durante la reunión de esta mañana en su tienda —

repuso el hombre—. No me gustan nada sus formas, es un hombre peligroso, si por mi fuera ya me habría deshecho de él hace tiempo. Y seguramente también de ese centurión que le obedece ciegamente.

—¿De Gémino? —preguntó Sexto.

—Por supuesto —afirmó con rotundidad el asesino.

—Entonces, ¿qué respondes? —preguntó el hombre.

—Acepto el encargo de buen grado, aunque ya sabes que todo tiene un precio —sonrió—. Además, me da a mí que este asunto no cuenta con la aprobación de tus superiores, es más bien algo que corre de tu cuenta.

—Cierto, prefiero solucionarlo ahora que todavía estamos a tiempo, y no dejarlo para más adelante cuando ya sea imposible —dijo Sexto—. En cuanto al precio, tú dirás...

—Me encanta hacer negocios contigo, Sexto, trabajar para ti me va a permitir poderme retirar de la profesión antes de lo que me imaginaba —dijo riendo otra vez.

—Por suerte mis jefes pagan el resto, yo no dispongo de tanto dinero como ellos —respondió el hombre.

—Te pediría más dinero, al fin y al cabo, estamos hablando de un tribuno, pero por ser tú te haré un precio especial. Mantendremos el mismo precio que los soldados, quinientas monedas —dijo el asesino.

—Gratitud por la rebaja —dijo el funcionario con un tono de sorna.

—Eso sí, quisiera cobrar la mitad por adelantado, si no te parece mal —añadió Flavio.

—Por supuesto, faltaría más. Lo añadiré al próximo pago —apuntó Sexto mientras esbozaba una leve sonrisa.

CAPÍTULO XXVII

A Salonio le pareció bastante extraño que el legado en persona convocase a todos los oficiales a una reunión de carácter urgente. No había ocurrido nada anormal desde que abandonaron la ciudad de Osca dos días atrás, la marcha había transcurrido con toda normalidad. Pese a que habían estado atentos a cualquier movimiento inusual dentro del campamento, llegando a desplazarse siempre acompañados y armados, Flavio no había dado señales de vida, y eso les hacía sentirse un poco incómodos. Cuando el *Primus Pilus* informó a todos los oficiales de la convocatoria, insistió en que acudiesen acompañados de sus *optios*, ya que el tema a tratar era importante. Cuando el centurión entró a la tienda, los legionarios estaban haciendo sus tareas. Al percatarse de su presencia, Cornelio gritó tan fuerte como pudo:

—*¡Legionarii, vas conclamate*^[71]!

Al escuchar la orden, todos los hombres dejaron de hacer inmediatamente todo lo que estaban haciendo y se colocaron al pie de sus camastros, manteniéndose firmes y erguidos. Al verlos, el centurión dijo:

—Descansad, soldados.

Estos obedecieron y relajaron su posición, aunque se mantuvieron estáticos. Salonio echó un vistazo rápido a los hombres, aún no se había acostumbrado a la ausencia de Fabio, Emilio y Vitelio. Habían sido legionarios ejemplares, y habían perecido de una forma cruel. A lo largo de sus años como soldado y como oficial, había perdido a muchos compañeros y posteriormente a muchos subordinados, pero jamás de aquella manera. Los que habían caído lo habían hecho combatiendo contra el enemigo, o a causa de las heridas que estos les habían infligido en la lucha. Si apuraba podía incluir en la lista de bajas a algunos que habían muerto a causa de alguna enfermedad o epidemia en momentos determinados, pero nunca había perdido a nadie así. Los dioses le habían castigado de esa manera, y podría haber sido mucho peor si el resto de legionarios se hubiese encontrado esa noche con sus camaradas, podría haber sido un desastre.

Le vino a la cabeza Terencio, pobre, tras haber estado sirviendo junto a él

desde Métulo, ¿quién le iba a decir que acabaría jubilado prematuramente a causa de heridas no relacionadas con el combate? Aquel veterano se había convertido en un tipo muy duro. Había sobrevivido a multitud de combates, y que ahora irremediabilmente acabase sus días como un mendigo tullido en las calles de cualquier ciudad... Aunque lo que más le molestaba de ese asunto era que él no podía hacer nada al respecto. Cuando Valerio y Cornelio acudieron a su presencia para explicarle lo que el *medicus* les había dicho, se sintió impotente. No pudo decirles nada a sus hombres, simplemente guardó silencio y afirmó que la decisión final no dependía de él, que, si los dioses habían querido que ese fuese el destino de Terencio, ellos debían aceptarlo y agradecerles que no les hubiese pasado a ellos. Cuando los soldados abandonaron su tienda, el frío y duro centurión se vino abajo, incapaz de contener las lágrimas estas brotaron de sus ojos, mientras recordaba cómo el joven Terencio estuvo junto a él durante su recuperación tras sufrir la herida que tenía en su barbilla y que casi le cuesta la vida en el transcurso de la campaña contra los pueblos ilirios. Volvió a frotarse la cicatriz, de repente le picaba, era como si la propia lesión le estuviese diciendo que debía hacer algo por su amigo.

Porque, aunque el resto de soldados de la IV que le conocían pensasen que era un tipo solitario, al que no le gustaba relacionarse con los demás, Salonio era como cualquier otro mortal, poseía sentimientos y emociones, pese a que no las mostraba en público. En ese momento sintió la necesidad de devolverle a aquel hombre el favor. Por ello había hablado con el mismo legado unos días atrás y le había solicitado que cuando Terencio se recuperase, pese a que estuviese incapacitado para volver a combatir, le mantuviese con ellos, pues su experiencia en combate sería muy útil como instructor para los nuevos reclutas. Pensaba comunicárselo a sus hombres esa misma noche, justo se estaba preparando para ello cuando recibió la noticia de la convocatoria, por lo que pensó que tras ir a buscar al *optio* se lo explicaría a él por el camino y que este se lo comunicase al resto con más tranquilidad al día siguiente. Por eso sus primeras indicaciones fueron:

—Cornelio, debes acompañarme a una reunión urgente a la tienda del legado.

—¿Qué ha sucedido, señor? —preguntó este.

—No sé nada aún, el *Primus Pilus* nos ha convocado a todos los centuriones y *optios*, aunque no ha informado del motivo —indicó Salonio.

—A sus órdenes, señor —dijo Cornelio—. Casualmente justo antes de cenar, maldita suerte la mía —dijo en voz más baja.

—¿Has dicho algo, *optio*? —inquirió el oficial a su segundo.

—No, nada, señor... —dijo este un poco avergonzado.

Mientras Cornelio recogía su espada y se la cruzaba sobre el hombro, el centurión se acercó hasta Valerio y le dijo:

—¿Cómo se encuentra hoy Terencio?

—No lo sé, señor, no he podido ir a visitarle —contestó el soldado.

—He hablado con el legado Suetonio para buscarle un hueco en la legión cuando se recupere. Con suerte no le jubilarán —dijo el oficial—. Ahora tenemos prisa, pero se lo detallaré a Cornelio y cuando regrese de la reunión os lo explicará con más tranquilidad.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Valerio, que asintió con la cabeza, mientras decía:

—Gratitud, señor, es usted un buen hombre.

—Es mi deber como oficial, cuidar de los míos —dijo antes de darse la vuelta y encaminarse hacia la salida de la tienda, seguido de cerca por Cornelio, que se estaba acabando de colocar correctamente el *gladius*.

Ambos hombres salieron al exterior, y se dirigieron con paso firme hacia el *praetorium*. Estaba casi anocheciendo, por lo que las primeras antorchas se empezaban a encender en el interior del campamento. Mientras caminaban, Salonio le dijo a su segundo:

—Ya le he comentado algo a Valerio, pero quiero que sepas que he conseguido hablar con el legado. Le he pedido que cuando Terencio se recupere no le licencie, que lo quiero en mi unidad como instructor para los nuevos reclutas. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? ¿Usted qué cree, señor? —preguntó el *optio*.

—Te he dicho más de mil veces que no hace falta que me trates de usted cuando los soldados no estén presentes —indicó el centurión.

—Disculpa, pero es la costumbre, tú eres el que lleva la *crista*^[72] sobre el casco —dijo Cornelio haciendo el gesto con su mano, pues ninguno de los dos los llevaba puesto.

—Sabes que eso es puramente circunstancial, amigo. Yo siempre te he considerado un igual, aunque ahora ocupes este cargo —dijo Salonio.

—Lo sé, pero lo que cuenta es el presente, el pasado está muerto y enterrado y por Fortuna, ya sea bueno o malo, no lo podemos cambiar —dijo sonriendo el hombre.

—Esta campaña es una buena oportunidad para ti, haz lo que sabes hacer y recuperarás el honor del que te despojó Augusto —apuntó el centurión—. Sabes que siempre te he dicho que tarde o temprano los dioses acaban recompensando las acciones que hacemos en vida, y creo que tienen una deuda pendiente contigo.

—No creas que estoy tan mal, hay momentos en que agradezco lo que hizo el cónsul tras su victoria sobre Antonio. La posición de *optio* te permite estar más cerca de la tropa, a la vez que eres el segundo del centurión. Tiene sus ventajas, puedes jugar a dos bandas —dijo riendo Cornelio.

—Visto de esa manera... Quizás estés en lo cierto, aunque te conozco, amigo, y sé que en el fondo ansias volver a esgrimir tu *vidis*^[73] —dijo de nuevo Salonio mientras le lanzaba una mirada cómplice a su segundo—. Respecto a lo que te he comentado de Terencio, aún no me has dicho que te parece.

—Pues magnífico, sin duda. No esperaba menos de ti, Salonio —dijo el oficial—. Cuando fuimos a verte el otro día y te explicamos lo que nos dijo el médico, me sorprendió que te mostraras tan frío. Valerio se sintió decepcionado si te soy sincero, aunque yo le dije que no se preocupase, que seguro que tenías algo en mente para no dejar a Terencio en la estacada —continuó explicando—. A mí no me puedes engañar, amigo, el Salonio que yo conozco dista mucho del que dejas ver a los legionarios, sé que para ti tus hombres son muy importantes, y que, aunque no lo demuestras en público estás muy orgulloso de ellos —concluyó.

—Son buenos soldados, no hay duda, y algunos de ellos apuntan maneras. Solo tienes que fijarte en Valerio, estoy seguro de que si se lo propone llegará muy lejos en el ejército, posee un talento natural para el combate, pero además tiene muchas otras habilidades —dijo orgulloso.

—Tiene un gran oficial al mando del cual aprender —dijo sonriendo.

—¿Solo uno? —preguntó el centurión esbozando una leve sonrisa—. Allí

está la tienda del general —indicó con su dedo índice.

Hacia días que no habían mantenido una conversación privada, con el ajetreo de la marcha apenas habían podido disponer de un rato para conversar. La charla había sido fructífera, pues les había servido para ponerse un poco al día. Se encaminaron hacia el *praetorium*, cruzándose con varios oficiales de otras centurias que acudían a la llamada al igual que ellos. No era muy habitual que se les convocase de esa manera al cuartel general, la tienda era grande, mayor que la de los centuriones, pero Salonio dudó mucho que pudiera acoger a tantas personas, quizás a todos los centuriones sí, pero el doble de personas... No lo tenía tan claro, solo los oficiales al mando de las centurias sumaban sesenta hombres, si se tenían en cuenta sus segundos, ciento veinte, a los que habría que añadir los mandos de las unidades de *auxilia*.

Salonio y Cornelio saludaron a varios oficiales a los que conocían, preguntándoles si sabían el motivo por el cual se les convocaba, aunque ninguno de ellos pudo responderles ya que no estaban al corriente. No pudieron acercarse hasta la tienda principal, ya que justo delante de ella, en el exterior, se había formado un cordón de seguridad. Los guardias que la custodiaban habían recibido la orden de no dejar avanzar demasiado a los asistentes. Justo en la puerta de acceso a la tienda principal estaban los cinco tribunos augusticlavios, todos ellos con la armadura puesta y su correspondiente casco. A medida que la plaza de armas se fue llenando de oficiales, los tribunos fueron indicándoles que se mantuvieran a la espera bien formados. En un momento dado, uno de ellos pronunció unas palabras en voz alta:

—¡Centuriones y *optios*, formad por orden, el legado Suetonio saldrá en breve para comunicaros una importante noticia!

Casi de forma innata, los oficiales fueron formando en filas por orden de centuria. Los oficiales al mando de las tropas auxiliares lo hicieron a la derecha de estos. Cuando todos estuvieron en sus posiciones, salió del interior de la tienda el *Primus Pilus* y gritó:

—¡Oficiales, el legado os quiere dirigir unas palabras!

Justo después se apartó hacia un lado y de dentro de la tienda salió Publio Suetonio Cato, también vestido con su armadura y su casco. Justo detrás de él iba el tribuno laticlavio. Al ponerse en primera fila, algo le llamó la atención

a Salonio, un detalle que no era habitual, la ausencia del prefecto junto al máximo cargo de la legión. Notó un escalofrío que le recorría su espalda y miró de reojo a Cornelio, que asintió levemente con un gesto de la cabeza, haciéndole entender que también se había percatado de aquella anomalía. El resto de tribunos se colocaron en fila a la izquierda del general. Entonces Suetonio se aclaró la garganta y empezó a hablar:

—¡Oficiales de la IV legión Macedónica, os he convocado con carácter de urgencia para transmitir una noticia terrible! ¡El prefecto Lucio Antonio Severo ha muerto!

En ese mismo instante, Salonio miró instintivamente a su segundo. Ambos se habían temido lo peor, pero hasta que no escucharon esas palabras de boca del general mantenían la esperanza de que la ausencia de Antonio se debiese a algún otro motivo. Todavía no había explicado el motivo de su muerte, aunque en su interior él sabía que estaba relacionado con la conjura. Era el único oficial de alta graduación que estaba al corriente de la trama para asesinar a Augusto, se había mostrado partidario de ayudarles, es más, había participado de manera activa escribiendo una misiva dirigida al cónsul en la que le avisaba del peligro. ¿Y ahora estaba muerto? No podía tratarse de una mera coincidencia, sí, era un hombre de cierta edad, rondaba ya los sesenta años, aunque estaba fuerte como un roble. El legado continuó hablando:

—¡Anteayer, tras la cena, se sintió indispuerto, por lo que se retiró a descansar! ¡A la mañana siguiente uno de sus asistentes lo encontró en su cama delirando, con una fiebre muy alta! ¡Se avisó al médico para que le visitase inmediatamente, aunque no consiguió hacer nada por él! ¡A primera hora de la tarde ha abandonado este mundo para ir a reunirse con los suyos al más allá! ¡Que los dioses le acojan en su seno!

«¡Maldición!», pensó el centurión. El único hombre que les había proporcionado ayuda, que se había mostrado colaborador, ahora estaba muerto. La primera persona que le vino a la cabeza fue Flavio. ¿Pero cómo era posible que se hubiese enterado de que Antonio les estaba ayudando? Era imposible, por no decir imprudente, que un hombre de la experiencia del prefecto le hubiese comentado ese asunto a nadie más. Quizás había cometido el error de comentárselo a quien no debía, a alguien que estaba implicado en la conspiración, y por ello se habían deshecho de él. Ahora ya no importaba,

estaba muerto, y no podría explicarles nada al respecto. Las palabras del general no dijeron en ningún momento que se tratase de un asesinato, sino que se refirió a una muerte natural. En sus siguientes palabras no indicó que se sospechase que alguien se había encargado de acabar con el prefecto. Ordenó que se transmitiese la noticia en cascada a los legionarios, y que la marcha continuaría tal y como estaba prevista, pues en breve debían llegar a Calagurris para reaprovisionarse de nuevo. Tras ello, dijo dirigiéndose a todos los presentes:

—¡Por el momento, y hasta que lleguemos a Segisamo, el puesto de *praefectus castrorum* lo pasará a ocupar temporalmente el tribuno laticlavio, Tito Cornelio Natta! ¡Su puesto como primer tribuno pasará a ocuparlo Quinto Tiberio Marcio!

Los hombres elegidos dieron un paso al frente y en forma de saludo se llevaron el puño derecho al pecho y extendieron el brazo hacia delante. El general asintió y continuó hablando:

—¡Mañana a primera hora, antes de iniciar la marcha, se celebrará el funeral por Antonio! ¡Ruego que las tropas estén formadas una hora antes de lo habitual! ¡Ahora regresad a vuestras tareas!

Los presentes rompieron filas de manera ordenada y abandonaron el patio de armas en fila. Retomaron cada uno el camino que les llevaba a sus tiendas. Salonio y Cornelio se dirigieron hacia la zona donde estaba acampada la centuria. Al principio no dijeron nada, pues ambos estaban aún un poco descolocados aún por la noticia que acababan de recibir. El centurión le dijo a su segundo:

—Después de cenar creo que deberíamos reunirnos en mi tienda. Ven acompañado de Valerio y Aurelio, excúsate ante los demás soldados diciendo que os he mandado llamar por un tema relacionado con la próxima guardia que nos tocará realizar en pocos días. Y si no invéntate algún otro motivo tú mismo, tienes imaginación para ello.

—De acuerdo, en todo caso, ¿quieres que les diga a los hombres lo que ha sucedido? —preguntó el *optio* a su superior.

—Sí, encárgate de dar esa información, más que nada para advertirles de que mañana se formará una hora antes de lo habitual. ¿Te encargas tú de avisar al resto de *contubernia*? —preguntó.

—Por supuesto —afirmó Cornelio.

—Pues nos vemos en un rato en mi tienda. Si está ocupada os esperaré fuera para buscar un lugar donde podamos reunirnos con más tranquilidad —indicó Salonio.

—Entendido —dijo el segundo al mando mientras se alejaba de la posición de su oficial superior y se encaminaba hacia la tienda.

Tal y como habían acordado, los dos soldados acompañados por el *optio* se presentaron tras la cena en la tienda de oficiales. En el exterior les estaba esperando el centurión con el semblante sombrío, su rostro denotaba preocupación y no era para menos. Cuando Cornelio llegó a la tienda tras finalizar la reunión y comunicó la noticia del fallecimiento de Antonio a los soldados, Aurelio y Valerio comprendieron lo que había pasado. A diferencia de sus compañeros, los cuales no estaban al corriente de los acontecimientos, ellos vieron claramente cómo los responsables de la muerte del prefecto eran los conjurados. Demasiada casualidad.

Disimularon como pudieron y cuando el *optio* les dejó en la tienda mientras iba a comunicar la fatídica y funesta noticia al resto de miembros de la centuria, continuaron con sus quehaceres sin comentar nada al respecto. Cuando Cornelio regresó al *contubernium*, les dijo que el centurión había ordenado que fuesen los tres a verle a su tienda después de cenar. Ninguno de los presentes hizo ninguna pregunta, sino que se limitaron a comer en silencio. Valerio no recordaba una cena tan silenciosa en mucho tiempo. Al verlos acercarse, Salonio les hizo una señal con la mano para que le acompañasen. Entraron en la tienda que hacía las veces de armería, y se quedaron en pie mientras el oficial se aseguraba de que no había nadie cerca que pudiese escuchar la conversación. Cuando se hubo cerciorado, empezó a hablar:

—Os he mandado llamar porque creo que la situación se está volviendo demasiado peligrosa. Estaréis conmigo cuando ponga en duda que la muerte de Antonio se deba a causas naturales, ¿no?

Todos los presentes asintieron con la cabeza dando la razón a Salonio, que continuó hablando:

—Aunque no estoy seguro del todo, dudo mucho que el prefecto le explicase nada a nadie, por lo que desconozco cómo pueden haberse enterado esos sucios traidores de que estaba al corriente de todo.

—Tal vez alguien nos siguió hasta su tienda la noche que fuimos a contarle todo lo que sabíamos —apuntó Aurelio.

—Es una posibilidad a tener en cuenta, soldado —dijo el centurión.

—Por lo menos le dio tiempo a enviar el mensaje a Augusto —dijo Cornelio—. Con lo cual aún estamos a tiempo de desbaratar los planes de esos hijos de Plutón

—Esperemos que cuando llegue la carta hasta manos del cónsul, le dé veracidad al aviso —dijo Aurelio de nuevo.

—El hecho de que el prefecto esté muerto, casualmente al poco tiempo de enviar la misiva, le dará más credibilidad todavía si cabe —indicó Valerio—. Aunque hemos perdido al único que podía entrevistarse con él a nuestra llegada a Segisamo.

—Aún tenemos a Sexto —dijo Salonio.

—Sí, me dijo que tenía contactos, y que llegado el momento se encargaría de ayudarnos a concertar un encuentro con el comandante en la medida de sus posibilidades —dijo Valerio.

—Debemos mantenerlo a salvo entonces, es la última baza que tenemos para poder llegar hasta Augusto —indicó el *optio*.

—¿Pero no creéis que cuando lleguemos a la ciudad ya habrá leído la carta? —dijo el legionario hispano.

—Es más que probable —interfirió Valerio—. Aunque si alguien le puede corroborar que la información que contiene la misiva no es infundada, y que hay pruebas fehacientes de la conspiración, ¿no crees que ayudará?

—Valerio tiene razón. Incluso Sexto puede explicarle que la muerte de Antonio se produjo al poco de enterarse del asunto. Eso le convencerá, no me cabe duda. Augusto apreciaba mucho al prefecto... —señaló el centurión.

—Quizás sería una buena idea poner más guardias en la tienda de Sexto, por si acaso él es el siguiente objetivo —sugirió Cornelio.

—No me parece buena idea, señor —dijo Valerio—. Eso llamaría más la atención, aparte la vigilancia la ordenó poner el prefecto Antonio, que sabía que Sexto estaba en peligro. El hombre que ocupa su puesto, que con toda seguridad no estará al corriente, puede que no la quiera mantener...

—Si la retira, puede ser una pista que indique que podría formar parte de la trama —sugirió Aurelio.

—Si ordena retirar ese servicio, deberemos encargarnos nosotros de proteger a Sexto —indicó Salonio—. Es vital que llegue a Segisamo con vida para ayudarnos.

—Es mi amigo, señor, aunque no dispusiese de contactos allí, y no pudiese facilitarnos el acceso al cónsul, nuestra obligación sería protegerle igualmente —afirmó Valerio—. Está tan metido en esto como nosotros, nos está ayudando y se está arriesgando mucho. Debemos velar por su seguridad.

—Disculpa, me he expresado mal. Por supuesto que le protegeríamos, aunque no tuviese contactos en la ciudad —dijo Salonio—. Estaremos atentos a cualquier novedad. Cuando puedas ve a verle de nuevo, infórmale de que si le retiran la vigilancia de su tienda debe comunicárnoslo inmediatamente.

—De acuerdo, mañana por la tarde cuando acampemos iré a avisarle —indicó el soldado.

—No vayas solo, que te acompañe Aurelio —ordenó el centurión.

—Sí, señor —dijo el legionario mirando a su camarada hispano.

—Con suerte la carta ya habrá llegado a manos del cónsul, y estará al corriente del peligro que se cierne sobre él. En breve habremos llegado a Calagurris, y si los dioses nos son propicios cubriremos la distancia hasta Segisamo en unas cuatro o cinco jornadas más. Debemos aguantar tan solo unos días más, muchachos —dijo el centurión.

—Sí, ¿pero no cree, señor, que cada vez que nos acercamos más a nuestro destino, los conspiradores se ven más forzados a actuar? Les queda menos tiempo para eliminar a todos los que estamos al corriente de la trama —dijo con buen criterio Valerio.

—Eso también es cierto, por lo que debemos ser mucho más precavidos de ahora en adelante. No quiero que os mováis solos por el campamento, e id siempre armados. Sé que ya lo hacíais, pero no descuidéis vuestra seguridad —ordenó el centurión a sus hombres.

—¿Y usted, señor? Creo que debería tomar las mismas medidas de seguridad —sugirió el *optio*.

—Tomo nota —dijo el oficial—. Ahora volved a vuestras tiendas, mañana toca madrugar...

Los hombres obedecieron la orden de su superior jerárquico, aunque antes de salir de la tienda, Valerio se giró y le dijo a Salonio:

—Con la tensión del momento se me había olvidado agradecerle lo de Terencio. Mientras veníamos hacia aquí Cornelio nos ha detallado cómo ha intercedido por él. Es usted un buen hombre, señor.

—No tienes que agradecerme nada, muchacho, si tú estuvieras en mi lugar habrías hecho lo mismo por él —respondió el oficial.

—Puede estar seguro de ello —respondió el legionario dándose la vuelta y saliendo de la tienda.

CAPÍTULO XXVIII

Ya ha conseguido lo que se proponía. La ambición de ese hombre no conoce límites. ¿Te das cuenta ahora?

—Sí, claro, hay que estar ciego para no verlo —dijo Flavio un poco a disgusto.

Desde que habían regresado de la reunión en la tienda de Tiberio, estaba muy alterado. Le había acompañado, aunque realmente no le apetecía nada ir. Estaba un poco saturado de ese tipo de encuentros clandestinos. Eran aburridos, la tensión que se vivía durante los intercambios de opiniones era elevada, por lo que si se descuidaban podían convertirse en peligrosos. Llegó a pensar que el motivo por el cual Sexto le obligaba a acompañarle era más por protegerle en caso de que alguno de sus socios llevase a cabo alguna maniobra que exigiese el uso de la espada. No le iban ese tipo de tramas, él era más de acción, menos parlotear y más actuar. Esas eran sus premisas, las había aprendido con el tiempo. Aunque el funcionario tenía razón en una cosa, el tribuno cada vez se estaba volviendo más peligroso.

Según se habían desarrollado los acontecimientos, su ascenso a primer tribuno de la legión parecía haberle otorgado a la vez que más poder un aumento desproporcionado de ego. Pensó en lo poco que duraría en el cargo el nuevo prefecto, si su intervención no lo evitaba acabando de una vez por todas con ese hombre tan codicioso. Sin duda ese desgraciado se merecía desaparecer del mundo de los vivos. Cobraría una buena suma por encargarse de ello, aunque quizás hubiese estado dispuesto a deshacerse de él sin obtener ningún denario a cambio.

Decidió llevar el *pugio* que otrora le diese uno de los centuriones al servicio de Tiberio bajo la túnica, por si llegado el momento era necesario hacer uso de él. Si todo iba como la última reunión no descartaba tener que empuñarlo y dar debida cuenta del oficial y de sus dos secuaces. En todo caso no fue necesario, pese a sus momentos de tensión se llevó a cabo sin ningún incidente destacable, parecía que Tiberio estaba más centrado en saborear su reciente éxito que en estar pendiente del resto de acciones. Como ya era

habitual, estaban presentes aparte de ellos dos, Fulvio, Sempronio, el tribuno y sus dos leales perros.

En primer lugar, y para abrir la reunión, el oficial explicó brevemente a los presentes cómo había accedido a las cocinas donde preparaban la comida de los altos mandos de la legión. No le había costado demasiado acercarse a la bandeja donde estaban dispuestos los manjares que se servirían a Antonio. Tal y como representó el hombre, haciendo una burda teatralización del momento, consiguió verter el contenido del frasco de *belladonna* en el interior de la jarra de vino sin que nadie se percatase. Luego se encargó de supervisar el resto de alimentos, tal y como dijo que hacían los tribunos. Según explicó esa era una de las tareas más absurdas que acostumbraban a realizar, pero que sin duda en aquella ocasión le sirvió para llevar a cabo tal acto. Tras relatar su enorme gesta, se vanaglorió mientras explicaba detalladamente cómo recibió la noticia de que Antonio había enfermado gravemente y cómo acudió junto a sus compañeros a su tienda para estar junto a él en sus últimos momentos de vida. Le había ido muy bien que el prefecto se hubiese enterado de la conjura, pues vio una oportunidad de ascender en la escala de mando del ejército. Si no hubiese sido por ese fatídico accidente, por lo menos hubiese tardado cinco años en conseguir ocupar el cargo que actualmente ostentaba. Al menos eso fue lo que Sexto dijo entre insultos y maldiciones durante el camino de regreso a la tienda.

El siguiente punto que trataron en la reunión le afectaba más directamente. Se acordó una fecha concreta para acabar con el legionario que estaba en la enfermería recuperándose de las heridas. Se decantaron por actuar la misma noche en la que llegaran a la ciudad de Calagurris. Para ello quedaba tan solo una jornada de viaje, por lo que la acción era inminente. Se había escogido ese día porque siempre era más fácil actuar cuando la legión se asentaba por un par de días, pues al estar cerca de una ciudad, los guardias se relajaban un poco y era más fácil moverse sin levantar sospechas. Acordaron que no podían demorarlo más, pues cada vez quedaba menos para llegar al destino. Haciéndolo de esa manera, tan solo quedarían tres legionarios y el centurión, y el margen de tiempo disponible para deshacerse de los objetivos era adecuado.

Según dijo después Tiberio, sus secuaces tenían una manera de deshacerse

de ellos, aunque dijo que ese no era el momento para hablar del tema, que lo harían una vez el hombre que estaba en el *valetudinaria* fuese eliminado. Esa fue la parte que menos le gustó a Flavio, pues no comprendió por qué motivo no quisieron explicarlo. Mientras volvían a la tienda, y aprovechando uno de los pocos instantes en que Sexto no despotricaba de Tiberio, le dijo al funcionario que, aunque esos dos centuriones colaborasen con él para acabar con Valerio y los suyos, él pensaba cobrar la misma cantidad de monedas pactadas en un primer momento. Sexto le indicó de nuevo que no debía preocuparse, que el precio continuaba siendo el acordado, y que no importaba el hecho de que Tiberio insistiese en la actuación de sus hombres, pues realmente le quedaba poco tiempo en el mundo de los vivos. Además, podría resultarle beneficioso llegado el momento usar las habilidades de esos dos, de esa manera él se expondría menos. La explicación que le dio el hombre pareció sensata, siempre y cuando la recompensa no disminuyese por la intervención de personas en principio ajenas a su contrato.

En ese punto se hallaban cuando Sexto, que se había servido demasiadas copas de vino en muy poco tiempo, le dijo:

—Creo que no podemos demorar más el asunto.

—¿A qué te estás refiriendo ahora? —preguntó Flavio, que estaba sentado.

—A nuestro acuerdo, Tiberio se está creciendo en exceso. Es hora de que te deshagas de él —indicó dando otro largo sorbo a su copa.

—¿Tiene que ser ahora mismo? —dijo el asesino un poco a desgana.

—No, hombre, ahora no. Me refiero a que debemos ultimar los detalles de su asesinato —indicó el funcionario.

—Como desees, tú eres el que paga, yo me ajusto a las exigencias de mis clientes —dijo con cierta sorna el hombre.

—¿Qué te parece si te encargas de él justo antes de ir a por el compañero de Valerio que está en la enfermería? —sugirió Sexto esbozando una sonrisa pícara.

—¿Te refieres a mañana? Podría hacerlo, no me supone ningún problema, aunque respóndeme a una pregunta. ¿Has pensado cómo quieres que acabe con él? —dijo Flavio, ansioso por conocer la respuesta del hombre.

—Eso lo dejo a tu elección, no me atrevería a aconsejarte sobre una materia en la que eres experto —dijo cortésmente este.

—Supongo que, al haber ascendido de cargo, dispondrá de una tienda más grande y su número de guardias también habrá aumentado —preguntó.

—Estás en lo cierto. Costará más acercarse hasta su tienda y burlar la vigilancia, pero creo que, si alguien es capaz de hacerlo, ese eres tú, amigo —dijo el funcionario con ánimo de motivar al asesino.

Flavio escanció un poco más de vino en su copa a la vez que se quedaba en silencio, pensando en la manera de infiltrarse en la tienda de Tiberio. Francamente era mucho más difícil ahora que era tribuno laticlavio, la tienda que ocupaba estaba ubicada más cerca de la del legado y eso lo complicaba más, pues la zona estaba mucho más vigilada. No podía intentar entrar por la puerta principal, alegando querer reunirse con él, pues los guardias se quedarían con su cara y podrían reconocerlo posteriormente, por lo que si lo hacía así debería deshacerse de ellos también. «Demasiado complejo, debo encontrar otra forma más rápida y sencilla», pensó para sí mismo. De repente se le ocurrió una idea y le dijo a su contertulio:

—¿Podrías citarlo lejos de su tienda? Tal vez fuera del campamento, o en la propia ciudad —sugirió el asesino.

—¿Con qué pretexto le cito? —preguntó el funcionario—. En el caso de que accediese a salir del campamento, ¿no crees que lo haría acompañado de su escolta? Cabe esa posibilidad, ahora que ostenta el nuevo cargo —dijo Sexto.

—Si le dices que es un tema relacionado con lo que os traéis entre manos, prescindirá de la escolta. No se arriesgará a traer a nadie que no esté implicado en esto, podría levantar sospechas, y más después de la reciente muerte de Antonio —añadió.

—Quizás estés en lo cierto, aunque podría ser que acudiese acompañado por Gémino o Fabio, o por los dos —dijo de nuevo el funcionario.

—Entonces debemos procurar que estén ocupados en ese momento. Así le obligaremos a que se presente solo. Convócale diciéndole que tienes información importante, que no quieres que los demás se enteren y que antes de hacerla pública deseas conocer su opinión —dijo Flavio—. Si logras atraer su curiosidad acudirá sin pensárselo. Debes hacer que se sienta importante, juega con su ego, es su punto débil.

—Es una buena idea. Sí, me gusta —dijo sonriendo Sexto—. Veo que tus

habilidades van más allá del asesinato, cada día que pasa me sorprendes más, Flavio, eres un diamante en bruto.

—Gratitud por tus palabras, aunque me limito a poner en tu conocimiento lo que yo haría. Al fin y al cabo, llevo muchos años dedicándome a esto —dijo el hombre restándole importancia al asunto.

—Pues me pongo a ello. Le escribiré una misiva y se la haré llegar antes de que llegemos a Calagurris. Le convocaré en algún lugar de la ciudad. Evidentemente no acudiré a esa reunión —dijo el funcionario.

—Deberás asegurarte de que acudirá al encuentro, pídele una confirmación por escrito, así nos aseguraremos de que asistirá. Cuando abandone el campamento le seguiré, o quizás me adelante y ya le esté esperando en el camino. El resto correrá de mi parte —dijo el asesino.

—Seguiré tu consejo —dijo el funcionario, satisfecho con la idea—. Me dejaré ver por el campamento tras su marcha, así nadie podrá relacionarme con su asesinato. Me reuniré con Fulvio o Sempronio, ellos me servirán de coartada. Se podrá atribuir a un asalto, y si encima iba sin escolta, no tendremos que preocuparnos por si hay testigos.

—Solo quedará una cosa, mantener ocupados a los dos centuriones —dijo Flavio.

—Eso será fácil, haré todo lo que esté en mi mano para intentar que sus centurias sean las encargadas de llevar a cabo las tareas de construcción del fuerte. La misiva se la haré llegar antes de llegar al destino, por lo que no podrá contar con esos dos perros guardianes, que ya tendrán asignadas sus tareas —dijo sonriendo.

Sexto pensó que era una lástima tener que deshacerse de ese hombre, al fin y al cabo, había sido él quien había dado con la manera de acabar con ese maldito pedante con aires de grandeza. El dinero que debía cobrar Flavio por su trabajo se lo embolsaría él, pues a sus superiores les daba lo mismo esa cantidad de dinero, sus objetivos iban más allá de lo económico. Él en cambio, si salía triunfante, mantendría su reputación en lo más alto y se llevaría un sobresueldo, que nunca iba mal. Debía pensar en positivo, si los planes salían bien, en un mismo día se desharía de Tiberio y de Flavio. Sin un militar que les dirigiese los dos centuriones se someterían a su mando sin ninguna objeción, y como parecía ser que ya sabían cómo deshacerse de

Valerio y los suyos... Todo encajaba, ahora solo faltaba ir paso a paso y esperar que los acontecimientos le fueran favorables.

Le vino a la cabeza en ese preciso instante la visita que le hicieron Valerio y Aurelio la noche anterior. El legionario parecía haberse vuelto asiduo a visitar su tienda y, aunque no le incomodaba su presencia, debía ser prudente y estar atento para que este no sospechase nada. En cualquier caso, si acudía a él quería decir que le tenía plena confianza y él sabía sacar provecho de esa circunstancia, tal y como había demostrado hábilmente. El día que dejase de acudir a explicarle las cosas, ese sería el momento en el que tendría que empezar a preocuparse. Fue justo después de cenar, estaba acabando los postres acompañado por Flavio cuando escuchó una conversación en el exterior. Se trataba de los centinelas que le habían colocado unos días antes para protegerle del eventual ataque del asesino. Estaban conversando con alguien en un tono de voz un poco alto, por ello les llamó la atención. Al poco rato, suficiente para que Flavio corrigiese su postura, se limpiase las manos y usase algún cubierto para hacer ver que comía con ellos, se escuchó la voz del soldado que pedía permiso para entrar.

Al momento, accedió al interior del recinto acompañado por su inseparable amigo Aurelio, el hispano. El anfitrión les invitó a sentarse junto a él y su sobrino en la mesa y a tomar algún tentempié, aunque los legionarios, como de costumbre, alegaron estar saciados y no probaron nada. Le dijeron que estaban allí para informarle de cómo estaba la situación tras recibir la noticia de la muerte del prefecto. Era una mala noticia, pues se trataba de uno de los pocos hombres que habían demostrado voluntad a la hora de ayudarles, y con su repentina desaparición volvían a estar solos frente a la amenaza. Le dijeron que estaban convencidos de que la muerte de Antonio no había sido natural, y como en las demás ocasiones existían demasiadas coincidencias que apuntaban a que se trataba más bien de un asesinato.

Le pidieron de nuevo que extremase las precauciones, y que si era necesario usase a los guardias que habían dispuesto en el exterior de su tienda en sus desplazamientos por el campamento. Los soldados estaban convencidos de que Flavio estaba recibiendo alguna ayuda interna, cosa que le facilitaba mucho el poder moverse por el campamento a sus anchas, aunque por lo que le explicaron todavía no tenían pista alguna de quien era el que se la estaba

brindando. El funcionario les preguntó a los legionarios si ellos sabían si el prefecto le había comentado a alguien de su círculo cercano algo sobre el tema, más que nada para descartar la posibilidad de que hubiese hablado más de la cuenta y sobre todo con quien no debía. Le dijeron que lo desconocían, y que Salonio les había comentado que Antonio era de total confianza, un hombre inteligente y fiel a Augusto, y que por ese motivo dudaba mucho que hubiese sido tan torpe de contar nada a nadie. Aunque no se debía descartar esa posibilidad.

Antes de abandonar la tienda le pidieron que si el nuevo prefecto le retiraba la escolta debía contárselo a ellos cuanto antes, pues en ese caso se encargarían de ofrecerle personalmente la protección necesaria. El hombre asintió con una leve sonrisa y juró por los dioses que lo haría sin perder ni un solo instante. Tras zanjar ese tema, fue Valerio quien le sacó un tema del que ya habían hablado anteriormente; le pidió que como ya no disponían de contacto alguno para poder llegar hasta el cónsul, si seguía en pie la oferta que le hizo en su momento. Sexto dijo que no debía preocuparse por ello, le tranquilizó confirmándole que cuando alcanzasen su destino, se encargaría de mover los hilos necesarios para poder llegar hasta Augusto. El legionario le dio las gracias por implicarse de aquella manera y arriesgarse, a la vez que añadía que quizás cuando llegasen el comandante ya estuviese al corriente de todo al haber recibido la carta y no fuese entonces necesario acudir a nadie. Sin querer molestarles más y excusándose alegando que al día siguiente debían madrugar un poco más que habitualmente, pues se celebraría el funeral por Antonio, se despidieron y abandonaron el recinto.

Visto desde la distancia parecía que las cosas volvían a la normalidad. El trabajo, pese a los contratiempos surgidos, estaba saliendo, y eso le complacía plenamente. Cuando el orden se restableciese, obtendría su recompensa y volvería a ponerse al servicio del mejor postor. Llevaba demasiados años ejerciendo esa labor como para dedicarse a otra cosa, y sinceramente llegar hasta la posición que ostentaba no había sido una tarea sencilla. Labrarse una reputación en su mundo era un trabajo arduo y que implicaba mucha dedicación. Cuando alguien quería hacerse con sus servicios el precio a pagar era elevado, sobre todo porque ofrecía seriedad y garantías suficientes de llevar a buen puerto el encargo. Su contratación no estaba al alcance de

cualquiera, solo aceptaba trabajos de personas que perteneciesen a las clases más pudientes, e incluso así, de vez en cuando se permitía el lujo de rechazar algunos de los que le proponían. Los clientes siempre quedaban satisfechos, y eso hacía que su fama le abriese muchas más puertas.

Había trabajado para hombres importantes, aunque la mayor parte de los trabajos delicados los había llevado a cabo en nombre de la República. Se había encargado de urdir tramas para hacer caer a reyes y gobernantes de otras naciones, pero nunca se había visto implicado en un asunto como el que tenía ahora entre manos. Por el bien de Roma debía salir victorioso de la misión, pues su existencia y razón de ser estaban ligadas al éxito. Sabía que no todos los miembros del Senado estaban implicados en la conjura, pues la política de Augusto favorecía a gran parte de ellos. Estos últimos procedían casi todos de familias que se habían enriquecido durante las últimas décadas, y casi ninguno procedía de las grandes *gens*^[74] romanas, por lo que no comprenderían jamás por qué los planes de futuro de Augusto no eran adecuados para la salud de la República.

En cualquier caso, se había comprometido con esos senadores descontentos y su palabra era muy importante ya que su fama y reputación iban estrechamente ligadas a ella. Ni que decir tenía que aparte de eso, él también compartía los mismos ideales políticos que esos hombres, por lo que Augusto debía desaparecer a toda costa, no era bueno ni para él ni tampoco para los hombres que estaban por encima. La República romana no podía convertirse en una monarquía, los tiempos de los reyes ya habían pasado, y según contaba la tradición no habían sido muy buenos. Él, que había viajado por muchas provincias y había interactuado con miembros de regímenes de ese cariz, sabía que no eran sistemas de gobierno buenos para los intereses de la aristocracia, solo para el monarca y los pocos afortunados que le rodeaban. Los días del tirano estaban a punto de llegar a su fin, y a la larga el pueblo de Roma agradecería a los libertadores haber acabado con ese rey encubierto.

CAPÍTULO XXIX

Leyó la carta con detenimiento mientras los soldados de su guardia se encargaban de desmontar su tienda. Él ya estaba a lomos de su corcel cuando el mensajero se había presentado y le había hecho entrega de la misiva. Estaba sellada, por lo que se entretuvo unos instantes rompiéndola mientras mandaba retirarse al hombre que se la había llevado. Era uno de los esclavos que servían a Sexto en el almacén, lo había reconocido al verlo acercarse, por lo que supo desde el primer momento que el tema debía ser importante. De no haber sido así se podría haber esperado a que finalizase la marcha y habérsela entregado él mismo en persona, como ya había hecho en alguna otra ocasión. La leyó con detenimiento y cuando hubo concluido, su semblante cambió. La marcha de la legión se iniciaría en breve, y si todo iba según lo previsto a primera hora de la tarde alcanzarían la ciudad de Calagurris. Suetonio salió de su tienda acompañado por el nuevo prefecto. Ambos iban vestidos con sus corazas y portaban los cascos bajo el brazo. Al verlos aparecer, los sirvientes les acercaron sus monturas y colocaron al lado de estos un par de taburetes de madera para que los hombres los usasen a la hora de subir. Cuando estuvieron listos, el legado le hizo un gesto con la mano para que se acercase hasta su posición. Cuando estuvo frente al general, el tribuno laticlavio se llevó la mano al pecho y luego la extendió en señal de saludo mientras decía:

—¡Salve, *legatus*!

—Salve, Tiberio —dijo el general—. ¿Está todo listo para iniciar la marcha?

—¡Sí, señor! —afirmó el nuevo *tribunus laticlavius* con un tono de voz poderoso—. La caballería y los *auxilia* ya han recibido la orden de ponerse en marcha. El resto de la legión aguardará hasta que estén preparados los carros del bagaje, y entonces emprenderán la marcha también.

—Bien, Tiberio, bien. Entonces dirijámonos a la puerta, hoy quiero encabezar la marcha. Quiero estar al frente de la columna cuando lleguemos a Calagurris *Nasica Iulia*^[75] —dijo el legado a su segundo.

—Por supuesto, general —ratificó el susodicho espoleando a su caballo y siguiendo al de Suetonio.

El orden de marcha iba a ser el mismo que habían mantenido durante todo el viaje, mucho más distendido que si fuesen por territorio enemigo, aunque manteniendo a su vez la misma distribución. Como la columna era larga, en primer lugar, había salido la caballería, cuya función era explorar el terreno por el que debía discurrir el viaje. Tras ellos salieron las tropas auxiliares de infantería, y justo detrás de estas avanzaría el resto de la legión, dividida en dos grupos, entre los cuales se intercalaría la caravana de bagajes. En caso de que hubiesen tenido que desplazarse por territorio hostil, se habría modificado ligeramente el dibujo de la columna, usando dos líneas de legionarios que serían las encargadas de ofrecer protección a los pertrechos, elemento fundamental para el ejército.

Mientras esperaban que todo estuviese a punto, Tiberio volvió a pensar en la carta que acababa de recibir de Sexto. En ella le decía que tenía que verle cuando la legión estuviese acampada, era importante pues tenía que ver con una información que había obtenido de boca de Valerio. Le sugería que se viesen fuera del campamento, pues ahora que él ostentaba el cargo de laticlavio era mucho más difícil que estuviese solo y pudiesen tratar el tema sin llamar la atención. En la misiva hacía referencia a que también iba a convocar a los demás, aunque un poco más tarde que a él pues creía oportuno hablarlo en primera instancia ellos dos, así dispondrían de tiempo suficiente para presentar una solución al contratiempo cuando el resto de citados llegasen. Concluyó el documento haciendo referencia a que podrían encontrarse en la *urbs*, en un lugar donde nadie les conociese. Por ello le decía que cuando las tropas acampasen volvería a ponerse en contacto para indicarle el punto concreto para la reunión. Le recomendaba que no trajese a ningún miembro de su escolta, ya que eso llamaría demasiado la atención y esos hombres tampoco estaban al corriente de lo que se traían entre manos, por lo que suponía a su vez un riesgo extra.

¿Se suponía que debía obedecer las indicaciones del funcionario? ¿Es que no se daba cuenta de que en su nuevo cargo no disponía de tanto tiempo como antes? ¿Qué podía ser tan urgente como para tener que organizar un encuentro lejos del campamento? Lo cierto era que hasta aquel momento la información

que había obtenido Sexto de su amigo Valerio les había ido muy bien para poder anticiparse a los movimientos de los soldados. Sexto era todo un experto en el arte del engaño y el subterfugio, y el pobre Tito Valerio Nerva y sus camaradas no dejaban de ser otras víctimas en su larga lista. A diferencia de él, que advertido de antemano por su padre ya sabía qué clase de hombre tenía delante. Le había estudiado previamente e incluso le había puesto a prueba en varias ocasiones, teniendo en cuenta siempre unos límites que no debía sobrepasar. Sabía que podía ser un hombre muy peligroso y no había que provocar a una bestia acorralada, pues su reacción podía ser letal.

Hasta el momento le había salido todo bien, y tal como le habían prometido a su padre el resto de senadores que formaban parte de la conjura cuando entró a formar parte de ella, si la empresa tenía éxito le sería otorgado el mando de una legión con el cargo de legado. Una suculenta recompensa por la que valía la pena arriesgarse. Si a su temprana edad se elevaba hasta tan importante posición, quizás a los treinta pudiese ostentar el cargo de senador, lo que le daría muchas opciones de optar al consulado, su primer objetivo político de la larga carrera con la que soñaba. A diferencia de él, su padre había obtenido su puesto en la cámara pasados los cuarenta y cinco años, quizás un poco tarde para su opinión. Pero eso era igual, sería el miembro más joven de su familia en vestir la toga senatorial, y sería recordado siempre por esa gesta. No se iba a contentar con menos.

Decidió que se las apañaría para poder asistir a ese encuentro con Sexto. Era lógico buscar un sitio más discreto en el que poder encontrarse, ya que no podían arriesgarse a montar la reunión en su propia tienda, su nuevo cargo era demasiado vistoso y ostentándolo desde hacía tan poco debía abstenerse de que le vieran rodeado de según qué tipo de personas. En eso le daba la razón al funcionario, al que debía felicitar porque siempre tenía presente hasta el más mínimo detalle a la hora de organizarlo todo. Por supuesto se guardaría ese pensamiento para sí mismo, ni mucho menos se lo diría, al fin y al cabo, ahora ocupaba el segundo puesto de mando en la legión, sin tener en cuenta claro está al prefecto del campamento. El cargo era temporal, aunque sabía de sobra que el nuevo *Praefectus Castrorum* no le llegaba ni a la suela de las *caligae* al anterior, y que había llegado a ocupar el puesto de primer tribuno gracias a su *nomen*^[76] y no a su audacia y competencia en el mundo militar.

Eso le colocaba a él en un puesto de poder privilegiado, otorgándole mucha más influencia sobre el general que nadie, y sin duda estaba dispuesto a sacar provecho de ese regalo de los dioses.

Decidió que cuando arribasen al destino aquella misma tarde, mandaría llamar a Gémino y a Fabio para que le acompañasen a la ciudad, al encuentro de Sexto. Seguramente estarían disponibles, ya que no era hasta la noche cuando deberían deshacerse de la rata de Flavio. En ese instante se acercó hasta él uno de los tribunos agusticlavios, que hasta hacía poco había sido compañero suyo, y le dijo:

—Señor, la legión está lista para iniciar la marcha.

—Muy bien —dijo Tiberio mirando por encima del hombro a su subordinado—. ¡En marcha! —gritó mientras espoleaba su montura abriendo el paso de la columna situándose a la derecha de Suetonio.

La marcha fue muy tranquila, y un par de horas después de la parada que hicieron a mediodía llegaron a su destino. El campamento se comenzó a montar como era costumbre a la llegada de las primeras tropas de infantería. A lo lejos se podía ver como la VI legión Victrix estaba iniciando a su vez las mismas tareas. Los oficiales debían esperar todavía un rato a que sus tiendas estuvieran montadas, pues, aunque eran las primeras en levantarse, la caravana de bagajes aún no había accedido por completo al que sería el recinto del fuerte. El legado, el prefecto y él, hacía ya un rato que habían descabalgado y estaban a la sombra de unos árboles cercanos, supervisando las tareas de construcción desde la distancia mientras tomaban una copa de buen vino ligeramente aguado. Mientras los otros dos hombres estaban conversando, Tiberio mandó llamar a uno de los miembros de su escolta. Le dijo que buscara a los centuriones Gémino y Fabio y que les ordenara que se presentasen en su tienda una vez esta estuviese montada. El soldado obedeció inmediatamente y marchó hacia el recinto del campamento. Al cabo de un rato, el hombre regresó de nuevo a la arboleda y solicitó permiso para hablar con el tribuno. Este al verle le hizo un gesto con el dedo dándole permiso para acercarse. El legionario le dijo:

—¡Salve, tribuno! Los centuriones se excusan e informan de que no podrán reunirse con usted en su tienda, pues sus centurias son dos de las encargadas de construir el perímetro del fuerte y ellos tienen que supervisar que los

trabajos se efectúen correctamente.

—Bien, gracias, soldado. Puedes retirarte —dijo Tiberio un poco molesto por la respuesta recibida.

Sabía que por muy tribuno que fuese no podía eximir a los centuriones de sus tareas. No dejaban de ser oficiales, y ello conllevaba ciertas responsabilidades que debían cumplir por mucho que les necesitase en ese momento. Era igual, acudiría solo a la reunión con Sexto, total, aún era pronto y por las fechas del año que eran se haría oscuro bastante tarde. La ciudad estaba relativamente próxima al campamento, quizás a dos *stadia* o tres de distancia. Sexto tenía razón en la misiva que le había escrito esa mañana, era preferible ser discreto y no acudir a la reunión con ninguna escolta oficial, cuanto menos gente estuviese al corriente mucho mejor. Cuando finalizase el encuentro ya regresaría con los demás hasta el recinto. Ahora solo faltaba esperar la carta del funcionario indicándole el punto para que este se llevara a cabo.

En el momento en que las tiendas que conformaban el *praetorium* estuvieron montadas, tanto el legado como el prefecto y él fueron avisados. Suetonio dispuso que los caballos fueran llevados por los esclavos directamente a los establos, e indicó a sus dos oficiales que le acompañasen caminando, les dijo que le apetecía dar un paseo hasta la tienda, tras pasar tantas horas a lomos de su caballo prefería estirar un poco las piernas. Durante el trayecto se detuvo en varias ocasiones a charlar con algunos de los centuriones que se encontraba por el camino, también con algún que otro legionario. Para ser general y senador de Roma, tenía un trato muy cercano con los hombres, eso hacía que estos le respetasen y le admirasen. En un estamento como el militar, el respeto de la tropa era un elemento fundamental, básico, aunque no todo el mundo sabía explotar esas habilidades. El carisma era una de las características menos comunes en los oficiales de alto rango en la legión, la misma historia así lo contaba. Muy pocos senadores romanos que hubiesen ostentado cargos importantes en el ejército romano habían destacado por ser hombres capaces, grandes estrategas o líderes carismáticos. Los grandes nombres pertenecían al pasado, como por ejemplo Publio Cornelio Escipión el «africano», o el gran Cayo Mario, y los más recientes grandes hombres y generales, Cneo Pompeyo Magno o Cayo Julio César.

Esos hombres fueron senadores, pero supieron ganarse el respeto de sus tropas durante sus carreras militares, y es que cualquier persona inteligente sabía de sobra que el apoyo del ejército era fundamental para desarrollar un cargo relevante. Suetonio, a diferencia de esos grandes hombres del pasado, no poseía tanta ambición, por lo que ese trato con la tropa lo hacía sin esperar nada a cambio por parte de estos, quizás nada no era la palabra exacta, era más acertado decir que únicamente pretendía que estos le correspondiesen con su lealtad. No todos estaban capacitados para ser como el legado, se debía poseer el don de gentes y otra habilidad mucho más importante: la empatía. El general llevaba ya muchos años sirviendo en el ejército y parecía que se encontraba cómodo en esa posición, con la vida castrense. Quizás no tuviese más ambición, Tiberio pensó que su intención no era optar a un puesto importante en el Senado, por lo menos a corto plazo, sino que se conformaba con ejercer el cargo que ostentaba en ese preciso instante.

En cambio, él era diferente. Estaba hecho de otra pasta, aunque en sus orígenes pertenecía al orden ecuestre, siempre se había sentido parte de la nobleza romana, y pese a no serlo por derecho de nacimiento, su padre se había encargado de colocar el nombre de su *gens* entre las más poderosas de la élite dirigente. Sus aspiraciones debían ser más altas que las de ese hombre que tenía como superior jerárquico. La legión no era más que un mal necesario para llegar más alto en la vida política. Para poder llegar a ocupar un puesto más importante debía realizar su *cursus honorum*^[77], empezando desde la base, sirviendo en el ejército. Ese paso era inevitable, y lo mejor que podía hacer era tomárselo con resignación e intentar sacar el mayor provecho a la situación. Si las cosas salían como tenía previsto, su carrera en el ejército no duraría más que el tiempo imprescindible.

En todo caso su objetivo no era el mismo que el de Suetonio, por lo que no estaba interesado en mantener una relación cordial con sus tropas, al fin y al cabo, los hombres que formaban las legiones provenían de las capas más bajas de la sociedad, y a él no le interesaba establecer ningún vínculo con la plebe. No conseguiría nunca alcanzar el nivel de lealtad que poseía el legado, lo sabía, aunque tampoco le preocupaba en exceso, su futuro estaba en Roma, en el Senado, y lo que estaba claro era que para poder sacar algún beneficio de lo que estaba por venir, Augusto debía morir. Si eso no ocurría, ese hombre se

haría con todo el poder del estado, relegando a la cámara, a la más antigua de las instituciones, a un segundo plano. Eso no podía ocurrir, Roma no podía caer en manos de un solo hombre, el pastel era muy grande y debía repartirse entre todos. Su tío abuelo ya lo había intentado y había pagado un precio muy caro por un sueño tan breve y efímero, si el cónsul seguía por el mismo camino, el futuro que se le presumía iba a ser muy parecido al de su predecesor.

Estaba ya un poco cansado de tener que ir parando tantas veces. El corto trayecto hasta su tienda se estaba eternizando, parecía que no se terminaba nunca. Tuvo que aguantar las largas conversaciones que Suetonio mantenía con algunos legionarios. En ellas les preguntaba sobre asuntos relacionados con sus tareas, aunque a alguno le llegó a preguntar por cuestiones personales, por lo que dedujo que les conocía de manera más íntima. En una de esas paradas se dirigió a un grupo de cuatro legionarios que estaban montando su tienda. Al verlo acercarse, los hombres dejaron lo que estaban haciendo y se cuadraron inmediatamente. Este les indicó que podían continuar haciendo sus tareas, a la vez que les ayudaba a montar la tienda. Cuando acabaron, los soldados le ofrecieron agua para beber de sus cantimploras y el general aceptó de buen grado, echándole un largo trago a una de ellas. Cuando acabó se despidió de los hombres llamándoles por sus nombres.

Cuando al fin consiguieron llegar a la zona de tiendas, antes de ir cada uno a la suya, el general dijo:

—Mañana a primera hora celebraremos una reunión en mi tienda. Tiberio, encárgate de avisar a los demás tribunos. Hace unos días recibí una misiva del cónsul informando que uno de sus legados, Publio Carisio, se reuniría con nosotros cuando llegásemos a Calagurris, para ponernos al corriente de cuál iba a ser nuestro papel en la campaña.

—Sí, señor —respondió este.

—Al encuentro asistirán también los oficiales de las otras dos legiones, por lo que es importante que no falte nadie —indicó de nuevo Suetonio.

—Así se hará —dijo el oficial—. Si me disculpa, iré inmediatamente a avisarles, señor.

—Muy bien —dijo el hombre mientras se giraba hacia el prefecto y le decía—. Encárgate de avisar al *Primus Pilus*, también quiero que esté

presente mañana en la reunión.

—Sí, señor —afirmó el antiguo tribuno laticlavio mientras hacía lo propio encaminándose hacia la tienda del primer centurión.

Tiberio cumplió la orden del legado antes de regresar a su tienda. Se personó en las de sus antiguos colegas de cargo y les transmitió el mensaje. Justo en la puerta de acceso a su carpa, halló a un hombre. Era el mismo esclavo que le había hecho entrega de la carta de Sexto a primera hora de la mañana, por lo que supuso que estaba de nuevo allí para hacerle llegar otro documento donde le informaría del punto escogido para llevar a cabo la reunión. Recogió la carta sin hacer entrar al mensajero, y después accedió al recinto. «Por fin algo de comodidad», pensó. Había sido un día largo, sus posaderas se resentían tras haber pasado mucho rato a lomos de su corcel. Tomó asiento en una silla, poniendo previamente un cojín en esta para que sus nalgas pudieran aliviarse. Se sirvió una copa de vino y se dispuso a abrir la carta y leerla:

Salve, Tiberio,

Tal y como te había comentado en la misiva que te hice llegar esta misma mañana, sería oportuno que nos reuniéramos fuera del campamento. Creo que la ciudad es un buen punto, está bastante cerca, allí pasaremos desapercibidos entre la multitud y quedaremos alejados de las miradas inoportunas. Valerio me explicó algo que puede entorpecer nuestros planes, por lo que creo que deberíamos hablarlo con calma y tomar de esa manera una decisión. Prefiero hablarlo contigo antes que con los demás, porque sé que tienes un talento natural para resolver este tipo de cosas, ¿cómo si no ibas a estar ocupando un cargo tan importante en la legión a tan temprana edad?

Si te parece bien podemos encontrarnos en el foro de la ciudad. Cuando hemos llegado me he adelantado para buscar un buen lugar en el que reunimos. He encontrado una taberna discreta, ubicada justo al lado de la Curia, se la conoce como la taberna de la hidra^[78], la reconocerás fácilmente pues justo en la entrada, sobre la puerta de acceso, hay un fresco que representa una escena en la que aparece el mismo Hércules dando muerte a la bestia. Si te parece podemos quedar antes de la décima

hora en el interior del establecimiento. A los demás les he convocado hacia la duodécima, así dispondremos de tiempo suficiente para buscar una solución. No he avisado a los centuriones, aunque creo que no será necesario molestarlos, pues estarán ocupados ya que esta misma noche es cuando deben encargarse de resolver el asunto de Flavio. Si te parece ya les pondrás tú al corriente a su debido momento.

Cayo Sexto Apuleyo

Dejó el papel sobre la mesa y llamó de un fuerte grito a uno de los guardias que estaban vigilando en el exterior de la tienda. Le hizo entrar y le ordenó que le preparasen su corcel, que saldría del campamento. El legionario asintió y se retiró haciéndose cargo de la petición de su superior. Se puso una túnica limpia, no la militar, sino una de civil de color calabaza. Decidió coger también una capa y echársela por encima, ya que, aunque durante el día hacía calor, al esconderse el sol la temperatura descendía considerablemente. Quería pasar totalmente desapercibido en su visita a la ciudad, pero debía abrigarse bien. Por eso no se cambió las *calcei*^[79], pese a que le delatasen a ojos de buen entendedor. Decidió que se llevaría su puñal. El *gladius* era demasiado llamativo, en cambio el cuchillo podía ocultarlo de forma más discreta bajo su manto. Una vez acabó de vestirse, y mientras esperaba a que le trajeran su caballo repasó de nuevo el contenido de la carta mientras daba debida cuenta de lo que quedaba de vino en la copa. Una vez finalizó su lectura se acercó hasta uno de los candelabros y prendió fuego al documento, eliminando de esa manera cualquier rastro de este.

Al cabo de un largo rato se abrió la cortina de la tienda, y apareció el legionario de guardia al que le había dado la orden. Este al verlo vestido de aquella manera no pudo evitar preguntarle:

—¿Necesita que le acompañemos, señor?

—No será necesario, soldado. Estaré de vuelta antes de la primera vigilia —indicó Tiberio mientras salía de la tienda y se encaminaba hacia su caballo —. Encárgate de dar aviso al puesto de guardia de la puerta para que estén al corriente.

—A sus órdenes —dijo el legionario mientras el oficial espoleaba a su montura, que salió a toda velocidad en dirección a la puerta septentrional del

campamento.

CAPÍTULO XXX

—**R**ecuerda que debes estar de regreso antes de la primera vigilia. Debes encargarte de ese legionario herido. Gémino te pasará a buscar por la tienda para acompañarte y franquearte la huida en caso de que esta fuese necesaria.

—No te preocupes, estaré de regreso antes de esa hora —dijo Flavio ciñéndose el *pugio* y el *gladius* firmemente al cinturón.

—Cuando acabes, encárgate de borrar todas las huellas, no nos conviene que hallen el cuerpo de un tribuno cerca del campamento, seguramente iniciarían una investigación más intensiva que la que llevaron a cabo cuando secuestraste a Marco —sugirió el funcionario.

—Descuida, sé cómo hacer mi trabajo —dijo un poco molesto el asesino—. Por cierto, ¿estás seguro de que hará caso a la misiva y acudirá al encuentro?

—Estoy convencido, aunque no he recibido respuesta alguna tal y como le pedí que hiciese. De todas formas, de no ser así me habría hecho llegar algún tipo de mensaje cancelando la reunión —volvió a decir Sexto—. Seguí tu consejo y me encargué de ensalzar sus virtudes para que se sintiese más importante.

—No queda mucho para que empiece a esconderse el sol. ¿A qué hora le has citado? —preguntó de nuevo.

—Hacia la décima hora... —respondió el hombre.

—Bien, pues no me entretengo, quiero llegar con la antelación suficiente como para buscar un buen punto donde emboscarlo. Será más complicado hacerlo, ya que se mueve a caballo —afirmó el asesino.

—Si al final fuese acompañado por algún guardia, aborta la misión. Tienes que verlo claro, no puedes cometer ningún error, si te reconoce todo el plan fracasará —dijo el funcionario.

—Si aborto y se presenta en la ciudad no te encontrará. Se percatará de que todo ha sido un engaño. No encontrará esa posada que me has dicho que te habías inventado, tampoco a ti ni al resto de tus socios. ¿No crees que ya es un

poco tarde para tener en cuenta esa posibilidad? —dijo Flavio con un tono de voz serio.

—Es cierto... —dijo el funcionario, que no había tenido en cuenta ese pequeño detalle.

—Tranquilo, confía en mí. Si va acompañado me desharé de ellos también, y como me siento generoso no te cobraré más —dijo esbozando una sonrisa burlona.

—Gratitud, amigo —dijo Sexto haciendo una reverencia—. Aunque creo que habrá seguido a rajatabla las indicaciones que le detallé en la misiva.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —inquirió el hombre.

—Lo sé, como ya te he dicho hace un momento, solo hace falta usar las palabras adecuadas en el momento adecuado —sonrió el funcionario—. El ego será la perdición de ese hombre.

—Muy bien —concluyó el hombre colocando su capa dentro de la alforja y abandonando la tienda por la parte posterior para no llamar la atención de los centinelas que todavía se hallaban velando por la seguridad de Sexto.

Había decidido salir del campamento por un punto que no estuviese demasiado vigilado. Saltaría la parte del *vallum*^[80] y descendería por el pequeño foso que los legionarios habían cavado recientemente. Aprovechando el ocaso se dirigiría a toda velocidad hasta la zona boscosa colindante, donde quedaría bien resguardado. Buscó durante un corto espacio de tiempo el punto que más se adaptaba a las circunstancias. Echó una ojeada alrededor por si había alguna patrulla haciendo la ronda, y cuando se aseguró de que todo estaba correcto y en calma inició la maniobra. Trepar por la empalizada fue fácil, lo que más le costó fue descender, aunque al final lo hizo tan rápido como pudo. Tras efectuar esa acción corrió a toda velocidad hacia la maleza. Allí se tomó un respiro mientras sacaba de la alforja su ropa oscura y se la empezaba a colocar sobre la túnica. Se puso también la capucha y se tapó el rostro con el pañuelo oscuro, dejando únicamente a la vista sus ojos. Tras ello, guardó la túnica dentro de la alforja de nuevo y la ocultó en el interior de un tronco a la vez que marcaba el punto amontonando unas cuantas piedras.

Entonces empezó a andar hasta que encontró el sendero que conducía a la ciudad. Se desplazó bordeándolo en busca de un punto óptimo para realizar el asalto. En aquella ocasión sería más difícil, el objetivo se desplazaba a

caballo y eso comprometía un poco más la acción. Lo más lógico, y que ya había utilizado en alguna otra ocasión dándole buen resultado, era buscar un punto elevado y dejarse caer sobre el objetivo una vez este pasase por debajo. Era arriesgado, aunque era la forma más sencilla y rápida de desmontar a un jinete. Si bloqueaba el camino colocando algún obstáculo se arriesgaba a que este lo saltase o lo bordease, por ello la mejor opción era aquella. La distancia desde la que dejarse caer no debía ser demasiado alta, pues la intención no era hacerse daño él también en la caída, sino derribar al objetivo e impedir que este contase con la posibilidad de reemprender la huida. Por lo tanto, el movimiento debía ser rápido y contundente, una vez lo tuviese en el suelo, lo importante era que no alcanzase de nuevo su montura.

Analizando el camino encontró un punto ideal, una zona que se adentraba en la espesura del bosque y que le proporcionaba diferentes puntos elevados desde los cuales llevar a cabo su asalto. La mayoría de estos eran árboles, y al estar casi en verano el frondoso y espeso follaje le permitía mantenerse oculto a la vista del jinete, si es que este decidía mirar hacia arriba. Buscó un árbol cuyas ramas fuesen grandes y resistentes, que soportasen el peso de un hombre y sobre todo, que cruzasen en la medida de lo posible la totalidad de la anchura del camino, para asegurarse de que quedaba bien colocado al paso del animal. Una vez halló el punto ideal, lo estudió desde el suelo y posteriormente con una sorprendente agilidad trepó hasta alcanzar la rama seleccionada. Era suficientemente gruesa como para soportar su peso y larga, pues cruzaba el camino por completo de un extremo al otro. A su vez, el follaje del árbol era espeso y frondoso, lo que le daba cobertura y le permitía observar desde lejos el sendero. Sacó entonces el puñal de la funda y lo esgrimió con su mano fuerte. Caería sobre su objetivo y le derribaría, para seguidamente rebanarle el cuello. Ese era el plan, si los dioses estaban de su parte la misma caída haría que Tiberio no dispusiese de tiempo para reaccionar, por lo que sería muy sencillo acabar con él antes de que le diese tiempo de soltar un solo grito.

Estaba empezando a oscurecer, aunque todavía había luz, por lo que dedujo que el jinete no tardaría demasiado en aparecer. Esperó pacientemente durante un rato mientras repasaba de nuevo el plan. De repente escuchó un ruido de cascos que procedían de la distancia. Era él, ¿de quién si no se podía

tratar? Separó un poco las ramas para obtener una visibilidad más clara y vio aparecer a lo lejos un caballo que iba al galope. Iba deprisa, por lo que debía ser preciso al dejarse caer, a esa velocidad aumentaban las posibilidades de errar la caída desde esa altura. Quizás debería haber buscado un punto más bajo, aunque ahora ya no importaba, no tenía tiempo para cambiar de posición. Se lo tenía que jugar todo a una carta. Apretó los dientes y esgrimió el *pugio* con fuerza mientras dedicaba una rápida oración a Fortuna en la que le pedía que estuviese de su lado. Justo diez *passi* antes de que el caballo pasase bajo su rama, el asesino se dejó caer como un peso muerto.

Impactó de pleno sobre el cuerpo del jinete, cayendo ambos al suelo justo a la derecha del animal, que del mismo golpe tropezó perdiendo el equilibrio. En el momento en que chocó con su víctima, intentó agarrarlo por el cuello para que no se le escapase. Esa maniobra falló, se le resbaló de la mano que tenía libre, cayendo ambos al suelo, aunque a cierta distancia el uno del otro, más de la que esperaba inicialmente. Se incorporó inmediatamente y se encaró hacia su objetivo, que se estaba levantando también en ese preciso instante. Decidió que no podía perder más tiempo, por lo que cuchillo en mano se lanzó a la carga buscando asestarle un tajo con el arma. El objetivo, medio aturdido y sorprendido aún, apenas tuvo tiempo para reaccionar al ver una figura que cargaba contra él. Esquivó parcialmente el ataque, aunque profirió un grito de dolor, que significaba que había sido alcanzado por la hoja del puñal.

Flavio se dio la vuelta para embestir de nuevo a su enemigo, con el tiempo suficiente como para ver que el hombre se llevaba una mano a la cara y otra a la cintura, bajo la capa. Cargó de nuevo con el arma en alto, pero no se percató de que su rival se agachó justo en el momento en que él le propinaba la estocada. La cabeza de ese hombre, acompañada por la fuerza de su cuerpo, le impactó en el bajo vientre, derribándolo como un peso muerto y dejándolo sin respiración durante unos instantes. Se levantó tan rápido como pudo y observó que su rival estaba de rodillas, a poca distancia de su posición, jadeando mientras alzaba la vista y sacaba un puñal de su cintura. Era Tiberio, lo reconoció sin ninguna duda. ¿Quién iba a pensar que ese refinado hijo de senador le ofrecería tanta resistencia? Y él que pensaba que los altos cargos de la legión no estaban tan bien entrenados como la tropa. Se quedó mirándole durante un instante, en guardia y con el cuchillo frente a su cara. Entonces,

entre jadeos, el tribuno dijo:

—¿Quién eres? ¿Quién te envía? Soy tribuno de la IV Macedónica.

El asesino soltó una carcajada que se pudo escuchar perfectamente. El oficial, un poco descolocado, aún acertó a decir:

—No sé lo que te han pagado, pero puedo pagarte tres veces más. Solo tienes que marcar una cantidad y será tuya. ¿Qué me dices?

Fue entonces cuando el asesino se percató de que Tiberio estaba asustado. Un hombre de su clase y categoría, allí solo en un bosque, a varios *stadia* de distancia de la seguridad que le proporcionaba el campamento, y frente a un hombre encapuchado que quería acabar con él. Sin duda era algo que le superaba, para lo que no se había preparado jamás. Olió su miedo, estaba desesperado, por primera vez en su vida se daba cuenta de que ser rico no le otorgaba ninguna ventaja o privilegio. El asesino avanzó poco a poco hacia él, con el cuchillo en posición amenazadora. El soldado empezó a retroceder mirando a su alrededor, seguramente en busca de su montura. A medida que se acercaba dejó de percibir el olor del miedo para pasar a verlo dibujado directamente en su rostro. En ese momento el hombre volvió a decirle:

—Todo el mundo tiene un precio, dime cuál es el tuyo... Tengo mucho dinero, mi padre es muy rico, te colmará de monedas y no necesitarás volver a hacer esto nunca más. Puedes creerme...

Lo tenía donde quería, asustado como un niño pequeño. Decidió arriesgar un poco más y le habló mientras aprovechaba para ir reduciendo la distancia:

—No me interesa tu dinero ni el de tu padre. No hago esto por monedas, no me tomes por un vulgar asesino.

—¿Quién te envía? Habla... —pronunció entre balbuceos el hombre, que pareció no reconocer la voz de Flavio.

—Me envía Plutón, ha solicitado tu presencia en su reino. Es hora de que rindas cuentas con él, noble Tiberio —dijo el asesino mientras se descubría el rostro.

—¡Tú! ¡Maldito seas! ¡Sabía que no podía confiar en ti! ¡Sexto debió hacerme caso cuando se lo advertí!... —dijo el hombre retrocediendo aún más.

—Es precisamente él quien ha orquestado tu visita al reino de los muertos. Debiste ser más prudente a la hora de mostrar tus cartas —dijo el hombre sin

tener en cuenta que le estaba dando demasiada información.

Entonces arremetió de nuevo contra el tribuno. El puñal dibujó una trayectoria desde arriba hacia abajo y buscó directamente el cuello de la víctima, aunque este se pudo apartar en el último momento evitando de esa manera una muerte segura. Pese a haber esquivado el ataque, la hoja del *pugio* rasgó la túnica del hombre a la altura del hombro, provocándole otra herida que se sumaba a la que ya tenía en la mejilla. De manera inmediata este arremetió desde el lateral contra el asesino, que sin demasiada dificultad bloqueó el ataque con su arma, a la vez que propinaba un duro puñetazo en el rostro a su rival con la mano que tenía libre. Tiberio cayó de culo tras recibir también una fuerte patada en el estómago. Al caer al suelo se le escapó de su mano el puñal, quedando a varios *passi* de su posición. Intentó cogerlo de nuevo, aunque en ese preciso instante, Flavio le dio una patada arrojándolo más lejos aún de su posición. El asesino sacó entonces su espada con la otra mano, y con un rápido movimiento cambió las armas de mano. Acorraló a su víctima contra el tronco de un árbol. El hombre apoyó su espalda contra el muro de corteza vegetal y se incorporó con dificultades, llevándose una mano a la herida de su brazo. Su verdugo acercó la punta de su espada hasta colocarla a muy poca distancia de su gáznate mientras decía:

—¿Cuáles son tus últimas palabras, tribuno?

En ese mismo instante, Tiberio se dio cuenta de que no tenía escapatoria. Ese era su final, su triste y patético final. Iba a morir de aquella manera tan lamentable a manos de un miserable asesino a sueldo. Él, un noble romano, perteneciente a una de las familias más ricas de Roma... No podía dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo, y finalmente, muerto de miedo, notó cómo se orinaba encima... Después de eso, no sintió nada más... Simplemente un dolor punzante cuando la hoja de la espada penetró en su garganta, luego el sabor de la sangre en su paladar, algo de frío y al final todo se tornó oscuridad...

Flavio había hundido la punta de su *gladius* lentamente en el cuello de aquel engreído, saboreando plácidamente el rictus de dolor y desesperación que se dibujó en el rostro de aquel desgraciado. Como bien le había comentado Sexto, la perdición del ambicioso Tiberio iba a ser su ego. Cuán ciertas eran esas palabras. El flamante nuevo tribuno laticlavio muerto por un asesino, en un bosque mientras acudía a una falsa reunión que nunca se

llevaría a cabo. Engañado de aquella manera, como un estúpido. Tendría toda la eternidad para lamentar haber tomado esa decisión tan imprudente. Uno de los hombres más poderosos de la legión había cometido el error de acudir a una cita sin escolta. Se trataba de un error de principiante, cualquier hombre con un poco más de experiencia no habría hecho algo similar, pero él sí. Eso fue lo que transmitió sin duda su mirada justo en el momento en que se le escapaba el último aliento de vida. Flavio lo vio con claridad y en el fondo se alegró de haber acabado con la vida de ese miserable, merecía ese destino.

Cuando quedó claro que estaba ya en el más allá, el asesino sacó su espada del cuello de su víctima y el cuerpo se desplomó como un peso muerto en el suelo. Ahora solo le quedaba deshacerse de él. Lo tenía todo pensado, se adentraría un poco más en la espesura del bosque y cavaría una profunda fosa en la que depositaría los restos del hombre. Siguiendo las instrucciones claras de Sexto, el cuerpo debía desaparecer, por lo que, pese a que no se mereciera una sepultura, a su parecer, hizo el esfuerzo de escarbar el agujero en la tierra y borrar cualquier rastro de enfrentamiento. Tardó más de lo previsto en cavar una fosa suficientemente profunda como para colocar el cuerpo. Tras ello, estuvo buscando la montura de Tiberio durante un buen rato hasta que la halló pastando en un claro del bosque, ya que a causa del miedo se había adentrado en la espesura buscando un lugar más tranquilo.

Muy a su pesar, el animal estaba marcado con la señal de la legión, por lo que seguramente los responsables de las caballerizas lo podrían reconocer sin ninguna duda si este regresaba. Se trataba de un magnífico ejemplar, joven y fuerte. Se acercó hasta él y le acarició suavemente la crin, le tranquilizó y cuando se hubo ganado su confianza sacó su cuchillo lentamente, sin hacer ningún movimiento brusco que pudiese asustarlo, y le rebanó el cuello con una rápida maniobra. El animal soltó un relincho que iba entre el dolor y la sorpresa, y seguidamente se derrumbó agonizante. Aunque al principio no había contado con ello, se vio obligado a hacer lo mismo con el cuerpo del animal que lo que había hecho con el del jinete. No podía permitirse el lujo de dejar ningún rastro de lo que había pasado allí, por lo que a regañadientes cavó otra fosa, esta vez más grande y profunda, para enterrar el cuerpo del equino.

No sabía cuánto tiempo había tardado en limpiar el escenario del crimen,

aunque estaba fatigado por el esfuerzo. Recogió sus armas y limpió un poco el camino y los rastros de sangre que habían quedado en este. Echó un rápido vistazo alrededor suyo, y cuando comprobó que todo estaba correcto emprendió el camino de regreso al campamento. Accedió de nuevo al interior por el mismo punto por el que salió y se dirigió hasta la tienda de Sexto. Cuando llegó a esta, entró por la parte posterior, sorprendiendo a su valedor que se hallaba sentado en una silla con una copa de vino en su mano derecha. Sin avisar, dijo en voz alta:

—¡Misión cumplida!

—¡Benditos sean los dioses! ¡Como tardabas tanto, creí que algo había salido mal! —dijo el hombre alzando los brazos al cielo en señal de alegría.

—Todo ha ido según lo previsto, aunque me he demorado enterrando el cadáver de nuestro amigo y el de su caballo —dijo el asesino acercándose a un plato profundo que contenía agua limpia.

—Por supuesto, el caballo. No había caído en ese detalle —dijo el funcionario—. Buen trabajo, Flavio, has vuelto a demostrar que eres de plena confianza —añadió Sexto acercándole una copa de vino y sirviéndole generosamente.

—Gratitud por el cumplido, pero ya te dije que podías confiar en mí —respondió el asesino bebiendo el contenido de la copa de un solo trago tras haberse secado las manos y la cara con una fina toalla de lino.

—Si no es mucho pedir... ¿Se puede saber cómo has conseguido acabar con él? —preguntó de nuevo el hombre.

—Ha sido un poco más complicado de lo que me esperaba. Al ir montado la tarea ha requerido más precisión —dijo Flavio—. He tenido que saltar sobre él cuando pasaba y desmontarlo, una vez en el suelo todo ha ido rodado.

—Me alegra saberlo —añadió con cierto alivio.

—Tendrías que haber visto su cara en el momento en que me he quitado el pañuelo que cubría mi rostro y ha descubierto quién era —dijo el asesino.

—¿Por qué has hecho eso? Te has arriesgado demasiado, si hubiese conseguido escapar con vida ahora tendríamos un problema más —exclamó el funcionario con un tono de enojo.

—Tranquilo, lo hice cuando ya lo tenía contra las cuerdas, quería disfrutar viendo su cara de sorpresa al descubrir que iba a ser yo el que le iba a quitar

la vida —dijo esbozando una sonrisa maliciosa.

—¿Y qué dijo, si se puede saber? —preguntó con cierta curiosidad el hombre.

—Primero, antes de saber que era yo, intentó sobornarme. La verdad es que la oferta fue generosa, si hubiese sido otro y no él, quizás me lo habría planteado —dijo burlonamente el hombre.

—¿Crees que cuando hubiese estado a salvo no te habría pagado de otra forma? —sugirió irónicamente su contertulio.

—Puede ser. Aunque le dejé muy claro que el dinero no me interesaba, que lo único que quería era acabar con su vida —dijo Flavio—. Sin duda eso fue lo que le hizo darse cuenta de la realidad, eso y la primera herida que le hice en la mejilla.

Estuvo un rato más explicándole con detalle cómo había acabado con Tiberio y cómo se había deshecho del cuerpo para borrar cualquier huella o rastro de su intervención. Se fijó en que el rostro del funcionario estaba más relajado, se le veía más tranquilo y mucho menos tenso que durante los últimos días. Cuando acabaron la jarra de vino, el asesino le dijo:

—En cuanto a la cantidad pactada...

—No debes preocuparte por tu dinero, ya lo tengo preparado —añadió el hombre antes de que este pudiese concluir la frase.

—Muy bien, no esperaba menos de ti —respondió Flavio.

—¿Lo quieres ahora? ¿O esperamos a que regreses de visitar al amigo de Valerio y entonces te lo pago todo junto? —preguntó el funcionario.

Había olvidado que esa era la noche elegida para deshacerse de Terencio, el legionario que había sobrevivido al incendio de la tienda. Estaba un poco cansado aún por el esfuerzo que había tenido que hacer en el asalto del bosque, aunque pensó que deshacerse de un pobre mutilado que no se podía ni mover de la cama tampoco le iba a suponer ningún sacrificio. Más bien sería lo contrario, entrar, llevar a cabo el trabajo rápidamente y salir de nuevo para poder regresar a descansar. La recompensa bien lo merecía, se embolsaría un buen puñado de monedas más, que sumadas a las que Sexto le iba a pagar por acabar con el tribuno, hacían una cuantiosa y nada despreciable cantidad. Una vez acabase con ese hombre, ya solo le quedarían la mitad de los soldados, eso sí, la tarea que le esperaba iba a ser mucho más complicada, no solo por

el poco tiempo del que disponía para llevarla a cabo sino por otros factores que debía tener en cuenta, como la dureza y experiencia de esos objetivos, y el estado de alerta en el que estaban, pues sabían que él estaba al acecho. En todo caso ya pensaría en cómo deshacerse de ellos en su momento, ahora tenía que centrarse en la tarea más inmediata: acabar con Terencio sin levantar demasiadas sospechas.

—Ya me lo entregarás a la vuelta —respondió finalmente el asesino—. Me fio de tu palabra, Sexto.

El funcionario asintió con un leve movimiento de cabeza mientras sonreía. Entonces el asesino le preguntó:

—¿Dónde y cuándo debo encontrarme con Gémino?

—No te preocupes por ello, ya te comenté que pasaría él por aquí a buscarte —contestó—. No creo que tarde demasiado en llegar.

—De acuerdo —dijo el asesino—. Pues entonces acabaré de prepararme, no me gustaría hacerle esperar.

CAPÍTULO XXXI

—**M**uy bien, repasemos otra vez el plan —dijo Sexto a los dos hombres.

—Le franqueo el paso hasta el *valetudinaria*, asegurándome de que no hay nadie por la zona que pueda verle. Una vez allí, él accede por la parte posterior de la tienda —indicó el centurión un poco a regañadientes.

—Tras lo cual me encargo de buscar el habitáculo donde se encuentra el compañero de Valerio y acabo con él de forma discreta —indicó Flavio a los presentes—. Para hacerlo usaré mi capa o cualquier otro elemento que tenga a mano para asfixiarlo.

—Es mejor que vayas preparado, no improvises —sugirió el funcionario.

—Tranquilo, amigo, no será demasiado complicado, por lo que dijo Valerio el otro día cuando estuvo aquí, su compañero está muy débil, por lo que deshacerme de él no será difícil —dijo el asesino.

—Seguro que sí, pero estoy con Sexto, mejor ir preparado. Cuando un hombre ve la muerte de cerca saca fuerzas de donde no las tiene —sugirió Gémino con el semblante serio.

—Está bien, como queráis, si os vais a quedar más tranquilos, cogeré uno de estos hermosos cojines y me lo llevaré para usarlo —dijo Flavio dirigiéndose al camastro de Sexto y agarrando una de las almohadas.

—¿Uno de estos? ¿Es que eres estúpido? —dijo el oficial romano frunciendo el ceño.

Al escuchar esas palabras, Flavio se dio la vuelta y se lo quedó mirando fijamente mientras llevaba la mano al pomo de su espada, que estaba a escasa distancia de su posición, colgada sobre el respaldo de una silla. Al ver que el centurión hacía el mismo gesto, Sexto decidió intervenir para calmar los ánimos:

—Señores, ya está bien. Vamos a tranquilizarnos todos un poco...

—Yo estoy muy tranquilo, Sexto —dijo el asesino soltando la empuñadura del arma—. Solo es que este soldadito se cree más listo que nadie, ¿quién se ha creído que es para llamarme estúpido?

—No ha sido su intención faltarte al respeto, Flavio —dijo el hombre suavizando el tono de voz—. Se refería a que no es una buena idea usar uno de los cojines de mi tienda para llevar a cabo el asesinato.

—¿Por qué no? ¿Acaso creéis que iba a dejarlo en el lugar de los hechos? —respondió ofendido el asesino.

—No, no es por eso. Simplemente es que son esos pequeños detalles los que tenemos que evitar. La enfermería está llena de almohadas, puedes usar incluso la que hace servir el objetivo para dormir —apuntó Sexto—. Cuando hayas acabado con él solo tienes que volver a colocarla bajo su cabeza.

Por un momento nadie dijo nada, se mantuvo el silencio y Sexto pensó que las palabras que había pronunciado no habían servido para apaciguar la ira de los presentes. Temió por un instante que el asesino hiciese algo inadecuado. Aunque eso no pasó, y la tensión se relajó de nuevo. Entonces volvió a tomar la palabra:

—Cuando te hayas encargado de Terencio, deberás volver a salir de la tienda inmediatamente. Gémino te estará esperando fuera y te acompañará de nuevo hasta aquí.

—De acuerdo —dijo secamente el asesino mientras se ceñía el cuchillo en su cinturón—. ¿No iba a acompañarnos tu inseparable amigo?

—No será necesaria su presencia. Tiene asuntos más importantes de los que ocuparse en estos momentos —dijo el centurión.

—Aclarado este punto, creo que tras lo que ocurra esta noche en el hospital, lo más prudente sería dejar pasar medio día por lo menos hasta volvernos a ver. Mañana por la tarde, después de la comida, nos reuniremos en mi tienda para preparar el siguiente movimiento —dijo el funcionario—. Una vez el trabajo se haya completado yo me encargaré de avisar al resto.

—Entonces que así sea —dijo el centurión.

Los dos hombres se dirigieron hacia la salida, dispuestos a cumplir la tarea que se les había ordenado. El primero fue el asesino, que tal y como había hecho aquella misma tarde iba vestido con la túnica, aunque llevaba sobre su hombro derecho la alforja que contenía su ropa oscura, la que utilizaba para llevar a cabo sus trabajos. Al percatarse de que Flavio se marchaba sin coger su espada, el funcionario le dijo:

—Te dejas el *gladius*.

—No será necesario para este trabajo, con el puñal será más que suficiente —respondió el aludido.

—Como tú prefieras... —dijo Sexto mientras observaba cómo el asesino salía de la tienda.

Unos pasos por detrás de él, se dispuso a salir el oficial romano, que recorrió la cortina y un momento antes de abandonar el recinto se giró para lanzar una fugaz mirada a Sexto. Este, con el semblante serio, le hizo un gesto de afirmación moviendo su cabeza hacia delante. Tras ello, el centurión abandonó el recinto.

Ambos hombres se encaminaron hacia el hospital de campaña manteniendo un sepulcral silencio. En ningún momento cruzaron una sola palabra, ni siquiera se miraron. Cuando estaban acercándose al objetivo, el soldado se adelantó unos pasos para comprobar que todo estaba en calma, mientras que el asesino se quedó escondido a cierta distancia. El centurión no llevaba su armadura puesta, vestía la túnica militar y llevaba su *gladius* colgado en el lado izquierdo, como era habitual en todos los oficiales de su mismo rango, a diferencia de los soldados que colocaban su arma principal en el lado derecho. A lo lejos se podía ver claramente la tienda, una de las más grandes en tamaño. Esta no disponía de guardias en el acceso, aunque para no correr ningún riesgo la mejor opción seguía siendo acceder desde la parte trasera para que nadie le viese entrar, así no se le podría relacionar con nada de lo que sucediese en el interior. Aparte, en los últimos días ya había entrado en varias tiendas del campamento por la parte de atrás, estaba más que acostumbrado a hacerlo de esa manera.

Mientras esperaba la confirmación del oficial romano, Flavio sacó sus ropajes oscuros de la alforja y se los empezó a colocar sobre su túnica. Aprovechó para meditar sobre algunos temas de los que se ocuparía más adelante. Entre ellos estaba ese hombre, Gémino. No iba a permitir que la ofensa llevada a cabo en la tienda de Sexto quedase en nada. No era la primera vez que le faltaba al respeto, y no iba a consentir que las cosas quedasen así. Además, aún recordaba la amenaza que le profirió la noche que prendió fuego al *contubernium* de Valerio. Al igual que le había pasado con el tribuno, notó la misma sensación la primera vez que le vio. No le gustó nada la manera en que le miraba, cada vez que sus miradas se cruzaban era como si

una lanza le atravesase el pecho. La mirada de ese hombre no era limpia, algo dentro de su mente le decía que debía matarle antes de que él se anticipase. Ahora que Tiberio ya no estaba para protegerle quizás se sometiese a las órdenes de Sexto, y este sin duda poseía las capacidades suficientes como para mantenerlo a raya. Aunque de todas maneras se sentiría mejor si lograba deshacerse de él. Tal vez se lo consultaría al funcionario al día siguiente, este también había sido testigo de lo que había sucedido en su tienda. Lo que estaba claro era que ese centurión era peligroso, por lo que era importante eliminarlo cuanto antes. Acabaría la tarea de esa noche y luego ya pensaría en alguna manera de deshacerse de semejante molestia, esta vez por el bien de su integridad y sin recibir ninguna compensación económica a cambio.

Al momento vio cómo desde la distancia Gémino le hacía la señal que habían acordado para indicarle que el paso estaba despejado. Se levantó sigilosamente de su escondrijo y corrió hacia la posición en la que se encontraba el hombre. Cuando estuvo cerca, este le hizo una señal con la mano indicándole el punto por el cual debía infiltrarse. Se dirigió hacia allí y se agachó sin perder de vista el entorno. Entonces dejó a un lado la alforja vacía, la misma que le servía para transportar de un lugar a otro sus ropajes oscuros. Se quedó mirando al centurión y este le dijo:

—Date prisa, te estaré esperando en este mismo punto. Cuando accedas al interior desde aquí, te encontraras en el almacén, debes salir hasta el pasillo principal y buscar en la parte de la derecha, donde están situadas las habitaciones. Si la información que me han pasado es correcta, el objetivo estará en la cuarta estancia a contar desde ese punto.

—Muy bien, no tardaré demasiado —dijo el asesino mientras sacaba su puñal y comenzaba a rasgar la lona de la tienda buscando hacer una hendidura suficiente como para poder acceder al interior.

Una vez la tuvo hecha, utilizó ambas manos para hacer más grande el agujero y se coló en el interior. La estancia estaba ligeramente iluminada, y tal y como le había comunicado el centurión se trataba de un pequeño almacén, en el que había material diverso, desde sábanas y mantas hasta trozos de tela manchados que se estaban secando. También vio que había un baúl abierto, y al acercarse a echar un vistazo en su interior pudo comprobar que había multitud de frascos de cristal marcados con etiquetas. Los nombres eran casi

ilegibles, pero dedujo que se trataría de remedios y ungüentos usados por el *medicus* y sus ayudantes para sanar a los heridos. Decidió no entretenerse mucho pues el tiempo apremiaba y estaba un poco cansado, había sido un largo e intenso día y tenía ganas de llegar a la tienda y estirarse sobre el lecho para dormir. Salió con sumo cuidado de la estancia, y siguiendo las instrucciones de Gémino caminó por el pasillo en busca de la habitación en la que le dijo que se hallaría la víctima. Al ser una marcha tranquila, por territorio pacificado, no ocurrían demasiados incidentes, por lo que no había demasiados hombres a los que atender y por ello el *valetudinaria* estaba casi vacío.

No le costaría mucho dar con el objetivo y tampoco esperaba encontrarse con nadie, pues a esas horas el personal sanitario estaría seguramente durmiendo. Se movió con sigilo hasta llegar al habitáculo marcado. Descorrió levemente la cortina y asomó la cabeza para asegurarse de que era el correcto y de que no había nadie más en el interior. La estancia estaba tenuemente iluminada por una pequeña lámpara de aceite situada en una mesa al lado derecho del camastro. Se quedó observando al hombre que ocupaba el catre, sin duda y aunque nunca le había visto, por el tipo de heridas que presentaba dedujo que se trataba de Terencio. El hombre presentaba casi todo el cuerpo envuelto en telas húmedas, destinadas con toda seguridad a aliviar el dolor de las quemaduras, pensó el asesino. Las partes de su cuerpo que estaban descubiertas mostraban heridas y ampollas de diferentes tamaños. Ciertamente era una imagen bastante desagradable a la vista. El hombre estaba durmiendo, la respiración era normal, pese a que de vez en cuando emitía algún tipo de gemido, seguramente fruto del dolor o del roce de los apósitos con la piel quemada.

Tras asegurarse de que no había nadie en el pasillo, accedió cuidadosamente al interior del habitáculo. Se acercó hasta la cama y observó más de cerca al legionario herido. En cierto modo él era el responsable de que se hallase en esa situación. Los dioses le mandaban para que acabase lo que había comenzado, ese hombre no debería haber sobrevivido a aquel incendio. Se sintió poderoso una vez más, en sus manos estaba decidir de nuevo sobre quién debía vivir o morir, esa sensación le hacía sentirse como un privilegiado. Siendo justo, lo que venía a ofrecerle a Terencio era lo más

lógico, abandonar este mundo de dolor y sufrimiento. Si lograba recuperarse del todo alguna vez, no le esperaba una buena vida, eso lo tenía muy claro. Él venía en nombre de los dioses para ahorrarle la angustia y el padecimiento que estaban por venir. Sin más dilación y con sumo cuidado alzó ligeramente la cabeza del herido para sacar el cojín de debajo de su cabeza. Al hacerlo el hombre se despertó, abrió los ojos de repente y ante la sorpresa dijo en un tono de voz muy bajo:

—¿Quién eres?

—Tranquilo, soldado, no debes preocuparte. Vengo para llevarte a un lugar mejor —dijo el asesino en un tono de voz calmado.

—¿Eres una de las Parcas?

—Podría decirse que sí, sin duda soy uno de sus más leales servidores — afirmó el hombre mientras depositaba suavemente la cabeza de Terencio sobre el lecho.

El legionario se quedó mirándole a los ojos mientras de los suyos brotaban sendas lágrimas. Flavio se detuvo por un instante, no comprendía el significado de estas. Quizás el soldado estaba delirando y le hubiese confundido con la misma muerte que venía a buscarlo, o solo era que deseaba realmente morir y estaba esperando ese momento con ahínco. Lo que estaba claro es que pareció rendirse a lo que estaba por venir. Cerró los ojos lentamente mientras las gotas surcaban sus mejillas y guardó silencio. El asesino recuperó la compostura, y en un acto que mezclaba la compasión y la obligación puso el cojín sobre el rostro del hombre y apretó con fuerza para asfixiarlo.

Contra todo pronóstico, este no opuso resistencia alguna, simplemente se dejó llevar, como si deseara de todo corazón abandonar el mundo de los vivos. Pasado un rato, notó cómo el cuerpo de la víctima se relajaba por completo hasta quedar totalmente inerte. Entonces apartó la almohada de su cara con suavidad, y se quedó de piedra al ver que en esta había dibujada una leve sonrisa. Era la primera vez que en su larga trayectoria como asesino observaba tal escena, normalmente el rictus que ofrecían sus víctimas antes de morir era el del miedo y la desesperación. Pero lo que tenía frente a él era casi inaudito, ese soldado había demostrado poseer valentía hasta su último aliento. Había aceptado la muerte, se había dejado llevar por ella. Pensó que

quizás se debiera al sufrimiento y dolor que estaba aguantando en vida. Le dio la sensación que la muerte fue para él una liberación.

Levantó entonces de nuevo la cabeza del fallecido y depositó el cojín en su lugar. Había sido muy rápido y sencillo. Se dio la vuelta y se dispuso a salir de nuevo por el lugar de acceso. Entonces se quedó parado cuando vio que la cortina se abría y una figura accedía al interior de la habitación.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

Al hombre solo le dio tiempo de pronunciar esas pocas palabras, ya que casi de inmediato, Flavio arremetió contra él. Su intención no era matarle, pues tampoco le había visto la cara, la llevaba cubierta por el pañuelo que impedía que le reconociesen. Con un rápido movimiento cogió al individuo por el cuello y usando su pierna derecha como palanca lo lanzó al suelo. Este no tuvo tiempo de reaccionar, tan solo pudo sentir cómo se desplomaba y su espalda impactaba fuertemente contra el suelo de la estancia. Tras la caída notó que le faltaba la respiración y abrió la boca para intentar gritar, aunque el dolor que sentía no le dejó hacerlo. Vio cómo el hombre que le había agredido se escabullía de la habitación y giraba a la izquierda, dirigiéndose a la parte posterior de la tienda. Intentó incorporarse como pudo, por lo que se apoyó en la propia cama y se logró poner de rodillas. La espalda le dolía bastante, aunque poco a poco sus pulmones se llenaron de aire y pudo volver a respirar correctamente. Se incorporó del todo y se acercó hasta el paciente, vio que tenía los ojos cerrados y que su rostro mostraba una placentera sonrisa. Le asió la muñeca derecha e intentó encontrarle el pulso. No se lo encontró, el hombre ya había abandonado el mundo de los vivos para ir a reunirse con sus antepasados, y tenía el pleno convencimiento de que no lo había hecho por voluntad propia, sino que el hombre que estaba junto a él en el momento que entró al recinto tenía algo que ver. Lo primero que hizo fue gritar:

—¡Ayuda, por favor!

Casi de inmediato escuchó pasos que se acercaban a su posición, aunque vio aparecer a quien menos se esperaba.

—Por los dioses, ¿qué es lo que ha pasado aquí? —dijo el que iba en primer lugar.

—Menos mal que sois vosotros —dijo el *medicus*—. Cuando he entrado a la habitación he sorprendido a alguien junto a la cama de vuestro compañero.

—¿A quién? —inquirió Valerio con el semblante de preocupación.

—No sé quién era, no le había visto nunca. Se ha abalanzado sobre mí y me ha tirado al suelo con un movimiento muy rápido —explicó el *medicus*.

—¿Y Terencio? ¿Cómo se encuentra? —volvió a preguntar el legionario acercándose al camastro.

—Lo siento... —dijo el hombre—. Cuando me he podido levantar era ya demasiado tarde. Creo que ese encapuchado le ha asesinado...

—Pero ¿cómo? —dijo el centurión Salonio que había entrado detrás del soldado—. Es imposible...

Los dos soldados se acercaron hasta el cuerpo sin vida de su camarada. Tan solo un rato antes, el mismo Salonio se había presentado en el *contubernium* y le había preguntado a Valerio si quería acompañarle hasta el *valetudinaria* para visitar a Terencio. El legionario, entusiasmado, no se lo había pensado dos veces, había dejado el plato en el suelo y sin haber finalizado de comer aún ya se había colocado la espada cruzada sobre el hombro. El centurión había preguntado si alguien más deseaba acompañarles, aunque siendo el momento de la cena nadie más se levantó. Cornelio y Aurelio les dijeron que se adelantasen ellos hacia la enfermería, que cuando diesen buena cuenta del contenido de sus platos se unirían en la visita a su camarada.

Soldado y oficial salieron de la tienda y se encaminaron hacia su destino. Durante el trayecto, Salonio le explicó a su subordinado que tenía intención de darle la buena noticia a Terencio esa misma noche, seguramente haría que su estado de ánimo mejorase y le ayudaría a acelerar su recuperación. A Valerio le pareció una idea genial, tal y como lo había visto en la última visita, parecía estar muerto en vida. Sin duda le alegraría mucho saber que contaban con él en la legión, y sentirse útil le daría motivación suficiente para continuar recuperándose. También aprovechó para darle otra noticia, le comentó que tras tener que preguntar a diferentes personas, había conseguido averiguar cuál fue la centuria que estuvo de guardia el día en que Marco fue secuestrado en su tienda.

Cuando le dijo quién era el oficial al mando, el legionario le dijo a su superior que no le conocía y que no había escuchado nunca antes ese nombre. Fue Salonio quien le dijo que se trataba del centurión de la quinta centuria, tercera cohorte, un veterano llamado Lucio Gémino Falco. Él sí que le

conocía, aunque no tenían una relación demasiado estrecha, siempre había demostrado ser un hombre íntegro y sobre todo leal a sus superiores. El hecho de que fuese su centuria la que estaba efectuando la vigilancia esa noche no significaba ni mucho menos que hubiese facilitado la entrada de Flavio al fuerte. Acordaron que tras la visita a Terencio irían a verle a la tienda de oficiales, simplemente para sondearle y averiguar si sabía algo de aquella fatídica noche. Justo acababan de acceder a la tienda cuando un grito de ayuda les sorprendió. Ambos corrieron hacia el lugar del que procedía, que no era otro que la habitación que ocupaba su camarada. Al acceder al interior se toparon con la escena que nunca habrían querido presenciar.

Valerio continuó interrogando al hombre:

—¿Le ha podido ver la cara a ese hombre?

—Lo siento, amigo, la llevaba cubierta por un pañuelo. Además, llevaba puesta una capucha en la cabeza —explicó el hombre.

—Maldición, otra vez él —dijo el soldado mirando a su superior.

—¿Por dónde se ha ido? —dijo rápidamente Salonio sacando la espada de la funda.

—Creo que se ha dirigido a la parte posterior de la tienda, aunque no estoy del todo seguro —explicó el médico.

—¡Vayamos tras él, Valerio, esta vez no escapará! ¡Ya no podemos hacer nada por Terencio! —gritó el oficial a su subordinado.

El soldado reaccionó rápidamente, sacó la espada de la funda y salió corriendo detrás de su centurión. Ambos hombres se dirigieron hacia la parte posterior de la tienda en busca de Flavio, siguiendo las indicaciones del *medicus*. Sabían que era él, quién si no podía haber cometido semejante acto. ¿Pero cómo había tenido el valor de entrar así a la enfermería y acabar con un hombre que estaba indefenso, postrado en la cama sin poder defenderse? Ese era el acto de un miserable y de un cobarde, no tuvo bastante con quemarlo, sino que había vuelto para completar el trabajo que no había podido acabar la otra vez. Cuando diese con él, le haría pagar todos los crímenes que había cometido.

Los dos hombres corrieron a toda prisa por el pasillo y se dirigieron hacia el almacén de la tienda, que estaba situado al final del pasillo. Accedieron a toda prisa, llevando las espadas esgrimidas en sus manos. La estancia estaba

ligeramente iluminada, y tras echar una rápida ojeada dieron con el punto por el cual había entrado el asesino. Era un animal de costumbres, había usado el mismo método que cuando secuestró a Marco de su tienda. Tenía la fea costumbre de infiltrarse en las tiendas ajenas por la parte de atrás. El centurión le hizo una indicación a Valerio mientras le decía:

—Atento, muchacho, cuando salgamos no sabemos qué nos espera ahí fuera.

—Tratándose de ese miserable... —dijo el soldado mientras se acercaba a la hendidura.

—No debe de andar muy lejos, apenas nos llevará ventaja —indicó el oficial—. Saldré yo primero, tú cúbreme las espaldas.

—Sí, señor —respondió el soldado mientras se colocaba a la espalda de Salonio esperando su turno para salir al exterior.

EPÍLOGO

Salió a toda prisa por el mismo punto por el que había accedido hacía tan solo un rato. Buscó rápidamente con la vista a Gémino, aunque no le vio. No sabía si se había marchado o si se estaba encargando de deshacerse de algún obstáculo que pudiese entorpecer su huida. Las cosas no habían salido tan bien como esperaba, sí, se había podido deshacer de Terencio, pero alguien había entrado en la habitación justo tras finalizar el trabajo y le había sorprendido en el interior. Seguramente se tratase del *medicus* o tal vez de alguno de sus asistentes. El caso es que su repentina aparición le obligó a acelerar su huida y pese a que le delataba y convertía la acción en un asesinato, creyó que no hacía falta matar a ese hombre ya que este no le había visto la cara y no podría reconocerlo. Un simple empujón fue suficiente para noquearlo y poder escabullirse sin más. Ya había sesgado demasiadas vidas esa jornada, si seguía a ese ritmo al final se acabaría creyendo que servía a la misma Parca como le había dicho al soldado que acababa de matar.

Prefirió moverse, no era prudente quedarse esperando inmóvil en aquel lugar, mucho menos tras lo que acababa de acontecer. Justo cuando empezó a caminar escuchó la señal que había pactado con el centurión previamente, y que significaba que todo estaba en orden. Tras el ruido, de detrás de una tienda que estaba frente a él vio aparecer a Gémino. Este le hizo una señal con su mano derecha indicándole que se acercase hasta su posición. Rápidamente corrió hacia él, y cuando estuvo a tan solo cuatro o cinco *passi* le inquirió en voz baja:

—¿Se puede saber dónde estabas?

Este se quedó mirándolo durante unos breves instantes, y acto seguido le dijo a la vez que señalaba con su dedo índice detrás de la lona:

—Me había parecido escuchar un ruido por esa parte de allí. Me he acercado para asegurarme de que todo estaba en orden.

—Muy bien, pues si todo está en orden, vayámonos de aquí cuanto antes —dijo Flavio.

—¿Has acabado con el legionario? —preguntó Gémino de manera seca.

—¿Tú qué crees? —inquirió a su vez el asesino, un poco molesto por la pregunta que le había formulado el oficial.

—Supongo que esta vez lo has podido hacer bien... Era un hombre indefenso postrado en una cama que no se podía defender —dijo el centurión con una sonrisa burlona.

El rostro del asesino se tornó serio. No le había gustado el comentario del soldado, ¿qué quería decir con sus palabras? «Maldito bastardo hijo de Plutón», si tenía algo que decir al respecto que fuese más claro, que no se andase con rodeos. No soportaba a las personas que eran incapaces de decir lo que pensaban a la cara, y ese oficial era de esa clase de hombres. Por ello le dijo:

—Alguien debía hacerlo. No recuerdo que tú te ofrecieses voluntario para ello.

—Esto no habría sido necesario si hubieses hecho las cosas bien la primera vez —dijo el oficial.

—¿A qué te refieres ahora? —preguntó incrédulo Flavio.

De repente, de detrás de la tienda que estaba situada a espaldas de ambos salieron dos hombres esgrimiendo espadas en la mano. Al primero lo reconoció inmediatamente, se trataba de Fabio, el otro perro guardián de Tiberio. En cambio, al tercer hombre no lo había visto jamás, aunque al ir vestido con la túnica militar dedujo que se trataría de algún soldado a las órdenes de los centuriones. Al principio se quedó un poco sorprendido, pero al momento comprendió la jugada. Gémino le dijo que únicamente le acompañaría él, que su colega estaba ocupado con otros quehaceres. Si esos dos estaban también allí con él, no podía significar más que una cosa: querían matarle. Estaba en clara inferioridad numérica frente a sus agresores, tan solo disponía del *pugio* ya que había decidido no llevar su espada, pues creyó que no era necesaria para acabar con un hombre desarmado. Fue en ese preciso instante cuando lamentó no haberla cogido, recordando que Sexto le inquirió sobre esa cuestión. Retrocedió lentamente sobre sus pasos sin quitarles ojo a los tres legionarios. La situación era muy adversa, los tres militares estaban demasiado cerca de él como para intentar huir del lugar. Esta no era una opción viable, ya que en el momento en que les diera la espalda acabarían con él con suma facilidad.

Solo le quedaba una opción si quería salir vivo de aquel enfrentamiento: luchar. Sacó su puñal del cinto y lo esgrimió mostrándolo a sus rivales. Los tres soldados avanzaron firmemente hacia él con sus armas preparadas sin sentirse intimidados en ningún momento. Gémino esbozó una sonrisa de victoria mientras le decía:

—Parece ser que los dioses no están de tu parte esta noche.

Cuánta razón tenía ese desgraciado. Flavio apretó la mandíbula, como hacia siempre que estaba nervioso o tenso. No podía ser que acabase sus días de esa manera. Ahora que estaba amasando una fortuna suficiente como para poder retirarse del oficio... En ese momento una sonrisa se dibujó en su rostro, cuán despiadados eran los dioses, cómo les gustaba jugar con el destino de los hombres. Le habían permitido saborear durante un breve periodo de tiempo la fortuna para luego arrebatársela igual de rápido. ¿Cómo no se había percatado de esa treta? Esos hombres habían confabulado a sus espaldas y él no se había dado cuenta. ¿Estarían al corriente de la situación los hombres que estaban por encima de ellos? Dedujo que la idea debía de proceder del bastardo de Tiberio, pero no tenía claro si Sexto formaba parte de la jugada.

Solo habían pasado unas horas desde que había acabado con el tribuno, su cuerpo estaría aún caliente y no tardaría mucho en volver a encontrarse con él en el Tártaro. Sí, el Tártaro, porque ese era el lugar adonde iba a ir su alma tras morir. Lo tenía muy claro y estaba dispuesto a asumirlo, tras la vida que había llevado no podía esperar otro destino. Allí habría muchas almas que le estarían esperando ansiosamente, algunas del pasado lejano, otras del más reciente, como la de Manlio, la del sirio, la de Saturnino o la de Quinto. Los dioses le estaban devolviendo todo lo malo que había hecho a los demás. Aunque de poco servía lamentarse en aquel momento, su *fatum* estaba escrito desde el mismo día en que nació, y él, un simple mortal, no tenía poder suficiente como para contradecir las decisiones de los seres supremos. Miró a la cara al centurión y le dijo en tono desafiante:

—Nunca lo han estado, ¿por qué iba a ser esta una excepción?

Entonces, de manera repentina se lanzó gritando como una bestia en dirección al oficial. Este no esperaba que acometiese de esa manera tan salvaje, por lo que casi no tuvo tiempo de reaccionar. La estocada pasó muy

cerca de su rostro, aunque en el último momento pudo esquivarla, lo justo para no recibir un impacto directo de la hoja. A la vez que fintaba, propinó un golpe con la empuñadura de su *gladius* en la espalda del agresor, que cayó de bruces al suelo. Este se levantó inmediatamente con el puñal aún en su mano derecha y se giró de nuevo hacia sus agresores, justo a tiempo para recibir un fuerte puñetazo en la cara. Fabio le dio con tanta fuerza que le desplazó unos *passi* hacia atrás. No perdió el equilibrio del todo en aquella ocasión, pero sintió un tremendo dolor en su pómulo derecho. Se llevó la mano izquierda hasta el rostro. Se le estaba empezando a inflamar esa zona, pero eso era lo que menos debía preocuparle, pues de nuevo los tres hombres se estaban acercando hasta él. No tenía la más mínima posibilidad de salir de esa, estaba a merced de sus agresores. El sufrimiento duraría lo que esos hombres quisiesen. No les iba a permitir salirse con la suya, iba a vender cara su piel.

En un nuevo acto de valentía, o tal vez de desesperación, arremetió de nuevo, esta vez contra el que tenía más cerca: Fabio. Si lograba deshacerse o noquear a uno de los tres rápidamente, podría equilibrar un poco más la contienda. Nada más lejos de la realidad, esos hombres no eran aficionados. Eran tan duros como Valerio y sus compañeros, eran veteranos de muchas batallas, estaban acostumbrados a luchar y pasaban muchas horas al día entrenando. No eran como Tiberio... Ni mucho menos. El centurión bloqueó la estocada con su espada, y con la mano que tenía libre volvió a propinarle un puñetazo en el rostro. Flavio se quedó un poco aturdido, por lo que no vio venir la fuerte patada que el hombre le propinó en el estómago. Ese golpe sí que le derribó. Cayó al suelo de espaldas, perdiendo la empuñadura de su cuchillo. El golpe le había dejado casi sin respiración.

Justo abrió los ojos para comprobar cómo los tres legionarios estaban muy cerca de él ya. Estaba desarmado, indefenso ante aquellas tres bestias. No tenía nada que hacer, por lo que se resignó y ni siquiera hizo ademán de coger el *pugio*. Tampoco le iba a servir de mucho... Se incorporó poco a poco, quedándose de rodillas. A su vez los hombres le rodearon y le apuntaron con sus espadas. Cuando estuvieron más cerca de él, Gémino se adelantó a sus compañeros y alargó su espada hasta situarla justo a un palmo del pecho de su víctima. El asesino levantó la mirada y durante un largo rato le miró a los ojos con aire desafiante. No iba a suplicar clemencia ni iba a implorar por su vida,

no le iba a conceder semejante capricho a ese desgraciado. Él no era un cobarde, desde el día en que decidió ejercer su profesión supo que estaba expuesto a ese tipo de riesgos. Lo aceptó sin más, era una ley de la naturaleza, vivir y morir, todo formaba parte del mismo ciclo. Esbozó una sonrisa, puso sus brazos en cruz y ofreció su torso a la espada de su verdugo a la vez que le decía:

—Disfruta de lo que te queda de vida, pues te estaré esperando en la otra...

GLOSARIO

1. **DOMUS:** La gente tiende a confundir este tipo de casa con el modelo estándar de casa romana, aunque la percepción es errónea, ya que la mayor parte de la población vivía en otro de tipo de viviendas, más austeras y humildes, fabricadas con materiales perecederos. Por lo general, las medidas aproximadas de una *domus* de gran tamaño solían ser unos 120 metros de largo por unos 30 metros de ancho. La tipología más común constaba de una sola planta, a la entrada de la cual se ubicaba la puerta, que solía estar vigilada por un esclavo de la familia. La puerta no daba directamente a la calle, sino que se ubicaba antes de un vestíbulo de pequeñas dimensiones. Tras entrar por él se llegaba al atrio, elemento característico de la casa que consistía en un patio cubierto, con una abertura central en el centro que recibía el nombre de *compluvium* y por la cual entraba el agua de lluvia. Esta a su vez era recogida en el *impluvium*, que sería una especie de pequeño estanque. El atrio era el centro de la vida de la *domus*, ya que en él se colocaban las estatuas de los antepasados de la familia que allí residía. En este también se hacían ofrendas a los dioses protectores de la casa. Era en el atrio donde el *Pater Familias* recibía a sus clientes a lo largo de la mañana. Como anexo al patio se encontraba el llamado *tablinum*, que cumplía las funciones de dormitorio del amo de la casa, pero que con el paso de los años se acabó convirtiendo en su despacho. Otra de las estancias más importantes de la *domus* era el llamado triclinio, lugar donde la familia al completo cenaba, acompañada si era menester de sus invitados. Los dormitorios anexos para la familia recibían el nombre de *cubiculum*. Además de estas, existían otras estancias no menos importantes en la casa, como por ejemplo la cocina o *culina* en latín y los baños. Muchas de las casas disponían también de bodegas subterráneas donde se guardaban tanto el vino como los alimentos para que se

conservaran frescos. Será ya a partir del siglo II a. C., a causa de la influencia helena, cuando comenzarán a construirse los peristilos, que consistían en patios ajardinados rodeados de columnas.

2. CAPUA: La antigua ciudad fue fundada por los etruscos hacia el año 600 a. C., y estaba situada en el actual municipio de Santa Maria Capua Vetere. Algunos autores afirman que por aquel entonces la ciudad ya se llamaba Capua, posible derivación del término latino *Kampanos*. A su vez este término derivaría de «Campo», por su situación en un campo o llanura fértil. La ciudad moderna ocupa el lugar de la antigua ciudad de *Casilinum*. Los habitantes de la ciudad, llamados capuanos, dieron el nombre a la región de la Campania, situada al sur del Lacio. Fueron los romanos los que llamaron a ese pueblo Campanios y a su territorio *Campanus Agir*. En su primera fase, bajo dominio de los etruscos, Capua fue la principal de las doce ciudades etruscas de la región y debió de haber ejercido una posición hegemónica sobre el resto o sobre la mayoría. Adquirió un alto grado de prosperidad, pero el refinamiento de sus habitantes les hizo poco hábiles para la guerra, y otro de los pueblos de la región, los samnitas, se aprovecharon de ello. Tras años de guerra, los etruscos se vieron obligados a firmar un acuerdo de paz con este pueblo que les otorgaba el privilegio de la ciudadanía de Capua, y compartieron con ellos la tierra y la mitad de la ciudad. En el año 423 a. C., durante un festival, los samnitas que estaban en la ciudad sorprendieron a sus supuestos aliados y se apoderaron por completo de la ciudad, eliminando a la clase dirigente etrusca y entregando de esa manera el poder a la población local. En su posterior guerra contra las tribus samnitas de la montaña, Capua entró en alianza con Roma junto con otras ciudades dependientes como *Casilinum*, *Calatia* y *Alela*. Todas estas, junto a la mayor parte de Campania, cayeron bajo la supremacía romana. La ciudad de Capua recibió la *civitas sine suffragio*, ciudadanía sin derecho a voto, hacia el año 338 a. C. según algunas fuentes clásicas, aunque su sumisión bajo el yugo romano no duró mucho tiempo, ya que tan solo unos años después luchó al lado de la Liga Latina contra su opresor. Una vez fueron derrotados los latinos y los capuanos, la ciudad pasó de nuevo al control de Roma y tuvo que ceder la llanura de Falernia. Los caballeros capuanos que se opusieron a la guerra contra los romanos obtuvieron el derecho de ciudad romana, y el resto de capuanos recibieron la *civitas sine suffragio* (ciudadanía

sin voto). Capua continuó manteniendo su administración local con magistrados propios, y tuvo la consideración de *municipium*. La ciudad mantuvo su riqueza y prosperidad durante muchos años y se convirtió en la tercera ciudad en importancia (detrás de Roma y Cartago) en la época de la Segunda Guerra Púnica. Durante ese conflicto, decidió alinearse del lado de Aníbal y de los cartagineses. Por ello, en el año 212 a. C. los romanos emprendieron el asedio de la ciudad, pese a que el mismo Aníbal en persona llegó desde *Apulia* y obligó a levantar el sitio. Los esfuerzos del general cartaginés para forzar la retirada romana no resultaron y la ciudad comenzó a padecer hambre, por lo que los capuanos se rindieron sin condiciones en el año 211 a. C. La ciudad fue castigada por sus antiguos dueños y algunos de los senadores y de los nobles fueron ejecutados; otros fueron enviados a lugares lejanos, como la región del Tíber. El territorio de Capua fue confiscado de nuevo por la República, las magistraturas locales abolidas, y la población que quedó o se estableció en la ciudad o fueron sujetos al prefecto de Roma. No se mató a más gente porque hacían falta para las cosechas de aquella zona tan fértil. Hasta la derrota de los romanos contra Aníbal en *Cannas* la ciudad había permanecido fiel a Roma, pero después de este evento, el victorioso general cartaginés intentó atraerla de nuevo a su causa, y fue de esa manera como los políticos y dirigentes procartagineses les abrieron de nuevo las puertas de la ciudad. Aníbal aprovechó este evento para establecer en la ciudad sus cuarteles de invierno. La ciudad fue tomada, tal y como antes se ha expuesto, tras un largo asedio en el año 211 a. C. y fue severamente castigada por su traición. A partir de entonces la ciudad se mantuvo leal a Roma, tanto en época republicana como durante el Imperio.

3. DECIMATIO: Denominación que recibe uno de los máximos castigos aplicados en el ejército romano. La palabra proviene del término diezmar, y hace referencia a una medida excepcional que se solía aplicar en casos de extrema cobardía o de amotinamiento. El castigo en sí consistía en aislar a las unidades de la legión amotinada y dividir a cada una en grupos de diez soldados. Dentro de cada grupo se echaba a suertes quién debía ser castigado (independientemente de su rango dentro de la cohorte), siendo elegido uno, el cual debía ser ejecutado por los nueve restantes, generalmente por lapidación o por golpes de vara. Tras ejecutar a su propio compañero, los supervivientes

eran obligados a dormir fuera del campamento (acción conocida como *extra muros*), hecho que conllevaba gran peligro, sobre todo cuando se hacía en época de guerra y en una zona hostil. El objetivo de dicho castigo debía aleccionar a los soldados supervivientes y a las demás unidades que estuviesen implicadas, pues la muerte podía llegar aleatoriamente, a manos de los propios compañeros, sin tener en cuenta rangos ni méritos anteriores. Actualmente se utiliza el término «diezmar» con otro significado diferente, ya que hace referencia a la mortandad drástica de una población causada por una epidemia, un desastre, una guerra, la hambruna, etc.

4. HERCULANO: Antigua ciudad romana de la región de la Campania, al sur de Italia. En su tiempo fue más pequeña que Pompeya, pero su élite era más rica, culta e intelectual que los más mundanos comerciantes y mercaderes de la ciudad vecina. Es conocida por haberse conservado, al igual que esta última, enterrada en las cenizas de la erupción del monte Vesubio, que tuvo lugar el 24 de agosto del año 79 d. C. La gran mayoría de sus habitantes perecieron debido al flujo piroclástico de la erupción. Como la ciudad estaba más cerca del volcán que Pompeya, la alcanzó a una temperatura superior, por lo que las víctimas fueron reducidas al instante a esqueletos abrasados. En cambio, en Pompeya, al contrario, la ceniza se endureció alrededor de los cuerpos y conservaron la carne, que al pudrirse dejaba la forma hueca. Fue así como tras su descubrimiento, hacia 1860, empezaron a rellenarse con yeso para crear los famosos moldes que hoy en día los turistas pueden visitar. La ciudad fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, junto con Pompeya y otros yacimientos arqueológicos de la zona en el año 1997. Las excavaciones comenzaron en la actual *Ercolano*, un suburbio de Nápoles, en el año 1738. A finales del siglo XVIII comenzaron a descubrirse en *Herculano* una gran diversidad de objetos, como pinturas murales, trípodes, braseros, estatuas de bronce, botellas de perfume y cerámica. Hacia el año 1980, se encontraron en la ciudad cerca de doscientos esqueletos de habitantes que se habían refugiado en los cobertizos para barcas. Estos cuerpos pertenecieron en su día a personas de diversas edades y condición social. La más famosa de las lujosas villas herculanas que hoy en día se pueden visitar es la Villa de los Papiros, identificada como el fastuoso retiro con vistas al mar que Lucio Calpurnio Pisón Cesonio, suegro de Julio César, mandó construir.

5. SIGNIFER: Suboficial de infantería del ejército romano que era el encargado de llevar el *signum* o enseña de cada centuria. Formaba parte de la categoría de *miles principalis*, y era elegido al igual que los demás cargos por su valor, dominio del oficio militar y honradez. Aparte de llevar el *signum*, también se le encomendaba la custodia de la caja de ahorros de la centuria, que junto a las del resto de las centurias se custodiaba en el *aedes* o capilla de los *principia* del campamento de la unidad, capilla en la que se guardaban los estandartes de cada legión o cohorte auxiliar cuando no salían las tropas al campo. El *signifer* dependía del centurión, y a su vez de su segundo al mando, el *optio*. Por trayectoria o por actos heroicos podía ser ascendido a *optio* o bien, en las legiones, a *aquilifer* o portador del *aquila*, la principal enseña de la unidad, o a *imaginifer*, portador del retrato del emperador, y en las unidades auxiliares a *vexillarius* o portador del *vexillum* o bandera de la unidad.

6. CAOS: Nombre que recibía el dios primordial y origen del resto de los dioses en la mitología griega, y que posteriormente adoptaron los romanos. Según el mito, no era más que un vacío en medio de la nada. El significado literal del nombre era «vacío que ocupa un hueco». Lo contrario era *Gaia*, pues como diosa tierra era la representación de la materia en contraposición a la nada que representaba *Caos*. Al ser el primer dios, no tuvo ancestros y él fue el origen de sí mismo. Este dios simbolizaba el desorden y fue la divinidad de la cual salieron la oscuridad, el hado y la materia, siendo un dios sin forma, sin cuerpo, por lo que no podía ser representado. En la antigüedad se le consideraba el primer dios, y en un momento dado se dividió en tres, dando lugar a *Gaia*, *Erebo* y *Nicte*, dioses que representaban a la tierra, el destino y la noche.

7. LIBERATUS: Los libertos pasaron a formar casi el 15% de la población durante la época imperial. Al ser manumitidos o liberados, necesitaban un apellido del que solían carecer, ya que muchos de ellos ya nacían con la condición de esclavo, por lo que normalmente tomaban el *nomen* de su antiguo dueño, quien se convertía a su vez en su patrono. En la época del emperador Claudio, muchos de esos libertos fueron usados como funcionarios en el aparato burocrático romano. Dicho emperador aprobó la legislación sobre

esclavismo, de manera que los esclavos abandonados por sus amos se convertían en libertos automáticamente. A su vez, Claudio fue ampliamente criticado por utilizar esclavos en la Corte Imperial. Los esclavos podían ganar su libertad de diferentes modos. Algunos eran liberados en los testamentos de sus dueños, tras el fallecimiento de estos. Otros eran liberados cuando estos aún vivían, e incluso había algunos que compraban la libertad a sus dueños. Un esclavo podía comprar su propia libertad con sus ahorros o posesiones personales. Una vez que dejaban de ser esclavos, los libertos podían incluso poseer sus propias tierras. En cualquier caso, no había que olvidar un detalle, y ese era que el esclavo no quedaba totalmente libre al obtener su nueva condición, sino que mantenía unos lazos de dependencia con su antiguo *domine*. Esta vinculación se concretaba en tres apartados acordados previamente: el primero era conocido como *Obsequium*, y significaba deferencia (amabilidad que se tiene con alguien por respeto o cortesía), y consistía en servicios de diversa índole hacia su antiguo señor. El segundo era el *Opera*, y consistía en que el liberto debía trabajar unos días para su antiguo amo, normalmente haciendo el mismo servicio que cuando era esclavo. El tercero era el *Bona*, y era un derecho de herencia que se guardaba el señor sobre el patrimonio del manumitido.

8. MEDUSA: En mitología griega, Medusa (en griego antiguo Μέδουσα *Médousa*, ‘guardiana, ‘protectora’) fue un monstruo femenino, que convertía en piedra a aquellos que la miraban fijamente a los ojos. La leyenda afirma que fue decapitada por el héroe Perseo, quien después usó su cabeza como arma hasta que se la dio a la diosa Atenea para que la pusiera en su escudo, la égida. En una oda escrita en el año 490 a. C. por el poeta griego Píndaro ya se le daba el apelativo de *Medusa* de bellas mejillas. En otra versión posterior del mito, esta narrada por el poeta romano Ovidio, nos presenta a *Medusa* como una hermosa doncella. Se dice que era sacerdotisa del templo de Atenea, y que fue violada por el dios del mar, Poseidón. Fue la misma diosa a la que servía la que, enfurecida por lo ocurrido, decidió transformar el hermoso cabello de la joven en serpientes. En la mayoría de las versiones que se han narrado del mito, *Medusa* estaba embarazada de Poseidón cuando fue decapitada por el héroe Perseo. Se dice que lo consiguió hacer gracias a la ayuda que recibió de Atenea y Hermes, que le dieron las sandalias aladas, el

casco de invisibilidad de Hades, una espada y un escudo espejado. El héroe mató a *Medusa* acercándose a ella sin mirarla directamente, sino observando el reflejo de esta en el escudo para evitar quedar petrificado por su mirada. Su mano iba guiada por Atenea y así cortó su cabeza.

9. TRIUNFO: Denominación que recibía la espectacular ceremonia que tenía lugar en la antigua Roma para agasajar y honrar a los militares que habían regresado victoriosos junto a sus ejércitos. Para el militar era el máximo honor que se le podía conceder. Sus tropas no desfilaban junto a él, sino que permanecían a la espera de traspasar los límites del perímetro de la ciudad a la orden del Senado, que era quien debía autorizar el acceso de los soldados. En principio los únicos militares que podían celebrar un triunfo eran los que pertenecían a la clase senatorial. Normalmente era el ejército el que aclamaba a su general, proclamándole *imperator* (otorgándole el poder militar), y este lo solicitaba después al Senado, que era el encargado de otorgar tal recompensa. El espectáculo consistía en un desfile militar que empezaba en las afueras de la ciudad, en los llamados Campos de Marte. La comitiva accedía a la ciudad por la *Porta Triumphalis*, de allí se iba hacia el *foro Boarium* y el *circo Máximo*. Posteriormente la comitiva iba hacia el monte Capitolino atravesando la llamada *Via Sacra*.

El militar galardonado iba sobre una cuadriga y un esclavo iba con él sosteniendo sobre su cabeza una corona de laureles que simbolizaba la victoria, mientras le repetía en voz baja la siguiente frase: *Respice post te, hominem te esse memento*, que significaba «Mira hacia atrás y recuerda que solo eres un hombre». El desfile finalizaba a los pies del templo de *Iupiter Optimus Máximus*, a quien ofrecía su corona victoriosa. La fiesta que venía a continuación la solía costear el protagonista de tal honor. Los requisitos necesarios para que se otorgase el triunfo eran: 1) Que la victoria fuese significativa, sobre todo que fuese contra un enemigo extranjero, y que supusiera haber matado al menos a cinco mil enemigos. La victoria debía haberse conseguido en una guerra con resultado final de victoria. 2) Ostentar alguna magistratura del estado y tener el *imperium*, o sea, que debía ser cónsul o pretor. 3) Se debía regresar con las tropas utilizadas en la batalla. Con el paso de los años se usaba menor número de soldados en los desfiles. 4)

Contar con la aprobación del Senado. Con los años, y con la instauración del Imperio, los triunfos fueron reservados únicamente al emperador y a los miembros de su familia, que fueron los únicos que ostentaron el *imperium*. Los generales que ganaban batallas lo hacían en nombre de su emperador, por ello no se les concedía tal recompensa a ellos.

10. BIZANCIO: Aunque estuvo rodeada desde sus orígenes por tribus bárbaras de tracios, Bizancio siempre fue considerada una colonia griega más, según su origen y sus costumbres. Fue una de las ciudades helénicas del *Helesponto* más importantes e influyentes del período clásico, sobre todo gracias a su envidiable situación a la entrada del Bósforo, del que era la llave, y que a su vez le confería el papel de almacén del mundo griego, pues era una etapa ineludible para las naves cargadas de trigo del *Ponto Euxino*. Ya desde ese momento, su posición vital en el Bósforo —y por extensión, en la ruta del trigo pónico— explica que Atenas y Esparta se disputaran su alianza, y que los príncipes que querían debilitar a estas potencias y ejercer una influencia sobre Grecia trataran de asegurarse su posesión. Bizancio jugó un gran papel político durante los conflictos que tuvieron lugar en el siglo IV a. C. Durante las guerras del Peloponeso, entre Esparta y Atenas, la ciudad fue presa de las facciones que defendían los intereses tanto de una potencia como de la otra, y sometida con las otras ciudades del *Helesponto*, por turnos, a la influencia de estas potencias victoriosas. En primer lugar, fue subyugada por los afines a Esparta (412 a. C.), aunque luego pasó a manos de sus rivales, al ser tomada por el general ateniense *Alcibiades* en el año 408 a. C. Estos fueron expulsados en el año 405 a. C., después de ser derrotados en la batalla de *Egospótamos*, que dio lugar a la derrota y claudicación de la ciudad ante su eterno enemigo. En el año 390 a. C. volvió a manos atenienses, entonces fue *Trasíbulo* quien cambió el gobierno de la ciudad de una oligarquía a una democracia y vendió las mercancías de los barcos anclados en la ciudad. Se convirtió en aliada de las ciudades de Rodas y Quíos, y de esa manera logró liberarse del yugo de Atenas en el año 364 a. C. Algunos años después, hacia el 340 a. C., la ciudad fue asediada por el rey *Filipo II* de Macedonia, que pretendía la hegemonía sobre todas las polis griegas. Aunque los atenienses enviaron una flota en su ayuda, esta fue derrotada por la floreciente potencia. Entre los años 336 a. C. y 323 a. C., la ciudad estuvo bajo el dominio de los

macedonios, coincidiendo con el reinado de *Alejandro Magno*. Después de este, la ciudad recuperó cierta independencia. En los años siguientes, los bizantinos combatieron a las diferentes tribus tracias de la zona, a las que no pudieron dominar ni por las armas ni pagando tributo. Hacia el año 279 a. C. tuvo lugar una invasión celta, que había penetrado hasta Tracia bajo el mando del caudillo *Comontorius*. Este se estableció en los alrededores de la ciudad griega y sometió a sus habitantes a medidas extremas, como pagar una enorme cantidad de oro anual en forma de tributo. Para poder pagar dicha cantidad, Bizancio hubo de imponer un derecho de paso por el Bósforo, lo que provocó la guerra con Rodas, en la que la ciudad se alió con la floreciente Pérgamo. Su enemigo buscó también un duro aliado, el reino de Bitinia. Tras un duro conflicto, la paz se firmó en el 219 a. C. con la mediación del rey gálata *Cavaros*, y fue desfavorable para Bizancio. Posteriormente la ciudad sufrió, como toda Grecia, la tutela de la expansionista potencia romana. La ciudad entró entonces en cierta decadencia, a pesar de que el tema de la pobreza de las ciudades griegas de Asia en esta época era un tópico. Así pues, durante las *Guerras Macedónicas*, que tuvieron lugar entre Roma y el rey *Filipo V*, los romanos otorgaron a Bizancio el título de ciudad confederada, como recompensa a la ayuda que les brindó. Fue entonces cuando la ciudad apeló a Roma para solucionar disputas internas, y los romanos enviaron a *Pisón* más bien como conquistador que como aliado. En el año 191 a. C. la ciudad pasó a ser aliada de Roma, que la reconoció como ciudad libre. Pese a continuar siendo una ciudad libre, ya que podía disponer sus propias leyes mientras no molestasen a Roma, debió seguir rindiéndole vasallaje y fidelidad y pagando los impuestos, a la vez que se debía olvidar de interceder en asuntos de política exterior. Fue posteriormente escenario de las largas y sangrientas guerras civiles romanas, aunque ciertamente gozó de un largo siglo de paz, al igual que el resto de territorios de Grecia, probablemente el más largo y duradero desde su fundación.

11. MUTATIONE: En la Roma antigua, nombre que recibían las paradas y establecimientos de las calzadas que tenían la función de ofrecer descanso a los viajeros, a la vez que otorgaban un servicio de recambio de monturas e incluso de reparación de carretas. Por norma general estaban ubicadas cada 12-18 millas (la milla romana equivalía a mil pasos, se debe tener en cuenta

que los pasos romanos equivalían a su vez a dos pasos actuales).

12. MILIARII: Palabra en latín que hace referencia a una columna cilíndrica, oval o paralelepípeda que se colocaba en el borde de las calzadas y vías romanas para señalar las distancias. Se solían ubicar cada mil *passi* (pasos dobles romanos), es decir, cada milla romana, lo que equivale a la actual distancia de 1.480 metros. Existía un miliario específico, el llamado áureo, que era el que estaba destinado a indicar la distancia desde Roma hasta el punto especificado en la piedra. Este elemento de señalización recibía esa denominación por las letras doradas elaboradas con bronce e incrustadas. Solía ser de granito, con una base cúbica o cuadrada, y medía entre 2 y 4 metros de altura, con un diámetro de 50 a 80 centímetros. Los primeros miliarios conocidos datan del período final de la República romana, pero la inmensa mayoría de los conservados fueron realizados bajo el Alto Imperio y, en menor medida, en los siglos III y IV d. C. La mayor parte de los miliarios llevaban inscripciones grabadas directamente, dependiendo de la importancia de la vía en la que estaban situados, o de la cercanía o alejamiento respecto a Roma, o de las ciudades de origen y destino. La inscripción constaba siempre de unos elementos comunes. En primer lugar, se podía leer el título completo del emperador bajo cuyo mandato se construía o modificaba la calzada (en el caso de que se hubiese construido en época de la República no figuraba su nombre, sino el del cargo público que había mandado su construcción, o en ese momento el del Senado de Roma). Tras esa inscripción, se hacía referencia a la distancia hasta Roma o la localidad más importante de la vía. Posteriormente se ponía el nombre del gobernador y/o la unidad militar responsable de las obras en la calzada, y para finalizar se esculpía la expresión *refecit* o *reparavit* si se trataba de una obra de mantenimiento de la vía. Ya en el siglo IV d. C., los miliarios perdieron su funcionalidad indicativa, y pasaron a convertirse más bien en elementos de propaganda política de los emperadores. En la parte occidental del Imperio, cuando este fue dividido, ya a finales del s. IV d. C., los últimos miliarios fueron realizados durante los mandatos de los emperadores *Teodosio I*, *Honorio* y *Anadio*. Tras iniciarse las invasiones bárbaras y la posterior desintegración del Imperio, cesaron de tallarse al desaparecer el mantenimiento de las calzadas. En la parte oriental, continuaron manteniéndose las vías hasta el

siglo VI d. C., aunque los miliarios fueron volviéndose cada vez más raros hasta dejar de ser erigidos, ya que al estar escritos en latín, perdieron su funcionalidad entre una población que solo hablaba griego, arameo o copto.

13. VEYES: Nombre que recibe una de las ciudades más ricas que integró la Liga Etrusca, y que estaba situada a una distancia de tan solo dieciséis kilómetros de Roma. Su riqueza se debía en gran parte a su privilegiada situación en la frontera meridional de Etruria. Fue la ciudad etrusca más cercana a Roma, y eso la llevó a estar en guerra con los romanos de forma casi continua durante más de 300 años. Su destino fue ser conquistada por el ejército del general romano *Marco Furio Camilo* allá por el año 396 a. C., en el transcurso de una guerra que duró diez años aproximadamente. A partir de ese momento la ciudad pasó a formar parte de la República romana. La esposa de *Augusto*, *Livia*, tuvo una finca en esa ciudad, según relata el escritor *Suetonio* en su obra más importante, *Las vidas de los doce Césares*. *Veyes* fue reconocida durante la antigüedad por la calidad de sus estatuas. Entre ellas destaca una estatua del emperador *Tiberio*, que actualmente se encuentra en la Ciudad del Vaticano, y el Apolo de *Veyes*, que actualmente se puede visitar en el Museo Nacional Etrusco. La ciudad fue abandonada en época imperial romana, y fue olvidada hasta que fue redescubierta allá por el siglo XVII por *Raphael Fabretti*. Los restos arqueológicos de la antigua ciudad de *Veyes* se encuentran cerca del actual pueblo de *Isola Farnese*. Entre los restos más destacados, se han podido encontrar en el exterior de las ruinas de la ciudad los restos de un templo. También se han hallado en la zona diversos túmulos y tumbas excavados en la roca. La más famosa de ellas es la llamada tumba de la *Grotta Campana*, excavada en el año 1843, siendo esta una tumba de cámara que contiene los más antiguos frescos etruscos conservados. Hay además largos túneles que llevan hasta la ciudad, lo que podría corroborar el relato en el que el escritor *Tito Livio* explica la manera en que los romanos vencieron y tomaron la ciudad.

14. BELLADONNA: Nombre que recibe un arbusto perenne que crece en Europa, norte de África y oeste asiático. Sus alcaloides derivados del tropano, presentes en todas las partes de la planta, la convierten en una de las más venenosas, capaz de provocar estados de coma e incluso la muerte si se

administra en dosis inadecuadas. En esas dosis letales el cuadro sintomatológico provoca delirios y alucinaciones, sequedad de boca y mucosas, sed intensa y debilidad muscular. Aparece también la agitación, la descoordinación motora e incluso la convulsión. Se produce a su vez un aumento de la frecuencia cardíaca (120-150 latidos por minuto). Empieza a actuar entre los quince y noventa minutos posteriores a su ingesta, y a la hora aproximadamente se produce la ciclopeya (no se enfoca bien la visión ocular), que puede alargarse hasta seis días después de la ingesta. Se ha usado desde tiempos inmemoriales, ya se conoce su utilización en el antiguo Egipto como narcótico o en las orgías griegas como afrodisíaco, eso sí en cantidades no letales. Posteriormente, ya en la Edad Media, su uso pasó a tener un carácter más secreto, hasta el punto de ser relacionado con la alquimia e incluso con la brujería. Se cree que la etimología de la palabra procede de la antigua Roma, del uso doméstico que hacían las damas (*donnas bellas*), que preparaban una infusión con las hojas de la planta para blanquear el cutis y aplicaban el jugo de sus frutos en los ojos para provocar la dilatación de las pupilas. En ese período fue uno de los venenos más populares, usado por gente importante, incluso emperadores, para deshacerse discretamente de sus rivales u opositores.

15. GENS: Hace referencia a la manera de organizarse socialmente en la antigua Roma, y podría definirse como un conjunto de familias que descendían de un antepasado común a todas ellas, vinculadas a su vez por un parentesco más o menos lejano. La *gens* a su vez constituía una organización también de carácter político, económico e incluso religioso. Cada una de ellas contaba con una divinidad protectora, con unas costumbres particulares, como el hecho de que tenían derecho a sepultura común. Los miembros de la *gens* estaban a su vez vinculados a unos intereses económicos comunes, como ya se ha comentado antes, y estos iban relacionados con sus posesiones territoriales compartidas. Cada una de estas unidades estaba dirigida por un cabeza de familia, que mandaba sobre el resto de *pater familias* (jefes de sus propias unidades familiares, menores en tamaño e importancia) y que a su vez era el encargado de gobernar la entidad en el orden político, social y religioso. Las familias que la formaban, pese a ser núcleos más reducidos, eran de una naturaleza similar. Entonces lo que diferencia a la *gens* de la familia no es su

función, sino su extensión. Hay que tener claro que el concepto «familia» en la antigua Roma no iba vinculado solo a la sangre, ya que comprendía también todo tipo de adopciones de personas ajenas a esta. Además de todo lo dicho con anterioridad hay que tener en cuenta otro aspecto de esta unidad, y es que entre los miembros de esta reinaba un espíritu de solidaridad y asistencia mutua por la que debían ayudarse entre ellos en momentos de dificultad. Otro aspecto destacado de este tipo de organización era que cuando un miembro fallecía, sus riquezas y posesiones eran heredadas por un miembro de esta. Si el fallecido no tenía hijos, los bienes pasaban a cualquier otro miembro, aunque no fuese hijo directo.

16. CURSUS HONORUM: Denominación que recibía la carrera política o escalafón de responsabilidades públicas en la antigua Roma. Este se instauró durante la época republicana y continuó existiendo también a lo largo del Imperio, sobre todo para la administración de las provincias dependientes del Senado. El *cursus honorum* establecía el orden y la jerarquía por los que se regían las magistraturas romanas, así como el modo de cumplirlos. Fue regulado en el año 180 a. C. mediante la creación y aprobación de la ley *Villia Annalis*, que recogía en su ordenación de menor a mayor rango los cargos existentes y la edad mínima para desempeñar cada uno de ellos. En los últimos años de la República, durante la dictadura ejercida por *Lucio Cornelio Sila*, se fijó un modelo consistente en un servicio militar previo y de carácter obligatorio, por el que debían pasar todos los hombres antes de ocupar algún cargo o magistratura pública. El *cursus honorum* senatorial constaba de una fase preparatoria con varias especialidades, llamado *vigintiviratus*, seis magistraturas ordinarias, la cuestura, la edilidad, el tribunado, la pretura, el consulado y la censura, y una extraordinaria, la dictadura, la cual durante la República solo se concedía por decisión del Senado en caso de peligro exterior o interior, y no podía sobrepasar los seis meses de duración (aunque como después se pudo comprobar hubo casos excepcionales, como el de Sila o César).

SOBRE MI

Soy un enamorado de la historia en general, aunque lo que de verdad me apasiona es el mundo antiguo, concretamente todo lo que concierne a las civilizaciones griega y romana. Esta pasión es la que me llevó a licenciarme en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona y a ejercer como docente de secundaria durante algún tiempo. El destino hizo que finalmente mi trayectoria profesional me llevase por otros caminos, aunque ello no me ha separado del interés por el mundo antiguo.

Como gran aficionado a la lectura que soy, siempre había deseado escribir un libro ya que tenía ganas de compartir historias intrépidas ambientadas en algún momento histórico. Así que en abril de 2015 publiqué mi primera novela, titulada [*Las Crónicas de Tito Valerio: Misiva de Sangre*](#). Ese libro no fue más que el principio, y la saga no ha parado de crecer, hasta convertirse en una trilogía. Tras el éxito de la primera parte, llegó la segunda, titulada [*El Enemigo Interior*](#), publicada en marzo del 2016. En abril de 2017 vio la luz la última entrega (quien sabe si por el momento) de la saga titulada [*La sombra de la conjura*](#), dando fin a este ciclo de tres novelas ambientadas en las guerras cántabras.

Siguiendo con la faceta de escritor, a finales de ese mismo 2017 publiqué una nueva obra, en este caso un pequeño ensayo titulado [*¿Sabías que? Curiosidades del mundo antiguo*](#). Se trata de un breve anecdotario sobre cosas curiosas, personajes y episodios del mundo antiguo. Y por si eso no fuera suficiente, en junio del año 2018 también vio la luz mi última novela histórica, [*Herederos de Roma*](#), ambientada en los tiempos del emperador Justiniano y del gran general Flavio Belisario, en el Imperio romano de oriente.

Además de mi faceta literaria, me podréis seguir en el programa La Biblioteca Perdida y en el de Cliophilos, un paseo por la historia en formato podcast. Y por si eso no fuera poco, formo parte del grupo de recreación histórica Barcino Oriens. Como veis no hay tregua ni descanso. Eso sin tener en cuenta todos los proyectos que rondan por la mente, que no son pocos.

Página web: <http://www.sergioalejogomez.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/sergioaleiogomez/>

Twitter: <https://twitter.com/sergioaleiogom2>

Instagram: sergioalejogom

Ivoox (Podcast):

— Cliophilos: https://www.ivoox.com/escuchar-cliophilos-paseo-historia_nq365709_1.html

— La Biblioteca Perdida: https://www.ivoox.com/escuchar-biblioteca-perdida_nq42602_1.html

¡Por la gloria de la República!

Muchas gracias lector por completar la lectura de esta novela. Ahora que has llegado al final, espero que hayas disfrutado leyéndola tanto como lo he hecho yo escribiéndola. Deseo que haya cumplido las expectativas y por eso te invito a que dejes algún comentario u opinión acerca de la obra en la página de Amazon correspondiente al producto que has adquirido. Los autores necesitamos contar con el parecer vuestro, porque sin vosotros, nosotros no somos nada.

¡Que los dioses te guarden y te permitan seguir disfrutando de la lectura! Uno de los grandes placeres de los que dispone el ser humano.

¡Un cordial saludo y hasta la próxima!

Notas

[¹] Medida de longitud de época romana que equivale a 0,7405 metros. <<

[2] Nombre que reciben las unidades de caballería romanas. Normalmente cada turma estaba formada por entre 30 y 32 jinetes, y dirigida por un oficial (podía tratarse de un decurión aunque en las tropas auxiliares podía ser un centurión el que estuviese al mando). El total de turmas que acompañaban a una legión solía ser de cuatro, por tanto los jinetes eran alrededor de 120 efectivos. Aparte había que añadir las tropas montadas que aportaban las *auxilia*, que acostumbraban a ser más numerosas. <<

[3] Según el calendario Juliano romano del año 46 a. C., equivaldría a la segunda hora después del mediodía. Hay que tener en cuenta que aunque los romanos dividían su día en veinticuatro horas, estas iban en relación a las horas de luz y de oscuridad del mismo. Es por ello, que según la estación del año, las horas eran más largas o más cortas. Los hechos que suceden en la obra están enmarcados a finales de primavera y principios de verano, por lo que esa hora equivaldría aproximadamente a una franja que iría entre las 13:15 y las 14:30 horas actuales. <<

[4] Nombre que recibía el primer centurión de cada legión, que comandaba la primera centuria de la primera cohorte. Este era elegido por su veteranía y valentía en el campo de batalla. Generalmente era nombrado por el periodo de un año, y usualmente ganaba su pertenencia al rango ecuestre tras su licenciamiento; entonces podía avanzar hasta los puestos de prefecto del campamento (rango solo inferior al del legado de la legión y al de tribuno senatorial o laticlavio), o a un tribunado entre los pretorianos, las cohortes urbanas, o los vigiles (guardia nocturna y a la vez bomberos). <<

[5] Denominación que recibían los centuriones que dirigían el resto de centurias que componían la primera cohorte, de la segunda a la última. Al igual que el *Primus Pilus*, eran cargos otorgados a oficiales que habían destacado por su honor, gallardía y obediencia. <<

[6] Nombre que recibían los palos de madera fijos que utilizaban los legionarios romanos para entrenar con sus armas. Solían tener unas dimensiones de unos seis pies de alto y se solían usar muy a menudo, incluso se anteponían a la práctica con los otros soldados. Junto al *palus*, el soldado entrenaba diversos movimientos, ataques y contraataques con la espada. Los entrenamientos de este tipo eran los mismos que se impartían en las escuelas de gladiadores, e incluso en ocasiones se usaban gladiadores veteranos ya retirados para instruir a las tropas. <<

[7] Palabra latina con la que se conoce a un tipo de casa de época romana. Las *domus* eran las viviendas de las familias de un cierto nivel económico. (Para más información véase glosario, nota número 1) <<

[8] Denominación genérica que reciben los pueblos prerromanos celtas que habitaban la península ibérica desde finales de la Edad del Bronce hasta la romanización de esta entre los siglos II y I a. C. Del conglomerado de pueblos existió uno que recibió esa denominación específica y que habitaba el oeste de la Cordillera Ibérica. También existían otros que recibieron por la historiografía latina nombres más concretos, como vetones, vacceos, lusitanos o carpetanos. Recibieron esa denominación genérica ya que los romanos los consideraron en su momento una mezcla de celtas e íberos. <<

[9] Como ya se ha comentado en una nota a anterior, según el calendario romano el día se dividía en doce horas y la noche, en cuatro vigilias. En verano había más horas de luz, por lo que estas eran más largas, mientras que obviamente en invierno eran más cortas. Tan solo existían dos horas fijas: la sexta hora, que era el mediodía, y la tertia vigilia, que correspondía a la medianoche. <<

[¹⁰] Medida de longitud antigua utilizada por los romanos cuya traducción es pie. Un pie equivaldría a 0,296 metros actuales. <<

[11] Hora equivalente en el horario de invierno del calendario romano a la franja que iría entre las nueve y las diez menos cuarto de la mañana. <<

[12] Nombre que recibe el dios romano del tiempo, de la agricultura y de las cosechas. Se le suele representar como un anciano con larga y espesa barba blanca, con una hoz en la mano. En lo que concierne al tiempo, simboliza más bien el que se refiere a las cosas como algo muy antiguo, que todo lo destruye y acaba. Su homónimo griego sería el titán Cronos, que se convirtió en el rey de los cielos tras derrotar a su padre Urano. Dice el mito romano que se casó con Ops, la griega Rea, con la que tuvo varios hijos, pero por causa del pacto que había suscrito con su hermano tenía que devorarlos. Rea, ocultó a Júpiter, a Neptuno y a Plutón y los hizo criar en secreto mostrando solo a su hija Juno. Cuando el titán descubrió el engaño, los puso a todos en una cárcel junto con su esposa. Una vez adulto, Júpiter hizo la guerra contra su padre, vencéndole, tras lo que se apoderó del imperio del cielo. El mito concluye con que Saturno quedó reducido a la condición de simple mortal, yendo a refugiarse al Lacio (zona de Roma), donde puso orden entre los hombres y les dio leyes. <<

[13] Perfume muy usado por las mujeres de la antigua Roma, hecho a base de azafrán, mirra, alheña, junco, láudano y estoraque. <<

[14] Nombre que recibían los artesanos perfumistas en la antigua Roma. <<

[15] Ciudad de origen etrusco, fundada hacia el siglo V con el nombre de Volturnus. Según algunas fuentes, el nombre de Capua se lo dieron los samnitas tras conquistarla. La ciudad se alineó con Aníbal y sus cartagineses durante la Segunda Guerra Púnica, cosa que supuso que en el 211 a. C. Roma la asediase y tras tomarla le impusiese un severo castigo. A partir de entonces se mantuvo leal a los romanos. (Para más información véase glosario, nota número 2) <<

[16] Batalla naval que tuvo lugar el 3 de septiembre del año 36 a. C., y que enfrentó al ejército del triunviro Octaviano comandado por su lugarteniente Marco Vipsanio Agripa y al del hijo de Pompeyo el Grande, Sexto Pompeyo, frente al promontorio de Nauloco, en Sicilia. Las flotas de los contendientes estaban compuestas por unas trescientas naves cada una, todas ellas con piezas de artillería. Las naves de Agripa eran más pesadas, e iban armadas con el *harpax*, la nueva versión del *corvus*. Agripa supo sacar provecho de esta arma y consiguió inmovilizar las naves de Sexto, que eran más ligeras y maniobrables. Tras una larga y sangrienta contienda, Agripa consiguió derrotar a su enemigo. En la batalla Agripa perdió tan solo tres barcos, mientras que Sexto perdió veintiocho, a los que se sumaron diecisiete que huyeron del combate. El resto de sus navíos fueron capturados e incorporados a la flota de Octaviano. <<

[17] Nombre que recibían en el ejército romano los soldados rasos. Si alguno de estos adquiría alguna responsabilidad especial (herrería, carpintería...) pasaba a convertirse en un *inmunis*. Este nuevo estatus le permitía desarrollar una actividad concreta dentro del campamento y le eximía de llevar a cabo los trabajos más precarios y desagradables, como ir a buscar leña o agua o limpiar las letrinas, e incluso en determinadas ocasiones de realizar guardias.

<<

[18] Batalla naval que tuvo lugar en agosto del año 36 a. C. entre las flotas de Octaviano y de Sexto Pompeyo frente a *Tauromentio*, la actual Taormina (Sicilia), y que acabó con la derrota del primero, que fue herido en la misma.

<<

[19] Nombre que recibe uno de los máximos castigos aplicados en el ejército romano y que consistía en matar a uno de cada diez soldados de la tropa, es decir diezmar. El castigo se aplicaba cuando se producían actos graves de indisciplina o incluso motines dentro de la legión, y eran los propios soldados los que debían acabar con la vida de sus compañeros. (Para más información véase Glosario, nota número 3) <<

[20] Antigua ciudad de población celto-iliria conocida antes de la conquista romana con el nombre de Segestica. Dicha ciudad estaba situada en una estratégica zona de la región de Panonia, y fue conquistada por Octavio, futuro emperador Augusto, en el año 35 a. C. tras un duro asedio. La importancia de este centro urbano radicaba en su ubicación, conectada con los ríos navegables Kupa y Sava, permitiéndola ser un puesto militar avanzado en las conquistas hacia Oriente. <<

[21] Formación de combate usada por las legiones romanas que consistía en alinear las diez cohortes que formaban una legión en tres líneas, recibiendo cada una de ellas el nombre de *acis* o *acies*. Por lo general cuando combatía la legión al completo, al formarla en total diez cohortes, una de esas líneas formaba con cuatro cohortes en lugar de tres. <<

[22] Unidad de longitud romana que equivalía a un doble paso. Era la distancia entre dos apoyos del mismo pie mientras se camina. <<

[23] Nombre que recibe una antigua ciudad romana de la región de la Campania, al sur de Italia, situada cerca de la mítica Pompeya, a los pies del monte Vesubio. Famosa por la erupción que tuvo lugar en el año 79 d. C., y que sepultó a ambas ciudades. (Para más información véase la nota 4 del glosario) <<

[24] Nombre que recibía un tipo de instrumento de cobre similar a la *buccina*, usado por el ejército romano principalmente para comunicar las órdenes a las tropas en el transcurso de la batalla. La denominación *cornu* es la palabra en latín que significa literalmente cuerno. Medía aproximadamente tres metros de longitud y presentaba la forma de letra «G». Se apoyaba en una barra transversal que fijaba la estructura y ofrecía un medio de apoyar su peso en el hombro del intérprete. Era portado por el *cornicen* (soplador del cuerno), que era el encargado de codificar las órdenes del general en señales y las emitía en el campo durante las batallas. Aparte de este instrumento, el ejército romano también hizo uso de una trompeta recta llamada *tuba* y de la llamada *buccina*, de menor tamaño y potencia. <<

[25] Unidad de la legión romana, creada durante las Guerras Samnitas, en el siglo IV a. C. Tras las reformas llevadas a cabo por el cónsul Cayo Mario hacia el año 100 a. C., que sirvieron para profesionalizar el ejército, la unidad quedó formada por 160 legionarios y cada manípulo pasó a estar compuesto por dos centurias de 80 hombres. A su vez, la unidad legionaria inmediatamente superior a esta fue la cohorte, que estaba integrada por seis centurias o tres manípulos, unos 480 hombres. <<

[26] Orden de combate y de marcha en latín que significaba en formación de a cuatro. <<

[27] Orden militar en latín cuyo significado era relevo, así, a la señal la segunda fila pasaba a relevar a la primera en el transcurso del combate. <<

[28] Orden de batalla en latín que significaba detener la marcha. <<

[29] Órdenes de batalla en latín usadas durante el combate, la primera hacía referencia a retroceder, y la segunda significaba lo mismo pero sin dar la espalda al enemigo. <<

[30] Nombre que recibían unos collares muy similares a los de la actualidad, hechos de metal y que hacían las veces de condecoraciones militares. Los militares que las recibían las portaban sobre sus armaduras, a la altura del pecho. El término *ob virtutes* hace referencia a la manera en la que se obtuvo esa distinción, en este caso se hace entrega al legionario por el valor demostrado en el campo de batalla. <<

[31] Nombre que recibe en el ejército romano el encargado de portar el *signum* o enseña de cada centuria. Pertenecía al rango de suboficial, por lo que cobraba más que un legionario raso y era elegido para desarrollar esa tarea por su valor, veteranía y otras virtudes importantes dentro de la unidad. (Para más información véase Glosario, nota número 5). <<

[32] Nombre del dios primordial y origen del resto de los dioses en la mitología griega y posteriormente romana. Según la mitología se trataba del primer dios, por lo que evidentemente no tuvo ancestros. Encarnaba el desorden así que no tenía ni forma ni cuerpo, y no se le podía representar de ninguna manera. (Para más información véase glosario, nota número 6) <<

[33] Denominación que recibía un esclavo al que de algún modo se le concedía la libertad (manumisión). A modo de ejemplo, la denominación se usaba para designar a los gladiadores liberados por el emperador, después de salir vencedores de grandes batallas en anfiteatros. (Para más información véase glosario, nota número 7) <<

[34] Nombre que recibe la cuchara de época romana, normalmente estaban hechas de metal y hacían las funciones del tenedor, que en ese momento no existía. Su nombre proviene de las conchas de mar, que se llamaban igual. <<

[35] Nombre romano que recibe la actual ciudad de Lleida. <<

[36] Nombre romano que recibe la actual ciudad de Huesca. <<

[37] Nombre romano que recibe la actual ciudad de Calahorra. <<

[38] Palabra en latín cuyo significado es victoriosa. La legión fue creada en el año 42 a. C., por Octaviano, y sirvió bajo sus órdenes en varias campañas, desde la guerra perusina tan solo un año después (contra el hermano de Marco Antonio), hasta las campañas contra Sexto Pompeyo entre los años 37 y 36 a. C. Tras tomar parte en la batalla de Actium (31 a. C.) del lado del futuro Augusto, fue enviada a Hispania para participar en las Guerras Cántabras, y se quedó en esa provincia establecida por un período de aproximadamente un siglo, ocupando el asentamiento de *Legio* (León). <<

[39] Nombre en latín que recibe el almuerzo en época romana. Los romanos solían hacer por regla general tres comidas al día, las dos primeras ligeras, en primer lugar el desayuno, que recibía el nombre de *ientaculum*, en segundo lugar la comida, llamada *prandium*, y por último la más consistente, que recibía el mismo nombre que en la actualidad, la *cena*. <<

[40] Nombre que recibió una de las legiones más importantes de la historia de Roma. Aparte de esa denominación, fue también conocida ocasionalmente como *Gallica*, ya que fue creada por Julio César en el 52 a. C. con nativos de la Galia Transalpina. Su emblema era un elefante y su alias *Alaudae* vino dado por la alta cresta de sus cascos, típicos galos, que les hacía parecer alondras (pájaros terrestres de talla pequeña o mediana, de entre 10 y 23 cm, de plumaje muy llamativo, en tonos marrones). La peculiaridad de esta *V Gallica* fue el hecho de ser la primera legión romana integrada por soldados provinciales, en contraposición con las habituales formadas por ciudadanos romanos. La legión luchó en las Galias hasta el 49 a. C., siendo una de las más valientes de César. Tras la muerte de éste, sirvieron a las órdenes de Marco Antonio, quien la reformó, y en el año 31 a. C. luchó bajo sus órdenes en la batalla de Actium, donde fue derrotada. Tras ser vencida, se unió al ejército de Octaviano. Con la reorganización del ejército romano, fue enviada a la Península Ibérica en el año 27 a. C., como guarnición de la provincia de la *Lusitania*, a las órdenes del legado Publio Carisio para participar en las guerras contra cántabros y astures, concretamente al frente astur. La unidad situó su campamento en la futura *Asturica Augusta* (Astorga, León), y en el año 25 a. C., sus veteranos contribuyeron junto con los de la *Legio X Gemina* a la fundación de la *Colonia Augusta Emerita* (Mérida). Terminada la guerra en el 19 a. C., fue transferida a *Germania*, donde estuvo a punto de perder su águila en el año 17 a. C. Su emblema, representando un elefante, fue concedido en el 46 a. C. por el valor contra una carga de elefantes de guerra en la batalla de Tapso. <<

[41] El vinagre o *acetum* era una bebida alcohólica que los soldados romanos consumían mezclada con agua. Además de eso, también servía como antiséptico, para lavar heridas o incluso como anestésico si se ingería en grandes cantidades. Evidentemente los legionarios no recibían entre su avituallamiento un vino de buena calidad, entre otros motivos por el elevado coste que ello supondría al estado, aunque también por el hecho de que el *acetum* tenía menos graduación, lo que era óptimo para que no se emborrachasen habitualmente. <<

[42] En la mitología griega, era el nombre que recibía un monstruo de género femenino, que tenía el cabello formado por serpientes y poseía el poder de convertir en piedra a aquéllos que la miraban fijamente a los ojos. (Para más información véase glosario, nota número 8). <<

[43] Palabra latina que hace referencia a una explotación agraria de grandes dimensiones. Los *latifundia* (en plural) se formaron por causas históricas, especialmente coincidiendo con conquistas militares y colonizaciones (como fue el caso de la antigua Roma). Las características físicas del terreno (llanuras, valles, montañas) también tuvieron mucha importancia en el desarrollo o en la limitación del latifundismo. Como resulta obvio, el latifundismo se adapta mejor a las zonas de llanura que a las de montaña, siendo en estas últimas más predominante el minifundismo por las propias dificultades que presenta el relieve. <<

[44] Dios del sueño romano, su equivalente en la mitología griega era el dios Hipnos. En las representaciones artísticas, el dios era retratado como un hombre joven desnudo y con alas en los hombros o las sienes, aunque en otras ocasiones se le muestra con barba. También se le ha representado como un hombre dormido en una cama de plumas con cortinas negras a su alrededor. Los atributos de esta divinidad eran el cuerno de opio inductor de sueño, un tallo de amapola, una rama de la que gotea el rocío del río Lete y una antorcha invertida. El mito decía también que Morfeo era su principal ayudante. <<

[45] Nombre que recibía en la antigua Roma el profesional que se dedicaba a la sanidad. En lo que respecta a la medicina en el ámbito militar, según estudios recientes debemos tener en cuenta que existe la posibilidad de que algunos soldados y oficiales pudiesen ejercer tal profesión entre la soldadesca. Tal y como describe Le Bohec en su obra *El ejército romano*, se han hallado evidencias arqueológicas que así lo indican, por ejemplo en los relieves de la Columna Trajana, donde aparece uno de estos *medici* portando casco y espada, en primera línea de combate, curando a un herido. <<

[46] Diosa de la mitología romana que era la personificación del destino. Para los romanos el destino era una fuerza superior tanto para hombres como para dioses, nadie estaba exento de su acción. Era un poder sobrenatural, inevitable y que nadie era capaz de eludir, que guiaba la vida de todo ser viviente hacia un fin no escogido, de manera necesaria y fatal. En pocas palabras, era lo opuesto al libre albedrío o a la libertad. <<

[47] Palabra en latín cuyo significado es hermano. Aplicado al ámbito de la legión haría referencia a hermano de armas. <<

[48] Verso 284 del libro X de la *Eneida*, del poeta romano Virgilio, que hace referencia a que para conseguir algo hay que ser valiente y arriesgarse. Con este mismo verso se abre el libro *Misiva de sangre*, primera parte de *Las Crónicas de Tito Valerio Nerva*. <<

[49] Cereal que hoy en día es conocido como espelta. Procede originariamente del Próximo Oriente y su existencia está documentada desde hace por lo menos siete milenios. Se extendió por el Mediterráneo de manera rápida, y se sabe que fue explotado en los cultivos de la Península Ibérica desde los inicios de la agricultura. <<

[50] Nombre que recibían los sacerdotes de la antigua Roma que se dedicaban a la adivinación. El cargo existió desde la fundación de la ciudad, seguramente heredado de los griegos y de los etruscos. Los *augures* formaban parte de uno de los cuatro prestigiosos colegios sacerdotales de la cultura romana. Tenía un carácter vitalicio (es decir, para toda la vida), y era compatible con el desarrollo de otras magistraturas. Al ser un cargo público, optaban a él los hombres de las clases pudientes, aunque a partir de las reformas del año 300 a. C., los plebeyos también tuvieron acceso a él. <<

[51] Nombre que recibía la tienda o edificio del comandante o general de una fortificación o campamento romano. Posteriormente se utilizó la misma palabra para designar la residencia de un gobernador de provincia, o incluso en época imperial el cuartel general usado por el mismo emperador. <<

[52] Nombre que recibe el dios romano de los comienzos. Se le representaba con dos caras, una mirando hacia cada lado de su perfil, una simbolizaba el principio de todo, y la otra el final. Se le consagraba el primer mes del año (*Ianuaris*), y como tal se le convocaba el primer día del año, ya que significaba el principio. También se le invocaba al comenzar un conflicto bélico, y mientras éste no acabase las puertas de su templo en Roma permanecían abiertas, cerrándose únicamente cuando reinaba la paz. A diferencia de otras divinidades, *Jano* no tenía su homónimo heleno. <<

[53] Nombre que recibía el barquero que se encargaba de pasar las almas de los muertos de una orilla del río Aqueronte o Estigia (río de los muertos situado en el Inframundo) a la otra. Los muertos, a cambio de dicho trayecto, debían pagarle con una moneda de plata, de ahí la tradición por la cual se les enterraba con esa pieza bajo la lengua. El barquero era representado como un viejo muy feo, con larga barba gris, vestido con harapos y en ocasiones con un sombrero redondo. El mito decía que él sólo se encargaba de dirigir la barca, que no remaba, ya que eran las propias almas de los muertos las que lo hacían.

<<

[54] Ritual funerario que consistía en pronunciar reiteradas veces el nombre del fallecido. <<

[55] Ceremonia que se hacía en honor a un general o comandante romano. (Para más información véase glosario, nota número 9) <<

[56] Dios de la mitología romana equivalente al Helios griego. Era la personificación del Sol, y se le representaba como un hermoso dios coronado con la brillante aureola del astro rey. Conducía un carro por los cielos que circundaba la tierra desde el amanecer hasta el anochecer, cuando regresaba por el este una vez cumplida su tarea. Algunos autores decían que el carruaje era tirado por toros solares, otros decían que los animales eran corceles que arrojaban fuego, o que se trataba de simples caballos. <<

[57] Nombre que recibe una de las más importantes ciudades griegas de la antigüedad. Fue fundada según la tradición hacia el año 667 a. C., y se convirtió en la capital de la región de Tracia. La ubicación de la ciudad fue estratégica, ya que se situó justamente en el acceso al estrecho del Bósforo, sobre una parte de la actual ciudad de Estambul. (Para más información véase glosario, nota número 10) <<

[58] Nombre que recibían las unidades de caballería auxiliar del ejército romano. Estas fueron creadas para intentar solventar la debilidad en este tipo de tropas que tenían las legiones, formando unidades regulares de jinetes. Las *alae* se reclutaban entre los hombres que no poseían la ciudadanía romana, los llamados *peregrini*, concretamente entre los pueblos menos romanizados, como fueron los tracios, los astures, mauros o los panonios, pueblos que tenían especial habilidad en el arte de la equitación. Estas unidades se componían generalmente de 512 hombres, divididos a su vez en 16 *turmae* de 30 jinetes, al mando de las cuales había un *decurio*, asistido por varios suboficiales, como eran el *duplicarius*, el *tesserarius* y el *optio*. Cada *alae* tenía su portaestandarte, el *vexillarius*, que llevaba una bandera con el nombre. Estaban bajo el mando de un comandante sin ciudadanía romana del pueblo al que perteneciera la unidad, aunque más adelante fueron comandadas por un *praefectus alae* proveniente del *ordo equester*. <<

[59] Nombre que recibe un tipo de pan especial que hacían los legionarios en campaña. Este se horneaba dos veces para deshidratarlo. Posteriormente se preparaba en forma de tortas o galletas, lo que hacía que aguantase bastante más tiempo sin estropearse que el pan normal, aparte de ser mucho más fácil de transportar. <<

[60] Denominación que recibe la primera hora del día, la que marcaba justo el amanecer. <<

[61] Nombre que recibían las paradas y establecimientos ubicados en las calzadas romanas (Para más información véase Glosario, nota número 11). <<

[62] Orden dada en latín a los legionarios, que significaba avanzar. <<

[63] Denominación que recibía la segunda categoría más alta para una ciudad romana, y que solo era inferior en estatus a una colonia romana. Dentro del contexto de la República, un *municipium* se establecía en las zonas más romanizadas del territorio, manteniendo y adoptando las instituciones políticas y administrativas de la misma Roma aunque en rango inferior al ser de menor prestigio. A efectos prácticos el funcionamiento era igual al de la capital, y los ciudadanos poseían los mismos derechos que cualquier romano en las colonias. <<

[64] Nombre que recibía el trozo de tela o pañuelo que llevaban los soldados atado al cuello, y cuya función era la de evitar las rozaduras con la armadura. La pieza de tela era del mismo color que la túnica que portaba el militar. <<

[65] Nombre que recibían los pequeños utensilios, hechos en piedra o de terracota, usados por los romanos para tener luz artificial. Estos objetos eran alimentados con aceite de oliva y tenían desde una a una docena de mechas. Algunas de ellas tenían asas, por lo que podían ser llevadas de una habitación a otra y también podían ser llevadas por actores en las obras o por los participantes en actividades rituales. Al depósito de combustible se le denominaba *infundibulum*. A la cubierta del mismo, que solía tener forma cóncava para permitir un mejor llenado del aceite y que estaba generalmente decorado, se le llamaba *discus*. El *rostrum* era la extensión del *infundibulum* hacia delante, donde se colocaba la mecha o *ellyphnium*. Al otro lado, de manera generalizada se encontraba el asa (*ansa*) para su transporte. <<

[66] Debemos tener en cuenta que en este momento no existían los estribos para las monturas, por lo que el jinete cabalgaba únicamente usando una silla y espoleando al animal con sus tobillos, pero sin sujetar sus pies con ningún elemento. Estos serán usados por las tropas romanas ya en el período bizantino, tras la caída del Imperio romano de Occidente (476 d. C.). El elemento de monta aparece documentado en China hacia el año 477 d. C., aunque se cree que ya desde el año 300 d. C. se venía utilizando. Los chinos lo copiaron de los pueblos nómadas de las grandes estepas centroasiáticas; parece ser que de los *heftalitas* (hunos blancos), que fueron los que primero y mejor usaron los estribos. Una tribu germana, los *you-yan* (a los que en Occidente se conocía como *avaros*) los usaban ya cuando a mediados del siglo VI d. C. se asentaron en la llamada llanura panónica (por donde discurre el Danubio). <<

[67] Denominación que reciben las estructuras fabricadas en piedra o granito erigidas en los bordes de las calzadas romanas para indicar las distancias entre diferentes puntos. (Para más información véase glosario, nota número 12) <<

[68] Ciudad romana de origen etrusco situada a unos dieciséis kilómetros al noroeste de Roma. (Para más información véase glosario, nota número 13). <<

[69] Orden de marcha en latín que significaba que la formación de legionarios pasaba a ser de dos hombres de ancho. <<

[70] Denominación de una planta silvestre que es letal para el ser humano, muy utilizada en la antigüedad para deshacerse de la gente de manera discreta. (Para más información véase glosario, nota número 14). <<

[71] Orden militar impartida en latín para indicar a los legionarios que formasen, a la vez que servía para indicarles que recogieran su equipo. En este caso, la orden únicamente sirve para que los soldados formen ante la llegada de un oficial, sin necesidad de recoger el equipo pues están dentro del *contubernium*. <<

[72] Denominación que recibe la cresta o penacho hecho de crin de caballo que lucían los oficiales en la legión romana. En lo que se refiere a la que lucía el centurión, esta estaba dispuesta transversalmente, parece ser que tenía esa forma por la necesidad de que los legionarios le pudiesen reconocer de espaldas durante el combate. De lo que no se dispone es de evidencias arqueológicas suficientes para poder determinar el color de esta, aunque se baraja la posibilidad de que fueran blancas, negras o rojas. A diferencia de estos oficiales, los penachos que lucían los tribunos o los legados solían ser longitudinales, es decir, en sentido de la frente hacia la nuca. <<

[73] Vara de madera que esgrimía el centurión y que usaba para golpear a los legionarios cuando hacían mal las cosas que este les ordenaba. Estaba hecha de una rama de vid (viña). <<

[74] Denominación en latín que recibe una agrupación civil o social de carácter familiar en la antigua Roma. (Para más información véase Glosario, nota número 15). <<

[75] Nombre romano que recibió la actual ciudad de Calahorra, el apelativo de *Nasica* procede del título que le otorgó en el año 171 a. C. Publio Cornelio Escipión Nasica. Posteriormente fue Cayo Julio César quien le añadió el de *Iulia*, en agradecimiento por haberle apoyado durante la guerra civil que le enfrentó a Pompeyo. <<

[76] Se trataba del equivalente romano al actual apellido, por lo que se heredaba de los padres y designaba a todos los descendientes de un antepasado común. Los libertos a su vez solían adquirir el de la familia de la cual habían sido esclavos, y las mujeres en lugar de tener *praenomen* y *cognomen*, únicamente recibían el *nomen* de la familia en género femenino. <<

[77] Nombre que recibía la carrera política o escalafón de responsabilidades públicas en la antigua Roma, y que comprendía una serie de cargos y magistraturas que debían desempeñar los jóvenes pertenecientes a la nobleza en el desempeño de su vida pública. (Para más información véase Glosario, nota número 16). <<

[78] Nombre que recibía en la mitología griega un monstruo acuático del Inframundo con forma de serpiente de varias cabezas. El número de estas no estaba claro, se decía que iba desde tres, cinco o nueve hasta cien según la fuente, y que poseía además un aliento venenoso. El famoso héroe Heracles fue el encargado de darle muerte en el segundo de sus doce trabajos. La *Hidra* poseía la virtud de regenerar dos cabezas por cada una que perdía o le era amputada, y se decía que su guarida se hallaba en el lago de Lerna, que se situaba en el golfo de la Argólida, en la parte oriental del Peloponeso (Grecia). El mito decía que bajo sus aguas había una entrada al Inframundo, y que la *Hidra* era la encargada de custodiar ese acceso. <<

[79] Denominación que recibe el tipo de calzado usado habitualmente por los legionarios destinados a las provincias con climatología más adversa. Se trataba de una bota cortada mediante un patrón similar al de las *caligae*, aunque a diferencia de estas eran totalmente cerradas, quedando abrochadas al tobillo mediante unos cordones de cuero. Era el tipo de calzado usado por los legados y tribunos militares que servían en las legiones, ya que era considerado más adecuado a su rango. La suela también estaba claveteada. <<

[80] Nombre que reciben las empalizadas perimetrales que rodeaban los campamentos romanos, tanto los temporales como los estáticos. En territorio enemigo solían ser de mayor calidad y dureza que las que se utilizaban en zonas seguras. <<